



ESTRUCTURA SOCIAL DE CHILE




HERNAN GODOY

NUNC COGNOSCO EX PARTE



THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

ESTRUCTURA SOCIAL
DE CHILE



© Editorial Universitaria, S. A., 1971
Inscripción N° 39.255
Derechos exclusivos reservados para todos los países

Texto compuesto con fotomatrices
Photon Baskerville

Se terminó de imprimir esta 1ª edición en los talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA,
San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de diciembre de 1971.
3.000 ejemplares

Proyectó la edición *Mauricio Amster*
Cubierta de *Carlos Muñoz*

IMPRESO EN CHILE
PRINTED IN CHILE

Estructura social de Chile

ESTUDIO, SELECCION DE TEXTOS
Y BIBLIOGRAFIA DE

HERNAN GODOY URZUA



EDITORIAL UNIVERSITARIA

SUMARIO

Prefacio	9
Introducción	11
I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO: SIGLO XVI	
p. 19	
<i>Alvaro Jara</i> : Guerra y sociedad en Chile	32
<i>Gabriel Guardia</i> : La influencia militar en las ciudades del Reino de Chile	37
<i>José A. de Ramón</i> : La sociedad española de Santiago de Chile entre 1581 y 1596	44
<i>Jaime Eyzaguirre</i> : La pugna entre la ética y la economía	54
II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750	
p. 63	
<i>Mario Góngora</i> : Vagabundaje y sociedad fronteriza	73
<i>Gonzalo Vial Correa</i> : Los prejuicios sociales en Chile al terminar el siglo XVIII	82
<i>Mario Góngora</i> : Origen de los inquilinos de Chile Central	91
<i>José Medina Echavarría</i> : De la hacienda a la empresa	102
III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850	
p. 111	
<i>La Ilustración (1750-1810)</i>	
p. 113	
<i>La Independencia (1810-1818)</i>	
p. 118	
<i>La Organización del Estado Republicano (1818-1850)</i>	
p. 119	
<i>Sergio Villalobos</i> : El bajo pueblo en el pensamiento de los Precursores de 1810	126
<i>Manuel de Salas</i> : Representación al Ministerio de Hacienda	139
<i>José Toribio Medina</i> : La cultura intelectual en Chile durante el Período Colonial	150
<i>Claudio Gay</i> : La agricultura; hacendados, campesinos e inquilinos	156
<i>Andrés Bello</i> : Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile	164
<i>Alberto Edwards</i> : Elementos de gobierno existentes en Chile a principios del siglo XIX.	170
IV. EL CICLO DE MODERNIZACIÓN URBANA: 1850-1950	
p. 181	
a) 1850-1891. <i>Expansión demográfica - territorial y predominio de la burguesía liberal</i>	
<i>José Victorino Lastarria</i> : El Manuscrito del Diablo	193
<i>Santiago Arcos Arlegui</i> : Carta a Francisco Bilbao	200
<i>Guillermo Feliú Cruz</i> : Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX	215
<i>Augusto Orrego Luco</i> : La Cuestión Social en Chile	223
<i>Claudio Véliz</i> : La mesa de tres patas	232
b) 1891-1920. <i>La polarización de la riqueza y la cuestión social</i>	
<i>James O. Morris</i> : La Cuestión Social	251
<i>Hernán Ramírez</i> : Historia del movimiento obrero en Chile	266
<i>Valentín Letelier</i> : Los pobres	272

<i>Enrique Mac-Iver</i> : Discurso sobre la crisis moral de la República	283
<i>Alejandro Venegas</i> : Alejamiento de las clases sociales	292
<i>Luis Emilio Recabarren</i> : El balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana	299
<i>Juan Enrique Concha</i> : Características sociales de Chile	307
<i>Francisco Encina</i> : Cambios en las condiciones sociológicas	314
<i>William Frederick Sater</i> : Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena	330

c) 1920-1950. El ascenso de la clase media y el crecimiento del Estado

<i>Arturo Alessandri</i> : Programa Presidencial	351
<i>John Johnson</i> : Atrincheramiento político de los sectores medios en Chile	359
<i>George Mac Bride</i> : La influencia de la Hacienda	372
<i>Jaime Eyzaguirre</i> : Ser o no ser	386
<i>Julio César Jobet</i> : La desmoralización nacional	395

V. EL CICLO CONTEMPORÁNEO DE DIFUSIÓN URBANA: 1950-1970

p. 404

<i>John Friedmann y T. Lackington</i> : La hiperurbanización y el desarrollo nacional de Chile	426
<i>Orlando Sepúlveda y Roy E. Carter</i> : Algunas pautas relativas al uso de los medios de comunicación de masas en Santiago de Chile	439
<i>Emilio Willems</i> : La clase alta chilena	449
<i>Aníbal Pinto</i> : Crítica de una tesis tradicional	459
<i>Guillermo Briones</i> : La estructura social y la participación política	476
<i>Eduardo Hamuy</i> : El proceso de democratización fundamental	489
<i>Maurice Zeitlin</i> : Los determinantes sociales de la democracia política de Chile	502
<i>Jorge Ahumada</i> : La crisis integral de Chile	514
<i>Oswaldo Sunkel</i> : Cambio social y frustración en Chile	522
<i>Mario Góngora</i> : Materialismo neocapitalista, el actual «ídolo del foro»	537
<i>Pablo Huneeus</i> : Hombres de gris	543
<i>Eduardo Frei Montalva</i> : Perspectivas y riesgos en la construcción de una Nueva Sociedad	547
Discurso pronunciado por el Presidente de la República, Salvador Allende, en el Estado Nacional, 5 de noviembre de 1970	582
<i>Bibliografía</i>	594
Población y Familia	594
Economía y Desarrollo	599
Estratificación Social	607
Política y Movimientos Sociales	613
Educación y Cultura	619
Ensayistas, viajeros y memorialistas	625
Estructuras urbanas	630

PREFACIO

El presente volumen tiene su origen en un seminario sobre la estructura social de Chile dirigido por el autor en la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, desde 1967.

El objetivo de dicho seminario era iniciar el análisis de las instituciones y de la estratificación social de Chile, en un momento en que el énfasis dominante de la docencia sociológica se centraba en la transmisión de las teorías, temas y métodos de la ciencia social anglosajona, encontrándose todavía distante de la problemática nacional y latinoamericana que ahora empieza a predominar.

A medida que se profundizaba el estudio de la actual estructura de la sociedad chilena, sobre la base del examen crítico de los trabajos contemporáneos de investigación social acerca de nuestro país, se evidenció la necesidad de remontarse a los antecedentes históricos.

De este modo, el número de obras y de fuentes consultadas fue acrecentándose retrospectivamente, lo que permitió complementar el examen del presente con la perspectiva genética y diacrónica.

Se fue constituyendo así un conjunto de textos y de artículos básicos para el estudio sociológico de nuestra sociedad, y paralelamente un conjunto de notas acerca de la génesis y rasgos de la estructura social de Chile. Estas notas fueron configurando un esquema de periodización, basado en las transformaciones de la estructura social.

Al elaborar esta selección de estudios sobre los principales aspectos de la sociedad chilena, escritos por autores nacionales y extranjeros, del presente y del pasado, que permanecían dispersos, no obstante su interés y la utilidad de su consulta, esperamos contribuir a llenar un vacío y a satisfacer una necesidad.

Hemos creído conveniente, para la mejor comprensión de su secuencia, presentar los artículos seleccionados distribuidos por períodos y precedidos por notas introductorias que reflejan algunas de las hipótesis interpretativas discutidas en el Seminario. No obstante el carácter provisional de estas notas, ellas representan una contribución al análisis sociológico de la sociedad chilena, basado en una elaboración preliminar e interdisciplinaria del abundante material disponible. Este se halla constituido por las numerosas investigaciones de campo, monografías sobre nuestra historia social, económica, cultural y por los más coherentes ensayos interpretativos de la realidad nacional.

Se ha estimado también de utilidad agregar como anexo una Bibliografía actualizada que incluye los principales libros y artículos relacionados con los diversos aspectos de la sociedad chilena contemplados en el estudio de su estructura.

En la preparación de este trabajo he contado con la valiosa cooperación del Profesor Ricardo Couyoumdjian, a quien debo la selección de algu-

nos artículos, su colaboración para componer la Bibliografía y numerosas observaciones críticas.

Como producto de un seminario, este trabajo debe también mucho a los diversos grupos de estudiantes que en él han participado, quienes contribuyeron en todo momento con su interés y con su crítica inteligente.

El mejor estímulo fue su espontánea manifestación de que estos materiales les hacían comprensible el desarrollo de Chile y su estructura actual.

No menos estimulante es el proyecto de algunos colegas hispanoamericanos de elaborar para sus respectivos países un volumen semejante al nuestro.

H.G.U.

Santiago, julio de 1971.

Introducción

EL CONCEPTO DE ESTRUCTURA

El empleo del término »estructura« en el título de este trabajo y en el Seminario que lo originó, exige una aclaración, dada la variedad de significados con que es usado en las distintas disciplinas científicas¹.

El concepto de estructura, cuyo uso se ha generalizado en las ciencias sociales y naturales, alude en su acepción más general a la configuración de un conjunto o totalidad constituido por unidades o partes interdependientes. La identificación de estas partes varía según se trate del conjunto concebido como estructura, así como también las formas de relación de las partes entre sí.

Por varias razones que no corresponde examinar en esta oportunidad, el concepto de estructura se ha difundido y actualizado con la boga actual del estructuralismo, estimulando cierta convergencia entre las ciencias humanas.

No obstante, subsiste entre los usos del término »estructura« una oposición al parecer irreductible entre dos acepciones que han sido sintetizadas por Roger Bastide en la introducción a la obra ya citada: para algunos la estructura tiene un significado objetivo de relaciones reales, equiparable al concepto de organismo con que trabaja la biología. Para otros, la estructura es una construcción mental que hace inteligible los hechos observados, en forma semejante a los modelos contruidos por las matemáticas.

En el campo de las ciencias sociales, dos exponentes europeos de estas acepciones han sido respectivamente Georges Gurvitch y Claude Levi-Strauss. En el presente trabajo emplearemos el término estructura en un sentido que se deriva de estos autores.

Adoptamos el significado de estructura como modelo que permite explicar los hechos y relaciones sociales, según lo entiende Levi-Strauss. »La noción de estructura no se refiere a la realidad empírica sino a modelos contruidos de acuerdo a ésta. Aparece así la diferencia entre estructura social y relaciones sociales. Las relaciones sociales son la materia prima para la construcción de modelos que ponen de manifiesto la estructura«. No obstante, nos apartamos de este autor en su renuencia a aplicar el concepto de estructura a la sociedad global, para reservarlo a sistemas particulares como el parentesco, los mitos o el ritual. Por el

¹Véase a título ilustrativo: R. Bastide, C. Levi-Strauss, D. Lagache, H. Lefebvre y otros, *Sentidos y Usos del Término Estructura en las Ciencias del Hombre*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

contrario, concordamos con Gurvitch en la aplicación del concepto de estructura tanto a grupos, sistemas particulares, como a la sociedad global; y en el sentido »pluridimensional« que él implica, aunque no compartimos el carácter real o reificado que para este autor tienen las estructuras.

En síntesis, emplearemos el concepto estructura como un instrumento analítico que nos permite examinar la sociedad chilena como una totalidad o sistema constituido por partes o subsistemas interdependientes.

Las partes o dimensiones de la sociedad que nos parecen más relevantes para comprender su estructura son la base geodemográfica, las instituciones, los estratos y clases y las expresiones culturales. En consecuencia, intentaremos examinar la estructura social de Chile a través de los rasgos principales que presentan la población y la familia, la economía y la estratificación, las instituciones políticas, religiosas y educativas y las expresiones culturales del arte, la literatura y la ideología.

Aunque el ideal hubiera sido analizar las relaciones recíprocas entre todas estas dimensiones de la estructura social, considerándolas como variables sociológicas, nuestro objetivo es más modesto. Nos limitaremos a examinar ciertas interrelaciones entre la base demográfica y ecológica con las formas de la estratificación y con algunas características de las instituciones sociales básicas y de la expresión cultural.

LA ESTRUCTURA Y EL CAMBIO SOCIAL

Es necesario además precisar la relación entre los conceptos de estructura y de cambio social, que explica otras modalidades de este estudio.

Durante algún tiempo se distinguieron los conceptos de estructura y de proceso como alusivos respectivamente a una visión estática y a una visión dinámica. Exámenes ulteriores acerca del significado y aplicación de estos conceptos han tendido a desestimar su carácter antitético para destacar su mutua implicación. De este modo, existe ahora cierto consenso sociológico en que el concepto de estructura social implica una visión dinámica de la sociedad, como un equilibrio inestable que incluye los procesos de cambio.

Consideramos que es posible analizar la estructura de una sociedad sin desatender los procesos direccionales que transforman sus elementos o sistemas particulares, originando nuevas estructuras. En consecuencia, en el presente trabajo la estructura social es considerada como la forma que presenta en un período dado de la sociedad chilena el fenómeno permanente del cambio.

Al considerar la estructura social no como una realidad estática o permanente, sino como un instrumento analítico que hace inteligible la configuración cambiante de la sociedad, podemos caracterizar esa estructura mediante la comparación con otras sociedades, o bien mediante la distinción de períodos o ciclos en el seno de una misma sociedad.

Estimamos que este último camino y el concepto de estructura ya precisado nos permiten obtener una visión sociológica dinámica de la sociedad chilena partiendo de su génesis para llegar al presente, que no sería comprensible si lo desvinculamos de sus raíces históricas y de su desenvolvimiento.

Este enfoque permite examinar las relaciones que se dan entre las diversas instituciones, la población y los estratos de la sociedad, evitando caer en la visión unilateral de una institución, sector de la estratificación o forma de la expresión cultural. El examen de estas interrelaciones puede proporcionar además la base para bosquejar ciertos ciclos en el desarrollo de la estructura de una sociedad.

EL CRITERIO DE PERIODIZACIÓN

La distinción de ciertos períodos o ciclos en el desarrollo de la estructura social de Chile se fue configurando en el trabajo del Seminario. El análisis se inició adoptando de modo provisional los períodos cronológicos que los historiadores han distinguido convencionalmente en la historia de Chile: cada uno de los tres siglos coloniales, el movimiento de la independencia, las repúblicas conservadora, liberal, parlamentaria y presidencial.

Pronto se hizo evidente que esta periodización, basada fundamentalmente en la historia política, no reflejaba bien las etapas de cambio que se advertían en el desenvolvimiento de las otras instituciones y en la estratificación.

Fue perfilándose gradualmente otro criterio de periodización que permitía incluir las principales variables de la estructura social. Este criterio fue el proceso de urbanización, que por constituir un fenómeno social muy inclusivo, afecta a la sociedad global y se expresa en las diversas variables consideradas.

En efecto, el proceso de urbanización incluye las variables demográficas de distribución y densidad de población; las variables económicas de producción y distribución ocupacional; las variables políticas de institucionalización y organización administrativa; las variables sociológicas de formas de vida social y cultural. Es decir, la adopción del proceso de urbanización como criterio de periodización del desarrollo de una sociedad permite captar los cambios en los diversos aspectos de la estructura social como la diversificación de sus grupos sociales, ocupacionales, económicos, familiares, políticos, culturales, así como las formas de institucionalización de sus actividades y particularmente las transformaciones en su sistema de estratificación.

Por otra parte, dado que las ciudades constituyen generalmente focos de innovación, de contactos con el exterior y de difusión tecnológica, el estudio de la urbanización permite seguir los cambios culturales y las

relaciones de dependencia de una sociedad con las naciones hegemónicas que hayan afectado en forma decisiva su vida económica e institucional.

En consecuencia, la perspectiva adoptada permite visualizar la sociedad chilena como una estructura global y dinámica, cuyos componentes fundamentales —la población, la economía, los estratos sociales, las cristalizaciones institucionales y las expresiones culturales, políticas e ideológicas— van transformándose en el curso del tiempo y a través del territorio.

Conforme al criterio expuesto hemos caracterizado los siguientes ciclos en las transformaciones de la estructura social chilena:

1. *Ciclo urbano originario*

Constituye la base de la nueva sociedad indohispana y comprende el siglo xvi, desde la fundación de Santiago hasta 1598, fecha de la destrucción de las siete ciudades al sur de Concepción.

2. *Ciclo rural centrado en la hacienda (1600-1750)*

Comprende el período de intenso mestizaje y de organización económica del agro, que se extiende durante el siglo xvii y primera mitad del siglo xviii.

3. *Ciclo de transición rural-urbano (1750-1850)*

Se caracteriza por un notable aumento tanto de los núcleos urbanos como del volumen de población que habita en ellos. Esta transición se verifica principalmente en el plano demográfico y ecológico, afectando menos los aspectos socioculturales, que continúan anclados en sus formas tradicionales. En un sentido que va más allá de lo económico pudiera decirse que las ciudades viven todavía del agro. Este ciclo comprende los períodos históricos de la Ilustración, la lucha por la Independencia y la organización del Estado.

4. *Ciclo de modernización urbana (1850-1950)*

No sólo hay un crecimiento cuantitativo de la población y de los núcleos urbanos, sino que éstas tienden a formar un sistema ecológico. A través de él se difunden los elementos socioculturales provenientes de las sociedades industriales. Este ciclo abarca tres etapas históricas: la expansión territorial y la emergencia de la burguesía nacional (1850-1891); la polarización de la riqueza y la cuestión social (1891-1920) y finalmente el ascenso de la clase media y el crecimiento del Estado (1920-1950). A medida que se intensifica la economía minera en la segunda mitad del

siglo pasado y el proceso de industrialización en el siglo actual, pierden gradualmente vigencia los modos tradicionales de la vida rural y tienden a generalizarse en las ciudades los patrones socioculturales urbanos propios de las naciones de avanzado desarrollo. Las áreas urbanas tradicionales van disminuyendo y quedando rezagadas en su crecimiento cuantitativo y en su gravitación nacional.

5. *Ciclo de difusión urbana (1950-1970)*

El ciclo urbano más reciente se caracteriza por la concentración de la población en las ciudades más grandes, que coinciden con las áreas de mayor industrialización.

En forma paralela se produce la difusión de los patrones de vida urbana en el medio rural, tanto por la extensión de las pautas de economía de mercado y la tecnificación de las labores agropecuarias, como por la incorporación del campo en la red de comunicaciones colectivas irradiadas desde la urbe.

El fenómeno de la urbanización adquiere, de este modo, un cambio en su naturaleza; no puede definírsele ahora sólo por sus rasgos ecológicos y demográficos, sino más bien por la difusión de la cultura urbana. Esta tiende a penetrar en el medio rural, con lo que el campo va perdiendo su tradicional aislamiento y dependiendo con ello cada vez más de las ciudades.

La interpretación del desarrollo de la estructura social chilena en los ciclos enunciados recoge y utiliza planteamientos de varios autores a quienes reconocemos nuestra deuda.

Algunos de estos planteamientos se refieren al conjunto de la América ibérica. Así el historiador español Guillermo Céspedes del Castillo subraya los rasgos fundamentales de las primeras ciudades hispanoamericanas y de la hacienda en el siglo xvii¹. El norteamericano Richard Morse ha sugerido algunas características de la urbanización en América Latina y de él hemos tomado la idea del papel dinámico y centrífugo de las ciudades en el siglo xvi, en oposición al carácter centrípeto que adquirirán posteriormente².

El sociólogo peruano Aníbal Quijano ha bosquejado diversas etapas en el proceso de urbanización latinoamericana y de su trabajo hemos adoptado la denominación de los dos últimos ciclos³.

El sociólogo argentino Gino Germani ha destacado la íntima conexión entre el proceso de urbanización y otros procesos de cambio, tanto

¹G. Céspedes del Castillo, *La Sociedad colonial Americana en los siglos xvi y xvii*, en «Historia social y económica de España y América», editada por J. Vicens Vives, Tomo iv, Editorial Teide, Barcelona, 1957.

²Richard M. Morse, *Latin American Cities: Aspects of Functions and Structure*, publicada en «Comparative Studies in Society and History», iv (1961-2), pp. 473-493.

³Aníbal Quijano, *El proceso de urbanización en América Latina*, CEPAL, División de Asuntos Sociales, mimeógrafo, junio de 1966.

en el pasado como en el presente, de modo que el concepto de urbanización tiende a expresar un proceso global de cambios inseparables de la historia, idea que está presente en todo nuestro planteamiento⁴.

En el caso de los autores chilenos, nos ha sido de gran utilidad la investigación del historiador Gabriel Guarda acerca de las ciudades chilenas en el siglo xviii⁵.

En general, hemos utilizado diversas hipótesis formuladas en los artículos incluidos en la selección, como podrá observarlo el lector. En síntesis la caracterización de los ciclos que se propone en este trabajo es tributaria parcialmente de numerosos autores y la originalidad no reside sino en su formulación explícita⁶.

Las características de la estructura social de Chile en estos cinco ciclos son presentadas en este volumen como notas de introducción a los respectivos artículos seleccionados para cada ciclo.

LA SELECCIÓN DE LOS ARTÍCULOS Y DE LA BIBLIOGRAFÍA

Los artículos y textos incluidos en esta selección presentan rasgos relevantes de la sociedad chilena a través de los diferentes períodos. Consideramos que esta selección, así como las obras citadas en la Bibliografía, ofrecen una base para estudiar el desarrollo de nuestra estructura social.

Como toda antología, ésta presenta inevitablemente un margen de subjetividad. Muchos otros textos de autores nacionales y extranjeros podrían haberse seleccionado en una temática tan vasta. Pero el espacio imponía límites, si no se quería exceder de un volumen. Por otra parte, el lector interesado podrá encontrar numerosas referencias en las obras y artículos incluidos en la Bibliografía.

Se han seleccionado principalmente trabajos de investigación de sociólogos, historiadores, economistas y otros especialistas en Ciencias Sociales, tanto chilenos como extranjeros. Se incluyen también algunos ensayos interpretativos de intelectuales y de políticos nacionales.

⁴Gino Germani, *Sociología de la Modernización*, Paidós, Buenos Aires, 1969, pp. 146 y siguientes.

⁵Gabriel Guarda, *La ciudad chilena en el siglo xviii*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

⁶Con posterioridad a la descripción de estos ciclos, hemos encontrado que en su *Historia de Chile*, Jaime Eyzaguirre menciona incidentalmente la transición rural-urbana que se opera en la segunda mitad del siglo xviii (obra citada, p. 240).

Del mismo modo, hemos encontrado que, al caracterizar los sucesivos estilos artísticos y arquitectónicos dominantes en Chile, Alfredo Benavides señala tres períodos que coinciden cronológicamente con nuestra formulación de los tres primeros ciclos. En efecto el citado autor distingue los siguientes períodos: 1550-1600, que correspondería al renacimiento clásico inspirado en Juan Herrera; 1600-1750, época del barroco, primero de influencia peruana y luego bávaro-jesuita; 1750-1850, época neoclásica (Alfredo Benavides: *La Arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*, p. 209).

El criterio fundamental al seleccionar estos artículos ha sido su valor científico y en particular su apoyo en la investigación directa. En el caso de los ensayos interpretativos, el criterio de selección ha consistido tanto en su coherencia interna como en su valor representativo del pensamiento de determinados sectores sociales.

De este modo los artículos seleccionados resultan bastante representativos de las corrientes del pensamiento nacional y del quehacer de los especialistas de las diversas ciencias sociales. Por encima de las discrepancias ideológicas o de los enfoques disciplinarios, en la generalidad de estos textos se advierte un honesto esfuerzo de verdad y objetividad, además de una preocupación chilena o nacionalista.

Criterios semejantes han presidido la selección de la Bibliografía, que se ha estimado útil incluir al final del volumen. Ella se refiere a los diversos aspectos de la sociedad chilena examinados en este trabajo e incluye libros y artículos de revistas, relativos a Chile, de autores nacionales o extranjeros. Sólo excepcionalmente se han incluido biografías históricas y, lo mismo que en la selección de textos, se descarta toda pretensión de exhaustividad.

Cabe señalar finalmente que tanto las notas sobre los diversos ciclos, como la selección de los artículos y la Bibliografía anexa, no pretenden otra cosa que ofrecer una base para profundizar el análisis sociológico del desarrollo y de la situación actual de la sociedad chilena.

No pretendemos haber logrado tal análisis, que requeriría determinar las variables relevantes, su definición operacional o cuantitativa y la relación explícita de esas variables en cada período. Nuestro aporte constituye un esfuerzo para contribuir a ese análisis, presentando hipótesis de trabajo muy generales acerca de ciertos ciclos de la estructura social y de ciertas correlaciones recurrentes entre el grado de urbanización, la economía minera, la diversificación de la estratificación, el aumento de la movilidad, una política liberal-democrática, una cultura más abierta al cambio y a la dependencia foránea.

Aunque no haya constituido nuestro objetivo explícito, tenemos la esperanza de que este volumen contribuya a estimular la investigación histórico-sociológica sobre nuestro país, y a promover la elaboración de alternativas viables y chilenas para la transformación progresiva de su estructura.

I

El ciclo urbano originario:
siglo XVI

Al examinar los datos de nuestra historia desde una perspectiva sociológica, es posible interpretar el desenvolvimiento de la sociedad chilena como la sucesión de varios ciclos vinculados al proceso de urbanización.

Es así como la etapa inicial de la sociedad que se va formando a través del contacto y del dominio de los conquistadores españoles sobre los pobladores aborígenes puede ser caracterizado como un ciclo urbano originario.

En efecto, los rasgos básicos de la estructura social inicial están determinados por la guerra de Arauco, el comienzo del mestizaje hispano-indígena, el rápido decrecimiento de la población aborígen, el predominio de la economía minera, el ímpetu fundacional de Pedro de Valdivia y el preponderante papel político-administrativo de los Cabildos.

Resulta por lo mismo sorprendente que no haya sido suficientemente destacado el carácter fundamental del siglo xvi como período o ciclo urbano originario, que caracteriza su estructura social y que determina sus transformaciones ulteriores.

Uno de los rasgos distintivos de la sociedad chilena y en general de las sociedades hispanoamericanas, es que ellas surgen como asentamientos urbanos, característica que parece distinguir a la conquista y colonización española en América de las formas que presentan los procesos análogos de colonización europea en América del Norte o en otros continentes.

El carácter urbano de la colonización chilena e hispanoamericana responde a una política manifiesta, que armoniza los intereses de la Corona española con los intereses privados de los conquistadores. Al gobierno español le interesó desde temprano la reunión de los conquistadores en núcleos de población organizados administrativamente, a través de los cuales pudiera gobernarlos y sujetarlos. Desde el punto de vista de los conquistadores, su agrupación en ciudades les facilita el reconocimiento y recompensa de sus esfuerzos a la vez que la defensa militar y el avance de la conquista. La ciudad permite fundar cabildos que jugarán un papel de importancia en la organización de las nuevas sociedades. Contribuye también al éxito de esta política la tradición urbana peninsular que venía de la Edad Media, así como los centros urbanos que los españoles encuentran entre las poblaciones indígenas de cultura más avanzada.

Surgen de este modo en el siglo xvi centenares de ciudades americanas, cuyo emplazamiento y disposición fueron minuciosamente reglamentados por la legislación.

Este ciclo de urbanización precoz se manifiesta también en Chile, donde reviste mayor significación sociológica por encontrarse vinculado a la economía minera y a la guerra de Arauco.

Los principales núcleos urbanos fundados en el siglo xvI incluyen las siguientes ciudades:

1541-Santiago, 1544-La Serena, 1550-Concepción, 1552-La Imperial, 1552-Valdivia, 1552-Villarrica, 1553-Los Confines (Angol), 1558-Cañete, 1558-Osorno, 1567-Castro, 1580-Chillán. Además los fuertes de: Penco, Arauco, Tucapel, Purén, San Luis y Lincoya.

Habría que mencionar también las fundaciones de Nombre de Jesús y Rey Don Felipe, en el estrecho de Magallanes, cuyos pobladores quedaron abandonados y sucumbieron. Además las ciudades de las provincias de Cuyo y de Tucumán, que dependían de Chile.

La mayoría de estos núcleos urbanos constituyen polos de desarrollo, desde los cuales se organiza la ocupación del territorio adyacente. La rudimentaria ciudad tiene entonces una función dinámica y centrífuga, que es facilitada por su organización interna y por la jurisdicción que ejerce sobre el territorio exterior a ella.

Como es sabido, la ciudad se constituye físicamente a partir de la Plaza de Armas, en cuyo contorno se ubica la sede gubernamental de las instituciones políticas, religiosas, militares, económicas y judiciales. A partir de la Plaza se trazan perpendicularmente las calles, formando las manzanas de la típica estructura de tablero de damas.

Este núcleo urbano se conecta funcionalmente con su perímetro rural. Forma parte de la ciudad el territorio colindante constituido por los ejidos, montes y dehesa destinados al uso común —obtención de leña, materiales de construcción, pastaje de ganado— además de las tierras reservadas por el Cabildo.

Pero la jurisdicción de la ciudad se extiende mucho más allá de este perímetro comunal, incluyendo sus términos o territorios situados entre las distantes ciudades. Así, los términos de La Serena comprenden desde el valle de Copiapó al río Choapa; los de Santiago, desde éste al Maule; los de Concepción, del Maule al Bío-Bío. Al sur de dicho río, el territorio disputado con los araucanos se halla, en forma análoga, bajo la jurisdicción de La Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno.

A partir de las ciudades, el espacio exterior va siendo ocupado, poblado y organizado en explotaciones mineras, ganaderas y agrícolas.

Examinaremos esta función dinámica y centrífuga que cumplen las ciudades en los tres aspectos principales que nos interesa considerar: la población y la familia, la economía y la estratificación, las instituciones políticas y culturales.

POBLACIÓN Y FAMILIA

La ciudad concentra inicialmente la población española que irá creciendo con la llegada de nuevos contingentes y reforzándose a través del mestizaje.

La desproporción inicial de los ciento cincuenta compañeros de Pedro de Valdivia frente a la población aborigen calculada entre ochocientos mil y un millón de almas, se irá modificando gradualmente en favor del grupo europeo.

El siguiente cuadro demográfico, calculado por Rolando Mellafe, muestra esta dinámica de la población en cifras aproximativas.

Año	Europeos y criollos	Mestizos blancos	Indios	Negros y mestizos de color	Total
1540	154	—	1.000.000	10	1.000.164
1570	7.000	10.000	600.000	7.000	624.000
1590	9.000	17.000	549.000	16.000	582.000
1600	10.000	20.000	500.000	19.000	549.000
1620	15.000	40.000	480.000	22.000	557.000

Si bien las ciudades concentran principalmente la población española, mientras sus *términos* albergan el grueso de la población indígena, en ambos espacios se va produciendo el contacto y fusión de estos dos grupos étnicos, a los que se suma pronto el aporte negro. La larga guerra de Arauco contribuye indirectamente al contacto y fusión étnicos, si se considera que en sentido cuantitativo y demográfico ella no es tanto una lucha entre españoles y araucanos, sino más bien entre ejércitos indígenas, comandados respectivamente por españoles y por caciques.

En la génesis de la institución familiar se observa un fenómeno que tendrá importantes consecuencias: la coexistencia de dos formas de familia que reproducen, con algunos matices diferenciales, las estructuras familísticas española y aborigen.

La población indígena así como la española muestran un marcado desequilibrio en la proporción por sexos. Mientras la población aborigen acusa una mayor proporción de mujeres, en la española predominan sin contrapeso los hombres. Este hecho, unido a ciertas pautas de unión sexual, van a determinar el peculiar fenómeno del dualismo familiar, que tendrá repercusiones profundas y perdurables en la estructura social de Chile.

De una parte se constituirá el tipo de familia española, sobre la base de cónyuges peninsulares; de otra, el tipo de subfamilia mestiza, formada por las innumerables uniones de españoles e indios.

El tipo de familia española reproduce las pautas familiares peninsulares; es patriarcal, residiendo la autoridad en el padre; monógama, aunque el concubinato es frecuente y tolerado por las costumbres. La filiación es bilineal, pero el rasgo de autoridad paternal da énfasis al patrilinaje y a la primogenitura.

Este tipo de estructura familiar tiene en Chile un carácter minoritario. Hasta 1557 se cuentan, según Thayer Ojeda, 30 matrimonios entre peninsulares. En 1583 el gobernador Alonso de Sotomayor calculaba en Chile 1.100 españoles varones y según Encina las mujeres españolas no pasaban de 50. No obstante su carácter minoritario, este tipo de familia goza del más alto status social, que se refleja en el crecido número de indígenas, negros y mestizos que forman parte del hogar doméstico y que se destinan al trabajo de la casa, al cuidado de los niños, el aseo de las calles y a la siembra de las chacras. El hogar es un taller donde se producen casi todos los bienes necesarios para la subsistencia de sus numerosos miembros. El servicio doméstico es, al mismo tiempo, un eficaz agente de aculturación hispánica, función que seguirá ejerciendo en los siglos siguientes. Contribuirá además a la fusión de pautas culturales peninsulares y aborígenes, lo cual se advierte en el significativo hecho de que los niños hablaban al mismo tiempo el español aprendido por sus padres y el mapuche enseñado por los criados.

El tipo de subfamilia mestiza, formado por la unión de españoles e indias, y más raramente por la unión de indios y españolas tiende a conservar algunas pautas de la familia aborígena. La familia araucana así como la familia española tienen una autoridad patriarcal. Difieren sin embargo en el carácter poligámico de la familia araucana, que establece el parentesco a través de la línea materna. Madre e hijos forman un grupo totémico independiente del marido. Este contraste entre la autoridad patriarcal y la filiación matrilineal impidió, según Encina, el desarrollo de la organización social y política del pueblo mapuche.

A través de este tipo de familia se opera fundamentalmente el mestizaje étnico, cuya orientación cultural hacia el medio español o hacia el indígena dependerá de su ubicación geográfico-social, pudiendo distinguirse ciertas diferencias entre las familias mestizas establecidas en las ciudades, en las zonas de guerra o en territorio mapuche.

Los vecinos y moradores de las ciudades tienen frecuentemente, además de sus mujeres legítimas, una o varias concubinas indias o mestizas de modesta condición. La tolerancia de las costumbres frente a estas uniones libres puede explicarse por las pautas poligámicas aborígenes y por los antecedentes hispánicos de la barraganía, además de la desproporción demográfica entre los sexos a que se ha hecho referencia. Los hijos de estas uniones se agregan a veces a »la familia« o son ocupados por el padre como empleados y administradores. Los bastardos se sienten solidarios del padre y de su familia legítima, que los estima y protege.

Según ha señalado Encina, las madres mapuches, habituadas a la poligamia, tienen para el español menos importancia que los hijos y particularmente las hijas. Estas serán las esposas mestizas de los españoles que seguirán llegando. El aumento numérico y la incorporación del mestizo van a contribuir al reemplazo gradual del aborígena.

En las zonas de guerra los soldados son acompañados por una o más indias. Se unen además en la campaña con cuantas mujeres pueden, en una poligamia desenfrenada. En estos casos los vástagos se vuelven generalmente al medio aborigen de la madre.

En cambio en el territorio mapuche el cauce del mestizaje está constituido por las cautivas españolas, por los españoles desertores y por los hijos mestizos de mujeres mapuches.

Los dos grupos étnicos que entran en contacto en el siglo xvi se fusionan masivamente en el siglo siguiente, particularmente en las zonas rurales.

Mientras el tipo de familia peninsular origina la pauta del autoritarismo paternal y de la familia extensa que se acentuará en el ciclo rural, el tipo de familia mestiza conforma la pauta de ilegitimidad consentida por la costumbre, la deserción paterna y el grupo familiar centrado en la madre.

Estos dos tipos de estructura familiar, con sus diversos grados de mestizaje cultural, favorecerán el paulatino crecimiento de la población europea y mestiza con predominio blanco. Dicho proceso es estimulado por la rápida disminución de la población indígena, debido a los estragos de la guerra, el hambre, las epidemias, la desproporción numérica entre los sexos y su separación ocasionada por el trabajo de los indios en las minas y encomiendas. La introducción de esclavos negros iniciará el proceso de mestizaje negroide, sin alcanzar en Chile la importancia que tuvo en otras partes de América.

LA ECONOMÍA

El ciclo inicial urbano de la estructura social chilena manifiesta una clara correspondencia con la economía minera.

La actividad agrícola de los primeros vecinos es la imprescindible para su subsistencia, hallándose constreñida por el reducido mercado interior y por la lucha sin tregua con los araucanos.

Mayor importancia, como orientación y como producción económica, tiene en cambio la actividad minera, principalmente la extracción del oro y de la plata que proporcionan los medios de pago para traer desde Perú y España los bienes indispensables para la vida y para proseguir la guerra de conquista.

Las primeras encomiendas son otorgadas para el trabajo en los asientos auríferos. »Este metal precioso —expresa Domingo Amunátegui Solar— representa sin duda en el siglo xvi la principal producción de nuestro país« (*Las encomiendas indígenas en Chile*, pág. 120).

Las nuevas ciudades están próximas a yacimientos auríferos y su explotación se organiza desde ellas: Marga-Marga desde Santiago; Quilacoya desde Concepción; Madre de Dios desde Valdivia; Pozuelos desde Osorno. Plata, oro y cobre se explotan también desde La Serena. El cronista

Rosales habla además de mantos auríferos trabajados en las cercanías de La Imperial, los Confines y Villarrica, así como en las comarcas que rodeaban al fuerte Tucapel.

Además de la economía minera vinculada a las ciudades, durante este ciclo alcanza también importancia la economía ganadera. Mientras la producción agrícola no encuentra más incentivo que el limitado consumo interno, la multiplicación del ganado, especialmente caballar, es una exigencia de la guerra. Se va a extender primero en el medio español y después en el mapuche. El sebo, el cuero y los cordobanes encuentran un mercado propicio dentro del reino y fuera de él. Mientras la carne se desvaloriza por su abundancia, Chile se convierte en exportador de los productos del cuero, que se suma a las exportaciones de metales.

En este ciclo se insinúa finalmente una incipiente industria artesanal de ciertos productos agropecuarios, elaborados en molinos de trigo, obras o fábricas de paños, curtiembres o tenerías, y fábricas de jarcias, además de algunos astilleros.

LA ESTRATIFICACIÓN

La mezcla de sangre española e indígena y el subsiguiente mestizaje impuesto por las circunstancias, impiden inicialmente la formación de una estratificación basada en castas cerradas. La raza conquistadora asimiló a todo mestizo con predominio blanco o que mostrara méritos. De otra parte, la jerarquía social entre los conquistadores no reproduce su status originario sino que se basa en la ejecutoria de servicios.

De este modo, la estratificación inicial muestra un carácter relativamente abierto, que permite ubicar en la alta aristocracia a algunos mestizos y explica que sea encomendero algún negro.

Pero esta relativa movilidad opera ciertamente dentro de estratos de carácter étnico y cultural, donde los de rango más alto corresponden en general a los individuos de más sangre europea; los de rango medio, a los mestizos de cultura o psicología española, y los de rango inferior, a los individuos con más sangre india o negra.

Dentro de cada estrato se da una movilidad basada en el mérito y es posible incluso cierta movilidad entre los estratos. Esto revela en el ciclo inicial una estratificación relativamente abierta, que no corresponde exactamente a una sociedad de castas cerradas o a una pigmentocracia, como se la ha llamado.

En esta estratificación el fenómeno de capilaridad social o de contacto entre estratos es algo impuesto por las características del trabajo, de la familia y de la guerra. No hay status inmóviles, adscritos fatalmente a las características raciales o heredadas, con excepción tal vez de algunas jerarquías indígenas que los conquistadores trataron de conservar con fines políticos entre los indios sometidos.

Una de las *instituciones políticas* más representativas de este ciclo es el Cabildo, órgano de gobierno de la comunidad local y regional formada por la ciudad y sus términos.

Arrancando de la vieja tradición castellana del Concejo o Municipio medieval, el Cabildo adquiere en América relieve y rasgos propios. Particular importancia alcanza en Chile, donde a causa de la lejanía y dificultades de comunicación con la metrópoli y el Perú, el Cabildo asume con frecuencia en este ciclo funciones ejecutivas y legislativas que corresponden a otras autoridades, además de sus tareas propias de administración local.

Aunque la máxima autoridad política ejecutiva reside en el Gobernador, la intensa actividad bélica de este período exige a éste su presencia en la zona de conquista, al frente del ejército, en su carácter de Capitán General. La autoridad legislativa de la Real Audiencia, que equilibrada la del Gobernador, tiene escasa importancia en el siglo XVI, pues sólo funciona en Concepción durante ocho años (1567-1575), para ser restablecida en Santiago en el siglo siguiente (1609).

En estas circunstancias, funciones que legalmente corresponden a otras autoridades son asumidas con frecuencia por el Cabildo, como el reparto de encomiendas, de mercedes de tierras y aun la designación de gobernadores en casos de vacancia.

Integran el Cabildo los vecinos más destacados, al comienzo españoles y más tarde criollos, que son elegidos alcaldes, regidores, procuradores, alférez real y fiel ejecutor. Sus funciones duran un año, al término del cual los que cesan designan a sus sucesores, siendo obligatoria la aceptación del cargo. A estos concejales de designación anual se agregan los regidores perpetuos nombrados por el rey en premio de servicios o por subasta del cargo.

Las funciones del Cabildo son múltiples y comprenden los principales asuntos de la vida comunal: funciones económicas de abastecimiento, fijación de precios y aranceles, control de pesos y medidas. Funciones administrativas de policía, aseo, ornato, obras públicas, mantención de escuelas y hospitales. Finalmente ciertas funciones judiciales, militares, sanitarias, recreativas y ceremoniales, además de la función muy significativa de representar las aspiraciones y sentimientos de los vecinos ante el Gobernador, la Audiencia y ante el propio monarca.

A través de los cabildos, la élite criolla, que fue dominando en ellos, adquirió experiencia en el ejercicio del poder. De esta institución derivan ciertas pautas de gobierno que se expresarán persistentemente en la estructura política de un poder colegiado, representativo de los vecinos y estancieros ricos, que en forma de juntas y congresos o como grupos de presión equilibrarán el poder ejecutivo unipersonal.

Se explica así que de los Cabildos de las principales ciudades america-

nas surgieran los gobiernos de la independencia, en Santiago como en Buenos Aires, Caracas, Quito, México y Lima. Por su parte, los Cabildos de ciudades importantes de provincia determinaron en varios países la organización federal.

Las *instituciones religiosas* se establecen en Chile en estrecha conexión con el Estado en virtud del patronato eclesiástico. Este confería a la Corona y a sus representantes la facultad de intervenir en el nombramiento de las jerarquías eclesiásticas, decidir la construcción de iglesias y percibir el diezmo.

Junto con Valdivia vienen los primeros sacerdotes que inician la evangelización. Llegan sucesivamente los órdenes religiosos de los mercedarios (1549), los franciscanos (1553), los dominicos (1557), los jesuitas (1593) y los agustinos (1595), que levantan sus templos y se van extendiendo en las diversas ciudades, participando en la instrucción y asumiendo frecuentemente la defensa y protección de los indios frente a los abusos de los encomenderos.

Con los obispados de Santiago en 1561 y de La Imperial en 1563, se inicia la organización eclesiástica en parroquias y doctrinas, destinadas estas últimas a la catequización indígena, para lo cual los curas doctrineros debían aprender la lengua mapuche.

La insuficiencia de sacerdotes para atender a la población y el predominio del clero regular sobre el secular fueron características del ciclo inicial que subsistieron con posterioridad.

El patronato eclesiástico originó otra característica de la institución religiosa en Chile: la conexión de la política con la religión, a través de la unión de la Iglesia y el Estado y las recíprocas interferencias entre el poder civil y el eclesiástico.

Las *instituciones educativas* tienen en este período dos orígenes: de una parte surgen las escuelas de primeras letras fundadas o patrocinadas por los Cabildos, como la que existió en Santiago en 1548. De otra parte, las escuelas medias de gramática fundadas por los órdenes religiosos. Esta dualidad de origen, estatal y eclesiástico, así como su respectiva especialización en instrucción primaria y secundaria, será un rasgo que caracterizará las instituciones de enseñanza hasta épocas posteriores, connotando diferencias ideológicas y clasistas.

La expresión literaria de este ciclo urbano de expansión militar se encuentra en la poesía épica y en la crónica histórica. *La Araucana* de Ercilla es la epopeya que canta heroicamente, al modo clásico, el nacimiento de un pueblo. Entretanto la historia, en forma de crónica, narra en prosa la formación de nuestra sociedad, satisfaciendo la curiosidad europea por el Nuevo Mundo. Las tres primeras crónicas fueron escritas por compañeros de Valdivia, que colaboraron en su obra y lo sobrevivieron: Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lobera y Jerónimo de Vivar. Constituyen los antecedentes de la Historia, cuyo cultivo va a marcar una característica de la expresión cultural chilena.

La síntesis precedente muestra cómo, en el siglo xvi, la ciudad constituye el polo de desarrollo de la incipiente sociedad chilena, en los aspectos demográfico, familiar, económico, político, religioso, educativo y cultural.

Este período urbano inicial se distingue por cierto equilibrio entre las ciudades, en cuanto a su ubicación territorial, su población, su importancia económica y su dotación institucional. Santiago, por ejemplo, no obstante constituir la principal sede administrativa como cabeza del reino, es sólo una de las dieciséis ciudades fundadas a lo largo del siglo xvi y varias de ellas la superan en equipamiento, número de vecinos y de encomenderos. Por otra parte, la equilibrada distribución de estas ciudades a través del extenso territorio, con distancias regulares entre ellas, presenta una forma de poblamiento más proporcionado que el que exhibirá el ciclo siguiente.

El gran levantamiento araucano iniciado en 1598 ocasiona la ruina sucesiva de las siete ciudades situadas al sur del Bío-Bío: Santa Cruz de Oñez, Valdivia, Osorno, La Imperial, Cañete, Angol y Villarrica. Algunas de estas ciudades eran reputadas entre las mejor equipadas y se hallaban en la zona entonces más rica y poblada del territorio.

Su arrasamiento provoca una contracción de la estructura urbana a la región comprendida entre Santiago y Concepción. Esta contracción urbana viene a coincidir con el declinar de la actividad minera y con el auge progresivo de la agricultura del valle central.

Se cierra de este modo el ciclo urbano originario, que exhibe rasgos característicos de la estructura social de Chile y cuyas huellas sociológicas van a subsistir hasta el presente, a través de sucesivas transformaciones.

Estos rasgos son: una urbanización precoz que concentra la población blanca y mestiza y una equilibrada red urbana, todavía débilmente integrada, pero que une la capital con los puntos fronterizos y de comunicación con el exterior.

Dualismo de la estructura familiar, que incidirá en las modalidades de la estratificación y de las costumbres.

Temprana fusión étnica, que origina un mestizaje con predominio cultural hispánico.

Economía minera de exportación, vinculada a las fundaciones urbanas y complementada con la exportación de productos ganaderos.

Estratificación relativamente abierta, que permite la movilidad basada en el mérito.

Formación de una estructura política colegiada, representativa de grupos e intereses comerciales, mineros y agrarios.

Interferencia de las esferas políticas y religiosas.

Educación de origen estatal y eclesiástico.

Expresión cultural histórica y poética.

Los rasgos anteriores aparecen desarrollados en los diferentes artículos seleccionados que se refieren a este período. Aunque la limitación de espacio nos ha obligado a extractar los diversos textos, la reducción se ha hecho respetando sus tesis centrales y omitiendo sólo las notas al pie de página o los párrafos que detallaban las ilustraciones.

El texto de Alvaro Jara es parte de su libro *Guerre et Société au Chili*, donde analiza la profunda influencia de la actividad militar en la formación de la sociedad chilena. El fragmento seleccionado destaca el predominio de la economía minera en el siglo xvi, característica que había sido insinuada por historiadores del pasado y enfatizada más recientemente por estudiosos como Marcelo Segall y Luis Vitale.

Jara ilustra ampliamente la decadencia de la producción minera al finalizar el siglo xvi, no sólo en las regiones recuperadas por los araucanos, sino también en las que continuaron sometidas a los españoles.

El artículo de Gabriel Guarda examina la *Influencia militar en las ciudades del reino de Chile*, derivada tanto de las exigencias de la guerra de Arauco como de la necesidad de defensa frente a las amenazas de las incursiones inglesas y holandesas. Muestra también que la consideración estratégica de Chile como antemural de las posesiones españolas del Pacífico, contribuye a explicar su tenaz defensa frente a los ataques de los araucanos y de los enemigos externos.

La tesis central de Guarda es que la ubicación geográfica de Chile en el engranaje territorial del continente y la guerra de Arauco se reflejan en la estructuración de sus núcleos urbanos, en cuanto a su fortificación, posición estratégica y exigencias de colonización mediterránea. Excepcionalmente Santiago, «es característica de todas las ciudades de Chile un marcado acento castrense, impuesto desde las formas urbanas más visibles hasta las más sutiles, como la preocupación y actividad predominante de sus moradores. El permanente estado de guerra penetró hasta lo más hondo de su cuerpo y alma».

El artículo de José Armando de Ramón intenta detectar la estratificación y movilidad en *La Sociedad española de Santiago de Chile entre 1581 y 1596*, a través de un estudio de grupos.

Su tesis niega la creencia tradicional de que durante gran parte de la Colonia imperó en Chile una aristocracia fundada por los primeros conquistadores y compuesta por los herederos de su fortuna y poder social. Sostiene, en cambio, que la inestable situación política, militar y económica provocó continuos cambios que impidieron la cristalización de un grupo social durable basado en el linaje.

Para desarrollar su tesis, el autor utiliza las partidas de bautismo existentes en la principal parroquia de Santiago, e investiga los datos de las personas que figuran como padres y padrinos para distribuirlos en tres rangos, según su fortuna, honores y prestigio. Su análisis muestra que la diferencia de rangos no impide una relación estrecha y personal entre sus miembros y que los ubicados en el rango superior no logran man-

tener su posición durante mucho tiempo, siendo reemplazados por otros individuos, sin que pesara decididamente la ilegitimidad del nacimiento o la humildad de origen.

Su conclusión es que, aunque los españoles constituyen un estrato superior al de los mestizos e indígenas, no se cristalizó entre ellos una aristocracia conquistadora, exhibiendo la estratificación cierta apertura que permitió el ascenso y la movilidad, contrariamente a lo afirmado por la tesis tradicional, la que sólo tendría validez en períodos ulteriores de la Colonia.

El texto de Jaime Eyzaguirre *La pugna entre la ética y la economía* bosqueja las diferencias entre las colonizaciones inglesa y española explicándolas en sus distintas concepciones éticas acerca del hombre, que se traducen en actitudes y prácticas peculiares frente al aborigen americano. Sobre este trasfondo comparativo, traza los rasgos dominantes de la colonización española en América y particularmente en Chile.

Su tesis central es que junto a los objetivos económicos y políticos de la conquista y colonización hispana hay que considerar sus objetivos religiosos y civilizadores expresados en la legislación; integra de este modo en la realidad histórica las versiones unilaterales de las llamadas leyendas »negra« y »rosada«, que exageraban respectivamente la condenación y la apología de la obra de España en América.

Junto con reconocer los abusos cometidos en la explotación del indio, el autor muestra la aplicación de los principios legislativos, que originó una pugna entre la ética y la economía, la cual presenta varias manifestaciones. El conflicto se focalizó particularmente en la institución de la encomienda, explicando las diversas variantes que ella fue asumiendo.

Guerra y sociedad en Chile*

El análisis de la estructura y variaciones de la economía creada por los conquistadores españoles en las zonas sometidas del país, proporciona elementos de juicio muy preciosos para el estudio de las formas generales de la evolución de esta sociedad y sus imperativos.

La tendencia de los conquistadores españoles de obtener tesoros en metal en sus empresas americanas es demasiado conocida. Los de Chile no fueron una excepción a esta característica, que condujo en los primeros tiempos a relegar como una ocupación subsidiaria y de segunda categoría a la producción agrícola. Ella debía venir después del primer impulso de la conquista. Los españoles se contentaron en este sentido con la creación de una economía de subsistencia, con la producción de alimentos solamente en la medida necesaria para mantener el ritmo de la economía minera que era su preocupación esencial. Es explicable. No existían en América mercados alimenticios ni de producción agrícola diversificada que habrían hecho posible un comercio de intercambio, salvo en el caso de las regiones nuevas que aún no lograban crear su propia economía de subsistencia; pero una vez que se lograba este resultado ya no era necesario el aprovisionamiento desde el exterior. Por otra parte, con medios de transporte tan rudimentarios como los de la época, el recargo que debían soportar los productos era necesariamente un aliciente para poner fin lo antes posible a un comercio oneroso y fácil de reemplazar. Si agregamos el factor tan importante de la distancia, característica surgida por el sentido señorial de la conquista que llevó a una gran dispersión y una amplia extensión geográfica, tendremos otro de los elementos típicos de la definición.

Esto en lo que se refiere al elemento español. Las sociedades indígenas tenían, a la llegada de los españoles, su propio modo de resolver el problema de su subsistencia, deficiente o no, pero adaptado a necesidades mucho más modestas. Así, los españoles sólo debieron afrontar su propio problema, y como la densidad de ocupación era muy baja, ello no significó un trastorno profundo. Con un pequeño incremento del nivel de productividad de la economía indígena, estaba asegurada la alimentación de los nuevos señores. Además, debe tomarse en consi-

*Traducido de *Guerre et Société au Chili. Essai de Sociologie Coloniale*, Paris, École des Hauts Etudes d'Amérique Latine, 1961, pp. 34-40.

deración la introducción de variedades europeas de semillas y animales que fue el origen de nuevos recursos.

No es el propósito del presente estudio presentar la actividad minera a lo largo del siglo xvi, sino solamente indicar que, por diversas razones, en los últimos años de éste, esta actividad se encontraba en completa decadencia en la zona donde se conservó el dominio español, pues en las regiones perdidas, evidentemente, ella cesó.

Un factor de primera importancia en la constitución de la economía minera en toda la órbita de la conquista española, fue la utilización de la mano de obra aborígen. Sin ella sería imposible siquiera concebir su nacimiento. Desde el primer momento de la aventura americana, encontramos una extensísima utilización de los indígenas en el laboreo de las minas y lavaderos de oro.

Desde los tiempos de Pedro de Valdivia los españoles se consagraron con tesón al lavado de oro, explotando las arenas auríferas con verdadera pasión. La rentabilidad de este trabajo fue en ciertos casos francamente alentadora para los encomenderos que lo habían emprendido y muchos de ellos acumularon importantes fortunas. Entre ellos, citemos el caso de Rodrigo de Quiroga, que logró, como muchos otros, una gran prosperidad. Según decía un cronista muy bien informado, la ex concubina de Valdivia Inés de Suárez «tenía un repartimiento de donde sacó Quiroga más de cuatrocientos mil pesos en 32 años que fue casado». Francisco de Villagra, que tenía en encomienda los pueblos de indios situados entre los ríos Toltén y Cautín, recibía mucho tributo »y así llegaba la renta a cien mil pesos«. Es muy probable que las cifras detalladas por el cronista pueden ser exageradas, pero queda fuera de duda que aun rectificadas muchos encomenderos percibían rentas que los transformaban rápidamente en pequeños potentados locales.

Se ha hablado mucho sobre la pobreza de los indios de Chile y no es necesario repetir testimonios para confirmar esta verdad. En estas condiciones, los tributos que les eran impuestos sólo podían obtenerse por su trabajo forzado en tareas productivas, entre las cuales la más sencilla y la más directa era el lavado de oro. Mariño de Lobera afirma haber constatado personalmente que en 1553 los indios que venían a trabajar a los lavaderos de Quilacoya »pasaban de veinte mil« y extraían gran cantidad de oro cada día. En los lavaderos de oro en Marga-Marga, Rodrigo de Quiroga tenía »seiscientos indios de su repartimiento la mitad hombres y otras tantas mujeres, todos mozos de quince a veinticinco años todos los cuales se ocupaban en lavar oro ocho meses al año«. Más de un documento y una crónica confirman que esas actividades suscitaron una gran prosperidad en el reino pues hubo »hombres a quienes sus indios dieron trescientos mil pesos de oro fino además de los otros tributos«. La vida de los conquistadores se hizo fácil y alegre, despreocupada y promisoría, »teniendo por cierto que aquella riqueza

nunca había de faltarles; antes habría de ir siempre en mayor aumento. Y así todo era banquetes, saraos, tablajes y semejantes ejercicios, trayendo a los indios tan arrastrados que si un día sacaba alguno cien pesos de la mina, los habría de dar todos al encomendero sin quitar grano. Mas como su vida era de burla, quedaron burlados. Porque la grosedad y opulencia se acabó presto con las continuas guerras y como lo habían todo gastado, quedáronse sin ello hasta hoy y tan miserables que murieron de hambre ellos y sus hijos, sin dejar a sus herederos un tomín si no es deudas«.

Los rendimientos de los primeros tiempos fueron sin duda apreciables, pues una autoridad como López de Velasco da como cierto que entre los años 1542 y 1560 se extrajeron »más de siete millones de oro bruto«.

Los quintos reales sobre el oro recogido en los lavaderos reflejan con bastante exactitud, considerando incluso el porcentaje de fraude fiscal, la curva de productividad en su explotación. En 1568 se recolectaron entre 35.000 y 40.000 pesos; en 1571 las rentas de la Corona alcanzaron 32.000 pesos; en 1583, apenas 22.000 y las deudas del Tesoro alcanzaban a 300.000.

Un documento de 1569 estimaba las rentas de la Corona en 40.000 o 46.000 pesos, sin por ello dejar de señalar la administración viciosa que de ellas se hacía. La riqueza aurífera de los primeros tiempos se refleja aún en el nombre de una villa. Sin embargo, la disminución de estas riquezas fue rápida. En una fecha no anterior a 1574 se apunta que »en la cordillera y en otros lugares se han descubierto buenas minas de plata pero no se ha continuado por falta de indígenas y porque el país está en guerra y muchas minas de cobre y de hierro tampoco se explotan«. En una carta escrita al rey desde Lima por el Licenciado Castro en 1566 pueden ya observarse las fluctuaciones de la producción minera, pues indica que un barco con 160.000 pesos de oro había llegado de Chile al Callao y que esta suma, destinada a los comerciantes, fue para ellos motivo de gran júbilo ya que hacía varios años recibían sus remesas en forma irregular y por este motivo el tráfico de mercaderías había mermado. Rosales informa que a fines de 1592 muchos caciques ofrecieron la paz a Oñez de Loyola »y Culacoyo ofreciendo sus minas de oro dando gente con efecto para ello«, gracias a lo cual »volviéronse a labrar las minas de oro que hacía treinta años que por las continuas guerras no se labraban y al amor del oro comenzaban ya los mercaderes a llevar las mercancías de Europa de sedas, lienzo, paños y otras cosas«. A pesar de todo, en 1598 el gobernador informaba al rey que »el quinto era escaso«. El año siguiente, el del levantamiento, los españoles perdieron sus mejores minas de oro, pues »aunque las unas fuesen más ricas que las otras y de ley diferente, entre las cuales las de Valdivia tenían la más alta ley, estas últimas y aquellas que eran las más ricas en cantidad y las más útiles a los nuestros fueron recuperadas por los indios en los

territorios que retomaron por sus últimas victorias, aunque no hagan más caso del oro que del plomo. Las que quedaron en poder de los españoles eran »las más estériles y bajas«. No es de extrañar entonces que en 1600 los impuestos percibidos por la Corona no alcanzasen a 3.000 pesos, incluyendo el quinto avaluado en 2.500 pesos. »He aquí todas las rentas reales que hay aquí al presente pues todo el país está afligido por la guerra que es imposible que los indios amigos extraigan oro ya que están todos ocupados en servir en ella«.

A través de estas referencias se observa claramente la crítica situación que afrontaban las minas a medida que avanzaba el siglo y que finalmente obtenían rendimientos casi nulos, desastrosos para una sociedad que estaba fundada en gran parte sobre su prosperidad.

En consecuencia, la insuficiencia de mano de obra no permitía proseguir con el trabajo de los lavaderos de oro donde la necesidad de brazos era grande si se quería obtener resultados apreciables. Naturalmente, tenía prioridad sobre estos trabajos la organización de la producción alimenticia necesaria para la subsistencia del reino. Aun para estos trabajos faltaban indios, pues de su disminución »nacen mil importantes y generales faltas, principalmente la del beneficio y cultura de los campos porque como ya he dicho muchas veces, los tales indios encomendados que están de paz son los labradores que sustentan a los españoles en aquel reino«.

Es evidente que, desde el momento que los conquistadores penetraron en el interior del país, se les presentó el problema de atender a sus necesidades de alimentación y subsistencia. A medida que penetraban, aprovechaban voluntaria o coercitivamente los recursos de los grupos indígenas que encontraban en el camino. Mientras no lograron someter a los indígenas y a imponerles un ritmo de trabajo al servicio personal, los españoles se vieron obligados, con mucho disgusto, a empuñar el arado además de la lanza. Una vez que alcanzaron las primeras victorias organizaron la producción agrícola con los indios recientemente pacificados. Pero esta economía agrícola era una economía de auto-subsistencia, ya que no tenía sentido producir para mercados que no existían. Y allí donde hay tierra en abundancia y fuerza de trabajo para todos o al menos para la mayoría, tampoco tendría sentido pensar en proveer al vecino de los mismos productos que él mismo era capaz de producir. Por otra parte, los conquistadores eran totalmente extraños a estas preocupaciones. La explotación de las arenas auríferas parecía a sus ojos una tarea más atractiva, más noble y un camino más corto para llegar a ser con una rapidez mágica verdaderos señores. Este conjunto de circunstancias hizo que la agricultura tuviera un papel muy modesto al comienzo. Pero, poco a poco, ella se desarrolló junto con la ganadería, para llegar a ser una actividad importante a fines del siglo XVI, especialmente cuando las minas perdieron su prosperidad y

dejaron de ser una fuente de ingresos. Se produjo una especie de sustitución progresiva de una actividad por otra, condicionada por la formación de un mercado consumidor en el Perú y otro en el interior del reino, constituido a raíz del aumento de la población española, tanto por el crecimiento espontáneo como por la afluencia de refuerzos militares que venían a combatir en la guerra de Arauco y que engrosando el ejército aumentaban también las necesidades de avituallamiento de éste.

Influencia militar en las ciudades del Reino de Chile*

A. FLANDES INDIANO

Externamente, la ubicación de Chile en el flanco sur occidental del continente, desarrollaba ante la mirada del enemigo europeo que doblase el Cabo o el Estrecho una dilatada costa acribillada por multitud de puertos e islas vulnerables al asalto y la ocupación. No sólo algunos puntos de tan vasto horizonte, sino el territorio entero, estimábase como llave del Pacífico y antemural del Perú. Era un axioma que cualquier intento contra Lima exigía previamente la ocupación de Chile y tal programa figuró con frecuencia en los gabinetes de la corte inglesa, holandesa o francesa. »Su conservación —explicaba un memorial presentado en 1600 a la Junta de Guerra de Indias— es la principal de todo lo que se encierra en el Mar del Sur por la parte de Nueva España, Perú y Tierra Firme, porque siendo el dicho mar desde el estrecho de Magallanes por la costa de Chile hasta el puerto de Acapulco, como una guarnición y custodia... viene a ser la parte más celosa y necesaria población de todas aquéllas«.

Internamente, el peculiar medio social en que se ensaya la colonización, el pueblo araucano —de todos los del nuevo mundo el más fiero en defender su libertad y más reaccionario en aceptar la civilización— marcó con un sello de agitación e inestabilidad aquella empresa, sobre todo en las regiones del sur, entonces las más fértiles y pobladas. Ello necesariamente habría de influir profundamente en todos los planos de su historia.

Ubicación geográfica en el engranaje territorial del continente y guerra de Arauco, ambos aspectos de una misma realidad, debían reflejarse en consecuencia en la estructuración de sus núcleos urbanos. Así como la relevante posición estratégica imprimirá a algunos puertos características especiales, la presencia regular de fortificaciones

*Publicado en el volumen *El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días*, editado por Jorge Enrique Hardoy y Richard P. Schaedel, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969, pp. 261 a 299.

en los poblados del interior —por lo menos en determinadas zonas geográficas— será una constante. Si los aportes derivados de este hecho no significan necesariamente un valor trascendental en la historia del urbanismo americano, la mera circunstancia de ser precisamente una constante justifica un estudio valorativo que mida sus proporciones y destaque los ejemplos que puedan resultar más notables.

I. Poblaciones fortificadas

El análisis de 104 fundaciones españolas creadas en Chile desde la Conquista a la Independencia, revela a primera vista que a lo menos 52 de ellas —exactamente el cincuenta por ciento— presenta la característica de ser fortificadas.

Una observación más detenida de este grupo demuestra que prácticamente su totalidad pertenece cronológicamente a los siglos xvi y xvii, período álgido de la guerra de Arauco, o se sitúa geográficamente en la zona afectada por dicha conflagración. Si a esto se añade que sólo diecinueve de estas fundaciones son costeras y ochenta y cinco, en cambio, mediterráneas, sacaremos como primera conclusión que más peso tuvo la colonización del país que la misma defensa de su soberanía contra la agresión extranjera. La costosa conservación de las fundaciones costeras se justificaba solamente por el peligro que habría significado su abandono en vista del papel estratégico que desempeñaban como antemural del Perú.

Si se profundiza en el historial particular de estas fundaciones descubriremos luego que treinta de ellas son destruidas, despobladas o trasladadas por factores militares, siendo refundadas sucesivamente tras cada descalabro. Una desafiante voluntad de supervivencia parece gravitar sobre ellas: si a veces perecen para siempre, otras consiguen verse restauradas bastante entrada la Independencia. No pocas serán recuperadas sólo a fines del siglo xix tras un melancólico sesteo de siglo y medio de ruinas. Si a la lista de 104 fundaciones agregáramos la suma de las singulares ceremonias fundacionales, repetidas muchas veces en el historial de una misma urbe, doblaríamos dicha cifra.

Si a todo lo expuesto añadimos que de los 219 pueblos de indios, constituidos en el mismo período, muchos fueron, a su modo, fortificados y, pasaron por las mismas vicisitudes que los pueblos españoles, confirmaremos con un elocuente caudal de datos que, efectivamente, fue la guerra interna la que más influyó en el aparejo de los poblados chilenos y en el bosquejo de su fisonomía verdaderamente campamental.

Analizando cronológicamente la evolución de las fundaciones españolas en Chile, notamos que sus plantas se configuran desde el principio según el clásico plano de damero de todas las trazas indianas, sin reflejar aparentemente para nada el impacto que pareciera necesario expresar la situación de beligerancia ambiente. El fundador, en su pri-

mer contacto con el medio, en cierta manera parece ignorar la agresividad del aborigen. Si bien no descuida el factor defensivo, casi espontáneo en la localización de todo poblado, la planta misma por él delineada no lo acusa expresamente.

Santiago del Nuevo Extremo, la primera ciudad fundada en el territorio por Pedro de Valdivia en febrero de 1541, extiende su cuadrícula entre dos cauces fluviales que la protegen por el norte y sur y a la sombra del cerro Huelén —Santa Lucía—, que, como atalaya, lo hace por el oriente, pero su flanco mayor, el extremo opuesto, queda enteramente abierto. En toda la traza no se especifica un punto señalado como núcleo para una posible defensa.

Siete meses después de la promisorio ceremonia fundacional, los indios mapochinos reducen a cenizas la recién dibujada ciudad y el colonizador, como reacción automática, discurre la fortificación de una manzana. Se trata de una solución práctica y bastante elemental; la porción elegida abarca los solares del gobernador, al costado poniente de la plaza. En su perímetro podrá concentrarse toda la población, que por lo incipiente cabe allí perfectamente. La solución, con pequeñísimas variantes, será imitada en emergencias similares en varias otras fundaciones del siglo XVI: en La Imperial durante el gran sitio de 1600 —que concluye con su existencia— se fortifica el palacio del obispo Cisneros y en el de Osorno, de igual época y resultados, la manzana vecina a la gran iglesia mayor, frontera con la plaza y su peculiar ensanche. Análoga parece haber sido la defensa de Villarrica, en cuyo castillo perecen junto con la ciudad, en 1602, todos sus habitantes, después de tres años de heroico sitio.

La destrucción de La Serena a los ocho meses de fundada por Juan Bohon, en diciembre de 1543, y otros descalabros menores, demostraron a Valdivia el verdadero talante de sus díscolos súbditos. Al fundar, tomará ahora precauciones y, en adelante, no procederá en este punto sin anteceder la instalación de un fuerte.

Describiendo la fundación de Concepción, en octubre de 1550, Rosales refiere que »trató hacer la ciudad de piedra y adobes bien fuerte porque consideró que la gente con quien había peleado era gente atrevida y belicosa; entendieron todos los españoles en abrir cimienta a la fábrica y hacer adobes, creciendo la obra con tan admirable presteza que en breves días quedaron las casas hechas y un fuerte con sus cubos, de anchas y altas paredes, y en forma de ciudad«. Góngora Marmolejo, testigo presencial del suceso, describe el artefacto como »torreado, donde pudiesen estar seguros, velándose de noche y día a las puertas de él«. Análogas precauciones se observan en las fundaciones de La Imperial, Valdivia, Villarrica y Angol y los sucesores del gobernador no sólo continuarán esta línea, sino que llegarán a distribuir las fundaciones tomando cada vez más en cuenta sus posibilidades defensivas y su auxilio mutuo. Al echar los fundamentos de Cañete, en el verano de

1558, don García de Mendoza, después de levantar el consabido fuerte »mandó luego trazar cuatro solares en cuadro y con dos pares de tapias la mandó cercar y con tanta presteza que en quince días estaba esta obra acabada de dos tapias en alto con dos torres altas de adobes que soñoreaban el campo y el fuerte, puestas dos piezas de artillería en cada una«. En Castro de la Nueva Galicia, el mariscal Ruiz de Gamboa considera expresamente sus cualidades estratégicas plantando un fuerte para la defensa de sus vecinos y al erigir en ciudad el de Chillán, junto con crear alcaldes y cabildo, designa alcaide para su castillo.

En un paulatino desarrollo de este perfeccionamiento defensivo, al fundar Santa Cruz de Oñez, el gobernador García de Loyola —que como Valdivia finalizará sus días asesinado por los indios— »construye dos castillos que cubren ambas riberas del río«. Hacia 1583 se fortifican los alrededores de Villarrica con una cadena de fuertes; cuando en enero de 1611 el gobernador Merlo de la Fuente desplaza Angol dos cuadras sobre su traza original, la cerca de altas tapias y edifica en su centro una fortaleza »con cuatro cubos en sus esquinas con que se barrían las ocho calles que tenía la ciudad«. El estudio prolijo hecho por Salvador Sanfuentes de las ruinas de La Imperial en 1843, descubre que la ciudad baja era murada y varios otros sectores, fortificados.

II. Fortalezas, origen de ciudades

Así como en la edad media europea los castillos y monasterios serían núcleos aglutinantes de población, en torno a los cuales se desarrollarían muchas ciudades, así también en las antípodas del mundo, a lo largo de los siglos llamados coloniales —edad media americana— son numerosas veces las fortalezas, con los conventos y misiones, germen de nuevos poblados.

Destacado ya el hecho de aquellas fundaciones a las que inmediatamente precede la construcción de una fortaleza, analizaremos ahora brevemente el proceso evolutivo de un castillo, concebido inicialmente como una unidad defensiva aislada, hacia una población formal que como marca de nacimiento, crecerá sellada por su primitivo destino estratégico.

Mariño da cuenta expresamente cómo don García edificó sobre las ruinas de la antigua casa fuerte de Tucapel, erigida por Pedro de Valdivia, una nueva fortaleza »dando principio a la fábrica de una ciudad con título de Cañete de la Frontera, a contemplación del virrey, su padre, que era marqués de Cañete«. La célebre casa de Arauco, igualmente invención de Valdivia, será el origen de la interesante plaza que, con los nombres de villa de San Ildefonso y ciudad o tercio de San Felipe de Austria, será sucesivamente edificada por los gobernadores Sotomayor, Oñez de Loyola y Meneses en los años 1590, 1596 y 1665, respectivamente. La ciudad de San Francisco de la Selva de Copiapó remontará

su origen a la casa fuerte levantada por Bohon en 1548. Análoga será la gestación de varias plazas y villas del siglo XVIII, engendradas por un fuerte levantado en los siglos anteriores: Espíritu Santo de Catirai (1585), Nacimiento de Nuestro Señor, San Antonio de Chacao y San Antonio de Carelmapu (1604); San Ignacio de la Redención de Boroa (1606), San José de la Mariquina y San Luis de Alba de Cruces (1647), San Miguel de Colcura y Nuestra Señora de Guadalupe de Lota (1662), Mesamávida y Santo Tomás de Colhue (1695). En fin, San Francisco de Borja de Negrete, Los Angeles, Nuestra Señora de Monserrat de Tirúa, San Carlos de Purén, San Andrés de Nuninco, San Rosendo, Santa Bárbara, Santa Juana, Santa Lucía de Yumbel, San Pedro, Laraquete, Virquén, Quepe, Paicaví, San José de Alcudia de Río Bueno, entre otros, serán el origen remoto de las poblaciones de esta denominación, la mayoría con vida hasta nuestros días.

La fortaleza y, como consecuencia, el factor militar, será en estos casos definitivo en la localización de tales poblaciones; muchas de ellas no tendrán más acta fundacional que la erección del fuerte y, en tal caso, hasta llegarán a carecer de la clásica planta de cuadrícula, generando simples poblados irregulares. La primacía, a veces circunstancial, de su valor puramente estratégico, sobre valores más estables que garantizan su perpetuación, será a veces causa de su decadencia o desarrollo ulterior limitado.

Los contemporáneos de tales experiencias estuvieron generalmente conscientes de dichas limitaciones que, como densos nublados, oscurecían amenazadores su futuro. Es ilustrativa a este respecto la actitud de los habitantes de Valdivia, cuando en 1761 se quiso trasladar la ciudad por razones meramente estratégicas al estrecho recinto fortificado de la isla de Mancera. Para resistir la medida, los amenazados vecinos esgrimieron, entre otras armas, la espada de Damocles que se cernía como espectro sobre el porvenir de una ciudad de pasado heroico: »no puede permanecer tal población —aducían— que no solamente debemos reputar como Presidio, sino como una Ciudad antigua y principal Puerto de este mar en tierra y reinos agregados a la Corona de S. M.«.

III. *Plazas y Presidios*

Acorde con las necesidades estratégicas de las antiguas poblaciones de Chile, la idea de crear plazas fuertes o presidiar poblaciones ya existentes surgió como consecuencia lógica de la repetición simultánea de las agresiones piráticas y la prolongación de la guerra de Arauco.

En un rango equidistante entre las meras poblaciones »con fuerte« y los grandes complejos defensivos de las ciudades costeras, las plazas o presidios suman un número notable entre las poblaciones del período que nos ocupa. Varias de las señaladas antes tuvieron tal carácter,

como lo tendrán los conjuntos más elaborados que reservamos para el final; aquí sólo destacaremos los ejemplos más notables que pueden contribuir a perfilar su fisonomía como organismos mixtos militares y urbanos. [...]

B. ANTEMURAL DEL PACÍFICO

Comprendemos en este apartado el estudio de aquellos conjuntos de fortificaciones que rodean los puertos más importantes del reino en su carácter precisamente de antemural del Mar del Sur y avanzada del virreinato. Son sistemas que se simplifican o complican según la calidad misma de dichos puestos o el protagonismo geopolítico que desempeñarían en relación a dicho mar siendo la capacidad técnica de su armamento, por lo general, notablemente superior al de las plazas estudiadas; ante todo son una resultante directa del medio geográfico.

En su doble importancia como puerto y antemural destaca Valdivia con su constelación de fortificaciones que merecerían en 1707 que el Consejo de Indias la reputara «capital del Mar del Sur»; le sigue San Carlos de Ancud, que, al finalizar el siglo xviii, si no en la calidad de sus castillos, por lo menos en el Concepto de las autoridades metropolitanas y virreinales disputa al anterior su indiscutida primacía.

Valparaíso, aunque malo como puerto, por serlo de la capital, es el de mayor comercio; el conjunto que tiene como centro a Concepción —segundo mercado del reino— luce un aparejo defensivo sin duda desmedrado en relación a los anteriores. El más modesto de todos, aunque no el menos interesante por sus derivaciones urbanísticas, es el de La Serena. [...]

X. Conclusiones

1. La ubicación de Chile dentro del continente determina en todo su territorio especiales medidas de defensa.
2. El medio social en que se implanta la colonización, el pueblo araucano, especialmente belicoso, determina frecuentemente la fortificación de las ciudades.
3. Un cincuenta por ciento de las poblaciones levantadas en Chile durante la dominación española son fortificadas; cuantitativamente esta modalidad es en ciertas zonas una constante.
4. Prácticamente la totalidad de las fundadas en el siglo xvi o posteriormente en la zona afectada por la guerra de Arauco son fortificadas.
5. A lo menos una treintena de poblaciones debe su origen a la previa existencia de un antiguo fuerte.
6. La política fundacional es preferentemente colonizadora: de 104 fundaciones registradas sólo 19 son puertos y sólo en la conservación de dos (Ancud y Valdivia) prevalecen razones militares por sobre las puramente comerciales y económicas.

7. Sea en puertos o en poblados mediterráneos las fortificaciones influyen de diversas maneras, tanto en su localización como en el desarrollo posterior y trazado de sus plantas, sellando externamente su misma estampa urbana.
8. En las fortificaciones mismas y en su efecto urbanístico se ve constantemente la supervivencia de concepciones, formas y soluciones de tradición medieval.
9. La relativa calidad de estas fortificaciones —generalmente eliminadas en la evolución posterior de las ciudades— hace que su valor como factor de influencia puramente urbanístico sea análogo, si no superior, al que hayan podido tener en sí mismas en cuanto monumentos de arquitectura militar.
10. Como aportes notables a la historia del urbanismo indiano Chile ofrece la original planta de Nacimiento y los aciertos logrados en La Serena, San Carlos de Ancud y Valdivia, todos productos de determinantes militares.

La sociedad española de Santiago de Chile entre 1581 y 1596*

(*Estudio de Grupos*)

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1. Ideas Generales

A mediados del siglo XVIII, el padre Olivares se preguntaba sobre la suerte corrida por los descendientes de los conquistadores, extrañado de no encontrar entre la «nobleza» de Chile apenas uno que otro linaje de este origen. Desde entonces ha persistido la creencia de que durante siglo y medio a lo menos hubo una «aristocracia» compuesta por los hijos, nietos y bisnietos de quienes acompañaron a don Pedro de Valdivia y a sus inmediatos sucesores.

Esta idea trae implícitos dos supuestos. El primero, que la llegada de los elementos conquistadores permitió que la sociedad chilena apareciese revestida con caracteres definidos y estables desde el primer momento. El segundo, que la creación de algunas ciudades y el reparto de las encomiendas habrían bastado para que los fundadores de aquéllas y los agraciados con éstas perdurasen como clase dirigente durante cuatro generaciones a lo menos.

En el presente trabajo partimos de un punto de vista contrario. Pensamos que la distribución social de los españoles entre 1581 y 1596 no podía ser igual, en cuanto a linajes, a la que existió en tiempos de don García de Mendoza, como tampoco sería idéntica a la de la época de don Alonso de Ribera en su segundo gobierno. La inestable situación política, militar y económica de Chile entre 1540 y 1655, tuvo su contrapartida en un manifiesto desequilibrio social. Sólo como ejemplo, la gran insurrección araucana de 1598 produjo en el país un gravísimo trastorno en todos los órdenes institucionales, como no se ha visto otro nuevamente en Chile. Los sucesos políticos de este período fueron ágiles y no dieron

*Publicado en la revista *Historia* N° 4 del Instituto de Historia de la Universidad Católica, Santiago, 1965, pp. 191 y siguientes.

reposo; los acontecimientos se sucedieron con una rapidez agotadora y no permitieron que cristalizara un determinado grupo social sobre la base de linajes, por más de dos generaciones¹.

Por tal razón, parece recomendable como metodología para el estudio de nuestra historia social, hacer cortes en determinados períodos y analizar la organización de la sociedad mediante una especie de muestra en el tiempo. El presente trabajo procura realizar este análisis durante un período de quince años, la mitad de una generación, enfocando los diversos núcleos, su composición y su diversidad de influencia y poder.

En la formación de ese complejo mundo que era la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo xvi, se conjugaron factores determinados por la raza, el aprovechamiento de los bienes y servicios y el disfrute de ciertos honores. La diversidad racial dividió previamente a la sociedad en castas, dejando la administración y goce de la mayoría de los bienes a los grupos conquistadores. El juego de los factores económicos, al quedar circunscrito a la casta dominadora, se combinó con exigencias de tipo honorífico importadas por la idiosincrasia española de la época y motivó la formación de tres rangos, alto, bajo y medio. El rango alto estaba compuesto por quienes reunían en sus manos honores y bienes; el mediano, por aquellos que sólo tenían bienes; el rango bajo, por aquellos que se encontraban desposeídos de ambos atributos².

El complejo escenario chileno requirió respuestas nuevas frente a los problemas que surgieron en su seno. En el Nuevo Mundo nacido de la Conquista no podían tener aplicación, con plena propiedad, los modelos proporcionados por el Viejo Mundo, cuya sociedad en esos momentos sufría también transformaciones profundas. En un primer período, los criterios de estratificación fueron determinados, al parecer, por el origen hidalgo y la riqueza personal adquirida u originaria. Este modelo parece válido para los primeros tiempos de la Conquista de Chile, donde los representantes de los círculos más altos tuvieron estas características y cuidaron de elegir consortes peninsulares o criollas o mestizas, hijas de conquistadores. En cambio, a finales del siglo xvi y a principios del siguiente, se observa la presencia de pautas de movilidad que favorecían a linajes cuyo origen no iba más allá del conquistador. En ese momento no pareció pesar en forma decisiva ni la ilegitimidad del nacimiento, ni los oscuros orígenes españoles o el mestizaje de la madre o la consorte. Quizás si la primera actitud fue una instintiva

¹Esto no impide que determinadas familias pudieran mantenerse en una expectable situación social hasta mucho después. La afirmación vale para la mayoría.

²Entendemos por honores, aquéllos típicamente señoriales, tales como pertenencia a órdenes militares, adscripción al Santo Oficio con carácter de familiar, ejercicio de cargos honoríficos tales como alférez real y otros, haber sido gentil-hombre, paje u otro cargo semejante cerca de la real persona o de un noble importante, poseer o adquirir un título nobiliario, etc. Por bienes, aquellas concentraciones de riqueza superiores al término medio normal en el país, tales como posesión simultánea de encomiendas, tierras, industrias y otras, o goce de numerario en mucha cantidad como el caso de ciertos mercaderes, etc.

defensa de la individualidad racial, factor fundamental para distinguir los núcleos dominadores de los dominados, mientras que la tolerancia posterior pudo darse cuando el factor racial era ya uno de los tantos criterios de estratificación y cuando en el mestizo o cuarterón de indio predominaba la sangre de sus demás antepasados europeos. En todo caso, estos factores de ascenso operaron, al parecer, determinados exclusivamente por la fortuna, vinculaciones y empuje de ciertos grupos y personas.

De allí que la sociedad chilena del siglo xvi no pueda ser interpretada conforme a pautas que podrían ser válidas para otras épocas posteriores cuando los criterios de estratificación, por otros motivos, se hicieron más rígidos y más conformes a los de la sociedad metropolitana.

Tampoco sirven estas consideraciones para explicar el desenvolvimiento de la sociedad chilena en los siglos xviii y xix. Estos núcleos bullentes y heterogéneos que vamos a estudiar parecen representar sólo un acomodo transitorio entre los modelos, de la vieja sociedad de origen y las exigencias planteadas en el Nuevo Mundo.

Sólo queremos afirmar que las peculiares condiciones de la Conquista y los sucesos sobrevenidos en Chile hasta 1655, permitieron el surgimiento y la mantención de numerosas posibilidades de ascenso. La historia de Chile, en los siglos posteriores, se encargó de demostrar que aquel bullir social era sólo una crisis de formación y que, al cabo de dos siglos desde la llegada de Valdivia, esta característica había desaparecido casi del todo, siendo reemplazada por otros fenómenos y por nuevos modelos.

2. Metodología

La interpretación del padre Olivares y de los historiadores más modernos, falla también por no haber definido conceptos tan importantes como el de *aristocracia* que usa constantemente. Este defecto trajo diversas consecuencias en desmedro de los trabajos que sobre este tema se han realizado. Les ha impedido realizar comparaciones entre épocas, no les ha permitido superar los moldes puramente genealógicos y ha impreso un carácter fuertemente subjetivo y vago a todos los análisis que han elaborado. No nos parece que tales autores se hayan remitido tácitamente a lo que dice el Diccionario de la Real Academia, porque la definición que da de aquel término no sirve para un propósito científico.

Por lo tanto, no sólo preferimos buscar una definición, sino también un término más operativo. Creímos encontrarlo en el concepto de *grupo*, entendiendo por tal un número determinado de personas, conscientes de su unidad y capaces de actuar en su medio ambiente en una forma común y en un sentido determinado. Pensamos que se trata de entidades dinámicas, que tienen conciencia de los demás miembros que la componen y que están guiados por normas de conducta aceptadas colectivamente. Estas normas les permiten alcanzar expectativas comunes y deseadas por todos sus miembros.

El problema principal de esta clase de investigaciones reside en en-

contrar indicadores que permitan medir la existencia, forma y características de tales grupos. La solución nos parece haberla encontrado en el estudio de las partidas de bautismo existentes en la parroquia del Sagrario de Santiago entre 1581 y 1596, particularmente en el análisis de las elecciones de padrinos para los bautizados.

Creímos evidente que en una sociedad católica como lo era la de la época, la selección de padrinos para su descendencia sólo podía hacerse entre aquellas personas con las cuales se tenía mayor confianza, vinculación e intimidad, o con quienes se deseaba establecer lazos más estrechos.

El estudio y ordenación de estas elecciones hizo aparecer tres tipos de resultados. Por una parte, seis grupos principales y por otra, seis personajes no agrupados, pero preferidos por gran número de personas. Además se destacaron algunos individuos que no obstante tener pocas elecciones eran importantes por constituir enlaces entre diversos conjuntos y personas.

Sin embargo, la sola detección de estos fenómenos no permitía llegar a conclusiones definitivas. Por tanto, pareció importante complementar la información con los datos biográficos de cada persona para así determinar la importancia relativa de cada uno y de cada agrupación. Dicho en otras palabras, sobre la base de estos grupos, determinar cuál era, en aquella época, la estratificación que caracterizaba a la sociedad española de Santiago de Chile.

Realizado este proceso, se vio que los miembros de esta sociedad podían ordenarse en tres rangos de acuerdo con el goce de los honores y bienes que señalaban sus datos biográficos. Se estimaron como españoles de rango superior los que tenían actividades económicas que implicaran tenencia y goce de encomiendas y los que disfrutaron distinciones honoríficas. Se colocó también en este rango a funcionarios como el gobernador, teniente general, secretario de Gobierno, oficiales y factores reales, corregidor, oidor, fiscal o abogado de Audiencia. Igualmente a militares como el capitán general, alférez general, maestro de campo general, general, coronel, alcaide o castellano, sargento mayor o capitán. Se estimaron como españoles de rango medio los que tenían actividades económicas del tipo de las ejercidas por los mercaderes, estancieros o ganaderos sin goce de encomienda. Asimismo quedaron en este rango funcionarios como los escribanos, el teniente de corregidor, protector o administrador de pueblos de indios, defensor de bienes de difuntos, procurador de causas y el alguacil mayor. Igualmente militares como tenientes y alféreces y aquellos que tenían grado de capitán, siempre que no hubiese otro antecedente biográfico sobre sus demás actividades. Finalmente, se colocó en el rango inferior a los artesanos o a quienes ejercían algún oficio como los sastres, albañiles, herreros, carpinteros, etc., o a funcionarios tales como receptores, coadjutores, pregoneros, porteros, lenguas, alarifes, etc. Los simples soldados quedaron también en este rango.

Debe advertirse que muchas de estas profesiones fueron ejercidas simultáneamente por una persona o las ocupó sucesivamente en el término de una vida. En tal caso, se le escogió por el que aparece como final de su carrera o por el que ejerció durante más tiempo, según los casos. Si ocurría que el interesado tuvo varias actividades, se usó para clasificarlo aquella que era la fuente principal de sus recursos. Tal fue el caso del general don Luis Jufre de Loayza, quien aparecía como estanciero, industrial y encomendero. Lo hemos clasificado en este último carácter porque todas sus demás actividades funcionaron en razón de sus repartimientos de indios. Finalmente, debemos todavía aclarar que no se tomaron en cuenta los cargos de regidor o alcalde debido a que fueron ocupados por españoles pertenecientes tanto al rango alto como al medio, por el cual no era útil como criterio de estratificación.

Nos referiremos, por último, al concepto de prestigio que permitió señalar a las personas que encabezaban cada grupo. Este término fue definido como aquel instrumento de poder concedido a una persona o personas por las comunidades en que actúa y que se determina por la influencia, ascendiente, autoridad o dominio moral que goza aquel que lo posee frente a los demás individuos que se relacionan con él.

Como indicadores para medirlo, parecían útiles los criterios relativos a fortuna personal, cargos importantes ejercidos, y honores disfrutados. Pero ello nos habría conducido a determinar sólo el prestigio válido en el rango alto. Para los otros rangos, habría sido más difícil, con aquellos elementos, decidir cuáles eran las personas que gozaban de él.

De ahí que usáremos nuevamente las elecciones de padrinos en busca de una pauta más precisa. Estimamos que aquellos que fuesen más solicitados para este cargo, dentro de cada grupo, podrían ser los individuos más prestigiosos de la comunidad. Realizado este paso, se comprobó que las personas más escogidas eran a la vez las que, dentro de cada rango, reunían los requisitos de desempeño y situación más destacados.

Tales fueron, pues, los distintos pasos que se dieron para realizar este trabajo. En los párrafos que siguen, se desarrollará nuestra tesis según el método ya descrito.

II. ANÁLISIS GENERAL

En el presente capítulo describimos los resultados generales proporcionados por el análisis de los datos. Este análisis es, en su mayor parte, de tipo descriptivo. No obstante, procuraremos desarrollar, en su oportunidad, algunas conclusiones susceptibles de aplicarse a otras épocas y escenarios, todo dentro de las limitaciones de la prueba documental histórica. Por ahora, centralizaremos la atención sobre aspectos tales como personajes más elegidos, cadenas de elecciones mutuas, profesiones preferidas, grupos detectados, características de sus miembros y

distribución de las elecciones según grupos encontrados y sus características.

1. Personajes más elegidos:

Son los 18 siguientes: Tomás Pastene con 11 elecciones; Alonso de Córdoba con 10; Ginés de Toro Mazote con 9; Gaspar de la Barrera con 8; don Nicolás de Quiroga con 7; Agustín Briceño, Alonso del Campo Lantadilla y don Alonso Riberos de Figueroa 6 veces; don Alonso Campofrío de Carvajal, Juan Hurtado, don Luis Jufre de Loayza, el Licenciado Francisco Pastene y Diego Serrano, 5 veces; y Juan de Ahumada, el Licenciado Melchor Calderón, el Dr. Andrés Jiménez de Mendoza (Cuevas), Jerónimo de Molina, Lorenzo Pérez y Gonzalo de Toledo, 4 veces. El resto de las personas no supera el número de elecciones que suele ser corriente en tales casos.

Este conjunto parece bastante heterogéneo ya que hay encomenderos, funcionarios altos y medios, mercaderes, industriales y otros. No obstante, salvo una excepción, todos gozaban de una relevante posición o de abundantes medios de fortuna, factor común que caracterizaba a todos.

2. Cadenas de elecciones:

Si nos atenemos al rango del elector y del elegido, podemos distinguir tipos de elecciones de padrinos. Aparecen elecciones entre iguales, elección de superiores y elección de inferiores en rango. Los dos primeros tipos son los más frecuentes, mientras que el último se registra raramente. Parece obvio concluir que se elige a los iguales o a los superiores, en consideración a las obligaciones que confiere a los padrinos el sacramento del bautismo. Sin embargo, creemos que no estuvo ausente el deseo de estrechar vínculos con alguien de rango superior.

Por lo general, la cadena de elecciones va desde los rangos más bajos hasta los más altos, según puede deducirse de los ejemplos que hemos encontrado. El cuadro 1 nos proporciona una muestra bastante elocuente.

CUADRO 1

Rango bajo	Rango medio	Rango alto
Fco. de Bobadilla	Andrés Hernández	Cristóbal de Tobar Antonio González Montero
Antonio Sánchez	Andrés Henríquez	Alonso de Córdoba Ramiriáñez de Saravia
Juan J. de Huelva	Ginés de Toro M.	Gaspar de la Barrera Pedro de Vizcarra
Juan Alvarez	Juan G. Cantero	Tomás Pastene

Hacen excepción a esto las clientelas de los grandes personajes. Los artesanos que se encontraban ligados a determinada persona o familia de rango alto, optaban a menudo por escoger a éstos como padrinos para sus hijos. En este caso, el objetivo es generalmente la protección, lo cual ha permitido que esta costumbre aún no haya desaparecido del todo en nuestro medio.

Respecto a la elección entre iguales, encontramos abundantes ejemplos en nuestra investigación.

En cambio, los de rango medio no se ciñen a esta pauta. Al menos la investigación realizada demuestra que los miembros de este rango no forman cadenas de elecciones entre sus iguales que vayan más allá de otra persona. A la inversa, muestran marcadas preferencias por elegir padrinos en el rango alto, en consonancia con los resultados que se analizarán en los párrafos siguientes:

3. Profesiones preferidas:

Si ordenamos las selecciones de padrinos, según profesiones de éstos y rangos a que pertenecieron, obtendremos el siguiente cuadro:

Rango alto	N° %		Rango medio	ELECCION DE PADRINOS					
	N°	%		N°	%	Rango bajo	N°	%	
Encomenderos	113	71	Mercaderes	33	47	Artesanos	22	76	
Func. altos	40	25	Func. medio	27	38	Func. bajo	6	21	
Militar alto	7	4	Militar medio	11	15	Militar bajo	1	3	
Total	160	100		71	100		29	100	

De esto resulta que se preferían como padrinos aquellos que se desempeñaban en las profesiones que, en cada rango, otorgaban mayores ingresos económicos: encomenderos, mercaderes, artesanos. Esto es particularmente notorio en los rangos alto y bajo, donde la profesión más lucrativa fue escogida en relación de tres a uno. En el rango medio, a la inversa, las elecciones se distribuyen en forma más proporcionada.

En los tres rangos, los funcionarios ocuparon siempre el segundo lugar con porcentajes relativamente parejos. Los militares, es decir aquellos que se dedicaban exclusivamente a esta profesión, casi no tienen representación en el cuadro.

Sin embargo, estos resultados no parecen tener validez total. Más aún, podrían estar distorsionando la realidad si tomamos en cuenta que los militares altos fueron a la vez encomenderos y, a veces, funcionarios altos. Igualmente, muchos mercaderes solían tener alguna hoja de servicios militares. El militar alejado de toda otra actividad, por su ra-

dicación casi permanente en la frontera de guerra, debió perder el contacto directo y permanente con los medios sociales de Santiago.

Asimismo, el aumento de preferencias por funcionarios en el rango medio, pudo originarse en la circunstancia de que algunos de éstos, como Juan Hurtado y Ginés de Toro Mazote, por ejemplo, fueron hombres enriquecidos en actividades mercantiles.

4. Grupos detectados y sus características:

Las personas que compusieron cada uno de los seis grupos fueron detectadas, según actividades desempeñadas, origen de su linaje y del de su cónyuge si lo tuvo, origen racial de ésta, todo según la clasificación de rangos dada en el capítulo anterior.

Esta distribución destaca que el rango es equilibrado en los grupos extremos de la escala de estratificación. Los grupos intermedios, en cambio, presentan características que los sitúan a la vez en los tres rangos y sus miembros aparecen con un notorio desequilibrio, ya que si su status económico era alto, el origen de su linaje era bajo o su status ocupacional no correspondía a los anteriores.

De las 13 personas que integraban los grupos intermedios, 8 por lo menos contaron con descendencia que alcanzó una posición más alta en la primera mitad del siglo siguiente. Ello nos confirma en la hipótesis ya expuesta de que antes de 1655 se dio en Chile el fenómeno de la sustitución de grupos y linajes mediante la movilidad y sus mecanismos de ascenso y descenso en la escala social.

Igual fenómeno puede observarse entre las personas que hemos clasificado como no agrupadas, pero muy elegidas. De las 7 a lo menos 5 fundaron linajes que ocuparon los primeros rangos de la sociedad chilena del siglo xvii a un nivel no conocido en el siglo anterior. La sola mención de sus nombres excusa cualquier otro comentario.

De los anteriores, Alonso de Córdoba, Jerónimo de Molina y Tomás Pastene se colocan en el rango más alto de la sociedad española de la época, mientras Alonso Alvarez Berrio, Pedro Lisperguer, Diego Serrano y Gonzalo de Toledo, tienen una situación equivalente a la señalada para los grupos intermedios, aunque el ascenso de sus hijos y nietos fue más notorio todavía, según se deja expuesto.

Los dos grupos que componían el rango alto, sólo elegían a sus iguales y eran elegidos, en la mayoría de los casos, también por sus iguales. El resto de las elecciones de que eran objeto generalmente correspondieron a la clientela que estaba ligada a ellos o a personas de rango medio que cooperaban en sus actividades. El grupo inferior, igualmente, eligió a sus iguales o a personas de rango medio, pero era elegido exclusivamente por sus iguales.

Los grupos intermedios distribuyen sus preferencias en los rangos medio y alto, salvo el grupo 5 que también eligió padrinos en el rango bajo. Pero era elegido mayoritariamente por personas de rango medio.

Finalmente, el conjunto de personas no agrupadas, pero muy escogidas, se acerca a las pautas del grupo primero.

Consideraciones finales

1. Al finalizar este estudio, podemos estimar como ajustado a la realidad el hecho de que la constante superposición de grupos impidió la formación de una aristocracia, sobre la base de linajes, en los primeros tiempos de la historia de Chile.

Ello parece especialmente verdadero si estimamos que el período transcurrido entre 1540 y 1655 fue de organización de la sociedad chilena de origen español y que en este lapso no fue el linaje la base fundamental que rigió la estratificación. Sobre la base de lo anterior no podemos hablar de una «aristocracia conquistadora» en los términos empleados hasta ahora en muchos trabajos.

Por el contrario, hemos podido apreciar cómo los linajes ascendían y descendían en la escala social de su tiempo. El caso del grupo primero parece especialmente relevante de cómo, en un espacio de tiempo no mayor de medio siglo, las familias que lo compusieron se vieron enfrentadas a una pérdida de poder que se hizo cada vez más evidente a medida que se aproximaba el final del siglo xvi.

2. El grupo apareció, en este período, como esencial para mantener el poder y el rango de un individuo o de una familia. Apreciamos, a la vez, cómo casi todos los grupos principales eran abiertos, a excepción del primero. Ello nos indica claramente que el linaje no jugó un papel fundamental en la ordenación de los estratos de esa época.

Fuera del primero, no encontramos grupos cerrados. Un grupo cerrado sólo podría mantenerse en esta forma y conservar al mismo tiempo un predominio social en su medio, siempre que se tratase de una sociedad formada y organizada de mucho tiempo y sometida a un proceso evolutivo muy lento. Si, en cambio, esta sociedad se encontrare en etapa de formación, cambio o crisis, si no hubiesen tomado su forma definitiva tanto la base como los distintos estratos, el grupo cerrado parece destinado a desaparecer o a perder vigencia en el medio en que vive. Tal fue lo que ocurrió con el grupo primero según se indicó en su lugar.

3. El proceso de acomodamiento de la sociedad española de Santiago de Chile duró, a lo menos, cien años. Por tanto en el período que analizamos se encontraba en pleno desarrollo. No obstante, creemos que algunos de los grupos que la componían a finales del siglo xvi habían sufrido internamente un ciclo muy complejo que en algunos se encontraba ya casi completado. Este fenómeno coincide, también, con la experiencia del grupo primero, sin duda el más interesante de todos los encontrados en este estudio y que nos permitió observar, con cierta detención, el origen, apogeo y decadencia de un conjunto de familias y personas.

4. Del análisis realizado se observa también que en todo este proceso de formación y ascenso de grupos se produjeron distintas situaciones según los niveles.

En el rango alto, se destacó la lucha por acercarse al poder político e influir en los gobernantes enviados por la Metrópoli. Las alianzas matrimoniales, los parentescos adquiridos, los vínculos de todo tipo con gobernadores y capitanes generales y sus colaboradores, jugaron un papel muy importante en esta lucha de predominio librada en los grupos superiores de la sociedad.

En cambio, en el rango medio la riqueza, adquirida generalmente en las actividades mercantiles, fue el marco de referencia usado por sus miembros y la vía utilizada por ellos para ascender en la escala social.

La pugna entre la ética y la economía*

1) LA CONQUISTA ESPIRITUAL

La honda escisión que destroza el occidente cristiano en los albores de la Edad Moderna pone también en América la imagen de sus antagonismos. Ingleses y españoles, con sus opuestas concepciones de la vida, no pueden reaccionar de igual modo ante el problema de la convivencia con el indio, y de la actitud interior de unos y otros arranca una forma distinta de colonización.

Al puritano inglés, que ha negado el libre albedrío y hecho de la Providencia amorosa un determinismo sordo e implacable, le queda como único signo demostrativo de la suerte que Dios le ha impuesto el curso que adopte su propia vida. Una existencia cargada de venturosos triunfos y en que la fortuna rueda sin obstáculos, aparece a sus ojos como heredera ostensible de las bendiciones de lo alto y su feliz poseedor como incorporado ya al número de los escogidos. Los fracasos, las enfermedades y la miseria pasan, en cambio, a serle nota inequívoca de la maldición del cielo y ante los así marcados tan fatídicamente no adopta otra actitud que la repugnancia y el desprecio.

Cuando en la estrecha lonja de tierra que va de los Apalaches al mar Atlántico el inmigrante inglés vislumbró al grosero y retrasado aborigen, la sensibilidad puritana le hizo de inmediato ponerse a cubierto de su contacto. ¿Podía haber la menor convivencia entre representantes de una raza superior, dueña de la verdad religiosa, y paganos que iban por los lindes de la animalidad, llevando sobre sí todas las lacras del repudio divino? »No sabemos cómo ni cuándo los indios fueron los primeros pobladores de este rico continente, pero sí sabemos que el demonio habrá de exterminar esta mesnada de salvajes para que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no sea vilipendiado por ellos«, exclamó el reverendo Cotton Mather, ministro de la iglesia de Boston en el siglo xvii, doctor en teología de la Universidad de Glasgow y fecundo publicista. Y las cosas no quedaron en las solas palabras, pues las cacerías de indios con auxilio de perros se emplearon con gran resultado y al aliento del pastor Samuel Hopkins, sin que tímidas iniciativas del anglicanismo metropolitano

*Capítulo III de la obra *Economía histórica de Chile*, Editorial del Pacífico; Santiago, 1965, pp. 36 a 48.

consiguieran rodear al indígena de protección o logaran su acceso a la cultura. Lejos se estuvo aún de querer aprovechar su brazo en las labores agrícolas o industriales, pues se le estimó perezoso e incapaz y se buscó su reemplazo por los negros del Africa, llegando incluso a crearse el mercado de esclavos blancos en el que fueron vendidos centenares de irlandeses en los tiempos de Cromwell y posteriormente cargamentos de prisioneros políticos de Inglaterra y Escocia. Por sobre cualquier otro objetivo predominaba el móvil económico, haciéndose así de la moral utilitaria preconizada por Bentham una realidad viviente.

Distinta tuvo que resultar la actitud del español frente al aborigen, porque otra era también su visión del mundo. Para él las inevitables diferencias humanas no eran tan hondas como para abolir en los mortales lo que hay de específicamente común. Su religión no hacía diferencias de rangos ni de razas y abría el cielo hasta a los parias que el brahmanismo desechaba por impuros. Sus teólogos habían definido que a cada alma le era dada la gracia suficiente para salvarse y que nadie, sin su propia y libre voluntad, podía quedar excluido de la bienaventuranza eterna. Por eso el español no tuvo repugnancia en acercarse hasta el indio, fundir con él su sangre y hacerle su igual ante Dios por la participación de la fe.

Sobre los legítimos e innegables objetivos de orden político o económico, la finalidad religiosa y misionera se alza aquí dominadora e impregnándolo todo de su espíritu. No en balde el primer título justificativo de la colonización derivaba de las bulas concedidas por el Papa Alejandro VI a los Reyes Católicos, y cualquiera que fuese el alcance jurídico que a los documentos reconociesen los doctos, quedaba en ellos fuera de dudas el propósito pontificio de confiar a España la tarea evangelizadora de las nuevas tierras. Todo paso civilizador aparece desde el primer momento ligado a la obra misionera y son religiosos los que traen a América los rudimentos iniciales de la cultura occidental. Desafiendo los climas y enfermedades, e internándose por las sierras agrestes y los bosques poblados de fieras y alimañas, cuando no de indios antropófagos, esparcen por todos los sitios del vasto imperio la palabra de Cristo. Su voz es como aceite restañador de las heridas de la guerra y puente de paz para la compenetración de dos mundos. Ellos, al componer las primeras gramáticas de las lenguas autóctonas, salvan la barrera que impedía el intercambio y conocimiento entre indígenas y españoles, y con la llave del idioma en la mano penetran en el alma de los naturales, acudiendo a mil recursos de la pedagogía para hacerles entender en forma clara los misterios del dogma católico y los adelantos del orbe europeo. Con prudencia sin igual abren los corazones y cerebros al gusto de las nuevas verdades, cuidando siempre de salvar de la muerte lo que el hombre de América poseía de valioso y digno de perdurarse. Por eso, como anticipo a las inquietudes de la ciencia, recogen sus tradiciones y leyendas y redactan las crónicas que permitirán al estudioso del futuro conocer la vida precolombina.

Es un franciscano, Pedro de Gante, el que instala en México la primera escuela de artesanos del continente, que enseñó desde los oficios manuales hasta las artes de la pintura y de la música. Es un obispo, Juan de Zumárraga, el que trae a América la primera imprenta y funda el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, del que salen consumados latinistas de raza india como Pablo Nazareno, que dirigió epístolas en aquel idioma al rey Felipe II, y Juan Badiano, traductor a la misma lengua de un tratado náhuatl sobre yerbas medicinales, y donde se forman los maestros indígenas que enseñarán más tarde a los hijos y nietos de los conquistadores. Obispos son también el padre de la educación en Guatemala, Francisco Mallorquín, y Juan del Valle, que enseña a los naturales de Popayán a contar en cifras árabes y funda el colegio de Cali, donde los indios llegan a representar comedias en latín elegante.

En la enorme red misionera, rica en experiencias, no faltan ensayos de acentuada originalidad, como el de Vasco de Quiroga, que para llevar a efecto los principios sociales de la *Utopía* de Tomás Moro, de la que era lector enamorado, fundó dos pueblos de indios en las inmediaciones de las ciudades de México y de Michoacán, donde implantó un régimen de comunidad de bienes, de reglamentación de la jornada de trabajo de seis horas, de distribución de los productos, de la labor común según las necesidades, y, en fin, de magistratura familiar y electiva. Próximo a este intento, aunque de magnitud incomparable, iba a ser el esfuerzo civilizador de los jesuitas en las enormes regiones del Paraguay, Santa Cruz de la Sierra, Santiago del Estero y costa del Brasil. Hasta cien mil indígenas llegaron allí a incorporarse a un régimen de vida teocrático-colectivista, que desarrolló en ellos el conocimiento de la agricultura, de las industrias y de las bellas artes, y un sentido de solidaridad social capaz de dar primacía al bien común sobre los intereses particulares.

A causa del estado de guerra casi permanente, la tarea de evangelización, como en general la obra colonizadora, se dificulta en Chile más que en ninguna otra parte de América. Los resultados están muy lejos de corresponder al esfuerzo de los misioneros, que además de no poder desenvolverse en un clima de paz propicio a la doctrina que predicán, deben actuar con un material humano que en el orden de las jerarquías del espíritu y de la cultura está muy por debajo del que encontraron en México y el Perú. Las contrariedades y fracasos no amenguan, sin embargo, su temple de apóstoles, y en sus escritos desde Diego de Rosales, en pleno siglo XVII, a Melchor Martínez, en las postrimerías del régimen español, late idéntico amor al indio y un deseo ardiente de conquistar su elevación.

Los métodos a que acuden en este intento son variadísimos y oscilan entre el del mercedario Antonio Correa, compañero de Valdivia, que atrae a los naturales con su preciosa voz y el sonido de la flauta y logra formar con ellos alegres coros que cantan la doctrina cristiana; y el de los franciscanos, que consiguen establecer en Chillán un reglamentado

colegio de propaganda de la fe. Tampoco falta acá el interés por los estudios filológicos, tan útiles para la obra de penetración y florecientes en otros sitios de América. El padre Luis de Valdivia compone gramáticas de las lenguas araucana, puelche y huarpe, que se imprimen en Lima a principios del siglo xvii, mientras otros jesuitas, Andrés Febrés y Bernardo Haverstadt, publican siglo y medio más tarde nuevos tratados de la misma índole. Son también miembros de la Compañía de Jesús los que introducen en Chile los más convenientes métodos de cultivo, enseñando al indígena el trabajo perfeccionado de la tierra, los que establecen las industrias de la cal y la curtiembre y crean hasta un pequeño astillero en el río Maule.

Pero, sin duda, donde la presencia de los religiosos de la Compañía se advierte con más rigor, es en el conjunto de problemas derivados de las relaciones jurídicas entre españoles e indios. Si en el terreno de la lucha armada son ellos los que propician la guerra puramente defensiva y consiguen que se suprima por completo el castigo de la esclavitud para los prisioneros araucanos, en el campo pacífico de las actividades económicas abogan porque se conceda al trabajador indígena un tratamiento compatible con su dignidad de hombre. Y en esto no se limitan a denunciar los abusos de amos inescrupulosos, sino que se adelantan a ofrecer por sí mismos un ejemplo de justicia social, dictando espontáneamente un reglamento que salvaguarde los derechos de los operarios indígenas de su servicio. Por este compromiso suscrito en Santiago en 1608 ante el Protector de indios, se garantiza la plena libertad de contrato para el natural; el derecho a gozar de un salario justo, »por lo menos suficiente para sustentarse y vestirse él y su mujer, moderándose y ahorrar algo para cuando no pueda trabajar«; el derecho a jubilación a los cincuenta años de edad o cuando se hallaren impedidos de trabajar; y hasta una especie de pensión vitalicia para la viuda.

Hay aquí toda una actualización ideológica de los viejos moralistas cristianos, que salvan la estirpe semidivina del hombre de las garras de un materialismo implacable y ponen su acento en esa intangible dignidad de los mortales que no puede jamás ser sacrificada en aras de intereses económicos o de privilegios de castas o de razas. Doctrina que, por otra parte, se ha hecho substancia del alma española y que ésta no repara en blandir para ahogar los despuntes de su propia concupiscencia.

2) PRINCIPIOS Y REALIDADES

La colonización del Nuevo Mundo es materia de interés no sólo para los soldados y los teólogos, sino también para los juristas. Con la empresa militar y misionera, brota pareja la acción legisladora, y si en los planos de la caballería y de la fe no le es regateado al indio el tratamiento de igual, tampoco se le niega en el marco del derecho. Por súbditos libres de su Majestad Católica tiene la ley a los aborígenes de América, y cuan-

do condena a la esclavitud a los caribes y araucanos lo hace sólo como represalia a la ferocidad guerrera de estos pueblos. No puede, sin embargo, el legislador conceder de inmediato el pleno uso de todos sus derechos al que por su rudimentaria cultura se halla imposibilitado de ejercerlos con el debido discernimiento. Al fin el indio es como un menor de edad, y de la misma manera que éste, para ser preservado de su natural inexperiencia y de los engaños o abusos de terceros, opera en sus actuaciones jurídicas bajo la potestad del padre o del tutor, el aborígen ha de quedar sujeto a la protección de la Corona y comparecer en juicio o celebrar contratos al través de sus representantes.

Pero la monarquía no puede quedarse en tan cortos pasos cuando ha contraído con la Iglesia el compromiso solemne de prestar su apoyo a la obra evangelizadora de América y hacer en cierto modo de toda España un pueblo de misioneros. De ahí que el concurso de los avecindados en el Nuevo Mundo, de los que adquirieron renombre y poder en la conquista indiana, deba ser requerido para una institución que con tan altos fines han elaborado de consuno los juriscultos y teólogos. Por su nombre de *encomienda* parece ella tener concomitancias con el viejo sistema feudal, pero aquí no hay, como antaño, entrega perpetua de siervos ni de tierras. Lo que ahora se confía por el monarca en manos de un español responsable y por sólo su vida y la de su heredero inmediato, es un grupo de indios libres para que, sin menoscabo de su independencia personal y del goce de sus bienes, reciban enseñanza religiosa y paguen al *encomendero*, a cambio de este beneficio, la contribución que deben a la Corona en su calidad de súbditos. Fuera de la cesión temporal del tributo, el rey no se ha desprendido, como a veces ocurría en la Edad Media, de ninguna de las facultades propias de la soberanía. El indígena continúa siendo su vasallo directo, sometido a su jurisdicción y colocado siempre bajo su amparo y defendimiento. Por eso las autoridades de América intervienen personalmente en todo lo que concierne a la buena marcha de la encomienda y controlan desde la sede de ésta hasta el monto del tributo que obliga a los aborígenes.

Para evangelizar a los indios encomendados se ha dispuesto su reducción en pueblos donde se edifica una iglesia. Funcionarios especiales nombrados en cada caso por el virrey o gobernador escogen el lugar adecuado, con abundancia de aguas, tierras y montes, y donde se pueda contar, a imitación de los municipios de España, con un ejido de una legua de largo para los ganados. Instalado ya el pueblo, se le dota de autoridades: alcalde y regidores indios que duran un año en sus funciones. Reside, además, en el pueblo un mayordomo que representa al encomendero y que para desempeñar el cargo necesita licencia de la autoridad civil.

Al encomendero le está prohibido residir en el pueblo y pasar más de una noche en él, como asimismo tener obrajes en las encomiendas a fin de evitar que ocupe a los aborígenes en servicios personales. Y por nin-

gún motivo se le permite emplear en su casa indias encomendadas, »aunque digan que las tienen de su voluntad y las paguen«.

Aparte del ejercicio del derecho individual de dominio, asegurado a cada uno de los miembros de la encomienda, el pueblo tiene la propiedad colectiva de las tierras que sus habitantes laboran en común y cuyos frutos sirven para el aprovechamiento general. El sobrante de la cosecha es vendido y su importe ingresa en las cajas de comunidad, que administran los oficiales reales. Estas cajas recogen, además del producto de la explotación agrícola, el de los obrajes de los indios y una especie de impuesto sobre las tierras. Su objeto es mantener hospitales y ayudar a los huérfanos, viudas y enfermos de la encomienda.

El tributo, que por cesión real corresponde percibir al encomendero y con el que también se pagan los servicios del cura adoctrinador, es objeto de apreciación periódica por parte de los virreyes, audiencias y gobernadores. Antes de fijar su monto los tasadores asisten a una misa y hacen ante el sacerdote la promesa de actuar rectamente. Y para resolver con pleno conocimiento, consideran con detención la calidad de la tierra que trabajan los indios, lo que antiguamente tributaban a sus caciques y lo que ahora pueden pagar, una vez deducidas sus necesidades propias y las de sus hijos. Fijada al fin la contribución, ésta se hace efectiva en frutos, que los indígenas cogen o crían en sus tierras o pueblos, y si algún año fallan las cosechas, los encomendados quedan libres de todo pago.

En tierras de avanzada cultura autóctona como México y el Perú, el régimen de encomiendas encuentra un campo de aplicación más o menos propicio. Inclinado a la existencia gregaria y a un régimen de disciplina y jerarquía, el indígena de esas regiones se adapta con más facilidad a la nueva institución. Pero en Chile, donde la vida de los pobladores se halla despojada de todo sentido orgánico y donde la dominación incaica que pudo serles benéfica fue demasiado breve y parcial para dejar huellas hondas de su paso, la encomienda tropieza con grandes obstáculos. Aquí, el aborígen, aventurero y trashumante, ama la libertad anárquica y no se resigna con facilidad a verse encasillado en el régimen de pueblos, bajo vigilancia y reglamentación. Extraño a la idea de un trabajo racionalizado e imprevisor por naturaleza, no comprende tampoco las ventajas que el derecho y la cultura hispanos le ofrecen, y en todo esto sólo divisa un medio del conquistador para exigirle el pago de un tributo que desea rehuir.

La situación del colono dista por otra parte, en Chile, de ser airosa como para aceptar la encomienda sin un reajuste. En un país de reducida población indígena sometida y donde la gente española se ve acosada por los sacrificios de una guerra sin término, la explotación de las haciendas y minas constituye un serio problema. Y ante la escasez de mano de obra que amenaza la subsistencia de la población y la expone más de una vez a los rigores del hambre, no queda más remedio que exigir compul-

sivamente del aborígen el concurso de su brazo. Esperar que el indio adquiera por sí mismo hábitos de trabajo y que se resigne a pagar, como fruto de su esfuerzo espontáneo, la contribución cedida por la Corona, es cosa demasiado ilusoria. El encomendero así lo comprende y prefiere cancelarse el tributo con el trabajo directo del indígena.

Cuando el licenciado Hernando de Santillán viene de Lima en el séquito del gobernador Hurtado de Mendoza con cargo de sujetar las encomiendas a las normas reales, se da cuenta de la verdadera situación de Chile, y en lugar de abolir el servicio personal inevitable, procura atenuar sus efectos exigiendo cierta participación en los beneficios para el obrero nativo y dictando en su favor diversas normas humanas. Pedro de Villagra ordena más adelante que el monto de dicha participación se asegure para sus dueños invirtiéndolo en adquirir animales; y así, apenas tres años más tarde, en 1567, los indios del Obispado de Santiago son ya propietarios de más de 50.000 ovejas de Castilla, 10.000 vacas y muchas yeguas, cabras y puercos; y los encomenderos de La Imperial y sus contornos poseen a su vez de 6.000 a 7.000 ovejas.

Pero el problema no queda resuelto. Una larga polémica, que abarca cerca de dos siglos, se desencadena entre los que exigen la aplicación integral de la ley y, en consecuencia, el cambio de trabajo obligatorio por el tributo, y los que abogan por el mantenimiento del estado de cosas. Estimulado por los obispos de la Compañía de Jesús, el monarca reitera periódicamente la orden de suprimir el servicio personal, pero su mandato, después de breves aplicaciones, cae en el vacío, porque los mismos gobernadores, en contacto con la realidad, estiman que la abolición del régimen sería de desastrosas consecuencias económicas para Chile.

No obstante, aunque la tributación en brazos tiende a estabilizarse, los aborígenes están lejos de quedar entregados al capricho de la suerte. La Audiencia, los corregidores y protectores de indios, entre otros, vigilan por que las leyes de amparo se hagan efectivas y más de una vez se les ve tomar en favor de los naturales medidas contundentes. Así, en 1571, el oidor Egas Venegas, al practicar una visita a las encomiendas de La Imperial y Valdivia, obliga a sus beneficiarios a restituir a los indígenas 150.000 pesos oro; y veintiséis años más tarde el alcalde de Mendoza, Domingo Sánchez Chaparro, ordena alcanzar en su viaje y meter a la cárcel al sargento mayor Rafael de Zárate que, aunque actúa con la aquiescencia del gobernador Fernández de Córdoba, contraviene mandatos reales al pretender conducir por la cordillera hasta Santiago, en calidad de esclavos, a un grupo de indios huarpes.

Dentro de la larga lucha entre la moral y la economía, ocupa la Iglesia el puesto de avanzada. La fuerza de su prestigio sobrenatural puesto al servicio del débil hace que a menudo se abatan la codicia y la crueldad, y que de nuevo brillen los principios de la justicia y del amor. Por obra de los acuerdos de la junta de teólogos convocada por el obispo González Marmolejo, la conciencia de los primeros pobladores se pone en sobresalto y

hombres del temple y del poder de Gonzalo de los Ríos, Diego García de Cáceres, Juan de Cuevas, Juan Bautista Pastene y Alonso de Córdoba, antiguos compañeros de Pedro de Valdivia, restituyen a los indígenas lo que arbitrariamente les habían despojado. Es el mismo instinto de justicia cristiana siempre latente en el conquistador, a despecho de sus propias pasiones y conveniencias, el que hace a Bartolomé Flores encarar a su heredera mestiza doña Agueda que »no revoque ni contravenga las donaciones que tengo hechas a los indios de Talagante y Putagan«; a dos antiguos gobernadores, García Hurtado de Mendoza y Martín Ruiz de Gamboa, ordenar testamentariamente desde España reparar los daños que pudieron indebidamente cometer en la guerra de Chile; a otro gobernador, Pedro de Villagra, instituir herederos a los indios de su encomienda de Parinacochas; a su sucesor en el mando, Rodrigo de Quiroga, amasar en su casa 8.000 a 12.000 fanegas de pan al año para repartirlas entre los necesitados; a Pedro Olmos de Aguilera fundar en 1573 un hospital para sus indios de La Imperial; y a Diego Nieto de Gaete, cuñado de Pedro de Valdivia y encomendero de Osorno, legar a los suyos, en 1578, 27.000 pesos oro.

En esta oposición dramática entre los bajos instintos del egoísmo y la codicia y los imperativos conscientes de la justicia y hermandad humanas, el español se debate por más de dos siglos. Y si nunca logra instaurar en plenitud los ideales urgidos por su espíritu, tampoco las caídas y claudicaciones frecuentes le detienen ni abaten en la brega. Permanece clavado por la ambivalencia irreductible de los principios y de las tendencias, sin que pueda ni quiera librarse de su crucifixión. El puritano de la Nueva Inglaterra, que ha visto en el indio un animal dañino cuya liquidación es legítima y beneficiosa, nada tiene que temer en su tarea eliminadora de la metrópoli o de los pastores complacientes; pero el español católico que ha puesto su acento de pasión en la igualdad esencial de los hombres y en su supremo y común destino, halla frente a sí, como implacable exigencia, el mandato de la ley civil y de la doctrina de la Iglesia. Y cuando esquilma y atropella al aborigen no puede eludir el castigo y la reparación, porque ante el rey se ha convertido en un delincuente y ante Dios en un pecador.

II

El ciclo rural centrado en la hacienda

El mundo rural se va desarrollando y fortaleciendo en la medida en que las primeras ciudades cumplen su función dinámica y centrífuga de incorporación política y de organización económica del territorio.

La población y la economía van adquiriendo un sello predominantemente agraria, que caracterizará a la sociedad chilena en el siglo xvii y parte del siglo xviii.

Junto con ello la estratificación se hace más rígida; las instituciones públicas se diversifican disminuyendo la importancia del Cabildo y estableciéndose cierta transición entre el declinante poder de las autoridades urbanas y el creciente poderío de los hacendados.

La distinción de este ciclo rural centrado en la hacienda se fundamenta en varios procesos históricos. En primer lugar, en la contracción de la estructura urbana, provocada por la ruina de las siete ciudades del Sur, que eran las más prósperas y pobladas. Según un cronista, el gobernador Alonso de Ribera al ver a »los vecinos de las ciudades perdidas en sumo descarrío y vacilantes sobre su destino de quedarse o salir del reino, que era a lo que más se inclinaban... los contuvo ofreciéndoles tierras para su mantención y subsistencia y así comenzó a poblar el gran país que mediaba entre la ciudad de la Concepción y Santiago«.

En segundo lugar, se produce la detención del primitivo ímpetu funcional, manifestado en el hecho de que durante todo el siglo xvii no se funda ninguna ciudad de importancia; sólo núcleos secundarios como Calbuco (1602) o Andacollo (1662), en contraste con las 16 ciudades fundadas entre 1541 y 1580 y con el centenar de villas que se establecerán en el siglo xviii. La propia capital del Reino, que alcanzaba a comienzos del siglo xvii 346 casas, es casi enteramente destruida por el terremoto de 1647.

Como consecuencia, se advierte cierta disminución en la población de los vecinos urbanos, frente al extraordinario incremento de la población rural. En todas las regiones de la América Española el proceso de urbanización se intensifica a través del período colonial mientras en Chile se interrumpe a finales del siglo xvi. El investigador argentino Jorge Enrique Hardoy ha calculado el crecimiento de la población urbana en la América Hispana entre 1580 y 1630. Considerando sólo a la categoría de *vecinos*, Hardoy estima que éstos aumentan de 29.994 a 77.398. En el virreinato del Perú, esta población casi se cuadruplica, creciendo de 11.661 a 41.228, mientras la Audiencia de Chile constituye el único caso en que la población de vecinos disminuye, entre los años mencionados, del número de 1551 a 960¹.

¹Jorge E. Hardoy (editor), *El proceso de urbanización en América, desde sus orígenes hasta nuestros días*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, pp. 182 y ss.

La distinción de este ciclo agrario no implica desconocer la importancia de las ciudades en el siglo xvii. Ellas continúan jugando un papel político y administrativo como asiento del Estado. Pero mientras aumenta el área cultivable y se incorporan nuevas tierras, consolidándose la gran propiedad e incrementándose la producción y la población del Valle Central, disminuye el dinamismo de la función urbana. Al conquistador le sucede el administrador; al misionero evangelizador, los frailes de los grandes conventos. Se quiere disfrutar más que luchar; mientras en las grandes ciudades se observan el lujo, la etiqueta y los conflictos por preeminencias cortesanas, en el agro la fecundidad de la tierra corre pareja con la fecundidad de la población.

Para comprender su sentido sociológico, conviene reseñar los rasgos dominantes de este ciclo rural en los diferentes aspectos de la estructura social que estamos considerando y empezar por la estructura agraria que lo caracteriza.

LA HACIENDA Y LA ECONOMÍA AGRARIA

Si bien la distribución y ocupación de la tierra se inicia en el siglo xvi, su explotación no es intensa por la limitación del mercado interior y exterior. Cabe recordar además que las primeras encomiendas de indios se destinaron al trabajo minero y que los españoles usufructuaron a menudo de los cultivos hechos por los aborígenes.

La expansión de la producción y la población agraria en el siglo xvii se ven favorecidas por dos procesos: la apertura del mercado exportador del Perú, que impulsa la economía cerealista, y la constitución de la gran propiedad rural.

La propiedad originada en las mercedes de tierra se acrecienta en este período a través de compras, remates, asignaciones de tierras vacantes y usurpaciones de tierras de indios. Se constituye de este modo el latifundio, que vincula el status social con la posesión territorial, pauta que se daba también en España, donde gran parte de la tierra pertenecía al rey, a la nobleza y al clero.

En el siglo xvii la Iglesia chilena se convierte, a través de donativos y mercedes, en poderosa terrateniente, mientras que las tierras »realengas« son vendidas o subastadas para aumentar los ingresos públicos.

Este proceso de *composición de las tierras*, que tiende a legalizar su dominio, provoca cambios en la propiedad rural, consolidándose la gran propiedad junto a las reducidas posesiones de los indios y los pequeños lotes asignados a los soldados en las áreas fronterizas.

Junto con ello, dos nuevas instituciones de comienzos del siglo xvii van a liberar al terrateniente de cargas militares y tributarias contribuyendo al auge de la agricultura: el ejército permanente, que le permitirá librarse de la obligación anual de concurrir a la guerra, y el real situado que le aliviará de contribuciones y derramas.

Las estancias se van poblando y equipando, hasta constituir la compleja estructura de la hacienda como unidad geográfica, social y económica autosuficiente, basada en la producción agrícola-ganadera.

Este mundo social de la hacienda posee instalaciones materiales como represas de agua, carboneras, molinos, talleres u obrajes, pero al mismo tiempo incluye instituciones de carácter social como la capilla, la escuela, la cárcel o cepo.

Paralelamente al proceso de constitución de la gran propiedad va creciendo el mercado consumidor del Perú, con su demanda de trigo, que contribuirá a consolidar la importancia económica de la hacienda.

Complemento de la gran propiedad es la institución del inquilinaje que surge, al margen de una creación jurídica, en forma de préstamo o arriendo de un pedazo de tierra ubicado en los límites de la hacienda, concertado por los hacendados con mestizos o españoles empobrecidos.

POBLACIÓN Y FAMILIA

Mientras en el ciclo urbano precedente se advierte un decrecimiento de la población total de Chile, determinado por la disminución de los indios (aunque aumentan los grupos españoles, criollos y mestizos), en este ciclo rural se inicia el crecimiento sostenido de la población global y particularmente de los grupos mestizos, paralelamente al proceso de ocupación del Valle Central.

Comienza a adquirir volumen la inmigración de vascos, que se distinguirán por su laboriosidad, ocupándose inicialmente en el comercio y convirtiéndose pronto en terratenientes que se agregan a los antiguos propietarios castellanos, y que, en parte, se fusionan con ellos.

El incremento demográfico que caracteriza este ciclo rural está acompañado por el fenómeno del vagabundaje o trashumancia de ciertos sectores de la población mestiza. Mientras los indios y esclavos negros estaban sujetos por su status al trabajo con residencia preestablecida en las estancias, pueblos u hogares urbanos, no ocurre lo mismo con los grupos mestizos y las llamadas *castas* de mulatos y zambos que constituyen fuentes de vagabundaje.

La gran propiedad, consolidada en la hacienda, consigue en parte asentar al pueblo rural a través del inquilinaje. Pero los peones o trabajadores libres no están sujetos a un lugar determinado, y lo mismo ocurre con los numerosos individuos del ejército del Bío-Bío que desertan.

Estos elementos que van del mestizo blanco al indio mestizado, incluyendo zambos y mulatos, constituyen en parte una población trashumante que por su volumen y depredaciones preocupa a las autoridades. Los documentos los llaman «vagantes, deambulativos, mal entretenidos». Su medio de locomoción es el caballo, multiplicado por la economía ganadera. Su ocupación es el cuatrерismo.

Como lo muestra el texto del historiador Mario Góngora, el vagabundo

tiene un particular status ecuestre; sin el caballo, se convierte en mendigo. El fenómeno se halla asociado a las zonas fronterizas y de guerra, pero se vincula además a la frontera étnica del mestizaje. Un fenómeno parecido de vagabundaje se dio también en España alcanzando en el siglo xvi, según un autor, a 150 mil individuos que cubrían una amplia gama que iba del juglar al mendigo y al bandido, como aparece ilustrado en la literatura picaresca.

En Chile, el vagabundaje se presenta asociado al ciclo rural y a la economía ganadera. Por ello predomina en el corregimiento del Maule, espacio fronterizo y ganadero, mientras que en las haciendas entre La Serena y Colchagua, de predominio cerealista, los vagabundos son menos frecuentes y se les obliga a trabajar en las construcciones urbanas o en las minas.

Para contener este vagabundaje se adoptan diferentes medidas. Una de ellas consiste en comisionar a los hacendados como jueces para aprehender y juzgar a los cuatrerros, medida que contribuirá a acrecentar su poder.

Dentro de este crecimiento demográfico se mantienen los tipos de familia española y mestiza, con algunas modificaciones.

El tipo de familia española legalmente constituida aumenta el número de sus miembros al albergar a los parientes solteros, viudas y huérfanos que deja la guerra de Arauco. Se ve acrecentada también por los hijos ilegítimos, frecuentemente mencionados en los testamentos.

Gran parte de los jefes de estas familias son hacendados, que alternan su vida en el campo y la ciudad. Pero es sobre todo en la hacienda donde este tipo de familia constituye el molde de las relaciones y donde nace el mayor número de mestizos. El carácter familístico de la hacienda influye en la difusión del paternalismo, consolidando el régimen patriarcal y el respeto de los hijos, cuyos matrimonios son concertados por los padres o requieren su autorización. La ausencia frecuente del padre da a la mujer cierta preeminencia en el hogar.

En el medio urbano son más frecuentes las tertulias y visitas familiares. La fastuosidad se limita a la calesa, los vestidos y las habitaciones de recibo de la casa.

Tanto en el medio urbano como en el rural, subsiste la preparación de la mayor parte de los bienes de consumo. En todos los niveles sociales se practica la hospitalidad del hogar hacia el forastero, característica que parece vincularse al aislamiento del país y a la abundancia de la producción alimenticia.

LA ESTRATIFICACIÓN

La estratificación en este ciclo de predominio rural se caracteriza por la polarización del poder, del dinero y del prestigio, lo que determina un proceso de rigidez de la estructura social, expresada en la discriminación de castas y grupos étnicos.

A primera vista parece contradictorio el realce de las diferencias raciales en un período que se caracteriza por la amplitud de la fusión étnica y del mestizaje. Posiblemente se explique por la llegada constante de peninsulares que, en la pugna por el status con los criollos, podían invocar su sangre europea sin mezcla indígena.

El hecho es que surge una estratificación basada en el color, que asigna la primacía a los grupos blancos y los últimos peldaños a los mestizos y las castas o grupos con sangre africana, sistema de status que ha sido calificado como *pigmentocracia*.

En ella ocupan los altos rangos los funcionarios españoles y los criollos ricos, seguidos por los de menor jerarquía y riqueza. En el medio urbano, los artesanos organizados en gremios forman un grupo coherente que los distingue de la plebe de los mestizos, indios, esclavos, mulatos. Esta rigidez de la estratificación continuará en el siglo siguiente y sus expresiones étnicas, económicas y religiosas aparecen de manifiesto en el artículo de Gonzalo Vial «Los Prejuicios Sociales en Chile al terminar el Siglo XVIII». Pero tal vez más característica y numéricamente más significativa sea la estratificación rural. El símbolo del más alto status es aquí el hacendado y su familia que concentran la riqueza, el poder y el prestigio en sus vastos dominios y su influencia alcanza a la ciudad.

Les siguen los empleados de confianza formados por mayordomos, llaveros o administradores; a mayor distancia social se sitúan los inquilinos blancos o mestizos, de donde se recluta el servicio doméstico. El último estrato de la hacienda lo constituyen los peones libres y fuera de ella los indígenas agrupados en reducciones, con su municipio organizado en forma semejante al Cabildo, que administra sus bienes de comunidad.

No obstante el marcado contraste de la estratificación rural, el carácter familístico y paternalista del sistema de la hacienda permite la comunicación entre los estratos y aun cierta solidaridad entre ellos, en lo que juega un papel importante la familia del hacendado y en particular su mujer. Los individuos de diverso rango suelen estar unidos por vínculos de sangre, como descendientes o parientes ilegítimos del hacendado o de sus hijos. Los unen además la simplicidad de la vida y el aislamiento geográfico. Las casas del hacendado y del inquilino por ejemplo difieren en sus dimensiones y en su dotación, pero están construidas por los mismos toscos materiales, rodeadas por los mismos huertos y arboledas.

INSTITUCIONES POLÍTICAS Y EDUCATIVAS

En el aspecto de las instituciones políticas el Cabildo pierde importancia, tanto por el abandono de las ciudades del Sur como por la instalación de la Real Audiencia (1609) que limitó sus múltiples atribuciones.

Este nuevo organismo asesora al gobernador y tiene atribuciones ju-

diciales de tribunal de apelaciones del reino, contribuyendo al equilibrio y control recíproco de los poderes, en el sistema llamado de frenos y contrapesos.

Las divisiones territoriales de los partidos tienen como autoridad a los corregidores, que ejercen funciones gubernamentales y judiciales de primera instancia, siendo representantes legales de los indios. Los corregimientos del siglo xvii fueron La Serena, Choapa, Quillota, Santiago, Colchagua, Maule, Chillán, Concepción y Chiloé, además de Cuyo.

Las dificultades económicas obligan a la Corona a subastar funciones edilicias y cargos honoríficos que aumentan el poder del grupo criollo adinerado. Al decir de un autor, »los blasones pierden terreno ante los doblones«.

El proceso de evangelización continúa, a pesar de los obstáculos de la guerra. Progresan lentamente la enseñanza tanto en las escuelas elementales como de gramática. Entre estas últimas se destacan el colegio de los jesuitas llamado Convictorio de San Francisco Javier y el colegio dominico de Santo Tomás, que alcanzaron el rango de Universidades Pontificias.

Las letras están representadas por tres grandes autores que prolongan la crónica histórica del siglo xvi. Los jesuitas Diego de Rosales (1603-1677), autor de la *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*, y Alonso de Ovalle (1601-1651) que escribe *La Histórica relación del Reino de Chile*, además de Francisco Pineda y Bascuñán (1609-1680), autor del *Cautiverio Feliz*.

Estas obras se hallan matizadas de reflexiones sobre las peculiaridades chilenas y sus causas, advirtiéndose además cierto sentimiento patriótico, rasgos que los vincula al ensayo social, que será uno de los géneros más cultivados.

Por otra parte continúa la poesía épica, destacándose el chileno Pedro de Oña (1570-1643) con su *Arauco Domado*.

En síntesis, el ciclo rural aporta algunos rasgos que contribuirán a caracterizar a la estructura social de Chile. Así tenemos:

- La pauta de una fusión del prestigio tradicional basado en la propiedad de la tierra y el dinero obtenido en el comercio, pauta que se repetirá en el futuro, modificando la fisonomía del estrato dirigente.
- La coexistencia en simbiosis del latifundio y el minifundio.
- La pauta moral y política de desinterés económico personal de los gobernantes, norma instaurada desde Pedro de Valdivia y que prevalecerá, con la excepción de algunos gobernadores que son destituidos y que podrían constituir un reflejo de la crisis moral de España en el siglo xvii.
- El predominio económico de los grupos inmigrantes que van desplazando de su posición a los antiguos titulares de la riqueza, fenómeno que empieza con la inmigración vasca y se repetirá luego con otros grupos.

—La rigidez de la estructura y las relaciones de autoridad, modeladas en el paternalismo.

Estos rasgos de la estructura social del ciclo rural aparecen desarrolladas en cuatro textos seleccionados en este capítulo.

En el primero de ellos, *Vagabundaje y Sociedad Fronteriza*, el historiador Mario Góngora enfoca con criterio sociológico la tendencia a la trashumancia de ciertos grupos sociales en los siglos xvii y xviii, indagando cuál era su origen o motivación, qué factores la favorecían y en qué áreas geográficas se presentaba.

Su tesis central distingue el vagabundaje de los indios, que explica como el tránsito de la organización laboral fundada en la encomienda, con residencia estable, a la del trabajo asalariado que facilitaba el desplazamiento y el desarraigo. En el caso de los mestizos, mulatos y zambos, el vagabundaje es explicado por su marginalidad social, no encontrándose obligados al trabajo como lo estaban los indios o los esclavos negros. El fenómeno coincide en las fronteras étnicas y geográficas, se halla asociado al cuatreroismo y a la economía ganadera.

El artículo de Gonzalo Vial Correa, *Los prejuicios sociales en Chile al terminar el siglo xviii*, ilustra sobre el fenómeno de la rigidez de la estratificación social y su escasa permeabilidad, que se manifiesta en el ciclo rural.

Vial examina los *Juicios de disenso* para analizar las causas aducidas por los padres de familia para negar su consentimiento al matrimonio de los hijos. Estas causales constituyen una antología de los prejuicios sociales dominantes en esta época, y a través de ellos es posible reconstituir parcialmente el sistema de normas y valores prevalcientes.

Otro texto de Mario Góngora, *Origen de los Inquilinos en Chile Central*, sustenta en forma convincente la tesis de la falta de un nexo histórico entre la encomienda y el inquilinaje, refutando una creencia tradicional.

Muestra el surgimiento del inquilino al margen de sanción administrativa o constancia notarial, como una práctica de préstamo o arriendo de lotes de tierras hecha por los hacendados en favor de españoles o mestizos empobrecidos. Dicha práctica nada tiene en común con la encomienda ni con las instituciones de la Conquista, sino con una etapa avanzada de la historia colonial.

Corroborra por un camino distinto al de Gonzalo Vial la idea de una estratificación acentuada donde quedan »hacia arriba los terratenientes, hacia abajo los españoles pobres y los diversos tipos de mestizaje y castas«. El texto extractado ilustra cómo la estratificación *abierta* de la época de la Conquista estimulada por la camaradería militar es modificada por la estratificación *cerrada* con la consolidación de la hacienda y la emergencia de una aristocracia agraria.

El texto de José Medina Echavarría, *De la Hacienda a la Empresa*, capítulo de una obra mayor, expone magistralmente los rasgos de la hacienda que articula en el siglo xvii el inmenso cuerpo geográfico de Hispanoamérica y contribuye a modelar su estructura económica, social, política y familiar. Sugiere asimismo la trascendencia sociológica de su impronta, que alcanza hasta las formas modernas de la empresa, con el paternalismo.

Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos xvii y xviii)*

SIGLO xvii

a) *Indios fugitivos*

La literatura histórica reciente ha analizado muchas veces el fenómeno que los españoles interesados en el trabajo indígena calificaban de *ociosidad* y una de cuyas manifestaciones era la tendencia al vagabundaje. Se trata, fundamentalmente, de diferencias culturales de motivación económica, del desnivel entre economías de subsistencia y mentalidad de lucro. Los efectos del desplazamiento local en los servicios, la dureza de las faenas mineras, la pérdida del ritmo antiguo y sagrado de trabajo para dedicarse a una tarea puramente profana, son otros factores de importancia. En relación con esto último, George Kubler ha hablado de *a psychological unemployment*.

Las disposiciones legales para frenar y remediar la *holgazanería* de los naturales, compeliendo al indio a trabajar dentro de su pueblo o de las casas y heredades de los españoles, indican, por su misma repetición, la dificultad de ejecutarlas. En el caso chileno, las lamentaciones sobre la ociosidad y la inclinación a la fuga se presentan, si cabe, con mayor frecuencia que en el resto de América. En los primeros años del siglo Alonso González de Nájera comparará la proclividad del indígena a la vagancia con la facilidad de domesticación del negro, debido a su carácter natural y a su inadaptación a los fríos valles cordilleranos que podría haber utilizado como refugio. En 1700 el obispo Francisco de la Puebla González señalaba la vagancia en el medio rural. En 1705 el gobernador Ibáñez escribe que los indios de depósito recién liberados de ese estatuto se han liberado totalmente, huyendo al sur del Bío-Bío o hacia la cordillera.

*Extracto de la obra del mismo título, publicado en los *Cuadernos del Centro de Estudios socioeconómicos*, N° 2, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, Santiago, 1966.

Las matrículas de encomienda, levantadas en el momento del otorgamiento o de la confirmación —que desgraciadamente están demasiado incompletas y dispersas para constituir una serie que permita una estimación cuantitativa, salvo, acaso, para los años finales del siglo— contienen muchas veces la nota de *huido* o *ausente*, sin indicar si está trabajando en propiedades de otro español. Pero, aún este caso, la ausencia no significa necesariamente vagabundaje, sino que puede implicar redistribución de la mano de obra. Ese indio ausente del lugar donde está el grueso de la encomienda (esto es, el pueblo, o bien la estancia del encomendero) puede estar en servicio de algún estanciero no identificado, o bien residir en Santiago u otra ciudad, o también en alguna de las minas que han comenzado a explotarse desde fines del siglo xvii. Es decir, el trabajo asalariado, que va royendo la substancia de las encomiendas, es mirado, desde un punto de vista, como estímulo para la fuga del indio de su anterior marco de vida. El fenómeno calificado de vagabundaje por los contemporáneos era a veces, en realidad, el tránsito de una forma de organización laboral a otra coexistente, que comenzaba a cobrar mayor peso y vitalidad.

Independientemente de tal tipo de vagabundaje, que podríamos llamar aparente o provisorio, existía una forma genuina, favorecida en el transcurso del siglo xvii por diversos factores. Debemos mencionar, en primer lugar, la frecuencia de los traslados de los indios de encomienda desde una estancia a otra, por su mismo encomendero, lo que entorpecía todo arraigo profundo a una tierra; arraigo que, sin embargo, era connatural a los indígenas, según anotan González de Nájera y Rosales. En el caso de los indios de Cuyo, estaban sometidos a una migración estacional desde su tierra hacia Santiago y La Serena, donde había una mayor demanda de mano de obra, siendo el retorno muchas veces irregular. Las levadas de soldados que se dirigían de la capital al Bío-Bío solían llevar consigo indios de servicio que se quedaban a veces vagos en el Sur y huían a la tierra de guerra; cosa que asimismo ocurría con los muchachos raptados por los soldados en los pueblos de indios. De más importancia todavía es el uso del caballo por el indio chileno: no sólo los vaqueros, yegüerizos y arrieros, sino prácticamente todos, utilizaban gustosamente esta bestia. Cuando, en 1702 y en 1709, los gobernadores quisieron aminorar la disipación de las encomiendas por fuga, dictaron bandos que prohibían a todos los naturales el andar a caballo, salvo aquellas categorías de sirvientes en que ello era indispensable.

Los dos grandes centros de atracción del genuino vagabundaje eran la Araucanía y la cordillera. La fuga hacia los llanos del sur de Cuyo, donde nomadizaban pehuenches y puelches, está ya documentada en el segundo cuarto del siglo, para acrecentarse a lo largo del xviii. En 1644, según narra Rosales, un indio esclavo huyó con otros cinco a la cordillera, saliendo hasta San Juan; regresó poco después a Chile, donde instaba a sus comarcanos a hacer una entrada a Mendoza. En una matrícula del

pueblo de Huenchullami, en 1649, aparecen registrados dos fugitivos, acusados de homicidio, que se habían marchado a Cuyo. También se sabe de una partida de negros fugitivos de Santiago, que en 1633 se habían marchado armados y salteando hacia Cuyo. Ha comenzado, pues, por entonces, una corriente chilena de expansión vagabunda, que se incrementará en los siglos siguientes.

b) *Mestizos y soldados*

Mestizos, mulatos y zambos, es decir, todo lo que las fuentes llaman *las castas*, constituyen una fuente pérenne de vagabundaje, al cual estaban ellos destinados, en cierto modo, por su propio status, excluidos del deber de trabajar que pesaba sobre indios y esclavos negros; privados de posibilidades de ascenso social por la tacha de ilegitimidad eclesiástica que tantas veces les afectaba, o por el bajo nivel social del matrimonio paterno (salvo las conocidas excepciones de la primera generación de españoles nacidos en Chile), la falta de honor social los identificó casi con la noción de *vagos*. Basta revisar la lista de disposiciones legales que simultáneamente se refieren a los mestizos y los vagos. »Andan desamparados por aquel reino —dice de ellos González de Nájera a comienzos de siglo—; hay muy pocos que puedan ya sustentar de vestido (que es lo más costoso en aquella tierra) a sus pobres hijos«. De entre esta capa flotante, algunos mulatos o mestizos se sitúan como mayordomos o capataces de las estancias, por su condición de hombres duros en el trato con los indios de trabajo; otros se radican por matrimonio, concubinato o arriendo, en tierras de los pueblos de indios; otros se convierten en tenedores de tierras en préstamo o arriendo en las estancias de los españoles; y una porción, desgraciadamente imposible de estimar cuantitativamente, se marchan a la frontera y a los espacios adyacentes, sea como soldados, sea como vagos. Estos hombres situados en la marginalidad social tienen como afinidad con las fronteras geográficas, que son a la vez fronteras de guerra y de pillaje. Esto ocurre en Chile, como en Venezuela, México, Brasil, los países del Plata, que presentan parecidos fenómenos del vagabundaje fronterizo.

El Ejército del Bío-Bío se recluta principalmente, al decir de los contemporáneos, entre mestizos chilenos y peruanos, si bien no podemos verificarlo, en el siglo xvii, por no conocerse sino raras listas en que se pueda identificar el estatuto racial o social de los soldados. La disipación propia de la soldadesca de la época se acrecienta en Chile por las *malocas*, entradas a territorio araucano con fines de pillaje. Las malocas o las expediciones informales de pequeños grupos solían dejar rezagados a soldados vagabundos y ladrones. En algunos casos, esos vagos cometen una verdadera mutación: españoles, mestizos o mulatos, cansados de la disciplina, atraídos por la libertad y poder que podían adquirir en la Araucanía o en los llanos de Cuyo, se quedaban a vivir entre los naturales.

Se convertían en un grave peligro para los españoles, porque les servían de jefes de partida, factores permanentes de ataques. Entre los mestizos limeños, trasladados fuera de su país, y acostumbrados a la vida más suelta y viciosa del Perú (González de Nájera), la desertión es mucho más frecuente. A veces, en la crónica, nos encontramos con que se trata de una desertión definitiva. El vagabundaje es aquí un momento de transición y de paso antes de la radicación en otro medio social. Lo que un hombre cultivado como Pineda y Bascuñán sintió como la atracción idílica de la Araucanía, ha sido experimentada por otros contemporáneos, a un nivel más bajo.

c) El hurto de caballos

El vagabundo chileno es hasta pleno siglo XIX un jinete, similar en esto al caso rioplatense, venezolano, etc. Sea para fugarse, sea para arriar animales robados que venderá y con los cuales consigue su subsistencia, necesita de un caballo. Por eso el vagabundaje marcha íntimamente asociado con el cuatreroismo; sin él, se convierte en mendicidad. El hurto de caballos es pues un delito significativo, peculiar de un medio histórico social marcado por la ganadería, no simplemente una irregularidad constante en toda sociedad.

Para el indígena chileno, el caballo significó una reorientación fundamental de sus estimaciones y de su sentimiento del prestigio. González de Nájera describe la arrogancia que sienten al andar a caballo, la envidia de sus compañeros, los riesgos a que se exponen, atravesando de noche ríos, escondiéndose en los montes, arrastrándose por los campos, con las espuelas calzadas y la lanza al pie, para saltar sobre los caballos y desaparecer al galope. Con ellos embisten a los españoles en la guerra. O bien, si se trata de indios de paz prófugos, huyen en ellos, o se dedican al bandolerismo en estancias y caminos. Así, el hurto de animales y el vagabundaje a caballo se inscriben en el fenómeno más general de una transculturación.

Pero también el robo de caballos es habitual entre los mestizos y particularmente entre los soldados, generalizándose ya en el siglo XVII entre las clases populares. El mestizo pobre inicia la práctica, a expensas de los potros que pastaban libremente en los llanos cercanos a las ciudades. Los soldados, que vienen a pertrecharse cada invierno de caballos, de muchachos, de mujeres de servicio, a la ciudad de Santiago, constituyen una plaga para los estancieros y los pueblos de indios. El gobernador Mujica publicó inútiles bandos contra dichos hurtos, prohibiendo la venida de soldados; y para limitar los perjuicios que los propietarios cercanos a Concepción sufrían de los soldados, fundó en 1647 el fuerte de Nacimiento al otro lado del Bío-Bío. Núñez de Pineda narra cómo el despojo de caballos y ganados se había propagado entre todos los estratos sociales de su región chillaneja, ejercitado mañosamente por los

mismos propietarios comarcanos. El cuatrерismo del vagabundo aparece como una nota concordante con rasgos generales de la sociedad rural chilena y de todo un medio histórico: prestigio cultural del caballo, cercanía de una zona de guerra en que el caballo es fundamental, disfrute común de los pastos en potreros sin cercado. Un tipo de sociedad no *internamente* asentada en un territorio, como lo es particularmente la chilena en los siglos xvi y xvii, no podía por supuesto tener un firme sentimiento de propiedad del ganado, a pesar de la institución de las marcas y del rodeo.

SIGLO XVIII

a) Ociosidad y vagabundaje rural

La agricultura cerealista de exportación, que en el siglo xviii tendió a alterar progresivamente la fisonomía rural, no afectó a las provincias más cercanas a Valparaíso, el puerto de exportación: Aconcagua, Santiago, Melipilla, Rancagua, Colchagua, las mismas que antes enviaban al Perú productos derivados de la ganadería. La Serena, que exportaba desde su propio puerto, se configura paulatinamente como región minera y de agricultura especializada en vinos y aguardientes. En toda esta zona, lo que podríamos llamar el núcleo poderoso del Chile colonial, las grandes haciendas dominan el campo, aunque no lo abarquen naturalmente en forma completa.

Por otra parte, en el siglo xviii, la vieja sociedad indoespañola transita hacia una sociedad en que se estratifican, arriba, la aristocracia y las capas de españoles medianos: abajo, lo que desde entonces entendemos como *pueblo* chileno. La encomienda y el estrato indígena con su propio status se desvanecen frente al peonaje e inquilinaje. La gran propiedad, fortalecida, procura asentar al pueblo rural, lo consigue, en cierto grado, dentro de un estatuto de libertad personal, con el inquilino. En cambio, el peón o gañán, trabajador estacional, que vive temporalmente en las haciendas, *arrimado* o *allegado* a un inquilino, o que simplemente duerme al aire libre durante el verano, es una forma laboral que supone, en un medio histórico de cohesión y organización muy laxa, como el de ese momento, un vagabundaje, al menos limitado.

Los funcionarios de la época extienden al pueblo rural los rasgos de ociosidad y vagabundaje que se achacan al indígena. De éstos dice el oidor Martín de Recabarren en 1752 que son reacios a vivir en pueblos; que los que existían estaban formados por ranchos que distaban, a veces, algunas cuadras unos de otros; mezclados allí con mestizos y mulatos »y siendo deambulativos los que debieran residir en sus pueblos, gozar de la fertilidad de ellos, trabajar a jornal en las haciendas de españoles inmediatos, recibir la instrucción de su párroco doctrinero, andan por

todo el Reyno, algunos sirviendo de sus domicilios y otros vagando, ocupados en cuanto la ociosidad les sugiere«. El pago de un tributo es acicate para que el indio se amestice, vistiendo como español y sirviendo en las milicias: así lo indican los oficiales reales de Santiago en 1744. Los vecinos criollos, a través de sus organismos representativos, los Cabildos, acentúan más aún el rasgo: los indios libres —dice el Cabildo de Santiago en 1708— son altaneros y ociosos; cuando la necesidad los compele, se conciertan a servir con hacendados pobres, en parajes remotos, por un mes, una semana o un día, raramente por un año, pidiendo un anticipo en cuanto entran y fugándose al poco tiempo. Pero esta tacha de ociosidad, tan trivial como tópico en toda América, se extiende en este siglo, como ya dijimos, a la nueva población rural pobre. Los mestizos adquieren fácilmente dos o tres indios que les trabajen y se quedan holgazanes, se dice en 1705. Cuando, en 1745 se realiza un amplio debate sobre la política de poblaciones, el fiscal Jáuregui dice que los indios y las gentes libres son peones que reciben en las haciendas sus pagas adelantadas y se hacen después vagabundos; el oidor Recabarren, que los peones o gañanes andan vagos por los partidos o se están cerca de las pulperías; el regidor Blas de Salvatierra, que los arrendatarios (inquilinos) están ociosos casi todo el año, haciendo una pequeña siembra de legumbres, pidiendo ayuda a los hacendados en sus necesidades. Por eso el Presidente ordena que todos los vagos y ociosos sean reducidos a las nuevas poblaciones, fundadas para contener la ruralización chilena, que deformaba toda la organización jurisdiccional y eclesiástica. Ya en la segunda mitad del siglo, escribía el jesuita Olivares que la gente de baja esfera, criada sin educación y acostumbrada al libertinaje, desconocida de los jueces de los partidos, vive ociosa y se mantiene del hurto. Estima que hay no menos de doce mil hombres que no tienen otro oficio ni ejercicio; llegan a robar rebaños enteros de ganados de lana, engordas de cabras y manadas de ovejas y de caballos, para negociarlos. »Hay en estos reinos —escribe— muchísimos de estos vagantes que no se sabe de dónde pueden sacar los menores medios para subsistir, porque no se les ve algún fondo de bienes sobre la faz de la tierra, ni alguna loable industria o trabajo, los cuales, sin embargo, visten bien, comen en abundancia, andan bien montados, y aun tienen osadía o desvergüenza cantidades con que mantener la manceba galana y que exponer al juego«. Sacan muchos caballos de un potrero, a veces 100 a 200, y los llevan generalmente a tierra de indios a cambiar por ponchos. Los mismos rasgos ociosos observa Carvallo y Goyeneche en los estratos pobres de las ciudades, que se emplean, ocasionalmente, como taberneros, mesoneros, criados, cocheros, lacayos, vendedores de verdura, aguadores, mozos de transportes. La conexión con los juegos es otro aspecto de la ociosidad y el vagabundaje. Las canchas de juego de bolos, todo lo que da lugar a erigir ramadas y consumir licores, son centros de atracción de los vagos y de los *mal entretenidos* sedentarios.

b) Medidas represivas desde el segundo tercio del siglo

En el siglo XVIII chileno, como en otros países americanos, renace el título de Alcalde de la Santa Hermandad o de la Acordada. La vieja institución del siglo XV recobra actualidad, si bien la documentación chilena menciona solamente a dicho cargo, como oficio de Cabildo, sin el restante aparato de tribunales y de cuadrilla. Es un miembro del Cabildo encargado de perseguir a los ladrones con sus propias fuerzas y con las milicias.

Los bandos contra los desórdenes de las pulperías y tabernas eran de rutina en los siglos anteriores. Manso de Velasco, en 1739, inicia una política más dura: en vista del aumento de los hurtos de ganados mayores y menores —dice el bando— se condena a la pena de muerte al que robare más de 5 cabezas de ganado mayor y 10 del menor, consultando a la Audiencia antes de la ejecución: los que delinquían en cantidades menores recibirían 100 azotes y destierro de 4 años a una fortaleza. Una disposición tan drástica no puede haberse cumplido nunca. En 1756, un nuevo bando introdujo un remedio de más duración y consistencia: los hacendados que distasen más de dos leguas de una villa o ciudad recibirían jurisdicción para levantar información sumaria contra acusados de robo de ganado (incluso no cogidos in fraganti), prender a los reos y remitirles a la cárcel de la villa más próxima. En 1761, como no bastase dicha facultad, el gobernador Berroeta decretó la formación de distritos dentro de cada corregimiento, a cargo de un Juez en Comisión, para perseguir a los ladrones y vagabundos; los mestizos y *castas* serían condenados a azotes o destierro a los fuertes, y a la muerte en caso de reincidencias múltiples; los españoles serían remitidos a la Audiencia. En 1773 se llegó a la pena de muerte al tercer hurto, aunque fuese de una sola cabeza, pues dice el Bando de Buen Gobierno, «crece cada día el clamor por la repetición de robos en ciudades y campos de este Reyno para que se pueda sujetar la plebe, gente vagabunda y ociosa, acostumbrada a robar». La pena para los españoles, sin embargo, quedaba al arbitrio del Gobierno. La política de rigor parece atenuarse solamente hacia 1796, en que la Audiencia rechazó la petición de varios alcaldes y subdelegados para aplicar la pena de azotes sin previa consulta. En todo caso, el nombramiento de hacendados poderosos que, con su séquito de inquilinos, dependientes, familiares y amigos, proceden como jueces en comisión, es un rasgo importante de la sociedad chilena y lo será más todavía, en el Sur, durante las guerras de la independencia. La concesión de tales comisiones para perseguir a forajidos y ladrones está documentada en muchos casos, y ello procede a solicitud de los mismos hacendados. A pesar de las costas, ella implicaba un poder que se extendía mucho más allá de la propia hacienda.

La fecha en que comienza la legislación a ser más severa, al comenzar el segundo tercio del siglo, es un punto interesante. La abundancia de causas judiciales alcanza su máxima hacia 1750-90. Son hitos que permitirían poner en correlación el fenómeno del vagabundaje con los pro-

cesos demográficos chilenos, una vez que ellos puedan ser suficientemente cuantificados. No cabe duda, en general, a juzgar por padrones totales y de milicianos, que la tendencia del siglo es el aumento, pero falta una medida. Sería importante también saber si ha incrementado la proporción de los grupos jóvenes, ya que en ellos recluta siempre en la historia el elemento aventurero y errante. La segunda mitad del siglo es, por lo demás, en toda América Española, una época de verdadera epidemia de bandolerismo y vagabundaje, a juzgar por los testimonios de toda especie: es el momento en que se esbozan las imágenes humanas del gaucho, del llanero venezolano, etc. Pero en el caso chileno (y acaso en el americano en general) hay que tener en cuenta que, por entonces, se inicia una tenaz política de fundación de poblaciones y de obras públicas (piénsese en los puentes, caminos, hospitales, mansiones gubernativas y burocráticas de Santiago), con empleo de mano de obra vaga y delincuente. La persecución, pues, se hace por entonces más minuciosa y dura. La relativa escasez anterior de causas se explica en parte por la ausencia de una definida política de obras públicas. No es que el fenómeno no existiese: lo acreditan, en particular, el bando de 1739 y las quejas de rutina sobre ociosidad, etc. Pero la intensificación de la demanda de mano de obra hace mirar con dureza cada vez mayor un aspecto que antes se consideraba con lenidad relativa y que dejaba, por lo mismo, menos huellas documentales. La intensificación general de la vida económica empieza a dejarse sentir con mayor rigor sobre la población más flotante.

c) *Espacios fronterizos y vagabundaje*

La documentación judicial da una visión bastante concreta, si bien hay que renunciar de antemano a la pretensión cuantitativa de un fenómeno tan fluido. Los procesos contra *vagos* y *mal entretenidos* apenas figuran en los catálogos mismos de los archivos chilenos: algo más de unos diez ítem en el de la Capitanía General, apenas algunos en el de la Real Audiencia; varios en los archivos judiciales de primera instancia. Es que la acusación se planteaba, en verdad, muchas veces, pero como accesoria de otras más graves, como la de cuatrismo, robo, hurto, salteo: lo que significa que la causa no aparece catalogada como de vagabundaje, y que es preciso leer el expediente para percibirlo. Eso implica el riesgo de un sondaje interminable. Me he reducido, por tanto, al examen de los legajos clasificados en la Capitanía General como *causas criminales* (volúmenes 280-321), más algunos ítem dispersos de ese archivo y el de la Audiencia. Una sola causa puede referirse a varios sujetos.

Los resultados globales más importantes son: la abundancia de procesos desde 1750; apenas encontramos tres causas anteriores, en 1731, 1732, 1734. En segundo lugar, el predominio del vagabundaje y delitos conexos cometidos desde Colchagua a Concepción. Podemos computar unas 47 causas iniciadas allí, contra 15 del Norte. También las nume-

rosas listas de prisioneros que se remiten a Santiago a trabajar en obras públicas indican una gran mayoría de reos naturales o residentes en esas provincias, especialmente en el vasto Corregimiento de Maule. Estos resultados convergen con las impresiones generalizadas entre los contemporáneos.

Hay, pues, en el siglo XVIII una neta diferencia entre regiones más comercializadas, ricas y dominadas por instituciones de policía, frente a aquellas que son tierras pobres, en cierto modo, frentes pioneros; una diversificación de etapas de ocupación y de género de vida. La primera zona, la de haciendas poderosas, con mano de obra más sometida, se podría situar entre La Serena y Colchagua. Aquí la vagancia es importante, más que en el campo, en los distritos mineros y en Santiago, como resultado del reclutamiento voluntario o forzoso de mano de obra y del ambiente peculiar del desarraigo provocado por estos centros. A partir de Vichuquén, Curicó y Teno, o sea el límite norte del Corregimiento de Maule, hasta los fuertes del Bío-Bío e Isla de Laja —es decir, entre los 35° y 37° de latitud— nos encontramos con un espacio fronterizo, con franco predominio ganadero, con islotes de mayor riqueza marcados por la viña, con pobres posibilidades de exportación (salvo las cercanías mismas de Concepción); una frontera de guerra araucana. Por otro lado, cada vez con mayor intensidad en el transcurso del siglo, se desarrolla una vida de frontera andina, un tráfico estacional y una actividad predatoria entre los chilenos de un lado, y los pehuenches, chiquillanes, huilliches trasandinos, del otro. La menor altura de la cordillera de esas latitudes, el ancho de los desfiladeros y pasos, cubiertos de vegetación arbórea en la vertiente occidental y en la franja subandina (La «Montaña» y la «Ceja de la Montaña»), la existencia de potreros cordilleranos, todo ello permite un tránsito y un cierto tipo de posesión estacional. Las recuas de mulas y los caballos, no obstante la falta de herraduras, recorrían periódicamente esos pasos. Tanto hacia el sur de la región, como hacia el oriente, se daba pues en el siglo XVIII y primera mitad del XIX una «frontera» que se acercaba al tipo ibérico medieval, que los españoles y portugueses repitieron en América.

Los prejuicios sociales en Chile al terminar el siglo XVIII*

Las sociedades hispanoamericanas, al concluir el siglo XVIII, se caracterizaban, especialmente, por la extrema rigidez de sus clases sociales.

Para ese entonces, ya había desaparecido la colectividad primitiva, de conquistadores y primeros colonizadores; la sociedad móvil fluida, en la cual era fácil cambiar de ubicación, ganar o perder categoría según los vaivenes del azar.

En cambio, las clases sociales dieciochescas eran compartimentos herméticos, de los que no resultaba sencillo evadirse al hombre de la época. Y los muros que, a la vez, definían estas clases-compartimento y las aislaban una de otra, eran los prejuicios sociales. Notaré que uso el término sólo en su sentido literal, de juicio anticipado o «a priori», que no se funda en los hechos, sino en circunstancias ajenas a éstos. No doy, pues, al vocablo *prejuicio* ninguna connotación despectiva porque, como se sabe, la finalidad de la investigación histórica es conocer el pasado, y no juzgarlo.

De lo expuesto, se deduce la indudable trascendencia de estudiar los prejuicios sociales en Hispanoamérica, al término del régimen español.

Sin embargo, el estudio histórico de los prejuicios no es tarea fácil, porque casi nadie reconoce tenerlos. Casi todos nos esforzamos por dar una justificación lógica a nuestras actitudes, aunque como causa final de ellas, semioculto en lo profundo de la conciencia, semidesconocido aun para el mismo interesado, efectivamente exista un prejuicio.

Por fortuna, en lo que toca a la América Española y a las postrimerías del XVIII, disponemos a ese respecto de un conjunto invaluable de antecedentes, de un verdadero espejo de los prejuicios sociales de la época. A él me referiré en seguida.

LA PRAGMÁTICA DE 1776

El 13 de marzo de 1776, Carlos III de España dictó una Real Pragmática sobre el matrimonio de los hijos de familia. La Pragmática fue declarada aplicable a los dominios americanos dos años después, por Real Cédula de 7 de abril de 1778.

*Publicado en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año XXXII, 2° Semestre 1965, N° 73, p. 17.

Ante la ley, era *hijo de familia* toda persona menor de veinticinco años. Y aun la que excediese este límite conservaba igual calidad respecto a su padre, mientras él viviera.

Al hijo de familia, según la Pragmática y bajo severas sanciones, le estaba prohibido casarse sin el asentimiento previo del padre; en su defecto, de la madre y faltando ambos, de los ascendientes más inmediatos. Pero las personas así llamadas a prestar su consentimiento tampoco podían negarlo por motivos baladíes, sino, únicamente, usando casi los términos textuales de la Pragmática, si el matrimonio en proyecto ofendía de manera grave el honor de la familia, o bien perjudicaba al Estado.

Y si el hijo de familia estimaba que su caso particular no admitía semejante descripción, podía reclamar de la negativa ante la justicia. Ella, oyendo a las partes en brevísimo procedimiento, diría la última palabra, sea respaldando el disenso, sea rechazándolo como irracional e injusto. En la primera alternativa, simplemente no había matrimonio. En la segunda, el mismo tribunal suplía el consentimiento denegado y los novios quedaban en libertad para casarse.

Tales fueron los »juicios sobre disenso para contraer matrimonio«. Sólo duraron veinticinco años. Pues Reales Cédulas de 10 de abril y de 17 de julio de 1803, relevaron a quienes debían consentir en el matrimonio del hijo de familia de la obligación de expresar causas o motivos para una eventual negativa. Manteniéndose ocultas las razones del disenso, naturalmente la justicia estaba imposibilitada para entrar a calificarlas. Y así, después de las mencionadas Reales Cédulas y salvo contadísimas excepciones, se extinguen en América los juicios sobre disenso.

IMPORTANCIA DE LOS »JUICIOS SOBRE DISENSO« PARA LA HISTORIA SOCIAL

Mas, durante el período 1778-1803, ellos fueron el espejo de que hablaba hace un momento, reflejando cándidamente los prejuicios finiseculares.

Los parientes del hijo de familia, empeñados en evitar un enlace que juzgaban injurioso para su honor, desnudaban sus almas en estos pleitos, exhibiendo el »modus operandi« del desprecio social, con tanta crudeza, que ella resultaría inexplicable de no mediar tres circunstancias.

La primera, que las pasiones se hallaban al rojo vivo. Lo que la mente pensaba, al instante, sin mayor reflexión, la mano lo escribía y quedaba inmortalizado en las fojas del expediente. Además, las partes gozaban de absoluta impunidad para bombardearse una a otra con los más estu- pendos horrores, ya que eso, precisamente, era la materia del juicio. Y por último, debió alentar la franqueza con que los pleiteantes inter-

cambiaban amenidades, el conocimiento de que la causa era reservada: ningún extraño podía verla; no se daban copias ni testimonios de ella y, una vez concluida, se guardaba en el Archivo Secreto de la Audiencia respectiva, donde en efecto, y hasta muy avanzada la República, durmieron casi desconocidos los juicios sobre disenso.

Examinando los correspondientes a la Audiencia de Chile, he querido reconstituir el esquema de los prejuicios sociales en nuestro país, al término de la dominación española. Me apresuro a reconocer que mi esfuerzo es incompleto. Desde luego, por fiarse de una sola fuente. Y en seguida porque, al revés de los actuales, los fallos de esa época, sobre todo los dictados por la Audiencia, no son fundados: el juez se limita, de manera escueta, a dar la razón a uno u otro interesado, pero no explica los motivos de la sentencia. Así, en los juicios sobre disenso conocemos perfectamente, y expresada sin ningún tapujo, la opinión de las partes, pero en cambio —salvo atisbos aquí y allá— ignoramos la de los jueces. Pues en un mismo pleito se suelen invocar varias causales de disenso, y no tenemos manera alguna de saber cuáles el sentenciador acepta y cuáles rechaza; ni menos aún los fundamentos del rechazo. De todos modos, mi estudio puede servir de arranque para un análisis definitivo sobre el tema.

PREJUICIOS RACIALES: LA SANGRE AFRICANA

La causal de disenso más socorrida en los expedientes, es la supuesta ascendencia africana del novio o novia objetados. Se presume que tal ascendencia, de por sí, hace injuria al honor familiar de la contraparte. Luego, siempre sería motivo bastante para denegar el consentimiento, en los términos de la Pragmática.

Sin embargo, interesa anotar que la Pragmática misma no dice nada semejante. Aun, el criterio de la Corona al respecto parece haber sido mucho más matizado. Una Real Cédula de 22 de agosto de 1780 hasta insinúa, sin afirmarlo redondamente, que el matrimonio con persona de raza negra no es impugnabile, cuando aquélla se desempeña como oficial de Su Majestad, o se distingue por su reputación, buenas obras o servicios.

En este punto, no obstante, las sociedades hispanoamericanas interpretaron a su amaño la Pragmática. Acomodando el texto y el sentido de la ley, hicieron de esos enlaces interraciales un verdadero e inflexible *tabú*. Se llegó a sostener en un juicio chileno sobre disenso del año 1800 que el único objetivo de la Pragmática había sido, textualmente, »precaver la mezcla de las castas«. Por los mismos años, opiniones similares se vertían en otras regiones de América, por ejemplo en Venezuela.

El *tabú* se aplicaba con tanta severidad, que regía aun cuando el otro novio también fuese considerado socialmente inferior, mas por causas

distintas de la racial, como ser, por la práctica de un oficio mecánico. En 1803, se impidió a una mulata santiaguina casar, primero con un artesano, y después con un oficial de platería que, a mayor abundamiento, era hijo natural. Los dos sucesivos candidatos pasaban por españoles. En cada caso, los padres respectivos se opusieron al enlace, alegando la *desigualdad de castas*. Y en ambas oportunidades, la justicia respaldó este disenso paterno.

Ello nos indica la intensidad del desprecio social a las clases de origen negro. En los expedientes que nos ocupan, son calificadas con los más duros epítetos. Los mulatos, pongamos por caso, son llamados *mala casta, casta despreciable, gente de baja esfera, viles, infames y de basto linaje*. »El concepto común, que gradúa en las Repúblicas el orden de las jerarquías —dice un pleito de 1783— coloca a los mulatos en la ínfima clase de la plebe«. Llamar a una persona mulato, o descendiente de mulato, es una injuria, susceptible de acción criminal.

Hasta se emplean en Chile, donde la influencia racial africana es insignificante, las complejas *nomenclaturas de castas*, usuales en otros reinos americanos, y cuyo objetivo es determinar, con absoluta exactitud, la proporción de sangre negra en un individuo. En 1793, una madre enfurecida imputa al pretendiente de su hija ser *de legítima casta chino e hijo de cuarterón*. Cuarterón y chino son, respectivamente, el nieto y el bisnieto de un negro puro, aunque los demás ascendientes sean españoles.

Los indicios que pueden apuntar hacia el temido ancestro africano, son estudiados con minuciosa severidad. Haberse alistado el sospechoso, o un pariente suyo, en las Compañías de Pardos de las Milicias Urbanas, ya es señal de alerta, a menudo invocada y entregada a la meditación de los jueces. La tez, por supuesto, también juega un papel muy importante: se usan giros como *color de mulato, color trigueño, zambo atezado tirando a negro*, para reforzar la presunción de raza. El pelo asimismo puede ser decisivo: si corto y crespo, abruma a su infeliz poseedor. »Era mulato puro —dice un juicio sobre disenso de 1796— porque hasta pasa tenía en la cabeza«. Pasa es el mechón de cabello breve, rizado y negro, supuestamente típico en el africano. Por último, en prueba de la raza se acude a la reputación. Una novia es motejada de *mulatilla sin rebozo ni disimulo*. Y a otras se las crucifica con frases lapidarias, como: *Apenas había cosa más notoria en esta ciudad, que ser las Cordero unas mulatillas cantoras*. O bien: *Es habida, tenida y reputada por mulata, y muy mulata, sin disputa alguna*.

Al revés, las pruebas de raza española son por lo común juzgadas endebles. »El color blanco envidiado accidente —explica un pleito de 1795— induce al vulgo a reputar español a su poseedor, pero también aparece en las castas de mestizos, cholos y mulatos«. Algo semejante sucede con la Partida de Bautismo, que afirma ser español su titular: no

es digna de crédito, se alega, porque en documentos tales el párroco estampa lo que aseguran padres o padrinos, partes interesadas.

Todas estas minucias van configurando un fenómeno muy hondo: el progresivo aislamiento de los africanos —negros, mulatos y zambos— en castas, o sea, en clases sociales de fundamento étnico y, por ende, cerradas, infranqueables. Pues se puede mudar de fortuna material, de educación, de modales, de apariencia... hasta de suerte, pero es imposible cambiar de raza. De esta manera, al extinguirse el siglo XVIII, la sociedad chilena ha recorrido, o retrocedido, un largo camino desde aquel siglo XVI, en el cual un negro puro como Juan Valiente; un mulato Cristóbal Varela; un zambo como Juan Beltrán, o una morisca como Leonor Galiano, podían llegar a encomenderos, la más elevada condición social de la época.

PREJUICIOS RACIALES: LA SANGRE INDIGENA

Si ahora pasamos del negro al indio y al mestizo, hallaremos a estos últimos en mucho mejor situación. Ello se debe, fundamentalmente, al amparo prestado por la Corona a la sangre indígena.

Ya el reglamento para la aplicación de la Pragmática, elaborado por la Audiencia de Chile y sancionado por el rey, decía a la letra: »No es motivo racional ni justo para que los padres nieguen el consentimiento a los hijos, ser indio o india alguno de los contrayentes«.

Reforzando este concepto, una Real Cédula posterior, antes citada, la de 22 de agosto de 1780, incluye a los indios entre los súbditos de la Corona sometidos a la Pragmática. Ella se aplica tanto a los caciques como a los simples indígenas. A falta de parientes inmediatos, los indios deben pedir a sus curas o doctrineros el consentimiento para casarse. En cambio, según la misma Real Cédula, la Pragmática no se aplica a *mulatos, negros, coyotes y demás semejantes castas*, a menos que —según he expuesto arriba— »sirvan de oficiales a Su Majestad o se distinguen por su reputación, buenas operaciones o servicios«. La diferencia es clara y decidora. Los indios siempre se rigen por la Pragmática; los africanos, sólo excepcionalmente. Luego, éstos poseen un estatuto social inferior al de aquéllos. Porque la finalidad de la Pragmática es defender la honra, el honor familiar de los novios: si alguno de ellos no tiene honor, en su caso nada hay que defender y, naturalmente, la Pragmática le resulta inaplicable. Así pasa con los africanos. »Al esclavo —dice perentoriamente un auto acordado de la Audiencia de Chile, el año 1805— lo mueve más el temor, que el honor de que carece«. Mientras que los indios, como los españoles, son gente de honor y, por ello, sujeta a la Pragmática.

Un juicio sobre disenso de 1800 agrega un dato sugestivo, pero que no he podido confirmar en otra fuente. Dice que la Audiencia de Chile, al confeccionar el Reglamento de la Pragmática, quiso restringir la de-

claración de igualdad entre indios y nobles españoles (declaración contenida en el documento real), limitándolo, del lado indígena, a los caciques que conservasen el decoro pertinente a su posición. »Dispuso la Audiencia —afirma dicho juicio— que sólo se reputasen nobles los caciques que mantuviesen con el correspondiente honor, y esplendidez, el carácter del empleo; más claro, que sólo fuesen nobles los que no se embriegasen, o que con otros vicios no maculasen su representación«. Pero la Corona, termina informando el mismo expediente, rechazó de plano el distinguo sugerido por la Audiencia, y ambas noblezas continuaron siendo iguales, cualquiera que fuese la situación económica o la conducta de los caciques.

De lo expuesto, no debe deducirse que esta equiparación teórica entre indios y españoles se respetó rigurosamente en la práctica. El desprecio social también envolvió a la sangre indígena, pero en menor escala que a la africana. En los expedientes que analizamos, la tendencia fue a incluir a naturales y a mestizos en las castas, confundiéndolos con los africanos. Pero los afectados siempre tuvieron a mano, y usaron sin reticencias, la respuesta rápida y eficaz: »No es motivo racional ni justo para que los padres nieguen el consentimiento a los hijos, ser indio o india alguno de los contrayentes«.

LOS OFICIOS VILES

Hasta el momento, he discurrido en el campo del prejuicio racial. Pero también tiene importancia el puramente social, o sea, el que afecta sólo a españoles, a los cuales se supone sin mezcla de raza despreciada.

Al hablar de españoles, hablo así de criollos como peninsulares. Por supuesto, jamás se invoca la calidad del criollo como causal de disenso. Sin embargo, en un juicio de 1790 la novia se queja, amargamente, de que ése es el auténtico y oculto motivo de la oposición paterna. Dice la muchacha, refiriéndose a su padre: »Se le ha metido en la cabeza el entusiasmo de que vale más un pigmeo de España, que un gigante de Indias«. Agrega que, por tal razón, ya dos veces ha querido casarla con peninsulares de baja estofa. En prueba, acompaña una carta recibida, tiempo atrás, de una hermana suya, que ilumina curiosamente los usos matrimoniales de la época. La carta llama *vizcaíno leso* al pretendiente metropolitano en ese entonces de turno. Añade que ha estado »enterándose de las estancias, y no se le ha escapado nada que no haya visto con mi taita«. »Por eso —continúa— le ha entrado la codicia a este leso, y le ha dado seis terneras a mi taita, porque lo lleve allá, a casarse con vos. Allá te lleva esa empanada«. Concluye la carta poniendo en boca del padre la reflexión siguiente: »que no quería que te casaras con ninguno que fuera muy caballero, porque no lo viniese a gobernar. Por eso te lleva ese leso, para tenerlo debajo del zapato«.

Pero el caso narrado es excepcional. Por lo común, siendo ambos

novios españoles supuestamente *puros*, lo discutido en el juicio sobre disenso es si existe o no entre ellos *notoria desigualdad*. Y en esto veremos a menudo, volverse las tornas: el altivo padre americano, exigiendo cuentas de hidalguía al oscuro aspirante a yerno peninsular.

Ahora bien... ¿qué factores, eliminando el racial, podía ocasionar ese desnivel, tan notable que llegaba a constituirse en impedimento para el matrimonio? Como se comprenderá, las opiniones de los pleiteantes al respecto son múltiples y subjetivas, pero intentaré establecer algunas líneas generales.

Elemento clave para descalificar socialmente a un individuo, es la práctica de oficios viles. Y son considerados tales, por lo corriente, los empleos mecánicos, una manifestación más de la antigua ojeriza hacia el trabajo manual. He aquí una lista de semejantes oficios, compilada en los expedientes que investigamos: arriero, cantor, carbonero, carnicero; carpintero; carretero; cobrador; cocinero; cómico o actor, corredor o cuidador de caballos; gañán; herrero; matancero; ovejero; peón de labranza; platero; pulpero; sacristán; sastre; vaquero; yegüerizo y sirviente. El colmo de la vileza parece ser el del sirviente que lleva la alfombra y la cola de su ama a la iglesia.

El baldón social que acompaña a estos oficios no hace en ellos distinción ni excepción de categorías: tan vil es el maestro platero como su humilde aprendiz. Además, afecta aún a la familia de quien los ejerce: en muchos pleitos de disenso, ese ejercicio no es reprochado al novio ni a la novia, sino a sus parientes. En cambio, el noble o hidalgo sólo se deshonra con la ocupación baja mientras la tiene: luego que la abandona, recupera el honor perdido.

Los indicados son sólo algunos aspectos de la casuística, compleja y sutil, que rodea esta materia. Pongamos otros ejemplos. Son viles el cantor y el cómico, salvo que no actúen por paga. Es vil el cobrador, no lo es el cajero. Es ruin el gañán o peón de labranza, y no el *labrador*, en el sentido de quien tiene *negocios de campo*. La vileza del sirviente no se extiende al ama de cría, de puertas adentro. El carnicero sólo es ruin si desempeña su oficio personalmente, y no si lo hace mediante mayordomos y peones, y en casas que no sean las de su morada, »del mismo modo que lo ejecutan —dirá un expediente de 1781— muchas personas ilustres de esta ciudad«.

Por último, el comercio jamás es considerado indigno, ni aun al menudeo. Pero éste es relativamente mal mirado si el comerciante vende al detalle por sí mismo. En un juicio sobre disenso de 1803, el novio impugnado se defiende y contraataca alegando que su eventual suegro »a cada rato se pasa de la tienda a la bodega por la mitad de la calle a vender personalmente las cuartas de vino, metiendo y encajando todo el cuerpo en las tinajas y revolviendo las borras«. »Y eso está muy bueno —concluye irónicamente el despechado galán—, pues de fiarse de sirvientes y mayordomos, quizá no pusieran la debida inteligencia en el asunto, y

hasta se hicieran de algunos realitos«. Una vez más, nótese que el pecado del suegro no es vender vino; sino hacerlo personalmente.

Los oficios indignos crean diferencias de clase igualmente agudas, si bien más superables, que las debidas a motivos raciales. Un buen método para aquilatar la intensidad de esas diferencias, es la lectura de los lamentos con que los padres de la época reciben la noticia de que el hijo, o peor aún la hija, aspiran a casarse en una familia manchada con ocupaciones viles. Aquí tenemos una de tales quejas, fechada en 1795:

»Considere la integridad de Vuestra Alteza —dice el abogado de los padres opositores, dirigiéndose a la Audiencia— si será tolerable para los descendientes de estas tan ilustres familias, equiparar las coronas, las mitras, las cruces, togas, títulos, bastones, sombreros y demás empleos honoríficos, que por timbres y trofeos cuentan en sus casas, con las humildes herramientas del maestro Juan Solís, el carpintero«.

Y otra de 1798:

»Ah, qué dolor me fuera a mí ver a mi hijo primogénito, único varón, que ha de llevar el apellido de mi casa, casado con la hija de una ilegítima, y que los sastres, y carniceros le conocieran, titulándolo sobrino«.

Y para concluir este aspecto, una queja de 1819, o sea, excepcionalmente, ya consumada la independencia:

»¿Habrà razón, habrá derecho para que este triste hombre pretenda casar con una joven de calidad, de educación y de la primera distinción de su lugar? ¿Se permitirá que un gañán se una a una casa noble, a una señora, en su propio pueblo, donde ambos son conocidos? ¿Se degradará por este ridículo medio a otras nueve hermanas, que a esta vista no podrán ya lograr un matrimonio decente?«

Sin embargo la repulsa social contra los oficios viles experimenta un rudo golpe con la conocida Real Cédula de 13 de marzo de 1783. En ella, Carlos III declara que ninguna ocupación lícita debe ser considerada infamante. Esta ley no se publica en Chile, pero es ampliamente conocida e invocada, y hasta sirve de fundamento a un fallo de primera instancia en juicio sobre disenso, dictado en 1796.

El fallo en cuestión rechazó, como causal de disenso, la calidad de carniceros imputada a los ascendientes de la novia. Adujo la mencionada Real Cédula y, conforme a ella, los inconvenientes que seguirían si »los oficios o artes prácticas, o mecánicas, infamaran o envilecieran a sus operarios«. A saber, que se dejaría »sin taller al laborioso artesano, sin educación a sus hijos y a todos sin ser útiles a sí propios ni al Estado«. Esto, al ver que »ninguna otra cosa les restaba que perder, privados ya del honor, ni por adquirir una vez que estas actividades les infamaban hasta el grado de constituirlos en perpetua bajeza«. »Por ninguna ley ni doctrina —continuaba textualmente la sentencia— se puede castigar la virtud, aplicación e industria del vasallo inocente, con una pena sólo

reservada al criminal para freno de sus delitos. Sólo la ociosidad, y vida criminal en el hombre le degradan, y hacen menospreciable en un Estado en que todos los ciudadanos, sin distinciones, deben ser activos y laboriosos, según su clase y jerarquía». Así llegaba a Chile el eco del reformismo ilustrado de los Borbones.

CONCLUSIONES

Los prejuicios que acabamos de analizar, sea étnicos, sea relacionados con las ocupaciones infamantes, no son los únicos que influyen en las estructuras sociales durante el siglo xviii. También revisten importancia, por ejemplo, los de índole financiera y los derivados de la filiación ilegítima. Pero las exigencias del tiempo nos impiden analizarlos. Bastará con lo expuesto, sin embargo, para dar una idea de la excesiva rigidez, incomunicabilidad de las clases sociales, al terminar el régimen hispano. Nuevos elementos cambiarán esta situación: factores como el mestizaje; el énfasis puesto por el pensamiento liberal en la igualdad ciudadana; la actitud y las leyes niveladoras de los Borbones y la Independencia, con su secuela de anarquía, guerras civiles y trastornos económicos, modificarán hondamente las sociedades hispanoamericanas, incluyendo la chilena. Pero ello sucederá en el siglo xix. El siglo xviii y la dominación española se despiden dejando planteado y, sin resolver, el agudo problema de una colectividad en la cual las jerarquías sociales han llegado a ser barreras infranqueables y las clases, círculos cerrados.

MARIO GONGORA

Origen de los »inquilinos« de Chile Central*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tuvo su origen en el deseo de confirmar una hipótesis sobre el origen del inquilinaje del siglo XVIII que propuse en 1956. Al elaborar los capítulos históricos de un libro publicado en colaboración con Jean Borde, »Evolución de la propiedad rural en el Valle de Puangue«, me percaté de lo infundado de la afirmación tradicional de un vínculo entre encomienda e inquilinaje. Presenté entonces, apoyado solamente en documentos de Puangue, una hipótesis diversa, que ahora he podido verificar en lo esencial, dentro del marco más amplio de Chile Central, área donde esa institución nació.

La tesis corriente dentro de la historiografía chilena no se ha formulado en una monografía determinada, sino como una suposición casi obvia, hecha al pasar. Sorprende la falta de indagación histórica sobre una institución colonial que está todavía a nuestra vista. El motivo de ello nos parece ser la carencia de testimonios escritos explícitamente pertinentes. En tanto que la encomienda dejó tras de sí un ingente material de debates teológicos y jurídicos, legislación, visitas, matrículas, etc., aquí estamos frente a una forma que nace de la práctica rural, silenciosamente, al margen de toda sanción administrativa o constancia notarial. Sólo a mediados del siglo XVIII, cuando el fenómeno ha logrado ya volumen, unos pocos testimonios indican la atención que empieza a despertar. En relación con la política de nuevas ciudades, algún funcionario imbuido de espíritu económico no solamente constata, sino que formula una crítica general al sistema rural chileno. Con más violencia, hombres de la »Ilustración« deploran la mala situación de los campesinos, y entre ellos distinguen ya al inquilino. Se inicia así la controversia teórica sobre la institución, pero cuando ella ya había tomado cuerpo mucho tiempo atrás. Los vestigios de su origen están, casi perdidos, en archivos a los cuales era indiferente la historiografía general, y en ellos sólo asoma la institución de una manera esporádica. Así, mientras la búsqueda sobre otros objetos sigue, como por gravedad, el peso de la documentación,

*Extracto del libro del mismo título, publicado por la Universidad de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1960.

aquí se necesitaba enfocar una realidad importante, pero de la cual casi no dejaron testimonio explícito los contemporáneos, por considerarla sin problema y apenas digna de mención. Y las formas tenenciales que antecedieron al inquilinaje están todavía más sepultadas en la vida rural, más lejos de la conciencia problemática y, por tanto, del registro escrito.

Justamente eso ha sido lo que alejó a la historiografía chilena del tema, por su tradicional apego a seguir pasivamente la selección de los hechos ya marcada por el mismo material.

Este trabajo es un estudio de historia de las instituciones y de historia social. Su interés principal, desde el punto de vista del autor, consiste en haber mostrado una transición de formas de tenencia de la tierra, desde el siglo xvii hasta fines del xviii, formas que están en conexión con diversas vinculaciones sociales. Estas estructuras o instituciones adquieren importancia para la historia no tanto porque existan, sino sobre todo porque reflejan, en su esquema institucional y en su transición a otras formas, movimientos y tendencias mayores. Son condensaciones pasajeras de un curso histórico chileno y americano que nos gustaría percibir mejor.

INCREMENTO DE LAS PEQUEÑAS TENENCIAS Y PREDOMINIO DEL ARRENDAMIENTO

Hemos dicho ya que no podemos conocer la extensión del préstamo de tierra, por el carácter esporádico de la documentación. Pero ésta, al citar de paso y como algo conocido de suyo la palabra *préstamo*, supone una relación no infrecuente. Pues bien, el mismo tipo de documentos menciona, alrededor de 1700 y cada vez más en adelante, en plural indeterminado, tenencias rurales denominadas poblaciones, pertenencias, posesiones, cercos. Antes se designaba nominativamente a quienes tenían tierras prestadas, ahora se habla en general de los arrendatarios que habitan en ciertos lugares. Desgraciadamente, no hemos encontrado listas de ellos en alguna hacienda, en la primera mitad del siglo: pero aun las fugaces referencias suelen aludir a la pluralidad de tenencias. En el Apéndice 1 exponemos una tabla de estos testimonios, y allí se puede constatar la presencia de este fenómeno en todo Chile Central, aunque registrado en una documentación que lo manifiesta sólo esporádicamente, la única que es posible obtener, como lo expresamos anteriormente.

El nombre de la tenencia tiende a variar. Hacia 1700, todavía fluctúa el vocabulario entre *préstamo* y *arriendo*, a veces como términos alternativos, otras casi como sinónimos. Ocurre así en Quillota en 1706, en Curacaví en 1695, en Llico en 1704. Siguen usándose las expresiones ligadas al préstamo como *dar una tierra*, *estar con consentimiento de*, *con permiso*, *por su orden*. Son indicios de la perduración del préstamo, que se prolonga hasta muy tarde en el siglo xviii, pero ya sin incremento. La

palabra *arrendamiento* ha tomado la delantera en las primeras décadas del siglo y se hace luego prácticamente exclusiva.

Es bajo el nombre de *arrendatarios* que los funcionarios abarcan en la Junta de Poblaciones de 1745 el fenómeno del aumento de pequeños tenedores de la tierra. El fiscal Martín de Jáuregui hablará de *infinitos arrendatarios* situados en las haciendas, dejándonos un testimonio de la impresión de muchedumbre de tenencias que tienen los contemporáneos.

Que el arrendamiento domina sin contrapeso sobre el antiguo préstamo, se puede mostrar fácilmente por la importancia creciente del canon. Se le cita con frecuencia, y generalmente en dinero. Por lo común, no pasa de diez pesos, sin que falten las cifras de diez a veinte pesos. Más allá, podemos considerar que se trata de arriendos medianos. Algunos testimonios nos presentan una verdadera negociación sobre el canon. Así, en la estancia ganadera de Santa Isabel o Guilligüe en 1694. El arrendatario de la estancia expulsa a un pequeño arrendatario (calificado con este nombre) cuyo canon es de 40 carneros, que no ha pagado. Acude al propietario, quien le dice »que no saliese de las dichas tierras y que se estuviese en ellas y aviéndole pedido el don Christobal veinte pesos en cada un año convinieron en quince pesos y aviéndole preguntado que cantidad a pagado al dicho Capitán Don Christobal de Fuensalida por las dichas tierras dijo que por dos años dio treinta pesos en carneros de a dos reales«. En otro caso mucho más tardío, ocurrido en Los Coipos, Vichuquén, en 1762, un indio declara que su padre fue arrendatario por diez pesos al año durante más de 16 años, »y por grandes suplicas al cabo de siete o ocho años consiguió su padre de este testigo, que le rebaxase dos pesos y quedó corriente el arrendamiento por ochos pesos al año. . .«.

El canon, avaluado en dinero, se paga a menudo —como en el ejemplo recién citado— en carneros, en ovejas, en cabras; otras veces en fréjoles, vino, sobre todo en trigo. En Putaendo, en 1717, Andrés de Toro arrienda 40 cuadras de su estancia a Gil Galdames. Este, a su vez, subarrienda a dos personas (una de ellas el mayordomo de Toro), las cuales pagan »en semillas de lo que sembraban«, »así éste como los demás labradores« —testimonio valiosísimo para toda la zona de Aconcagua, la mayor productora de trigo en Chile a lo largo de todo el siglo. Luego el estanciero, para pagar una capellanía, »determina que todos pagasen cantidad determinada en dinero y en éste se ajusta en doce pesos al año«. Pero más adelante volvemos a oír que Galdames ha arrendado tierras en 7 fanegas de trigo al año. En un potrero de los jesuitas de Concepción en 1728, un arrendatario pagaba en leña y cargas.

La tenencia es eminentemente precaria. Los casos de plazo pactado son rarísimos. En un mediano arrendamiento concertado ante un juez, se convino en término de ocho años, y esto significó un amparo para el tenedor ante una amenaza de lanzamiento antes del plazo. Pero esto es excepcional.

En lo referente a la distribución geográfica de estas pequeñas tenencias en arriendo, no encontramos en el extremo norte en la primera mitad del siglo XVIII, en los valles de Copiapó, Elqui, Limarí, al pequeño arrendatario de estancias, sin duda por la razón que da Gay, la escasez de suelo cultivable. Un tipo que algo se le acerca es el mulero, que arrienda pedazos de cerros para el pasto de sus tropas de mulas, que conducirán metales o víveres; pero evidentemente, su género de vida es diverso. Más al sur, el mulero independiente y móvil será sustituido por arrieros domésticos de las haciendas. Más cercano a los beneficiarios de préstamos que hemos encontrado en Colchagua son, sin duda, los arrendatarios de aguadas, bebederos junto a los cuales vive algún ganado y se construyen ranchos y corrales. Los hemos encontrado en documentos referentes a tierras de Tongoy y Maytenes. Un propietario que no tiene animales cede en arriendo la aguada, hacia 1723. Poco después, lanza a los arrendatarios y recupera el lugar para sí. Uno de estos arrendatarios es un hombre que transita continuamente, estableciendo sus majadas cerca de bebederos, alrededor de los Maytenes. La búsqueda del agua determina, en estos áridos paisajes, el desplazamiento de estos tenedores.

Los mineros y los trapicheros, dueños de molinos de moler metales, tienen también terrenos en arriendo para sus faenas, obrajes y pastos para recuas. Pero el alto monto del canon y el género de vida de aquéllos los distinguen enteramente de los tipos que estudiamos.

En los estrechos valles regados encontramos, sí, pequeños arrendatarios de chacrillas o sitios. En tierras del Cañaverál, valle de Copiapó, hay en 1714 tenedores puestos allí »con conocimiento« de los propietarios, plantando huertos y alfalfares, las casas concentradas cerca de una viña. Los problemas de agua suscitan, en 1744, a la fundación de la villa de Copiaió, disposiciones sobre policía de regadío en que se cita explícitamente a los arrendatarios. También sabemos de arrendatarios en chacras cerca de La Serena.

El empadronamiento de La Serena y de sus términos en 1738 no menciona arrendatarios en las estancias; tampoco figuran en ningún expediente judicial. Un litigio por las cuentas de administración de la hacienda de Guatulame y Combarbalá, en 1771, no habla de inquilinos. Podemos pues afirmar que no se da aquí el inquilino característico de estancia en tales fechas. Pero el censo de 1813, al registrar las profesiones, nos da la cifra de 452 labradores inquilinos en Copiapó y 1.894 en La Serena. Es claro que una buena parte pertenecerá a los arrendatarios establecidos en las numerosas chacras, viñas y heredades regadas de los valles fluviales; pero figuran también en distritos de grandes estancias, como Guamalata, Poya, Sotaquí, Marquesa la Baja y la Alta, Recoleta, etc. La explicación debe radicar en que el inquilinaje de haciendas se ha instalado en esa zona tardíamente, a fines del siglo XVIII. Precisamente la Hacienda de Choapa pone arrendatarios recién en 1778. Junto al crecimiento de población (de 19.735 en 1778 a 43.449 en 1813) cabe aquí

aceptar, para este campo restringido, la tesis tradicional de la historiografía de que, después de la abolición de las encomiendas —importantes en La Serena— muchos indígenas pueden haber permanecido como inquilinos en las mismas haciendas, y así engrosaron esta categoría de la población.

De Petorca a Concepción, encontramos en la documentación el inquilinaje típico, que describiremos detalladamente más adelante.

En la zona suburbana de chacras de Santiago se forma un buen núcleo de arrendatarios. Su presencia se atestigua especialmente en las quejas a que da lugar la apertura de nuevas tomas en las acequias. En Renca, los propietarios perjudicados denuncian repetidamente que los arrendatarios *sangran* sus acequias y obtienen que la Audiencia y el gobernador decreten la norma de que cada propietario debe dar agua de su propia toma a sus inquilinos, sin que éstos saquen independientemente. Estos problemas los volvemos a encontrar en las haciendas regadas de Quillota, con parecidas denuncias contra los arrendatarios.

El arrendatario de chacra carece del sello ganadero del de estancia, como es obvio: es más bien un pequeño labrador que tiene una *huertecilla* de maíz, de fréjoles, o de alfalfa para los animales que los vecinos de Santiago mantenían en sus cuadras. Desde el comienzo de la exportación de trigo al Perú, en la década 1690-1700, aumentan las pequeñas sembraderas de trigo en las tierras cercanas a la ciudad. En 1707, un vecino, sus sirvientes y sus esclavos aparecen sembrando algunas fanegas de trigo en el gran potrero de la Dehesa. Lo mismo deben haber practicado los numerosos pequeños arrendatarios de las chacras vecinas.

Tenemos datos más precisos, correspondientes a los años 1743 y 1744 referentes a una chacra en Quilicura. Hay allí siete arrendatarios, entre ellos un esclavo mulato y un pardo libre. Pagan cánones de 15 a 16 pesos, salvo este pardo, que paga 25. Poseen de 1 a 3 cuadras, pero esa cifra cambia de un año a otro, dentro de esos límites, variando a proporción los cánones. Algunos arrendatarios se alquilan como peones de temporada del mismo dueño, durante la vendimia, como podadores. Su condición oscila, pues, entre tenedor y jornalero, lo que debe de haber sido corriente en las chacras.

¿Cuál es la situación en las provincias más excéntricas de Chile, esto es, Cuyo y Chiloé? En esta última, cuya estructura social es tan diversa de la del resto de Chile, el trabajo rural sigue basándose casi enteramente en las encomiendas, con graves crisis de sublevaciones y protestas de los indígenas, que durarán hasta pasada la mitad del siglo. Sólo hemos encontrado allí, en 1767, en la estancia jesuita de Chequián, la mención de 19 inquilinos asentados en una posesión de tierra donada a la Compañía. Tal vez este caso se explique por el uso general de la institución en las propiedades de esa Orden, pues no hemos encontrado ningún otro indicio en la isla.

En Cuyo, la documentación distingue entre los simples peones sueltos, que se alquilan a quien les parece, y forman la gran mayoría, y peones radicados en las estancias con sus familias, *arrimados*, o más bien —tal es la palabra dominante, la misma que se encuentra en Buenos Aires— *agregados*. Los agregados son generalmente indios; pero una relación de 1748 denomina también con la misma palabra, dentro de la estancia del Carrizal, a los agustinos. Debe de equivaler, pues, a arrendatarios. Los peones arrimados, dice el oidor Blanco Laysequilla en 1754, son muy pocos, y carecen de importancia económica para subsistir por sí mismos. Podemos conjeturar que esta categoría es similar a la de los inquilinos del Chile occidental. Tenemos también un testimonio de tenencia prestada en una chacra de Mendoza.

¿De qué rango social son los arrendatarios en la primera mitad del siglo? Todavía son numerosos los que llevan el »Don«, o el título militar de los soldados reformados del ejército de la frontera; junto a ellos, hombres pobres sin designación honorífica alguna, muchas veces negros o mulatos libres, una que otra vez indios. El grueso de ellos es evidentemente mestizo, incluyendo al indio amestizado.

No existe una separación jurídica neta entre arrendatarios de diverso rango: la mejor prueba es que todos se albergan aún bajo la misma palabra. El estrato social debe de coincidir, en general, con el monto de los cánones.

CUADRO DEL INQUILINAJE HACIA 1760-1800

En las décadas finales del siglo XVIII, la documentación nos permite, sobre todo a través de algunos cuantos ejemplos muy ricos, trazar ya un cuadro más detallado de la institución. Eso no significa que todos esos rasgos sólo se hayan hecho presentes entonces, sino únicamente que azares de documentación, como la ocupación de las haciendas jesuíticas, permiten coger y analizar mejor algo que los documentos anteriores mencionaban más bien de paso.

1. *La denominación*

Constatemos, desde luego, una tendencia creciente al cambio de nombre de la institución, que es muy significativa. La palabra »inquilino« figura siempre en la fórmula notarial castellana de la compraventa: en sus cláusulas finales de garantía, el vendedor se constituye en »inquilino tenedor y precario poseedor« de la cosa entretanto que toma posesión de ella su nuevo dueño el comprador. Este vocabulario de la práctica notarial, usado desde la Baja Edad Media y transmitido a las Indias, ha influido seguramente en Chile, aplicándose a un tenedor precario rural. La palabra apenas aparece en Chile en el siglo XVII —fuera de aquellas fórmulas notariales—, encontrándose aplicada en una ocasión hacia 1630 a los arren-

datarios de las estancias jesuíticas; pero no a pequeños tenedores, sino a quienes arrendaban toda la propiedad. Por lo demás, »inquilino« se ha aplicado también a los arrendatarios de fincas urbanas. El traslado del nombre al pequeño arrendamiento rural parece, pues, algo fácil. Sin embargo, no deja de sorprender que la palabra sólo se encuentre en abundancia en la segunda mitad del siglo xviii. Tal vez escasea anteriormente porque es una palabra rara y no muy antigua en el lenguaje literario; es un vocablo más bien técnico-jurídico, que se ha impuesto a partir del léxico profesional de los abogados. Significa etimológicamente *habitante* y vino a designar al que puebla precariamente un campo del cual no es dueño.

Frente al frecuentísimo uso de »arrendatarios«, apenas hay textos de la primera parte del siglo xviii que hablen de »inquilinos«. Sólo hemos encontrado cinco anteriores a 1750. En uno de ellos, referente a Viñuquén, en 1736, se dice »inquilinos y arrendatarios«. Un interrogatorio de un pleito en San Luis (Cuyo), en 1740, es inequívoco en la asimilación de ambos términos: »Si saben que de orden de dicho Don Joseph de Mena han estado otros ynquilinos en dichas tierras contribuyendole con sus arrendamientos como lexitimos dueños de ellas...« El término se aplica al habitante de una estancia; pero también, en Itata, en 1739-43, a españoles que ocupan tierras del pueblo de indios de Colmimán.

En la segunda parte del siglo, la palabra se esparce, sin eliminar en seguida a »arrendatarios«. Ambas suelen ir unidas por conjunción copulativa o disyuntiva, conforme a la manera de la época. En los autos de ocupación de las haciendas de la Compañía de Jesús predomina todavía netamente »arrendatarios«. El administrador de la hacienda de los agustinos en Longotoma identifica los dos vocablos al escribir, en una petición de 1772: »en los dominios de mi administración tengo puestos varios inquilinos, los que justamente me recelo que al cabo de la satisfacción de los arrendamientos, se escusen y difieran la solución de las cantidades que tienen adeudadas por razón de dichos arrendamientos«. Es un texto que, como el arriba citado de 1740, muestra con nitidez la relación entre ambas palabras. Otras veces —pero esto nos parece más bien una reminiscencia culta que un uso común— se dice »colono o inquilino«. Más interesante es un pasaje de un documento de 1759, según el cual varios indios apremiados de lanzamiento por el Colegio de Arauco de la Compañía de Jesús, ocurren al Superior del Colegio y consiguen conservar sus poblaciones, quedando »como inquilinos, y de limosna, más que ni ahora, ni en ningún tiempo alegarán derecho alguno a dichas tierras, ni ellos, ni sus descendientes«. »De limosna« significa gratuitamente: ya dijimos que es un vocablo utilizado en algunos préstamos del siglo anterior. La afirmación de la precariedad es enérgica porque, tratándose de indios, los propietarios temían siempre juicios de reivindicación.

Una expresión curiosa, que solamente hemos encontrado en Puangue, es la de »viviente«, versión popular de »inquilino« del cual es sinónimo. En

1783 declara allí un testigo en un litigio: »Los bibientes en ellas le an pagado anualmente a don Joaquín de Bustamante el arriendo reconociendolo por amo y señor«. Y otro testigo: »...quando Don Joaquín Bustamante llamaba para el servicio de su asienda a los vivientes de la Iguera ivan más no sabe por que ni si eran llamados sólo si que los beia asistir a los rodeos y que ygnorava si estavan obligados al servicio«. La palabra es interesante, porque se usa en Colombia, ya en el siglo xviii, para designar al pequeño arrendatario rural.

El término »inquilino« impone su uso en los documentos más tardíos, a fines del siglo; Gay y los escritores de su tiempo lo usarán sin vacilación. Todavía Gay, sin embargo, los define como arrendatarios, término que caerá en olvido tras él.

2. *Asentamiento de los inquilinos*

¿Dónde habitaban los arrendatarios o inquilinos? Los beneficiarios de préstamos en el siglo xvii se asentaban de preferencia en extremos o linderos de la estancia o al menos en parajes alejados. ¿Cuál es la situación un siglo después?

Los inventarios y tasaciones de haciendas se limitan a enunciar los bienes inmuebles y muebles, sin que se pueda colegir si los ranchos de arrendatarios, que a veces aparecen, están cerca o lejos de las casas principales. Los planos trazados en las mensuras o deslindes raramente marcan ranchos de arrendatarios, sin duda por su insignificancia en relación a la finalidad del plano. En un caso, en Conuco, estancia jesuítica en Itata, se fijan en el plano (sin fecha, pero de la segunda parte del siglo xviii), un »asiento« o población importante, de más de cien años, cuyos poseedores pagan a Conuco, y una »población antigua de varios inquilinos de Conuco«. Pues bien, ambas están situadas muy lejos de las casas y aisladas, la segunda de ellas junto a un estero.

Los autos de ocupación de haciendas jesuíticas fortalecen la misma impresión de que las casas de inquilinos están remotas de la hacienda, muy a la inversa de los esclavos, quienes habitan contiguos o incluso en patios de la misma casa principal. En la estancia ganadera de Las Tablas (Casablanca), el encargado de la ocupación, que describe muy minuciosamente sus operaciones, va de población en población de arrendatarios, inventariando los ganados que en cada uno de los rodeos o hatos de vacas tienen la marca de la hacienda. Los arrendatarios viven junto a los rodeos, por tanto distantes entre sí. En Rancagua, los esclavos, el mayordomo, el herrero, viven cerca de la hacienda; pero en seguida el encargado deja testimonios de que pasa a un paraje llamado La Leonera —a 4 leguas de distancia— y allí inventaría tres ranchos, donde viven un vaquero y un encargado de una viña vieja y espesa; luego, a 6 leguas, un rancho en el Peumo, camino de los potreros de la cordillera, etc. Aunque no se enuncia dónde viven los arrendatarios, es verosímil que estén también a gran-

des distancias, por el contexto citado, y porque solamente de dos de ellos, uno de los cuales »vive de valde«, se deja constancia que residen en la hacienda. Desgraciadamente, los inventarios no son igualmente detallados en haciendas jesuíticas con extensiones de planos regados por acequias del río Aconcagua o del Maipo.

En estancias ganaderas como la de Codao, en Rancagua, del marqués de Villapalma de Encalada, hay una población de inquilinos en un paraje sumamente aislado, a 7 leguas de la hacienda, en un lugar cerrado, con sólo un camino por las cimas, amenazado —dice el documento— por bandidos y por leones o pumas. Parece desprenderse generalmente de estos y otros documentos de certidumbre de que lo mismo que en el siglo anterior, y conforme a la vida ganadera que seguía dominando en las haciendas, los arrendatarios viven dispersos y generalmente en parajes limítrofes.

CONCLUSIÓN

La época de la Conquista trae consigo la sujeción del indígena, cuyo trabajo es la base de la nueva sociedad colonial. A través de las varias estructuras de la esclavitud, la encomienda, la mita, el yanaconaje, ese trabajo se distribuye en Chile hacia las minas, los obrajes y las estancias. Las faenas pastoriles y agrícolas, que terminaron por ser, en el siglo xvii, la base material de la vida chilena, trajeron consigo el asentamiento indígena en las estancias y chacras de los españoles. Las pequeñas sementeras y sus ranchos constituyen una forma de tenencia esencialmente vinculada y sujeta al trabajo permanente y al enmarcamiento dentro de un estatuto indígena, fundado en la obligatoriedad del tributo. Estos cuadros sólo comienzan a disolverse a fines del siglo xvii y primeras décadas del xviii, en que el trabajo libremente alquilado —peonaje— y la dispersión de las encomiendas y depósitos trajeron consigo la liquidación de la organización indígena de la temprana época colonial.

Pero, a la vez, en el curso del mismo siglo xvii, en el seno de la sociedad de los españoles, se van produciendo grandes transformaciones. La Conquista y la expansión territorial significaron, para los españoles, un período de libres iniciativas y de apertura social, siempre dentro de las peculiares vinculaciones y formas populares aportadas de la Península. Pero, al cerrarse la expansión exterior, en el siglo xvii chileno, y al consolidarse la gran propiedad rural, va tomando contornos un nuevo estrato, el de los *españoles pobres*. Sus antecesores, en el siglo xvi, son los *criados* de los conquistadores o encomenderos, que viven de la guerra, de las oportunidades y premios que ella aporta. En el siglo xvii, estos españoles pobres, generalmente mestizos, tienen también como salida el ejército de Arauco o de Valdivia, pero ahora a soldada, sin el horizonte de avance de las huestes de conquista. Lentamente, se van también incorporando a la vida rural. Antiguos soldados y oficiales mestizos son vaque-

ros o mayordomos de estancia. Otros, con algún corto haber en ganados, se radican en tierras prestadas. La falta de valor del suelo, propio de esta etapa, da lugar a un sistema de tenencias gratuitas o semigratuitas, particularmente en los extremos de la propiedad, tenencia tolerada por los estancieros y útil para ellos desde un punto de vista de seguridad jurídica. Los lazos personales de todo orden son decisivos en la constitución de tales préstamos. Los utilizan poco a poco, no sólo los mestizos, sino también negros y mulatos libres, muy raramente indios sueltos.

Pero también estas tenencias van evolucionando. Del uso gratuito con un canon simbólico, se pasa a posesiones que implican deberes de custodia de linderos y asistencia a rodeos. En el siglo xviii acontece un viraje capital, el comercio de trigo con el Perú, que trae consigo una organización más intensa de la hacienda y una valorización de la tierra desde el Aconcagua hasta Colchagua, regiones exportadoras. La tenencia se constituye en arrendamiento, cobrando cierta importancia el pago del canon. La creciente estratificación económica y social entre las distintas capas de españoles, particularmente acentuada en la segunda mitad del siglo, marca su sello en la mayor dependencia de los arrendatarios y en la agravación de sus deberes. Ya no asisten solamente a rodeos, sino que se les requiere para la conducción de productos a las ciudades, y para que proporcionen un peón en algunas faenas, más tarde en todas. La gran hacienda va descargando su necesidad de servicio sobre los arrendatarios. Con todo, en las haciendas de secanos y rulos, ellos siguen asentados en parajes remotos de la casa del dueño, y ese asentamiento disperso preserva siempre algo de su anterior libertad.

Si desde el punto de vista de la historia rural esta transición pudiera ser vista principalmente como un reflejo del proceso de lenta valorización de la tierra dentro de un sistema de gran propiedad, no totalmente explotada por el dueño, ese tránsito tiene también gran interés para la historia social. Desde esta perspectiva, se manifiesta una creciente estratificación dentro de la población española que, en el siglo xvi, a pesar de las diferencias entre los principales conquistadores, los simples soldados, los criados, etc., formaban con todo un grupo unido por las camaraderías militares. Todos ellos estaban situados, desde el punto de vista de la estimación social, por encima de la masa indígena dominada. De la época *abierta* de las mercedes de encomiendas y de tierras surgió, en el siglo xvii, la consolidación de los grandes propietarios. Los *españoles pobres* y los mestizos, descritos en las fuentes del siglo xvi como un elemento vago, indómito y poco digno de confianza, comienzan paulatinamente a estabilizarse y entrar en las instituciones, a lo largo del siglo xvii. El ejército permanente de las fronteras los absorbe en parte. También las instituciones rurales cumplen esta labor de domesticación del mestizaje. Las tenencias de la tierra en préstamos o formas similares les dan una existencia todavía libre y remota en los linderos de las estancias, pasando aquí y allá con un poco de ganados menores, contribuyendo apenas al

estanciero, pero vinculados a él por lazos de adhesión personal: formas de vinculación de una sociedad ganadera, todavía con residuos militares. Hacia 1700 ya los elementos provenientes de la Conquista se han agotado y estamos frente a una sociedad agrícola de estratos sociales más distanciados y con formas de dependencia más marcadas. Los mestizos rurales ocupan, si pueden, tierras en pueblos de indios, pero en una proporción inconmesurablemente mayor, en las haciendas. Son ahora *labradores pobres*, con un nivel social mucho más fijo que en el siglo anterior y con más deberes dentro de la hacienda. La aristocracia agraria sustituye a la camaradería de la Conquista y de la economía pastoril. Tal vez un signo de este estrechamiento es que, a fines del siglo XVIII, cae en desuso el término *arrendatario*, que sirve también para designar a hombres de nivel medio o alto, y se especializa el nombre de *inquilino*.

En suma, pues, las tenencias rurales, desde el préstamo al inquilinaje, nada tienen que ver con la encomienda ni con instituciones de la Conquista. Proceden del segundo momento de la historia colonial, en que se estratifican, hacia arriba los terratenientes, hacia abajo los españoles pobres y los diversos tipos de mestizajes y castas. Los tenedores de tierras son hombres sueltos libres de tributo y de toda fijación local. La estratificación se marca crecientemente en los siglos XVIII y XIX, y en la misma proporción se agravan los deberes de los inquilinos. El tránsito de la ocupación pastoril del suelo a la agricultura cerealista coincide con el mismo proceso y lo origina en parte. Así, las instituciones tenenciales reflejan la historia agraria y social de todo un territorio.

De la hacienda a la empresa*

Toda estructura social suele ofrecer en sus partes más diversas, en sus lugares más inesperados, la huella y el influjo de un determinado prototipo. Las actuales sociedades industriales reciben la impronta del establecimiento fabril en relaciones y modos de vida muy alejados y sin conexión aparente con ese centro de producción. La estructura social de América Latina mostró por largo tiempo en todos sus entresijos la capacidad modeladora de una institución fundamental: la de la hacienda. Toda la historia económica, social y política de América Latina es en buena parte la historia de la consolidación y transformaciones de esa unidad económico-social. Y el relato del ocaso de la estructura tradicional se confunde por consiguiente con la del lento declinar de esa vieja organización. Ocaso y no extinción, desde luego, pues todavía persisten tanto su presencia como sus influjos.

La hacienda, ni qué decir tiene, no constituye la única unidad económico-social de significación. En la economía comparte su importancia con el real de minas y con los centros mercantiles de exportación, y desde muy pronto (siglo *xvi*) integra con ellos esa peculiar configuración económica que se extiende por centurias casi sin modificación sustancial hasta las últimas décadas. Y en el campo cultural y político tiene que contar con la acción del Estado y de la Iglesia, y aceptar o sufrir la irradiación permanente de la fundación urbana. Cabalmente, las diferencias entre las partes lusa e hispana de América Latina se encuentran en el distinto peso que han ejercido en su historia uno u otro de esos ingredientes. Pero tanto su precisa caracterización como su peculiar trayectoria no es cosa que interesa examinar aquí.

De ser posible, interesaría más tratar desde la perspectiva de la hacienda la evolución del derecho de propiedad desde su primera consolidación en el siglo *xvii*, pasando por el fracaso de las reformas del siglo *xix*, fatales para los residuos de la propiedad comunal indígena, y que fijan con mayor rigidez que en tiempos anteriores la concentración latifundaria. Y de interés mayor todavía, en el contexto de estas páginas, habría de ser quizá la historia económica de las haciendas, es decir, la de la sucesiva variación de sus principales productos, desde el añil de los primeros tiempos y la caña de azúcar hasta lo que hoy día constituyen el fundamento de las exportaciones latinoamericanas. Pero todos esos intereses son en verdad tangenciales al tema principal.

*Publicado en "Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina", Vol. II, Unesco, París, 1963, pp. 32 a 41.

Baste recordar, sin embargo, el hecho decisivo. La configuración plena de la hacienda, con todos los caracteres que luego mantiene, ocurre en el siglo xvii. Es decir, con ella comienza a articularse desde dentro el inmenso cuerpo geográfico de América Latina, sólo tocado hasta entonces por fuera por la voluntad que se encerraba en unos pocos y distantes núcleos urbanos. Nos dice una excelente exposición histórica ». . . en torno a las haciendas comienza a adquirir cuerpo y vigor la vida rural, todavía tan poco conocida«, y añade en un párrafo cuajado de significación para quien quiera entender toda la historia posterior: »frente a la gran ciudad, punto de apoyo de un Estado en progresiva debilitación, la hacienda significa el poder de los grandes propietarios, cuya autoridad se mide de hecho por el número de dependientes y trabajadores que les rodean y por la cantidad de tierras que poseen. A fines del siglo xvii, la hacienda simboliza la importancia y extensión de la vida rural en un grado que permite sin riesgo compararla a la villa romana durante la decadencia del Gran Imperio¹.

Desde el punto de vista económico, la hacienda hizo, pues, a América Latina todavía hoy predominantemente agraria. Y la hizo quizá en la única forma posible, dada la realidad geográfica con que se enfrentó una expansión colonizadora, que no marchó compacta en sucesivos avances, sino que configuró en muy poco tiempo las formas dispersas de asentamiento humano aún persistentes.

Pero todavía la hizo en un plano más profundo: en el de su sustancia social o, si se quiere, humana. En el Brasil, la obra de Freyre es un relato de esa conformación —perdido a veces en la riqueza de la *petite histoire*— que, aceptado o criticado según temperamentos y puntos de vista, abre sin embargo el continuado análisis de esa gran tarea. En Hispanoamérica no hay nada semejante, si bien fragmentos dispersos esperan ya la mano que los trate en una visión de conjunto. En lo que sigue sólo se trata de dar un extremado esquema sociológico que pueda ayudarnos a comprender la realidad de hoy.

¿Cuál ha sido, en efecto, la significación sociológica de la hacienda en la vida toda latinoamericana? Superfluo parecería declarar, si no fuera por el temor de lectores recalcitrantes, que no se trata aquí en modo alguno de una apología. La pureza de los rasgos es como se sabe una exigencia metodológica en la construcción del tipo, que no se encuentra por desgracia en la realidad. Y el término mismo de hacienda es, para comenzar, un compuesto abstracto de una rica diversidad —según regiones, tiempos y modos de actividad— conocida por añadidura con distintos nombres (ingenio, rancho, fundo, etc.).

Pues bien, hecha la advertencia, los rasgos sociológicos de la hacienda que ahora interesan son los siguientes, enumerados de antemano por

¹ Véase G. Céspedes del Castillo, »La sociedad colonial americana en los siglos xvi y xvii« en el tomo iii de la Historia Económica de España y América, editada por J. Vicens Vives, Barcelona, Teide, 1958.

afanes de claridad: a) el haber sido una célula de poder político-militar al lado del económico; b) el haber constituido el núcleo de una dilatada estructura *familística*; c) el haber constituido el modelo circunstancial de la autoridad, y d) el haber sido la creadora de un tipo humano, de un *carácter* singular.

Sólo muy a la ligera puede decirse algo en estas páginas sobre cada uno de esos rasgos. La hacienda desde su cristalización originaria es algo más que una unidad de producción económica. Es el instrumento de la instalación de un orden en el dilatado espacio vacío del agro, y por tanto significa de hecho un núcleo de poder político, tolerado o utilizado según circunstancias por las autoridades estatales y al que se otorga a veces o toma por sí mismo una significación militar. En las zonas fronterizas esa significación militar es inevitable y desde muy pronto diversos títulos honoríficos representan en el mundo hispano el reconocimiento de semejante función: capitanes, maestros de campo o el famoso de adelantados. Ahora bien, esa significación político-militar que, desde luego, ya existe en el Reino de Indias, perdura muy avanzada la vida independiente. Carranza era todavía un poderoso hacendado. Las formas degradadas que toma el fenómeno en el momento del caudillismo han sido objeto, como todo lo espectacular, de una atención preferente. Pero pocos han analizado lo que significó como elemento de estabilización y continuidad este núcleo político-militar cuando se derrumbó el aparato estatal y burocrático del imperio, y fue necesario mantener el cuerpo social durante los largos años de anarquía y de fluctuación constituyente. Por eso, merecen consignarse aquí las agudas *sugestiones* de un observador extranjero —Frank Tannenbaum— que esperan todavía un desarrollo sistemático, sin duda dificultado por las persistentes tradiciones académicas de la historia política.

La hacienda es también algo más que una forma de propiedad. Es el soporte de una familia y el símbolo de un apellido. Desde el reducto de su terruño, el hacendado busca y realiza alianzas con otros jefes de familia y esas federaciones familísticas con jefaturas reconocidas se extienden por regiones enteras *organizándolas* de alguna manera. Pero, como es sabido, el hacendado no permanece siempre en su propiedad y tanto en el mundo luso como en el hispano se avecina en una ciudad, desde la más próxima a la capital a veces lejana. Por tanto, las relaciones familiares, las federaciones de parentesco, no quedan reducidas al agro, sino que se extienden a través de la urbe por todo el país.

La hacienda ha sido por eso el soporte de esa estructura familística de los países iberoamericanos que llega más o menos atenuada hasta hoy y que tanto extraña y desconcierta al observador foráneo. Esta estructura familística, que no comprende tan sólo estrictas vinculaciones de parentesco, sino complejas relaciones de amistad, podría estudiarse en los términos de la teoría funcional tan cara a nuestros días. Podría quizá sostenerse que si el nepotismo fue uno de los elementos disfuncionales de

la misma, el plexo de relaciones personales y de amistad que también llevaba consigo ha sido en cambio un elemento funcional, o al menos una estructura latente que hizo posible en más de una ocasión la supresión o atenuación de la violencia en una política casi siempre apasionada. Esto sin introducir en la gravedad de la consideración sociológica el ingrediente estético de la *charme*, del encanto de ese modo de convivencia *personal*.

Pero que la hacienda fuera unidad económica, núcleo político y soporte material de una familia y sus clientes, significa que estamos ante un todo social cerrado cuando se completa el cuadro con la numerosa base de sus servidores. Y como cualquiera totalidad social, puede descomponerse su contenido en una textura de relaciones humanas continuamente reiteradas, en un conjunto de funciones y papeles que demarcan para quién determinados derechos y obligaciones. Quede para la descripción histórica el detalle de semejantes funciones y papeles. El que en este instante interesa es únicamente el supremo o principal de la autoridad. »Desde el mayor de sus hijos al último de sus esclavos, el hacendado ejerce su autoridad, siempre opresora y protectora a la vez, en dosis que varían según complejos factores y circunstancias². *Protectora y opresora* a la vez, es decir, autoritaria y paternal. Y esa imagen de las relaciones de subordinación —protección y obediencia, arbitrariedad y gracia, fidelidad y resentimiento, violencia y caridad— que calca en sus orígenes los caracteres de la lejana dominación monárquica, es mantenida intacta por mucho tiempo cuando al rey sucede el presidente de la república. El modelo de autoridad creado por la hacienda se extiende y penetra por todas las relaciones de mando y encarna en el patrón la persistente representación popular.

Nadie pretende señalar con esto particularidad alguna de América Latina. Las formas concretas de dominación —para decirlo en lenguaje weberiano— siempre han sido una mezcla de la legal, la tradicional y la carismática. La dominación legal apenas comienza ahora a realizarse plenamente en el conjunto de los *sistemas secundarios* de las sociedades industriales avanzadas. Y es un problema universal, para unos y otros, adaptarse por completo al vacío sentimental que dejara la extinción de la autoridad paterna. Pero en Europa —por no hablar del caso de excepción de los Estados Unidos— la transición ha sido despaciosa y se vio atenuada, entre otras causas, por la lenta interposición del aparato de las burocracias estatales, que se fue acostumbrando poco a poco a la presencia de regulaciones impersonales y objetivas. La mayor velocidad del proceso en América Latina deja flotante en muchas partes la nostalgia por el padre perdido y puede manifestarse todavía, sin que pueda sorprender, en el cariz de algunos de sus movimientos políticos. El cambio ha sido tan brusco a veces que ha sucedido como en Bolivia casi de un instante a otro. Y uno de los enigmas sociológicos más apasionantes que están todavía

²Céspedes, op. cit.

por explorar es saber lo ocurrido en el alma de los buenos quechuas y aymará, que pasaron de la noche a la mañana, de la arraigada obediencia a su patrón al cumplimiento inteligente de las regulaciones del sindicato.

Por último, a la hacienda como totalidad —como sistema social en el lenguaje de hoy— corresponde un carácter. Pero la parquedad se impone en este punto si se quieren sortear como es ahora debido los campos ilimitados de la sociología cultural y de la antropología filosófica. El tema va unido de modo evidente al de la jerarquía de valores en el mundo tradicional latinoamericano y es natural que fascine a los observadores extranjeros. Se habla con frecuencia del sistema de la hacienda como de un orden feudal, lo cual es técnicamente un disparate. No lo sería tanto si se prefiriera el término mucho más amplio de señorial. En este caso la figura de carácter que modela es la del señor (señor de hacienda, señor de rancho ganadero, »senhor de ingenho«, etc.) y a él pertenecen las características peculiares que se han dado por todas partes a ese tipo de hombre: religiosidad de destino aún dentro de la piedad católica; magnanimidad y prestancia; diletantismo en sus escasas individualidades cultivadas. Y con el arrojo personal, el desdén de la muerte y la capacidad de jugarse la vida, impasible, a una sola carta, frente a las exigencias de un deber tenido por incondicionado. Ante los demás, el cumplimiento según su condición de los mandatos indefinidos del *noblesse oblige*. Esto, claro es, en sus figuras ejemplares, pues cuando esas cualidades se deforman o degradan, alimentan una plaga viciosa en la sociedad latinoamericana. La magnanimidad se convierte en el derroche ostensivo del señorito y la indiferencia viril ante la muerte noble se trasmuta en la obsesión del *machismo* moralmente vacía.

Ahora bien, supuestas precisamente en sus formas más elevadas esas notas de la existencia señorial —estéticas, morales y religiosas— no parecen desde luego las más adecuadas a las exigencias de la economía moderna. Pero habría que investigar más a fondo el peso que han tenido en la conformación de la ética económica del hombre iberoamericano. Como también es tierra incógnita la prolongación del tema weberiano hacia la realidad latinoamericana, es decir, la investigación con la debida objetividad, imparcialidad y rigor de la influencia de la Iglesia católica lo mismo en la conformación de esas actitudes económicas fundamentales que en el propio desarrollo de la economía latinoamericana. El talante señorial se ha extinguido ya sin remedio y con él algunas de sus virtudes y cualidades. Alguien puede deplorarlo y pensar que con lo señorial se apaga una faja brillante en el espectro de los colores de la vida. Pero no se trata de eso, pues lo que no está dicho es que los valores que fueron la matriz de una forma de vida y que no sirven ya para crear la estructura de otra distinta, no sean capaces, sin embargo, de modelarla con originalidad. En la expresión de Alfredo Weber, una cultura sólo muere si no es capaz de reaccionar creadoramente en la continuidad de su estilo al *agre-*

gado vital que le presenta inexorable la marcha general del proceso histórico.

La disolución del sistema de la hacienda, o en términos más exactos, su transformación hacia otros tipos de explotación económica y de relaciones sociales, tiene una historia imposible de trazar aquí detenidamente. Saltando por encima de los detalles, puede sostenerse que sus causas son económicas y proceden tanto del mercado externo como de los mercados internos. Podrían rastrearse al hilo de índices económicos ya conocidos, bien de las exportaciones, bien de los cambios de la demanda total. Sin embargo, hay que contentarse en este momento con una afirmación y con el ejemplo de algunos casos significativos.

La afirmación general es que la hacienda se disuelve en el grado y medida que se intensifica el proceso de su comercialización, o, dicho en otra forma, en la medida en que la hacienda se convierte en empresa. En fecha ya lejana (1876) la aparición del frigorífico en la Argentina significó —visto desde hoy— el primer impulso moderno en la transformación de la hacienda pampera. Poco más tarde la formación de los *invernadores* no sólo impulsa el progreso técnico en los procedimientos ganaderos, sino que crea un nuevo grupo social orientado hacia la ciudad y al contacto comercial directo con Europa, que adquiere en poco tiempo riqueza y poderoso influjo político.

No sería adecuado tratar de perseguir ahora todas las repercusiones de este fenómeno. En otro lugar de América Latina, bien distante del anterior y en tiempos muy posteriores, lo que ha significado la aparición de los «cultivos especulativos» (cash - crop - farm - ing) por causas de la coyuntura tanto económica como política, ha sido analizado con precisión por R. N. Adams en su excelente estudio sobre Guatemala³. En este caso, el principal efecto social ha sido inmediato: el desarraigo en las haciendas de su mano de obra permanente, que pasa a integrar el proletario móvil tanto del campo como de la ciudad.

Por último, la tradición de este tipo de estudios en el Brasil ha dado recientemente en ensayo ejemplar —como modelo— de los cambios en la estructura del tradicional ingenio azucarero⁴. En riguroso esquematismo sociológico se hace inteligible un hecho de coyuntura y es el paso del viejo ingenio familiar, que su *senhor* manejaba, a la moderna *usina*, que controla una compañía anónima. El momento clave fue una crisis en el clásico cultivo de exportación de la caña de azúcar y las medidas de protección estatal mediante la creación del Instituto del Azúcar y del Alcohol. Lo esencial es que la nueva empresa ya no tiene la libertad omnimoda del viejo ingenio y que ha de contar en adelante con las regulaciones del estado (volumen de producción y relaciones con los ornedores, pre-

³Véase Social Change in Guatemala and U. S. Policy, en Social Change in Latin America Today, Nueva York, Harper and Brothers, 1961.

⁴H. W. Hutchinson, The Transformation of Brazilian Plantation Society, en Journal of Inter-American Studies, abril, 1961.

cios y técnicas de mercado, etc.), con las leyes obreras y con la acción de los sindicatos. El tránsito es por completo el de una a otra era. Estos casos podrían multiplicarse y estarían todos bajo el signo del mercado exterior.

Pero también influye el mercado interior en la transformación de la hacienda al mostrar por todas partes su insuficiencia. Los rendimientos agrícolas del sistema tradicional están en muchas partes por debajo de lo que requiere el mantenimiento alimenticio en continuo aumento. Las reformas estructurales de que se habla —aunque sólo sea desde el punto de vista económico— responden sobre todo a la conciencia de este problema. Los tiempos de fácil holgura han pasado definitivamente. A veces para percibir algo de lo dicho basta sólo la mirada atenta de la realidad. Sin pedir por eso excusa alguna, he aquí lo que viera —sin necesidad de estadísticas— la clara pupila amorosa y penetrante del filósofo y que consignó de pasada —con gesto muy suyo— al final de un ensayo radial filosófico-literario: »Porque hay que apurarse, argentinos. El tiempo corre y la vida colonial, probablemente, termine ahora, aún en sus formas más avanzadas, para América. Como está en agonía la economía colonial, así el resto de esta forma de vida. Y con la vida colonial termina el vivir ex abundantia — las glebas se van llenando de hombres. La población se densifica, ya no hay tanta buena tierra libre, ya se ha averiguado que gran parte de esa tierra libre no es buena. Mientras había tierra de sobra la historia no podía empezar. . . Pero ahora va a empezar la historia de América en todo el vigor de la palabra. . .«⁵.

PATERNALISMO, ANGUSTIA Y ORGANIZACIÓN IMPERSONAL

La palabra alemana *Sachlichkeit* se vierte con dificultad al castellano y a otros idiomas europeos. Objetividad resuena con matices abundantes lógicos o gnoseológicos; »coseidad« es definitivamente un término metafísico. Y sin embargo, es imprescindible, para apresar de un solo golpe la esencia de la cultura y de la sociabilidad en las sociedades industriales más avanzadas: el imperio simplemente de la cosa. Las tareas están ahí precisas en sus contornos materiales dentro de un plan de conjunto, basado en datos objetivos y científicos en lo posible. Y el trabajo —aun el más fragmentario y parcial— está sujeto a regulaciones exactas cuyo incumplimiento derrumbaría la cadena entera en que se inserta. Las relaciones humanas se funcionalizan y dependen también de la cosa que cada persona hace o representa. La vida en su conjunto marcha como sobre carriles (Freyer) que regulan guardagujas casi automáticos. El hombre de las sociedades industriales acepta —se ha acostumbrado— esa claridad de líneas que provienen de la cosa misma y, si no disfruta de su trabajo, cumple con pulcritud lo que su job exige. Amparado en las seguridades de una ramificada legislación social, pone todo su interés en el

⁵ Véase José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven*, Buenos Aires, 1958, p. 80.

goce de las horas libres cada vez más abundantes. Que esto sea la plenitud de los tiempos es problemático y la crítica cultural se afana por señalar y superar sus lados de sombra.

Sin embargo, nada de esto nos importa aquí. América Latina está lejos de ser una *affluent society* o, si se quiere, una sociedad de consumidores. Sus problemas son todavía los de una sociedad de productores que persigue la meta de una mayor productividad. Pero esos problemas de transición no son menos graves y a veces —¿por qué no decirlo?— socialmente peligrosísimos.

La transición se ha dibujado antes en el esquema del paso de la hacienda a la empresa. Interesa ahora señalar, aunque sea en forma somera, algunos de los problemas humanos esenciales que encierra semejante cambio. Todos se resumen en definitiva en uno solo: en el vacío creado por la extinción o deterioro del paternalismo tradicional, en el hueco doloroso que se produce cuando una institución se derrumba sin que esté en pie todavía la que viene a sustituirla. Los usos del viejo paternalismo otorgaban un apoyo —menguado si se quiere, pero sostén al fin— a la ansiedad psicológica; las organizaciones públicas o casi públicas de hoy —del Estado, del municipio, de los sindicatos, etc.— conceden de nuevo una ayuda sentimentalmente fría e impersonal, pero más eficaz materialmente, por calculable y previsible. En el camino intermedio, que no es siempre corto, sólo existen la angustia y la desesperanza.

Los usos de la estructura paternalista se cristalizaban sobre todo en tres creencias: a) la creencia en el valor cordial de las relaciones personales; b) la creencia del amparo que no podía faltar en un momento de crisis, y c) la creencia en el poder desconocido, y por eso ilimitado, del jefe. Cuando esas vigencias se derrumban hay que construir afanosamente por la propia experiencia las ideas —las orientaciones intelectuales— sustitutas. ¿Dónde encontrar la confianza del compadre o la benevolencia del vecino? ¿A quién acudir en los trances de enfermedad, en las estrecheces de una temporada sin empleo o en los tropiezos con autoridades y ordenanzas ininteligibles? Y sobre todo, ¿a quién seguir, dónde encontrar el consejo que orienta en el caos descorazonador de un mundo confuso? Los mejores observadores de unos y otros países en el momento actual de América Latina hacen hincapié en este fenómeno, y coinciden en una sola palabra —desarraigo— para indicar el estado psicosocial de fuertes aglomeraciones, lo mismo urbanas que rurales.

Basta como muestra un solo país, singularmente importante. Charles Wagley, en su admirable panorama de la revolución brasileña desde 1930⁶, subraya con razón que las bajas capas urbanas, que en su enorme hinchado volumen trabajan en Río y Sao Paulo en la industria y en la construcción —de coyuntura en alza—, no son propiamente un *proletariado urbano* en el sentido europeo, es decir, empapado de pies a cabeza por

⁶Véase *The Brazilian Revolution: social changes since 1930*, en *Social Change in Latin America Today*, op. cit., pp. 179-230.

los valores urbanos, y que los obreros de las grandes plantaciones están no menos desarraigados que los asalariados urbanos, o sea, ya por completo separados de sus modos tradicionales de vida. Sin embargo, tiene interés consignar en el contexto de este capítulo, un hecho decisivo —por su capacidad de generalización— que formula así literalmente el propio Wagley: »Por el momento parece ser, sin embargo, que los efectos de la revolución brasileña vienen filtrándose de la ciudad a las zonas rurales a través sobre todo del canal de los obreros de las grandes plantaciones«⁷.

Sobre la significación que tiene todavía la vieja figura del mando señorial y a la que luego habrá de volverse, y pues que antes se mencionó a Bolivia, recojamos el juicio de un buen conocedor de ese país, y a quien sin duda se debe el mejor estudio hasta ahora de su reforma agraria: »Todavía hoy la estructura del paternalismo subsiste en las relaciones entre los campesinos y el gobierno. Creen los campesinos que sus problemas podrán resolverse sin demora con sólo visitar personalmente a Don Hernán o a Don Víctor«. Y para nadie es un secreto que el Presidente de México es una figura casi sagrada e intocable.

La teoría del dualismo estructural no deja de ser una buena lente con que aproximarse a una primera interpretación de la realidad latinoamericana. Sin embargo, se ha preferido destacar con un poco más de detalle los tres grandes componentes de la transformación en que se encuentra. Pero sobre todo se ha cedido a la tentación de considerar —quizá morosamente dada la brevedad de este escrito— lo sucedido a una estructura de situación privilegiada, para decirlo por esta vez a la francesa.

⁷Op. cit., p. 217.

III

El ciclo de transición
rural - urbana

1750-1850

El fuerte sello rural de la estructura social de Chile que caracterizó su población, economía, estratificación e instituciones básicas, se fue atenuando en la segunda mitad del siglo XVIII, a la par que empezaron a cobrar nuevo relieve las ciudades. Puede hablarse de un ciclo de transición rural-urbano que se desarrolla aproximadamente entre 1750 y 1850.

Este ciclo de transición abarca tres períodos históricos, cada uno de los cuales significa sucesivos impulsos a la vida urbana. Ellos son: la Ilustración, la Independencia y la Organización del Estado.

La Ilustración representa en Chile un consciente esfuerzo de urbanización, para limitar la creciente ruralización del país, con su secuela de vagabundaje, cuatrucrismo y aislamiento de las haciendas.

La Independencia significó también el realce de las ciudades como centros de acción política; la apertura de los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia al comercio internacional los vigoriza como centros económicos; paralelamente, las luchas de la independencia provocan la desorganización y decaimiento de la agricultura.

El período de la Organización del Estado consolida e institucionaliza el papel central de las ciudades, creando en ellas nuevas agencias gubernativas. Mientras las grandes haciendas se empiezan a subdividir, se fundan trece núcleos de población con el carácter de pueblos.

Cada uno de estos períodos aporta cambios que modifican la organización rural, debilitándola, e intensifican la vida urbana, sin que ésta llegue todavía a predominar. Constituyen por lo mismo un ciclo de transición entre el predominio de las formas rurales del período 1600-1750 y el predominio de las formas urbanas que caracterizará a la sociedad chilena después de 1850.

LA ILUSTRACION (1750-1810)

Conviene señalar los principales rasgos de este ciclo de transición empezando con la política fundacional que se reinicia con los gobernantes de la Ilustración.

LA POBLACIÓN Y LA FUNDACIÓN DE VILLAS

En la segunda mitad del siglo XVIII la población se encuentra repartida en el Valle Central. Las provincias de Colchagua y Maule tienen cada una una población no demasiado inferior a la de Santiago, a juzgar por el Censo de Jáuregui de 1778.

Los diversos grupos étnicos se encuentran también repartidos en los Corregimientos, aunque no es el de Santiago como pudiera creerse el que

reúne el mayor número de población española y criolla, sino Colchagua y Maule. Santiago presenta una población más bien heterogénea en donde el grupo blanco es casi equivalente al formado por los mestizos, negros, mulatos e indios y en la cual se advierte un predominio de mujeres a través de todos los grupos étnicos y de estado civil.

Hacia fines del siglo XVIII la población blanca ha aumentado en número respecto de la indígena. Según el Censo de Jáuregui, a medida que se avanza al sur predomina la población blanco-mestiza y disminuye la indígena y negroide.

Este relativo predominio de la población blanca revela el avance numérico y social que ha experimentado la familia de estructura española, tanto en la ciudad como en el campo.

En la familia urbana de estructura española crecen el lujo y la etiqueta; se intensifica la vida social y surgen las modalidades criollas de la galantería, los festejos, chismes y agravios.

Se quebranta la restricción del ingreso de extranjeros; la hospitalidad del hogar chileno, que ya era típica en el siglo XVII, se amplía ahora a los viajeros extranjeros, varios de los cuales dejan en sus libros elocuentes testimonios de ella, como John Byron (1741), Jorge Juan y Antonio Ulloa (1743), Jorge Vancouver (1795) y Peregrinus Haencke.

Para estabilizar la población trashumante y contener la ruralización que impedía la administración central, se adopta una política de fundación de villas en el Valle Central y de repoblación de las ciudades destruidas y abandonadas en el Sur.

Esta política de urbanización se inicia a comienzos del siglo XVIII con la dinastía Borbón (cédula de Felipe V de 1703), pero sólo se obtienen resultados prácticos con la organización de las "Juntas de Poblaciones" bajo el gobierno de Manso de Velasco (1737-1745) de su sucesor Ortiz de Rozas (1745-1755) y sobre todo de Ambrosio O'Higgins (1788-1796).

El florecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XVIII, obtenido por la política fundacional, fue facilitado por la densidad demográfica que habían alcanzado las haciendas del Valle Central a partir de 1600 y por la organización misional.

Un investigador de las ciudades chilenas del siglo XVIII, expresa: "Lo que hacia 1600 había comenzado balbuceante, al cabo del siglo y medio de vida llegaba a una adulta robustez. El proceso de ocupación del valle, como una marea, había invadido lentamente todos los rincones hasta lamer los mismos faldeos serranos, penetrando por los estrechos cajones de los ríos, desbordando el vasto valle central. Las estancias que hemos descrito serán germen de nuevas poblaciones, centinelas de su desarrollo, constantes auxiliares en sus primeras necesidades. Su proliferación y enriquecimiento, con sus consecuencias, exigía una nueva política en la siempre activa misión colonizadora. Un primer paso hacia las fundaciones lo dio, indirectamente, la iglesia al erigir un número cada vez mayor de parroquias y capillas rurales. Como los monasterios en la

Edad Media, estas iglesias, diseminadas en los campos, precipitaron las nuevas fundaciones. El proceso se originó en la existencia de una mayor densidad de población rural en regiones determinadas; esta densidad provocó el establecimiento de nuevas iglesias y capillas, y éstas, a su vez, contribuyeron a la concentración de aquella población dispersa en torno suyo. Cerrando el círculo, la concentración causaría la localización de nuevas villas. Tal es el origen, entre otras, de Talca, Curicó, San Fernando, Peumo, San Pedro de Alcántara, San Francisco del Monte, etcétera; el proceso continuó después de la independencia«. (Gabriel Guarda: *La ciudad chilena del siglo XVIII*, pp. 15 y 16).

Pero esta política que tiende a concentrar la población rural en núcleos urbanos encuentra muchas resistencias, que son explicadas por D. José Perfecto Salas en el Informe sobre el Reino de Chile dirigido al rey en 1750.

»... después de haber mediado dos siglos de vida libre, con facultad de residir los moradores donde han querido, apenas se ha podido conseguir que una de las cuatro partes de ellos se sujeten a la vida civil, resistiendo las tres partes con varios pretextos, de los cuales el más principal consiste en que siendo la situación de las más de las dichas Villas en las Cabezadas de Partidos, vecinas a la cordillera, distantes 30 a 40 leguas de la costa, les es muy difícil a los hacendados desamparar sus fincas, ganados y oficinas y retirarse a poblar dichas villas donde ni pueden transferir sus ganados ni menos pueden dejarlos al cuidado de otros sujetos, porque éstos también son compelidos a la población; de suerte que si se les precisa a este acto, sería lo mismo que obligarlos a perecer, a que se agrega que las estancias así distantes no se componen de sólo ganados, sino también en casas y edificios costosos y lo que es más, de viñas y arboledas fructíferas, con otros bienes raíces, de cuyos frutos se mantienen las familias«.

(Citado por D. Ricardo Donoso: *Un letrado del siglo XVIII*, el doctor José Perfecto Salas, T. 1. p. 108).

Para vencer esta resistencia, las Juntas de Poblaciones planifican las nuevas fundaciones y al mismo tiempo otorgan incentivos a los nuevos

1740 — San Felipe	1751 — Chillán	1768 — Ancud
1742 — Los Angeles	(traslado)	1788 — San Carlos
1742 — Cauquenes	1753 — Casablanca	1789 — Combarbalá
1742 — Talca (traslado)	1753 — Petorca	1789 — Vallenar
1742 — San Fernando	1753 — Illapel	1791 — Los Andes
1743 — Melipilla	1753 — Huasco	1792 — San José de Maipo
1743 — Rancagua	1754 — Ligua	1793 — Peumo
1743 — Curicó	1756 — Nacimiento	1794 — Constitución
1744 — Copiapó	1764 — Talcahuano	1794 — Linares
1749 — Quirihue	1764 — Chonchi	1795 — Parral
1749 — Coelemu	1766 — Yumbel	1796 — Osorno (reoblación)
1751 — La Florida	(reoblación)	1796 — Río Bueno

pobladores: solar gratuito, liberación de algunas obligaciones, buscando atraer a los artesanos y a los extranjeros.

De este modo van surgiendo las siguientes villas y ciudades:

Las nuevas fundaciones se apoyan en núcleos de población preexistentes. Algunos de estos núcleos correspondían a poblados indígenas sin diseño urbano —que en el distrito de Santiago alcanzaban a comienzo del siglo xvii, según un cronista, el número de 48, entre ellos Renca, Tango, Ñuñoa, Apoquindo, Lampa, Machalí, Talagante. Otro tipo de núcleos de población habían surgido de la sostenida subdivisión de la tierra de pequeños propietarios, o bien constituidos por jornaleros libres que trabajaban en las haciendas, pero vivían fuera de ellas o en sus linderos, para conservar su independencia, formando con el tiempo villorrios como Teno, Rauco, Comalle, en el Valle Central, o como los pequeños pueblos costeros de Chiloé que, según un historiador, alcanzaba a ochenta (G. Guarda, obra citada).

La reducción de los indígenas del sur del Bío-Bío a pueblos fracasó en su mayor parte. El gobernador Antonio Guill y Gonzaga logró impulsarlos, pero provocó el levantamiento de los indios en 1767, los que destruyeron cerca de ochenta pueblos, la mitad de los cuales habían recibido el título de villas.

Como rasgos generales de las nuevas fundaciones que subsistieron pueden señalarse: su carácter mediterráneo y su ubicación sobre los caminos reales para favorecer el desarrollo comercial; su plano de damero, con excepción de unas pocas de trazado irregular o por ser plazas militares. Finalmente, su aspecto agreste que hace de ellas villas penetradas por la naturaleza.

Además de esta política de fundación de villas y ciudades realizada por la Ilustración, el renacer de la vida urbana se manifiesta en las obras públicas iniciadas por Manso de Velasco, Manuel de Amat y Ambrosio O'Higgins, principalmente en Santiago y Valparaíso, incluyendo el camino entre ambas ciudades. La llegada del italiano Joaquín de Toesca en 1780 permite renovar la arquitectura, dando cierto marco de esplendor al nuevo espíritu impuesto por la Ilustración.

ECONOMÍA Y ESTRATIFICACIÓN

En esta segunda mitad del siglo xviii se advierten además algunos hechos económicos que anuncian el eclipse del ciclo rural. Al mismo tiempo que las producciones agrícola y ganadera detienen su ritmo por saturación del mercado, renace la minería tradicional de los lavaderos y surge el laboreo de minas de oro en Tiltil, Peldehue, Petorca y Copiapó.

Otras iniciativas económicas inciden también en el impulso a la vida urbana. En 1743 se funda la Casa de Moneda que estimula el comercio interior y el auge minero. En 1767 se expulsa a los jesuitas, quienes deben abandonar sus haciendas, que eran las más organizadas y productivas, las que pasan a incrementar el poder de la aristocracia criolla. En 1779 se dic-

ta la Ordenanza de Comercio Libre, lo que junto al ingente contrabando y al progreso de la navegación estimula el comercio exterior y el consumo de mercadería extranjera, hasta el punto de saturar el mercado. En 1786 se extiende a Chile la aplicación de las ordenanzas de Intendentes, que tienden a centralizar la administración.

En 1791 se suprimen las encomiendas, cuyo número e importancia económica era ya muy escasa. En 1795 se crea el Tribunal del Consulado que agrupa a los comerciantes y mercaderes, reflejando la importancia que había alcanzado el comercio chileno.

Esta política económica de la Ilustración complementa la política de urbanización y ambas estimulan el comercio, la minería y la industria. Al mismo tiempo, ellas favorecen el surgimiento de comerciantes y empresarios, cuyo poder económico y social irá aumentando lentamente para constituir un grupo social vinculado a la actividad urbana y diferente al grupo todavía poderoso de los hacendados. De este modo, se insinúa un proceso de diferenciación en la estructura de estratificación de la sociedad de fines de la Colonia, que se hará plenamente perceptible al finalizar este ciclo de transición rural-urbano.

INSTITUCIONES POLÍTICAS Y CULTURALES

Los ideales y en parte los hechos políticos de la Ilustración son en cierto modo comunes a España, Chile y las demás regiones de Hispanoamérica, como que en todo el ámbito hispánico la Ilustración representa una rectificación del pasado tradicional, que pudiera simbolizarse en el cambio del gobernador militar por el gobernador funcionario.

Hay un ideal y una política que tienden conscientemente a la urbanización y a la centralización administrativa; al impulso de la enseñanza técnica, al desenvolvimiento de las ciencias y la investigación, por sobre la teología y la escolástica y en fin al despliegue del comercio y la industria.

Estos ideales y objetivos son una expresión anticipada de la problemática del desarrollo. En virtud de ello se enjuicia y critica el pasado. Feijoo busca las causas del atraso de las ciencias en España; Jovellanos enjuicia la agricultura; Campomanes, la educación popular. Análogos criterios e ideales son formulados en Chile por los miembros del Tribunal del Consulado Manuel de Salas, José Cos Iribarri y Anselmo de la Cruz.

La crítica del sistema económico se dirige luego al régimen educativo, al social y finalmente al político, desembocando en el liberalismo español que se expresa políticamente tanto en Chile como en las demás colonias.

Al compás de los ideales de la Ilustración se despliega la cultura de Chile en el siglo XVIII. Se crea la Universidad de San Felipe (1738); llega la imprenta; Manuel de Salas funda la Academia de San Luis con la que se inicia la enseñanza científica y técnica; con el apoyo del Cabildo cada parroquia, aun en provincias, sostiene una escuela donde la asisten-

cia es indiscriminada y el escolar recibe gratis los toscos útiles para la enseñanza. Surge el espíritu de investigación expresado en el abate Molina; llegan más libros; se viaja más; afluyen extranjeros y se explica así la formación de una culta élite criolla que dirigirá la Independencia.

Tres rasgos de la organización política de la Colonia han sido acentuados convencionalmente; el absolutismo del rey y sus representantes, la centralización metropolitana y el rígido monopolio comercial. El carácter absoluto de esos rasgos aparece muy desvirtuado si se toman en consideración el control recíproco de los poderes, el juicio de residencia y de queja al rey, el papel y la composición de los Cabildos, la autonomía del mundo rural y finalmente la ampliación del comercio legal, permisivo y antilegal, en forma de contrabando. Por otra parte, la Independencia no es esa ruptura radical con el pasado, que se ha subrayado tradicionalmente, sino más bien la prolongación de la ideología liberal y popular española.

Otros rasgos van a ser más permanentes y van a caracterizar la estructura política chilena.

En primer lugar, cierta yuxtaposición entre estructuras sociales tradicionales e ideologías foráneas modernas, contraste que se traduce en el divorcio de la realidad y la legislación. Las Ordenanzas Reales quedan frecuentemente incumplidas, gracias a la facultad discrecional que da autonomía a los funcionarios coloniales. Los políticos de la Ilustración intentan implantar instituciones urbanas en una sociedad que es todavía rural. Se adopta después la forma republicana sin participación popular, acentuándose la brecha entre legalidad y realidad, como rasgo general de la estructura política de Chile y en general de la América Hispana.

Como consecuencia, la estructura se adelanta al desarrollo social y económico, rasgo que subsiste hasta el presente.

LA INDEPENDENCIA (1810-1818)

En el período de la lucha por la independencia la estructura social de Chile no difiere sustancialmente del cuadro existente en la época de la Ilustración y sólo agrega algunos cambios económicos y políticos.

La guerra de la Independencia afectó la agricultura y el comercio; la incipiente industria fue ahogada por la competencia extranjera; el desorden económico y financiero fue general, no obstante los ingresos proporcionados por la plata de Agua Amarga y más tarde por el mineral de Arqueros.

En el aspecto político la Independencia empieza siendo una pugna civil entre peninsulares y criollos que sólo adquiere un carácter nacional a raíz de los abusos y vejámenes de la Reconquista.

Con la Independencia se inicia el proceso que lleva al gobierno a los hacendados. La aristocracia criolla monopoliza la mayor parte de la

tierra a través de 18 mayorazgos. Es sin duda el grupo social de mayor poder y riqueza, que se siente distanciado de España por la expulsión de los jesuitas y la abolición de las encomiendas. Dirigen o se pliegan al movimiento de la emancipación y ayudan a la Expedición Libertadora del Perú, que les permitirá rescatar ese mercado triguero. Su poder político se manifiesta a través de los principales órganos de la administración, del ejército y del clero. Dominado por ellos, un Cabildo Abierto designa Director Supremo a O'Higgins en 1817 y otro Cabildo Abierto lo derriba en 1823.

La abolición de la esclavitud en 1811 no modifica sensiblemente la estructura social, dados el reducido número de esclavos y el proceso de manumisión que ya había comenzado. Mayor trascendencia tiene la llegada de extranjeros, a los que se conceden los mismos derechos y deberes que a los nacionales.

La fundación del Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional por Carrera, en 1813, la abolición de los títulos nobiliarios efectuada por O'Higgins, contribuyen ciertamente a abrir el paso hacia una mayor movilidad social.

Diversos aspectos de la estructura social de Chile en los comienzos de la época independiente se encuentran en los testimonios de los viajeros extranjeros que escribieron sobre el país. Entre ellos Mary Graham, Julián Mellet, Amadeo Francisco Frezier, Samuel Haigh, Basilio Hall, Gabriel Lafond de Lurcy, John Miers, Ruschenberger, Peter Schimidtmeyer, Alexander Caldcleugh.

La organización del estado republicano (1818-1850)

Chile llegó a la independencia con mayor unidad étnica que otros pueblos hispanoamericanos, lo que contribuye a su ordenada evolución institucional.

El período de organización del Estado, que sigue al gobierno de O'Higgins y al breve lapso de anarquía política, comprende los decenios de Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, llamados impropiaemente gobiernos conservadores o pelucones. Si bien es cierto que en este lapso de 1830 a 1850 predomina en el gobierno la aristocracia criolla de origen terrateniente, no lo es menos que ella incorpora nuevos elementos sociales, organiza eficazmente el Estado e inicia un impulso ascendente de crecimiento económico, ordenamiento administrativo y equipamiento público. Como anota un autor, el régimen portaliano fue el eslabón que resolvió la incongruencia entre el sistema republicano de gobierno y el rezago de la estructura social.

El ordenamiento político y el desarrollo económico contribuyen a dar auge a la vida urbana. Las modestas villas fundadas en el siglo XVIII van adquiriendo el carácter de ciudades. A ellas se agrega la fundación de nuevos núcleos urbanos:

Vicuña 1820	Putendo 1831	Tomé 1835
Rengo 1825	Talagante 1833	Pisagua 1836
La Unión 1827	San Bernardo 1834	Bulnes 1839
Limache 1828	Molina 1834	Lota 1841
Ovalle 1831		Yungay 1842

La población de Valparaíso se cuadruplica entre 1800 y 1822, alcanzando a 22.000 habitantes, de los cuales 3.000 son extranjeros.

ECONOMÍA

El primer impulso económico lo aporta la minería. En 1830 comienza a exportarse a Europa el salitre, trabajado por brazos y capitales nacionales. En 1832 se extrae y se vende al exterior la plata de Chañarillo. Empiezan luego las exportaciones de cobre y más tarde se inicia la explotación del carbón. El auge minero impulsa a su vez la organización del transporte. Rengifo crea en 1835 un sistema de protección de la marina nacional. Los ingresos mineros permiten al Estado el equipamiento en obras públicas, canales de regadío, caminos, Correos y Telégrafos. Los ferrocarriles se deben al tesón de Guillermo Wheelwright, quien ya había organizado la primera empresa de navegación a vapor.

Muy pronto, la apertura de los nuevos mercados de California y de Australia impulsan también la agricultura, multiplicando la producción agraria, particularmente de trigo. Para orientar su desarrollo se funda la Sociedad Nacional de Agricultura (1838).

El auge económico, basado en la exportación de bienes primarios mineros y agrícolas, inicia el llamado «desarrollo hacia afuera» que subordinará la economía nacional a las necesidades de los países hegemónicos y como consecuencia a las fluctuaciones del comercio internacional.

ESTRATIFICACIÓN

Junto a la expansión del sistema productivo nacional, y en parte originándolo, surge un grupo de empresarios de gran empuje y visión, del cual forman parte Diego de Almeyda, José Antonio Moreno, José Santos Ossa y Tomás Urmeneta, quienes abandonando comodidades y caminos trillados se lanzan a explorar el desierto, a descubrir sus riquezas y a organizar industrias. A los nombres anteriores hay que agregar otros hombres de empresa como Agustín Edwards Ossandón, Goyenechea, Matías Cousiño, los Gallo, Matte y Subercaseaux.

Discrepan los historiadores al interpretar la significación de estos nuevos grupos sociales. Para algunos, como Julio C. Jobet y Hernán Ramírez, tales grupos constituyen los equivalentes chilenos de la burguesía capitalista europea originada en el desarrollo industrial, comercial y financiero, cuyos intereses se oponen a los de la aristocracia terrateniente o feudal. Para otros, como Aníbal Pinto y Claudio Véliz, no existe entre los nuevos grupos de empresarios y los antiguos terratenientes nacionales un antagonismo u oposición económica, dado que todos son productores de bienes primarios, dependientes del mercado extranjero, librecambistas y enemigos de la intervención estatal. No obstante, parece indudable que estos nuevos grupos empresariales de orientación liberal e innovadora contribuyeron a diversificar la estructura económica y al mismo tiempo la estructura social.

INSTITUCIONES POLÍTICAS Y CULTURALES

Luego que Portales liquida la anarquía y el caudillismo militar, y que Rengifo organiza la hacienda pública, se instaura un poder ejecutivo que se caracteriza por su autoridad y eficiencia realizadora. El ordenamiento político y administrativo, el espectacular crecimiento económico, las obras públicas, el triunfo sobre la Confederación de Perú y Bolivia, dan a Chile un papel prominente en América e infunden en sus grupos directivos un sentimiento de seguridad y de orgullo nacional.

La extraordinaria tarea de organización del Estado se refleja también en el plano cultural y educativo. El gobierno contrata los servicios de científicos extranjeros como Gay, Pisis, Domeyko, Philippi, Petit y otros, que impulsan la investigación de los recursos naturales y la enseñanza. Una contribución importante al arte dan por su parte los pintores Rugendas, Monvoisin y Cicarelli; la impresión de libros es impulsada por los editores Rivadeneira y Santos Tornero.

La inmigración de distinguidos extranjeros hace de Chile la sede del pensamiento continental. Aquí enseñan y escriben Mora, Bello, Alberdi, Mitre, Sarmiento, López y otros hispanoamericanos ilustres. Surge el movimiento intelectual de 1842, en el que se dan a conocer los primeros poetas, dramaturgos, novelistas y periodistas del siglo pasado. Con Bulnes se reconstruye el sistema educacional desde la enseñanza primaria a la universitaria. Se fundan la Universidad de Chile, la Escuela Normal, la Escuela Nacional de Artes y Oficios, el Conservatorio Nacional de Música, la Escuela de Agricultura, la Academia de Pintura.

La influencia cultural de Francia se hace presente no sólo en personajes oficiales, sino también en ideólogos revolucionarios como Arcos y Bilbao.

Al cerrarse este ciclo de transición, la sociedad chilena de 1850 se nos presenta con una peculiar imagen antañona, entre rural y urbana. Santiago y las cabeceras de provincia han crecido, pero tienen aún un

aire pueblerino, sencillo y campechano, que contrasta con el que adquirirán hacia el fin del siglo. Los ferrocarriles, puentes y caminos, junto al correo y al telégrafo, han vinculado entre sí las ciudades sacando al campo de su aislamiento y quietud. Algo de la modorra rústica se encuentra aún en las ciudades, y algo del dinamismo urbano se ha filtrado en las apacibles estancias.

Esta es la época clásica de Chile, que modela el desarrollo ulterior de su estructura social, política e institucional. El maestro venezolano Mariano Picón Salas alude con razón a ella, al trazar una imagen de nuestro país, que vale la pena citar in extenso: «Chile o la aspiración al orden, pudiera llevar como expresivo subtítulo el libro en que se cuente la trayectoria civilizadora de la nación chilena. Ya sé que hay varios órdenes: el que se impone sobre el silencio de los esclavos, el que sufrimos nosotros los venezolanos en algunas noches sin esperanza y densa desolación de nuestra vida histórica, orden que a la postre es sólo violencia física edificada sobre la más sangrienta injusticia; y hay el verdadero orden, el que busca la norma moral, el principio jurídico a que someter la discordia de los individuos y de las clases. Chile buscó como pocas naciones del Continente este orden auténtico en la doctrina y la acción de algunos de sus grandes hombres de Estado. Como una joven Roma americana, fue fecunda en esas cabezas impregnadas de razón jurídica, de voluntad para dirigir, para frenar con normas impersonales, con la «lex» y con el capricho autoritario lo que pudiera disgregarla en la anarquía y la pasión arrasadora. Algunos de los hombres que le dieron tan segura solidez al Estado chileno en el siglo XIX se parecen por la serena energía a las mejores cabezas romanas de la edad clásica. ¿No es completamente romano aquel don Manuel Montt que deja la presidencia de la República con la misma levita arrugada de juez de provincia con que ascendió a ella, con la misma orgullosa modestia, y retorna a su juzgado a mojar y rubricar con la misma tinta impregnada de austero derecho las sentencias de la ley abstracta? En su tiempo se habían explotado los ricos minerales del Norte; una sociedad plutocrática comenzaba a sustituir a una sociedad puramente agraria; con audacia técnica y capitalista se habían construido los primeros ferrocarriles de la América del Sur, pero el viejo Montt vuelve a sus códigos, a su casita de la Alameda, donde en los días más fríos de julio apenas se enciende un colonial e inconfortable brasero y ceba un mate. Viene de visita el compadre don Domingo Faustino Sarmiento, el más genial e impetuoso de todos los compadres, a quien por su tremenda actividad llamaban en Santiago «el viento Zonda» y a quien sin prejuicios de patria chica don Manuel había confiado la dirección de las escuelas normales para que Chile adiestrase pronto los ciudadanos que le hacían falta. Tras el sólido muro de las leyes y de la educación común que difundiera Sarmiento, Montt dejaba Chile inmune del caudillismo anárquico que entonces arrojaba a otras naciones de América en aniquiladoras guerras para conquistar el poder.

Unos años antes un hijo de Caracas, de esta luz avileña tan plácida y que á veces suele ser tan ingrata con los propios hijos que la sirven, había llegado al paisaje chileno sacudiéndose el polvo de una larga peregrinación. Se llamaba Andrés Bello y encontró en aquella latitud austral el ambiente y la paz necesarias para ofrecerle al país recién nacido la claridad de sus códigos, la lección humanizadora y universalista de su Derecho de gentes. Recibiendo hombres de toda América, siendo »asilo contra la opresión«, Chile inscribía desde su nacimiento como Estado libre un destino de generosa americanidad. Con la lengua y la acción de Bello, de Manuel Montt, de sus historiadores y juristas, se apresta a fortificar su Estado unitario, su orden civil que perdura mientras otros pueblos americanos se sumen en la montonera anárquica«.

En síntesis, durante este ciclo de transición rural-urbana se perfilan otros rasgos de la estructura social de Chile, que lo distinguirán entre las naciones iberoamericanas, ellos son:

- La tendencia al predominio de la estructura familiar española, favorecida por la relativa homogeneidad blanco-mestiza de la población y su creciente concentración en núcleos urbanos.
- La configuración de una red urbana en la zona central, conectada por vías de comunicación caminera, ferroviaria y marítima.
- La temprana organización del Estado independiente, tras un breve lapso de ensayos constitucionales y de anarquía política. Junto con ello, el establecimiento de un ejecutivo centralizado y con amplias atribuciones, que alcanza una excepcional estabilidad y legitimidad.
- El predominio social y político de una clase dirigente de origen agrario, que se impone al caudillismo militar, e incorpora a su seno y al Gobierno a descendientes de inmigrantes y a individuos ilustrados provenientes de los sectores medios.
- El extraordinario crecimiento económico, tanto minero como agrícola, que consolida el sistema exportador de materias primas e inicia el proceso de desarrollo »hacia afuera«.
- La expresión cultural en las postrimerías de la época colonial continúa el cultivo tradicional de la historia, combinada ahora con la investigación de la naturaleza. Al arte barroco de los jesuitas le sucede el neoclasicismo, particularmente en la arquitectura. Con la independencia empiezan a cobrar auge el periodismo, el teatro, la poesía y la pintura.
- En el período de la Organización del Estado se define una política cultural claramente articulada que organiza el sistema educativo, fomenta la investigación de la historia y de los recursos naturales y contrata a científicos y artistas extranjeros.

Los principales rasgos de la estructura social de Chile en este ciclo de transición aparecen de relieve en los artículos seleccionados.

Tres de ellos, los de Sergio Villalobos, Manuel de Salas y José Toribio Medina, se refieren a la sociedad chilena de fines de la Colonia. Otros tres

artículos, los de Claudio Gay, Andrés Bello y Alberto Edwards, se refieren al Chile de la primera mitad del siglo XIX.

En su artículo *El bajo pueblo en el pensamiento de los precursores de 1810* Sergio Villalobos expone las ideas que sobre los grupos mestizos tenían algunos destacados intelectuales criollos como Cos Iriberry, Manuel de Salas, Díaz de Salcedo y Anselmo de la Cruz. Estas ideas aparecen bosquejadas sobre una breve caracterización del pensamiento de la Ilustración acerca de la potencialidad económica del país, en contraste con la postración de los sectores populares, a los que se quiere promover a través de la educación y capacitación. El desarrollo económico de Chile debía lograrse cultivando la capacidad del pueblo para el trabajo agrícola, minero y de la manufactura. La fe en el pueblo va unida a la confianza en el poder de la enseñanza para alcanzar el progreso social.

El documento extractado de D. Manuel de Salas *Representación al Ministerio de Hacienda* describe la situación económica del reino de Chile al finalizar la Colonia, con su déficit de producción que afecta la balanza de pagos y examina las condiciones sociales que la determinan.

Este memorable documento constituye una síntesis del pensamiento progresista de la Ilustración en Chile, y representa un anticipo de los modernos planteamientos sobre el desarrollo económico-social.

En efecto, las deficiencias de la producción y comercialización agrícola y el rudimentario desarrollo de la industria, la necesidad de capacitar la mano de obra, de equilibrar el comercio, donde las importaciones de suntuarios exceden la exportación de materias primas mineras y agrícolas; y de explotar racionalmente los recursos naturales, aparecen ya en esta Representación del ilustrado Síndico del Consulado. Si bien Manuel de Salas comparte la imagen tradicional de la riqueza agrícola del país, optimismo que bien pudiera explicarse porque la potencialidad agrícola de esa época superaba en mucho la demanda, introduce un pensamiento nuevo al negar la afirmación tradicional de la pereza e incapacidad del pueblo.

José Toribio Medina en su artículo *La cultura intelectual de Chile durante el período colonial* bosqueja los principales rasgos de la literatura subrayando su temática histórica de la guerra de Arauco que la distingue entre las otras de América y el doble carácter de escritores y de protagonistas que tienen los autores de la época colonial, como militares o sacerdotes. Destaca el amor hacia el país reflejado en esta literatura, junto a la simpatía hacia el indio, y finalmente las dificultades de impresión y circulación que encontraban esos escritos.

Los tres artículos siguientes corresponden, como hemos señalado, a la sociedad chilena al promediar el siglo XIX.

Los fragmentos seleccionados del estudio sobre «*La Agricultura*» de Claudio Gay analizan los principales grupos del agro chileno hacia 1850, los que tuvo la oportunidad de estudiar directamente en sus expediciones científicas.

El grupo patronal no está ya compuesto sólo por los hacendados tradicionales sino que ha sido incrementado por militares y funcionarios retirados, que han invertido sus rentas en propiedades agrarias, que cultivan con cierta eficiencia. Gay advierte cierta tendencia hacia el refinamiento patronal; la antigua y austera vida agraria se ha modificado con la construcción de nuevas residencias rodeadas de parques y con menaje europeo. Su vida contrasta con la de los pequeños propietarios, faltos de iniciativa y de capacitación, que los hace continuar el cultivo de subsistencia.

Respecto a los inquilinos, Gay sostiene la idea tradicional de su origen en la abolición de la encomienda, tesis desvirtuada por la investigación de Góngora, aunque el sabio francés reconoce que la relación del inquilino con el hacendado «es una relación desnuda de toda servidumbre».

El texto de D. Andrés Bello presenta un fragmento de su *Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile*, donde destaca el sentido social y nacional que debe tener la nueva enseñanza superior, a través de sus diversas disciplinas y facultades: las ciencias políticas, la economía, la medicina, las matemáticas, las letras y las artes.

Subraya con ello que «el programa de la universidad es enteramente chileno» y que «las investigaciones de sus miembros y el estudio de sus alumnos convergen a un centro: la patria».

El texto de Alberto Edwards *Elementos de gobierno existentes en Chile a principios del siglo XIX*, intenta explicar la temprana organización política de Chile y la estabilidad que lo caracteriza entre los países hispanoamericanos, examinando los fundamentos sociales del poder.

El favorable marco geográfico del Valle Central, homogéneo en cuanto al clima y a la producción, facilitó la concentración de la población y junto a ello la cristalización de la riqueza, el prestigio y el poder en una élite dirigente formada por la clase terrateniente y por letrados y funcionarios.

La sensatez y espíritu positivo del grupo dirigente lograron controlar la anarquía y crear «el buen sentido práctico chileno». Subraya el autor el hecho de que la aristocracia terrateniente rara vez tuvo directamente en sus manos el gobierno, sino que apoyó la labor organizativa de juristas y funcionarios como Egaña, Portales, Meneses, Rengifo y Tocornal, cuyos antecedentes como gobernantes los encuentra Edwards en las administraciones de la Ilustración.

El bajo pueblo en el pensamiento de los precursores de 1810*

LA INFLUENCIA DEL SIGLO XVIII

Está fuera de dudas que el movimiento emancipador americano fue llevado a cabo por la aristocracia criolla, el único grupo con aptitud para tomar el mando y afianzar el éxito. Cuando el movimiento escapó a su control y otros grupos invadieron la escena, como sucedió durante algún tiempo en México y Venezuela, las alternativas dudosas y el descalabro no se hicieron esperar. Solamente ella pudo encabezar y dirigir la causa de la Independencia.

Era natural que así fuese. Los criollos tenían una fuerte conciencia de sus derechos, amaban a sus países con ingenuidad, poseían la cultura; el grupo aristocrático era dueño de la tierra, había gozado de las encomiendas, tenía el poder económico, la subordinación de las demás clases era absoluta y los títulos de nobleza le daban especial brillo y significado. Podría decirse que la aristocracia criolla era la dueña de los dominios americanos.

A pesar de las abruptas diferencias sociales y de la jerarquía reinante, los criollos no fueron ajenos a sentimientos humanitarios y el bajo pueblo tuvo un lugar en sus pensamientos. Así lo demuestra en el caso de Chile el ideario de los precursores, aspecto que nunca se ha hecho notar. Junto a los planes reformistas, había un papel destinado al pueblo.

La preocupación por la suerte del pueblo emanaba en forma natural del sentimiento de caridad, constituido en doctrina por el Cristianismo, y del espíritu de la Ilustración, entre cuyas ideas había muchas que recaían sobre las clases humildes. En el siglo xvii había predominado en España el sentido de la caridad, tan socarronamente descrito por quienes han estudiado aquella época, pero en el siglo xviii comenzó a acentuarse la consideración utilitaria del pueblo, cuya regeneración y el aprovechamiento de su fuerza fueron vistos como factores esenciales para el restablecimiento de la economía española. No quiere decir que

*Publicado en los «Anales de la Universidad de Chile», N° 120, Cuarto trimestre de 1960, pp. 36 y siguientes.

durante el siglo ilustrado se perdiese el sentido de la caridad, sino muy por el contrario, ella se encauzó por vías más racionales, que al fin iban a desembocar en la misma corriente que pretendía dar al pueblo un papel positivo. Puede afirmarse que, a lo largo de la centuria, el espíritu de caridad y las ideas de la Ilustración se conjugaron para hacer del pueblo un motivo de especial consideración. Aquí es donde parece adquirir relieve la frase de que »el Despotismo Ilustrado fue una revolución hecha desde arriba«, o aquella otra que sintetiza su orientación en »todo para el pueblo, pero sin el pueblo«; aunque el sentido de ellas es más amplio.

El espíritu humanitario se concretó en infinidad de realizaciones llamadas asilos, hospicios, montes de piedad, hospitales, etc., auspiciados por organismos de beneficencia tales como las juntas de caridad y las sociedades económicas, que además de socorrer a los desvalidos pretendieron redimirlos de sus vicios y enseñarles un oficio con que ganarse la vida. Los grupos dirigentes comprendieron que la suerte de los pobres les tocaba de cerca y que no podían permanecer ajenos a su desgracia, que, al fin, repercutía en la misma postración del país. De allí emanaba aquel espíritu de beneficencia, tan característico del siglo xviii, que, por su amplitud y sus repercusiones, bien podría llamársele una campaña nacional.

La utilización del pueblo en la recuperación económica de España está presente en las ideas de los críticos, economistas, proyectistas y ministros que se suceden en serie ininterrumpida desde comienzos hasta fines de siglo; pero lejos de ser una simple idea, fue una política llevada a cabo con voluntad firme a medida que las circunstancias lo permitieron.

El propósito de dignificar el trabajo manual y enaltecer al obrero y al artesano, fueron una muestra de la orientación que los ministros ilustrados quisieron dar a la cuestión. La lucha contra los privilegios y el exclusivismo de los gremios, tuvo por fin dar mayor oportunidad al trabajo. Las fábricas establecidas bajo el patrocinio de la Corona tuvieron el doble objeto de impulsar la producción y adiestrar al obrero especializado. La educación del pueblo debía apuntar a los mismos fines, ayudando a desterrar la ignorancia, y dar las herramientas con que el individuo podría ganarse el pan y ser útil a la comunidad.

El problema agrario fue enfocado con el criterio de favorecer a los labradores humildes, atacando de frente la situación creada por los latifundios, las tierras baldías y comunes, los bienes de manos muertas y los privilegios de la Mesta. Granjas modelos debían unir la enseñanza teórica con el trabajo rudo de la tierra. Nuevos cultivos, experimentación y selección, contribuirán a expandir las posibilidades del trabajo agrícola e industrial.

En el sueño y en las realizaciones de los hombres de la Ilustración, el pueblo tenía, pues, un lugar activo y constituía por ello un motivo de especial preocupación.

El acercamiento al pueblo ni siquiera dejó de afectar a las costumbres

de la nobleza, que encontró en sus entretenciones una forma de huir de la vida cortesana, llegando por moda a imitarlo, dando lugar al *majismo*. La ironía, que la fuerte paleta de Goya dejó en los lienzos que retratan a los príncipes y a los nobles, se convirtió en calor humano y realidad en los cuadros que retrataban al pueblo: allí está, en las corridas de toros, en sus diversiones, gozando de sus costumbres, en el trabajo, en el vicio y hasta en la rebelión. Con razón se ha afirmado que *El albañil herido* es una muestra de pintura de contenido social.

La influencia del espíritu ilustrado español en América, visible en tantos aspectos, se muestra clara en las ideas que surgen respecto al bajo pueblo, contribuyendo a fortalecer el interés en él, siempre dentro de las limitaciones que imponían el estado de la sociedad y la mentalidad reinante. En este asunto, como en otros, también la inquietud corresponde a una élite que vive alerta frente a los problemas, que se interesa en la suerte de su tierra natal y que capta las iniciativas e ideas que vienen de afuera, mientras el resto permanece inalterable en su apatía.

LA RIQUEZA DEL PAÍS Y LA MISERIA DE SUS HABITANTES

Un primer problema que se plantearon los pensadores criollos, fue el de la riqueza y posibilidades del país en contraposición a la miseria de sus habitantes. No acertaban a explicarse o justificar cómo, en medio de una naturaleza generosa, la miseria cubría a la población.

Don José de Cos Iriberri exclama: »¡Qué espectáculo tan delicioso presenta al entrar en este reino por cualquiera de sus puertos o al descender de la elevada cordillera, la multitud de arroyos y torrentes, el verdor de los campos, la frondosidad de los árboles, la alternada variación de valles, cerros y colinas, y la muchedumbre de ganados que pueblan las campiñas! ¡Quién creyera que en medio de esta pompa y aparato de la naturaleza, la población había de ser tan escasa y que la mayor parte de ella había de gemir bajo el pesado yugo de la pobreza, la miseria y los vicios, que son una consecuencia forzosa de ella misma! ¡Quién lo creyera! Ello es, sin embargo, demasiado cierto«.

Don Manuel de Salas coincidía con la misma opinión, describiendo, como buen criollo, una imagen idílica del país: »El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de la América y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles: teniendo proporción para todo, carece de lo necesario, y se traen a él frutos que podría dar a otros«.

En otro escrito, Salas insistía en parecidas ideas sobre el ámbito geográfico y la existencia del pueblo: »Vaga sobre un terreno que ofrece a cada punto atractivo para detenerlo: desnudo, donde sobran materias para vestirse; hambriento, donde arrojan los alimentos; ociosos en presencia de las riquezas de todas clases que les encubre la falta del arte y del ejemplo«.

La comparación de las riquezas naturales con la miseria del pueblo,

encerraba en sí una protesta, ya que las posibilidades que se presentaban eran ahogadas por la ausencia de una política económica que favoreciese a la población y la incapacidad en que se mantenía al hombre del pueblo para afrontar con provecho sus tareas. La ignorancia, la falta de estímulos y la rutina, se agregaban a la estructura económica y social del país para hacer del pueblo una masa desgraciada.

LA POSTRACIÓN DEL PUEBLO EN EL CAMPO, LA MINA Y LA CIUDAD

De allí nacía la postración material y moral, cuya descripción alcanza patetismo en la pluma de Cos Iriberry, que nos habla de »los diarios robos, la embriaguez habitual, los continuos asesinatos, la prodigiosa multitud de delincuentes de que rebosan las cárceles y presidios, la forzosa impunidad de muchos delitos y la frecuencia de los castigos públicos«. Manuel de Salas, por su parte afirma que »el pueblo es ebrio, para sofocar la tristeza de su existencia; es homicida, por el disgusto continuo en que vive y porque nada tiene que perder; es célibe porque mira su posteridad como una carga, y por esto se minora cada día sensiblemente, o a lo menos no crece«. Era inútil que alguno se esforzase y tratase de salir de su situación: »El que sobreponiéndose a malas impresiones de la perversa o ninguna educación y al desaliento que sigue a la falta de esperanza, se dedica a la agricultura, no alcanza jamás, en tres meses de fatigas, cómo sustentarse en los nueve de las estaciones muertas. El que abraza el duro y mortífero trabajo de las minas sólo halla ocupación precaria para el hombre robusto, que necesita alejarse de su familia, dejándola en la desolación y la ociosidad involuntaria. Las artes no pueden emplear a muchos donde no hay opulencia y donde son todavía tan groseras«.

Peor que la situación del campesino era todavía la del minero, que llevaba una existencia miserable o que vagaba por quebradas y arroyos en busca de unas vetas o algunas pepitas brillantes siempre esquivas. He aquí cómo lo vio un contemporáneo que visitó el Norte Chico: »Son pocos los pueblos formales en la extensión de tanto terreno, pero sí, regularmente, no falta uno u otro rancho en todos los parajes, donde hay agua permanente y algún terreno donde se pueda sembrar un poco de trigo, que no le tienen en todas partes, y así se hallan esparcidos muchos habitantes entre las quebradas y montañas que subsisten con mucha miseria, desnudez y poco abrigo. Tienen sí regularmente algunas cabras y caballos«.

»Esta clase de gente se ocupa en trabajar a jornal en alguna mina, por diez pesos al mes de treinta días de trabajo los barreteros, y de seis en una parte, y ocho en otra, los apires o peones, y comida; o se dedican a andar cateando de montaña en montaña en busca de vetas del mineral de que tienen conocimiento, ignorado en muchas partes el de plata, siéndoles más común el de oro y cobre. . .«.

»Recogen algunas cargas de metal de cabezas de vetas que pican y de las bocas de minas abandonadas, o de oro en lavaderos, y sacan para pagar

a los que habilitan con algún poco de charqui, yerba y tabaco, viviendo siempre empeñados y en miseria, y a éstos llaman pirquineros. Aunque hallen algún mineral que ofrezca esperanzas, como no tienen caudal para seguirle no pueden sacar mucho acrecentamiento, y así lo dejan o lo ceden que otro lo pida para sí, y en esta conformidad se hacen los más de los descubrimientos, siendo muy pocos los que tienen disposición para aprovecharse de ellos por falta de habilitadores y también la conducta, por gastar en bebida lo más de lo que adquieren cuando les va bien«.

Cos Iriberry también juzgó con severidad a la actividad minera por la situación que creaba a los que le dedicaban su fuerza: »lleva a los cerros una porción considerable de jornaleros, que, por la independenciamiento en que generalmente viven, remotos de la justicia, se acostumbran al robo, a la embriaguez, a la vagancia, y vienen a ser gente enteramente perdida para sí, para su familia, para el campo y la población«.

No era mejor la suerte del que vivía en la ciudad, donde se concentraban los vicios y el trabajo escaseaba. »Todos los días —anota Salas— se ven en las plazas y calles jornaleros robustos, ofreciendo sus servicios, malbaratándolos a cambio de especies, muchas inútiles y a precios altos... Soy continuo espectador de estos mismos en las obras públicas de la capital, en que se presentan enjambre de infelices a solicitar trabajo, rogando se les admita... Nadie dirá que se ha dejado una obra o labor por falta de brazos: apenas se anuncia alguna cuando ocurren a centenares«. El obrero especializado o el artesano dejaban mucho que desear en cuanto a honradez y preparación: »Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, beneficiadores sin docimasia, hojalateros de rutina, zapateros tramposos, forman la caterva de artesanos... Su ignorancia, las pocas utilidades y los vicios que son consiguientes, les hacen desertar con frecuencia, y, variando de profesiones, no tener ninguna«.

La mayor libertad que se gozaba en el comercio, a consecuencia de la política de la Corona, nada había significado para el pueblo. »En vano se esfuerzan algunos —dice Cos Iriberry— a ponderar los progresos del comercio a título de testigos oculares en la materia. El repetido contraste que presentan a la vista el lujo de algunos y la vergonzosa desnudez de tantos; los haberes de pocos y la mendicidad de los muchos; el establecimiento de unos y los ningunos recursos de otros, y en una palabra, la comodidad de los menos y la miseria de la muchedumbre es una señal característica por donde se conoce que son muy cortos y muy lentos los pasos que da en la carrera de su prosperidad este reino«.

POBLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

Ante el triste cuadro que presentaba el pueblo, la conciencia de los criollos más ilustres se sentía herida y considerándolo dentro del marco económico en que se desenvolvía la sociedad, forjaban planes y esperanzas para

remediar la situación. Así llegaron a concebir su redención dentro de una transformación económica del país, que auspiciaron con rara fe y a pesar de innumerables contratiempos y desengaños.

Para comenzar, veían una clara relación entre población, aspecto meramente cuantitativo y desarrollo económico. Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz, personaje ligado al comercio y la administración, decía en 1789: »Ya damos por supuesto que sin la población no puede adelantarse ni la agricultura ni las artes y por consiguiente ni el comercio, pues del número considerable de gentes, esto es de la abundante población, pende el poder acudir con la fuerza necesaria a todas las carreras«.

Cos Iriberry al recordar la desaparición del indígena, afirmaba que se »había perdido en sus personas la población, que es el mayor tesoro y la verdadera riqueza de un estado«.

La gente pobre —señala Díaz de Salcedo— es el número grande del estado y a que se debe atender, además de otros motivos, porque son la riqueza y la fuerza del soberano«. Indudablemente, Díaz de Salcedo quería encerrar en esa frase tanto el sentido humanitario como utilitario.

Una mayor población significaba mayor consumo y a la vez abundancia de brazos para atender la explotación de tantas riquezas abandonadas. Pero el problema se presentaba para algunos como un círculo vicioso, pues era inútil pensar en el incremento de la población sin un mínimo de bienestar económico. Tal es el pensamiento de Salas cuando escribe que el hombre del pueblo es célibe »porque mira su posteridad como una carga« o cuando dice que »así como el primer deseo del hombre, luego que tiene una ocupación subsistente, es llenar las intenciones de la naturaleza casándose, cuando no la tiene huye y detesta una carga que no ha de poder llevar, que lo hará autor de unos seres precisamente miserables, que serán como sus padres, vagos, sin hogar ni domicilio ni más bienes, ordinariamente, que los que apenas cubren su desnudez«.

La solución residía en una población apta para la vida económica, en un pueblo preparado para el trabajo y que pudiese ocurrir a las faenas que debería proporcionarle una política de explotación intensiva y racional de las riquezas de la colonia.

CONFIANZA EN LA CAPACIDAD DEL OBRERO Y DEL CAMPESINO

Tanto Cos Iriberry como Salas tenían confianza en las posibilidades del obrero y del artesano. El primero decía, al recordar los vicios que lo rodeaban, »en vano atribuiremos parte de estos males a fiereza de los habitantes, ni a su indolencia la otra parte« y don Manuel de Salas al analizar las causas del atraso de la agricultura escribía: »no nacen de la indolencia de la gente producida por el clima, especie de superstición con que algunos escritores nos han querido encubrir«. Y al comparar las riquezas del país con la miseria de sus habitantes, saltaba en defensa del pueblo: »Quien, a primera vista, nota esta contradicción, si se deja llevar por el

espíritu decididor de los viajeros, desata luego el enigma, concluyendo que la causa es la innata desidia, que se ha creído carácter de los indios y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente, aumentada y fomentada por la abundancia; o más indulgente, buscando causas ocultas y misteriosas, lo atribuye al clima; pero ninguno se toma el trabajo de analizar, ni se abate a buscar razones más sencillas y verosímiles. La flojera y molicie que se atribuyen a estos pueblos es un error, sí, es un error que he palpado muchas veces y he hecho observar a los hombres despreocupados«.

Según Salas, el hombre del pueblo, buscaba con afán el trabajo, ya fuese como obrero en la ciudad o como peón en el campo: »las cosechas de trigo, que necesitaban a un mismo tiempo muchos jornaleros, se hacen oportunamente, a pesar de su abundancia; las vendimias, que requieren más operarios que las de España, por el distinto beneficio que se da al vino, se hacen todas en unos mismos días con sólo hombres; las minas, que ofrecen un trabajo duro, sobran quienes lo deseen. Con que no es desidia la que domina; es la falta de ocupación la que hace desidioso por necesidad a algunos, la mayor parte del año, que cesan los trabajos; y a otros el mayor tiempo de su vida, que no lo hallan«.

Conforme las ideas de nuestros pensadores coloniales, el desarrollo económico del país debería lograrse con la cooperación activa del pueblo, cuya fuerza, bien dirigida, sería la palanca de la agricultura, la minería y la industria. La importancia de la tarea que se le asignaba se comprende fácilmente al considerar que el fomento de la producción era uno de los problemas fundamentales que enfrentaba la colonia para robustecer su economía.

EL FOMENTO DE LA PRODUCCIÓN Y LA PARTICIPACIÓN DEL PUEBLO

Debido al incremento del comercio a consecuencia de la política liberalizante de la Corona, se habían producido grandes trastornos que a ojos de nuestros incipientes economistas tenían al país al borde de la ruina. La excesiva entrada de mercaderías europeas había provocado un descenso de precios que tenía contristados a los comerciantes, muchos de los cuales habían quebrado; las manufacturas criollas habían sufrido un duro golpe con la competencia de los productos foráneos; la balanza comercial estaba profundamente desequilibrada y, debido a la imposibilidad de compensar la importación con la exportación, el saldo desfavorable tenía que ser cubierto con oro y plata. La fuga de los metales preciosos, vista con horror por la doctrina mercantilista, tenía el inconveniente de restringir el circulante y dificultar las transacciones.

En 1789 don Ambrosio O'Higgins señalaba que el total de las importaciones sumaban 2.154.939 pesos y las exportaciones 351.922, resultando un saldo desfavorable de 1.803.017 pesos.

La única forma de hacer frente a tan angustiosa situación era desarro-

lando la producción. La intensificación de las actividades mineras podría aportar mayor cantidad de oro y especialmente plata, con lo cual se contrarrestaría en parte el mal; pero la verdadera solución estaba en el desarrollo de la minería del cobre, la agricultura y las manufacturas, cuyos productos, al ser exportados, deberían restablecer el equilibrio de la balanza. Estos eran los aspectos en que se ponía mayor énfasis.

Para fomentar la minería se propiciaba una intensificación de las exploraciones, que se realizarían en forma científica; el trabajo mismo de la explotación debería realizarse con métodos técnicos nuevos o aquellos que la experiencia hubiere señalado como los mejores; un personal bien adiestrado en su oficio sería la base esencial para esas transformaciones. La exportación de los minerales no convenía hacerla en bruto, sino que había que procurar su elaboración; por ejemplo, el cobre podría entregarse en forma de clavos o planchas.

REFORMA EN LA AGRICULTURA

Los problemas de la agricultura y ganadería los esbozó don Anselmo de la Cruz, secretario del Consulado. Sus ideas apuntaban principalmente a dos objetivos: la explotación racional de la tierra y la educación del campesino. En ambos aspectos sus ideas coincidían con las de otros contemporáneos.

La explotación adecuada de la tierra significaba construcción de canales y obras de regadío, experimentación de nuevos cultivos, principalmente los que tuviesen aplicación industrial, selección de semillas, empleo de herramientas adecuadas, etc. Pero esas innovaciones requerían un cambio en las costumbres de los campesinos, una lucha contra los prejuicios y el empleo irracional del suelo, que sólo podían lograrse mediante la adaptación del hombre rústico a nuevas modalidades. La transformación de la gente del campo no solamente haría posible la adopción de nuevos métodos, sino que el progreso de la agricultura presentaría mayores posibilidades económicas a la masa flotante que pululaba por campos y ciudades. »Demos —dice Cos Iriberry— en las ocupaciones rurales ocupación a tantos miserables que, acogiéndose a las poblaciones crecidas a buscar subsistencia, las gravan y no nos presentan otra cosa que el espectáculo de su miseria y sus desórdenes«.

En su afán de estimular a los campesinos y a través de ellos abrir nuevos cauces a la agricultura, don Manuel de Salas tomó una iniciativa que habla muy alto de su desprendimiento y de su interés por fomentar la producción. Considerando el gran valor que tenía el lino como producto industrial, se propuso con tenacidad arraigar su cultivo en Chile, facilitando él mismo todos los medios para realizar el proyecto.

Comenzó sembrando lino por su cuenta en tierras de su propiedad, adiestrando a varios campesinos en las tareas y al cabo de tres años de felices experiencias se propuso estimular a otros para que siguiesen sus pasos. Pero considerando, como decía en un escrito, »que sólo se conse-

guirá la abundancia, baratura y perfección de la empresa cuando el cultivo y beneficio se hagan por labradores pobres», decidió ayudar a los jornaleros que habían trabajado en sus cultivos para que ahora lo hiciesen por cuenta propia: repartió entre ellos 500 arrobas de semillas; les concedió tierras gratuitamente; les prestó bueyes, herramientas, pozos, hornos y utensilios para la elaboración, bodegas para almacenamiento y alguna ayuda en dinero mientras pudiesen vender el producto. Yendo aun más lejos, Salas se comprometió con los campesinos a comprarles el lino en caso de que no encontrasen comprador.

Mediante ese estímulo se proponía Salas extender el cultivo y sacar de la rutina a los campesinos, proporcionándoles un trabajo abundante y remunerativo.

En cuanto a la modalidad de explotación de la tierra, ella también atrajo la atención de los hombres cultos. Díaz de Salcedo, por ejemplo, se interesó por la explotación a base de inquilinos, sistema que describió en la siguiente forma: «No es menos necesaria la atención en esta parte a los labradores pobres, vivientes o arrendatarios o colonos de las haciendas de los poderosos, aquellos que por su infelicidad están constituidos a hacer pagos de sus atrasos con los géneros que recogen, de forma que les queda muy poco o nada, o tal vez no acabarán de sus empeños; semejante miseria produce que estos desdichados entren luego en nuevas obligaciones buscando trigo para satisfacer a la siguiente cosecha. Hallan, efectivamente, quienes se compadezcan y les provean lo que buscan para sembrar y el sustento de sus familias, pero, por regla general, bajo la carga de un ciento por ciento, esto es, a pagar dos fanegas por una».

Para evitar ese abuso, Díaz de Salcedo recomendaba el establecimiento de depósitos que facilitarían el trigo con un módico interés a los labradores pobres y, además, resguardarían a la población rural de posibles escaseces en caso de malas cosechas. Mientras se creasen depósitos, debería prohibirse bajo graves penas todo trato usurario, permitiéndose, a lo más, el interés de un celemín o almud por fanega.

CRÍTICA AL RÉGIMEN DE PROPIEDAD DE LA TIERRA

Más radical que Díaz de Salcedo y que Miguel Lastarria para plantear los problemas del campesino y de la agricultura, fue Cos Iriberry que, en su memoria de 1797, atacó directamente al régimen de propiedad: «proporcionaremos propiedad al pobre colono o inquilino que habita las estancias, que no puede llamar suyos ni aun los cuatro palos de que forma su miserable choza y que, por la infeliz constitución de las cosas, se puede decir que está sujeto a casi todas las servidumbres del régimen feudal, sin gozar ninguna de sus ventajas».

Dos años más tarde, Cos Iriberry amplió sus ideas en la tercera memoria presentada al Consulado: «Dividida la faja de terreno que entre mar y cordillera se extiende desde el desierto de Atacama hasta más allá del

Bío-Bío, entre un corto número de propietarios, se ve reducida toda la masa de población a servir a éstos en calidad o de inquilinos o de arrendatarios bajo condiciones más o menos onerosas, según el carácter de los dueños, pero en las que la costumbre introducida por la primitiva distribución de tierras de un país de conquista, que abandonaron sus antiguos poseedores, ha inclinado como pudiera demostrarse la balanza de la equidad en contra de los miserables: ¿cómo es posible que estos tales, a quienes su destino apenas les proporciona una subsistencia escasa, de ningún modo medrar ni adelantamiento alguno, no se abandonen? El tener que perder un domicilio seguro, una corta porción de tierra, pero que cultivada corresponde con usuras a las fatigas, es un freno que sujeta más celoso y vigilante. Así es que aquellos países en que la propiedad territorial está más bien distribuida, son los países de mejores costumbres. La Holanda, la Suiza y varios cantones de Alemania son ejemplos que nos dan varios juiciosos viajeros; en España misma se nota una diferencia palpable entre las costumbres de los habitantes de la provincia de Alava, Guipúzcoa y señorío de Vizcaya, en que, o por dominio directo o por perpetuidad de arrendamiento, la propiedad está más repartida, y las de aquellos en que el número de propietarios es más corto«.

Después de lanzar esas valientes ideas, Cos Iriberri retrocedía como asustado y en el párrafo siguiente aclara: »No se anticipe la Junta a creer que para la reforma de estos males, para extender la comodidad por toda la muchedumbre miserable y hacer prosperar al reino, yo intento sugerirle proponga al soberano la promulgación de la ley agraria, como se propuso en Roma, es decir una ley por la cual se arregle una nueva distribución de tierras, quitando parte de ellas a los unos para darlas a los otros«. La noción del derecho de propiedad detenía a Cos Iriberri, pero de todos modos él creía que la división de la tierra se produciría indefectiblemente y en forma natural, al aumentar la exportación de los frutos agrícolas. »Extendida la agricultura a otros artículos exportables —dice— podrán descubrirnos no sólo los dilatados terrenos que apenas alcanzan en el día para la subsistencia decente de una familia, y que, muerto el jefe de ella, no admite una división cómoda, capaz de sostener sus hijos, harán feliz entonces una posteridad numerosa, sino que el infeliz y miserable que está alejado de poder adquirir propiedades, o bien piensa en la cría de ganado o en el cultivo de los granos por la extensión del terreno y gran capital que esto exige, podrá adquirirla entonces en razón de sus facultades sean las que fueren, y adquirida se radicarán al pie de ella, se multiplicará en su domicilio y su multiplicación misma extenderá más y más la agricultura«.

LA REGENERACIÓN MORAL DEL PUEBLO A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN

Las transformaciones económicas que auspiciaban los criollos no eran, sin embargo, el único remedio para levantar al pueblo, sino que debía coincidir con la regeneración moral, que los gobernantes y los hombres

de bien debían perseguir por todos los medios. La educación debería jugar, por lo tanto, un papel esencial.

Los hombres del siglo XVIII tenían plena confianza en la enseñanza como base del progreso de la vida en sociedad. Por eso no es extraño que algunos criollos chilenos propulsasen su desarrollo y abogasen por una nueva orientación. Don Anselmo de la Cruz pensaba que Chile, dadas sus riquezas y posibilidades, lo único que necesitaba era »del hombre instruido, del industrial, del labrador, del comerciante, del naviero, del maquinario, y finalmente, del hombre que adquirió la educación popular«, y luego agregaba, »cuando se advierta en el reino establecida esta enseñanza, entonces se conocerá lo que vale este precioso terreno, de cuánto comercio externo y de lujo es susceptible, entonces se avergonzará de haberse visto, como se ve, subyugado a la servidumbre colonial del nacional y del extranjero, que le introducen cuanto visten la cabeza y los pies de sus habitantes y cuanto consumen de delicadeza y de regalo, entonces se encontrará el lugar que actualmente ocupa la pereza, el vicio y la ignorancia; entonces se propondrán los antídotos que sugiere la educación popular, y ahora nos contentaremos con comprender la necesidad de estos conocimientos, hasta que, en obsequio de la Humanidad, y por medio de leyes oportunas, los cuerpos de la sociedad, los cabildos de los pueblos, los párrocos de las diócesis y los vecinos de instrucción y patriotismo, con una sabia disposición, con un orden constante, con recompensas bien distribuidas, con el auxilio y ejemplo, fomenten nuestra ilustración patriótica: las luces de la razón dirigida por la enseñanza harán tarde o temprano la felicidad del reino«.

Cabe destacar esta profesión de fe en la educación por lo que en sí misma encierra y cómo no espera Cruz la solución del gobierno metropolitano, sino de los cuerpos de la sociedad, los cabildos y los vecinos de instrucción y patriotismo.

Tanta era la importancia que Cruz daba a la enseñanza, que destinó la memoria que leyó en el Consulado el año 1808, de la cual tomamos los párrafos transcritos, a tratar exclusivamente de la educación popular.

En aquella memoria, Cruz señalaba a la educación el doble fin de preparar al individuo para ganarse la vida y procurar su regeneración moral »He comprendido —decía— que el medio más conducente de contener los desórdenes y de que se pueda dar algún fomento a la agricultura, industria, comercio y artes del reino, sea el de proporcionar la educación popular a la porción ignorante, específico inmediatamente contrario a la barbarie y a la desidia; que cultiva el talento, que dispone al individuo a conocerse a sí mismo, la existencia de un Dios, de una Providencia, la inmortalidad del alma, la de una vida futura, los fundamentos de la verdadera creencia, las relaciones sociales y las familiares con que se forma el útil ciudadano«.

La educación del pueblo debía ser una especie de campaña general, en que no tendrían tanta importancia las medidas espectaculares como el esfuerzo pequeño, realizado sin ruido en todos los rincones del país. Cruz pensaba que los párrocos debían ser una ayuda valiosísima por el respeto que se les tenía. Si era posible, debían establecerse escuelas de primeras letras en las parroquias de campo, donde los campesinos enviarían a sus hijos para que, junto con las letras y el catecismo, aprendieran un oficio y llegasen a ser, por ejemplo, mayordomos de haciendas, minas, ingenios y panaderías. Algo parecido debía hacerse con la instrucción de las niñas, »siguiendo el método de la escuela que piadosamente dirige con utilidad el párroco actual de San Lázaro«.

Los vecinos pudientes y principalmente los hacendados ayudarían »ilustrando a sus inquilinos y arrendadores, auxiliándoles con lo que necesiten para el cultivo de la tierra, crianza de animales y ocupación doméstica de sus familias. Está última ocupación, proporcional a cada esfera, incumbe promover a todo ciudadano en el orbe pequeño de su casa. A los cabildos, justicias ordinarias, jefes políticos y militares, corresponde el reparo de la gente vaga, sin domicilio ni ocupación en los pueblos, procurándoles destino, y aun a los delincuentes de ambos sexos, que se ejerciten en conocer los fundamentos de la religión y en las manufacturas de que sean susceptibles, como se practica en Prusia y otras partes de Europa«.

Cuando aún se encontraba en la redacción de su escrito, recibió Cruz la *Educación Popular* de Campomanes, que un amigo le facilitó. Quedó maravillado con la obra, »pequeña en su volumen, pero de una estatura gigante en su contenido« y la recomendó fervientemente, insinuando su difusión en las escuelas y en todo el país.

Después de trazar sus ideas sobre la educación, Cruz finalizaba su discurso diciendo: »Por este medio, a los labradores, artesanos y jornaleros amanecerán los días felices que ofrece la inocente ocupación por una relación doméstica bien combinada, que trasciende indispensablemente a las relaciones sociales por la íntima unión con que se traban, consolidándose de un golpe la pública utilidad, la justicia y la humanidad«.

Don Anselmo de la Cruz no estuvo solo en sus ideas sobre educación, sino que fue acompañado por otros criollos. Don Pedro Lurquín, secretario del Consulado, alababa también en su memoria de 1801 la *Educación Popular* de Campomanes, recordando el impacto que había causado en España: »La nobleza, el clero, el comercio, todas las clases hallan una ocasión de ejercer sus buenas ideas, y reuniéndose en sociedades vierten sus luces al pueblo«. Las concepciones educacionales de don Manuel de Salas estaban también dentro de la misma línea y aun se ha dicho que influyó en la redacción de las memorias leídas en el Consulado o fue autor de alguna de ellas, fuera de las que llevan su firma.

CONCLUSIÓN

Lejos de permanecer ajenos a la situación del bajo pueblo, los hombres de fines de la Colonia se preocuparon de él en sus escritos y condolidos de su miseria albergaron la esperanza de una mejor suerte. Los planes que forjaron, acaso tan inconsistentes como castillos en las nubes, tenían por objeto redimirlo material y moralmente, llamándolo a ocupar un papel básico en el desarrollo de las actividades económicas. El campesino, el minero, el obrero y el artesano, convenientemente adiestrados, deberían ser la fuerza que promoviese la riqueza y, con ello, su propia felicidad.

Eran éstas, sin embargo, ilusiones vanas, como tantas otras con que soñaron los precursores de 1810. El mismo grupo que sostenía tales propósitos reformistas era pequeñísimo y lanzaba sus ideas en un ambiente de indiferencia que parecía que nada podría remover. Si ni siquiera encontraban cauce las reformas que tendían a favorecer a los criollos, el grupo más importante de la sociedad, menos iban a ser posibles innovaciones destinadas a las gentes más humildes, sin representación, sin voz, que sólo penaban en un substrato de la sociedad.

Estamos por creer que Salas, Cos Iriberri o Cruz, se habían detenido a considerar el estado del bajo pueblo, sin la menor esperanza, a sabiendas que clamaban en el desierto.

Representación
al Ministerio de Hacienda,
hecha por el síndico
de este Real Consulado,
sobre el estado de
Agricultura, Industria y Comercio
de este reino de Chile*

Excmo Señor: Manda V. E. al Consulado de Chile dar razón del estado del Comercio, Industria y Agricultura de su Distrito. Como individuo de este cuerpo a quien en caso necesario se permite informar lo que conceptúe conveniente, he creído de mi obligación elevar hasta los oídos de V. E. lo que comprendo acerca de estos tres ramos, los medios a que se me ocurren para reparar su decadencia, y ponerlos en el estado de prosperidad y vigor que desea.

El reino de Chile, sin contradicción, el más fértil de la América, y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles. Teniendo proporciones para todo, carece de lo necesario, y se traen a él frutos que podría dar a otros. Su extensión desde Atacama a la Concepción, que es la parte ocupada por los Españoles, encierra nueve mil leguas en áreas, que participan en todos climas [...]

En este suelo privilegiado bajo un cielo benigno y limpio, deberán haber una numerosa población, un comercio vasto, una floreciente industria, y las artes que son consiguientes [...]

A pesar de todas estas proporciones, la población según los mejores cálculos y razones que se han tomado antes y ahora, no pasa de cuatrocientas mil almas, y siendo capaz cada legua de mantener mil personas según el más moderado cálculo, tiene este reino cuando más la veintésima parte de gente que admite; y esta despoblación asombrosa, verdadero termómetro del estado de un país, dará una justa idea de su miseria. Es a la ver-

*Publicado en la obra de Miguel Cruchaga *Estudio sobre la Organización Económica y la Hacienda Pública de Chile*, Tomo III, Madrid, 1929.

dad de admirar que está desierta una tierra que corresponde con prodigalidad al cultivo, donde la fecundidad de las mujeres es grande, en que continuamente se establecen forasteros, siendo raro el natural que sale; donde ni la guerra ni la marina consumen hombres. Pero es aún más portentoso que entre los habitantes de un país tal, cuyo moderado trabajo alimenta otros pueblos, se hallen muchos cercados de la necesidad, pocos sin ella, y raros en la abundancia. Nada es más común que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan, los brazos que las recogieron, y tal vez en el lugar donde acaba de venderse la fanega de trigo en la era a ínfimo precio.

Quien a primera vista nota esta contradicción, si se deja llevar del espíritu decididor de los viajeros, desata luego el enigma concluyendo que la causa es la innata desidia que se ha creído carácter de los indios, y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente, aumentada y fomentada por la abundancia. O más indulgentes, buscando causas ocultas y misteriosas, lo atribuyen al clima, pero ninguno se toma el trabajo de analizar, ni se abate a buscar razones más sencillas y verosímiles. La flojedad y molicie que se atribuye a estos pueblos es un error; sí, Excmo. Sr. es un error que he palpado muchas veces y he hecho observar a hombres despreocupados. Todos los días se ven en las plazas y calles, jornaleros robustos ofreciendo sus servicios, malbaratados, a cambio de especies, muchas inútiles y a precios altos, se ven amanecer en las puertas de las casas de campo mendigando ocupación, y sus dueños en la triste necesidad de despedirlos. Soy continuo espectador de esto mismo en las obras públicas de la capital, en que se presentan enjambres de infelices a solicitar trabajo, rogando que se les admita, y con eficacia que por no aumentar su miseria con la repulsa, o hacerla con decencia les propuse un jornal en el invierno de un real de plata, y la mitad a los niños, siendo el ínfimo de uno y medio real, que sube por grado en otros trabajos hasta el doble. Concorre así cuanta gente admiten los fondos, sin que jamás haya dejado de sobrar, y esto consta de las cuentas remitidas a la Corte. Nadie dirá que ha dejado una obra o labor por falta de brazos. Apenas se anuncia alguna cuando ocurren a centenares. Las cosechas de trigo que necesitan a un tiempo de muchos jornaleros, se hacen oportunamente a pesar de su abundancia, las vendimias que requieren más operarios que las de España por el distinto beneficio que se da al vino, se hacen todas en un mismo día con sólo hombres. Las minas que ofrecen un trabajo duro, sobra quienes lo desean. Con que no es desidia lo que domina, es la falta de ocupación que los hace desidiosos por necesidad; a algunos la mayor parte del año que cesan los trabajos; y a otros la mayor parte de su vida que no lo hallan. Si como quieren persuadirse algunos indolentes políticos, la agricultura y mina fuesen bastante ocupación para todos, no esperarían a que se les advirtiese, la necesidad y esperanza los llevaría por la mano. *Pero las tierras sólo se cultivan a proporción de los consumos, de cuya regla fija si se apartan sobreviene la carestía o decadencia.* Esto hace que sea

limitado el número de manos y como sólo pueden emplearse cierto tiempo del año, es de necesidad que el resto se mantengan ociosas. Las minas, situadas muchas, y generalmente las de plata en las sierras nevadas, sólo se laborean el verano, y los mineros no sólo sufren la involuntaria ociosidad del invierno, sino que están sujetos a las contingencias de una ocupación precaria, que no pueden pasar a sus hijos. Esta falta de objetos en que emplear el tiempo hace más común el funesto uso de los medios de sofocar la razón, de suspender el peso de una existencia triste y lánguida, de aquellos brebajes con que los infelices al pretexto de divertir sus aflicciones, parece que buscan un remedio para el de vivir. Estragados así, expuestos a intemperie de un clima seco, acortan su vida tan comúnmente que el que ha escapado de los riesgos consiguientes a tal abandono, rara vez llega a la vejez, de modo que no hay un país en el mundo donde haya menos ancianos. A esto se sigue el celibatismo, pues así como el hombre luego que tiene una ocupación subsistente, su primer deseo es llenar las intenciones a la naturaleza casándose, cuando no, huye y detesta una carga que no ha de poder llevar, que hará un autor de unos seres precisamente miserables, que sean como sus padres, vagos, sin hogar ni domicilio ni más bienes ordinariamente que los que apenas cubren su desnudez. Los niños no conocen ocupación, y las cortas labores de las mujeres, después de recibir su precio como limosna, no las alcanza a sustentar.

No están sujetos a estas desdichas sólo los que nacieren en la última y más pobre clase social del pueblo, a quien la estupidez o habitual hacen tolerable su suerte; los campos están llenos de gentes que llevando un nombre ilustre, son continuamente atormentados de la discordancia que hay entre aquél y su fortuna, idea que les hace más amarga y violenta su situación. Hombres dignos de lástima que por un principio de política son temibles si se consulta la historia: no presentándoseles medios legítimos para enmendar su descalabrada fortuna, no perdonarán los prohibidos; para evitarlos y ocupar iguales gentes sin derogar, se ennoblecíó en Francia el arte de hacer cristales, pensamiento que no es inadaptable aquí.

Por causas análogas a ésta se ha minorado sensiblemente la población en la parte ocupada por los indios. El número de los propiamente indígenas es cortísimo respecto de la extensión que les contiene y del que vemos en las antiguas relaciones; su vida salvaje, las frecuentes guerras intestinas o malos, la superstición que les hace creer toda muerte efecto de sortilegio, y empeña a vengarse de los que conciben sus autores; las costumbres de todo pueblo errante y cazador, la poligamia misma tan contraria a la propagación pues franquea mujeres a los poderosos y por lo mismo priva a los que no lo son; los vicios y enfermedades que les comunicaron sus conquistadores; todas estas causas contribuyen a disminuirlos, y aun otra que es la confusión de las dos naciones; el deseo de pasar a una especie privilegiada; y la diferencia aunque pequeña de las comodidades que encuentran incorporándose a nuestro pueblo, les hace de-

saparecer del suyo, y habrían hecho uno solo si en éste hallasen aquellos medios de subsistir que ofrece al hombre laborioso con la educación a sus hijos igual suerte, o si entre la suya y la nuestra viesen una notable diferencia. Ya se habría disipado este fantasma que aniquila la Real hacienda y ha hecho tantos estragos. Se habrían olvidado los parlamentos, sonora ceremonia en que se trata como independiente un pueblo, a quien se llama vasallo, tratados que jamás se cumplen y en que con nombres de agasajos se les hace una verdadera contribución semejante a la que se hacía a las naciones bárbaras en tiempo de la decadencia del imperio romano. Estas donaciones sin causa, erogaciones gratuitas, sólo gratuitas, sólo propias a nutrir la altivez y desconfianza, producen recelo del que no es preferido y la queja del que no recibe. Las enormes sumas consumidas en esto, en la guerra que ha excitado y en la tropa que en el sistema actual es necesaria para mantener los indios, si se hubiera empleado en civilizarlos, hacerles sentir la comodidad de la sociedad y como dice Campillo y Ward, en hacerles tomar el gusto al canje que engendra el comercio y mueve el trabajo, habrían poblado el país y reintegrado el Erario con sólo sus contribuciones indirectas. Pero todo esto requiere un ánimo temporizador, una paciencia benéfica que espere la recompensa del tiempo futuro, y esta lentitud es incompatible con la fogosa ambición que prefiere los medios violentos a los tardos, aunque justos y seguros; por eso jamás entabla, cosa que necesita espera y menos un sistema seguido; pues recela que no seguirán sus huellas, así como borró las anteriores. Todos quieren coger laureles, nadie sembrarlos.

El comercio, una profesión sujeta a reglas, y que exige principios, ha sido únicamente aquí el arte de comprar barato y vender caro. Antes ofrecía grandes utilidades a los que lo ejercían porque eran menos aún que las necesidades ficticias menores; pero entretenidas por pocas manos, unían a ellas sus productos. Así el que hacía la valiente acción de un viaje a Buenos Aires, o el arrojado de embarcarse para España, lograba la admiración y riqueza que hoy no consigue el que da la vuelta al mundo. La libertad concedida al comercio, la facilidad de hacerlo y las necesidades que crecen han hecho fluir sobre este medio de satisfacerlas una inundación de gentes que no adelantando en conocimientos, ni pudiendo aumentar los consumos, va bajando los precios; con la concurrencia hacen que la multitud de traficantes se estorbe por la pequeñez del círculo. No pudiendo dilatarlo ni habiendo otro a que pasar, todos los que se sienten capaz de hacer algo se dedican a este giro y a la agricultura a pesar de su desengaño; reservándose para las minas los que nada tienen que arriesgar; pero comúnmente la insuficiencia de tales ocupaciones que debían embargar cada una sola o un solo ramo de ellas muchos hombres, permite y obliga que uno solo las abrace todas; comercian a España y en lo interior, por sí y por segunda mano, los labradores, abogados, militares, empleados de oficinas, viudas y cuantos pueden. Se ven reunidas en una cabeza las ocupaciones que bastarían para un barrio y

procurando cada uno bastarse a sí mismo, cada uno desearía ser un Robinson. Si al contrario, abrazada una ocupación se hallase en ella recompensa proporcionada al anhelo que se pone, nadie dudaría de contraer todas sus fuerzas a una sola, y comprar a las otras con sus sobrantes las comodidades que ofrecen. Cada clase sería consumidora de las superfluidades de las restantes; recíprocamente socorriéndose, serían instrumento de la felicidad común, y todas juntas de la nación. No veríamos llegar la quiebra que nos amenaza y que es inevitable si seguimos a este paso.

El comercio que este reino hace con los demás de América, es casi todo de frutos de su suelo, y una muy pequeña parte de su industria. El primero por todos respectos es el trigo. 220.000 fanegas se llevan anualmente a Lima. De éstas, 170.000 se embarcan en el principal puerto de Valparaíso. Allí se compran por los dueños 26 buques que hacen este comercio. Todos los vecinos de Lima a excepción de tres que hay en la Concepción, que inmediatos al mar tienen mejores proporciones, unidos entre sí por el mejor interés, lo compran a ínfimo precio que cuando no deja pérdida a los comerciantes del país, sólo queda a los cosecheros una pequeña utilidad, esto es, por las tierras y trabajos muy modernamente valuado. Las providencias y precauciones tomadas, las frustra el fraude de los depositarios que debiendo tener a disposición de los dueños que les contribuyen con un real de plata por cada fanega, o piensa que se encierra en sus almacenes o bodegas, los venden y por este medio los privan de las utilidades que podrían tener, y de fijar el precio según el tiempo, carestía, concurrencia u otros accidentes; proveyendo ellos los buques y reponiendo cuando no hay compradores; logran sin riesgo hacer una ganancia injusta.

Muchos se persuaden a que si se exportasen los frutos de cuenta de sus dueños en buques del país, no estarían sujetos a los servicios que los causan los navieros actuales, y los bodegueros, porque el arbitrio de flotar sólo les queda cuando no tiene cuenta a los barcos comprarlos, y por lo mismo, ni a los cosecheros, pero para esto encuentran dificultades no pequeñas; un apoderado en Lima no podría con sólo las instrucciones expedirse en el dificultoso trato con los panaderos a quienes se fía trigo y que estando comúnmente quebrados dejan descubierto al último aviador: esto sólo exige un Argos y no es fácil hallar muchos para negocios ajenos; los de Lima hacen fácilmente sus compras en el puerto ordinariamente y para ello les basta el maestre. Los reparos y carenas que suelen costar más que los mismos barcos son una clase de gastos que necesitan pronta resolución, y que no pueden fiarse a un apoderado y sobre todo cuando se hacen en Guayaquil, que no tiene relación alguna mercantil con este reino, y en lo gubernativo está sujeto al virreynato de Santa Fe. Ha fortificado este modo de pensar la desgraciada suerte de dos o tres embarcaciones de estos reinos, aunque causada por otros accidentes pero bastante para formar una preocupación intimidando al común que siempre juzga por el éxito.

Sin negar a estas u otras causas concurrentes algún influjo, creo que la decadencia del reino es efecto necesario de su constitución, como lo ha sido en todos sus terrenos; únicamente dedicados a pastos, minas y trigos.

Los de esta clase son pobres, recihen siempre la ley de los compradores, y más cuando siendo fijo y limitado el consumo, no deja la esperanza de resarcir la pérdida anual con un acontecimiento extraordinario, recurso que tiene Dinamarca, Sicilia, Silecia, Marruecos y otros que se hallan en el mismo caso. Aquí sólo Lima, los puertos intermedios no crecen, jamás hay carestía ni concurrencia, los frutos no se pueden guardar por la humedad de los puertos, con que es preciso sufrir el yugo, o imitando a los países que se han hallado en igual situación, añadir otro trahajo, como la Sicilia las sedas, como de Silecia lino y cáñamo, separándonos a su ejemplo un tanto de los objetos que tan injustamente han ocupado toda nuestra atención y de que se extraen los siguientes:

A Lima y puertos del Perú

Precios corrientes

Trigo	220.000 fang	a 10 reales	\$ 275.000
Sebo	21.000 qtles	5 pesos	105.000
Cobre en barra	13.000 qtles	8½ pesos	110.000
Id. Labrado	16.000 lib.	3 reales	6.000
Jarcia en blanco	3.000 qtles	8 pesos	24.000
Almendra	12.000 lib.	2½ reales	32.500
Vino	6.500 botijas	5 pesos	3.750
Cueros de vicuña	1.500	10 reales	1.875
Congrio seco	200 qtles	20 pesos	4.000
Cordobanes	14.500	10 reales	15.625
Charqui o cecina	1.000 qtles	3 pesos	3.000
Grasa de vaca	1.200 arroba.	2 pesos	2.400
Harina	600 fang.	10 reales	750

En otros efectos de poca monta como anís, orégano, nueces, hilo bramante, frutas secas y en dulce, cocos, legumbres, estribos de maderas, petacas o arcas de cucro, cachanlagua, culén, velas de sebo, lenguas de vaca, azafrán, cueros de pelo y curtidos, cebada, quesos, pescadilla, manteca, ponchos, y alguna madera; todo

25.000
609.400

Azúcar cuando menos	7.600 arroba.	a 4 pesos	\$ 304.000
Bayeta ordinaria llamada de la tierra	200.000 varas	3 reales	75.000
Tocuyos	300.000 id	27/8 id.	107.812
Añil	5.000 libras	20 id.	12.500
Paño de Quito	5.500 varas	20 id.	13.750
Arroz	1.500 arroba.	20 id.	3.750
Piedras de Sal	22.000	2 pesos	44.000

Salitre de cuenta Real hacienda	400 qtles	23 id.	9.200
---------------------------------	-------	-----------	--------	-------

Se empezó a traer de la Rioja y el Tucumán, pero siendo de inferior calidad al de Lima, se ha vuelto a conducir éste. Otros pequeños efectos, como sombreros de paja, pabilos, manteles y colchas de algodón, pita, chocolate, cuerdas, albayalde, solimán, miel, munición, peltre, labrado, cacao, telas, crin, pastillas de olor, botonaduras y chanca-ca, todo:

.....	50.000
El tabaco en hoja y polvo, aunque viene de cuenta de Real hacienda, la parte que es fruto del Perú asciende a lo menos a
	<u>300.000</u>
	920.012

Inclina visiblemente la balanza el Perú a su favor, y en cambio de nuestros efectos, todos de primera necesidad, nos envía unos de puro lujo, otros que tenemos y podríamos enviarles si se fomentasen, y otros de una y otra clase: de los primeros es la azúcar, de los segundos los tejidos de lana y de ambas el tabaco, estos tres grandes absorben el producto líquido de estas extendidas y fértiles tierras.

Para Buenos Aires y provincias del Este de la cordillera se llevan:

(Continuación)

Doscientos cincuenta pesos para comprar yerba	a 12 reales	\$ 250.000	
Cordobanes	12.000	7 id.	10.500
Cobre Labrado	10.000 lib.	2 ½ id.	3.125
Almendras, pellones y algunas menestras, quesos canchagua y culén			<u>1.000</u>
				264.625

Viene en retorno:

Yerba Paraguay	100.000 arro.	a 3 pesos	\$ 300.000
Mantas	20.000	9 reales	22.500
				<u>322.500</u>

Otros efectos hay que sólo dejan la utilidad del transporte al pasar por el reino; este giro era de consideración cuando se hacía el comercio por flotas, y tenían las provincias que proveerse por tierra de las mercaderías de Europa, que llegaban a determinados puertos, se cargaban desde éstos para los demás, y para los lugares mediterráneos; pero habiéndose familiarizado con el Cabo de Hornos, casi todo viene por mar a su destino. A más los frutos de Lima como azúcar, arroz y otros, los de aquí como almendras, menestras, etc., ya vienen tan frecuentemente de España en los correos que han reducido este tráfico a 5.000 arrobas de yerba del Paraguay, que pasa al Perú y algunas otras especies en muy poca y varia cantidad. En esta clase entran los infelices negros de que muy raros quedan aquí para el servicio doméstico de personas que no pueden servirse, ni lo merecen, de hombres libres, porque su cruel índole y mala educación sólo puede sufrirse por forzadas. El interés, superior a todas las lecciones, va desterrando de aquí este deshonor de la humanidad, y lo barato de los jornales hace entre mil males este bien; porque saliendo más caro un esclavo, regulan el interés y riesgo del precio su mantención en todo tiempo y edad, su vestuario y enfermedades, comparado con su servicio y el de un jornalero, que ya no los hay para el trabajo y sólo en el Asia se miran por objetos de lucimiento y ostentación, y se les da comúnmente buen trato. La razón de conveniencia que sacrificó estas víctimas para liberar a otras sin conseguirlo, hará desaparecer de Chile esta horrible practica, mientras el resto de la América regará con sangre unos frutos que sólo sirven a lisonjear la sensualidad.

Para formarse una idea de la utilidad que deja el carguío, que es uno de los giros de los vecinos de Chile, diré los precios de los fletes desde esta capital a las principales partes a donde se hacen, conduciéndose en mulas, cuyo valor con aparejo es de diez a doce pesos; y su carga de 15 a 17 arrobas. A Mendoza 5 pesos, a Valparaíso 10 reales, y 6 cuando es trigo, a Coquimbo 4 pesos 4 reales. Una carreta tirada con cuatro bueyes y con la carga de 100 hasta 150 arrobas gana 15 pesos a Valparaíso.

Seguros no hay por ninguna parte, ni las pérdidas poco frecuentes han hecho pensar en este medio de evitarlas; sólo se habla de esta precaución en los días siguientes a una desgracia. Con tal ocasión se trató durante la guerra última con la Gran Bretaña de formar una compañía, pero luego se dispó el proyecto con la paz, o con alguna pequeña dificultad insuperable para un comercio limitado y que pensará en ello algún día por excusarse de hacer esta contribución a otros cuando quieren precaver las contingencias.

Lo mismo sucede con los cambios, este nivel del comercio. Nadie remite dinero para girarlo en letras y únicamente para emplearlo de su cuenta o darlo a riesgo; pero siendo una especie de cambio del flete o transporte del dinero el que y su escasez reglan su valor, le diré el que se paga comúnmente. El oro, que en invierno pasa a espaldas de hombres la cordillera, paga hasta Buenos Aires uno por ciento, y el verano, que va a lomo de mula,

medio por ciento. En esta ocasión va la plata, que paga uno por ciento. Esta conducción se ha hecho hasta aquí por el correo; pero habiéndose perdido uno con cerca de 40.000 pesos en oro, por el mal tiempo en la cordillera, y no asegurando la renta esta clase de accidentes; trata el comercio de enviarlos con conductores propios que afiancen el mal éxito de su encargo. Para remitir dinero siendo necesario reducirlo a doblones o plata fuerte pues la extracción de la moneda está prohibida, se paga por pesos fuertes uno por ciento, y por doblones seis a ocho por ciento, según la escasez, y éste es un ramo de comercio interior que ocupa tres o cuatro individuos que compran el oro a los mineros y hacen amonedar para cambiarlo. Comercio que exige gran conocimiento y la flema de un chino.

El comercio que se hace de efectos de Europa, no puede fijarse su importancia por variar según los buques que vienen, la guerra y otros accidentes que concurren a impedir su regularidad. Sin consumo, así porque siendo su medida la extracción de los metales que únicamente recibe en compensativo se puede asegurar que de un millón y trescientos mil pesos que salen anualmente en oro, en plata y en cobre, deducida la cantidad de doscientos mil pesos que se emplean en comprar cien mil arrobas de hierba en Buenos Aires y conducir las, el resto es el producto de los géneros europeos, y es un buen argumento que prueba demostrativamente que se gastarían muchos más si hubiese medios de adquirirlos, y que mientras no hayan producciones con que cargar los navíos españoles en estos puertos, no vendrán a ellos en derechura, o no podrán hacerlo con comodidad, o multiplicar inútilmente sus viajes. En vano se franquean los puertos y abaratan los precios, si la península ni consume más ni saca más frutos. Ni hará otra cosa que cargar a este puerto de más alimento que el que puede digerir; y en este sentido hace que Chile tenga más comercio que el que necesita y pueda sostener; que la continua extracción de moneda, que tanta falta hace al giro interior como el aceite a una máquina, lo entorpezca y debilité; arrastrando no sólo los metales signados sino los que son mercancías, privar de un fondo que conviene conservar imitando la conducta de Génova, donde se prohíbe la porcelana y permite la vajilla de oro y plata, allí se hace porque hay en la nación una masa de que puede disponer el Estado en caso necesario; aquí por este motivo y por dar más estimación a un fruto del país, que no entrando en la circulación contribuya, aumentándolo, a hacerlo caer. Sistema que debe hacernos desear el uso de galones y telas, así como el consumo de trigo y carnes; y que hizo decir a un buen Ministro que mandó en este reino que si los padres incubasen en que sus hijos se desayunasen con sopas, serían felices, así sustituirán el uso de dos producciones propias a la azúcar y yerba del Paraguay, que nos arruina en intereses y salud.

Del estado de población y comercio se infiere bien el de las artes: sólo hay necesarias para la vida. Las que no están en la infancia, aún les falta mucho para la perfección: carecen de los principios esenciales para su adelantamiento, dibujo, química y opulencia, esta madre de las necesi-

dades artificiales y del uso de quien no se puede ni extinguir ni conviene a la metropoli combatir, es necesario dirigir al bien, y mover el resorte que hace a los hombres industriosos y activos. Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, beneficiadores sin docimasia, hojalateros de rutina, zapateros tramposos, forman la caterva de artesanos que cuanto hacen a tientas más lo deben a la afición y a la necesidad de sufrirlos, que a un reglado aprendizaje sobre que haya echado una mirada la policía, y animado la atención del Magistrado, su ignorancia, las pocas utilidades y los vicios que son consiguientes le hace desertar con frecuencia, y variando de profesiones no tener ninguna. Si por medio de una Academia o Sociedad se les inspirasen conocimientos y una noble emulación, ellos se estimarían, distinguirían desde lejos el término a que pueden llegar y emprendiendo el camino serían constantes, útiles y acomodados; tal vez harían brotar de cada arte los ramos en que están divididos en las partes donde se han perfeccionado.

Otros objetos de industrias ocupan groseramente a algunos hombres que podrían entretener miles si se fomentase. La pesca, que muchos piensan no costearía en grande por lo caro de los barcos, pudiera ser útil si éstos se construyesen en los lugares donde abunda la madera, y más si se extrajese; hoy sólo se hace para el consumo del país con abundancia y para llevar a Lima en Coquimbo, donde van 800 arrobas de congrio y que venden a 5 pesos, y que en Valparaíso donde secan un pez de media vara que llaman pescada, y producía 20.000 pesos. Este pez que antes arrojaba el mar, y sólo servía de infestar a sus habitantes, sirvió como útil desde que les enseñó con su ejemplo a beneficiarlo poco más hace de treinta años D. Luis Lison.

Otros con iguales sentimientos, pero menos fondos, protección o suerte, han tentado contribuir al fomento de la industria, y seguramente hubieran perpetuado su beneficencia si hubiesen vivido ahora que, deshecho los antiguos perjuicios, vemos que no se desagrada al gobierno por ser laborioso, y que nos anima el mismo Soberano a buscar nuestra comodidad.

La costumbre, la falta de objetos a que dedicarse y no querer perder comercio: minados del lujo procuran engañarse, disimulando su decadencia sin persuadir a nadie corren a ella, jamás calculan los gastos y entradas, porque este examen anticiparía la vista del mal, que llega de repente, cuando ejecutados por los censos o una quiebra, conocen que han vivido del principal, y ven pasar su posesión a manos muertas a pesar de tantas leyes, y providencias que lo prohíben, y sus hijos a la clase de un pueblo indigente y mísero.

El deplorable estado de Chile lejos de hacer desesperado su remedio, debe empeñar a buscarlo; él mismo encierra recursos para reestablecer su población industrial, comercio y agricultura, y para poder ser tan útil a la metrópoli, como hasta hoy le ha sido gravoso. España necesita

consumidores; para los primeros es necesario una gran población, para lo segundo, que ésta tenga con que satisfacer lo que recibe; y se completaría la felicidad de ambos países si los efectos que éste retornase fuesen los que no produce la península, a otras naciones, así no embrazando su exportación y conservando a la madre patria la debida dependencia, la libertad de lo que sufre. Donde el hombre encuentra como satisfacer los deseos con que nace, subsistir, tener comodidades y distinguirse, allí se multiplica; todo lo halla donde tiene un trabajo constante, susceptible de la extensión que se le quicra dar y capaz de ocupar la cuarta parte de las personas que componen la sociedad, que debe sostener las otras tres. Este reino tiene en que ocupar no sólo el cuarto de sus actuales habitantes, sino de 17 tantos más que admite. Los medios de lograrlo voy a expresar a V. E. si uno sólo se verifica tendré la inestimable satisfacción de ser útil a muchos, o si no, pasarán mis ocurrencias por sueños de un hombre de bien que desea la felicidad de sus semejantes.

La cultura intelectual en Chile durante el período colonial*

En esta primera parte, hemos de limitarnos a constatar la marcha seguida entre nosotros por los que se dedicaron a las letras, estudiando el alcance de las producciones del espíritu bajo las influencias inmediatas que obraron en nuestro suelo, bien sea a consecuencia de los hombres que las sufrieron, bien sea a causa de las tendencias impresas a su carácter por el pueblo en medio del cual vivieron, o de la naturaleza propia de un país desconocido y como perdido en un rincón del mundo, estrechado por el Océano y los Andes.

Nada tuvieron los invasores que aprender del pueblo que venían a conquistar, a no ser una que otra voz que vino a aumentar el castellano.

Pero, en cambio, la lucha constante en que vivieron, el peligro diario en que sus vidas se hallaron por la indomable resistencia de un pueblo salvaje, vino a imprimir a los escritos que se elaboraron durante todo el curso del período colonial una fisonomía especial. Interesados en recordar las experiencias del pasado para resguardarse de los peligros del porvenir, se dedicaron con afán a escribir la crónica de los sucesos de la guerra araucana. Bajo este aspecto, puede asegurarse que, a excepción de los libros teológicos y de otros de menor importancia, toda la literatura colonial está reducida a la historia de los hijos de Arauco, cantada en forma de proezas o de crónicas más o menos bien ordenadas.

Este continuo batallar, que imprimió a las letras de la Colonia un carácter diverso del que asumieron en el resto de los dominios españoles de América, constituye precisamente su originalidad y su importancia.

Al paso que en otras de las colonias americanas se trabajaba con más holgura y sobre temas acaso más variados y abstractos, pero siempre mucho más frívolos, entre nosotros, limitado el campo de producción por la necesidad de la conservación propia, nos han quedado, por ese mismo motivo, obras que interesan en alto grado a la posteridad.

De aquí que, como dice Moke, »en las muestras de la literatura de un pueblo es donde se reflejan sus sentimientos y sus ideas, porque ella es la que ofrece la expresión más viva, más pronunciada y más inteligente«.

Prescindiendo de este rasgo capital, hay otra circunstancia que concurre a dar a la literatura colonial de Chile cierto sello distintivo, y es el doble

*Reproducido de »Colección de autores chilenos. José Toribio Medina. Ensayos«, Editorial del Pacífico, S. A. Stgo. de Chile, 1952, pp. 43-51.

papel de actores y escritores que representaron los hombres de quienes vamos a ocuparnos. Este estudio nos revelará, pues, al mismo tiempo que el conocimiento de las obras que la componen, las líneas personales de los que las formaron. Tal hecho fue siempre anómalo en los anales literarios de cualquier pueblo, pero entre nosotros la excepción la constituye el sistema contrario. Refiriéndose Voltaire a este preciso caso, decía con razón que punto de vista tan nuevo debía también originar nuevas ideas.

La vida de cada uno de estos escritores está tan ligada entre sí, que conduce naturalmente a hablar de la de los demás. Sin embargo, poco a poco va desapareciendo esa personalidad, vinculada principalmente a las obras históricas, hasta llegar a Molina, que ha podido prescindir de ella casi por completo.

Otro rasgo peculiar de esos escritores es el amor al país en cuyo servicio han consumido sus mejores años. El nombre de Chile aparece casi siempre en sus obras rodeado de una especie de aureola formada por los destellos de un cariño entusiasta. Ovalle, Molina, y más que ninguno, Santiago de Tesillo, que veía reproducirse engrandecidas en los Andes las montañas de su pueblo natal, no tienen palabras bastantes con que ponderar las bellezas de nuestro suelo.

Existe un hecho biográfico casi constante que se presenta al crítico como signo marcadísimo de la fisonomía moral de nuestros antiguos escritores.

Hubo, en efecto, muchos que habiendo profesado las armas entrábanse a un convento a prepararse en sosiego para el trance de la muerte, procurando olvidar con la penitencia las faltas de una vida más o menos trabajada y azarosa. Caro de Torres, después de haber pasado su juventud en los campamentos, vistió la sotana, sin alejarse por eso del ejercicio militar; Carvallo mismo, que era un soldado no poco alegre, lo intentó también, y a este tenor pudiéramos citar varios otros nombres.

Con frecuencia estos cambios de estado fueron atribuidos a designios de Dios, cuando no se hacía entrar de por medio a la Fortuna, esta diosa ciega, a la cual tan gran culto rindieron nuestros antepasados. Aventureros por excelencia, todo lo fiaban a la suerte; fatalistas por principios, no se arredraban jamás ante los peligros de la Naturaleza o del enemigo, seguros de salir ilesos si su buena estrella, por anterior designio, no hubiera de eclipsarse todavía. Estas teorías eran sin duda reprochables, pero fueron en aquellos años la fuente de brillantes acciones.

Se ha repetido tanto fuera de España que los conquistadores del Nuevo Mundo fueron los verdugos de los indios, que se hace necesario vindicar a los que escribieron entre nosotros, y especialmente a los poetas, de tan grave inculpación. Tenemos casualmente el testimonio lealmente expresado del mismo Ercilla sobre un lance tan grave y doloroso como fue la muerte del valiente Caupolicán, en que declara que, a haber él estado presente, habría sabido impedirlo. Alvarez de Toledo no es menos compasivo. Bascuñán, aun Tesillo, cuya alma hubiera podido sentirse enco-

nada en tantos años de lucha con un enemigo de ordinario pérfido, no tiene para ellos sino palabras de piedad.

Las acciones de esos escritores realizadas en la grandiosa naturaleza de un mundo nuevo y prestigioso, formaba tema admirable para que los autores dramáticos de España no se apoderasen de sus figuras y las presentasen en la escena hermoideas con el prestigio de una imaginación brillante y de un talento superior. Lope de Vega, Calderón, Pérez de Montalbán, Ruiz de Alarcón, los más famosos dramaturgos de la Península, en una palabra, tomaron los hechos de la Conquista de América, y de Chile sobre todo, y escribieron sobre ellos piezas de efecto, que los contemporáneos designaron con el nombre de »comedias famosas«. Algunos de ellos, llevados de pasiones mezquinas y de pequeñas rivalidades, falsearon ciertamente la verdad, y a Ercilla, el más célebre de los poetas que cantaron nuestra historia, se le vio aparecer en las tablas de los teatros de Madrid ridiculizado por la pluma envidiosa del gran Lope. ¡Era siempre la eterna rivalidad de D. Alonso y D. García, la justa venganza del héroe soldado y el desquite asalariado del magnate!

Fue en aquellos años muy corriente la vulgar creencia de que las armas no hacían consorcio feliz con la pluma. Preocupados los chilenos casi únicamente de asegurar su propio y material bienestar, en la necesidad continuada de proteger sus hogares contra un enemigo siempre derrotado y jamás vencido, era natural que faltase el necesario reposo para escribir. Las consideraciones que el solo título de autor pudieran acarrear no eran suficientes en una sociedad turbada por el estrépito de las armas; es cierto, en cambio, que los grandes soldados, hombres con frecuencia distinguidos, fueron también los narradores de los sucesos del país. De aquí por qué cuando un escritor no era a un mismo tiempo militar de distinción, apenas si la posteridad conoce su nombre.

De los precedentes anteriores resulta que todos esos historiadores se han encontrado en situación de pintar a los hombres y las cosas como testigos de vista, dando a su relación cierto colorido propio y un aire de veracidad perfectamente explicable si se considera que escribían en medio de gentes que también habían presenciado los sucesos y que en el acto habrían protestado ante cualquiera falta de verdad. Por estas circunstancias podemos decir que, sumando los testimonios de todos esos escritores, puede formarse con ellos una relación completa y auténtica de la era colonial entera.

Mas cualquiera de esas relaciones que se examine se encuentra inconclusa, como si la luz a cuyo resplandor iban renaciendo las cenizas del pasado se hubiese extinguido por alguna ráfaga repentina. ¡Ah!, es que de ordinario la muerte venía a cortar aquellos trabajos emprendidos en el ocaso de la vida, o que el historiador, al corriente ya en su relación de lo que en esos momentos sucedía, tiraba la pluma y reservaba para los que viniesen en pos de él la continuación de su obra. Otras veces, el desaliento se apoderaba del escritor y renunciaba a su tarea; en ocasiones también dábese

a la prensa la primera parte de algún trabajo y nunca más tarde llegaba a ofrecerse la ocasión de dar a luz lo restante.

Es seguro, sin embargo, que, a no considerarse muy de cerca lo que entonces pasaba en Chile, se podrá decir que esos hombres, en apariencia rudos soldados y faltos de tiempo para darse la instrucción necesaria, no eran los más a propósito para el manejo de la pluma; pero si se atiende a que ellos y los miembros de las órdenes religiosas eran casi los únicos que gozaban de los beneficios de la cultura, será necesario llegar al resultado de que, consignando impresiones propias, o sucesos pasados perfectamente análogos a los que en su tiempo presenciaban, esos capitanes de ejército o esos eclesiásticos diligentes y activos eran los más idóneos para la tarea que dejaron realizada.

Había, con todo, un poderoso elemento que en gran parte venía a destruir la buena disposición en que nuestros escritores pudieron encontrarse, y era la falta de espontaneidad que presidió a la mayoría de sus trabajos. En efecto, muchas de esas obras de una labor sostenida que hoy poseemos no fueron hijas del impulso propio, sino de los mandatos de un superior cualquiera. Tomemos desde el fundador de Santiago en adelante. Pedro de Valdivia no escribió sus celebradas Cartas para entretener ratos desocupados u obedeciendo a naturales inspiraciones, sino únicamente porque necesitaba dar cuenta a su soberano de lo que iba adelantando en la Conquista de Chile. El doctor Suárez de Figueroa recibía encargo de la familia del Marqués de Cañete para desvanecer en un libro el estudiado silencio de Ercilla en su Araucana. La mayor parte de los frailes escritores se disculpaban con la obediencia debida a sus prelados. El P. Alonso de Ovalle, que es sin duda el mejor de nuestros prosistas, no se decidió a tomar la pluma sino en vista de la completa ignorancia en que entonces, con más razón que ahora, vivía la Europa respecto de nuestras cosas. Tesillo escribía por condescendencia con D. Francisco de Meneses, y otro le respondía por enaltecer la memoria del que le precediera en el gobierno; Carvallo, por fin, redactaba su voluminosa historia teniendo en vista un encargo oficial.

Estas órdenes para reducir a libros los sucesos de la guerra araucana, partieron en más de una ocasión del mismo soberano de España y encontraron entre nosotros en los gobernadores del reino decididos secuaces. Sábese, por ejemplo, que el presidente Fernández de Córdoba había hecho en su tiempo gran acopio de materiales sobre este asunto, y de que por fortuna es probable se aprovechase posteriormente el más notable de nuestros cronistas, el jesuita Diego de Rosales; y para nadie es un secreto que el diligente D. Ambrosio O'Higgins había encargado durante su administración al capitán Ojeda que redactase una historia de Chile.

Felizmente, muchos de los personajes que rigieron el reino fueron personas ilustradas, sin que faltasen tampoco algunas que, cultivando las letras o las ciencias, aspirasen al título de autores.

Es un hecho muy digno de notarse la ignorancia relativa y muchas veces

absoluta e increíble en que los que trataron de las cosas de Chile y de América en general se encontraban respecto de las producciones de otros escritores, y aun de los puntos más culminantes de hechos sucedidos casi coetáneamente con ellos. La misma historia del descubrimiento del Nuevo Mundo era casi un mito para los literatos de la Colonia. La ilustración notabilísima de Rosales no había alcanzado siquiera a penetrar la verdad de los viajes de Colón; y por este estilo se encuentran desconocidos sucesos que hoy los muchachos de escuela repiten sin titubear.

No puede negarse que la dificultad de comunicación entre las colonias americanas, o más bien dicho, el sistema absurdo de dependencia de unas a otras establecido por la Corte, y que entre nosotros llegaba al extremo de que las mercaderías enviadas de España a Valparaíso, o viceversa, debían hacer primero el viaje de Lima antes de ir al lugar de su destino, contribuía por mucho a esta ignorancia hoy apenas explicable para nosotros. La enorme distancia a que Chile se halla respecto de las demás naciones era, además, por sí sola, una causa bastante para la pobreza literaria. González de Nájera, soldado español que vivió en Arauco a principios del siglo xvii, reconocía ya que las hazañas de los criollos de Chile, «aun para sus mismos progenitores», quedan sepultadas en el olvido, por causa tan poco suficiente como es el haberlas obrado en tierra tan remota.

A lo caro y dificultoso de las impresiones, a la suspicacia quisquillosa de la corte, a las trabas religiosas opuestas al libre cambio de las producciones intelectuales, debemos añadir el egoísmo empecinado en que se encerraban los dueños de los libros. Las quejas de los que trataban de escribir se repetían casi diariamente por no poder consultar las obras hoy más vulgares; y esta falta de noticias de lo que otros habían dicho, no fue sólo peculiar a la verdadera época de la Colonia, sino que se presentaba hasta en los comienzos de este siglo. El padre Ramírez, primer maestro de D. Bernardo O'Higgins, se lamentaba de no tener a mano la Descripción del Obispado de Santiago, de Fernández Campino, y el benemérito Camilo Henríquez, ansioso de penetrar en la historia de nuestro pasado, más obscura e ignorada que la de otros remotos países, decía en el número tercero de La Aurora que D. José Pérez García había sido «el único que hasta ese entonces tuviera la bondad de comunicarle sus papeles».

Pero restaban todavía los afanes de la publicación. En Chile, apenas si necesitamos decirlo, no había entonces imprenta. En 1789, al Cabildo de Santiago dirigió una solicitud al soberano pidiendo permiso para establecerla; pero ordenóse formalizar primero la petición ante la Audiencia, y no se sabe si por este u otro motivo el intento quedó en nada. El que quería, pues, ver su nombre en letras de molde no tenía más recurso (como aconteció muchas veces) que hacer en persona el viaje a Lima o a España, o fiarse de la honradez de un agente. Al digno obispo Villarroel le sucedieron a este respecto (por no citar más de un caso) percances muy desagradables. Había encomendado a cierta persona algunos manuscritos, distrayendo no pequeña suma de su fondo de limosnas para que se publica-

sen en España, y al fin de cuentas resultó que los cajoncillos que los llevaban, los que no hicieron naufragio en el mar, corrieron borrasca en la Península, habiéndose alzado el emisario con el dinero y abandonado su encargo. Meléndez, recordando varios ejemplos de esta naturaleza, concluye con razón, que »todo este riesgo tienen los pobres escritores de las Indias que remiten sus libros a imprimirlos a España, que se quedan con el dinero los correspondientes, siendo tierra en que lo saben hacer, porque hay muchas necesidades aun estando presentes los dueños, cuando más en las largas distancias de las Indias, y echan el libro al carnero y al triste autor en olvido«. »Si muchos de los excelentes frutos del ingenio americano, dice el Mercurio Peruano, han quedado sepultados en el olvido, sin lograr por la impresión la recompensa de la fama, fue efecto en los pasados tiempos de la imposibilidad de costearla, y del riesgo que había en remitirlos a Europa«. Pocas obras han dado a luz los criollos que yo pueda citar, agrega Vidaurre, para garantir la verdad de lo que yo aquí me he avanzado a decir; pero esto no ha sido porque no se hayan aplicado ellos a componer diversas, sino porque los inmensos gastos de la impresión fuera del reino, donde hasta hoy no ha habido imprenta, las han dejado en el olvido de manuscritos«. Todavía a los comienzos de este siglo, un chileno que se encontraba en Europa exclamaba: »¡Qué desconsuelo para un buen patriota que ha consumido sus años y gastado su dinero el ver que para comunicar sus tareas al público no le bastaba la vida regular de un hombre!«.

Agricultura*

LOS HACENDADOS

Las tierras de Chile como las de los demás países se hallan divididas en pequeñas y grandes propiedades; las primeras pertenecen por lo general a la clase intermedia de la sociedad, de individuos demasiado pobres para que puedan ser llamados hacendados, y las segundas a las personas que en todo tiempo han tenido su parte de influencia en las distintas clases sociales.

Un gran número de estos últimos componían antiguamente la elevada nobleza que no creía rebajarse al ocupar su inteligencia y su trabajo en la industria de sus campos, y hoy, reunidos a los demás hacendados ricos, representan casi exclusivamente la aristocracia del dinero ya por derecho hereditario, ya por haber hallado en el comercio una fortuna, o ya también por haberla adquirido mayor aún en la explotación de las minas.

El principal deseo del chileno en cuanto ha reunido un capital es el de convertirse en hacendado yendo a pasar en el campo una parte del año; porque en Chile nada hay que pueda molestar a los ojos del filántropo sobre todo en las haciendas, donde no hay negros, ni esclavos, ni ninguno de esos restos de esclavitud que se conservan todavía bajo los trópicos.

Pero no hace mucho tiempo que este deseo de abandonar algunos meses la ciudad era desconocido del chileno, al que no aguijoneaba la imprescindible necesidad de descanso o el ansia de disfrutar de las bellezas y las comodidades del campo como lo hacen los ricos hacendados de Europa y especialmente los ingleses. No teniendo experiencia de la vida rural, no conociendo de ellas más que el trabajo y los productos, ignoraba casi completamente todos esos encantos que proporcionan los pintorescos jardines que el arte ha acertado a trazar con tanto gusto, y se contentaba con su hermoso cielo, con sus paisajes tan toscamente pintorescos, tan imponentes y en algunos sitios tan sublimes; y cuando las ocupaciones no le llamaban al campo, pasaba sus momentos de ocio en un salón silencioso, pobremente amueblado, cerrado herméticamente durante la mayor parte del día, y de este único modo conseguía librarse en el verano de los grandes calores que la falta de árboles y de fuentes bullidoras producen en torno de su morada.

Como un contraste de esta vida, en cierta época del año demasiado

*Extractado de «Historia física y política de Chile». Agricultura Tomo primero, Paris, Imprenta Thunot y Cia., 1862.

monótona, el hacendado chileno recibía de vez en cuando en su casa algunas familias que correspondían con el mayor apresuramiento a su invitación, sin que por esto su presencia aumentase la animación en la sociedad, porque en estos días de recepción se empleaba una parte del tiempo en jugar, a la malilla particularmente, que era y es todavía el juego predilecto del país, otra parte en dormir la siesta, y lo demás del día en comer, período el más alegre, el más animado sobre todo cuando había entre los convidados algunas de esas señoras de talento, de gracia y de genio muy divertido, como tanto abundan en Chile. Los placeres del paseo y de las visitas agradaban muy poco por regla general, y mucho menos aún los de la lectura, la pesca y la caza a caballo y a pie. Para la caza a pie era el chileno demasiado mal andador y no podía entregarse a un ejercicio tan cansador y que exige a veces grandes carreras, que no podía soportar por falta de costumbre.

Tal era no hace todavía quince años el hacendado chileno; pero afortunadamente se ha operado en su esencia un notable cambio. En los alrededores de las grandes ciudades y sobre todo en los de Santiago, el lujo de las casas urbanas se desarrolla más y más en los campos, y los muebles más preciosos, y las bibliotecas o estantes enriquecidos con libros de todas clases ocupan los salones y los gabinetes de los edificios que mandan construir los hacendados. Algunos años más y los impetuosos torrentes que atraviesan las haciendas serán utilizados para formar cascadas y saltos de agua, lo que unido a una grande y activa vegetación arbustiva proporcionará a estos sitios una comodidad que lejos de excluir los cuidados que cada hacendado debe necesariamente consagrar a sus negocios, contribuirá más de lo que se cree a la moralidad de los habitantes del campo acostumbrándolos a los esplendores y al bienestar de la vida campestre. En el día se llevan a cabo los viajes a los principales Estados de Europa con gran facilidad y los jóvenes que los emprenden no podrán menos de introducir en su país el buen gusto, la magnificencia que tantas ocasiones tendrán de ver en las haciendas de las personas ricas. En 1829, a su regreso de Francia supo el sabio legista don Mariano Egaña sacar partido de un pequeño manantial de su hacienda de Peñalolén, haciéndole salir de su rústico cauce para conducirlo por delante de la casa que habitaba donde, a favor de numerosos tubos artísticamente dispuestos, se ramificó formando una infinidad de saltos de agua y de cascadas. Este ejemplo que ha sido ineficaz o estéril sobre poco más o menos durante mucho tiempo, no tardará en ser imitado por otros hacendados no menos aficionados a la comodidad, a la magnificencia, y ya en los alrededores de Santiago muchos ricos hacendados comienzan a introducir, en sus haciendas, chacras o quintas, estas mejoras tan agradables. El señor Subercaseaux, don José Vicente Sánchez, don Pedro Lira, don Jorge Huneeus, don Ramón Chavarría, don Francisco Javier Ovalle, Errázuriz y otros, se esmeran en embellecer sus posesiones mandando hacer en ellas trabajos de gusto y plantaciones de árboles y de plantas extranjeras hasta que la vegetación del país les proporcione su contingente; porque nada hay más bello

que el ulmo, el ciruelillo, el maytén, el canelo, el peumo, la patagua, el tilco, la tiaca, el túnel y tantos otros árboles tan a propósito por la variedad de sus formas y los matices de sus colores para formar contrastes en los pintorescos jardines, confundiendo los agradables efectos de las sombras y de las luces.

...Procurando todos estos atractivos al campo es como se logrará que inspire interés y que los hacendados empleen en él para hacerle agradable una parte de sus rentas, gastos reproductivos y más provechosos para el adelanto de las comarcas que las magníficas casas y palacios que se construyen actualmente en las ciudades.

Según la tasación de las haciendas hecha en 1855 para la distribución territorial, el número de los hacendados, o al menos de los que se ocupan de la agricultura fue fijado en 32.222. Todos estos hacendados pueden ser divididos en dos clases: los unos habiendo adquirido sus haciendas por herencia hacen de la agricultura la profesión de toda su vida y contribuyen poderosamente al progreso de la industria agrícola; los otros no se ocupan de ella más que en ciertas circunstancias y de una manera brusca y espontánea. Estos comienzan a trabajar por decirlo así en una edad bastante avanzada y se ven obligados desde el primer momento a adquirir la instrucción necesaria al mismo tiempo que desempeñan sus negocios, lo que es siempre sensible, oneroso y exige además un capital de explotación considerable. Por fortuna el estado de sencillez en que se encuentra la ciencia de la agricultura en Chile hace su aprendizaje breve y fácil. Entre las personas que se consagran tarde a la agricultura se hallan algunos negociantes y mineros, los que bastantemente acostumbrados al trabajo y al movimiento de la plata, y conociendo además los resultados de un anticipo en una especulación, saben gastar sus capitales convenientemente para poner a sus haciendas en un estado de gran prosperidad. Tienen más experiencia que los antiguos hacendados del poder de estos capitales, y se apresuran a disponer de una parte de los productos de su primitivo trabajo para crearse con ella nuevas riquezas. La experiencia ha probado que bajo la dirección de las personas ricas y especialmente de los mineros, es como las haciendas de escaso valor se han convertido al cabo de algunos años en un manantial de riqueza y de grandes productos.

Entre los individuos de la otra clase de hacendados se ven varios empleados, legistas y sobre todo militares retirados; porque en Chile sucede con frecuencia que los campos son el refugio de los partidos vencidos o por lo menos la residencia de todos los militares a los que la necesidad del descanso aleja de las grandes ciudades.

LOS CAMPESINOS

Siendo Chile un país esencialmente agrícola resulta que muchos de sus habitantes se han dedicado particularmente a este género de industria. No se conoce aún con exactitud la relación numérica que hay entre esta

clase y las otras, pero puede provisionalmente estimarse como en una quinta parte de la población total que, según lo comprobado en 1854, es de 1.439.067 personas. Según este mismo censo los agricultores figuran en él en número de 253.078, cifra sin duda muy disminuida.

Por su origen indio, esta clase tiene dos historias, la de la época de su esclavitud en que encorvada bajo el poder de su dueño a él exclusivamente pertenecía su trabajo, y la de en que libertada de esta esclavitud, ha podido conocer la propiedad y hacer tornar en provecho propio de su familia el fruto de sus trabajos y economías.

Mientras el chileno indígena ha estado sometido a la gleba, ningún sentimiento de emulación ha podido aguijonear su actividad. Nació para trabajar, no vivía sino para sufrir, y no impeliéndole nada al trabajo se había hecho indiferente a todo, aun a su propio porvenir. A decir verdad sólo las amenazas y a veces los castigos podían arrancarle de su apatía ordinaria para volver a caer en ella tan luego como el ojo del dueño le faltaba.

Este estado de cosas duró en el norte hasta fines del siglo xviii, época en la que Ambrosio O'Higgins puso fin con su decreto de Illapel a los últimos vestigios de esta servidumbre. Pero por causa de su educación enteramente material, la posición de estos cultivadores no debía ser más satisfactoria después de su independencia. Obligados a bastarse a sí mismos, a velar por sus necesidades, a preverlas, a discutir las cuando la inteligencia les faltaba en todo y por todo, debieron al principio echar de menos su pasado, y tratar de volver a él si no como esclavos a lo menos como simples libertos, título que no podían entonces comprender ni utilizar, y que les hacía seres híbridos, simple compuesto de hombre y de esclavo. En efecto, las ventajas que sacaron de su independencia y de este sistema político del que no podían hacer uso, fueron casi nulas, y al presente su posición no ha cambiado sino muy poco, porque su indiferencia, la sencillez de sus costumbres, y más todavía la fuerza productiva del suelo y del clima, hacen las primeras necesidades de la vida poco numerosas y fáciles de satisfacer. Ahora bien, esta doble situación debía necesariamente traer a esa clase la inclinación a la indolencia y al reposo tan común en los países ardientes, vicio que por desgracia persistirá todavía largo tiempo en Chile porque entra en la naturaleza del hombre, y porque no puede ser vencido sino por las necesidades, ese excitante de la fuerza productiva.

...Otro de sus hábitos que lleva igualmente en sí el carácter de su origen indio, es la repugnancia que en todo tiempo han manifestado los colonos por la vida social. Durante largo tiempo las instituciones municipales no habían podido ejercer sobre ellos ese espíritu de cohesión que duplica la fuerza física, moral e intelectual de los habitantes de las ciudades. Era ésta una costumbre del todo contraria a lo que pasaba en los siglos xv y xvi, en los que todos los cultivadores se apresuraban por la tarde a volverse a sus villas o caseríos para dormir allí con toda seguridad. Los campesinos de España sobre todo eran esencialmente urbanos, y en sus campos raras

veces se veían granjas o grandes establecimientos de habitación, así como en los de toda la raza latina, bajo este punto de vista tan diametralmente opuesta a la raza eslava. En los primeros tiempos de la conquista de Chile forzoso fue a los españoles seguir sus antiguos hábitos por la necesidad en que se encontraban de defenderse mutuamente; pero más tarde, cuando el elemento araucano se inoculó en la sangre española, y cuando por el establecimiento de las encomiendas las haciendas comenzaron a poblarse, se vio entonces desaparecer poco a poco estos habitantes y pronto el pueblo a retirarse a los mismos campos para no salir más de ellos. La agricultura debía sin duda ganar con esto, pero la civilización retrogradaba tanto como se ve por la carta que en 1700 escribía al Rey de España el obispo de Concepción don Francisco de la Puebla González, en la que le manifestaba todo su dolor por el estado de barbarie en que había encontrado todo el país comprendido entre esta ciudad y Santiago, no habiendo visto una sola aldea y sí solamente muy malos ranchos habitados por familias sin costumbres ni religión. Por lo que se decía en esta curiosa carta, el Rey ordenó en una real cédula de abril de 1703 que todos los campesinos habitaran en aldeas que debían formarse, so pena, en caso de denegación, de ser desterrados o enviados a los presidios. Otras muchas reales cédulas habían ya prescrito a los encomenderos que impidiesen el trato de los chilenos con los indios de encomienda, y que reuniesen a aquéllos en una especie de confraternidad con la esperanza sin duda de ver a todos los cultivadores poner en común sus buenas cualidades y llegar así a un grado de civilización al que no puede pretenderse sino por el espíritu de emulación y de amor propio que suscita la sociedad.

A pesar de estas severas ordenanzas, el cultivador chileno no ha podido nunca conformarse. Fue con gran dificultad que la comisión de población establecida en 1740, llegó a poblar algunas aldeas que acababan de fundarse, a pesar de todas las ventajas materiales que ofrecieron a los primeros habitantes. Esta vida solitaria, tan semejante a la de los araucanos, está todavía en todo su vigor en esa clase de la sociedad chilena. Los ranchos se encuentran algo dispersos, y por una larga costumbre y a causa también del alejamiento a que sus deberes les obligan, no quieren acercarlos, lo que ocasiona un gran perjuicio a su civilización. La moral, la instrucción, y aun el bienestar no penetran allí en nada o muy difícilmente; y esto junto a la ausencia de todo testigo hace que las venganzas y resentimientos se satisfagan con facilidad y que las personas perseguidas por la justicia encuentren allí un seguro refugio. Muchas veces los hacendados, cuando la gran extensión de la hacienda no contrariaba sus miras, han tratado de reunir a todos los inquilinos y sirvientes en un solo punto para dar lugar a la formación de esas pequeñas aldeas agrícolas como se ven tantas en Rusia. Por medio de este género de reuniones la moral y la instrucción ganan mucho; el más pequeño robo es conocido, pero, aunque todo esto tienda al bienestar de estos agricultores, ellos con todo no pueden resolverse a realizarlas y los hacendados se ven casi siempre obligados a aban-

donar sus filantrópicos proyectos. Como los Germanos del tiempo de Tácito conservan siempre muy vivo el amor al aislamiento, lo que como hemos dicho, es muy opuesto al espíritu de la raza latina pronta a agrupar sus moradas en pequeñas aldeas. Esta gran diferencia de los campesinos chilenos con los de España prueba, más que toda otra cosa, que la sangre europea se ha mezclado muy poco en esta clase de la sociedad.

Otro no menos grave inconveniente de este aislamiento, es la dificultad en que se encuentran los buenos padres de familia de dar alguna instrucción a sus hijos a pesar de las vivas solicitudes de los hacendados. Hay todavía es cierto, algunos pocos hacendados bastante egoístas para felicitarse de esta ignorancia con la esperanza de que, inmovilizando el estado de peón en cierta clase de habitantes, llegarán más fácilmente a someterlos a su dependencia; pero el mayor número, al contrario, trata de establecer escuelas a su costa, y hasta obligan a sus inquilinos a enviar sus hijos a ellas animándolos con promesas y atenciones.

LOS INQUILINOS

Esta palabra de inquilino, por abuso de calificación sinónima de arrendatario, viene de la latina *inquilinus*, nombre que los Romanos daban a los colonos de su propia nación afectos a un terreno que cultivaban mediante un canon y según determinadas convenciones. Aunque su libertad, por lo que toca a ellos mismos, fuese hasta cierto punto definida, era con todo casi nula respecto de las tierras que se les daban en arriendo, puesto que allí convertidos en inmuebles no podían salir de ellas. Es pues erróneamente que se ha querido asimilar los inquilinos de Chile a los del antiguo Imperio Romano, dándoles un título que los somete a condiciones harto diferentes.

Los inquilinos de Chile no están, en efecto, sometidos a esta especie de esclavitud. Enteramente libres de su persona, no contraen sino una obligación voluntaria y revocable al cabo de algunos días, obligación que les somete a simples servidumbres semejantes a las que se veían en otro tiempo en las grandes propiedades territoriales y a las que se ven todavía en algunos países del norte de la Europa.

En Chile, el origen de esta institución no remonta más que a fines del último siglo. Tiene su principio, en parte a lo menos, en la jurisprudencia romana y se le encuentra en seguida en la de la edad media poco tiempo después de la manumisión de los siervos. La diferencia que hay entre una y otra es sin duda harto evidente, pero, con todo, no puede desconocerse que hay entre ellas un alto grado de parentesco.

Cuando los españoles se establecieron por derecho de conquista en las vastas tierras que deseaban colonizar, necesitaron brazos para cultivarlas y sacar provecho de ellas. Faltos de trabajadores de su país, se valieron de los indios Mitimayes que habían llevado consigo, y en seguida de los Yanaconas cuya amistad habían sabido ganarse y que habían sido

criados en sus casas. Estos fueron los primeros auxiliares de que se valieron, aguardando el momento en que, por el prestigio de sus armas, pudieran reunirles los vencidos a título de esclavos.

Este expediente, aunque vicioso en principio, fue aceptado por los reyes de España, como, por lo demás, lo había sido por los conquistadores de todas las naciones de Roma, de la Grecia, etc. No fue, con todo, sino en los primeros momentos de la conquista que se dieron a estos colonos, pues luego que el sistema territorial, sistema que fue únicamente seguido en un principio, estuvo bien establecido, el gobierno se los apropió no para venderlos a mayor postura como lo hacían los romanos, pero para darlos a los más meritorios a título de beneficio. Era ésta una enfiteusis simplemente temporal que cesaba a la muerte del favorecido, a menos que no hubiesen sido dados por dos vidas, en cuyo caso pasaban al hijo; entonces el Rey, a quien más tarde volvían de derecho, no podía disponer de ellos hasta la muerte de éste, y aún a veces hasta la tercera generación, lo que se llamaba una encomienda por tres vidas. Antes de recibirlos, el beneficiado juraba velar por la salud espiritual y el bienestar de sus indios y protegerlos e instruirlos en los santos principios del Evangelio; es por esto que esta institución fue llamada Encomienda y los beneficiados encomenderos. Como la ley no los consideraba más que como menores, se estableció en su favor el cargo de protector destinado a prestarles amparo contra toda injusticia de parte de sus dueños, los que, en este caso, eran inmediatamente privados de su beneficio.

Esta manera de disponer de los indios no duró largo tiempo en la provincia de Concepción, porque a causa de su vecindad con la Araucanía trataban siempre de evadirse para ganar esa tierra de libertad, lo que obligó al gobierno a mediados del siglo xvii a abolir esta servidumbre, para atraerse por medio de un buen tratamiento a estos auxiliares reconocidos como indispensables para sus cultivos. Pero al norte del río Maule esta institución duró hasta fines del siglo xviii, época en la que don Ambrosio O'Higgins la encontró en pleno ejercicio en algunas subdelegaciones, a pesar de las reales ordenanzas que la habían abolido del todo. Fue en su visita a las provincias del norte que este ilustre Presidente quiso levantar a estos indios del abatimiento civil y político que pesaba sobre ellos después de tanto tiempo. Por su decreto fechado en Illapel abolió para siempre esta institución a la vez agrícola y militar; pues, a ejemplo de los equites de la antigua Roma, el poseedor estaba obligado a regimentar a casi todos estos indios y, al primer grito de guerra, a llevarlos a combatir contra los de la frontera, tan a menudo dispuestos a rebelarse. Constituían así y hasta cierto punto la especie de feudo que la Edad Media llamaba *servitium militare*.

Los siervos de este modo emancipados necesitaban para mantener su papel de hombre civil y político, adoptar un nuevo género de vida para el cual no se hallaban en manera alguna preparados. En ellos el progreso material no estaba en relación con el progreso civil y se encontraban en

medio de mil dificultades de las cuales no podían salir, porque los propietarios a quienes ofrecían sus trabajos no sacaban de sus propiedades el beneficio suficiente para pagarles salarios que bastasen al mantenimiento de toda una familia. Poco previsores, por otra parte, a causa de la vida patriarcal que habían hasta entonces llevado sin gustar con todo sus dulzuras, la menor economía de los medios de subsistencia les costaba un trabajo y una violencia moral que los fatigaba con extremo. Su posición se hizo bien pronto más miserable, más pobre y desde entonces indiferente a su título de ciudadanos y al sostenimiento de su libertad y de su dignidad de hombres, pidieron permanecer en las haciendas, semejante a la de los antiguos libertos, es decir, una servidumbre de algunos días en la semana para ocuparse de ciertos trabajos de la hacienda, mediante el uso de algunas cuadras de terreno. Este fue el origen de la institución de los inquilinos, último eslabón de la esclavitud, casi en todo semejante a la de las encomiendas menos la servidumbre perpetua, y que convenía perfectamente a un país sin comercio, sin trabajadores, y a propietarios acostumbrados a no gastar un real para el cultivo de sus terrenos y para la manutención de sus labradores. Con poca diferencia representaba el franco-socage del tiempo del feudalismo a servicios fijos y determinados. Además, por esta nueva organización rural ganó también el cultivador si no en posición, a lo menos en dignidad, pues la sujeción no tiene nada de abstracto, de absoluto, de deshonoroso. El contrato que hace con su señor no es tampoco obligatorio; las dos partes quedan enteramente libres y pueden anularlo de una semana a otra sin que la justicia tenga que intervenir, en tanto, a lo menos, que la separación no sea motivada por un hecho que la equidad se encuentre en el deber de desaprobar. Es una relación desnuda de toda servidumbre y que resulta de una obligación bilateral voluntariamente contraída.

El inquilino no es, pues, como a veces se ha dicho, semejante a esos siervos rusos cuya inteligencia sufre tan notable detrimento por la falta de libertad, antes bien es un hombre del todo libre, enteramente árbitro de su suerte y únicamente sujeto a una servidumbre a condición de recibir gratis y a título revocable algunas cuadras de tierras para las necesidades de la familia. Constituye también una verdadera clase de la nación y puede por su trabajo y su conducta obtener todos los derechos de hombre independiente, tanto los de la fortuna como los de los honores.

Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile*

El consejo de la Universidad me ha encargado expresar a nombre del cuerpo nuestro profundo reconocimiento por las distinciones y la confianza con que el Supremo Gobierno se ha dignado honrarnos. Debo también hacerme el intérprete del reconocimiento de la universidad por la expresión de benevolencia en que el señor ministro de Instrucción Pública se ha servido aludir a sus miembros[...]

Deseo expresar algunas ideas generales sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena[...]

El señor Ministro vicepatrono ha manifestado también las miras que presidieron a la refundición de la universidad, los fines que en ella se propone el legislador, y las esperanzas que es llamada a llenar; y ha desenvuelto de tal modo estas ideas, que siguiéndole en ellas, apenas me sería posible hacer otra cosa que un ocioso comentario de su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

A la facultad de leyes y ciencias políticas se abre un campo el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales es lo que principalmente espera de la universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria. Herederos de la legislación del pueblo rey, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despejar las incoherencias que deslustran una obra a que han contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las instituciones republicanas. ¿Y qué objeto más importante o más grandioso que la formación, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico? La universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupación que condena como inútil o pernicioso el es-

*Publicado en «El araucano» de Santiago de Chile, Año de 1843. Andrés Bello, Obras Completas, Vol. VIII., Santiago, 1885, pp 303 y sigs.

tudio de las leyes romanas; creo, por el contrario que le dará un nuevo estímulo y lo asentará sobre bases más amplias. La universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lógica jurídica y forense.

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en este como en los otros ramos, el programa de la universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos para conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono?* y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque, para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones en un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa de recorrer el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia.

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que, por el estudio de otros idiomas vivos y muertos, nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de las traducciones siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acen-

tos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio, purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescindibles de la razón, que, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios serenos, auxiliares necesarios de la bella literatura y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos lunestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentarlos, señores, según yo lo concibo, el programa de la universidad en la sección de filosofía y humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogué jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma, creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representan. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de fray Luis de Granada — no quiero ir tan lejos —, hallaremos en el diccionario de Triarte y Moratin, medios adecuados, signos hechos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterar, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine la lengua de Chateaubriand y Villainain? Y no transparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culteransimo, demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo, y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la Edad Media, y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

La universidad fomentara no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, nuevo medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrarán muchos subragios en la universidad. Respetando como

respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarlo y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desarrollando en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de previos estudios históricos. Substituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones, y nada la hace más fácil y amena sino el proceder que, arrollando la memoria, ejercita al mismo tiempo el entendimiento y exalta la imaginación. El raciocinio debe engendrar al teorema, los ejemplos graban profundamente las lecciones.

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre el horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos, hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino de que, por una preocupación injusta, se las habría creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles, extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables

de verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero genio poético. Hallo en algunas de esas obras una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo pudo dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y fluida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y sale airoso de esta arriesgada prueba. La universidad alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: »Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y el mar del Sur; recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros, al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

»... *Musarum sacerdos,*
virginibus puerisque canto»

(HORACIO)

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya nuestra joven república? Celebrad sus grandes días, tejed guirnaldas a sus héroes; consagra la mortaja de los mártires de la patria«. La universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: »es preciso, decía Goethe, que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía«.

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habría algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundamental en las relaciones impalpables, etéreas de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte, la fantasía en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria, libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta por una parte a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se revela (sic) contra la autoridad de la razón y contra los más notables y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Elementos de gobierno existentes en Chile a principios del siglo XIX*

Hubo en la América Española una nación privilegiada, que tuvo la buena fortuna de constituirse bajo un gobierno regular, cuando aún no había desaparecido la generación heroica de la Independencia.

Ese país fue el nuestro.

Sólo quince años de infructuosos ensayos, de desorden e inquietud, separan la emancipación de Chile de la definitiva constitución de la República. Pero ni así en esos tres cortos lustros de anarquía, el país llegó a dar espectáculos de escándalos y barbarie comparables a los que forman la trágica historia de las demás naciones del continente.

Este feliz fenómeno tuvo que ser mal interpretado, tanto en Chile como fuera de sus fronteras, mientras prevaleció entre los pensadores del continente la vieja doctrina que atribuía exclusivamente a las instituciones escritas todo el bien y todo el mal de los pueblos.

El milagro de nuestra temprana organización, en medio de este caos espantable y confuso, hubo pues de ser atribuido a nuestra sabia Constitución de 1833. Sin duda las buenas leyes, y entendemos por tales las que, tomando en cuenta los elementos sociales existentes, saben disponer su aprovechamiento práctico, no pueden menos de auxiliar en alto grado la organización de un pueblo; pero las leyes son sólo un molde vacío e inútil si no están aplicadas a cierto orden de cosas real y capaz de modelarse efectivamente bajo las formas del derecho escrito.

En las Repúblicas hispanoamericanas han sido ensayadas más de una vez constituciones basadas en idénticos principios que la nuestra. Los políticos conservadores, en Colombia y en el Ecuador principalmente, hicieron un dogma de su admiración por la Carta Fundamental de Chile. El éxito no ha correspondido a sus expectativas. Llegaron sólo a establecer despotismos tan efímeros e inestables como los despotismos liberales.

Es que en toda organización política hay que distinguir dos cosas: los fundamentos sociales del poder y del orden y la forma en que el gobierno se ejerce.

*Capítulo III de la obra del autor «La organización política de Chile», Editorial del Pacífico, Santiago, 1913.

Una Constitución puede, en el mejor de los casos, disponer sabiamente esa forma, pero no crear las fuerzas vivas en que reposa. Un poder que nace y se sostiene sólo al amparo de las bayonetas, será siempre un despotismo militar bajo la Constitución del 33 como bajo cualquier otra. En cambio, un gobierno cuya existencia reposa en el apoyo de una alta clase social, unida y poderosa, será ante todo conservador y civil y puede contar con las mejores garantías de estabilidad y duración.

Un estudio atento de las condiciones históricas de Chile, nos lleva forzosamente a la conclusión de que la causa primera de nuestros éxitos políticos fue la existencia entre nosotros de fuerzas tradicionales, capaces de servir de apoyo consistente a un gobierno moderado.

¿Qué era Chile en 1810?

Encerrado en una angosta faja de tierra por los Andes y el mar, nuestro país era entonces mucho más pequeño y menos poblado que hoy. El desierto de Atacama contenía sólo una arruinada y miserable aldea, la villa de Copiapó, y un fértil, pero estrecho valle, el de Huasco, cultivado por unos pocos miles de habitantes, indígenas en su mayoría. Al sur del Bío-Bío, los bárbaros independientes habían opuesto una barrera infranqueable a la expansión de la colonia por aquel lado. Más al sur, Valdivia apenas era un punto fortificado de la costa, y la isla de Chiloé, pobre, débil en población y en recursos, aislada del resto del territorio por un océano proceloso, no podía tampoco ejercer sobre los destinos del país influencia alguna.

La sociedad chilena se hallaba, pues en un espacio reducido, cuyo clima y producciones eran singularmente homogéneos, desde Coquimbo hasta Concepción. En Chile no hubo, pues, una tierra caliente y una tierra fría, provincias litorales y provincias mediterráneas, en choque continuo de aspiraciones e intereses de estructura moral y mental diversas, con centros propios de actividad y vida.

El clima era singularmente favorable al desarrollo de la raza blanca o española, la cual desde temprano logró absorber el elemento indígena, salvo en la Araucanía independiente, que constituía en realidad un estado aparte, aunque demasiado débil y bárbaro, para pesar en los destinos de la República. Según Barros Arana, ya a fines del siglo xvii la fusión de las razas estaba casi totalmente consumada al norte del Bío-Bío.

La influencia del clima fue también benéfica, en cuanto favorecía la formación de una sociedad estable, tradicionalista y conservadora. Es en América un fenómeno muy común el que las tierras calientes sean el foco principal de las tendencias perturbadoras, en el orden político. No es que el calor favorezca el desarrollo de las ideas radicales, pero esos países malsanos, que el hombre habita sólo por necesidad y mientras levanta su fortuna, no llegan a ser, por lo común, el asiento de un medio social en reposo, con hábitos y tradiciones propias, con una clase conservadora sólidamente establecida. Allí viven sólo los que luchan; cada generación es nueva y sin antecedentes: no existen vínculos entre hombre y hombre; las fa-

milias, informes y siempre a medio constituirse, no alcanzan a anudar relaciones las unas con las otras. La sociedad permanece en estado rudimentario.

En Chile, como en las altas mesetas salubres de la América tropical, el clima convida al hombre a permanecer arraigado a la tierra, aun después de haber hecho su fortuna: el cuerpo social adquiere así una cabeza, un núcleo de cultura y honestidad superior, capaz de formar y dirigir un Estado.

Pero en la América tropical, esos núcleos aislados y dispersos, sin comunicaciones fáciles entre sí y con el mundo civilizado, no han llegado a formar un conjunto unido y coherente, capaz de imponerse a los aventureros sin tradiciones de las tierras calientes, los cuales, habitantes de una tierra más rica y más fértil en recursos de todo género, han podido imposibilitar la organización de un gobierno conservador ordenado. Luchas de este género forman la trabazón histórica en Colombia, en Ecuador, en Centro América y en México.

La República Argentina debe a los ferrocarriles el haberse salvado de la anarquía. Antes, las distancias, si no el clima, opusieron a la unión del cuerpo social un obstáculo parecido a aquel con que han tenido que luchar las naciones del trópico.

El Uruguay constituye una excepción que confirma la regla. El clima de ese país es sano y templado, y su territorio homogéneo y vecino al mar, pero allí no alcanzó a constituirse una sociedad tradicional, antes que sobrevinieran las perturbaciones ocasionadas por la independencia. El primer establecimiento español en la banda oriental del Plata data sólo del siglo xviii.

En Chile, por el contrario, la alta sociedad estaba ya definitivamente constituida a mediados del siglo xviii. Dominadora de un país pequeño, a que el mar y su valle longitudinal proporcionaban comunicaciones fáciles, no tardó en adquirir unidad y cohesión.

La misma forma geográfica del territorio concentró desde muy antiguo todos o casi todos los elementos de riqueza y de poder de una ciudad, circunstancia muy favorable para el mejor aprovechamiento de las fuerzas sociales. La clase dirigente fue una, y ya en 1810 formaba, por decirlo así, una sola familia. De un estudio genealógico por don Ambrosio Valdés Carrera sobre el prócer de la Independencia don José Miguel Carrera, resulta que ese ilustre patricio era pariente de toda la aristocracia de la capital o poco menos.

Fuera de Santiago no existían tampoco en Chile a principios del siglo xix otros centros capaces de equilibrar el poder y la influencia de la alta clase santiaguina. Las demás poblaciones del país apenas eran algo más que míseras aldeas, ninguna de las cuales tenía más de cuatro mil habitantes. Ventaja inmensa también, si se toman en cuenta las perturbaciones originadas en América por las rivalidades de ciudades o provincias equivalentes en fuerza y en riqueza, y separadas las unas de las otras

por la distancia y la dificultad de comunicaciones. En Bolivia, Sucre, Cochabamba y la Paz; en Argentina, cada una de sus provincias; en el Perú, Lima y Arequipa; en Ecuador, Guayaquil y Quito, han entorpecido con sus luchas por el predominio político, más que los mismos caudillos militares, la organización de aquellos Estados.

En Chile mismo, las necesidades de la eterna guerra araucana habían formado en las márgenes del Bío-Bío un centro aristocrático y militar, la ciudad de Concepción. Esa ciudad pobre, poco poblada, y con escasas influencias, fue sin embargo un foco de trastorno y revoluciones desde los primeros días de la Independencia hasta mediados del siglo XIX. Allí nació la oposición radical durante la Patria Vieja y allí se organizaron también las guerras civiles que dieron al traste con la dictadura de O'Higgins en 1823 y con el régimen pipiolo en 1830. En 1851, todavía Concepción se sublevó una vez más en nombre de un caudillo más que de un principio. No se opuso entonces el conservador Cruz al conservador Montt, sino Concepción a Santiago.

Pero no le basta a una aristocracia, para dirigir políticamente a un país, el ser culta y unida. Ha menester de raíces que la ligen al resto de la sociedad. Este era el caso de la futura clase dirigente de Chile.

La parte más rica y poblada del territorio le pertenecía económicamente. Esas provincias, que algunos ideólogos intentaron convertir en 1826 en estados federales, eran sólo feudos agrícolas de las grandes familias de la capital, desde Illapel hasta el Maule por lo menos. Allende este río, comenzaban las influencias de Concepción, pero la pintura que hace Macaulay de los territorios ingleses al norte del Trent en el siglo XVII, puede aplicarse a las comarcas de ultra Maule en 1810. Su inferioridad social y económica eran manifiestas, y estaban demasiado cercanas a la capital para no ser fácilmente dominadas.

Tampoco existía en Chile otra clase social capaz de equilibrar, ni siquiera remotamente, el poder de la aristocracia. Como es sabido, los revolucionarios que conmovieron a la Europa entre 1789 y 1848, tuvieron su origen en la lucha por el predominio sobre las nuevas clases medias o burguesas y la antigua nobleza. Las viejas razas conquistadoras, dueñas de la tierra y árbitros del Gobierno bajo el régimen absoluto, vieron levantarse a su lado y poco a poco, desde fines de la Edad Media, a la clase de los industriales y mercaderes que, más sobria y laboriosa, logró dominar por fin social y económicamente, y aspiraba, por tanto, y con justicia, a la conquista del poder político.

Esta clase media era ya dueña en Francia, antes de 1789, de las tres cuartas partes de la propiedad territorial y de la totalidad del comercio, la industria y el crédito, y no podía por tanto resignarse a su condición de tradicional nulidad política. ¿Qué es el estado llano? Nada. ¿Qué es el estado llano? Todo. Tal fue el título de un folleto de Sieyès, que comprendía el espíritu de la primera revolución francesa.

En Chile había existido también una nobleza conquistadora y militar,

que mantuvo su supremacía social hasta fines del siglo xvii. Pero destituida esa nobleza de influencia política bajo el régimen español, no pudo evitar el ser absorbida por elementos más nuevos y trabajadores.

Los comerciantes vascos y navarros del siglo xviii llegaron a dominar no sólo económicamente al país, sino que consiguieron incorporar a la sociedad por ellos formada a los últimos descendientes de los antiguos encomenderos. Ya en 1810, los Ovalle, Irarrázabal, Marín de Poveda, etc., no se distinguían de los García Huidobro, Errázuriz, Larraín, Vicuña y demás familias burguesas dueñas al par que la nobleza antigua de la tierra, del comercio y de la influencia social.

Las fuerzas de la aristocracia militar y conquistadora y las de la clase media rica y laboriosa, no podían chocarse, pues, aquí como se chocaron en Europa, porque ambos elementos estaban confundidos. Si en Chile no hay alta burguesía es porque esta clase forma una sola con la nobleza antigua, a partir de 1750. El prestigio de los pergaminos y el de la riqueza, lejos de hacerse la guerra, obraban en el mismo sentido y residían en un mismo grupo de familias.

Más abajo que la clase dirigente, no existía en Chile sino el cuarto estado, es decir, la plebe, de cuyas aptitudes para influir en la marcha de los destinos públicos el año 1810 puede juzgarse por las que manifiesta tener hoy, después de cien años de vida independiente y de instituciones democráticas.

La población de Chile era entonces casi exclusivamente rural. Fuera de Santiago, ya lo hemos dicho, los demás centros urbanos apenas pasaban de la categoría de aldeas.

Ahora bien, la agricultura chilena necesita del trabajo para producir. No es posible en este país la existencia de esa población flotante de cimarrones, que en los países del trópico vive aislada e independiente en medio de las selvas, alimentándose de algunos plátanos y de los frutos espontáneos de la naturaleza. Los campos más fértiles exigen aquí el riego artificial, y esto sobre todo es una verdad respecto de aquella parte del territorio poblada y colonizada en la época de la independencia. El riego artificial supone la apropiación más perfecta del suelo por el hombre, y sobre todo por el capital. Aun los rulos chilenos necesitan de un trabajo constante, superior a la previsión y los medios de las clases inferiores.

Bajo un clima templado y saludable como es el nuestro, el esclavo era inútil, y la pobreza relativa de las producciones del suelo imposibilitaba su aprovechamiento económico. En cambio, la raza española, conservando todo su vigor físico y moral, pudo asimilarse etnológica y sociológicamente a los primitivos pobladores del país. De la encomienda nació pues el latifundio, sin que la antigua institución desapareciera del todo, ahogada como lo fue en otros pueblos de América por la esclavitud y la barbarie. El conquistador español dueño de la tierra y el indio sometido llegaron a hablar un mismo idioma, y profesar iguales creencias, y la encomienda se transformó paulatinamente en un régimen agrícola, aná-

logo al que, merced a causas parecidas, se originó en Europa después de la invasión de los bárbaros.

Pero en Europa, con el transcurso de los siglos, el inquilino había llegado a considerarse propietario de su feudo, y, por lo mismo, sus obligaciones para con el antiguo señor le parecían ahora una servidumbre bárbara e injusta, cuya naturaleza jurídica no sabía explicarse. En Chile no era llegado este caso. El señor conservaba plenamente su carácter de verdadero propietario, y el inquilino sólo el de ocupante o terrateniente, en virtud de los servicios que prestaba. La subordinación económica y social del uno para con el otro era completa y absoluta.

La similitud de ocupaciones y de placeres, las largas residencias del patrón en su heredad, ya que no la humanidad y el buen trato, habían creado también lazos de afecto entre el inquilino y el propietario. En el hecho, jamás se ha dado en Chile el espectáculo de una insurrección de campesinos. Las pocas veces que éstos han tomado las armas en pro de una causa política ha sido bajo la dirección y mando de sus patronos.

Si la aristocracia dueña de la tierra dominaba en los campos, no era menor su influencia en las ciudades, o por mejor decir, en Santiago. En 1810 no había clase obrera ni gran industria. El artesano libre trabajaba para los ricos, y dependía por tanto de ellos. Cada casa patricia tenía su clientela propia, como en la antigua Roma: carpinteros, albañiles, herraderos, etc., que vivían y morían allegados al patrón, casi en la calidad de sirvientes domésticos. Este es uno de los aspectos en que se ha modificado más radicalmente la estructura social de Chile. El artesano se ha convertido en obrero o jefe de taller, y sólo se conserva en el recuerdo de los viejos la memoria de las relaciones estrechas que antes lo ligaban a la alta sociedad.

El predominio absoluto de esta última y la sumisión incondicional del pueblo, constituyen el rasgo más característico y constante de nuestra vida nacional. En la época de la Independencia no se vio en Chile nada semejante a esas indias rebeldes dirigidas por un Hidalgo o un Morelos, a esos llaneros de Páez, a esos ganchos de Artigas. La revolución se decretó por grandes y nobles señores bajo los artesonados de un palacio. Después sólo combatieron, en general, los ejércitos organizados. La montonera, cuando la hubo, fue más bien hija del bandolerismo que de la pasión política.

El mismo espectáculo han presentado las demás crisis de nuestra historia, hasta la casi contemporánea de 1891.

Cuando en una nación existe una fuerza bastante unida y poderosa para imponerse a las demás sin contrapeso, el orden público reposa sobre un cimiento estable. La anarquía nace o del choque de fuerzas diversas, de las cuales ninguna es capaz de dominar a las otras, o de la no existencia de fuerza alguna de gobierno. En Chile teníamos esa fuerza única, y el tiempo de nuestros ensayos duró sólo mientras ella llegó a organizarse.

Pero si en la estructura social nuestra aristocracia no tuvo rivales, bien podía encontrarlos en las ideas o en las instituciones.

Las guerras de religión pueden, por ejemplo, anarquizar y dividir pueblos bien organizados bajo otros respectos. No corríamos ese peligro en 1810 y en los años que inmediatamente se siguieron. La unidad católica se mantenía casi inalterable, y era un nuevo lazo de unión entre los miembros de la familia chilena.

La fuerza armada, el ejército, ha jugado un papel trágico en las dolorosas convulsiones de la América. No condenemos, sin embargo, al militarismo sin alguna reflexión. A falta de otra fuerza, domina el sable. Alguna ha de dominar. Esta es imperfecta; entraña el caudillaje y la revuelta. Los gobiernos que levanta son transitorios; carecen de otra base que una obediencia efímera... Un sacudimiento, una ambición, los derriba. Pero, si no hay otro elemento de orden y de estabilidad aún pasajera, si no hay quien pueda generar y sostener el gobierno en forma más regular y ordenada, preciso es conformarse con la de los pretorianos.

Chile era el país militar de la América de 1810.

Las demás colonias vivían en perpetua paz, nosotros en perpetua guerra. Además de esto el ejército había hecho la independencia y tenía en sus manos la fuerza. Con todo, el militarismo dominó muy corto tiempo entre nosotros.

Es que Chile poseía elementos de gobierno capaces de imponer al ejército el respeto y la obediencia. El caudillaje militar sólo se desarrolla, por lo regular, cuando desaparecen o se corrompen los demás fundamentos de orden político. Así el pretorianismo romano no se presentó en escena sino hasta que el Senado y el pueblo se hicieron impotentes para conservar la Constitución, cuando había desaparecido en realidad la antigua sociedad política de Roma.

Por eso cuando en los últimos tiempos algunos espíritus suspicaces han expresado temores o sospechas de un próximo resurgimiento del militarismo político en Chile la sola enunciación de semejante posibilidad me ha parecido el peor de los síntomas anunciadores de una crisis política. Si el sable se levanta, es porque las otras fuerzas sociales han caído en la impotencia.

Al realizarse la independencia, nuestro país contaba pues con una cabeza natural, tanto más poderosa cuanto que era única. El problema de predominio de esta o aquella clase social no podía plantearse, porque estaba resuelto.

¿Era aquella sociedad dominadora tan capaz como fuerte?

La colonia le había legado, en verdad, algunos de los elementos más preciosos de la civilización cristiana. Familia, propiedad, sentimientos de orden y la noción del estado moderno.

Esa sociedad ásperamente formada en el trabajo había adquirido espíritu práctico, hábitos de dirección y mando, si bien sólo en el terreno de la actividad privada. Sus riquezas, grandes en relación a la sencillez de sus

costumbres, eran una garantía de moralidad superior a la de esos aventureros que las inquietudes políticas improvisan.

Hombres así educados en la práctica diaria de negocios concretos y positivos, no están, por lo regular, expuestos a dejarse seducir por halagüeñas teorías ni peligrosos sueños. Han aprendido por sí mismos a distinguir los hechos, tales como ellos son, de las abstracciones más o menos quiméricas de los ideólogos o razonadores. Por eso la política realista ha existido en el mundo desde muchos siglos antes que Augusto Comte hubiese formulado su teoría.

No consiste en otra cosa lo que hemos convenido en denominar «el buen sentido práctico chileno». No creemos que él sea un carácter distintivo de la raza; si ha dominado en el gobierno, ello es un efecto del predominio casi exclusivo de las clases conservadoras que, por naturaleza, son sensatas y positivas, en Chile como en todos los países de la tierra.

Las mismas luchas políticas pierden gran parte de su acritud y de sus peligros cuando ellas se debaten entre hombres de la misma posición y cultura; cuando no batallan clase contra clase, ni intereses contra intereses.

Pero no sólo estaba preparada la futura oligarquía chilena para servir de sólido fundamento a un gobierno regular, sino que también poseía una noción exacta de lo que había de ser ese gobierno. «El principio de autoridad —dice Sotomayor Valdés— dominaba en la sangre del pueblo chileno, sin exceptuar a los hombres que más gala hacían de liberalismo».

Ello se comprende perfectamente. Quienes tienen intereses serios que defender, quienes están acostumbrados al trabajo y al manejo de los negocios, necesitan de la paz pública, del orden y de la regularidad en la administración. Saben apreciar tales bienes y están dispuestos a sacrificar en su obsequio los brillantes y halagüeños mirajes de los ideólogos.

Además, la autoridad en Chile, durante el último siglo del coloniaje había merecido este respeto. A contar del gobierno de Manso de Velasco (1737-1745), los mandatarios españoles, ilustres algunos, hombres de progreso los más, honestos casi todos ellos, realizaron una obra utilísima para el porvenir: la de mostrar prácticamente a los habitantes del país que el poder público es un bien y no un mal.

El tipo tradicional del Presidente chileno de la República lo habían ya realizado en la Colonia hombres como el mencionado Manso, Ortiz de Rozas (1746-1755), Amat y Juniet (1755-1761), Gil y Gonzaga (1762-1768), Jáuregui (1773-1789), Benavides (1780-1787), Muñoz de Guzmán (1802-1808) y muy particularmente el gran O'Higgins (1788-1796).

La autoridad, más que una abstracción, es un hecho respetable. Al crear los constituyentes de 1833 su Jefe Supremo de la Nación, no hicieron sino apoyarse en una tradición existente: continuar bajo la República el régimen de la Colonia. Supieron por instinto que en la sociedad humana,

como en el reino orgánico, la naturaleza tiene horror a los cambios bruscos y a los trastornos radicales. . . »Natura non facit saltus«, dijo el gran Linneo.

Si la alta sociedad chilena era admirablemente adecuada para servir de sólido apoyo a un gobierno civil y ordenado, no quiere esto decir que los patricios de 1810-1830 fueran en general hombres preparados para la política y la administración. El sistema español había prescindido de la aristocracia española, aquí como en el resto de la América.

Nada pues menos conforme con la realidad de los hechos que la leyenda según la cual Chile fue organizado administrativamente por un grupo de grandes señores y propietarios territoriales poderosos pero iletrados, que supieron aplicar a los negocios públicos el buen sentido adquirido en la práctica del comercio o de la agricultura.

Muy otro fue el papel representado por esos grandes señores. Sirvieron ellos a los gobiernos, prestándoles el apoyo de su prestigio e influencia, pero, salvo raras excepciones, dejaron a los letrados y a los burócratas el cuidado de dirigir la administración. Parecen haber tenido esas señores de los viejos tiempos de la República una idea bastante exacta de la escasez de sus propias luces y conocimientos.

No faltaban, sin embargo, en Chile algunos criollos tolerablemente instruidos acerca del manejo de la máquina política y administrativa, ciencias que no habían aprendido, por cierto, en las haciendas.

Entre los empleados públicos de la época colonial, algunos eran chilenos, y llegaron a ocupar puestos de importancia antes de la revolución. Don Juan Martínez de Rozas había desempeñado el cargo de asesor desde 1796, y fue secretario particular del Presidente Carrasco en 1808. Don José Antonio Rodríguez Aldea, el organizador de la República durante la dictadura de O'Higgins, fue auditor de guerra, oidor y fiscal de la Real Audiencia en los últimos tiempos de la dominación española. Don Juan Francisco Meneses, uno de los principales caudillos de la reacción pelucona, y ministro después de la victoria de la Revolución de 1829, era Secretario de Gobierno en 1810, y desempeñó igual cargo (equivalente a Ministro de Interior) bajo la administración de Marcó del Pont.

Casi sin excepción, los grandes ministros y legisladores de la República, por lo menos hasta 1860, pertenecían o a la burocracia o al foro.

El país fue por entonces dirigido principalmente por los juristas y los funcionarios. Gracias a esto la administración no se desquició sino momentáneamente después de la Independencia. La vieja máquina colonial fue mejorada, pero no destruida, y su manejo no quedó repentinamente entregado a manos nuevas e inexpertas.

Los señores territoriales apoyaron este gobierno, con tanta mejor voluntad cuanto que no se consideraban capaces de ejercerlo ellos mismos. »Los pelucones de antaño — oí decir una vez al Exmo. señor Montt — eran tan ignorantes como los de hoy, pero sabían algo, y es que lo eran...

Así, cuando en la historia de la antigua República aparecen los nom-

bres de grandes propietarios a la cabeza del gobierno, siempre es en el papel de simples figuras decorativas, más o menos opacas, sin acción real sobre la marcha de los negocios. Tales fueron Ovalle y Ruiz Tagle, en la época de la reacción pelucona. La posteridad casi ha olvidado esos nombres, para recordar tan sólo los de Portales, Meneses, Rengifo, Egaña, Tocornal, esto es, los obreros efectivos de la gran transformación obrada entonces en el país, ninguno de los cuales pertenecía, por cierto, a la clase de los agricultores ricos y más o menos iletrados.

De esa clase, el poder sacó su fuerza y su prestigio, su base sólida y estable; pero no sus instituciones, sus leyes, ni su organización administrativa.

No quiere decir esto que los juristas y burócratas que en realidad gobernaban, pertenecían a otro medio social.

Los lazos de parentesco y de un rango común los unían a los soberbios dueños de la tierra. La clase dirigente era homogénea, éste fue uno de los secretos de su poder y de la temprana y fácil organización de Chile.

IV
El ciclo de
modernización urbana
(1850-1950)

La transformación de la estructura social de Chile entre 1850 y 1950 presenta rasgos fundamentales que permiten caracterizarla como ciclo de modernización urbana de la sociedad. Este ciclo comprende tres períodos históricos:

- a) La expansión territorial y el predominio de la burguesía liberal entre 1850 y 1891;
- b) La polarización de la riqueza y la cuestión social, entre 1891 y 1920;
- c) El acceso al poder de la clase media y el crecimiento del Estado, entre 1920 y 1950.

Los procesos demográficos, económicos, políticos y culturales que caracterizan a estos tres períodos, van consolidando la estructuración urbana de la sociedad chilena. A través de ellos se van acentuando la formación del capitalismo nacional y la penetración del capital extranjero; la exportación de los productos básicos, la importación de bienes de consumo y los primeros pasos en la creación de una industria nacional; el incremento de la inmigración extranjera, el desplazamiento de la población rural, el aumento y equipamiento de las ciudades, y, como resultado, la emergencia de una estratificación típicamente urbana con la progresiva ampliación de los sectores medios.

Esbozaremos los principales rasgos sociológicos de cada período de este ciclo de modernización urbana.

a) 1850-1891 EXPANSION DEMOGRAFICO-TERRITORIAL Y PREDOMINIO DE LA BURGUESIA LIBERAL.

POBLACIÓN Y ECOLOGÍA

La segunda mitad del siglo XIX se caracteriza por el rápido crecimiento de la población y por la expansión territorial.

Entre 1843 y 1907 la población chilena se triplica, pasando de 1.083.800 a 3.249.279 habitantes, en tanto que en los cincuenta años siguientes sólo logrará duplicarse. Cabe observar que en 1865 Chile y Argentina tenían una población de alrededor de 1.800.000 habitantes, pero mientras el país vecino recibió en el transcurso del siglo una masa in-

migrante casi igual a la de su población, la inmigración en Chile fue pequeña en volumen y lenta en su acrecentamiento, alcanzando su punto máximo en 1907, para decrecer posteriormente.

En forma menos rápida al crecimiento demográfico, se va operando el de la población urbana que pasa del 20% en 1850 al 46% en 1895. Por otra parte, la supresión de los mayorazgos en 1852 y 1857 contribuye al proceso de división de las grandes haciendas.

El incremento de la población urbana es impulsada por la incorporación económica de cuatro áreas territoriales: las provincias del Norte, Tarapacá y Antofagasta, la pacificación de la Araucanía, la colonización de Llanquihue y de Magallanes.

En este período se fundan numerosos núcleos urbanos, además de otros que son refundados o activados. Ellos fueron:

1852 - San Javier	1868 - Cañete	1882 - Pitrufquén
1853 - Puerto Montt	1868 - Lebu	1882 - Nueva Imperial
1854 - Puerto Varas	1874 - Viña del Mar	1882 - Carahue
1857 - Papudo	1875 - Llay Llay	1883 - Villarrica
1859 - Taltal	1881 - Victoria	1895 - Puerto Saavedra
1860 - Antofagasta	1881 - Lautaro	1898 - Puente Alto
1862 - Mulchén	1881 - Temuco	1899 - Porvenir

Se concede además el título de ciudad a muchas de las villas fundadas en el siglo XVIII. Los fuertes establecidos en las campañas de pacificación de la Araucanía originan otros pequeños núcleos urbanos como Traiguén (1878), Curacautín y Lonquimay, ambos de 1882.

La mayor parte de las nuevas fundaciones se sitúan en la zona Sur de colonización tardía, donde el esfuerzo combinado del gobierno, de los inmigrantes extranjeros y de los chilenos de la región central, va originando núcleos urbanos. Estas nuevas ciudades, en cuya construcción predomina la madera, irán siendo gradualmente vinculados por la línea ferroviaria.

El ferrocarril entre Santiago y Valparaíso es construido por Meiggs entre 1851 y 1863. Casi al mismo tiempo se inicia la construcción de la red ferroviaria hacia el Sur, la que llega a San Bernardo en 1857, a Rancagua en 1859, a Pelequén y San Fernando en 1862, a Curicó en 1868, a Temuco y Victoria en 1890 y finalmente a Puerto Montt en 1913. Bajo el Gobierno de Balmaceda se establecen además varias líneas transversales que proporcionan salida al mar a los productos de las zonas mediterráneas.

De este modo se completa en este período la red urbana de Chile, comunicada de Norte a Sur por caminos y ferrocarriles. Esta red longitudinal complementa la transversal que tuvo gran importancia en el pasado, al comunicar una ciudad interior y una costera. En el Norte Grande vincula los puertos con los oasis mineros o agrícolas. En el Norte Chico sigue

los valles transversales; en el Valle Central une a ciudades mediterráneas con puertos o balnearios, siguiendo a menudo los cauces fluviales; en el Sur vincula ciudades litorales con otras situadas cerca de lagos o cordilleras.

Se repitió así en Chile el fenómeno general observado en América Latina de que sus redes de comunicación, particularmente las ferroviarias, tendieron a irradiar desde los puertos de embarque hacia los centros de producción primaria o extractiva, aunque la peculiar configuración longitudinal de nuestro territorio determinó que el carácter radial de sus vías de comunicación fuera menos acentuado que en otros países de la región.

La compleja red de comunicación terrestre —integrada por caminos, puentes, ferrocarriles, correos y telégrafos—, que fuera iniciada por Manuel Montt y continuada por Balmaceda, no tuvo lamentablemente como complemento una flota de comunicación marítima, desde que la guerra con España significó la liquidación de la marina nacional.

A partir de 1850, Santiago inicia, por su parte, «un verdadero furor de construcciones. Tres inmensos edificios se iban levantando de tierra al mismo tiempo en diferentes sitios de la Plaza», según expresa Carlos Peña Otaegui en su obra «Santiago de Siglo en Siglo». El progreso de la capital es atestiguado en los escritos de J. M. Gellis, quien contemplaba el crecimiento de la ciudad desde el observatorio astronómico que dirigía en el Cerro Santa Lucía.

ECONOMÍA

La economía en este período se caracteriza por el papel decisivo que juega el comercio exterior, a base de la espectacular expansión de las exportaciones, particularmente de minerales. Estos son requeridos por el desarrollo industrial de las grandes potencias. Una vez agotadas las minas de plata de Agua Amarga, Arqueros y Chañarillo, Chile produce sucesivamente el cobre de Tamaya, el carbón de Lota, la plata en Tres Puntas y Caracoles; el salitre en Tarapacá y Antofagasta.

Pero la dependencia de la exportación primaria deja a la economía nacional a merced de los precios y demandas del comercio internacional, manifestándose en este período una sucesión de años de auge y de profundas crisis. Al auge de 1848-56 favorecido por las exportaciones de la plata de Chañarillo y del trigo a California y Australia, sigue la depresión crediticia de los años 1858-61 provocada por la decadencia de los factores del mismo auge y por la revolución del 59. Apenas recuperada la economía, la guerra con España de 1865 significa un nuevo retroceso.

Viene el auge económico mundial de 1868-73, que es estimulado en Chile por la plata de Caracoles, al que le sigue la crisis también mundial de 1878 que produce en Chile el desequilibrio en la balanza de pagos y la ley de inconvertibilidad metálica. Esta iniciativa tiende a compensar la

baja de los precios del mercado internacional con la desvalorización de la moneda. Se presenta luego la bonanza del salitre que permitirá financiar holgadamente el presupuesto fiscal, aunque el liberalismo económico imperante impide su nacionalización.

La agricultura y la ganadería experimentan progresos irregulares, con la introducción de variedades de especies vegetales y animales. La escasez de trabajadores rurales atraídos por los mejores salarios ofrecidos en las minas y en la construcción de caminos, ferrocarriles, canales y residencias urbanas es paliada en parte con la introducción de maquinarias agrícolas.

La segunda mitad del siglo XIX se caracteriza también por la emergencia de un capitalismo nacional, y por la organización del crédito y la banca. En 1853 se establece la primera Empresa Nacional de Seguros. En 1855 se crea la Caja de Crédito Hipotecario destinada a fomentar la agricultura. El mismo año se funda el Banco de Valparaíso y luego el Banco de Chile. En 1860 la ley autoriza el libre establecimiento de bancos privados.

La iniciativa privada origina la Sociedad de Fomento Fabril (1883) que agrupa a los industriales nacionales y extranjeros, y la Sociedad Nacional de Minería (1884) con propósitos similares a la de Agricultura, que había sido establecida en 1838.

La concepción liberal de la economía que domina en este período, estimulada por la influencia de Corcelle Senuel, interrumpe la política económica iniciada por los Gobiernos de Prieto, Bulnes y Montt de proteccionismo y control estatal, construcción de obras públicas e inversión en la enseñanza. El predominio del librecambismo, con la inhibición de la iniciativa estatal y el escaso resguardo de los recursos naturales, hace que gran parte de los nuevos ingresos incrementen las fortunas privadas, con el consiguiente derroche urbano y viajes a Europa. Balmaceda retoma las líneas de la política económica de Montt, impulsando las obras públicas y la educación, pero su derrota contribuye a la desnacionalización del salitre y a su dominación por el capital extranjero.

Este comienza con la captación del gran comercio nacional e internacional. Ya en 1850, de los 25 grandes almacenes de Santiago 11 eran de extranjeros y en Valparaíso éstos eran propietarios de 50 de las 65 casas de consignación. Su dominio irá creciendo para pasar del comercio a la industria y la explotación de los recursos naturales.

La naciente industria está casi íntegramente en manos de extranjeros: fundiciones y fábricas (Balfour, Lyon, Murphy, Klein, Kupfer); elaboración de cerveza (Anwandter), de calzado (Rudloff), de azúcar (Bernstein), de tejidos e hilados (Crignolet, Poppe).

La enajenación de los recursos naturales empieza con el salitre (1885) que pasa al capital inglés y continuará con el cobre dominado por el capital norteamericano.

Con los cambios económicos se va diseñando una nueva fisonomía de los estratos sociales, particularmente de aquellos ubicados en los extremos de la pirámide.

En lo alto se configuran los nuevos grupos plutocráticos de mineros, empresarios y banqueros: Cousiño, Edwards, Urmeneta, Errázuriz, Subercaseaux, Bunster, Ossa, Tocornal, Pereira, Lyon, Ross, etc., en gran parte de origen extranjero. Gradualmente los nuevos grupos urbanos vinculados a la minería, al comercio exterior y a las finanzas se fusionan con los miembros de la aristocracia terrateniente, consolidando la hegemonía oligárquica. Los ricos mineros de Atacama se unen a los núcleos tradicionales de Santiago y fundan en 1864 el Club de la Unión, en 1869 el Club Hípico. Crecen también el lujo y la ostentación; con la plata de las minas se erigen suntuosos palacios, se importan menajes y carruajes de lujo.

La nueva composición del estrato alto empieza a romper la unidad moral de la antigua aristocracia. La escisión doctrinaria entre conservadores y liberales, con sus luchas en torno a la libertad electoral, el patronato eclesiástico, la enseñanza y el matrimonio civil, provoca la pérdida del consenso político, a la que seguirá la del consenso social.

Los estratos medios se incrementan en esta segunda mitad del siglo XIX con los egresados de la enseñanza secundaria y los profesionales, que no provienen del pueblo sino de las capas modestas de empleados, funcionarios y comerciantes.

En el otro extremo, en el sector más populoso y pobre de la pirámide, se producen también cambios significativos. Los grupos de artesanos que en el Censo de 1865 alcanzan a 48.000 se organizan en sociedades, gremios y cooperativas. Surgen la Asociación de los Tipógrafos (1853) y la Unión de Artesanos (1862). Junto a ellos afloran los obreros de las minas, de los ferrocarriles, de los puertos y las fábricas, cuyo número irá aumentando y concentrándose en las ciudades. Empieza la migración rural, atraída por los mejores salarios y facilitada por la red de caminos y ferrocarriles. Las esperanzas fallidas, las crisis periódicas y la cesantía van formando una masa flotante que vive en lamentables condiciones y que busca nuevos horizontes. A falta de trabajo remunerativo, el obrero chileno emigra masivamente o se lanza en empresas de colonización espontánea. A mediados del siglo varios miles fueron atraídos por el oro de California. Unos 30.000 trabajadores fueron con Meiggs al Perú a construir la red ferroviaria. Otros tantos se enganchan para trabajar en las minas del Norte. Hacia fines del siglo, alrededor de 20.000 chilenos se encuentran en la región argentina de Neuquén. A comienzos del siglo XX contingentes numerosos trabajan en el Canal de Panamá.

Al finalizar el siglo XIX aumentan las distancias sociales en el campo y en la ciudad. Surgen los contrastes de riqueza y de formas de vida. Los ha-

cendados tienden a alejarse de la tierra para avecindarse en Santiago o instalarse en Europa, viviendo de las rentas que les procuran los administradores o arrendatarios. Con el ausentismo empiezan a debilitarse los vínculos que los unen a los campesinos e inquilinos. Por su parte, los nuevos ricos, que han hecho fortuna en las actividades mineras, se interesan en la política, construyen palacios, compran fundos, establecen bancos, se sobreponen a la vieja aristocracia agrícola y transforman las costumbres.

La depreciación monetaria, que acompaña al régimen de papel moneda, favorece a los propietarios al elevar los precios de los productos agrícolas o mineros y al disminuir el valor real de sus deudas. Al mismo tiempo se deprecian los salarios que pagan a los trabajadores rurales, mineros o urbanos. Estos empiezan a sentir los estragos de las nuevas condiciones de trabajo, del alcoholismo, de la vivienda, de las enfermedades y de la desintegración familiar. Comienzan a organizarse, transformando las antiguas asociaciones gremiales y mutualistas en grupos de resistencia. En 1890 estalla la primera huelga de obreros que acusa el desafío de la cuestión social.

El sector intermedio, incrementado por los elementos formados en los liceos y por los profesionales egresados de la universidad, no constituye todavía un grupo que contrapesa la tensión entre los sectores oligárquicos y proletarios.

POLÍTICA

La actividad política es en el siglo XIX *el deporte de la oligarquía*. Esta aseveración de D. Guillermo Feliú Cruz vale particularmente para la segunda mitad del siglo pasado. La vorágine política que refleja los cambios económicos y sociales provoca sucesivas divisiones y combinaciones de los partidos.

El viejo partido pelucón se divide entre los conservadores, herederos de la aristocracia colonial, y los nacionales o montt-varistas, expresión de los hombres de empresa y de la clase media que derivarán hacia tareas industriales y bancarias.

El partido liberal, desplazado del poder a raíz de Lircay, se debilita y se fragmenta. Un grupo de sus filas se desprende para formar el Partido Radical (1859), constituido por núcleos mineros de Copiapó y de agricultores del Sur, engrosados luego por la burocracia. Del mismo Partido Radical se desprende a su vez otro grupo para formar el Partido Democrático (1887). Los vencidos partidarios de Balmaceda forman el Partido Liberal Democrático. Del Partido Demócrata nace a su vez el Partido Socialista Obrero (1912) que derivará en el Partido Comunista (1922) bajo la conducción de Luis Emilio Recabarren.

Dentro de este espectro político, las alianzas y combinaciones están dadas por la coyuntura de las elecciones presidenciales y de los proyectos de reforma.

El Poder Ejecutivo es el gran elector; por ello, los diferentes partidos que se sitúan en la oposición, esgrimen sucesivamente la bandera de la libertad electoral.

Surgen nuevas asociaciones políticas para el estudio y discusión de las reformas constitucionales y la limitación del poder ejecutivo. Un grupo encabezado por Santiago Arcos y Francisco Bilbao organiza la Sociedad de la Igualdad (1850), en que fraternizan artesanos y jóvenes aristócratas. Llega a tener dos mil adherentes, pero es clausurada antes del año de existencia por considerársele comprometida en un golpe de Estado. Más tarde, los grupos opositores de varios partidos organizan el Club de la Reforma.

La efervescencia política estimula la fundación de varios periódicos, la mayoría de corta duración. *El ferrocarril*, fundado en 1855, ocupa el primer lugar en el periodismo durante casi cuarenta años. En 1890 existían en Santiago diez grandes diarios que circulaban en el país, además de numerosos periódicos de provincia.

EDUCACIÓN Y CULTURA

En el plano cultural, la segunda mitad del siglo XIX acusa considerables avances, como continuación del movimiento intelectual de 1842.

Se desarrolla la educación técnica con las escuelas de agricultura (1885), los establecimientos de Don Bosco (1887) y las escuelas industriales y de minas.

Crece también la enseñanza secundaria, independizada de la Universidad de Chile en 1879. Se crean los primeros liceos de niñas, cuya función anteriormente habría sido cumplida por los colegios privados.

La fundación del Instituto Pedagógico (1889), destinado a la formación del profesorado y orientado por pedagogos y científicos alemanes, contribuye al progreso didáctico de la enseñanza secundaria, que adopta el sistema concéntrico.

La organización de las escuelas preparatorias o primarias, dentro de los liceos, como también el crecimiento de la educación privada contribuyen a la estratificación de la enseñanza.

En forma paralela al desarrollo de la educación, se produce en este período el auge de la historiografía, ambas orientadas principalmente en la ideología liberal. La misma élite liberal que ocupa el Gobierno escribe la historia y dirige el sistema de educación. En ella sobresalen los hermanos Amunátegui, Barros Arana, Santa María, Vicuña Mackenna.

En este período de predominio político cobran brillo la oratoria parlamentaria y la prensa doctrinaria, en las que compiten los tribunos liberales y conservadores.

Hacia 1890, Santiago y las principales capitales de provincia han visto surgir mansiones y aun palacios de arrogante arquitectura, que reproducen los estilos europeos, particularmente el francés.

En la transformación urbana tiene destacada influencia el arquitecto francés Francisco Brunet de Baines, que organiza los estudios de arquitectura en 1850 y difunde la edificación a base de ladrillo que reemplazó al adobe colonial. Su discípulo el constructor Fermín Vivaceta continúa su labor, levantando residencias particulares y públicas (entre éstas la casa central de la Universidad de Chile, en 1866), y remodelando iglesias, a las cuales hizo perder su primitivo estilo colonial.

A esta renovación urbana da un significativo impulso el intendente Vicuña Mackenna, con sus obras de pavimentación, agua potable y transformación del Cerro Santa Lucía (1872). El equipamiento urbano es complementado con la fundación del Cuerpo de Bomberos (Valparaíso en 1851 y Santiago en 1863). Surgen los primeros hoteles de lujo, establecidos por extranjeros.

El desarrollo de la pintura da esplendor al auge urbano. A los maestros extranjeros Rugendas, Monvoisin, Wood, Cicarelli, Kirchback, Mocchi y Somerscales les sucede una brillante generación de pintores nacionales de que forman parte Francisco Javier Mandiola, Antonio Smith, Manuel Antonio Caro y posteriormente la generación de Pedro Lira, Valenzuela Puelma, Valenzuela Llanos, Juan Francisco González y Onofre Jarpa. Todos siguen la pauta de continuar su formación artística en Francia y en Italia.

En síntesis, los principales rasgos de la estructura social de Chile durante la segunda mitad del siglo XIX serían los siguientes:

- En el aspecto geodemográfico, el notable incremento de la población y la expansión territorial. Junto con ello, el comienzo de la migración rural.
- El aumento de los núcleos urbanos y su vinculación por una red de comunicación ferroviaria transversal y longitudinal.
- El auge de la economía minera y la consolidación del «desarrollo hacia fuera».
- Las agudas crisis económicas ocasionadas por la dependencia del comercio exterior.
- El aumento de la inmigración extranjera, particularmente de origen sajón, que estimula el establecimiento de fábricas y de talleres.
- El predominio político de la burguesía liberal y la inhibición de la intervención del Estado en la economía.
- La formación del capitalismo nacional y la organización del crédito y la banca.
- El progresivo distanciamiento de las clases y grupo socioeconómicos, simbolizados en el salón y el conventillo.
- La ampliación y modernización de la enseñanza y el auge de la historiografía y del arte de inspiración europea, unida a la remodelación urbana.

Las principales características de la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo pasado aparecen ilustrados en los diversos textos que se han seleccionado.

Los artículos de Lastarria y Arcos muestran la escisión social e ideológica que se va configurando hacia mediados del siglo XIX, mientras que los de Guillermo Feliú Cruz, Augusto Orrego Luco y Claudio Véliz examinan aspectos de la estructura social de Chile en la segunda mitad del siglo.

El manuscrito del diablo, de José V. Lastarria, constituye un notable ensayo de psicología social y política. Su frente de crítica es el carácter nacional y la clase dirigente que ha institucionalizado el *chisme*, el comentario gratuito y calumnioso, fruto de la envidia, como forma de convivencia.

El texto es revelador de algunos aspectos de la ideología liberal de la época, en sus imágenes positivas sobre el pueblo y negativas sobre la influencia de la Iglesia, al mismo tiempo que propone como modelo a otros países. En este sentido el texto contribuye a un género de literatura hispanoamericana autodenigratoria y su aforismo de que »el chileno no tiene enemigo más implacable que el chileno« se confirma en el propio artículo.

Santiago Arcos en su *Carta a Francisco Bilbao* plantea una aguda crítica de la sociedad chilena, exhibiendo un realismo sociológico que contrasta con el idealismo retórico de su destinatario. Su análisis de los rasgos ideológicos y políticos partiendo de los grupos socioeconómicos, lo aproxima al método sociológico marxista. Arcos ve los rasgos esenciales de la sociedad de su época en su estructura de clases. Los cien mil ricos, descendientes de los funcionarios coloniales, de los encomenderos y mineros, son los detentadores del poder y la riqueza. Se encuentran divididos políticamente en pelucones y librales por sus intereses y ambiciones, más que por sus principios.

Los pobres forman una masa de un millón cuatrocientos mil individuos sometidos, que no son ciudadanos ni pueden salir de su condición, por estar siempre sujetos al patrón o al oficial de milicias.

Según Arcos *los extranjeros en Chile forman casta aparte*, estando en sus manos el comercio exterior. Constituyen, al igual que el clero, un grupo social con el que un gobierno revolucionario debe contar, manejando estratégicamente sus antagonismos.

El autor, educado en Europa y con poco tiempo de contacto con la realidad nacional, estima que *la emigración es el único medio de educar a nuestras masas*. Su posición revolucionaria se acerca a la ideología liberal al proponer la libertad de empresa, de comercio y de culto, para atraer inmigración extranjera.

El ensayo de D. Guillermo Feliú Cruz bosqueja *Un esquema de la evolución social de Chile en el Siglo XIX*. Siguiendo a Miguel Luis Amunátegui subraya los dos principios básicos de la organización social de la Colonia: el acatamiento de la majestad real y de la majestad divina. Re-

cuerda la pobreza relativa de Chile, comparado con otras regiones americanas y la composición mestiza de las tres cuartas partes de su población. Traza a continuación un esbozo de las clases sociales y su forma de vida, subrayando el *carácter aristocrático de la organización chilena* y las características del campesino y del trabajador urbano.

El texto del médico Augusto Orrego Luco *La cuestión social en Chile*, publicado en 1884, presenta la particularidad de plantear por primera vez y con mucha anticipación un tema que va a ser examinado por casi todos los intelectuales chilenos entre 1900 y 1930. Otra característica de este artículo es el criterio científico y moderno con que se analiza la situación económica, demográfica y sanitaria de la población.

Examina la migración rural, comparándola con el fenómeno análogo ocurrido en los países industrializados. Vinculada a esa migración de la población obrera, observa la desorganización de la familia, el desequilibrio geográfico de ambos sexos, la subalimentación del pueblo y el distanciamiento de las clases sociales. Como solución propugna el desarrollo industrial sobre la base de la protección estatal contra la competencia extranjera.

El Dr. Orrego Luco es uno de los primeros intelectuales que llaman la atención acerca del fenómeno social del crecimiento de las aspiraciones y que propugnan la enseñanza primaria obligatoria y las reformas tributarias para contribuir a la distribución de la riqueza.

En *La mesa de tres patas*, Claudio Véliz se propone contestar la interrogante de por qué Chile no es una nación industrializada. Al hacerlo, traza un cuadro convincente de la composición e ideología de los tres sectores económicos decisivos en la sociedad chilena desde la Independencia, que detentaron además el poder político y social. Estos tres grupos eran los productores agropecuarios, los exportadores mineros del Norte y las grandes firmas importadoras que monopolizaban respectivamente la tierra, las materias primas y el capital comercial. Los tres grupos de presión tenían intereses coincidentes en el librecambismo, edificaron la estructura institucional del país y no fueron desafiados por una burguesía protagonista de la industrialización, como ocurrió en Europa.

El manuscrito del diablo*

LA SOCIEDAD

La sociedad de Chile tiene fondo y superficie como el mar: en el primero están aconchadas todas las heces de la colonia española; en la superficie aparece un barniz a la moderna, que le da un color tornasol e incierto, pero que participa mucho del color francés.

Cualquiera que vea a los chilenos vestidos a la europea, con su aspecto serio, sus modales cultos, su oficiosa hospitalidad al extranjero, cree hallarse en un pueblo civilizado y cristiano, como cualquiera otro. Así nos imaginamos que viven en armonía y en relaciones íntimas las arañas, cuando las vemos cruzar sin estorbarse, porque no conocemos la guerra civil en que perpetuamente viven empeñadas. Mas es necesario no dejarse alucinar: así como el mayor enemigo que tiene la araña es el individuo de su especie, el chileno no tiene un enemigo más implacable que el chileno mismo. Cada uno de ellos es enemigo de todos, todos son enemigos de cada uno.

¿Queréis saber la vida y milagros de alguno? ¿Queréis saber cuáles son sus vicios, sus extravíos? Acercaos a cualquiera, al mayor de sus amigos, por ejemplo, y quedaréis satisfecho. ¡Oh! don Juan es un guapo mozo, os dicen, tiene dinero, gran talento; pero es muy petardista y embustero; no se fíe usted en él; es mi amigo, nos tratamos de muchos años a esta parte y le conozco demasiado; es hombre peligroso, inmoral y sobre todo muy mala lengua. ¿Qué piensa usted de la señorita tal? Linda, ¿no es cierto? y muy amable y virtuosa; pero se habla de algunos deslices que ha tenido. Sus amores con fulano fueron públicos y bien desgraciados por cierto. . .

Así hablan el viejo y el joven, la vieja y la niña; pero hay muchos moderados que se limitan a empreñaros de sospechas con una sola palabra, y luego una reticencia, una sonrisa os explica lo demás y os saca de vuestro embarazo.

La envidia es, pues, la primera virtud chilena. Aparece un hombre que se ha hecho rico por sus esfuerzos: los demás se asombran de que haya enriquecido y todos se preguntan cómo ha podido alcanzarlo; se explican sus especulaciones, sumando la ganancia que hizo cuando engañó a éste, con lo que le produjo la jugada doble que hizo al otro y con lo que le granjeó la estafa que hizo al público vendiéndole por ocho lo que costaba dos; hay tanto; lo demás no se sabe cómo ha llegado a sus manos: sin duda ha robado,

*Publicado en »Lastarria«, ediciones Ercilla, Santiago, 1941, p. 35 y siguientes.

no se le conoce talento para especular, sino sagacidad para engañar, economía en sus gastos no ha tenido, sino miseria, el resultado de sus cálculos no fue obra de su prudencia sino capricho de la fortuna ciega que le favoreció.

Esto no quita sin embargo que todos lo rodeen, le saluden, lo mimen y le hostiguen con sus atenciones: él fue ladrón, pero ahora es rico; fue pícaro, pero ahora no tiene necesidad de serlo. Al fin, vence la riqueza: en público se le concede talento, generosidad, buen trato, mucha honradez y hasta se le hace senador. Pero en privado se cuenta su vida tal como la trazó la envidia. Los que se honran con su amistad no se empeñan en defenderle, porque para alcanzar su protección o un empréstito a interés moderado, les basta tomar el té con él y hacerle la corte.

Este es el triunfo de la honradez laboriosa. El de la honradez protegida por la casualidad es más difícil y peligroso, porque los chilenos son justos y no quieren dar paso libre en la sociedad a nadie que no haya sufrido la prueba de una iniciación rigurosa, de un noviciado severo.

Hacia poco tiempo que yo me hallaba viajando por los pueblos del sur de Chile. Estaba encantado con aquel aspecto apacible de los habitantes, con aquella quietud y reposo en que pasan la vida; pero no hallaba cómo conciliar su afabilidad con el aislamiento en que viven las familias unas de otras. ¿Por qué no se reúnen, por qué no se buscan para alegrar las pesadas horas de la noche, para suplir la falta de diversiones públicas? Tal era la pregunta que dirigía a mis conocidos. Todos me respondían una misma cosa: hay enemistades, me decían, hay siempre muchas rencillas en un pueblo corto como éste.

Fuime aplicando a estudiar este hecho, y hallé, en efecto, que era una verdad. Los villanos en Chile viven como los caribes, haciéndose la guerra: hay odios antiguos, que pasan de generación en generación, como los de Montescos y Capuletos; los celos, las rivalidades, las venganzas de los caballeros de la Edad Media, están conservados allí con toda religiosidad. Yo reflexionaba cuán propia es esta costumbre de los pueblos atrasados, veía cuánta analogía tiene con la de los araucanos y otros pueblos bárbaros, que, sumidos en la ociosidad y en la ignorancia, gustan de alimentar en perpetua actividad sus pasiones mezquinas, porque es lo único que los distrae del tedio de su inactividad. Cuando no hacen la guerra al extraño, están haciéndosela entre sí los miembros de una tribu, para matar el rato, para alimentar el fuego de la vida.

Por eso me consolaba con la esperanza de que este mal se iría extinguiendo a medida que creciera la población: en las ciudades más importantes de Chile, me decía yo, no habrá estas discordias. ¡Petardo!

Lo mismo es en todas, y Santiago es la que da el ejemplo. La desgracia no está sólo en la falta de actividad, en la falta de ocupación, en lo limitado de las relaciones, cuanto en el carácter nacional: todos son villanos, porque todos son egoístas y envidiosos, así es que en dondequiera que he parado, he hallado Montescos y Capuletos.

La sociedad está dividida en círculos, algunos de ellos tan estrechos, que se componen exclusivamente de los miembros de una sola familia. Hay otros más extensos, que han ido conquistando afiliados, por la comunidad de intereses, de instintos o de ideas. Los del círculo A hacen la guerra a los del círculo B, los de éste a los del círculo C, y así hasta concluir; la guerra vuelve de los últimos a los primeros, los del círculo C la hacen a los del círculo B y éstos a los del círculo A; y por fin, la guerra está en todas partes, porque cada círculo la hace a todos y todos a cada uno, y aun se enciende entre los miembros de un mismo círculo. Aquí las decepciones, las traiciones, las alianzas, las treguas y lo demás que es propio de las hostilidades; pero sin observar nunca los preceptos del derecho internacional.

Las armas empleadas son la calumnia y el chisme, y es admirable la destreza que en su manejo han adquirido aquellas gentes. Todos se calumnian y se entretienen en ello; no hay vicio, no hay defecto que no tenga el enemigo, y si aparece alguno cuyo talento o cuya virtud no puede negarse, los adversarios hallan luego el reverso de la medalla; y si está en blanco, esculpen en él lo contrario del talento o de la virtud que le distingue: el ilustrado, por ejemplo, es de mal carácter, horribles intenciones, un mulato por lo menos; el virtuoso es un hipócrita, se le han descubierto crímenes horrendos.

Más o menos todo esto pasa como moneda corriente: hay costumbre de fiarse en la conciencia para despreciar esas calumnias; pero lo que no se desprecia nunca, lo que labra hondamente el amor propio, es la imputación del plebeyo, sobre todo en los pueblos de provincias. Nadie es mulato ni mestizo, todos son de raza española pura, y es curioso ver cómo arreglan sus genealogías para mostrarse descendientes genuinos de caballeros.

Como la calumnia no es arma arrojada, sino un vienteillo, en sentir de Beaumarchais, necesita tener quien sople y le dé dirección. Así es que el papel del transportador de calumnias, el de chismoso, es un papel interesante en la sociedad de Chile. Sin embargo, de que lo desempeñan ciertos seres ambiguos que tienen cabida en diversos círculos, en Chile todos chismean. Unos por oficio, otros por beneficio: éstos de buena fe, aquéllos por malignidad; tales por costumbre, esos otros porque no tienen qué hacer. Un amigo le cuenta a usted, sin ánimo de ofender, lo que han dicho contra la conducta de usted; y si falta un amigo, se lo repite a usted una señorita con todo su candor en los labios; y si usted no tiene amigos ni amigas, encuentra usted a cada paso chismosos que gastan la oficiosidad de decirselo, o cándidos que se lo dicen, sin saber cómo. El chisme está allí en el carácter nacional o mejor dicho en la naturaleza orgánica del chileno; los niños se cambian chismes con inocencia, las mujeres por distracción, los hombres por negocio, los políticos por conveniencia, los comerciantes por ganancias, los beatos por religiosidad y hasta los altos funcionarios, quienes chismean por diplomacia o por hacer el bien del país.

El chisme es un elemento que mantiene el fuego sagrado en el corazón. Sin el chisme, la vida del chileno sería tan insípida como la de una monja;

tan fastidiosa, tan llena de tedio como la de un encarcelado en prisión solitaria, no hallarían qué hacerse, no tendrían qué conversar, no sabrían emplear sus horas. Lo más curioso es que ellos no saben que son chismosos, y cada cual afecta horror a las rencillas, pero en eso tienen razón, porque la mayor parte chismea sin saberlo. Sólo tienen en cuenta que han hecho mal cuando el chisme ha provocado algunas explicaciones entre el ofensor y el ofendido.

¡Explicaciones! ¡Qué raras son! Basta la conciencia tranquila para no darse por ofendido. »¡Qué me importa, tengo mi conciencia limpia!« He aquí la frase con que el chileno rechaza las calumnias más espantosas, las injurias más atroces. Pero cuando se hacen necesarias las explicaciones, es cuando se muestra el carácter nacional en todo su esplendor. La manera más usual de explicarse consiste en conversar con el ofensor, dándole satisfacciones a fin de que él no ponga excusa en decir: »Yo me creía ofendido y por eso hablé de usted, pero ya que usted me asegura que no me ha ofendido, le declaro a usted que yo tampoco he tenido el ánimo de ofenderle«. Esta declaración deja allanadas todas las dificultades, pero no impide que ofensor y ofendido sigan aborreciéndose y calumniándose a mansalva.

Otra manera de explicarse puesta en uso entre la gente de tono, consiste en que el ofendido pese sus fuerzas y hallándolas bastantes espere a su ofensor en un punto y le dé bofetadas o le escupa, aunque le sorprenda. Si el caso no tuvo testigos, queda concluido; pero si los tuvo, pasa a terminar en explicaciones verbales. Una que otra vez suele proponerse un duelo, que no cuesta poco arreglar; pero una vez ajustadas las condiciones, es del dominio del público, y por consiguiente de la policía, que no se hace rastro para impedirlo. La historia de Chile no conserva noticias de ningún duelo ocurrido entre la clase acomodada de aquel hermoso país. La plebe lo usa con frecuencia, y por eso hay entre ella menos calumnias y menos chismes, menos injurias y más lealtad, más franqueza.

Tales son los caracteres más prominentes de esta sociedad. Como ellos bastan para perder a un pueblo, no tengo necesidad de fijarme en otra multitud de accidentes que podría notar, si fuera preciso que yo procurase proclamar la solemne profecía que hago sobre que una sociedad semejante se arruinará luego.

Esta sociedad no puede regenerarse, porque no tiene ni elementos, ni capacidad, ni conciencia para hacer su reforma. El único término que va a tocar es el de ser reemplazada por el verdadero pueblo americano, ese pueblo numeroso que crece y se educa por su propia virtud al lado de aquella primera clase corrompida, caduca y débil. El pueblo se compone en América, y por supuesto en Chile, de todos los que no tienen otro título que alegar que su trabajo personal, y que, por tanto, están excluidos de los círculos del gobierno, de los empleos públicos y de los estrados de cualquier persona decente. Esta es la verdadera clasificación: personas docentes y no de-

centes. Las primeras forman la sociedad que ha de arruinarse por sus vicios; los indecentes están destinados a apoderarse de todos y a ocuparlo todo.

Este es el hecho que se está produciendo en Buenos Aires y que después dará brillantes resultados. Tal es el hecho que Chile y las demás repúblicas americanas deben prepararlo en lugar de temerlo. Si le facilitan su curso, la regeneración viene sin estrépito; si lo resisten o embarazan, la revolución y la ruina son inevitables. En Chile lo resisten, porque hay una verdadera aristocracia organizada con todos sus elementos: Chile está, por consiguiente, más próximo a su ruina que cualquiera otro Estado americano.

En el Brasil, así como en la América Española, domina la preocupación de hidalguía, que divide a la sociedad en dos clases: caballeros y mestizos, los cuales toman diversas denominaciones en cada país. Pero en todas partes hay un roce íntimo entre ambas clases, de modo que hay un punto en que se confunden y se hermanan: en el Brasil, no encuentra el hombre libre obstáculo que le detenga, porque si es inteligente, le da la mano el emperador para levantarle o el pueblo le eleva por medio de una elección, o la industria le abre cien caminos a la prosperidad. En el resto de la América, sucede más o menos otro tanto, y cada día se borra más definitivamente la línea que separa a las dos clases.

En Chile es otra cosa: hay una clase privilegiada, cuyo privilegio no está en la ley ni en los derechos de que goza, sino en el hecho, en la costumbre. Aunque en esta clase no se hace mucho alarde de la nobleza de familia, el sentimiento de hidalguía está en todos los corazones y autoriza en unos el desprecio y en otros la superioridad con que miran a todo el que no pertenece a una familia hidalga o no lleva un nombre antiguo o conocido. Otro elemento que sirve de apoyo a esta superioridad es la riqueza: todos los antiguos nobles y caballeros del país son todavía grandes propietarios, y como tales se han arrogado el derecho de entender o de influir en los negocios públicos, porque alegan que ellos son los únicos que tienen que perder, los únicos que arriesgan en cualquier trastorno. El gobierno busca en ellos su principal apoyo, oye su consejo, sigue sus inspiraciones, y mantiene así la superioridad que se arrogan sobre el pueblo, sobre la gran mayoría que se compone de pobres y de gentes de familia desconocida.

Al lado de esta influencia constantemente sostenida, tiene la aristocracia chilena las relaciones que su riqueza y esa misma influencia le procuran, no siendo lo menos importante de esas relaciones la que mantiene con el clero. La educación de sus vástagos la va fortificando, y su predominio, en fin, está ya sancionado y defendido por todo el prestigio de que tales circunstancias la revisten. Esta aristocracia no tiene, como la inglesa, una base liberal, que se va ensanchando y admitiendo mayor número de individuos, a medida que el desarrollo de la sociedad hace surgir a la superficie nuevas capacidades. Bien al contrario, ella es demasiado celosa de sus fueros y no admite en sus filas sino a los que tienen los caracteres que forman su distintivo. Un gran talento, una vasta instrucción, una ingente

riqueza, una virtud extraordinaria no bastan para llegar a merecer la confianza de la primera clase ni colocan al hombre entre los aristócratas. Un espíritu restrictivo y apocado, mucha santimonia, un apego a todo lo que es retrógrado y horror a las reformas, hipocresía, disimulo son las virtudes del hombre de orden, denominación con la cual se ha honrado y disfrazado el partido retrógrado. Si a ellas se agrega la nobleza de sangre o alguna riqueza, o tal cual inteligencia, el hombre de orden tiene todos los títulos necesarios para ser aristócrata y enrolarse en la primera clase, como miembro nato. Pero el aristócrata, el hombre rico o de talento que en la administración, en la prensa o en la conversación familiar se muestra reformista, franco, liberal, ese lo pierde todo: no inspira confianza, es un calavera, hasta un hereje, según las circunstancias, y es borrado del libro de oro en que sus antecedentes le habían colocado.

Sin embargo, esta clase privilegiada pone en acción todos los medios sociales en cuanto le conviene a su defensa y conservación: arrogándose la tutela del pueblo, manifiesta desear mucho su progreso, pero no hace jamás por él todo lo que desea. Posesionada como está del gobierno, muestra propender al engrandecimiento y respetabilidad de la nación, pero cifra el engrandecimiento en el orden, y hace consistir el orden en conservar todo lo que existe, en no reformar y en no admitir nada de nuevo ni en ideas, ni en administración, ni en política, ni en personas. Mas como esta aristocracia rechaza el nombre que le conviene de retrógrada, y prefiere llamarse conservadora, justifica su denominación aparentando que quiere reformas, con tal que no se destruya lo existente: su modo de reformar consiste, pues, en remendar, en refaccionar; así es que Chile en poder de estas gentes es una casa vieja y ruinoso con puntales por aquí, alzaprimas por allá, paredes remendadas y agobiadas de promontorios por acá, y goteras por todas partes.

Dividida así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede y lo goza todo, y otra que nada vale, preciso es todavía considerarla dominada por el clero ante el cual desaparece la diferencia de aquéllas. El clero, extendiendo un brazo protector al pueblo, se intima con él, y prestando al mismo tiempo su apoyo a la aristocracia, hace de ella su mejor defensor. El clero podría hacerse soberano de este país en un momento; pero como limita su ambición al dominio espiritual, está contento con ser el dueño de las conciencias de todos. El clero es más respetado en Chile que el gobierno: un ministro, un magistrado, un general pasan inapercibidos por entre la muchedumbre, pero un padre o clérigo va dejando rastro por dondequiera que pase, porque todo el mundo se descubre. Cuando se habla del Presidente de la República o de otro alto funcionario, no se le da tratamiento alguno; pero no se nombra a un obispo, sin decir el señor obispo, ni se nombra a un clérigo sin anteponer un tratamiento respetuoso. En todas las circunstancias de la vida se advierte esta superioridad del clero en el ánimo de los chilenos sobre la autoridad civil; y la más ligera observación conven-

ce de que esa superioridad no es de fórmula, sino tan real y efectiva, que podría mirarse al clero como el verdadero señor de la nación.

La sociedad en Chile, es, pues, eminentemente monacal, y en los días destinados al culto puede confundírsele con una comunidad religiosa.

El clero, por otra parte, ofrece al pueblo la única carrera brillante a que le permite llegar la aristocracia; un hombre del pueblo con talento mediocre puede llegar a merecer en esta carrera las consideraciones que no alcanzaría en cualquier otra con un talento sublime. Quizá el clero podría salvar a esta sociedad, regenerando y alzando al pueblo, si a sus reconocidas virtudes evangélicas agregase más virtudes cívicas que las que practica. El clero católico en Chile hace católico al pueblo; si fuera monarquista, establecerá fácilmente la monarquía; siendo republicano lo hará también republicano.

Carta a Francisco Bilbao*

Cárcel de Santiago, 29 de octubre de 1852.

Mi querido Bilbao:

Le escribo para contestar a su carta de Lima en que dice (traduzco del francés):

»Es necesario aprovecharse de la victoria, hacerlo todo en un día, echar al crisol un siglo entero de porvenir, el fuego de la revolución funde el pasado como plomo aunque esté empedernido de egoísmo, la indiferencia y la degradación.

»¿Qué haremos? El fuego prende, el bronce hierve líquido. ¿Dónde está el molde para la gigantesca estatua de la libertad?

»¿Cómo dar dinero, millones a la revolución?

»¿Qué utilidades prácticas, materiales, visibles daríamos el día después de la victoria?

»¿En qué instituciones podríamos encarnar la República para que fuese la idea, el patrimonio, el egoísmo de cada uno?

»¿Puede usted levantar el impuesto directo en 6 meses y organizarlo para siempre?

»¿Cómo obtener un crédito nacional suficiente para alimentar el trabajo y que la revolución no traiga consigo la paralización?

»¿Tenemos terrenos para distribuir a las nuevas asociaciones, podremos colonizar el país con naturales y extranjeros y hacer que las ciudades echen su superabundancia de población en los campos?

»¿Levantaremos ejércitos industriales, y hasta qué número? ¿Cómo organizar una policía? ¿Cómo organizar cárceles? ¿Auburn Philadelphia, cuál de los dos sistemas?

»Si fuese preciso desencadenaré el elemento popular como una tempestad de la providencia para la purificación del país.

»Abolición de la provincia, subdividir el país en Municipalidades, jurados por todas partes, aunque nuestros huasos no sepan leer — la tempestad alejará la ignorancia y Dios estará con el pueblo«.

Estas son palabras bellas, mi querido Bilbao, pero para ser útil la palabra debe convertirse en hecho y no hacer olvidar el hecho.

Tal es mi intención — mi maquiavelismo será la franqueza; si mi franqueza me trae enemigos despreciables, también me dará, espero, ami-

*Reproducida en la obra de Gabriel Sanhueza »Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera«, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1956, pp. 202 y siguientes.

gos verdaderos. Desencadenando, como desencadenaremos, sin duda alguna el elemento popular, produciremos la tempestad, pero esa tempestad puede desde su primera hora producir el bien. Entre los subalternos del partido vencido en Chile hay inteligencias claras, corazones patrióticos, amantes de la justicia y que sabrán llevar por buen camino el tan temido elemento popular. A esos subalternos vencidos pero no domados me dirijo también. Ellos comprenderán su misión y el gran porvenir que les está reservado.

Regidos por una Constitución viciosa en sus bases, y que el Primer Magistrado de la República puede hacer cesar siempre y cuando guste, en Chile el ciudadano no goza de garantía alguna — puede ser desterrado sin ser oído, pueden imponérsele multas. El Gobierno intenta pleito a un ciudadano, que hace encarcelar si se presenta a defenderse: en una palabra, el estado de sitio, que es la dictadura, que es la arbitrariedad siempre constante, siempre amenazando al país — va destruyendo el patriotismo, premiando como las primeras virtudes del chileno la indiferencia, el servilismo, la delación. Todos sabemos que estos son los requisitos que el Gobierno exige a los hombres a quienes confía los puestos más importantes del Estado.

Nuestras leyes políticas, civiles, militares, fiscales y eclesiásticas tienden todas a conservar el despotismo, a hacerlo cada día más normal, y dándole medios legales de que echar mano, hace que los mandatarios usen sin reserva de medidas arbitrarias, por lo cual su fama de hombres probos no sufre, pudiendo escudarse, como lo hacen, con las leyes sancionadas por la titulada Representación Nacional.

Los males que produce este estado de cosas, aunque gravísimos, serían todos remediables por una administración honrada —laboriosa y patriótica—, mas para cambiar a Chile no basta un cambio administrativo.

Un Washington —un Robert Peel—, el Arcángel San Miguel en lugar de Montt serían malos como Montt. Las leyes malas no son sino una parte del mal.

El mal gravísimo, el que mantiene al país en la triste condición en que le vemos — es la condición del pueblo, la pobreza y degradación de los nueve décimos de nuestra población.

Mientras dure el inquilinaje en las haciendas, mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa en la Edad Media —mientras exista esa influencia omnímoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga la pobreza con la esclavatura, no habrá reforma posible— no habrá Gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que se les ocurra matar a Montt y a Varas y a algunos de sus allegados — destruirán en la persona de Montt y Varas el actual sistema de Gobierno y el país vivirá

siempre entre dos anarquías: el estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos — y la anarquía, que es el estado de sitio en favor de unos cuantos pobres. Para organizar un gobierno estable, para dar garantías de paz, de seguridad al labrador, al artesano, al minero, al comerciante y al capitalista necesitamos la revolución, enérgica, fuerte y pronta que corte de raíz todos los males, los que provienen de las instituciones como los que provienen del estado de pobreza, de ignorancia y degradación en que viven 1.400.000 almas en Chile, que apenas cuenta 1.500.000 habitantes.

Queremos asegurar la paz por el único medio eficaz — haciendo que las instituciones sean el patrimonio de cada ciudadano y estén en armonía con los intereses de una fuerte mayoría.

Desearíamos que el chileno, como el norteamericano, se mostrara orgulloso de sus leyes y las presentase al mundo como su más preciosa joya, como su indisputable título de nobleza, su título de hombre libre más honroso que el que puedan dar los grados de un ejército o los caprichos de un monarca.

¿Pero de qué medios valernos? ¿Cómo vencer? ¿Cómo una vez alcanzada la victoria, realizar un ideal? Estudiemos el país.

La población de Chile asciende probablemente a 1.500.000 almas — sus preocupaciones son la agricultura en las provincias del sur y del centro, la minería en las del norte.

El comercio que se halla en manos de los chilenos tiene por objeto o la primera venta de los productos agrícolas o la venta al menudeo de las exportaciones extranjeras.

Los chilenos especulan poco fuera de su país, sus relaciones con el resto del mundo, aunque de alguna importancia, están con cortas excepciones a cargos de extranjeros domiciliados en el país — muchos de ellos casados con chilenas y con hijos chilenos, identificados, interesados en el adelanto del país, pero a quienes nuestras leyes han sabido aislar.

Los extranjeros en Chile forman casta aparte.

Desgraciadamente no es para formar cuerpo que la nación chilena se ha aislado — basta salir a la calle para observar dos castas divididas por una barrera difícil de traspasar. Todo lo indica: el traje, el saludo y la mirada.

El país está dividido en ricos y pobres.

Hay 100.000 ricos que labran los campos, laborean las minas y acarrear el producto de sus haciendas con 1.400.000 pobres.

Pensar en la revolución sin estudiar las fuerzas, los intereses de estas tres castas sin saber qué conviene a pobres, ricos y extranjeros, es pensar en nuevos trastornos sin fruto, exponerse a nuevos descalabros.

Todos los hombres son excelentes jueces de su interés; sirvamos esos intereses y las resistencias que encontraremos serán insignificantes, nuestras derrotas nunca serían la muerte del nuevo partido que es necesario organizar.

En todas partes hay pobres y ricos. Pero no en todas partes hay pobres como en Chile. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en España hay pobres, pero allí la pobreza es un accidente, no es un estado normal. En Chile ser pobre es una condición, una clase, que la aristocracia chilena llama rotos, plebe en las ciudades, peones, inquilinos, sirvientes en los campos, esta clase cuando habla de sí misma se llama los pobres por oposición a la otra clase, las que se apellidan entre sí los caballeros, la gente decente, la gente visible y que los pobres llaman los ricos.

El pobre aunque junte algún capital no entra por eso en la clase de los ricos, permanece pobre. Para que ricos más pobres que él lo admitan en su sociedad tiene que pasar por vejaciones y humillaciones a las que un hombre que se respeta no se somete —y en este caso a pesar de sus doblones permanece entre los pobres—, es decir, que su condición es poco más o menos la del inquilino, del peón o del sirviente.

Por extraño que parezca lo que digo —si no fuera mi propósito evitar toda personalidad en una carta que debe imprimirse— lo probaría con cuantos ejemplos fuera necesario.

El pobre no es ciudadano. Si recibe del subdelegado una calificación para votar — es para que se la entregue a algún rico, a algún patrón que votará por él.

Es tal la manía de dar patrón al pobre, que el artesano de las ciudades y el propietario de un pequeño pedazo de campo (ambos pertenecen a la clase de los pobres) y dejados sueltos hubiesen podido usar de su calificación — han recibido patrón.

Los han formado en milicias — han dado poderes a los oficiales de estas milicias para vejarlos o dejarlos de vejar a su antojo y de este modo han conseguido sujetarlos a patrón. El oficial es el patrón. El oficial siempre es un rico — y el rico no sirve en la milicia sino en la clase de oficial.

El pobre es subalterno y aunque haya servido 30 años, aunque se envejezca en el servicio, el pobre no asciende, su oficial es el rico, a veces un niño imberbe, inferior a él en inteligencia militar, en capacidad, en honradez.

En la tierra de la libertad y de nivelación social, en California, han podido convencerse algunos ricos que el peón es tan capaz como el señorito.

La clase pobre en Chile, degradada sin duda por la miseria, mantenida en el respeto y en la ignorancia, trabajada sin pudor por los capellanes de los ricos, es mas inteligente que lo que se quiere suponer. Los primeros tiempos de la Sociedad de la Igualdad son prueba de ello.

El muy escaso número de ciudadanos pobres que en 1850 estuvieron en contacto con usted se mostraron ardientes por la reforma — moderados y llenos de paciencia y de resignación hasta que algunos hombres de la clase decente los quisieron exasperar por el asesinato que tan sin escrúpulo intentaron

Pero los que entonces estuvieron en contacto con usted fueron muy pocos — así es que podemos decir que la clase pobre aún no ha tomado parte activa en nuestras guerras civiles.

Separe usted los patriotas voluntarios que se armaron en Valparaíso, Coquimbo y Concepción¹ y los soldados que pelearon en Loncomilla, peleaban por el patrón Bulnes o por el patrón Cruz —peleaban por la comida, vestuario y paga— y sería extraño que de otro modo hubiese sucedido — vencedor Cruz o vencedor Bulnes el inquilino permanecía inquilino y el peón, peón. Si de otro modo hubiese sido, si alguno de los dos generales hubiese ofrecido utilidades prácticas, materiales, visibles al peón, el otro general hubiese quedado sin soldados antes que se empeñase la acción.

Los oficiales que eran de la casta de los ricos peleaban para sí — por sus intereses, para mejorar ellos individualmente de condición — esto explica muchas traiciones, y si Bulnes no se pasó, fue porque el partido enemigo no tenía ventajas que ofrecerle, y si los oficiales de Cruz se pasaron fue porque había con qué atraerlos.

Al pobre, ¿qué le importaban las reformas de que vagamente hablaba uno de los partidos? He visto un retrato de Cruz apoyado en una columna aplastada por la Constitución, en la que se leen estas palabras: Libertad es sufragio.

¿Era ésta la utilidad práctica material y visible que el Partido Liberal daba a la gran mayoría de la nación? A esos nueve décimos de nuestra población para quien la elección es un sainete de incomprendible tramoya —que entrega su calificación al patrón para que vote por él—, para quien no hay más autoridad que el capricho del subdelegado, más ley que el cepo donde lo meten de cabeza cuando se desmanda.

No es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte en nuestras contiendas políticas. No es porque sea incapaz de hacer la revolución — se ha mostrado indiferente porque poco hubiese ganado con el triunfo de los pipiolo — y nada perdido con la permanencia en el poder del partido pelucón.

El pobre tomara una parte activa cuando la República le ofrezca terrenos, ganado, instrumentos de labranza, en una palabra, cuando la República le ofrezca hacerlo rico, y dado ese primer paso le prometa hacerlo guardián de sus intereses dándole una parte de influencia en el Gobierno.

Cuando el pobre sepa que la victoria no es sólo un hecho de armas glorioso para tal o cual general, sino la aprobación de un sistema político que lo hace hombre, que lo enriquece, entonces acudirá a la pelea a exponer la vida como va ahora a exponerla al rodeo de su patrón. Cuando haya alcanzado a tener propiedad, apreciara lo que vale el orden, entonces acudirá a las Municipalidades y jurados como hoy acude a la misa de su párroco y todo Gobierno justo encontraría tal apoyo en las masas que la palabra revolución y su compañera estado de sitio se olvidarían en nuestro país.

Actualmente los pobres no tienen partido, ni son pipiolo ni peluco-

¹ En la guerra civil de fines de 1831 sofocada por el gobierno.

nes, son pobres — del parecer del patrón a quien sirven, miran lo que pasa con indiferencia, pero están dispuestos a formar un partido, a sostenerlo y no lo dudo a sacrificarse por una causa cuyo triunfo alterará realmente la condición triste y precaria en que se encuentran.

El partido que en Chile contara con los pobres podría gobernar sin alarmas, sin sitios y hacer el bien sin que lo pararan las discusiones de pandilla en las rencillas de tertulia. . .

LOS RICOS

Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias. Los españoles que obtuvieron mercedes de la Corona — los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones y algunos mineros afortunados forman la aristocracia chilena: los ricos.

La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como las aristocracias de las Repúblicas Italianas — no es laboriosa y patriota como la inglesa, es ignorante y apática — y admite en su seno al que la adula y la sirve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito, Argomedo, Camilo Henríquez, Rodríguez, los Carrera, O'Higgins, Vera, Freire, los Egaña, D. Diego Portales, Salas y hasta este Presidente Montt son sujetos todos apreciables y que hubiesen figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras.

Esta aristocracia o más bien estos ricos fueron los que hicieron la primera revolución y los que ayudados después por San Martín dieron la Independencia a Chile. Instituyeron un Gobierno al que afortunadamente se les ocurrió llamar República y son los que bien o mal nos han hecho vivir medio siglo independientes haciendo respetar en cuanto les era posible el nombre chileno en el extranjero.

De los ricos es y ha sido desde la Independencia el Gobierno. Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón se los han mandado, han labrado la tierra, han hecho acequias — han laboreado minas — han acarreado; han cultivado el país — han permanecido ganando real y medio — los han azotado, encepado cuando se han desmandado, pero en la República no han contado para nada, han gozado de la gloriosa Independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del rey.

Pero como todos los ricos no encontraban, a pesar de la Independencia, puestos para sí y sus allegados, como todos no podían obtener los favores de la República — las ambiciones personales los dividieron en dos partidos.

Un partido se llamó pipiolo o liberal — no sé por qué.

El otro partido, conservador o pelucón.

Estos partidos mandaron alternativamente hasta 1830 — mas en una de las frecuentes revoluciones de la época venció el partido pelucón — su principal caudillo D. Diego Portales lo organizó, y desde entonces

ha seguido en el mando aunque no en pacífica posesión del mando. Fuera del motín militar en que murió Portales, cada elección está acompañada de su correspondiente tentativa de revolución pipiola a la que contestan los pelucones con el estado de sitio; se destierran y persiguen las personas de costumbre — se hace callar la prensa y el país vuelve a dormirse como niño a quien la mamá le dio la teta.

No la diferencia de principios o convicciones políticas. No las tendencias de sus prohombres hacen que los pelucones sean retrógrados y los pipiolos parezcan liberales. No olvidemos que tanto pelucones como pipiolos son ricos, son de la casta poseedora del suelo, privilegiada por la educación, acostumbrada a ser respetada y acostumbrada a despreciar al roto.

Los pelucones son retrógrados, porque hace 20 años que están en el Gobierno — son conservadores porque están bien, están ricos y quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas — quieren conservar el país en el estado en que está porque el peón trabaja por real y medio y sólo exige porotos y agua para vivir, porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden castigar al pobre si se desmanda.

Para todo pelucón las palabras progreso, instituciones democráticas, emigración, libertad de comercio, libertad de cultos, bienestar del pueblo, dignidad, República, son utopías o herejías, y la palabra reforma y revolución significa pícaros que quieren medrar o robar.

Dotados de tan poca inteligencia, es natural que piensen como piensan.

La clase más acaudalada de entre los ricos es pelucona porque está en contacto con el Gobierno — no es otro el motivo. Ya sabemos que estos señores se afligen poco la mollera en pensar en las instituciones y como son los que más tienen que perder son los que miran a los reformistas o revolucionarios con el más candoroso pavor. Ah, mi querido Bilbao, cuántos malos ratos hemos dado sin querer a estos pobres diablos que son nuestros enemigos, porque nos calumnian. Ellos mismos se castigan. Perdónelos Dios, como yo los perdono.

Para completar el partido pelucón — a esa masa de buena gente debe usted añadir la mayor parte del clero, que aquí como en todas partes es partidaria del statu quo — Santa Milicia que sólo se ocupa de los negocios transmundanos — que en nada se mete con tal que no la incomoden, que el Gobierno no permita la introducción de la concurrencia espiritual dejando a cada hombre adorar a Dios según su conciencia — y con tal que se les deje educar a la juventud a su modo — o que no se eduque ni poco ni mucho — y con tal que se les pague con puntualidad. Bajo estas condiciones (que están conformes con el sentir de los pelucones), los clérigos son pelucones como serían pipiolos si los pipiolos les ofrecieran iguales ventajas.

Además, como todo partido, el partido pelucón tiene su hez. La hez del partido son sus hombres de acción. Viviendo del Estado, sin más patrimonio que las Arcas Nacionales, o empresas asalariadas, o privilegios injustificables: estos hombres sin conciencia son capaces de cuanta injusticia, cuanta violencia, cuanta infamia puede imaginarse para conservar

su posición — aunque el partido los desprecie y a no pocos aborrece, los pelucones tienen que someterse a sus exigencias para contentarlos; los emplean porque los creen indispensables y las medidas de estos criados mandones del partido dan a la política del partido cierto aire inquisitorial, maquiavélico y cruel que hace odioso un partido que sin esta gente sería apocado e ignorante pero bonachón.

Los pipiolos son los ricos que hace 20 años fueron desalojados del gobierno y que son liberales porque hace 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora.

Son mucho más numerosos que los pelucones, atrasados como los pelucones — creen que la revolución consiste en tomar la Artillería y echar a los pícaros que están gobernando fuera de las poltronas Presidencial y ministeriales y gobernar ellos —pero nada más, amigo Bilbao—, así piensan los pipiolos — creo que usted lo sabe ahora.

A este vacío en las ideas es a lo que debe atribuirse la mala suerte de los pipiolos.

¿Son acaso los pelucones invencibles? No por cierto, y si han ganado los pelucones es porque han sido más hábiles que los pipiolos.

Los pelucones han dado garantías de paz a una clase importante en Chile — han asegurado la tranquilidad a los extranjeros, es decir, la continuación del consumo de las mercaderías importadas — la inmovilidad de la legislación, es decir, la seguridad del cobro de los pagarés en su posesión y con esto los pretextos individuales de protección, amistad y consideración —no les ofrecían bienes, pero no les hacían entrever males—, mientras que los pipiolos daban probabilidades de desorden sin compensación alguna.

Los pelucones daban garantías de paz a frailes y clérigos, mientras los pipiolos les habían, in illo tempore, quitado los conventos a los primeros y mirado con poco respeto las sotanas de los segundos cuando estuvo mandando cierto pipiolo Pinto que felizmente hoy es pelucón.

Los pelucones aseguraban a los pobres el sosiego — que de todos los males que los agobian es el mal menor que puede caer sobre el pobre. ¿Y los pipiolos qué les ofrecían? Obligarlos a servir por poca paga — andar a machetazos por las costas y cordilleras y esto para conseguir el sufragio universal, inteligente — para nombrar Presidente de la República y diputados — si siquiera hubiera sido para nombrar subdelegados, los pobres hubiesen entendido que algo ganaban pero así... Bien hicieron los pobres en reírse de ambos partidos.

No haber interesado a las demás clases de la sociedad de una manera eficaz, no saber ellos mismos lo que querían, he aquí los motivos de los descalabros de los pipiolos, descalabros que no son de sentir, pues sus victorias nos hubieran traído desórdenes sin provecho que hubieran desacreditado las ideas liberales. Loncomilla pudo darnos Cruz, pero Cruz como Montt son persecución a los vencidos. Intolerancia, no por fanatismo, sino por miedo a los clérigos. Vaivenes, revueltas, inseguridades, sainetes en vez

de elecciones, títeres en vez de representación nacional y siempre la misma administración y las mismas leyes civiles, eclesiásticas, militares, políticas y fiscales.

Con Cruz hubiésemos discutido con libertad 3 ó 4 meses y ahora nos perseguiría Cruz como nos persigue Montt.

A esta causa de descrédito de los pipiolos se añade otra. Este desventurado partido ha tenido que sufrir la desgracia común a todo partido que por mucho tiempo ha permanecido fuera del Gobierno. Cuánto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuánto mercachifle quebrado, cuánto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuánto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales.

El Gobierno es causa de su ruina, y estos allegados hacen incalculable mal causando incalculable descrédito: así es que muchas veces las combinaciones de los pipiolos han abortado por sobrarles los elementos.

Después de confesar tanta mengua para nuestra pobre tierra me queda una tarea más grata — quiero hablarle de la flor del partido pipiolo, flor que en vano se busca entre los pelucones — quiero hablar de los jóvenes como usted, Recabarren, Lillo, Lara, Ruiz, Vicuña y tantos otros rotos que pelearon contra lo que ahora existe en Chile. Juventud llena de porvenir, valiente, generosa, patriota, pero que confía demasiado en el acaso, que no analiza sus nobles aspiraciones — trabajo que debería emprender — a ustedes, primogénitos de la República, a su inteligencia está confiado el porvenir del país.

Estos hombres de buena fe, que a veces sin esperanza de triunfo, y conociendo la capacidad de sus jefes se opusieron a la tiranía que se entronizaba, es preciso segregar del partido pipiolo, y con ellos formar el partido nuevo, el partido grande, el partido democrático-republicano, de cuya misión les hablaré a ustedes cuando hayamos estudiado las aspiraciones, los intereses de una clase importante entre nosotros, estrictamente ligada al progreso del país — interesada en el establecimiento definitivo de la paz y del orden.

LOS EXTRANJEROS

Le escribo al autor de los «Boletines del Espíritu» y es inútil decirle que aunque nacidos en otros puntos de la tierra los extranjeros son nuestros hermanos — hermanos a quienes debemos franca, leal y desinteresada hospitalidad si pasan por nuestra tierra, hermanos a quienes debemos dar la ciudadanía si profesan los principios republicanos y quieren establecerse entre nosotros.

¿Cuáles son los deseos de los extranjeros?

1°. Poder comerciar en el país con el mayor provecho posible.

2°. Poder adquirir fortuna y trabajar con las ventajas del que más.

- 3°. Poder adorar a Dios según su conciencia.
- 4°. Poder casarse en el país sin faltar a sus convicciones.
- 5°. Poder ser ciudadanos siempre que les convenga.

Los extranjeros en cuyas manos se encuentra todo el comercio de exportación e importación, en cuyas manos se encuentran muchas de nuestras industrias, a cuyos cuidados está confiado el establecimiento de educación más útil que posee el país (Escuela de Artes y Oficios) forman una clase importante en Chile dispuesta a trabajar por el partido que mejor sirva sus intereses y aspiraciones.

Felizmente estos intereses se armonizan con la justicia y la conveniencia.

Favorecer los intereses de los extranjeros es favorecer el aumento de nuestra población útil. Los campos despoblados del Sur, los campos a medio cultivo del resto de la República están llamando la emigración. La emigración, único medio de educar a nuestras masas — la emigración que nos traerá máquinas para facilitar el trabajo — hábitos de aseo y sobre todo que introducirá en el corazón de Chile una población menos maleable a las arbitrariedades, más acostumbrada a la libertad que nuestros pobres que no han conocido otro estado que la degradación en que ahora se encuentran.

Para atraer la emigración es preciso pensar en el emigrante que ha llegado, antes de pensar y hacer leyes para el emigrante que está por llegar. Es necesario hacerse amar del extranjero ya establecido entre nosotros, es necesario contentarlo, nuestra población es asamblea simpática. Todos los extranjeros que he conocido fuera de Chile y que habían vivido algunos años en nuestro país, lo quieren; lo que les repugna son nuestras minuciosidades fiscales, nuestra intolerancia en materia de religión.

Pensemos sin preocupación, Bilbao, y dígame, con extranjeros o sin ellos. ¿La más completa libertad de comercio (free trade, libre échange), con igualdad de banderas no es el mejor medio de favorecer a los chilenos?

Con extranjeros o sin ellos ¿no cree usted que un país no puede estar organizado mientras no se respete la creencia de cada ciudadano, mientras no se le permita adorar a Dios según su conciencia, mientras la libertad del pensamiento no se manifieste por la libertad de cultos y por la completa separación de la Iglesia y del Estado?

La separación de la Iglesia y del Estado reduce el matrimonio a contrato civil y la cuestión de los matrimonios mixtos está resuelta. Los que quisieran hacerlos sacramentos, pueden después de casados hacer bendecir sus promesas por la Iglesia.

Sin extranjeros a quienes satisfacer, ¿no es justo, no es conveniente dar al emigrante carta de ciudadanía en cuanto declare que es su intención permanecer en el país y en cuanto haga acto público de adhesión a los principios republicanos?

Cada inmigrante es un ciudadano útil, por sus hábitos, por el espíritu que trae consigo, en su fuerza, en sus brazos, en su industria. ¿Por qué privar a la República de un ciudadano, por qué rechazar cerrar las puertas de la patria a un hermano?

Ahora bien, si hay necesidad de atraernos a una clase enérgica e influente a nuestro partido, deberíamos proclamar como derechos inalienables del ciudadano, la libertad ilimitada del comercio y la libertad de cultos. Si para constituir bajo bases sólidas la República, debemos proclamar la separación de la Iglesia y del Estado. Si por justicia y conveniencia, debemos ofrecer la ciudadanía al emigrante.

Con mucha más razón debemos apresurarnos a proclamar estos principios —que alejarán a muchos extranjeros de una administración que ellos protegieron y que los engañará y que nada les dará— y atraerlos a nuestro partido que de todos modos, por conveniencia, por convencimiento profesa un sistema que está en armonía con los deseos de una clase enérgica e inteligente.

Con la amistad de los extranjeros, de quienes dependen nuestros comerciantes nacionales, a quienes dan o niegan crédito, de quienes dependen algunos artesanos, jornaleros y empleados, a quienes dan trabajo, de quienes depende la prensa de Valparaíso, que es la más influyente de toda la República, obtendremos las simpatías de sus Cónsules, y cierto disimulado apoyo de sus navíos de guerra. La última revolución hizo ver cuánto importa esta simpatía.

He aquí en mi sentir la condición de las tres clases que forman nuestra sociedad.

El primer paso que debe darse para formar un partido nuevo es reconocer, aceptar francamente todos los elementos reales y esenciales de nuestra sociedad.

Se puede engañar a una sociedad entera — oprimirla, darle la tranquilidad que pueden mantener el miedo y el embrutecimiento — pero es imposible hacerla vivir si se contrarían las aspiraciones e intereses de una inmensa mayoría.

Chile no gozará de una verdadera paz, no prosperará mientras no lleguen al Gobierno las ideas de los que quieren enriquecer al pobre sin arruinar al rico.

Dar libertad a la conciencia, sin favorecer un culto nuevo a costa de la Religión Católica Apostólica Romana que profesa la inmensa mayoría de los chilenos.

Separar la Iglesia del Estado, sin arruinar al clero, sin exigir de él sacrificios y dejándole los templos de su culto y las rentas que directa o indirectamente pagan los fieles a sus sacerdotes.

Si las ideas que le expondré a continuación son exactas — si no arduos los trabajos que será necesario emprender más tarde para probar, mostrar la posibilidad y explicar a todos nuestras ideas — aunque ca-

lumniados al principio prevalecerán un día, y veremos algún día la patria tranquila y libre, rica y respetada.

¿Qué hacer? Diré de una vez cuál es mi pensamiento, pensamiento que me traerá el odio de todos los propietarios, pensamiento por el cual seré perseguido y calumniado, pensamiento que no oculto porque en él está la salvación del país y porque su realización será la base de la prosperidad de Chile.

Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres.

Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres.

Es necesario quitar sus aperos de labranza a los ricos para distribuirlos entre los pobres.

Es necesario distribuir el país en suertes de labranza y pastoreo.

Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior, en:

Suertes de riego en llano;

Suertes de rulo en llano;

Suertes de riego en terrenos quebrados regables;

Suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo;

Suertes de cerros; suertes de cordillera;

Cada suerte tendrá una dotación de ganado vacuno, caballo y ovejuno.

Las condiciones para ser propietario serán:

Ser ciudadano.

Prometer pagar a la Nación durante 50 años el uno por ciento del producto de la suerte poseída — es decir por cada cien pesos que se sacará de la propiedad que la República le entrega, pagará un peso a la República.

Habitar la suerte de tierra o dejar sobre ella un ciudadano que la habite.

Cercar la propiedad y mantener sobre ella el ganado que se le ha entregado, o aumentar por algún trabajo el precio de la propiedad en caso de enajenar el ganado recibido.

A cada once suertes distribuidas se reservarían tres para inmigrantes.

Así y sólo así se conseguirá enriquecer el pobre y educarlo, así conseguiremos desparramar por nuestros campos una población menos maleada, más acostumbrada a resistir a la arbitrariedad, más acostumbrada a hacerse respetar y nuestros campesinos serían vecinos de Norteamericanos, Belgas, Franceses, Alemanes, Italianos, Chinos, Holandeses y no tardarían en educarse.

No se nos diga que la educación primaria podría con menos trastornos educar a nuestras masas. En las escuelas no se aprende a arar como en Norteamérica, a cosechar como en Norteamérica, a criar caballos como en Inglaterra, a cuidar vacas como en Holanda, a hacer mantequilla como en Irlanda, quesos como en Suiza, vinos como en Francia, a cultivar la morera como en Italia, a cultivar el arroz como en China. En las escuelas los hombres no aprenden a asociarse, y aunque las escuelas pudieran recom-

plazar la revolución para los nietos de nuestros hijos, yo creo que los pobres han sufrido ya lo bastante y no tienen tiempo para sufrir ni esperar más.

La República promete solemnemente reconocer los derechos adquiridos, y he dicho quitar a los ricos. He dicho quitar, porque aunque la República compre a los ricos sus bienes, y aunque los ricos reciban una compensación justa, esta medida sería tildada de robo para ellos, y a los que la proponen no le faltarán los epítetos de ladrones y comunistas. Pero no hay que asustarse por las palabras, la medida es necesaria, y aunque fuerte debe tomarse para salvar al país.

Hecha la división de la República, los actuales propietarios tendrían derecho a tomar once suertes de tierras en las propiedades de sus pertenencias, y quedarían sujetos como los demás a las condiciones de cultivo y habitación que se exigirían de los demás colonos.

Cada suerte restante sería tasada y la República reconocería al actual propietario una deuda por la cantidad de suertes de tierras que habría entregado a la República.

La República reconocería al propietario una deuda que ganaría 5 por ciento anual, 3 por ciento como interés, 2 por ciento como amortización.

De este modo la deuda se extinguiría en 50 años.

Mientras una suerte no estuviera pedida quedaría en poder de su antiguo propietario.

Tal es, amigo mío, la idea que me formo de la revolución.

Si estas ideas fueran francamente adoptadas por Ud., creo que sobre ellas podríamos principiar a echar las bases de un nuevo partido.

Para formarlos tendríamos que emprender trabajos que verían más tarde la luz pública — trabajos para los cuales necesitamos de toda nuestra energía — pues desterrados tendremos dificultades para apoderarnos de los datos que nos son indispensables para demostrar cuán practicable es nuestra intención — pero tenemos amigos y para nuestros fines no nos faltarán colaboradores. Así poniendo desde luego mano a la obra podríamos presentar:

Primero. A los pobres un Catecismo que les haga conocer sus deberes y derechos, que les explique lo que ganarían con la revolución.

Segundo. A los ricos — una exposición precisa de nuestras intenciones, hacerles su porvenir en Chile que no es otro que la suerte de los blancos en Santo Domingo.

La Revolución ligaría a los ricos, es decir, los que más tiempo y medios tienen para educarse, al bienestar de la República fuese fuerte, rica y bien servida para que la República pudiera pagar sus deudas — la necesidad y el interés harían nacer el patriotismo porque la clase que más medios tiene de educarse vería su fortuna individual íntimamente ligada a la fortuna pública. No porque se pusieran límites a la adquisición de inmensos fundos rurales — tendrían que quedar los ricos con sus capitales ociosos — la enorme industria agrícola que se desarrollaría en el país necesitaría de inmensos capitales perdidos en peque-

ñas partes, es verdad — ¿pero estas pequeñas partes sumadas a cuánto ascenderían? Luego los ferrocarriles, los canales de riego y conducción que entonces se podrían emprender ¿cuántos capitales necesitarían?

Tercero. A los comerciantes — cuál sería el porvenir del comercio en un país de millón y medio de consumidores que gastaría cada uno \$ 100 por lo menos en artefactos extranjeros anualmente — es decir que el comercio de importación se elevaría a ciento cincuenta millones de pesos anualmente en vez de 12 millones que ahora consumimos.

Cuarto. Una exposición clara de los recursos con que el país puede contar en los primeros tiempos de la revolución — un presupuesto de nuestras contribuciones y de los recursos pecuniarios necesarios a cubrir los intereses y amortización de las deudas que la Nación tomaría sobre sí al promulgar la ley de jubilación y al ofrecer a los propietarios el 5 por ciento de los valores que los ricos entregaban a la República.

Probar a los ricos que sufrirían muy corta merma en sus rentas en los primeros años y quizá un considerable aumento en el porvenir sería el mejor medio de ganar muchos de ellos a nuestras ideas.

Quinto. Formar un catastro del país, determinar la extensión de cada clase de suerte, determinar la dotación de ganado, que a las suertes de ganado, que a las suertes de diferentes clases convendría otorgar — formar una lista de las suertes que podrían distribuirse, formar un cálculo aproximativo de lo que estas suertes podrían producir, ilustrar con ejemplos nuestros asertos — hacer ver que cuanto más cultivados están los pedazos de tierra que en Chile se llaman de pobres, y por fin, hacer comprender que la distribución es la riqueza y no la ruina. Es la paz y no el desorden que ahora nos agobia con el nombre de facultades extraordinarias y que nos amenaza con el nombre de anarquía.

La obra es difícil — larga sobre todo, pero es posible, y si no nos dejamos llevar del amor propio, si no tememos al ridículo, a las preocupaciones, podremos quizá, atacando el mal de frente, hacer la revolución en nuestra patria sin los grandes trastornos que la subdivisión de la propiedad costó a la Francia del 93, subdivisión benéfica que ha mantenido a la Francia grande, a pesar de los horrores del terror, de la tiranía de Napoleón, de la invasión del extranjero y de las vergüenzas que se le siguieron. En Inglaterra el suelo está distribuido entre un corto número de propietarios y allí la lucha ha sido larga y a pesar de sus grandes hombres, de su admirable administración el artesano inglés sólo ha podido comer pan hace pocos años cuando Comden, en una guerra cuya táctica debemos imitar, hizo cesar los monopolios establecidos por los dueños de los campos.

Los Estados Unidos han progresado admirablemente, ¿por qué?, porque cada pobre, cada emigrante marchando al Oeste encontraba un pedazo de bosque donde edificar su cabaña, sin miedo a las reconvenções o caprichos del patrón, así los asalariados se han elevado, el consumo es

inaudito porque cien hombres con mil pesos cada uno consumen 50 veces más que un rico cuya fortuna asciende a cien mil pesos.

Demos el grito de PAN Y LIBERTAD y la Estrella de Chile será el lucero que anuncia la luz que ya viene para la América Española, para las razas latinas que están llamadas a predominar en nuestro continente.

Pan y libertad, el grito de los descamisados europeos llamará la emigración y con ella vendrá la educación del pueblo.

Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX*

El objeto de este estudio es presentar en la forma de un esquema, de un panorama o de un ensayo, los rasgos más salientes y esenciales de la evolución social en Chile en el siglo XIX. Un plan o método así concebido es siempre arbitrario. Lo es por dos razones. Porque el historiador se encuentra obligado a trazar una síntesis en que desecha todos los datos que llevan a una demostración, o a la contradicción de esa demostración, o bien, porque debe ser creído bajo la virtud de la autoridad de su palabra. Un método semejante induce a concepciones precipitadas. La lengua del historiador necesita ser clara, precisa y matemática. Los términos, las palabras que asocian conceptos ideológicos, que cambian de una época a otra, debe eliminarlos cuidadosamente. Perturban, sin duda alguna, el raciocinio. Cuando hablamos de democracia en la edad de Atenas, inconscientemente asociamos a ella nuestra actual concepción. Y de este modo deformamos el sentido histórico de esa etapa. Hay un hecho mucho más claro que puede explicar esta transformación de los matices del lenguaje y de las ideas. La sensibilidad física del individuo no es, por cierto, hoy, la del hombre del siglo XV, por ejemplo. El régimen social de entonces le impuso, con sus castigos, una fortaleza que nadie podría resistir en nuestro tiempo. Se ve así que aun la psicología cambia.

Mi ensayo adolece de los dos defectos que he señalado. He debido abandonar las pruebas que corroboran mis asertos; he debido aspirar a ser creído bajo la fe de mi palabra. No trato tampoco de convencer a nadie. Cuando se asume el papel de historiador de un período lejano, lo único que interesa es ser objetivo, gráfico. Esta ha sido mi aspiración en este estudio. Las ideas, las doctrinas en el devenir de la historia, carecen de importancia para mí. Mucho más me interesa seguir la ley de la vida, su juego, su armonía y desarmonía, la ley biológica que impulsa la historia. Soy demasiado escéptico para apasionarme por las cosas del pasado: en ellas miro sólo el prodigioso arte de la vida. Quién sabe si este esquema participe de este escepticismo.

*Publicado como Apéndice del libro del autor «La abolición de la esclavitud en Chile», Santiago, 1942.

I. LOS FUNDAMENTOS MORALES DE LA SOCIEDAD

Al terminar el siglo XVIII, la sociedad chilena, en sus diferentes jerarquías, se cimentaba sobre dos grandes principios místicos: el del dogma de la majestad real y el del dogma de la majestad divina, es decir, en un respeto incondicional a la Corona, que era el símbolo supremo del espíritu español en el cual totalmente se encarnaba, y en una veneración absoluta a los principios de la Iglesia. Ambos dogmas ya entonces habían perdido algo de su antigua y sólida consistencia moral: el real se había debilitado a impulsos de las propias reformas que la monarquía introdujo en sus dominios, y por ciertas medidas que lastimaron profundamente la conciencia de la clase social preponderante, tales como la falta de una verdadera libertad de comercio, la expulsión de la Compañía de Jesús y, finalmente, el término del régimen de las encomiendas. El dogma de la majestad divina perdió a su vez vigor. Las costumbres patriarcales de la antigua sociedad de los siglos XVI y XVII, dominadas enteramente por el espíritu y moral de la Iglesia, comenzaban a transformarse a impulsos de los hábitos y de los sentimientos de algunos extranjeros que solían vincularse con las familias chilenas, principalmente franceses e italianos. La Iglesia, desde la expulsión de la Compañía de Jesús, no manejaba el freno de las conciencias y, desde el momento en que la ilustración se hizo un poco más vasta, fue posible percibir en los espíritus, si acaso no una rebeldía, por lo menos un sí es no es de independencia moral, para juzgar y apreciar los actos de la vida desde un punto de vista psicológico y moral. Sin embargo, todavía la Iglesia se conjugaba plenamente para acentuar y darle toda su expresión de forma al dogma de la majestad real, del cual continuaba recibiendo no pocos beneficios.

II. LA POBLACIÓN Y SUS CLASES SOCIALES

Tal era, en resumen, el fondo moral de la sociedad al iniciarse el siglo XIX. La población del país, ya organizado administrativamente debido a las reformas de la dinastía borbónica y a la obra eficaz de grandes gobernadores, no alcanzaba, seguramente, a más de medio millón de habitantes, sin tomar en cuenta a los araucanos, cuya suma podía ser entonces calculada en cien mil almas. En general, la población chilena era pobre en comparación con la de los grandes virreinos y aun con las de otras capitanías generales. Cerca de las tres cuartas partes la constituía el mestizaje español-indígena. No eran ni bárbaros ni civilizados y llevaban una vida ruda y triste, sin horizontes de ninguna especie. Formaban el elemento de explotación de los campos de cultivo en las feraces regiones del Valle Central o en los secanos de la cordillera de la costa; eran el músculo fuerte en el trabajo de las minas de las montañas, y bien podía considerárseles como los siervos de la tierra, como el conglomerado más importante de la servidumbre del servicio rural.

Los criollos se levantaban sobre esta sabana social. Eran los descendientes de los españoles de pura y limpia sangre blanca, mezclada a veces con el indígena, y no exenta, en otras, de ciertas gotas de la africana. Constituían el elemento básico de la civilización europea, lo nacional genuino de la Colonia, si quiere decirse. Poseían las tierras de cultivo, las minas, algunas pequeñas industrias, prosperaban en el comercio, en manera muy desigual; tenían acceso a las dignidades del clero, a las no muy encumbradas del ejército, y en los cabildos aprendían débilmente el arte del gobierno de las ciudades; servían en la Universidad de San Felipe y en otros colegios la docencia y la dirección de la enseñanza. Era la élite intelectual, por misérrima que fuera. La alta clase social de este grupo, que bien contando no llegaba a ciento cincuenta mil, traía su origen en una transformación racial verificada en el país al finalizar el siglo xvii, y acentuada en el siguiente; era el producto de un desplazamiento paulatino de una parte del elemento conquistador primitivo, reemplazado por familias de origen vasco y entroncado con la vieja estirpe castellana, que había colaborado en esa empresa y que aún subsistía.

Los españoles no eran más de veinte mil; pero era la estirpe social predominante. De su sangre pura o no, había surgido el criollo; éste heredó sus tierras, su fortuna y su rango. Poco a poco, los españoles fundadores fueron extinguiéndose, y una casta oficial, venida de la metrópoli, de escasa raigambre en el país, reemplazó a la de los conquistadores. Era éste un grupo privilegiado: el gobierno, la alta jerarquía administrativa, la justicia de segunda instancia, la preeminencia en el ejército y cuanta actividad administrativa de importancia remunerada, le pertenecía. Tenía valimiento en la Corte, disponía de influencia política y estaba poseído del orgullo de su origen, que no dejaba de lastimar a los criollos. Ni eran más ni menos que éstos en el orden moral, y tal vez más en todo caso, porque mientras los primeros no amaban al país por lo general los segundos lo contemplaban con ojos de enamorados: el cielo y sus montañas; sus ríos y sus lagos; sus árboles y su clima; sus mujeres y sus hombres; sus trigales y sus huertos; sus aves y sus frutos, los extasiaban en la contemplación. Y en el interior pensaban, como buenos hombres amantes del terruño, ¿por qué no hacer grande esta patria? ¿Por qué no poder nosotros dirigirla? He aquí el primer rozamiento psicológico del criollo con el español.

Los estratos sociales que se siguen a éstos, se diversifican en varios grados inferiores. Son los esclavos africanos y sus derivados con mestizos e indígenas, los zambos y mulatos. No alcanzaban felizmente, entonces, a veinte mil. Era la escoria social, el desecho humano, que un régimen bárbaro pero legal poco menos que había embrutecido. No había elemento suficiente para renovar la raza, es decir, el porcentaje de extranjeros era ínfimo. En el siglo xviii hay algunos centenares: disminuyen después. En 1808, el censo arroja, efectivamente, ciento. De este modo, las uniones matrimoniales se hacen en cada grupo: el criollo, de origen vasco o castellano, cierra cada vez más el círculo familiar hasta constituir una verda-

dera casta de trascendente importancia en la vida social y política del país, que le dará a su organización, en cuanto las otras de América, una fisonomía propia. Pero hará nacer cierto complejo de inferioridad racial, principalmente en las mujeres, que, cansadas del mismo tipo de hombre, entre agrícola y urbano, enaltecerán al extranjero, al inglés, francés e italiano, en quien idealizaran un tipo de amor. El mestizo se funde en él mismo. De siervo se convierte, al dejar de ser encomendado, en inquilino: se hace artesano, trabajador manual, obrero: la miseria es él.

La historia de Chile, a diferencia de cualquiera otra historia, carece de pueblo, porque no tiene plebe, porque no la anima ningún sentimiento como no sea el de la servidumbre. El pueblo aflora con intermitencias: en 1814, para vengar, con la piedra en la mano, la opresión de los Talaveras; en 1818, para combatir en los llanos de Maipo por simple espíritu militar; en 1839, cuando se da cuenta de que ha nacido una nueva aurora para él; en 1879, porque siente la grandeza de Chile; en 1891, inducido a la lucha por la alta clase social; en 1920, porque ha llegado, al fin, su redención. Y siempre es la miseria. . .

III. EL MEDIO AMBIENTE DE LA VIDA

Esa población y esas clases sociales se reparten en los campos y en las ciudades. La hacienda, la gran hacienda chilena, alberga al inquilino. Su vida no cambia en todo el siglo XIX. El inquilino ama la tierra que lo vio nacer, porque es su único mundo; generaciones de generaciones le han precedido y él sigue allí, como el árbol, profundamente enraizado a la tierra. Vive de lo que le dispensa el patrón, según sea su carácter bondadoso o áspero. Ha quebrado todo gesto de rebeldía. Siente por el amo un temor reverencial y entrega a veces hasta la honra de sus hijas. Una choza embarrada y de techo pajizo, que no es más que una mejor adaptación de la ruca indígena primitiva, le sirve de hogar, en la cual no hay la más ligera comodidad. Un salario miserable se le abona por el trabajo que efectúa. Una ración mezclada de alimento le sirve para mantenerse. No conociendo otra imagen mejor de vida, el inquilino no maldice su suerte ni aspira a más tampoco, porque en su alma hay cierto fatalismo. Se siente feliz con su mujer y sus hijos, y con los dos grandes amigos de su existencia: un perro fiel y un caballo sufrido y educado exclusivamente para las tareas campesinas. Sus alegrías son escasas: no pasa de una fiesta culminada en una borrachera, que se ameniza con los cantos tristes y monótonos de la música de una cueca. Las costumbres campesinas, sin embargo, conservan hasta bien entrado el siglo XIX ciertas formas de integridad moral, de fondo sano, de ambiente noble y fresco.

No era tampoco mejor la vida en las ciudades. La población, al comenzar el pasado siglo era, en cada una de ellas, reducida. Treinta eran las ciudades; mas algunas apenas si merecían el nombre de villas. A sólo siete podía aplicárseles realmente el título de ciudades. Santiago, en 1810,

alcanzaba a cuarenta mil habitantes; en 1865, según el censo, era de 115,377 habitantes, y en 1897, llegaba a 312,467. Valparaíso, hacia esa misma fecha, contaba con poco más de tres mil; en 1865, tenía 75,330, y en 1879, esta suma alcanzaba a 122,447. Concepción y Valdivia, al comenzar el siglo XIX, barajaban cifras de población entre cinco y seis mil habitantes. Para la primera, en 1897, ésta era de 27,942 habitantes; para la segunda, de 37,674. La Serena, Talca y Chillán, contaban con más o menos tres mil pobladores; pero en el correr del siglo, éstos habían aumentado considerablemente. En 1897, La Serena poseía 34,332; Talca, en ese mismo año, 78,429, y Chillán, 41,334.

Los caminos, los puentes, hasta muy entrado el siglo XIX, eran malos. La red de ferrocarriles y la de los hilos del telégrafo comenzaban a extenderse. Los resultados económicos de la Guerra del Pacífico iban a transformar radicalmente la vida nacional en su aspecto espiritual y material. Antes, el progreso del país, sin dejar de ser evidente —hasta tal punto que no es posible una comparación siquiera del Chile de 1810— se hizo a base exclusiva de sus entradas presupuestarias, en las cuales no podían anotarse enormes beneficios, sino apenas leves impuestos sobre industrias mineras, agrícolas y de algún otro orden. Con sus entradas normales, sin recurrir a empréstitos, se llevó a cabo la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, y con sólo empréstitos internos, la del Pacífico. He aquí un timbre de gloria para los estadistas de ese tiempo. Santiago, en 1840, era más que Buenos Aires como ciudad moderna; en 1860, mucho más que Lima en ese mismo sentido, pero ya la capital del Plata comenzaba a desplegar sus alas. En 1886, a la ciudad mapochina podía llamársela el París de América, según Rubén Darío.

IV. CARÁCTER ARISTOCRÁTICO DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL CHILENA

La jerarquía fue la característica dominante de la organización social chilena durante todo el siglo XIX. Este aspecto social venía arrastrándose casi desde un siglo y medio atrás. El criollo, heredero de los viejos encomenderos, poseía todo el suelo agrícola del país, y se encontraba dominado aún por las tradiciones militares que sus antepasados en las guerras de Arauco le habían legado; o bien, por las preocupaciones de estirpe, cuando, sucesor de un vasco del siglo XVIII, enriquecido en el comercio y dedicado a las faenas agrícolas, necesitaba consolidar su situación con un provechoso matrimonio. Diez títulos de Castilla exhibía la sociedad chilena al finalizar el siglo, lo cual quiere decir que todos ellos, o casi todos, estaban vinculados a mayorazgos en grandes latifundios, siendo muchas también las tierras simplemente vinculadas. La unidad familiar servía a maravilla para mantener la casta, o las relaciones de la casta. Pero este criollo de origen vasco o castellano estaba dotado de grandes virtudes. No era, ordinariamente, un hombre culto. A él se le atribuye aquella especie de sentencia, que dice: »La fortuna te dé Dios, que el saber nada te vale«.

Era sobrio y tenaz; escaso de imaginación, porque antes que nada, era positivo y práctico. Infatigable para el trabajo, había llegado a convencerse de que la tierra no era generosa si su esfuerzo no abría el surco, si en las montañas no era su músculo el que buscaba la veta de una mina. Honrado y escrupuloso, con un sentido muy desarrollado del honor, fiel a su palabra, consecuente con sus ideas, el único cargo que puede hacersele a este tipo de la vida social chilena del siglo XIX es su egoísmo. Sin embargo, este egoísmo nace de su fuerte individualidad, cuyo origen arranca de la conciencia de su valía personal. Sería una injusticia condenarlo por no haber tenido sentido de solidaridad social con las clases inferiores, porque éste es un concepto de la evolución de las ideas de nuestro tiempo. Le bastaba cumplir con los preceptos del evangelio en cuanto al sentimiento de caridad, que a veces extremaba, como en muchos casos, y en otros, por dureza de alma, parecía ignorar o interpretar en su favor. Era, con todo, un elemento de orden y de colaboración en el gobierno, y siempre que éste pareció dispuesto a respetarlo en sus preocupaciones e intereses, a conformarse con su mentalidad sencilla, enemiga de las ideologías difusas, de las reformas de trascendencia, fue su mejor y más decidido sostenedor. Cuando el gobierno contrariaba sus aspiraciones, lesionaba sus puntos de vista, hería sus susceptibilidades religiosas o aristocráticas, avanzaba en las reformas económicas, el espíritu de fronda se erguía poderosamente en él. Desde 1850 hasta 1891, salvo algunos cortos períodos, la fronda estuvo siempre en acción. Desde 1891 hasta 1900 está en paz, porque es el patricio el que controla el gobierno. Ya antes, en el período de la formación republicana, cuando se dan los primeros pasos para organizar el nuevo régimen, asoma también esta tendencia: odia y vence a Martínez de Rozas, por su carácter prepotente y audaz para imponer reformas; termina con Carrera, que pertenecía a su círculo, pero que no lo acepta por su personalismo; contribuye a la caída de O'Higgins por sus tendencias dictatoriales absorbentes y por haber tocado sus ideas aristocráticas, y por las reformas que desea implantar; levanta a Freire, y lo combate cuando se producen rozamientos con la Iglesia; y, por último, termina anulando a Pinto, por haber intentado abolir los mayorazgos y secuestrar los bienes del clero. Se conforma con Portales, porque representa el equilibrio entre el pasado y el presente. Se disgusta con Montt, porque el Presidente tiene sobrada personalidad y carácter para no aceptar imposiciones. Con Pérez se siente bien en un gobierno de transición. Con Errázuriz termina mal. A Santa María, el patriciado casi lo lanzó a la revuelta. Balmaceda concluye suicidándose. Es esta aristocracia, en permanente estado de fronda, la que destruye, en el tiempo, el llamado orden portaliano, cada vez que no es gobierno, o no lo influye.

Había aprendido a mandar y a dominar en la escuela de la hacienda. »Poseía el don de tratar al pueblo, satisfaciendo algunos pequeños anhelos que no le producían daño a su situación social y de poder«, escribe un autor moderno. »Explotando sus propiedades en forma rudimentaria

y de acuerdo con el sistema natural, aceptaba los progresos de la técnica y de las instituciones con cierta resistencia, pues desconfiaba de toda innovación brusca y precipitada. En sus ideas religiosas no era ni beato ni fanático, pero apoyaba ampliamente a la Iglesia, que consideraba como una institución creada para conservar al campesino y al pueblo en general su mansedumbre y obediencia. Aun cuando era ateo o liberal avanzado, mantenía esta misma actitud frente a la Iglesia“.

V. DEMOCRACIA POLÍTICA Y DEMOCRACIA SOCIAL

La vida del campesino mejoró lentamente en el correr del siglo pasado. Era la consecuencia del progreso económico del país. La minería, con el aliento de Chañarillo, la Descubridora y Tres Puntas, levantó la producción general; para la agricultura se habían abierto también nuevos mercados en el exterior. Además la gran hacienda comenzó a dividirse. Este, aunque fue un proceso largo, puede decirse que culminó en las leyes de ex vinculación de los mayorazgos de los años de 1852 y 1857. Al producirse la ex vinculación, la vieja aristocracia colonial perdió una parte considerable de su importancia social, y las propiedades, las grandes haciendas, fueron subdividiéndose paulatinamente. A consecuencia de ello mejoraron los salarios. Pero el inquilino siguió viviendo como en los días del coloniaje. Un dato revelará hasta dónde llegó este progreso. Sólo ya muy entrado el siglo XIX se introdujo la reforma de dar a los trabajadores de la ciudad y a los del campo un plato de fréjoles o porotos para su almuerzo. La carne no se usaba como alimento fuera de la época de la matanza, ni por los mismos hacendados; les resultaba a éstos demasiado subido matar una res para el alimento de unos pocos individuos, durante dos o tres días, como dice un autor. Tampoco habían cambiado las condiciones espirituales e intelectuales de los inquilinos: en las haciendas, por excepción, encontrábase una escuela primaria. Esta instrucción la daba el cura del latifundio, de algún patricio.

El proletariado es un fenómeno de ayer en la historia de Chile. No cabe duda que ya al término del siglo pasado, en los últimos treinta o cuarenta años, aflora con caracteres confusos. El obrero, el artesano, comienzan a agruparse en sociedades mutualistas o a plegarse a los partidos políticos de avanzada. Pero estas primeras manifestaciones no están claramente definidas, porque oscilan entre una aspiración política de reforma democrática, ajena a los intereses populares, o son simplemente vagas idealidades para llegar a una democracia social, que entonces nadie, ni los hombres más cultos, habrían podido definir. La presentían sólo intuitivamente.

La vida del trabajador de la ciudad, en cuanto a las condiciones de higiene de las habitaciones, era miserable. Ya en 1868, una ordenanza municipal prohibió la construcción de ranchos, y la ley de municipalidades de 24 de diciembre de 1891 confirmó la prohibición anterior y dispuso

»la construcción, en condiciones higiénicas, de conventillos, o casas de inquilinato para obreros y gente pobre«. La primera población de obreros es de 1853, y los conventillos, ese pudridero de la vida del pueblo, son casi de ese mismo año. Los salarios de los obreros y artesanos de las ciudades habían subido considerablemente. Después de la Guerra del Pacífico llegaron a su etapa más alta. Los vicios inherentes a las clases populares de las urbes comienzan ya entonces también a acentuarse: el alcoholismo y las enfermedades sociales; la unión de la familia se destruye; su constitución se resiente hasta grados increíbles. El liberalismo anticlerical y escéptico predicado en quienes no podían entenderlo en su expresión filosófica, fue parte considerable a acrecentar este mal, y también la intransigencia de la Iglesia y la obra de un determinado partido, concluyó restándole adeptos. Sin embargo, estas clases populares pudieron recibir los beneficios de la enseñanza primaria, en una gran parte, mas no de una manera que no llegara a avergonzar la cifra pavorosa de los analfabetos. He aquí, en esta cifra, otra causa de la esclavitud de las clases populares de Chile. Se las estimó únicamente como una fuerza política manejada, en los campos, por el señor de la hacienda, y en las ciudades, por el industrial o el comerciante, los partidos y la Iglesia. La política, en efecto, fue el deporte de la oligarquía en el siglo pasado. Ya se fuese pelucón o pipiolo, conservador o liberal, radical o demócrata, se buscaba el juego de la vida política por el realce que daba a la posición social, o para llegar a ella. »Los partidos según la expresión de un publicista, eran alianzas entre hacendados. Una combinación política favorable podía conceder beneficios a ciertas familias«. Así debía malograrse todo impulso en favor de una democracia social. Por lo demás, nunca hubo ni siquiera esa iniciativa; todo lo concentraba la política, y dentro de su juego no era el espíritu democrático el que, en la alta clase social, pretendía nivelar las profundas diferencias que existían. Éste es un acontecimiento muy posterior en nuestra historia, y es obra de la clase media emancipada de prejuicios y formada en los liceos del Estado y en la universidad. Al finalizar el siglo XIX, todavía las gamas sociales podían clasificarse así: el caballero de la aristocracia, el siútico de la clase media, el roto del pueblo y el pililo de la turbanulta.

La cuestión social en Chile.*

En un artículo anterior nos hemos esforzado en hacer ver que la alimentación barata y vegetal de nuestro pueblo nos explica la notable fecundidad de nuestra raza y el bajo precio del jornal. En esas condiciones económicas es de todo punto inevitable una distribución desigual de la riqueza y del poder político y social.

Donde el jornal baja, el producto del terreno sube, la renta que paga el cultivador por el uso de la tierra también sube, y la clase propietaria en esas condiciones se enriquece mientras el bajo pueblo se hunde en la pobreza. Así, de una manera muy visible se han formado esas clases altas que nadan en la opulencia y esas clases bajas que se ahogan en la miseria, dueñas las unas del poder y desarrollándose las otras en una atmósfera servil que necesariamente enerva su carácter.

No tenemos ningún dato irrecusable que nos permita fijar la proporción entre la renta que paga el cultivador por arriendo de la tierra y el producto bruto del terreno; pero la cifra aproximada de que podemos disponer es una cifra enorme y que, bajo este aspecto, nos coloca al nivel de los pueblos del Oriente.

En Inglaterra y en Escocia el valor del arriendo se estima en números redondos en $\frac{1}{4}$ del producto bruto; en Francia es $\frac{1}{3}$; en Estados Unidos mucho menos y en algunas partes es casi nominal; nosotros nos encontramos en las mismas condiciones que la India: pagamos casi la mitad del producto bruto de la tierra.

En presencia de ese fenómeno monstruoso la igualdad de las clases es una quimera irrealizable que perseguirán inútilmente los soñadores políticos, y que tendrá que subsistir mientras el salario bajo se mantenga dentro de los límites en que ahora lo tenemos. Y mientras la clase baja se sumerja en esas condiciones miserables, la sinceridad y la independencia del sufragio popular tendrá también que ser una quimera. La clase servil y miserable seguirá dócilmente las influencias de la clase rica y dominante, apoyándose el régimen feudal, constituido de ese modo en el poder tremendo de las leyes económicas.

Bajo esa misma base se han levantado las sociedades antiguas, los grandes y dóciles imperios del Asia y de la América, desarrollándose sus castas a la sombra de los mismos principios económicos. Y con la misma razón con que se ha dicho que el arroz ha hecho la China, el rafi ha hecho a India,

*El presente artículo es uno de los cinco que el autor publicó en 1884 en el diario «La Patria», de Valparaíso. Fueron reproducidos en los Anales de la Universidad de Chile, N° 121 y 122 (1961), de donde se ha extraído (pp. 49 a 55).

el maíz los grandes imperios de México y los Incas, podemos decir que nuestro alimento va desarrollando todo un régimen social, régimen de clases y de castas, régimen de honda división que tiene como base el bajo precio del jornal.

Una válvula, sin duda alguna insuficiente y bajo muchos aspectos deplorable, es esa misma corriente de emigración que, como hemos visto, arrastra anualmente por lo menos 26,333 obreros de la zona central de la República. Esa enorme sustracción disminuye la oferta de trabajo y tiende a levantar el nivel de los salarios, o hace, por lo menos, que ese nivel no vaya más abajo todavía y desarrolle sus abrumadoras consecuencias.

También se empeña en establecer una base económica diversa la enorme mortalidad de nuestros párvulos. Como ya hemos dicho, los cálculos más modestos nos revelan que el sesenta por ciento de los niños mueren antes de llegar a los siete años. Esa espantosa mortalidad es el resultado de condiciones sociales y económicas. La miseria y las preocupaciones contribuyen igualmente a producirla. En medio de la miseria, la higiene es imposible, y la falta de higiene es mortal para el recién nacido. A esto se añade la superstición —esa hija desnaturalizada del sentimiento religioso—, que hace que el padre, desde el fondo de su miseria, no divise un porvenir mejor para su hijo que la muerte al nacer. En el bajo pueblo la muerte del hijo es una fiesta.

Si a esto se añade el fatalismo que domina en las creencias populares y que envuelve nuestras masas en la atmósfera de una enervante indiferencia, en esa resignación silenciosa de los pueblos orientales, sin iniciativa, sin esfuerzo por mejorar su condición, se explicará fácilmente que la muerte despedace esos muchachos entregados al acaso. Están irrevocablemente condenados esos hijos del azar, que sus padres ven nacer sin placer y ven morir sin dolor.

Mientras el bajo pueblo esté sumergido en la miseria, mientras viva en la promiscuidad horrible de los ranchos, no solamente tendremos condiciones físicas que hagan inevitable la mortalidad de los párvulos, sino también un fenómeno más grave, la falta de los sentimientos de familia en que nuestra sociabilidad se halla basada. La vida del rancho ha convertido la filiación en un problema casi siempre insoluble, y viene a acentuar más todavía las consecuencias de la superstición que hace mirar la muerte de los niños con una tremenda indiferencia. Sólo los padres lloran la muerte de los hijos, según la profunda y amarga expresión bíblica, y aquí, ¿quién es el que debe llorar?

Material y moralmente la atmósfera del rancho es una atmósfera malsana y disolvente, y que no solamente presenta al estadista el problema de la mortalidad de los párvulos, sino también el problema más grave todavía de la constitución del Estado civil, de la organización fundamental de la familia; problema formidable en que hasta ahora no se ha fijado la atención y que está llamado a hacer una peligrosa aparición en un término acaso no lejano.

Y, sin embargo, esta vida del rancho, tan desastrosa en la ciudad, es la forma más civilizada y más humana de la vida de los campos.

El sistema del inquilinaje ha sido durante muchos años el blanco de críticas acerbas, y bajo todas las formas se han exhibido sus errores y lastimosas consecuencias. Es evidentemente defectuoso un régimen en que no se concede al labrador el menor derecho sobre la tierra que trabaja; en que se le entrega a merced del propietario y en que sólo lo defiende de la caprichosa arbitrariedad de su señor una incierta y lejana protección social. Es, evidentemente, defectuoso un régimen que tiene todas las aspe-rezas del régimen feudal sin tener en cambio ni siquiera su lado pintoresco.

Pero, a la sombra de ese régimen, el inquilino tiene un hogar, una tierra de sembrado, tiene animales, tiene la perspectiva de una posible economía, tiene hasta esos lazos que lo unen al propietario de una tierra en que ha nacido y ha pasado su vida trabajando, lazos que, aunque débiles, establecen, sin embargo, cierta comunidad de interés y simpatías.

Hay ahí garantías de orden, garantías de sociabilidad; hay ahí la base de una familia. Ese hogar, ese sembrado, esos animales, esos hijos, son garantías que el inquilino da a la sociedad.

Pero, a la sombra de este régimen, desde hace cuarenta o cincuenta años, principió a aparecer el peón forastero, esa masa nómada, sin familia, sin hogar propio, sin lazo social, que recorre las haciendas en busca de trabajo. Esa masa flotante no echa raíces en ninguna parte, no tiene nada que la ligue, y constituye la fuerza y la debilidad de Chile, su miseria dentro y su grandeza afuera.

Hay un hecho histórico que nos muestra el momento en que esa masa flotante ha aparecido. Todos conocen las dificultades con que tropezó el reclutamiento de los seis mil hombres que formaron la expedición al Perú del año 39. Era necesario echar mano de medidas violentas para separar al inquilino de su hogar y de su siembra. Cuarenta años después, en 1879, las banderas de enganche recogían todos los voluntarios que habían recibido orden de enrolar, y sin esfuerzo más de cien mil hombres han pasado por las filas del ejército. Era la raza vagabunda la que suministraba ese enorme contingente militar y hacía posible que Chile presentara un frente de batalla que dejaba muy atrás todos los cálculos.

Esa masa enorme y peligrosa ha salido del rancho del inquilino, ha principiado a salir hace cuarenta o cincuenta años, precisamente en la misma fecha en que los efectos del cambio de clima se principiaron a sentir, en que el desequilibrio entre la alimentación y las condiciones atmosféricas se principió a acentuar, en que también las comunicaciones se principiaron a hacer fáciles, rompiendo las vías públicas el aislamiento en que vivían las haciendas.

Causas morales vienen a acentuar esos efectos de las causas económicas, como nos empeñaremos en hacer ver más adelante.

La masa de población que recorre nuestros campos y nos presenta con todos sus peligros el gravísimo problema del proletariado, es una consecuencia del antiguo inquilinaje. El peón nómada ha salido de los ranchos; es el hijo del inquilino que va a rodar tierras en busca de trabajo y de condiciones de vida menos duras que las que encuentra al lado de sus padres.

Esa raza vagabunda es la expiación del régimen económico y social a que nuestras haciendas han estado sometidas, régimen que sólo podría sostenerse mientras la dificultad de comunicación mantuviera separadas la población urbana y la rural y que naturalmente debía caer hecho pedazos el día que se estableciera una corriente entre las ciudades y los campos.

En medio del antiguo aislamiento no tenía el inquilino más término de comparación que la casa y la vida del propietario del terreno, y esa casa y esa vida no diferían mucho de la suya. Las combinaciones de la vida civilizada no alcanzaban a llegar hasta su vista; no palpaba el contraste entre la miseria y la opulencia que desde hace cuarenta años se presenta a sus ojos de una manera tan hiriente.

La facilidad de los transportes y sobre todo los establecimientos bancarios, han hecho posible la construcción de habitaciones elegantes y suntuosas, y llevar a los campos casi todos los refinamientos de la vida urbana, presentando al inquilino un nuevo ideal, una nueva y deslumbradora aspiración.

Esa brusca revelación de la riqueza ha debido, lógica y necesariamente, producir un sacudimiento moral muy semejante al que experimentaron los bárbaros al ver aparecer de una manera repentina los esplendorosos monumentos del imperio.

Esa inesperada revelación de la grandeza y del poder ha sido, como observa Gibbon, la vibración moral más intensa que ha experimentado el espíritu del hombre. Sentimiento de debilidad y sacudimiento de sorpresa, que produjeron un cambio que alcanzó hasta las profundidades más íntimas del alma salvaje de los hombres, operando una transformación silenciosa e invisible, pero indeleble. Esa aparición del mundo civilizado marca una época en la vida de pueblos que sólo habían conocido la miseria.

Aunque en una escala inmensamente inferior, el mismo fenómeno de la sorpresa reveladiza se ha operado en nuestros campos, con la brusca aparición en medio de ellos de una civilización extraña y superior, y que, bruscamente, también despertaba en sus espíritus aspiraciones más vastas. Era aquello como si un rayo de luz penetrara en los ranchos, oscuros hasta entonces, alumbrando y poniendo de relieve las miserias que antes el ojo no veía.

Y al mismo tiempo que el inquilino se sentía abrumado por aquella grandeza y tenía conciencia de la distancia enorme que mediaba entre su condición oscura y aquella brillante condición, al mismo tiempo que

se abría el camino de su rancho a la ciudad principiaban a arruinarse sus pequeñas industrias, principiaban a caer sus telares que la competencia extranjera dejaba sin trabajo, lo mismo que los hrenos, las carretas, los arados, que todos los productos de sus artes groseras. Los ferrocarriles transformaban la vida de los campos haciendo desaparecer las posadas y las ventas del camino, que eran para el inquilino pequeñas fuentes industriales, que daban ocupación a las mujeres y a los niños.

Bajo todos aspectos era aquella una violenta crisis económica, que disminuía las entradas, disminuía las ocupaciones y aumentaba directamente la pobreza, al mismo tiempo que despertaba aspiraciones nuevas y abría el camino de la ciudad para escapar a esa tremenda situación.

Era, pues, natural que el hijo del inquilino abandonara el rancho para salir en busca de trabajo y principiara a constituirse el proletariado, que aquí, como en todas partes, »se compone de restos o facciones aisladas y sin fortuna, que salen del sistema ordinario de las clases«.

En los primeros momentos ese fenómeno social pasó sin ser advertido, pero ya ha alcanzado proporciones que pueden alarmar al que es capaz de entrever algo más allá del horizonte de los políticos vulgares, al que sabe, como dice Blunstedli, que »el principal deber del hombre de estado debe consistir en impedir que los restos de grupos organizados caigan en las masas necesariamente inorgánicas y atómicas del proletariado, y debe esforzarse a fin de que estos restos entren nuevamente en las clases en donde, por lo menos, tengan asegurada su subsistencia«.

La emigración ha estado conteniendo los efectos de esa disolución social, llevando fuera del país los elementos que se desprenden del antiguo inquilinaje y cuya permanencia habría podido sumergirnos en una situación incierta y desastrosa.

Pero, sobre ser la emigración un remedio que el estadista no puede aceptar en ningún caso, nos coloca en presencia de uno de los hechos más tremendos que pueda presentar la sociedad, en presencia de un número mayor de mujeres que de hombres, como sucede en toda la región feudal de Chile. Ese hecho monstruoso — que por primera vez se ha formulado en los artículos que estamos escribiendo—, no puede persistir sin traernos una revolución económica y moral, cuyo formidable desarrollo debemos tratar de combatir.

No creemos necesario ahondar más aún este problema, porque creemos haber bosquejado sus contornos con suficiente claridad para poder decir que estamos envueltos en una cuestión social amenazadora y peligrosa, que reclama la más seria atención del estadista; para poder afirmar que atravesamos una situación en que la corriente de emigración y la enorme mortalidad de nuestros párvulos son dos válvulas que nos impiden caer en un estado más grave todavía; para poder decir que el proletariado se está constituyendo a nuestra vista, y que delante de nosotros se desorganiza la familia en los ranchos y se destruye el equilibrio en los sexos.

Ahora preguntamos si es posible dejar que se desenvuelva tranquilamente una situación social en que el inquilinaje es un ideal; en que la emigración y la muerte de los párvulos no son dos males deplorables bajo todos sus aspectos; en que las mujeres predominan sobre los hombres por su número; en que el estado civil desaparece de los campos.

No hemos querido atenuar en lo más mínimo los colores sombríos de ese cuadro, porque creemos necesario contemplarlo en su deplorable y vergonzosa desnudez, para que sacuda con fuerza la atención e inspire la energía necesaria para hacerlo desaparecer de nuestra vista.

Desde luego, en presencia de esa amenazadora y grave situación, la doctrina de la indiferencia impasible, del *laisser aller, laisser faire*, está juzgada de una manera inexorable. Al amparo de esa doctrina imprevisora se ha desarrollado precisamente la situación que deploramos, y que de una manera natural se agravaría si permitiéramos que continuase desenvolviendo sus efectos.

Necesitamos, pues, intervenir para ayudar con mano vigorosa el establecimiento de nuevas condiciones económicas y nuevas condiciones morales, que nos saquen de la atmósfera en que las bajas capas sociales ahora se sienten asfixiar.

Necesitamos levantar el salario, y eso sólo se puede conseguir fomentando resueltamente el desarrollo industrial de este país; levantando la industria, protegiendo la industria; renunciando abierta y claramente a las pequeñas ventajas de la competencia extranjera que destruyen las pequeñas industrias nacionales, y que estamos pagando con el bienestar y la vida de nuestros compatriotas.

No sabemos que haya consideración que se pueda hacer valer en contra de una medida que tiende a emanciparnos del monstruoso tributo que pagamos a pretendidas armonías económicas; no sabemos que haya consideración que pueda paralizar al estadista que va a resolver un problema que importa para Chile una emigración de 30.000 hombres y la muerte de un sesenta por ciento de sus párvulos; que destruye el equilibrio de los sexos y perturba la organización de la familia; que desarrolla el malestar del bajo pueblo y engendra el proletariado en nuestros campos.

En presencia de ese problema formidable, la protección a la industria, aun llevada hasta el sacrificio de ligeras ventajas inmediatas, es una necesidad imperiosa y un cálculo egoísta. Si el proletariado se desarrolla nos sumergirá en una de esas situaciones inciertas y llenas de inquietudes que imposibilitan el movimiento comercial y suspenden sobre una sociedad la amenaza inminente de un trastorno.

Y la posibilidad de esas situaciones no pudo ser una quimera para el que recuerda el estado social que atravesamos cuando estalló la guerra hace cinco años. Veíamos entonces que la cuestión social principiaba a hacer su sombría y tremenda aparición. Las doctrinas más disolventes flotaban en la atmósfera; los arrabales se presentaban a desafiar la fuerza pública en el corazón mismo de Santiago; partidas de bandoleros reco-

rrían los campos; la policía estaba al acecho de incendiarios. Y aquella marea negra iba subiendo, haciéndose cada día más amenazadora y más audaz, y dejando entrever más claramente la perspectiva de esos trastornos sociales que no gobiernan las ideas sino las ferocidades salvajes del instinto.

Hasta allí nos llevó la imprevisión, el salario bajo, la falta de industrias nacionales, la miseria y la ociosidad del arrabal, y allí de nuevo nos veremos arrastrados si no conseguimos extirpar esas calamidades económicas.

No quiere esto decir que pidamos para la industria nacional una protección desatinada; que pidamos que se cierre la puerta a todos los productos extranjeros convirtiendo las aduanas en una muralla china que nos aisle del mundo comercial. Esa doctrina extravagante no puede ni siquiera pretender los honores de una formal refutación; pero la comprendemos mejor que la doctrina opuesta, que niega toda protección a toda industria del país y que de hecho protege las industrias extranjeras en su competencia con la industria nacional, desde que las primeras están ya organizadas y encuentran el capital a menor precio.

Esa alza del jornal que provoca el desarrollo de la industria, haría posible el cambio de alimentación, un desarrollo más regular de nuestra raza, la higiene y la economía —que no tendrá jamás un pueblo sumido en la miseria— y nos llevaría espontáneamente al cultivo moral e intelectual.

Una masa agujijoneada por las implacables exigencias de la vida no puede consagrarse a su mejoramiento intelectual, no puede pensar en economías ni higiene, está condenada a vegetar en el trabajo material y a que los vicios materiales la devoren.

Ahora, si esa masa es una masa nómada, errante, que va de rancho en rancho, de aduar en aduar, ¿cómo se puede pensar seriamente en inspirarle hábitos de higiene y de economía, en desarrollar su inteligencia y levantar su moral?

Lo primero es fijar esa masa, aglomerarla alrededor de un trabajo organizado, hacerla entrar en las clases sociales, presentarle un núcleo de condensación, y ese núcleo es el trabajo fijo del establecimiento y de la industria.

Esa condensación es, por otra parte, indispensable para organizar la enseñanza que debe principiar por ser obligatoria, si se quiere llegar a un resultado, y que no podrá jamás tener ese carácter donde la mitad de la población está desparramada por los campos o lleva una vida vagabunda. La desagregación social hace imposible la educación del pueblo, que es la base de toda reforma y de todo desarrollo, y hará pedazos las tentativas que se hagan en esa dirección.

No necesitamos comentar las obvias consecuencias de un estado social en que la escuela no se puede establecer, y sólo hemos querido señalar la causa que reduce a generosas y estériles quimeras las tentativas que se hagan para establecer la enseñanza general y obligatoria.

Al lado de estas reformas que reclaman una protección resuelta de la industria y hagan posible su desenvolvimiento entre nosotros, viene naturalmente a colocarse la reforma en el régimen tributario del país.

El impuesto directo conserva la base feudal en toda su crudeza y ha presentado hasta hace poco los caracteres hirientes de un abuso. Caía con mano abrumadora sobre la pequeña industria y el hombre de trabajo, empeñándose estudiadamente en gravar tanto más al individuo cuanto mayor es la cantidad de esfuerzos que la ocupación de su vida le exija. Esa exorbitante carga del impuesto era una nueva barrera que impedía salir de la indigencia al hombre de las clases inferiores, haciendo artificialmente más penoso un desequilibrio económico, que era monstruoso por sí solo.

Gravar el trabajo y dejar pasar el capital era el principio supremo de ese régimen de impuestos, principio feudal que debemos invertir, para entrar en el criterio más justo y más humano de la organización social de nuestros días.

Si a esto se añade una aplicación más seria de los principios de la higiene, el establecimiento de la vacunación obligatoria, un servicio hospitalario para la asistencia de los párvulos y una organización menos estrecha de la caridad social, se tendrán en su conjunto las medidas primordiales que reclama de los hombres de Estado este problema que más adelante puede exigir soluciones de un carácter áspero y violento.

La cuestión agraria ha presentado en Irlanda caracteres de una tremenda gravedad y que deben servirnos de enseñanza.

[...] Esa inseguridad de la tenencia es la base, como ya hemos dicho, de la cuestión irlandesa, y esa inseguridad de la tenencia también se presenta en nuestros campos. Allá produjo como primer efecto la emigración y el trabajador vagabundo —efectos que aquí también ha producido—, después los *white boys*, los *steel boys*, los *black feet* y los *ribonmen*, es decir, el terror y el crimen agrario. Y, por último, los *fenianos*, que a todos los peligros de aquella situación vinieron a añadir las dificultades de complicaciones exteriores.

Los inconvenientes que la inseguridad de la tenencia desarrolla eran agravados por otro efecto, que también existe entre nosotros, y que se ha mirado como «un azote exclusivo de la Irlanda»: el absenteísmo, es decir, el propietario ausente, el propietario que vive lejos y consume fuera de sus tierras las rentas que ellas le producen. Son muy claras las desastrosas consecuencias de un sistema que, según Gladstone, «tiende a aumentar esa clase, ya desgraciadamente numerosa, de ociosos que ticnen plata y nada más, y que parecen no tener más fin en su vida que enseñarnos a multiplicar las necesidades y elevar el nivel del hijo».

Como una consecuencia de esa doble falta vino el *land bill* de 1870 a dar un golpe tremendo al derecho de propiedad territorial. «No conozco —dice Lavelaye—, estudiando esa ley, ejemplo de un pueblo que haya hecho

hasta ese punto violencia de sus principios y a sus instintos para ir en auxilio de una población desgraciada. Ninguna población europea ha emitido, a lo menos que yo sepa, disposiciones tan revolucionarias en sus consecuencias. La Cámara de los Comunes las ha votado, sin embargo, comprendiendo que habrá sonado la hora de las reformas radicales«.

La cuestión agraria, que medidas suaves y sencillas pudieron fácilmente resolver en su comienzo, exigió después violentos y ásperos remedios, que la necesidad suprema de salvar el orden social les imponía.

Vale más tomar en hora oportuna esas medidas que tener después que someterse al áspero imperio de la ley.

La mesa de tres patas*

Durante los cien años en que gran parte del mundo entró con paso firme al camino del progreso industrial acelerado, Chile vivió dominado por tres grupos de presión cuyos intereses económicos eran absolutamente incompatibles con el tipo de política necesaria para la industrialización del país. La mesa del festín chileno tuvo tres patas. Esta es la respuesta breve a la necesaria, insistente e inteligente interrogante: ¿Por qué Chile no es una nación industrial, próspera y avanzada?

Casi sin excepción, aquellas naciones que se industrializaron durante el siglo pasado lo hicieron previa adopción de una política proteccionista decidida. Por esto, el debate entre las posiciones proteccionista y librecambista que ha tenido lugar irregularmente en Chile durante los últimos cien años es de extraordinaria importancia. Nuevamente es necesario aclarar que no se trata aquí de sugerir que si Chile hubiera adoptado una política proteccionista decidida, se hubiera industrializado automáticamente y se hubiere desarrollado en todos los ámbitos de la actividad humana. Es perfectamente posible —y ha ocurrido en varias oportunidades— que una nación con altos niveles de protección arancelaria albergue una pequeña industria monopólica y estática que se transforme en poderoso obstáculo al crecimiento económico general. En algunos sectores de la economía chilena esto es precisamente lo que ha ocurrido. Aquí se trata de mostrar como la primera condición, quizás la más elemental para la industrialización de un país durante el siglo pasado, no se dio en Chile por razones objetivas que no tienen nada que ver con la composición racial del pueblo chileno o con la abundancia o escasez de recursos naturales.

Durante los años transcurridos entre la independencia de España y la Gran Crisis de 1929, la economía chilena estuvo dominada por tres grupos de presión de importancia fundamental. En primer lugar estaban los exportadores mineros del norte del país; luego estaban los exportadores agropecuarios del sur y finalmente las grandes firmas importadoras, generalmente localizadas en el centro, en Santiago y Valparaíso, aunque operaban en todo el territorio. Entre estos tres grupos de presión existía absoluto acuerdo respecto a la política económica que debía tener el país. No había ningún otro grupo que pudiera desafiar su poder econó-

*Publicado en «Desarrollo Económico», Buenos Aires, abril-septiembre 1963, Vol. 3-1-2.

mico, político y social, y entre los tres dominaban totalmente la vida nacional, desde los afanes municipales, hasta las representaciones diplomáticas, la legislación económica y las carreras de caballos.

Los exportadores mineros del norte del país eran librecambistas. Esta posición no se debía fundamentalmente a razones de tipo doctrinario —aunque también las hubo— sino al hecho sencillo de que estos señores estaban dotados de sentido común. Ellos exportaban cobre, plata, salitre y otros minerales de menor importancia a Europa y los Estados Unidos, donde recibían su pago en libras esterlinas o dólares. Con este dinero adquirían equipos, maquinarias, manufacturas o productos de consumo de buena calidad a precios muy bajos. Es difícil concebir altruismo, elevación de miras o visión profética que hicieran que estos exportadores aceptaran pagar derechos de exportación e importación en aras de una posible industrialización del país. Apegados al ideario liberal de la época, hubieran argumentado que si realmente valía la pena fomentar la industria chilena, ésta debía ser por lo menos lo bastante eficiente como para competir con la europea que debía pagar un flete elevado antes de llegar a nuestras playas. Si la industria chilena no podía hacerlo, entonces produciría necesariamente a precios muy elevados que harían aún más apremiante la difícil situación económica de las clases trabajadoras y elevarían artificialmente los costos de la producción minera, haciéndola correr el riesgo de quedar fuera del mercado mundial.

Si alguien tenía que subvencionar indirectamente el establecimiento de una industria en Chile, ¿por qué tenían que ser los mineros? La minería ya estaba manteniendo al país y sería una injusticia clara echarles encima además la responsabilidad de financiar industrias nacientes. También estaba muy presente en estos argumentos la necesidad de industrializar el país. Pero con recursos mineros aparentemente inextinguibles y una demanda mundial con posibilidades ilimitadas, ¿cuál era el objeto de perder el sueño tratando de competir industrialmente contra los titanes europeos? La base de la economía racional era la especialización. Chile debía especializarse en producir minerales y materias primas, así como Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania se especializaban en producir manufacturas. Mientras Chile tuviera minerales que exportar no había necesidad de preocuparse del hipotético problema de establecer industrias nacionales.

Esgrimiendo razones tan sólidamente entroncadas en el sentido común y además reforzadas por la doctrina liberal ambiente, los exportadores, mineros del norte continuaron vistiéndose en Londres, adornando a sus mujeres en París, amueblando sus casas en Italia, gustando en su mesa vinos y licores franceses, importando rasos, terciopelos, bisutería y cristalería, todo pagado generosamente con las ricas vísceras metálicas de nuestro duro terruño nortino.

Los exportadores agropecuarios del sur del país también eran decididamente librecambistas. Colocaban su trigo y harina en Europa, Califor-

nia y Australia. Vestían a sus huasos con ponchos de bayeta inglesa; montaban en sillas fabricadas por los mejores talabarteros de Londres; consumían champaña de verdad e iluminaban sus mansiones con lámparas florentinas. Por la noche se acostaban en camas hechas por excelentes ebanistas ingleses, entre sábanas de hilo irlandés y abrigados con frazadas de lana inglesa. Sus camisas de seda venían de Italia y las joyas y adornos de sus mujeres de Londres, París y Roma. Para estos hacendados, pagados en libras esterlinas, la idea de gravar la exportación de trigo o de imponer derechos proteccionistas sobre las importaciones era sencillamente digna de un manicomio. Si Chile quería industria propia para producir bayetas, muy bien, que la tuviera, pero que produjera paño de tan buena calidad y tan bajo precio como el inglés. De otra manera el proyecto era una estafa. Por estas sencillas razones de solidez intachable, el exportador agropecuario del sur estaba plenamente de acuerdo con el exportador minero del norte y ambos presionaban sobre el gobierno para que Chile mantuviera una política económica de carácter libre-cambista.

Las grandes firmas importadoras con sede en Valparaíso y Santiago también eran libre-cambistas. ¿Se imaginaría alguien a una firma importadora defendiendo el establecimiento de fuertes derechos de importación para proteger a una industria nacional!

He ahí la poderosa coalición de fuertes intereses que dominó la política económica de Chile durante todo el siglo pasado y parte del actual. Ninguno de estos tres grupos de presión tenía razones de peso para abogar por una política proteccionista. Ninguno de los tres tenía el más mínimo interés en que Chile se industrializara. Ellos monopolizaban los tres poderes de cualquier escala social: poder económico, poder político y prestigio social y sólo en contadas ocasiones vieron peligrar el control absoluto que ejercían sobre la nación.

Vale la pena mencionar, aunque sea de pasada, un incidente interesantísimo que tuvo lugar entre estos grupos de presión y el economista francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil. Se recordará que el gobierno de Chile contrató a Courcelle-Seneuil para que dictara la cátedra de economía política en el Instituto Nacional y actuara además como asesor gubernamental en materias de esa especialidad. El economista francés, un verdadero campeón del libre-cambismo en su época, llegó a Chile en 1855. El gobierno le encargó como primera tarea el hacer un estudio comparativo de las legislaciones aduaneras de Chile, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Se esperaba que el erudito visitante recomendara la revisión total de las pequeñas barreras arancelarias que aún quedaban desde la época de Rengifo pero, para sorpresa y desazón de todos, Courcelle Seneuil concluyó que tal revisión no era necesaria. No conformes con este veredicto —ampliamente documentado y comentado— los libre-cambistas chilenos insistieron algunos años más tarde, cuando Courcelle-Seneuil re-

tornó de un viaje a Europa. Ante tal presión, el economista accedió y procedió a entregar un proyecto de reforma en que la Ordenanza de Aduanas de Chile aparecía un poco más racionalizada y simplificada, pero que dejaba lo fundamental intacto. Nueva tormenta parlamentaria. Se criticó amargamente el hecho de que se hubiera dejado en pie un impuesto de 25% sobre la importación de ropa hecha con el pretexto de que esto encarecía la vida de las clases asalariadas. Se objetó el impuesto de 25% sobre la importación de carbón de piedra extranjero a pesar de que esta medida estaba destinada exclusivamente a proteger a la industria carbonífera y a la marina mercante a bandera chilena. Finalmente, se atacó al economista visitante por no haber abierto el cabotaje chileno a las naves de todas las banderas y en un gesto típico el Gobierno se echó sobre los hombros la responsabilidad de alterar esta decisión. El ministro de Hacienda de la época, Alejandro Reyes, explicó ante la Cámara de Diputados que »el proyecto de 1861 deja subsistente el privilegio del cabotaje en favor de los buques que llevan la bandera chilena. El Gobierno considera que ese privilegio debe desaparecer y debe desaparecer en provecho de los intereses que con él se trata de favorecer«. Esta declaración fue recibida entusiastamente, pero el diputado Matta intervino para declarar que esto le parecía poco y que »la supresión de aduanas sería la mejor ley: las aduanas pueden existir gracias a los defectos de nuestro sistema rentístico. . . y gracias al poco coraje y poca energía de los gobiernos«.

Este incidente ilustra un hecho claro: los grupos de presión que controlaban la política económica del país eran decididamente librecambistas: eran más librecambistas que Courcelle-Seneuil, famoso y respetado líder del librecambismo doctrinario: eran definitivamente más papistas que el Papa. Existían razones de tipo doctrinario que explican en parte esta actitud, pero éstas se sumaron a la elocuente coincidencia entre los postulados de la escuela económica y los intereses económicos de estos grupos de presión.

Por esto —entre otras cosas— es que la llegada y consolidación de intereses extranjeros en nuestro medio no tuvo las dolorosas características que tan dramáticamente ilustraron el fenómeno imperialista durante el siglo XIX. En Chile no hubo nada comparable a la Guerra del Opio o a la contienda Bóer. Ni siquiera se plantearon posiciones diferentes, como en el Japón. Aquí los inversionistas extranjeros y los dirigentes del trípode económico chileno hablaban el mismo idioma: sus intereses coincidían y no había conflicto posible. Martí plantó un problema parecido en forma gráfica explicando que »hombres y pueblos van por el mundo hincando el dedo en la carne ajena para ver si es blanda o si resiste, y hay que poner la carne dura de modo que se echen afuera los dedos atrevidos«. En Chile los dedos atrevidos encontraron una acogida cordial. Sus planteamientos doctrinarios fueron aceptados con algazara. La defensa de sus intereses se transformó en la defensa de intereses nacionales. Pocos países del mundo han presentado un aspecto más agradable al inversionista

extranjero que Chile durante el siglo pasado. El inglés librecambista interesado en comprar minerales para sus enormes fundiciones de Swansea, Liverpool y Cardiff; el francés librecambista deseoso de encontrar nuevos mercados para sus manufacturas; el italiano librecambista interesado en comprar trigo chileno; el alemán librecambista ansioso de obtener acceso al comercio del acarreo marítimo entre Chile y Europa, todos encontraron una nación a la medida de sus sueños. El que más se preocupaba de otorgar facilidades era el chileno dirigente de alguno o de todos los tres grupos de presión fundamentales. El chileno era el que insistía en que no se pagaran derechos de importación o exportación; el chileno era el que abominaba de cualquier intento de proteger a la incipiente industria nacional; el chileno era el que se preocupaba preferentemente de que no se interrumpiera el flujo regular de materias primas hacia los mercados europeos. Así nos ganamos la sincera admiración de los inversionistas extranjeros.

Era bien dudoso que algún gobernante con visión y audacia pudiera romper el marco legal e institucional de esta idílica situación. Plantear programas de industrialización para Chile durante el siglo pasado, era tarea de soñadores. Para orgullo nuestro, los hubo. Es difícil defender la tesis de que sus planteamientos —si se hubieran llevado a la práctica— hubieran prosperado necesariamente: hacerlo sería una hipótesis contraria a lo factual, sin embargo, vale la pena mencionar el hecho de que existieron y algunos pagaron un alto precio por su temeridad. El caso del presidente Balmaceda —eruditamente expuesto por el profesor Hernán Ramírez en su obra del mismo nombre— es, sin duda, el más conocido. Antes que él, es posible mencionar a O'Higgins, que echando mano del ideario neomercantilista trató de guiar al país hacia la ruta del desarrollo industrial, ganándose en parte con ello el destierro con que le castigaron los más afectados con sus reformas revolucionarias. Rengifo y Portales tuvieron también la idea claramente delineada, pero las vicisitudes de la guerra con la Confederación, la muerte del ministro y, aunque parezca paradójico, la extraordinaria riqueza que surgió a borbotones del cerro de Chañarcillo, dejaron casi sin efectos prácticos sus iniciativas en este sentido. Más adelante la totalidad de la legislación que promulgaron fue desvirtuada, derogada o postergada indefinidamente por gobiernos que se habían anquilosado en el goce de una prosperidad fácil.

Manuel Montt se enfrentó a dos revoluciones. La primera —en 1851— tuvo mucho que ver con las repercusiones de los movimientos políticos de 1848 en Europa; la segunda estuvo más próxima a los intereses políticos y económicos de los grupos de presión mineros y agrícolas del país. Desgraciadamente no se ha preparado aún un examen acucioso de la revolución de 1859, desde el punto de vista económico. Cuando se haga, seguramente se verá que gran parte de la oposición centralista, fuerte, de ingerencia estatal en la cosa económica que preconizaba Montt, provino de los núcleos liberales —y, por supuesto, librecambistas— cercanos a la

exportación de minerales y de productos agropecuarios del norte y sur del país. Desde luego, es más que una coincidencia sin importancia el hecho de que los núcleos de resistencia contra el gobierno de Montt hayan estado situados en Copiapó y Concepción.

Durante las décadas de fines de siglo y hasta la gran crisis de 1929, fueron en aumento las voces que pedían una revisión fundamental de nuestra política económica. Eliodoro Yáñez, Enrique Zañartu, Arturo Alessandri, Daniel Martner, Carlos Silva Vildósola —para sólo nombrar a algunos al azar—, se preocuparon de este problema. Pero lo hicieron individualmente, basados en apreciaciones personales o doctrinarias que no guardaban relación funcional con los intereses de ningún grupo de presión económica lo suficientemente poderoso como para influir decididamente en la conducta del Gobierno. Cuando Arturo Alessandri llegó al gobierno en 1920, esgrimió como slogan el famoso »Chile para los chilenos«, pero su gestión gubernativa resultó abortiva y, entre otras cosas, le costó el exilio. A su retorno, los acontecimientos políticos se precipitaron, y tanto la crisis como sus consecuencias contribuyeron a alterar la situación e introducir nuevos factores que han venido finalmente a desembocar en la crisis actual.

Esta descripción puede aparecer a muchos como excesivamente simplista. Preguntarán, con bastante razón, si acaso la burguesía capitalista chilena del siglo XIX no tuvo ingerencia en la política económica. La respuesta es sencilla. En Chile no hubo ningún grupo importante que pudiera ser clasificado como burguesía capitalista durante el siglo pasado y hasta bien entrado el actual. La calidad de burguesía capitalista, aplicada a un grupo social, no describe un estado de ánimo ni una actitud, sino una relación objetiva frente al fenómeno de la producción. Sin industrias manufactureras de importancia, con el sector comercial más importante en manos extranjeras, la minería extractiva localizada lejos de los centros urbanos y dedicada casi exclusivamente a la exportación de minerales en crudo, no había lugar en Chile para un grupo burgués capitalista. Así como no basta que un arribista se sienta aristócrata para que lo sea, o que un trabajador vote por los partidos de extrema derecha para ser aceptado por la alta burguesía como un igual, no basta pensar o gastar como burgués capitalista para que, objetivamente, se logre la calidad de tal. Es necesario producir como burgués capitalista para serlo. Es la relación de producción de este grupo respecto a la economía la que determina objetivamente sus actitudes eficientes frente a la conducción de la política económica. Puede haber excepciones individuales y hasta familiares, pero nunca se ha demostrado una excepción nacional y prolongada a través de más de cien años, y éste es precisamente el caso de Chile.

La impresión de que tal grupo existió en Chile durante el siglo pasado viene de una interpretación equivocada que se hace del proceso y significado de la Independencia. De acuerdo con esta interpretación, la burguesía chilena se levantó contra el régimen feudal del imperio español,

triunfó y pasó a regir los destinos del país. Este triunfo se logró a duras penas y produjo reformas fundamentales que van desde la abolición de la esclavitud y de los mayorazgos, hasta la libertad de comercio y el establecimiento del régimen republicano.

Por consiguiente, si fue la burguesía chilena la que triunfó en Chacabuco y en Maipú, entonces es la burguesía chilena la que rige los destinos del país durante el siglo xx.

La cosa no es tan simple. Si se hiciera una lista de las quinientas familias que en 1800 tenían en sus manos el poder político, el poder económico y el prestigio social en Chile, y se prepararan listas similares para los años 1850 y 1963, se observaría que una proporción extremadamente elevada de nombres aparecerían en las tres listas. O sea, que muchos de los que no lo estaban pasando demasiado mal en 1800, bajo la horrible tiranía española —según la leyenda negra—, continuaron ocupando posiciones de privilegio durante el siglo y medio que siguió a la Independencia. Esto es cualitativamente diferente de lo que ocurrió en las revoluciones burguesas europeas. La revolución puritana en Inglaterra cambió totalmente los cuadros rectores de la sociedad isleña: asimismo, sería bien difícil encontrar a un número apreciable de aristócratas ocupando los estrados altos de la escala política y social durante la generación que siguió a 1789 en Francia. La verdad es que en Chile la revolución de la Independencia cambió la relación formal que existía entre la colonia y España, pero dejó prácticamente intacto el régimen de relaciones de producción que existía dentro del país. Más adelante, muy pocos de los cambios económicos ocurridos durante el siglo xix tendieron a alterar esta estructura tradicional. Las industrias extractivas, por sus características especiales, tanto técnicas como de localización geográfica, no contribuyeron a modificar fundamentalmente la situación, en tanto que el régimen de la propiedad de la tierra y la estratificación social rural sobrevivieron prácticamente intactos hasta este siglo. Pero no sólo quedaron intactas las estructuras, sino que las mismas familias y apellidos continuaron ejerciendo el poder. Luego de los fallidos intentos reformistas de O'Higgins y los gobiernos que le sucedieron durante la década de 1820, el país volvió definitivamente a la normalidad tradicional a partir del gobierno de Prieto.

Las actitudes económicas de esta vasta clase tradicional que tenía en sus manos el poder económico y político y además el prestigio social, se ordenaron alrededor de la defensa de su posición tradicional: el librecambismo del exportador minero y agropecuario no chocaba con las estructuras heredadas de la Colonia, al contrario, las reforzaba y financiaba. Los incentivos de esta falsa burguesía capitalista chilena no estaban relacionados con motivaciones morales —como aquellas engendradas por la actitud calvinista— ni con reivindicaciones políticas o económicas, como aquellas de la burguesía capitalista en Inglaterra y los Estados Unidos, ni siquiera con la prosecución de una política externa militarista

y expansionista, como ocurrió en el Japón: sino exclusivamente con el mantenimiento de altos ingresos que permitieran acceso libre a los más elevados niveles de consumo civilizado, compatibles con la posición social y las responsabilidades políticas que consideraban como suyas.

Presentado de esta manera, el problema de los incentivos económicos es fácil de resolver en una nación rica en minerales y en producción agropecuaria. No es necesario modificar la estructura tradicional de una sociedad para descubrir y explotar yacimientos de plata, cobre, salitre o carbón. Tampoco lo es para producir más trigo o harina. Chile, a partir de 1832, fecha del descubrimiento del mineral argentífero de Chañarcillo, gozó de una serie ininterrumpida de felices hallazgos mineros. Cada uno de éstos aumentó los ingresos de los grupos dirigentes y acentuó su lealtad para con aquella doctrina económica librecambista que razonablemente ofrecía perpetuar esta situación. Así, esta nación se las ingenió para alcanzar un relativo grado de prosperidad basada en sus riquezas mineras sin tener ni remotamente la necesidad imperiosa de crear manufacturas o industrias de ninguna especie. La preocupación generalizada por el problema de la industrialización es de fecha reciente y coincide más o menos con el principio del fin de esa feliz situación. El aumento demográfico, el agotamiento de las minas, la crisis mundial y la presencia cada vez más difícil de ignorar de un pueblo mísero, tradicionalmente postergado y ausente de las deliberaciones gubernamentales, contribuyeron a cambiar drásticamente esta idílica situación a partir de la segunda década de este siglo.

¿Por qué Chile no es una gran nación industrial? Brevemente, porque nunca tuvo necesidad de industrializarse. Porque los grupos de presión que controlaron nuestra política económica durante el siglo pasado y las primeras décadas del actual no tenían ninguna razón objetiva para hacerlo. Porque nunca se planteó una coalición de grupos de presión política y económica lo suficientemente poderosa como para llevar adelante planes de industrialización. Porque Chile no tuvo durante este período una burguesía capitalista interesada eficientemente en alterar la estructura de la sociedad y aumentar su poder político y económico y su prestigio social. Porque Chile durante el siglo que nos interesa fue una nación relativamente próspera a causa de su riqueza minera y agropecuaria y por lo tanto los usufructuarios de esta propiedad, que a la vez controlaban el gobierno, no tenían ningún incentivo fundamental para sacrificar tiempo, dinero y paciencia en aras de una industrialización difícil y a largo plazo. Porque durante todo este período, el pueblo estuvo ausente, postergado, miserable y silencioso. Bestia de carga para el minero; animal de trabajo para el terrateniente; ignorante e ignorado, nunca pudo sumar su voz poderosa a la de los que guiaban a la nación.

A la vuelta de la segunda década de este siglo ya se ha formado, a la sombra de la universidad, dentro y alrededor de la función pública, en las profesiones urbanas y los estados altos de la artesanía popular y la burocracia

mercantil, un grupo socialmente amorfo y políticamente inquieto y vital que, enfrentándose a la mansión del privilegio ocupada por los grupos tradicionales, decide que la única manera de remediar la injusticia es demoliéndola y construyendo una nueva, más amplia y mejor planeada, en la que tengan cabida todos los chilenos. Esta clase media urbana no tiene relaciones funcionales con la burguesía capitalista. En una nación donde la gran industria aún no existía y donde los grupos tradicionalmente poderosos no mostraban mayor interés en desarrollarla, no había mucho lugar para que creciera y prosperara una clase capitalista burguesa. Desgraciadamente, muchos estudiosos de estos asuntos han confundido las atribuciones, calidades e intereses de la clase media con las de la inexistente clase capitalista burguesa. Es cierto que en cuanto a gustos, inclinaciones anímicas y reacciones políticas, la vasta clase media urbana chilena ha tendido a confundirse —o mimetizarse— con el pequeñísimo grupo burgués capitalista que ha surgido como consecuencia de nuestra incipiente industrialización, pero este proceso tiene excepciones notables y explicaciones racionales que incluyen, desde luego, el inevitable »derrame« de los gustos e inclinaciones de un liderazgo de clase media que se ha identificado con la defensa de los intereses de la pequeña burguesía capitalista y de la aristocracia tradicional.

La historia de los últimos treinta años en Chile es también la historia del ascenso y corrupción del liderazgo de esta clase media, cuya trayectoria hacia el poder tiene hitos tan importantes como la Gran Crisis de 1929, el fracaso de la República Socialista de 1932, el triunfo del Frente Popular y el enorme impacto económico de la Segunda Guerra Mundial.

b) 1891-1920. La polarización de la riqueza y la cuestión social

En este período histórico denominado convencionalmente la república parlamentaria, se acentúan procesos que comenzaron en el anterior, como el desplazamiento de la población rural, la polarización de las clases sociales, el debilitamiento del poder ejecutivo y, como consecuencia, la agudización de la llamada cuestión social. Bosquejamos sumariamente estos procesos de cambio en la estructura social.

POBLACIÓN

La interrupción de la regularidad decenal de los censos hace difícil seguir la evolución demográfica de este período; se destacan, sin embargo, dos rasgos bien acusados. Uno consiste en la disminución de la población

de nueve provincias entre 1885 y 1895; ellas son: Atacama, Coquimbo, Aconcagua, O'Higgins, Talca, Maule, Linares, Arauco y Bío-Bío; mientras Colchagua y Curicó permanecen estacionarias. Como puede observarse, la disminución demográfica corresponde principalmente a las provincias centrales de carácter agrícola, cuya población parece desplazarse hacia el extremo norte (Tarapacá y Antofagasta suben de 7.588 habitantes en 1885 a 32.496 en 1907); hacia Santiago y Viña del Mar (cuya población crece de 4.859 a 26.262, entre los años mencionados) y hacia el sur del país, particularmente a Valdivia, Chiloé y Magallanes (entre los años indicados, Punta Arenas sube de 850 a 12.199 habitantes). Contribuyen al aumento de la población de la zona austral, que era bastante escasa, las fundaciones de Puerto Natales (1911) y Balmaceda (1917).

El segundo rasgo demográfico de este período es el aumento de la inmigración extranjera, que alcanza su punto máximo en 1907 con 134.524 extranjeros (4,1% de la población), cifra que después disminuye para mantenerse en una cantidad estable de alrededor de 100.000 extranjeros hasta la actualidad.

Mientras en la segunda mitad del siglo pasado predominó la inmigración sajona, en esta época tiende a dominar la de países latinos, particularmente de italianos, franceses y españoles, los que alcanzan su máximo en 1907. La inmigración de italianos se mantuvo estable con cerca de 13.000 personas; los franceses que en 1907 alcanzaban a alrededor de 10.000 bajan después a casi una tercera parte. La inmigración española culmina en 1920 con cerca de 26.000 personas, para mantenerse constante a través de los censos siguientes.

No obstante la reducida magnitud de la inmigración extranjera en Chile, su gravitación económica y cultural es considerable. Su significación se acrecienta en el siglo xx debido a su abrumadora concentración en Santiago y otras ciudades importantes, a su ocupación en actividades industriales o comerciales y a su ubicación casi inmediata en los estratos medios y altos de la sociedad.

Estas características, unida a su extraordinaria organización interna en grupos endogámicos y en «colonias» cohesionadas —que mantienen sus propios colegios, iglesias, bancos, clubes, estadios e institutos culturales—, otorgan a los grupos inmigrantes y a sus descendientes una fuerza e influencia sin proporción con su número.

La situación no siempre es satisfactoria respecto a su incorporación nacional, dado su alto grado de segregación social, que los lleva a actuar como grupos de presión y de interés en beneficio propio. Debido a que no hubo en Chile una inmigración masiva, como la recibida por Argentina o Estados Unidos, tampoco se desarrolló aquí la política de asimilación nacional y cultural que adoptaron esos países con respecto a los inmigrantes.

ECONOMÍA

La situación económica en este período se halla caracterizada por la dependencia del ingreso fiscal de la exportación salitrera, que declina hacia el término de la primera guerra. La oposición entre los partidarios del papel moneda y de la conversión metálica continúa. Esta sólo se restablece durante un breve lapso (1895-1898), para volver luego al régimen del papel moneda, que estimula la inflación y las crisis especulativas afectando principalmente a los sectores asalariados. Mientras tanto, la producción agropecuaria no alcanza a satisfacer las necesidades internas y empiezan a importarse la carne y el trigo.

Las dos primeras décadas del siglo xx presencian el resurgimiento de la gran minería del cobre y su desnacionalización. Capitales norteamericanos explotan El Teniente (1905), Chuquicamata (1913) y Potrerillos (1920).

La primera guerra mundial provoca la demanda de salitre, cobre y productos agrícolas. El incremento de las exportaciones, junto a la obligada restricción de la importación, entonan el valor de la moneda y obligan a fabricar en el país muchos productos que venían del exterior. Empieza de este modo el desarrollo de una industria nacional que, al término de la guerra, es favorecida por algunas medidas proteccionistas. Con ello se acrecienta el número de fábricas, talleres y de mano de obra industrial. Mientras en 1911 existían 5.722 establecimientos en que trabajaban 67.000 personas, en 1928 las fábricas se habían multiplicado ocupando a cerca de 300.000 trabajadores. El comercio y la industria van quedando en gran parte en manos de inmigrantes o de empresas extranjeras.

La declinación del ingreso fiscal originada por la contracción del mercado del salitre es compensada con el endeudamiento externo e interno.

ESTRATIFICACIÓN

La masa rural, desarraigada del sistema de la hacienda, se va instalando en las ciudades, lejos de su antiguo marco de referencia, en situación de abandono económico y de inseguridad psicológica. Encuentra en las organizaciones obreras y en los nuevos partidos políticos un nuevo marco de referencia, donde la vía de protesta es la huelga. Esta situación va produciendo el rompimiento con la sociedad, la crisis del consenso.

En esta época en que se pierde de vista la sociedad rural y empieza a configurarse una sociedad urbana en su etapa inicial de industrialización, se acentúa en Chile una extrema polarización de la riqueza y la pobreza.

Mientras se consolidan en el Gobierno los grupos oligárquicos que viven fastuosamente, se acrecienta en diversos puntos del país una masa proletaria que vive en forma miserable, experimentando los efectos de la devaluación monetaria y de la escasez de viviendas que la obliga albergarse en conventillos o en barracas. La ausencia de una legislación del trabajo

la deja sometida a los abusos de la ficha-salario, los despidos, las pulperías. La organización de la familia es afectada por la migración obrera y en 1909 más de la mitad de los nacimientos son ilegítimos.

Los obreros mineros y urbanos se organizan para expresar sus aspiraciones y protestas, pero no hay cauces legales de avenimiento; el liberalismo económico inhibe la intervención estatal y la protesta obrera es reprimida con violencia. En breve lapso se suceden la huelga portuaria de Valparaíso (1903), el estallido popular en Santiago por el alza de la carne (1905), la huelga de Antofagasta (1906) y la de Iquique (1907), que dejan innumerables muertos y heridos. Un autor calcula que entre 1911 y 1920 hubo 293 luchas violentas en que participaron cerca de 150.000 obreros.

Proliferan los discursos, artículos, conferencias y libros sobre la cuestión social, pero la conciencia del problema no se traduce en respuestas adecuadas. No se produce en Chile el fenómeno general, señalado por algunos sociólogos de que a medida que avanza la industrialización se va formando un nuevo consenso, que hace declinar la protesta obrera. Transcurren por el contrario los 30 años que constituyen nuestra primera etapa de industrialización sin que surja un sistema de relaciones laborales.

Se produce con ello el enfrentamiento de las clases sociales. A la pérdida del consenso político, sucede la pérdida del consenso social. Aquél había escindido a conservadores católicos y liberales doctrinarios, quienes se hallaban no obstante ligados socialmente por intereses y por lazos de parentesco. Ahora la escisión es entre clases sociales polarmente ubicadas. Situados entre ellas, los sectores medios se incrementan constantemente, pero carecen todavía de organización y de conciencia política. Según algunas estimaciones el número de funcionarios públicos fue aumentando de 3.048 en 1880, a 13.119 en 1900 y a 27.469 en 1919.

POLÍTICA

El rasgo más acusado de las instituciones políticas en este período es el debilitamiento del poder ejecutivo, obtenido con la derrota de Balmaceda y expresado en diversas leyes como la del municipio autónomo y de incompatibilidad parlamentaria, ambas de 1891. Por otra parte, la guerra civil del 91 contribuyó a acentuar la declinación del papel prominente que Chile jugaba en América, quedando rezagado frente a Brasil y Argentina.

Se alternan en el poder la Alianza y la Coalición, pero por encima de esas divisiones se advierte la unidad oligárquica en Presidentes de la República con relaciones de parentesco, designados por círculos o salones y elegidos mediante el fraude o el cohecho.

Los electores ya no obedecen al Gobierno, como en el período anterior. El precio de la libertad electoral es el cohecho. Son elegidos quienes pueden pagar su elección, con lo cual desciende y se desnaturaliza la función pública. Al predominio del Presidente sucede el dominio del parlamento oligárquico, del que depende la permanencia de los ministros.

El resultado es la paralización del Ejecutivo, la inmovilidad en una »paz octaviana«, que deja insolutos los problemas de fondo agitándose sólo la superficie en las cábalas y combinaciones electorales. Cuando la anarquía política y parlamentaria se agudiza se busca la salida en un Presidente enérgico e independiente como D. Pedro Montt.

La principal organización de los trabajadores fue la Federación Obrera de Chile (FOCH), fundada en 1909 con fines mutualistas, que evolucionó rápidamente y diez años más tarde propiciaba la abolición del sistema capitalista, adhiriéndose en 1922 con sus 100.000 afiliados a la Internacional Comunista.

Frente al desafío que impone la industrialización para crear un sistema legal de relaciones laborales, las élites se dividen y paralizan. Las respuestas de los partidos tradicionales son débiles y tardías. El Partido Conservador, bajo el influjo retardado de la Encíclica *Rerum Novarum* (1891) reconoce en 1901 la cuestión social, en cuyo estudio se destacan Abdón Cifuentes y Juan Enrique Concha.

Sólo en 1905 el Partido Radical reconoce al Estado un papel en la cuestión social, impulsado por Valentín Letelier. El Partido Demócrata adopta una posición más decidida y pronta, organizando a los obreros y proponiendo proyectos legales, mientras los Partidos Liberal y Nacional generalmente se desentienden del problema.

La reacción más positiva parte de los estudiantes universitarios, que desde fines del siglo elaboran una serie de Memorias sobre diversos aspectos de la llamada cuestión social. Dichas Memorias constituyen un aporte valioso para la preparación de una legislación del trabajo. Entre 1898 y 1924 se elaboran alrededor de setenta tesis de alumnos que examinan la situación en los países más avanzados y sugieren normas para Chile en lo relativo a sindicalismo, huelgas, contrato de trabajo, seguridad social, etc.

La huelga revolucionaria de 1905 produce en Santiago un fuerte impacto: se mira con temor la organización obrera y la prensa revolucionaria; persiguiéndose a su promotor, Luis Emilio Recabarren.

Pero el régimen de la paz octaviana no se caracteriza por su agilidad frente a los cambios profundos que le toca presenciar; en forma tímida y tardía se dicta una »ley de la silla« para los empleados de comercio (1914), de Accidentes del Trabajo (1916), de Salas Cunas (1917), de Previsión del Personal de Ferrocarriles (1918), mientras crece el clima revolucionario que Alessandri intentará encauzar por la vía legal.

Entretanto continúa el equipamiento urbano. Con el nuevo siglo llegan los tranvías eléctricos (1900) que reemplazan a los de tracción animal y se establece el alumbrado eléctrico (1902) que sucede al de gas.

La celebración del Centenario de la Independencia contribuye al esplendor de la fachada urbana con las fuentes, arcos y monumentos donados por las colonias extranjeras. Pero este exterior contrasta con la miseria que se ha extendido en las principales ciudades. Ambos aspectos se

reflejan respectivamente en los laudatorios discursos oficiales del Centenario y los ensayos de crítica social que, en 1910, publican Alejandro Venegas y Luis E. Recabarren.

La literatura nacional, particularmente la novelística y el ensayo, traduce este contraste de opulencia y pobreza. Augusto d'Halmar publica en 1902 su novela naturalista *Juana Lucero*; Baldomero Lillo *Sub Terra* (1904) y *Sub Sole* (1907). Luis Orrego Luco muestra la decadencia de la clase alta en *Casa Grande* (1908) y Joaquín Edwards Bello, los bajos fondos en *El Roto* (1920).

En las primeras décadas del siglo se da a conocer un grupo de ensayistas sociales que denuncian desde diversos ángulos la crisis moral que afecta a la sociedad chilena. No obstante sus diferentes orientaciones políticas, poseen una común preocupación por el destino patrio y un fervoroso nacionalismo. Forman parte de este grupo de ensayistas, Nicolás Palacios (1854-1911), autor de *Raza Chilena* (1904) y de conferencias sobre *Decadencia del Espíritu de Nacionalidad y Nacionalización de la Industria Salitrera* (1908). Tancredo Pinochet, quien publica en 1909 *La Conquista de Chile en el siglo XX*; Alejandro Venegas (1871-1922), autor de *Sinceridad* (1910), Francisco Antonio Encina (1874-1965), quien publica en 1912 su ensayo todavía actual: *Nuestra Inferioridad Económica*; Alberto Cabero (1874), autor de *Chile y los Chilenos* (1926), Darío Salas (1881-1941), autor de *El problema nacional* (1917). Un tema bastante común en esta generación de ensayistas es la crítica a la política de inmigración, por su liberalidad y escasa preocupación por asimilarla a la comunidad nacional, así como su examen crítico de los rumbos de la educación nacional.

Pueden agregarse a los escritos de estos ensayistas, algunos estudios de Luis Galdames, Enrique Molina, Julio Saavedra, Carlos Fernández Peña, Amanda Labarca. En mayor o menor medida, todos estos intelectuales abordan la crisis chilena, en forma integral o en alguno de sus aspectos, formulando el diagnóstico de su origen, manifestaciones y vías de solución. Estos rasgos los configura como un grupo generacional, que ha pasado inadvertido a los historiadores de nuestra literatura, tal vez porque no se propusieron hacer literatura, sino examinar la realidad social de Chile. Podría caracterizarse como la generación de ensayistas del centenario, que recuerda en algunos aspectos a la generación española del 98 por su visión crítica y redefinición de los valores de la nacionalidad.

En síntesis, la estructura social chilena de este período presenta los siguientes rasgos característicos:

- el desplazamiento demográfico de la población de las provincias centrales.
- el aumento de la inmigración, particularmente de origen latino.
- la extrema polarización de las clases sociales.

- el predominio político de la plutocracia.
- el debilitamiento del poder ejecutivo.
- la penetración del capital inglés y norteamericano en la explotación minera.
- la decadencia de la producción agropecuaria y el déficit alimenticio.
- la consolidación del papel moneda y el comienzo de la inflación.
- el auge y organización del movimiento obrero.
- la discusión de la cuestión social.
- el surgimiento de una generación de ensayistas sociales de orientación nacionalista que ha pasado desapercibida para los historiadores de la literatura.

Estos rasgos aparecen ilustrados o explicados en los textos seleccionados que corresponden a este período.

El sociólogo norteamericano James Morris interpreta *La Cuestión Social* como el período de tensión social provocada por la protesta obrera que acompaña a la época de la primera industrialización de Chile ocurrida entre 1880 y 1920.

La nueva fuerza del trabajo constituida por los obreros portuarios, mineros y fabriles se encontró sin una legislación que la protegiera en sus derechos; en consecuencia la efervescencia social, política e intelectual fue en ascenso, a la inversa de lo ocurrido en los países que se adelantaron en la industrialización, donde la institucionalización de un sistema de relaciones laborales canalizó la protesta obrera.

La contradicción entre la organización de los obreros y la carencia de una legislación del trabajo agudizaron la cuestión social y el antagonismo de las clases, provocando en Chile la pérdida del consenso social.

El historiador Hernán Ramírez sintetiza en el texto *Historia del movimiento obrero en Chile* algunos de los profundos cambios que se produjeron en la economía, la política y las clases sociales a fines del siglo pasado.

Señala el aumento de la clase obrera concentrado en el norte y en las ciudades, la disminución del campesinado y la división de la emergente burguesía en dos sectores con intereses contrapuestos: uno comercial y financiero, librecambista y aliado del imperialismo inglés, y otro industrial incipiente, de carácter progresista, favorable al proteccionismo fiscal.

La guerra civil de 1891 constituye para el autor el enfrentamiento entre estos sectores dirigentes que dirimieron con las armas sus contrapuestos intereses. El desenlace de la lucha dio el predominio a la oligarquía terrateniente y financiera, permitiendo el avance del capitalismo inglés y finalizando la era de desarrollo iniciada en 1879.

Valentín Letelier en su artículo *Los pobres*, publicado en 1896, plantea las causas de la formación de los partidos obreros chilenos en 1887. Ellas residen en la pugna con los grupos oligárquicos que no han atendido sus necesidades y particularmente en el hecho de que la legisla-

ción se divorcia de la realidad al proclamar la igualdad de todos ante la ley, en circunstancias que la desigualdad económica coloca a los pobres en manifiesta inferioridad. El Estado y el derecho garantizan entonces los intereses de la burguesía: la justicia es clasista y no protege a los más débiles.

Entre los partidos obreros y los partidos de la burguesía se sitúa el Partido Radical, el cual »no está tan lejos del pueblo (para) que no comprenda las causas de su malestar, ni tan lejos de las clases conservadoras (para) que no comprenda las causas de sus alarmas«.

El planteamiento lleva a Letelier a sostener que el Partido Radical debe proveer las necesidades de los desvalidos, removiendo las causas del descontento, sirviendo la causa de los pobres y evitando el socialismo revolucionario y la lucha de clases »fatales para el funcionamiento regular de la verdadera democracia«.

En su *Discurso sobre la crisis moral de la República* Enrique Mac-Iver se refiere a los cambios que observa en la sociedad chilena de comienzos del presente siglo: el lento crecimiento de la población y de la escolaridad, el aumento de la delincuencia, el desarraigo de los pequeños propietarios rurales, la ausencia de grandes figuras intelectuales comparables a las del pasado, la disminución del espíritu de trabajo y de iniciativa, males que contrastan con la grandeza de Chile en el pasado.

Estos males que se manifiestan en la decadencia económica tienen, según el autor, su raíz en la crisis de la moral pública entendida como el incumplimiento general de los deberes y de las obligaciones hacia el bien común, en particular por los funcionarios. Esta crisis moral lleva a la impotencia del Estado, lo que se manifestaría en un malestar generalizado y en el decaimiento del empuje nacional. Mac-Iver vincula el origen de esta crisis a la fácil riqueza del salitre obtenida en la guerra del Pacífico. El líder del radicalismo anticipa la idea del espíritu empresarial como requisito del desarrollo, tesis que será elaborada por algunos sociólogos casi medio siglo después.

Por otra parte, el texto ilustra sobre algunas derivaciones de la revolución del 91, en el debilitamiento del poder ejecutivo y en el nuevo poder que adquiere el dinero en la obtención de los cargos parlamentarios.

En el plano de la ideología contrastan las dos posiciones que se dan en el Partido Radical. Mientras Letelier planteaba el problema básico de Chile en el aspecto estructural de las clases sociales, propiciando la identificación de su partido con los pobres, Mac-Iver enfatiza los aspectos morales y psicológicos buscando fortalecer la cohesión nacional.

El texto de Alejandro Venegas *Alejamiento de las clases sociales*, publicado en 1910 con el pseudónimo Dr. J. Valdés Canje como carta dirigida al Presidente de la República, señala el progresivo distanciamiento producido en Chile entre los ricos y los pobres, los explotadores y los explotados, destacando el papel que ha jugado en esta polarización el régimen del papel moneda. El autor ilustra su tesis con observaciones personales

acerca de las condiciones de vida del jornalero y del artesano urbano, del obrero nortino de las salitreras, y del inquilino del sur. Afirma que los oligarcas tiemblan ante el anarquismo, pero que sus intereses económicos les impiden terminar con las injusticias y la explotación en que aquél se nutre. En estas circunstancias el Estado debería intervenir en defensa de los desposeídos, lo que contribuiría a despertar su confianza y respeto en los poderes públicos, en lugar de usarlos para aplastar sus justas demandas.

El texto de Venegas —profesor del Liceo de Talca— es significativo de la conciencia social crítica que surgía en grupos ilustrados de la clase media y de su identificación con las clases proletarias. Con razón ha afirmado Ricardo Latcham que el libro de Alejandro Venegas es un anticipo de lo que constituiría más tarde en Chile el programa social de los partidos de izquierda.

En el mismo año en que Venegas publica «Sinceridad, Chile íntimo en 1910», el líder obrero Luis Emilio Recabarren daba su conferencia *El balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*. Como lo expresa el subtítulo, Recabarren traza la trayectoria de la clase proletaria a partir de la Independencia, considerando que no ha progresado en su condición de herramienta humana, cuyo producto le es arrebatado por los dueños de la riqueza que sólo le devuelven lo imprescindible para que subsistan y sigan produciendo. La situación obrera empeoró con la Independencia, cuyos beneficios fueron monopolizados por la burguesía. En consecuencia, el proletariado no tiene nada que celebrar en las festividades del centenario. El progreso sólo ha enriquecido a la clase capitalista o burguesa, sin haberla perfeccionado moralmente. Por el contrario, insinúa que en la época colonial no se destacaba tanto «la nota inmoral y voluptuosa de la época presente». El progreso económico de la burguesía ha corrido paralelo con «el progreso de los crímenes y de los vicios en toda la sociedad», incluyendo el pueblo, que posee una religión sin moral.

Recabarren, como Venegas, estima que la clase media ha crecido, pero que carece de fisonomía propia, salvo su servidumbre «al qué dirán» y que constituye más bien un estado de transición hacia los extremos de la pirámide. Sin embargo, sostiene Recabarren que de ella sale el mayor número de los descontentos y de «los que luchan por una sociedad mejor que la presente».

El texto de Recabarren es ilustrativo del proceso de polarización de la riqueza, del crecimiento de la conciencia proletaria y del comienzo de la lucha de clases. Todo esto produjo con el nuevo siglo el eclipse del consenso nacional, expresado por ejemplo en la recusación que hace el autor de «los grandes hombres que nos dieron patria y libertad», invento, según él, de los escritores de la burguesía.

El texto de Juan Enrique Concha *Características sociales de Chile* ha sido extraído de sus *Conferencias sobre Economía Social* dictadas

en la Universidad Católica de Santiago en 1917, a través de las cuales este representante de la tendencia social cristiana del Partido Conservador analizaba la cuestión social en Chile, ateniéndose al método sociológico de Le Play.

El texto ha sido extractado del examen general que el autor hace de las características demográficas de la población, de la tenencia de la tierra, del trabajo de los niños y las mujeres, de la organización obrera, etc., aspectos que en su opinión intervienen en la cuestión social. Subraya el distanciamiento progresivo de las clases sociales en Chile, que Juan E. Concha atribuye a la propaganda antirreligiosa, a la influencia de las ideas socialistas y a la despreocupación de las clases dirigentes. En las páginas seleccionadas, como en toda su obra, el autor pone énfasis en la responsabilidad de los grupos dirigentes, que formaban el auditorio de sus conferencias.

El texto del historiador Francisco Encina *Cambios en las condiciones sociológicas* intenta explicar la crisis de Chile a comienzos del siglo xx. Esta crisis se habría gestado lentamente en el siglo anterior, pues sería inconcebible que un pueblo sobrio y trabajador se tornara súbitamente derrochador y flojo. Según Encina, los orígenes de la crisis surgen antes de la bonanza fiscal del salitre. Las causas profundas de ella residen en lo que hoy se denominaría el efecto de demostración, es decir, en la sustitución de los valores tradicionales de sobriedad y espíritu de trabajo, debido a la influencia de pautas de cultura extranjera, que creó necesidades artificiales de consumo ostentoso, cuya satisfacción fue en detrimento de las actividades productivas.

Este »efecto de demostración« operó por diversas vías: el sistema educacional importado, que no pudo contrarrestar sino que estimuló con su orientación libresca el desprecio por el trabajo manual y por el comercio; el contacto con el extranjero a través de los viajeros chilenos, de los inmigrantes y de los libros.

Como consecuencia de este proceso de alienación cultural, creció el afán de lujo, se incrementó la migración hacia las grandes ciudades de los individuos más capacitados, provocando el ausentismo patronal; la afluencia de extranjeros desplazó a los chilenos en la industria y el comercio; aumentando el parasitismo burocrático.

El desequilibrio entre las aspiraciones de consumo y la capacidad productiva contribuyó a aumentar las diferencias entre las clases sociales y a disminuir la movilidad. Quedamos refinados para consumir y primitivos para producir; desarrollados intelectualmente pero sin el correspondiente desarrollo moral. En consecuencia, se debilitaron las virtudes cívicas, las tradiciones administrativas y surgieron el abatimiento y la falta de fe. »Tal es el origen de la crisis moral que nos azota«.

El historiador norteamericano William Frederick Sater presenta en su artículo *Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena* un agudo ensayo interpretativo del significado del héroe de

Iquique para la sociedad chilena de su época y de la posterior. Explica el renacimiento de su culto histórico a partir de 1900, como la añoranza de la pasada grandeza de Chile, en una época en que la declinación nacional y del poder presidencial se hacían ostensibles.

En ensayo de Sater es uno de los pocos análisis disponibles acerca de los símbolos nacionales y se aproxima al estudio sociológico de la literatura y de la mitología, que goza de boga en la actualidad.

La cuestión social*

Si la *cuestión social* no hubiese aparecido en Chile en la década de 1880, profundizándose intensamente en las tres décadas siguientes, no habría existido la necesidad de un movimiento de reforma social y legislativa como el que se puso en marcha en esos años. Tampoco habría habido motivo para el ambicioso sistema de relaciones industriales que estableció el gobierno en 1924. Además, es improbable que la élite del poder hubiese encontrado una oposición ideológica de algún significado; una oposición anarquista y marxista que se negase a aceptar el sistema legal de relaciones industriales como solución definitiva de la *cuestión social*. Semejante oposición fue tan extremada y fuerte que constituyó un índice de pérdida de consenso en Chile.

La *cuestión social*, por consiguiente, posee una significación muy amplia y se refiere a todas las consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización y urbanización nacientes: una nueva fuerza de trabajo dependiente del sistema de salarios, la aparición de problemas cada vez más complejos, pertinentes a vivienda obrera, atención médica y salubridad; la constitución de organizaciones destinadas a defender los intereses de la nueva *clase trabajadora*; huelgas y demostraciones callejeras, tal vez choques armados entre los trabajadores y la policía o los militares, y cierta popularidad de las ideas extremistas, con una consiguiente influencia sobre los dirigentes de los trabajadores.

Aparte de constituir una expresión de significado amplio, el concepto de *cuestión social* posee también una connotación histórica o cronológica definida. Se refiere a un período inicial de tensión social, protesta obrera y efervescencia intelectual que comienza con la industrialización misma. En Chile este período inicial duró casi cuarenta años, desde mediados de la década de 1880 a mediados de la de 1920. En el curso de estos 40 años, intelectuales, políticos y empleadores concertados realizaron debates, dieron conferencias y escribieron acerca de la *cuestión social* o, concentrándose algo más, sobre la *cuestión obrera* o el *problema obrero*. La tabla de las sesiones parlamentarias contenía entre los temas la *cuestión social*, a la par que los editoriales de los diarios, los artículos de revistas, los libros y planfletos frecuentemente incluían la expresión en sus títulos.

*Extracto del capítulo 4 de la obra del autor *Las élites, los intelectuales y el Consenso. Estudio de la Cuestión Social y del Sistema de Relaciones Industriales en Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1967, pp. 79 y siguientes.

Esta cuestión social u obrera abunda en la literatura de muchos otros países latinoamericanos, en los cuales es expresión de la misma preocupación temprana por las consecuencias sociales y laborales del desarrollo económico. En la Argentina, Ernesto Quesada escribió *La Iglesia Católica y la Cuestión Social* (1895) y *La Cuestión Obrera y su Estudio Universitario* (1907); en el Brasil, Gustavo de La Cerda publicó *O problema Operario no Brazil* (1901); Luis Miró Quesada es autor de *La Cuestión Obrera en Perú* (1904); Carlos Loveira estudió *El Problema Obrero en Cuba* (1919), y en Colombia una Comisión de Asuntos Sociales y Cuestiones Obreras elaboró *Proyectos de Leyes sobre Asuntos Sociales y Cuestiones Obreras* (1936). Estos son sólo algunos títulos de los publicados.

Parece ser, sin embargo, que la *cuestión social* no fue una creación literaria de la América Latina y que el concepto en realidad se originó entre los intelectuales y reformadores europeos. En todo caso, se ajusta a lo razonable la circunstancia de que, dado que Europa tuvo un desarrollo urbano y fabril antes que la América Latina, su literatura reflejase antes una preocupación por las consecuencias sociales de estos cambios. Es así que en 1872 Paul Leroy-Beaulieu publicó su obra *La Question Ouvrière au XIX siècle*. Esta y otras obras de Leroy-Beaulieu, economista progresista de la escuela liberal, eran bien conocidas en Chile y quizás en otros países latinoamericanos. Otros dos autores franceses escribieron las obras *Question Sociale, Le Sublime ou le Travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être* y *Le Code Civil et la Question Ouvrière* (1886). Hay un estudio especialmente interesante que publicó en Madrid un autor español, *Estudios sobre la Isla de Cuba. La Cuestión Social* (1866). Aunque se refiere a Cuba (¡país que por cierto no contaba con sector urbano o industrial en 1866!), la obra probablemente refleja una terminología en boga a la sazón en España y otros países europeos. Otros estudios publicados en Madrid comprenden dos libros de Gumersindo Azcárate (*Los Deberes de la Riqueza. Estudios Económicos y Sociales y Resumen de un Debate sobre el Problema Social*), publicados en 1876 y 1881, y *Socialismo y Reforma. Social* (1904), de Adolfo Posada. En Alemania, Heinrich Herkner aportó *Die soziale Reform als Gebot des Wirtschaftlichen Fortschrittes* (1891) y *Die Arbeiterfrage, Eine Einfuhrug* (1894); Ludwig Stein escribió *Das Ideal des ewigen Friedens und die soziale Frage* (1896). Entre 1891 y 1904, Henry de B. Gibbins editó 16 volúmenes con el título general de *Social Questions of Today*, que se referían a temas como reducción de la jornada de trabajo, los desocupados, la vivienda y el trabajo femenino en Gran Bretaña.

Gradualmente, a medida que la fuerza de trabajo se estructura con contornos más definidos y predecibles, al paso que se introducen medidas y procedimientos para encarar las situaciones de conflicto y a medida que se aíslan los problemas sociales individuales, comenzando algunos intentos públicos o privados por aminorarlos, la expresión de amplia comprensión *cuestión social* va cayendo fuera de uso regular y persistente y pro-

bablemente cambie de significado. La literatura se torna más específica, refleja una definición de las cuestiones en juego y creciente complejidad en los moldes de organización y comunicación y comienza a tratar aspectos circunscritos de lo que antes se denominaba *cuestión social*, tales como desocupación, jornada de trabajo, salarios, tipos estructurales de sindicatos, seguridad social y política de la clase trabajadora. Antes de que se pusiese en marcha el proceso de diferenciación en Chile, la cuestión social escasamente se había constituido en tema de interés; pero siguió siendo un centro importante de debates y tema de libros y trabajos hasta los años siguientes a 1920 y la promulgación de las primeras leyes serias en la esfera social y de las relaciones del trabajo.

En realidad, según se puede inferir de lo señalado antes, después de la década de 1920 se continuó escribiendo obras relativas a la cuestión social (o problema social u obrero); pero, hay que agregar, no con la misma regularidad ni con el mismo sentido de urgencia nacional. Hay que reconocer también que para la oposición desafecta anarquista y marxista la cuestión social existe en Chile aún hoy. Puesto que esta posición sigue teniendo significación suficiente para causar pérdida de consenso, se puede decir que la cuestión social aún afecta al bienestar del país en su integridad. Sin embargo, ya no se le denomina *cuestión social* (¿denominación burguesa?) sino, según la preferencia marxista, *lucha de clases*. Por la misma razón, se ha despojado del carácter exclusivamente chileno de su primera época, apreciándosela en general dentro de la perspectiva mundial como parte de la pugna ideológica entre Oriente y Occidente.

En el período anterior a 1924, la cuestión social fue objeto de crédito de parte de miembros de las élites aristocrático-católica y de la clase media, algunos de los cuales la identificaron como advertencia de un desajuste importante de la sociedad. Su reacción fue la legislación de 1924, y si bien dicha legislación no habría de conservar eternamente el carácter de reacción definitiva o completa ante los problemas laborales de una sociedad en industrialización, era lo suficientemente amplia para poner punto final a la cuestión social tal como la mayoría de dichas personas la veían. En realidad la cuestión social subsistente desde 1924 es, en su mayor parte, una circunstancia ideológica que es objeto de crédito por parte de nuevos partidos políticos y sindicatos izquierdistas, que no aceptan la legislación reformista como solución definitiva, sino que propician una alteración revolucionaria de la sociedad chilena en el nombre de las nuevas clases *populares*.

Las razones de que en Chile haya ocurrido este desastre constituyen un tema principal de atención del presente estudio. La cuestión social no tenía que desembocar forzosamente en una pérdida de consenso. La industrialización no conduce de manera inevitable a sociedades divididas ideológicamente. No es en forma primordial, y por cierto tampoco exclusiva, una ecuación económica.

Este capítulo es una exposición de la cuestión social. Su carácter es

histórico y pasa sucesivamente revista, brevemente, a las condiciones de trabajo, las primeras organizaciones obreras, las relaciones industriales (especialmente las huelgas), la política y el movimiento obrero. Se alude sólo de pasada a temas como vivienda obrera, medicina, salubridad y otros similares, todo lo cual indudablemente forma parte de la cuestión social, pero no posee la prioridad de aspectos más *difíciles*, como los sindicatos, las huelgas y las ideas políticas de la clase trabajadora. Dado que la cuestión social surgió como consecuencia de las modificaciones económicas y de la formación de una fuerza de trabajo industrial, estos dos aspectos se esbozan en primer término, a manera de antecedentes de fondo. El lector debe darse por advertido, empero, de que en este esbozo no se encuentra comprendida la pretensión de proporcionar una historia económica minuciosa y completa de las cuatro décadas (1880 a 1920) que el capítulo abarca de manera sumamente condensada.

1

Durante todo el transcurso de su historia, hasta casi la mitad del presente siglo, Chile fue un país abrumadoramente agrícola y minero. El desarrollo fabril, estimulado por incentivos especiales del gobierno y por la llegada de capital foráneo, se inició en escala muy reducida en los años ulteriores a la consagración de la independencia respecto a España. El ritmo de industrialización se aceleró hacia fines del siglo diecinueve, según lo prueba el establecimiento de la Sociedad de Fomento Fabril (1883), institución privada, y la creación del Ministerio de Industria y Obras Públicas. No obstante estas circunstancias, Chile no comenzó a dar forma a un sector industrial de importancia destacada sino cuando la depresión mundial de la década de 1930 le mostró las consecuencias de la dependencia extrema de la importación de bienes manufacturados. Entonces se inició una planificación seria del desarrollo económico en escala nacional, mediante la creación y financiamiento de la Corporación de Fomento, organismo estatal (1939). Mas, según ya se ha señalado, este capítulo no trata el período de la década de 1930 ni el tiempo posterior a ella, sino los 40 años que precedieron a la legislación social y del trabajo, que tuvo lugar en la década de 1920.

Incluso en cuanto se refiere a la minería, Chile tuvo poca actividad hasta el término de la pequeña pero significativa Guerra del Pacífico (1879-1881), que agregó a su territorio las grandes provincias de Tarapacá y Antofagasta, ricas en minerales. Primero con ayuda de capital británico y posteriormente estadounidense, la minería del salitre aumentó rápidamente a proporciones de explotación lucrativa y muchas personas creyeron que los enormes yacimientos de salitre de la pampa desértica del Norte Grande eran una fuente inagotable de un rico monopolio, que mantendría a Chile para siempre entre las naciones más privilegiadas. El historiador inglés Francis J. G. Maitland recalcó, exactamente antes del estallido de la primera guerra mundial, que »el temor de que Chile pier-

da su monopolio mundial del salitre, con motivo de la posible elaboración artificial de ese producto, es tan remoto que puede descartarse«. En el corto lapso de media docena de años, el temor que Maitland había desechado era para Chile una espantosa realidad. Las potencias centrales, privadas de su fuente de salitre, que era crítico para la fabricación de explosivos, lograron perfeccionar un proceso para su obtención artificial. Después de la guerra, el mercado mundial para el salitre natural declinó y si no hubiese sido por la mera fortuna de que tenía yacimientos igualmente abundantes de cobre, Chile pudo haber sufrido una aguda y prolongada depresión con consecuencias sociales inculcables. Según se presentaban las cosas, el cobre pronto reemplazó el salitre como la fuente fundamental de divisas e ingresos estatales.

La columna vertebral económica, política y social de la nación, en función de su contribución al ingreso nacional y su influencia sobre los valores gubernativos y sociales, era la agricultura. Desde el comienzo, la agricultura chilena se basaba en la explotación del latifundio a través de un sistema semimedieval de inquilinaje (servidumbre). Los ricos y profundos depósitos aluviales del Valle Central hacen de esta zona una de las más fértiles del mundo entero. La conquista de las tierras y de algunos de sus habitantes nativos por los blancos llevó en forma natural al sistema de inquilinaje. Gracias a los grandes fundos dedicados a las viñas, granos y ganado, el hacendado o dueño se convirtió en un señor virtual que proporcionaba a sus inquilinos una choza y algo de terreno, cuidaba de ellos cuando eran demasiado viejos o estaban enfermos para trabajar y era padrino de todos sus hijos. El inquilino, a su vez, obedecía y reverenciaba a su amo, vivía y moría en sus tierras y le dejaba sus hijos a él, a sus herederos o a un hacendado vecino. No era legalmente un esclavo, pero en la práctica estaba atado a la tierra. El hacendado, por otra parte, era literalmente el señor y amo de todos sus dominios; controlaba el gobierno y amoldaba la sociedad a su propia semejanza.

La población total de Chile creció desde 2.500.000 habitantes, en 1875, a 4.300.000, en 1930 y, aunque había una marcada tendencia a la urbanización durante ese período, la población era todavía rural en la última fecha indicada. En 1875 la población era rural en un 73 por ciento (es decir, vivía en comunidades de menos de 1.000 habitantes), disminuyendo luego este porcentaje al 62 por ciento, en 1890; 57 por ciento, en 1907, y 51 por ciento, en 1930. El carácter rural que dominaba en la población coincide con la influencia imperante de la aristocracia agrícola y terrateniente ya mencionada; pero, al mismo tiempo, el crecimiento relativo del sector urbano apunta hacia avances importantes en la minería, el comercio y la industria; es índice, además, de la aparición de una élite significativa de clase media y una fuerza de trabajo industrial. Estos hechos, a su vez, amenazaron el dominio irrestricto de la élite aristocrático-católica, haciendo al mismo tiempo surgir la cuestión social.

Además de la producción lucrativa de salitre que ya se ha mencionado

y que era de predominante importancia para toda la economía, el avance de la nueva actividad económica a fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte abarcaba la minería del carbón, la construcción y explotación de ferrocarriles, nuevas empresas comerciales y bancarias, compañías portuarias y marítimas y la aparición de pequeñas tiendas y empresas fabriles. Mucho de este nuevo complejo económico se derivaba, dependía o era auxiliar de la producción de salitre, pero algo de ello también era parte de una configuración más general de desarrollo. Había en la primera categoría una cantidad de talleres y fábricas que comenzaron a producir equipo pesado, tales como locomotoras, coches, máquinas, rieles, estructuras de puentes y máquinas chancadoras de salitre. En el segundo grupo había una diversidad de empresas dependientes de la agricultura, como molinos y plantas textiles, establecimientos de manufactura de calzado y cuero, imprentas, plantas de elaboración de alimentos, fábricas de botellas y vidrio. En el corto período de 1908 a 1918 el número de fábricas y talleres aumentó casi en un 60%, habiendo para la última fecha un cálculo de 8.229 empresas de esa clase en el país. La agricultura era todavía la actividad económica dominante y, en cuanto a las iniciativas no agrícolas se refiere, la unidad de producción típica era el taller pequeño. Las mayores concentraciones de capital estaban indudablemente en la minería, los ferrocarriles y las instalaciones portuarias.

Los datos de fuerza laboral de nuestro período prácticamente no existen y, en la medida en que se les encuentra, proporcionan sólo cálculos aproximados. Muestran un incremento de veinte veces en las cifras de ocupación en el salitre, desde 2.840 trabajadores, en 1880, a 56.961, en 1918. A la última fecha había también un cálculo de 33.123 obreros ferroviarios y alrededor de 80.000 fabriles. El total de estos tres grupos era de alrededor de 170.000 en 1918 y los grupos principales no incluidos en esta cifra eran los obreros portuarios, los mineros del cobre y del carbón, los empleados del comercio y bancarios, los empleados públicos y, por supuesto, los obreros agrícolas. La población activa total (en líneas generales equivalente a lo que en la terminología estadounidense se denomina «fuerza de trabajo total») existente en 1920 se calcula en 1.355.000 personas, o sea alrededor del 36,2 por ciento de la población total. Aunque estos datos de población, empresas y fuerzas de trabajo no son totalmente fidedignos, ellos muestran una importancia creciente del empleo en la manufactura y el salitre, además de una tendencia hacia la vida urbana en la población total.

La fuente individual más importante de la nueva fuerza laboral urbana era el fundo. Los inquilinos tenían un acceso fácil a los principales centros urbanos de Santiago, Valparaíso y Concepción y su baja destreza se aceptaba en las minas, fábricas y puertos. Las compañías salitreras del Norte Grande recurrieron a un sistema de reclutamiento especial, con el fin de obtener abastecimiento laboral del Valle Central. Este sistema, llamado de *enganche*, llevó a considerables abusos. Los agentes de re-

clutamiento o enganchadores estaban en realidad libres del control de las compañías, aunque éstas los alentaban y apoyaban en sus actividades, otorgándoles un pago por cada trabajador entregado y contratado. Como estaban poseídos por el deseo normal de aumentar sus entradas y su responsabilidad terminaba con la entrega, a veces desorientaban o mentían a los inquilinos acerca de las condiciones en la pampa, con el fin de reclutarlos. A través de la ignorancia y la comunicación deficiente con la jefatura de las faenas salitreras, a veces ellos entregaban sus reclutados cuando el mercado mundial del salitre estaba en baja, la producción estaba detenida y no había ocupación posible. En cualquiera de los casos, lo que normalmente habría sido un asunto sumamente difícil de solucionar resultaba mucho más difícil para el inquilino.

Sin embargo, la afluencia exclusiva de campesinos no bastaba para satisfacer las necesidades de los nuevos empleadores; por su parte, los hacendados se alarmaban por lo que llamaron la *despoblación* del campo. Esto llevó a ambos grupos, a través de la Sociedad de Fomento Fabril y la Sociedad Nacional de Agricultura, a buscar formas de tratar el problema, mediante la proposición de soluciones tanto directas como indirectas. Entre las indirectas se encontraban la reglamentación de la venta de bebidas alcohólicas y la reducción de la tasa de mortalidad, extremadamente alta. Por creerse que la ebriedad incapacitaba a miles de trabajadores todas las semanas y que ella explicaba el elevado ausentismo de los días lunes, se trataba de hacer un uso más efectivo de los trabajadores disponibles a la sazón, impidiendo que los obreros bebiesen. La tasa de natalidad de Chile era elevada (38 por 1.000 en el año 1913), pero se estimaba que la de mortalidad estaba también entre las más altas del mundo (31 por 1.000), siendo aterradora la mortalidad infantil (304 por 1.000). Como había más emigración que inmigración, se producía una pérdida neta de población por estos movimientos, la que, unida a la elevada tasa de mortalidad, reducía el crecimiento de la población a sólo una cifra de 1 a 1,5 por ciento anual. Los programas de salubridad e higiene podrían, según se creía, salvar entre 50.000 y 60.000 vidas por año, a través de la reducción de las tasas de mortalidad.

Sin embargo, ninguna de estas medidas indirectas habría precisamente de satisfacer la necesidad de artesanos calificados y el crecimiento de la población a través del mejoramiento de la tasa de mortalidad era, además, una solución a largo plazo. Las soluciones directas e inmediatas se buscaron, por lo tanto, a través de un programa de *inmigración seleccionada*, financiado por el gobierno. Entre 1895 y 1912, más de 30.000 obreros, la mayoría calificados, llegaron al país desde el norte de Italia y España. Algunos de ellos no se quedaron por mucho tiempo, cruzando la frontera hacia la Argentina, donde encontraron una fuerza laboral más semejante a ellos en lo racial, amén de mejores empleos. Pero se quedó una cantidad suficiente para tener un efecto sobre los dirigentes y la ideología anarquista del naciente movimiento laboral.

Es evidente que no hubo entendimiento entre los empleadores y los obreros organizados, a través de todo el período de nuestro análisis, hasta la aprobación de las leyes del trabajo en el año 1924. El presidente de la Sociedad de Fomento Fabril escribía en 1912 que no había convenios colectivos en el país, que todos los acuerdos eran individuales y que, con excepción de los pocos que afectaban a trabajadores importados, todos eran verbales. Decía que la mayoría de los empleadores no querían tener nada que ver con los sindicatos. Una comisión del gobierno, después de haber visitado la región salitrera en 1919, informó que «el contrato es siempre individual y verbal, los contratos colectivos o los contratos por escrito son absolutamente desconocidos». Un estudiante universitario de derecho, que en 1920 escribió su memoria de prueba sobre el contrato de trabajo, confirmó la ausencia total de acuerdos colectivos o escritos en el país y proporcionó una explicación de la oposición del empleador al entendimiento con el sindicato. El empleador, decía, consideraba que sólo él estaría comprometido fuertemente por una relación contractual; que el sindicato podría desintegrarse en el momento en que se solicitase el cumplimiento de los acuerdos de un convenio. Además, el empleador creía que los miembros nuevos del sindicato no respetarían los términos de un contrato negociado en representación de ellos por el sindicato antes de que ellos ingresaran a la fuerza de trabajo. Finalmente, los empleadores no creían en verdad que los sindicatos estuviesen interesados en otra cosa que no fuese *rebelión, huelgas, desórdenes, violencia y revolución*. Dicho en forma simple, el empleador no quería negociar con los sindicatos y necesitaba y prefería, a causa de su propia debilidad, preocuparse de «sus» trabajadores, según el molde de la relación hacendado-inquilino, y monopolizar la autoridad en el nuevo mundo industrial.

Los empleadores, el gobierno y, en general, la élite del poder de la sociedad chilena, al no aceptar el principio de sindicación, naturalmente se encontraron en conflicto con los dirigentes sindicales. Su actitud también forzaba a los sindicatos a entregarse sólo a aquellas actividades que pudiesen iniciar ellos unilateralmente, en especial las huelgas. Las huelgas eran a veces el resultado de un mayor o menor planeamiento, que incluía la preparación y presentación de peticiones al empleador. Era más frecuente que se tratase de actos espontáneos de desesperación súbita.

Unas pocas, altamente significativas, fueron desde el comienzo, o llegaron a ser a la postre, escenas de muerte y destrucción. Estos eran los símbolos exteriores y visibles del profundo descontento de la sociedad, de la falta de consenso; para los trabajadores eran protestas contra la clase empleadora y contra la sociedad. Tal vez no haya violencia competencial tan apasionada y cruel como la que puede ocurrir cuando los no educados e inmaduros se sienten rechazados.

Los dirigentes laborales eran considerados uniformemente como

agitadores, parásitos y perturbadores del orden. Una vez que se les identificaba de esta forma, a veces encontraban dificultades en hallar trabajo o mantener el que tenían, porque corrían el riesgo de ser despedidos y anotados en la lista negra de los empleadores. Si bien realizaban huelgas a menudo, las huelgas mismas eran ilegales, se consideraban delitos y eran punibles según el Código Penal. Los líderes de huelgas podían ser encarcelados por interferir en el derecho de los demás al trabajo y aunque no siempre se les procesaba de esta forma a menudo eran despedidos como parte del proceso para restablecer la »armonía« en el lugar de trabajo. A veces se ganaban las demandas de la huelga y aunque los empleadores nunca hacían concesiones escritas ni reconocían el sindicato, tales éxitos eran un tributo al empleo de la acción concertada y, en realidad, puede decirse que constituían una forma muy primitiva de entendimiento.

Las primeras huelgas chilenas, que datan de la década de 1880, tuvieron lugar entre los obreros calificados de las ciudades, los obreros portuarios y las cuadrillas de constructores de ferrocarriles. Parecen haber sido huelgas puramente económicas, dirigidas contra un solo empleador o grupo de empleadores y aunque presuntivamente la mayoría de ellas se perdían, eran movimientos relativamente pacíficos. En la década siguiente, sin embargo, miles de campesinos reclutados recientemente incrementaron las filas de la fuerza laboral del salitre, en tanto que la inflación había comenzado a reducir seriamente los salarios reales. Además, en 1890, el año de la primera huelga grande en la región salitrera, había una gran tensión política en el país y una atmósfera general de inquietud que aminoró la moderación y alentó la expresión de las quejas. Esta tensión política iba a culminar en el año siguiente en una breve pero sangrienta revolución entre los partidarios del régimen parlamentario de gobierno y los defensores de un ejecutivo fuerte, pero en 1890 su mayor efecto fue el de debilitar las vinculaciones de obediencia y disciplina y estimular los conflictos industriales. En julio de aquel año comenzó una huelga entre los obreros portuarios de Iquique, que se expandió rápidamente por toda la provincia de Tarapacá, afectando finalmente a alrededor de 10.000 obreros. Este fue el primer movimiento general en la historia de las relaciones laborales en Chile. Cuando los militares pudieron controlar la situación, yacían muertos alrededor de quince obreros del salitre y había heridos alrededor de 100. La marea huelguística se extendió al sur de Tarapacá, alcanzó incluso hasta las minas carboníferas de Lota y Coronel y llegó a todos los centros industriales y portuarios principales intermedios. En toda la década de 1890 se contabilizaron alrededor de 200 conflictos.

Sólo en la primera década del nuevo siglo, sin embargo, ocurrieron los estallidos de violencia que hicieron que el país adquiriera conciencia de la *cuestión social* y pusieron a los intelectuales y a otros en busca de soluciones para ella. El principal puerto chileno, Valparaíso, estuvo paralizado durante varias semanas en 1903 por una huelga portuaria,

que en el curso de un solo día tumultuoso recorrió la gama completa desde la marcha pacífica, el apedreamiento, los tumultos y quemazón, hasta el conflicto armado. Los obreros incendiaron uno de los edificios marítimos principales del centro de la ciudad y un número no precisado resultaron muertos y heridos en encuentros con pelotones de la policía y marinearía. Finalmente se llamó a un almirante en retiro a someter a arbitraje las diferencias entre los obreros portuarios y las líneas de navegación, acto que sentó un primer precedente en la historia de las relaciones laborales en Chile. Dos años más tarde los obreros de Santiago protestaron por la aplicación de impuestos a la carne importada de la Argentina y los acontecimientos rápidamente se agravaron tanto que por dos días completos la ciudad quedó totalmente entregada al saqueo de las turbas desbandadas. La policía y el ejército volvieron a adquirir el control y a establecer el orden y en el proceso dejaron de 200 a 400 heridos y muertos en las calles. Al escribir en 1915, Ross se refería a los desórdenes de Santiago en la siguiente forma:

»Incluso hace diez años la disposición de la gente era tan mala que una vez, cuando las tropas estaban ausentes en maniobras, una turba temible de tres mil personas, que parecía surgir de las cloacas, como los revolucionarios parisienses del Faubourg Saint-Antoine, marchaba por Santiago destruyendo la propiedad privada. Nada podía impedir el saqueo e incendio de la ciudad, excepto los esfuerzos desesperados de la policía montada, que manteniéndose en sus puestos durante cuarenta y ocho horas restringió al populacho dentro de ciertos límites. Se trajo de vuelta a los soldados tan pronto como fue posible y se mató a cuatrocientas personas. La juventud dorada de la capital, a la que se había armado como medida de emergencia, se entretenía imaginando sans-culotes«.

En 1906, la terrible secuencia se repitió en Antofagasta y esta vez, según una fuente, el número de muertos fue de 150 y el número de heridos fue el doble.

El más negro y trágico de todos los episodios de violencia ocurridos en Chile y que en la esfera de la brutalidad pura difícilmente puede encontrar parangón en parte alguna, fue la matanza de Iquique en 1907. Rebelándose contra la inflación, contra el sistema de fichas, contra la tienda de las compañías y la falta de mallas protectoras en los hornos de disolución del salitre, los obreros se declararon en huelga y demandaron que se introdujesen modificaciones según un convenio escrito. Hubo una calma relativa durante varios días y entonces, según ha establecido gráficamente un autor estadounidense,

». . . una mañana, de pronto, 20.000 huelguistas de las oficinas salitreñas de la árida pampa descendieron por las dunas amarillentas hasta Iquique y tomaron posesión de la ciudad. Se barricaron las casas y la ciudad quedó en manos de una turba despiadada. No había tropas disponibles para hacer frente a la situación. Como lo muestran los acontecimientos

posteriores, los ciudadanos principales estaban condenados a ser asesinados y se iba a incendiar la ciudad en forma simultánea desde varios lugares diferentes. En este momento crítico se enviaron tropas rápidamente por barco a Iquique, mandadas por un oficial de gran decisión; y los soldados chilenos son buenos combatientes. Se empujó a los revoltosos hasta una plaza de la ciudad, junto a una iglesia. Se hicieron esfuerzos inútiles por inducirlos a dispersarse. En lugar de eso, los líderes de la turba sólo contestaron con arengas más ardientes. Los militares les anunciaron que abrirían fuego a las 4, si no se dispersaban. Hubo gritos de mofa cuando llegó la hora señalada y no se hizo ningún disparo. Entonces el oficial consultó su reloj y les dio 5 minutos para retirarse. A las cuatro y cinco minutos comenzó el zumbido de la ametralladora. En pocos momentos se amontonaron muertos y heridos. Hubo doscientos muertos y trescientos heridos; el resto de los manifestantes huyó a través de las dunas, perdiéndose de vista en la pampa.

Una delegación de obreros de una de las compañías salitreras, que se había unido a la huelga, declaró más tarde a una comisión investigadora del Congreso que «en cinco minutos de fuego y carnicería las autoridades habían causado más estragos en la moral y el patriotismo de los obreros que lo que se había producido en el medio siglo anterior por medio de la propaganda sistemática de miles de anarquistas».

Los violentos indicios de división social, en forma de luchas obreras, huelgas generales, amotinamientos y demostraciones antimilitares, desaparecieron prácticamente por más de una década después de 1907 y no recomenzaron hasta después de la primera guerra mundial. Una seria desocupación de postguerra contribuyó a aumentar la dislocación inflacionista y psicosocial de la naciente sociedad industrial chilena, siendo el resultado una repetición de los sangrientos choques de comienzos de siglo. En enero de 1919 hubo una huelga general en la lejana provincia austral de Magallanes, y antes de que terminara el año se declararon dos huelgas generales más, en otras partes del país, y en Santiago se llevó a efecto la marcha del hambre, en la cual se estima que participaron 100.000 personas. El año siguiente fue manchado con un asalto a la sede de la Federación de Estudiantes en Santiago, la abolición de la personalidad jurídica de esa institución, una segunda huelga general en Magallanes y otra en la capital. En 1921, los obreros del salitre sin trabajo de la planta San Gregorio, de Antofagasta, «chocaron con los guardias militares y les hicieron frente, matando a varios soldados y asesinando más tarde a Daniel Janes, gerente de la planta. Los obreros perdieron a más de treinta hombres entre muertos y heridos en el encuentro; sin embargo, tomaron posesión de la planta, de la cual fueron expulsados finalmente por refuerzos de tropas». Varias huelgas largas y violentas también paralizaron la industria del carbón en los años de postguerra. En resumen, en el lapso relativamente corto de treinta años (1890 a la década de 1920), la violencia industrial había remecido el país de extremo a extremo y la sangre

de los que se habían rebelado cayó en el desierto, en las calles y en las solitarias llanuras australes azotadas por el viento.

VII.

¿Por qué la actitud del nuevo trabajador chileno, tal vez un antiguo inquilino, cambió desde el respeto y la lealtad al hacendado o el interés por los programas de beneficio mutuo al anarquismo o el socialismo revolucionario? ¿Por la inflación? ¿Debido a las miserables condiciones de trabajo y de vivienda? ¿Por la inmigración de trabajadores extremistas italianos y españoles y la llegada de literatura extremista? ¿A causa de los problemas emocionales de Recabarren? ¿Por la explotación capitalista y la lucha de clase? ¿O se trataba de una reacción emocional de parte de los trabajadores industriales recientemente independientes, a quienes la aristocracia rural no había preparado para la independencia y cuya dignidad, independencia y responsabilidad como individuo le eran negadas tanto por la élite antigua como por la nueva? Esto último, que es parte de un fenómeno de consenso más amplio, explica mucho más, en nuestra opinión, que las otras alternativas, las que, cuando más, son sólo síntoma de un conflicto psicosocial más profundo. Nada en este cambio particular en la ideología del trabajador era inevitable, ni tampoco ilustra una configuración dialéctica de la lucha de clases.

La cuestión del extremismo del movimiento obrero en Chile nunca se ha enfocado de esta manera antes, pero diferentes personas, en ocasiones, diversas y en diferentes circunstancias de ambiente e interés, han proporcionado explicaciones que ejemplifican casi todos los puntos de vista involucrados en el párrafo anterior. Los intelectuales comunistas y socialistas, en particular, describen en gran detalle la naturaleza, el volumen y la cronología de la llegada de la literatura izquierdista a Chile, como si la creciente rebelión de la clase obrera fuese en cierto modo una árida experiencia intelectual. Los que no son izquierdistas también lo han creído así, aunque no se han enorgullecido de ello y hubiesen preferido que la corriente se detuviese. Uno de ellos, dirigente sindical, ha explicado muy claramente que cuando Marx y Bakunin rompieron, los latinos pasaron a ser herederos del último y que libros e inmigrantes de España, Italia y Francia traían ideas anarquistas y anarcosindicalistas a América Latina. «Debe considerarse responsable de esto a la identidad de raza, de lenguaje y temperamento», agregó, «aunque el principal responsable ha sido el lenguaje». Si hubiese escrito diez años más tarde, habría encontrado movimientos laborales predominantemente socialistas y comunistas en América Latina, junto con la necesidad de una nueva teoría. Ross y Samuel Guy Inman también creyeron en esa teoría de la importación y el primero predijo que la apertura del Canal de Panamá disminuiría el aislamiento de Chile y que «las ideas de las clases trabajadoras revolucionarias podrán difundirse rápidamente entre sus masas explotadas

y abandonadas«. Inman fue incluso menos ambiguo al declarar que la preferencia de los trabajadores de la América Latina por el »modelo« europeo«, en lugar del »modelo estadounidense«, se debía simplemente al mayor contacto en Europa. Antes de la Primera Guerra Mundial, señaló, la influencia de los dirigentes obreros estadounidenses en América Latina era casi nula, pero los »inmigrantes y propagandistas europeos, enviados para ese propósito especial, comenzaron a sembrar ideas de organización y resistencia en las dóciles mentes meridionales (es decir, de los sudamericanos), cuya única organización en los primeros días era del tipo de ayuda mutua. Era natural, entonces, que se siguiesen los moldes del socialismo alemán o del sindicalismo o anarquismo hispanofrancés«. Nada podría estar más alejado de la verdad ya que las influencias internas, y especialmente las actitudes de las élites, son mucho más significativas que las influencias externas en la configuración de la reacción obrera ante la industrialización. Las condiciones de la revuelta obrera o la adaptación al orden industrial se hacen en su propio ambiente y si se trasplantan con éxito modelos extranjeros es porque éstos calzan en mayor o menor grado en estas condiciones y no porque las hayan creado.

Las marxistas chilenos no han tenido ninguna imaginación para explicar el desarrollo de un movimiento revolucionario en su país. Han dado el fenómeno por sentado, como el resultado inevitable del devenir de la historia y su explicación no es sino el empleo del lenguaje de Marx para describir los acontecimientos económicos y políticos del pasado. Sin embargo, otros autores se han aproximado a zonas analíticas de identificación que son críticas para un entendimiento de las reacciones obreras ante la industrialización en Chile. Carlos Keller trata breve pero concienzudamente la cuestión social en su libro *La Eterna Crisis Chilena*. Al escribir en 1931, Keller miró retrospectivamente hacia la génesis de un movimiento revolucionario obrero y político como la consecuencia del choque de intereses, emociones y diferencias raciales. La aristocracia rural y los capitalistas, dijo, sólo en escasas ocasiones se ocupaban del bienestar de los trabajadores y no se preocupaban en absoluto de su desarrollo intelectual y moral. Los trabajadores se resintieron y se entregaron al comunismo. »Su actitud política era, por consiguiente, de rebelión, es decir, de tendencia negativa... Este movimiento adquirió un carácter violento debido a las diferencias raciales entre las clases bajas y superiores«. No hizo intentos por explicar las actitudes de las élites y no dijo qué clase de desarrollo intelectual y moral necesitaban los trabajadores, pero aparentemente se encontraba al tanto de algunas de las facetas no económicas (psicológicas y sociológicas) de la reacción obrera.

Un autor político de tendencia liberal, Benjamín Vicuña Subercaseaux, estableció correctamente los orígenes internos de la cuestión social en Chile. En 1908, muchos años antes de que se completara el vuelco de los trabajadores hacia la izquierda, admitió que los *doctores de anarquismo* habían llegado al país y habían creado escuela. Pero,

agregó, »si el pueblo no sintiese tanto malestar y miseria, si se viera más respetado y protegido, no se entregaría a los agitadores para ir al fusilamiento«. Durante siglos Chile había vivido en un verdadero patriarcado, pero ahora la industria estaba cambiando la situación, haciendo la vida más complicada, y las masas se estaban informando mejor. Para que la justicia y benevolencia brotasen nuevamente en los corazones de los empleadores y el gobierno aprobase y promulgase una legislación del trabajo, el pueblo debía sentirse cual socio en una tarea común y no buscar la emancipación a través de la sangre y el fuego. Sin embargo, el mismo autor no podía aceptar al Partido Democrático como representante de una genuina rebelión obrera y, según veremos en el Capítulo 6, no podía conceder a los trabajadores, a su organización ni a sus dirigentes un grado total de respeto e independencia en el nuevo mundo industrial.

Hay debilidades semejantes en el análisis de Juan Enrique Concha, quien, como representante intelectual de la élite aristocrático-católica, elaboró una proposición larga y estrechamente coordinada para resolver la cuestión social. Su concepción, que describiremos íntegramente en el capítulo siguiente y criticaremos en el último, situaba la cuestión social en un marco psicológico, religioso y moral, fundándose esencialmente en la benevolencia del empleador respecto a las soluciones. Aunque admitía la preponderante importancia de las actitudes, Concha se orientaba hacia el pasado y la sociedad rural en su búsqueda de una estructura de conducta paternal, que él esperaba se pudiese implantar en la industria.

El comentario más preciso e incisivo acerca de la mentalidad extremista del obrero chileno lo hizo un observador extranjero y estudioso del régimen del latifundio, George McBride. Si bien no se propuso realizar un análisis causal en profundidad y a pesar de que puede haber cierto fatalismo en sus conclusiones, que nos merecen objeciones, es evidente que captó el espíritu y comprendió algunas de las consecuencias conductuales del cambio del fundo a la fábrica o a la mina. He aquí sus apreciaciones expresadas hace casi treinta años:

»Rojos, comunistas, sindicalistas, anarquistas, nihilistas, ninguno de estos términos expresa con suficiente vigor las tendencias políticas del típico *roto* chileno (el obrero o *andrajoso*) cuando se libera del freno de una autoridad impuesta; ni la máxima destructividad que se puede esperar de la masa de esta población. Nunca se les ha educado cívicamente ni tampoco han aprendido siquiera los rudimentos de la responsabilidad civil. El único gobierno que han conocido es el patrón impuesto de arriba; suave y benevolente, con toda seguridad, en tanto eran completamente sumisos, pero despiadado si se consagraban a asegurar aunque fuese un mínimo de independencia, ya fuese en forma individual o en masa. No podía encontrarse una mejor escuela para los extremistas que el Chile del régimen de la hacienda. El extremista en la política es tanto un producto de la organización social de Chile como del sistema agrario que la apoya, esto es el aristocrático. Es justamente lo que podría esperarse de la prepa-

ración que ha recibido. Una vez independizado económicamente de la hacienda, no se unió a los partidos históricos (Liberal y Conservador), sino que se inclinó hacia la izquierda y se volcó en una de las doctrinas más extremas. Fue este elemento de la población el que agregó su fuerza recientemente adquirida a la de los liberales y los radicales doctrinarios e integró un formidable partido de oposición (es decir, la Alianza Liberal de 1920)«.

Esta cita involucra conocimiento de una reacción de superior a inferior entre el hacendado y el inquilino y del carácter subdesarrollado de una fuerza laboral campesina que sólo había aprendido a obedecer. McBride también percibió los orígenes emocionales de los problemas que experimentaban estos obreros cuando se veían liberados súbitamente por la atracción de la industria y descubrían que no podían comprender ni enfrentarse al mundo más adulto que los esperaba en las ciudades y centros mineros, ni tampoco podían volver al patrón rural, de cuya autocracia ahora abominaban. Las filosofías negativas, violentas, rebeldes, se ajustaban a sus sentimientos. Su bajo nivel cultural les hacía imposible apreciar el contenido intelectual y las sutilezas del anarquismo, el socialismo y el comunismo.

Tal vez una de las mayores experiencias liberadoras iniciales que actuaban en este cuadro era la Guerra del Pacífico. Se reclutaron miles de soldados y marinos del campo; su experiencia y contribución en una victoriosa guerra les dio un sentido de personalidad y dignidad que no habían logrado nunca conocer por otros medios y que no podían sacrificar ahora.

Después de la guerra, se congregaron en ciudades y pueblos o se fueron al norte, a las pampas salitreras. Para miles de otros, tal vez hijos de inquilinos, una nueva vida en la industria era en sí la principal fuerza liberadora. Muchos despertaron gracias a la mayor educación formal a la que tuvieron acceso una vez que se establecieron las nuevas escuelas públicas, después de 1913.

Historia del movimiento obrero en Chile*

La Guerra del Pacífico y la acción realizada desde el Gobierno por los sectores progresistas de la burguesía, aceleraron profundos cambios en la sociedad chilena.

En las provincias nortinas, especialmente en Tarapacá y Antofagasta, se produjo una activa e importante concentración proletaria; mientras en 1880 allí había nada más que 2.848 operarios enrolados en la producción de salitre, en 1890 esta cifra alcanzó a 13.060, es decir, en diez años hubo un aumento del 370% aproximadamente. Agréguese a estas cifras las correspondientes a los obreros que trabajaban en los ferrocarriles, en las maestranzas y fundiciones, en los puertos y en actividades comerciales, en la explotación de huaneras, de minas de plata y de cobre, etc., y se tendrá entonces allí un centro proletario singularmente denso que cubría la mayor parte de los habitantes con que Tarapacá y Antofagasta contaban hacia el año 1890.

Las grandes ciudades y centros urbanos aumentaron su población apreciablemente, de tal modo que el total de la población urbana que era del 27% en 1875, bordeaba el 38% más o menos en 1890. En ellas el proletariado también creció como resultado de la intensificación del comercio, del establecimiento de nuevas industrias y del desarrollo de las existentes, etc. Los ferrocarriles en funcionamiento y el movimiento portuario creciente, eran actividades que daban trabajo en todo el país a miles de obreros. Lo mismo sucedió en las minas de carbón, donde el personal ocupado experimentó aumentos del orden del 200% en pocos años. Especial mención merecen los obreros ocupados en las obras públicas; éstos fueron varias decenas de miles entre 1887 y 1890, y estuvieron trabajando en toda clase de faenas a lo largo del territorio.

Puede estimarse que, alrededor de 1890, la clase obrera chilena cubría a lo menos 150.000 individuos, es decir, había aumentado en un 50% más o menos desde el año 1879.

El aumento de la clase obrera significaba automáticamente la disminución del campesinado. Miles de hombres abandonaban el campo, se desligaban del régimen agrario semifeudal, en busca de mejores expectativas y de más altos salarios, lo que, por supuesto, producía alarma

*Seleccionado del libro del autor, de igual título, publicado por la Editora Austral, Santiago, 1956, pp. 190 a 200.

entre los terratenientes. En un periódico se describía parcialmente esta situación del siguiente modo: »Es un hecho al alcance de todos que en la actualidad, no estando todavía en ejecución los ferrocarriles y demás obras fiscales proyectadas, se han transformado por completo las condiciones de trabajo. La carestía de los jornales y salarios alcanza proporciones inquietantes, y más que todo, la escasez de brazos disponibles para dar a los trabajos el impulso que conviene a su próspero desarrollo y terminación«.

Simultáneamente con el proletariado, creció la clase media. Todas las actividades en las cuales trabajaban proletarios, eran también actividades en las que participaban elementos de clase media vendiendo su trabajo de carácter predominantemente intelectual. Por otro lado, el desarrollo de la administración pública como efecto de una cantidad de nuevas funciones asumidas por el Estado (registro civil, Ministerio de Industrias y Obras Públicas, creación de nuevas intendencias y gobernaciones, Inspección General de Salitreras, etc.) y el rápido incremento experimentado por la educación pública, contribuyeron de un modo muy eficaz al crecimiento de la clase media. A este proceso correspondió la importancia creciente adquirida en el conglomerado social; su influencia se hacía más notoria en todas las esferas de la vida nacional, inclusive la política; son perfectamente legítimas las afirmaciones de quienes ven en los gobiernos posteriores a la Guerra del Pacífico, especialmente en el de Balmaceda, una acción muy destacada de los elementos pequeño-burgueses y de clase media. El profesor Julio Heise sostiene que Balmaceda procuró justamente apoyarse en estas capas sociales incorporando en masa a sus elementos en el Parlamento, en la judicatura y, en general, en toda la administración pública.

La burguesía, por su parte, se hacía cada vez más fuerte e influyente; eso sí que en su seno había dos sectores con intereses diferentes y aun opuestos. De un lado, la burguesía bancaria y comercial, especuladora y agiotista. De otro, un esbozo de burguesía industrial que se esforzaba por empujar al país por el sendero de la industrialización, aunque fuertes obstáculos se oponían a sus esfuerzos. Después de la Guerra del Pacífico, este sector logra una oportunidad para la realización de sus aspiraciones y se moviliza activamente con tal fin. Frente al librecambio que preconizara Courcelle-Seneuil y que impusieran los ingleses, los banqueros, los comerciantes y los terratenientes, levanta enérgicamente, desde diversas barricadas, la consigna del proteccionismo y del fomento a la industria nacional. Tanto terreno logró ganar este sector en la década de 1880, de tanto prestigio gozaba la idea de la industrialización, que »...entre los particulares ilustrados que componen los hombres de Gobierno, diputados, senadores, consejeros de Estado, ministros y Presidente de la República, circula una misma idea, aceptada ya sin discusión, sobre la necesidad de proteger la industria nacional y de abrir por este medio, las grandes fuentes de riqueza que posee el país con sus fértiles valles, caudalosos

ríos y variados productos minerales. La protección a la industria, establecida en los límites prudentes y racionales en que debe mantenerse para no dañarse a sí misma, ha sucedido como idea de Gobierno a la teoría librecambista que dominara sin contrapeso en pasadas administraciones«. (Sociedad de Fomento Fabril: Boletín N° 3 febrero de 1884).

Correlativamente con los cambios señalados, se producen otros de carácter político. Los estadistas del período 1880-1891 fueron consecuentes con los principios ideológicos de la burguesía. Fue así como durante el Gobierno de Santa María se dictaron las leyes de matrimonio civil, de registro civil y de cementerios laicos, destinadas a disminuir la influencia que el clero, eficaz aliado, instrumento y soporte del semifeudalismo y del retraso económico, tenía en el país. Más tarde en 1888, se hizo la reforma constitucional mediante la que el sufragio universal quedó establecido en Chile. Este genuino avance liberal realizado entre 1880 y 1891 fue, naturalmente, objeto de rudas críticas por parte de los elementos conservadores y clericales. Carlos Walker Martínez, el más influyente dirigente del conservantismo durante el último cuarto del siglo XIX, lanzó enconados ataques al liberalismo, al que calificó, más de una vez, como doctrina altamente dañosa a los intereses sociales, desborde de malas pasiones y demagogia desenfrenada, encarnación del odio a la Iglesia, que hacía más mal a la libertad invocándola que todos los tiranos persiguiéndola.

Podría decirse con toda propiedad que después de 1880 la revolución democrático-burguesa adquirió en Chile nuevas posibilidades de desarrollo y recomenzó con mayor intensidad gracias al empuje del sector avanzado, progresista, de la burguesía que actuaba en alianza con el grueso de la clase media. En efecto, simultáneamente con una política económica nacionalista y proteccionista, se adoptó una política general democrática, orientada a la conquista completa del poder político por la burguesía, con el respaldo de la clase media y aun de elementos trabajadores; respecto de esto último, no deja de ser sugestiva la actitud que el Presidente Balmaceda asumió frente a la huelga de Iquique el año 1890, a la que nos referiremos más adelante.

Las fuerzas progresistas que de un modo acelerado empujaban el desarrollo económico-social, político y cultural del país, no encontraron camino despejado para su acción. Antes por el contrario: la orientación profundamente renovadora —revolucionaria casi— de su actividad, dio origen a una violenta oposición en la que se coaligaron los elementos que usufructuaban con el retraso económico de Chile. Compusieron esta oposición de la aristocracia terrateniente, los banqueros y grandes comerciantes y el imperialismo inglés; ellos estaban amenazados directamente y en todo sentido por las transformaciones que se estaban realizando y por la orientación con que se ejecutaban. Para los terratenientes,

el desarrollo del capitalismo significaba la destrucción del retrasado régimen agrario que les servía de fundamento económico y de base de su poder político y social; para banqueros y comerciantes, si bien el advenimiento del capitalismo industrial no dañaba sus intereses esenciales, deterioraba —en cambio— una conformación económico-social en la que obtenían apreciables y fáciles beneficios y dentro del cual gozaban de incontrarrestable influencia; para el imperialismo inglés —por último— era obvio que el desarrollo independiente del capitalismo chileno significaba la pérdida de su predominio sobre la unidad económica nacional que le reportaba ingentes provechos como centro de lucrativas inversiones y que era campo susceptible de una más amplia e intensa explotación.

La conjunción de estos intereses que, por lo demás, databa desde mediados del siglo y que se había consolidado en treinta años de mutua y estrecha cooperación, puso en juego los más insospechados resortes para paralizar la acción progresista iniciada después de 1879 y que alcanzó su mayor intensidad durante el Gobierno de Balmaceda. Se generó de esta manera un conflicto que condujo al país hasta la guerra civil. Estalló en enero de 1891, aunque estaba preparada desde antes sin que hubiera sido posible evitarla; se prolongó sangrienta y destructoramente hasta el mes de agosto, y fue rubricada, al suicidarse Balmaceda, con un gesto de romántica impotencia.

En su esencia, la conflagración del 91 no fue otra cosa que el agudo conflicto entre elementos sociales dirigentes, pero con intereses contrapuestos, que decidieron su supremacía mediante el empleo de las armas. Las fuerzas contendoras representaban, además, posibilidades diversas para el país. Unas, las que tenían como su abanderado a Balmaceda, abrían las compuertas al progreso de Chile y a su industrialización; las otras —en cambio—, las que constituían y animaban la oposición, representaban el mantenimiento del retraso económico y social, y también las más amplias posibilidades para que el imperialismo consumara la tarea de transformar a Chile en una completa dependencia de la City de Londres. Así se explica que banqueros, terratenientes, comerciantes y agentes asalariados del imperialismo inglés, hábil y descaradamente impulsados por éste, hubieran sido los promotores de la guerra civil de 1891 y los grandes beneficiarios de ella.

La guerra civil de 1891 fue, desde todo punto de vista, profundamente perjudicial para Chile. Significó la pérdida de más o menos diez mil vidas, produjo daños materiales cuantiosos y una efectiva perturbación en la economía nacional. Males de distinta naturaleza que aun en el día de hoy padecemos, tienen su causa remota en la guerra del 91. Las armas favorecieron a los promotores de la contienda, con lo cual pudieron tomar el control del Gobierno y hacer prevalecer desde allí, sin contrapeso alguno, sus intereses retrógrados y antinacionales.

La oligarquía terrateniente, conservadora e identificada con la Igle-

sia y el clero, que había estado a la defensiva en todos los planos, que miraba con pavor el desquiciamiento de sus baluartes ideológicos ante el avance de concepciones liberales y laicas, que veía disminuída su influencia política y que observaba también en el cambio económico un proceso contrario a la perpetuación del latifundio, tuvo la oportunidad de recuperarse. Es así como después de 1891 se dictan algunas leyes que restauran las bases del poder político conservador, se crean nuevas vías para mantener y ensanchar el radio de acción del clero, se procura poner toda clase de obstáculos a fuerzas políticas e ideológicas progresistas, etc. Pero, por sobre todo, se consigue paralizar la política económica puesta en práctica hasta 1891, con lo que se quiebra el corto proceso de acelerada expansión experimentado por el capitalismo industrial chileno.

Los banqueros y comerciantes, que en conjunto formaban el sector más poderoso e influyente de la burguesía, consolidan totalmente sus posiciones; dominan en los partidos, su influencia es grande en el Congreso; los gerentes de bancos y casas de comercio y sus principales accionistas ocupan los más altos cargos gubernativos, incluso los de ministros de Estado. Logran, además, que sus intereses readquieran la situación de privilegio de que habían gozado sin restricción alguna antes del gobierno de Balmaceda, lo que permitió a Francisco Valdés Vergara afirmar que entre los resultados de la guerra civil, estuvo «...el predominio en la dirección financiera de la República de un grupo reducido de personas que representaban grandes fortunas, cuyos intereses confunden con los intereses generales del país». Haciendo alarde de esta posición conquistada por los plutócratas, y a la vez expresándose despectivamente del pueblo, Eduardo Matte, miembro de una familia de banqueros, decía en 1892:

»Los dueños de Chile somos nosotros, los dueños del capital y del suelo; lo demás es masa influenciabile y vendible; ella no pesa ni como opinión ni como prestigio«.

El imperialismo británico anuló el nacionalismo económico que tan consecuentemente y con tanto vigor se había manifestado en la década 1880-1890 y pudo realizar una más intensa penetración en las salitre-ras y en todos los planos de la economía nacional. Facilitaban la penetración imperialista burgueses y aristócratas, junto con elementos corrompidos, venales y antipatriotas que ponían su talento profesional, su influencia política y su prestigio al servicio de intereses foráneos esencialmente antagónicos con los intereses y las conveniencias de Chile.

La guerra civil de 1891 —impropiamente llamada la »Revolución del 91«— fue, pues, provocada por una coalición de fuerzas nacionales regresivas en íntima alianza con el imperialismo. Sus resultados fueron negativos en cuanto a que impidieron que algunos elementos burgueses continuaran impulsando en forma acelerada el desarrollo independiente del capitalismo nacional y labraran así, tanto el progreso económico y social de Chile, como su independencia económica.

A continuación de 1891 se pretendió volver a Chile a los cauces por los cuales se desenvolvía con anterioridad a 1879. Sin embargo, a pesar de ello, sus fuerzas productivas continuaron creciendo; la acción de elementos progresistas, la expansión del mercado interno y la acumulación de capitales, hicieron posible el apareamiento de nuevas industrias y el crecimiento de otras que existían; además, se continuó habilitando económicamente al país con la construcción de ferrocarriles, caminos, obras portuarias, etc. Por supuesto que este desarrollo tropezó con la acción perturbadora y desenfrenada de especuladores y agiotistas vinculados a los bancos y al comercio, con la hostilidad o la indiferencia de los terratenientes y con las condiciones adversas creadas por el imperialismo.

Desde el punto de vista social, después del 91 se observa un continuado crecimiento de la clase obrera; se puede calcular que en el año 1900 ella se componía de una cantidad que oscilaba entre los doscientos y los doscientos cincuenta mil trabajadores. Notable crecimiento experimentó también la clase media, que llegó a constituir un grupo apreciable en cantidad y más o menos influyente en la vida política y cultural. Por otro lado, ya en esta época la aristocracia terrateniente e importantes sectores de la burguesía se han aproximado en tal forma, que bien puede sostenerse que sus diferencias son mínimas; individuos de ambas clases conviven como accionistas y directores de numerosas sociedades anónimas y bancos, e incluso entre ellos se han establecido vinculaciones familiares. Por estas razones es que ya los grandes principios ideológicos que separaron a liberales de conservadores en el curso del siglo XIX, comenzaron a perder su validez para los liberales; las manifestaciones de ellos que lograron pasar el año 1900 fueron débiles y sólo sostenidas por grupos muy ortodoxos y francamente minoritarios. Por lo demás, era perfectamente lógico que tal cosa sucediera, sobre todo si se tiene en cuenta que ya está presente en el escenario político-social chileno un actor nuevo: el proletariado, al que temen tanto burgueses como terratenientes. Debe establecerse, eso sí, que algunos políticos de extracción burguesa estimaron que sería más conveniente para los intereses de la clase a que pertenecían, vincularse demagógicamente al pueblo y llegar a ser su caudillo o su portavoz; tal fue, por ejemplo, la posición adoptada por Arturo Alessandri Palma en los tiempos en que fuera simplemente el *León de Tarapacá*.

Los pobres*

La formación de partidos de obreros, bajo el nombre de socialistas o democráticos, es uno de los fenómenos políticos de más grave trascendencia que se operan en el agitado seno de los pueblos cultos.

Hasta hoy, si exceptuamos las épocas revolucionarias, durante las cuales los elementos inferiores han solido aparecer transitoriamente a la superficie, sólo habían actuado en la política la clase media y la clase aristocrática.

Es error imperdonable imaginarse que fue el pueblo el que luchó contra los eupátridas en Grecia, contra los patricios en Roma, contra los barones en la Edad Media, y en la Moderna contra los nobles y los grandes. Los démotas de Atenas, los plebeyos del Tíber, los rotos (gueux y roturiers) de los Países Bajos y de Francia, los villanos y los comuneros de España fueron tan enemigos de la nobleza, que sentían sobre sus cabezas, como del proletariado, que oprimían bajo sus plantas. Por primera vez en la historia de la humanidad, aparece hoy actuando regularmente en el juego de la política una fuerza constituida por los elementos inferiores de la sociedad.

De nación en nación el nuevo partido ha nacido en actitud de hostilidad contra las antiguas clases gobernantes, abrumando a los más insignes servidores públicos con los epítetos de oligarcas, usurpadores de la propiedad, explotadores del pueblo; y en todas partes ha formado programas de reforma que no miran al bien general de la sociedad, sino al interés exclusivo de los obreros.

Alarmados por esta declaración de guerra, los partidos históricos le han recibido de un extremo a otro del mundo culto en el carácter en que él mismo se ha presentado, esto es, como enemigo común e irreconciliable; y no ha sido raro que para combatirle, vencerle y exterminarle, hayan aunado sus fuerzas celebrando pactos de alianza ofensiva y defensiva. Pero todo ha sido en vano. En los últimos treinta años no hay ejemplo de que el partido obrero haya experimentado algún contratiempo que se pueda considerar como un desastre irreparable. Su crecimiento ha sido incesante. Con la suspensión de sus diarios, con la disolución de sus corporaciones, con la prohibición de sus reuniones, con el encarcelamiento de sus caudillos, no se ha conseguido más que enardecer y aumentar los prosélitos de la causa del pueblo. Las persecuciones odiosas de que ha sido víctima han acabado de justificar todas sus querellas contra el egoísmo de

*Publicado en «La Ley» órgano del Partido Radical, 1.º de Enero de 1896, N.º 483.

las clases directivas y sus padecimientos le han granjeado las simpatías de todos los corazones generosos, así como su perseverancia le ha captado la admiración de todas las almas grandes.

En Chile este partido apareció por primera vez como órgano de las clases obreras hacia 1887. Aquí, como en Europa, se hizo presente lanzando a la faz de los oligarcas una alarmante declaración de guerra; y aun cuando los partidos históricos le recibieron o con desdén o con hostilidad, su desarrollo ha sido tan rápido cuanto las causas de descontento popular y la restringida difusión de la instrucción pública lo han consentido.

Es éste un fenómeno político que por su trascendencia social se impone al estudio de los más altos pensadores. Dondequiera que se ha constituido el partido de los pobres, los partidos reaccionarios se han sentido como desangrados, los gobernantes han empezado a fijar la atención en males que habían pasado inadvertidos, la política ha modificado su rumbo tradicional para interesarse en la suerte de los desheredados, y un derecho nuevo ha nacido, un derecho que afirma y enaltece la personalidad del obrero frente a frente del patrón, del capitalista y del empresario.

En Chile mismo la constitución del nuevo partido ha empezado a surtir efectos que, desarrollándose de día en día, están llamados a alterar las fuerzas respectivas de los partidos históricos, a imponer modificaciones substanciales en los programas y a expulsar de la Moneda y del Congreso la política esencialmente negativa del libre cambio. Fruto suyo es que muchos obreros se hayan alejado de las cofradías de la reacción, donde se explota su sentimiento religioso en interés de la misma clase que los mantiene humillados. Fruto suyo es igualmente la resistencia contra la venalidad que se notó en las últimas elecciones (1894) porque en muchos pobres se va sobreponiendo el interés de clase al interés personal. Fruto suyo es asimismo el advenimiento al desempeño de las funciones electorales de numerosos ciudadanos que antes se abstenían porque se sentían impotentes para cambiar el rumbo de la política.

Desgraciadamente, también son frutos suyos, por un lado, la actual decadencia de los partidos liberales (no digo del liberalismo) en casi todas las naciones cultas, y por otro, la renovación de la lucha de clases, fatal para la subsistencia del principio de la igualdad.

Estos fenómenos convidan al estudio. Todo repúblico que viva atento a satisfacer las nuevas necesidades sociales, debe indagar cuáles causas han dado existencia al socialismo y cuál política se debe seguir para quitarle su carácter revolucionario, conservándole su tendencia orgánica. En mi sentir, es ilusión de gobernantes empíricos imaginar que se pueda exterminarlo mediante una política de hostilidad o anularlo mediante la eliminación de sus caudillos.

Un partido es un fenómeno político que se produce a virtud de causas sociales; y en cualquier orden de la naturaleza, si no se remueven las causas, no hay poder humano capaz de impedir la producción de los efectos. Es a la vez una fuerza colectiva que se constituye para satisfacer, me-

diante la acción del gobierno, aspiraciones más o menos generales, y de suyo se infiere que mientras ellas nos sean satisfechas, siempre habrá quienes traten de satisfacerlas. Perseguir a los descontentos para restablecer la paz vale tanto como perseguir a los sedientos para calmar la sed.

No queramos eludir responsabilidades. El aparecimiento de todo nuevo partido envuelve una acusación contra los partidos preexistentes en cuanto significa que ellos han dejado sin atención algunos intereses, sin curación algunos males, sin satisfacción algunas necesidades. Indagar las causas del nacimiento de un nuevo partido es en substancia formar el proceso de los antiguos, y cuando un partido antiguo hace este estudio, en realidad hace un examen de conciencia.

En Chile es el partido radical el que puede reportar más provecho de tan interesante indagación, porque para conservar su puesto en las filas más avanzadas, necesita desarrollar su programa atendiendo a las nuevas necesidades y no está tan lejos del pueblo que no comprenda las causas de su malestar ni tan lejos de las clases conservadoras que no comprenda las causas de sus alarmas.

Aquellos de mis lectores que conocen la historia recuerdan de cierto una época en que el trabajo manual estaba encomendado a los esclavos. Esclavos eran los obreros que trabajaban en los talleres domésticos; y esclavos, los peones que labraban las tierras.

Recordarán también que los esclavos en calidad de tales no tenían derechos civiles ni políticos, ni podían comparecer en juicios, ni testar, ni adquirir; y el amo estaba facultado para enajenarlos, prestarlos y destruirlos, etc. En una palabra, ante el derecho no eran personas; eran cosas, mercancías esencialmente venales, instrumentos semovientes de trabajo y de labranza.

Por último, nadie ignora al presente que el imperio Romano fue el triunfo obtenido después de cinco siglos de lucha incesante por la plebe dictatorial, pero progresista, contra el patriarcado republicano, pero reaccionario. Desde los Gracos, y sobre todo, desde Julio César adelante, hasta la formación de las aristocracias bárbaras, la plebe fue la verdadera clase directiva del Imperio, la que lo administró, gobernó, le dio leyes y presidió al desenvolvimiento de su cultura.

En fuerza de estos antecedentes, el derecho romano, tal cual ha llegado a nosotros, lleva impreso en todas sus páginas el sello de su origen plebeyo. Para provecho de la plebe se trastornaron las bases antiguas de la propiedad; en homenaje a ella se disolvieron las tribus, las gentes y las clases; por exigencias suyas se formaron el derecho hereditario, el derecho penal, el derecho procesal, el ceremonial del matrimonio y las formalidades de los contratos; y en cuanto a las instituciones de derecho público, todas se organizaron en interés suyo a costa del patriciado y con absoluta exclusión de los esclavos.

A consecuencia de la tendencia exclusivamente plebeya de la legislación romana, en dicho sistema no pudo desarrollarse aquella parte del

derecho que mira al bien de los desheredados. La plebe era tan egoísta y tan inexorable como el patriciado, y ni se preocupaba ni se condolía de la suerte de los esclavos, que constituían la clase obrera y servil de aquellos siglos. En los códigos romanos apenas figura en forma naciente y embrionaria el importantísimo contrato de la locación de servicios; no se garantizan los derechos de los obreros, no se imponen obligaciones en favor suyo a los patronos; de los esclavos casi no se habla si no es para establecer los derechos del amo y para decirlo todo con una palabra, no se conoce ni de nombre la legislación industrial, que hoy forma códigos voluminosos.

Para los pueblos cultos de nuestros días, este carácter unilateral del derecho romano ha sido sobremanera pernicioso, porque fundada nuestra educación jurídica en el estudio de las Pandectas y de las Institutas, su tendencia se ha impuesto a nuestro espíritu en término que no concebimos el derecho sino al estilo romano. Todos los Códigos contemporáneos, que son simples calcos, se hacen notar por las mismas omisiones; en todos aparecen reproducidos los mismos errores, a todos se pueden dirigir las mismas críticas. Es lo que han demostrado Menger, Cimbali, D'Auganne y otros autores que están empeñados en renovar el concepto del derecho.

Ejemplos reprobatorios se podrían citar hasta la saciedad.

Todos los códigos contemporáneos han reproducido, verbigracia, la célebre presunción del conocimiento del derecho: la ley se supone conocida por todos, y ninguno puede alegar su ignorancia para excusar su inobservancia. Por de contado, no voy a sostener que esta disposición debe abrogarse; pero sí sostengo que si la redacción de los códigos no se hubiese confiado exclusivamente a jurisconsultos burgueses representantes de las clases doctas, acaso al establecer semejante presunción se habría adoptado algún temperamento para prevenir efectos que el legislador no ha tenido en vista. En Estados donde la simple recopilación de las leyes ocupa grandes estantes, no hay persona fuera del orden forense que las conozca siquiera sea superficialmente y en estas condiciones, la presunción aludida es para el pobre, que no puede pagar consultas de abogado, la más inicua de las presunciones, un lazo tendido a su ignorancia por la inadvertencia del legislador.

En los más de los códigos vigentes se reproduce también la prohibición de indagar la paternidad ilegítima ¿Con qué propósito? Con el propósito de precautelar la tranquilidad de las familias constituidas legalmente. ¿En beneficio de quién? En beneficio de las clases superiores de donde salen los seductores que niegan sus hijos. ¿Y en mal de quién? En mal de las clases inferiores que suministran víctimas y pasto a la depravación aristocrática. A nadie se le ocurrirá pensar que el legislador hubiese prohibido la indagación de la paternidad si al dictar la ley hubiese contemplado la suerte de los desheredados con interés parecido al que tuvo en favor de los afortunados.

La parcialidad del legislador contemporáneo aparece de manifiesto en aquellos casos en que rompiendo con las tradiciones romanistas, ha establecido un derecho nuevo. Es evidente, por ejemplo, que la libertad de contratar tiene en nuestros códigos un alcance mucho mayor que en los tiempos de Justiniano. La disolución de las corporaciones industriales, la abolición de la servidumbre y la abrogación del sistema de privilegios mercantiles, han hecho jurídicamente a cada uno árbitro de su persona, de su trabajo y de sus obras. Pero esta nueva situación, que ha atizado la lucha por la vida, ha hecho a los desvalidos víctimas de los fuertes y de los poderosos. El régimen de libertad, que es un régimen esencialmente negativo, que no es régimen de garantía, es el mejor de los estados jurídicos para los que contratan y obran en condiciones de relativa igualdad. Mas, cuando no existe esta igualdad, la libertad es una irrisión para los débiles, porque »no hay desigualdad mayor que la de aplicar un mismo derecho a los que de hecho son desiguales«.

Es lo que pasa en el contrato de mutuo, en el de locación de servicios, generalmente en todos aquellos que por su naturaleza se celebran entre los ricos y los pobres. Jurídicamente el prestador y el prestamista, el patrón y el obrero, contratan en condiciones iguales; cada uno puede decidir soberanamente lo que juzgue conveniente; el Estado ofrece a unos y a otros la seguridad de que ninguno será arrastrado por la fuerza a contrariar su propia voluntad, y los economistas nos garantizan que las leyes naturales del orden económico impiden los abusos reduciendo los precios de las casas y de los servicios a términos equitativos.

Entre tanto ¿qué pasa en la realidad? Lo que pasa es que cuando el mutuo se conviene entre un banco y un capitalista, o cuando la locación de servicios se conviene entre un capitalista y un grande abogado o un eximio pintor, los contratantes se sienten realmente libres para discutir, imponer, aceptar o rechazar condiciones. Pero cuando un pobre pide dinero en préstamo a un monte de piedad, o pide trabajo al empresario de una construcción, no hay igualdad entre los contratantes y la libertad de derecho no se traduce en libertad de hecho porque el uno obra apremiado por un hambre que no admite espera, y el otro se siente árbitro de una situación que no se desmejora sensiblemente por la tardanza. Para mí no hay duda alguna: si los pobres fuesen consultados en una reforma del derecho civil, sin vacilar, renunciarían a una porción de esta libertad en cambio de alguna protección de parte del Estado contra la avidez de los urureros y contra el despotismo de los empresarios.

En las otras ramas del derecho privado se nota la misma tendencia unilateral. En todas ellas se han declarado derechos, garantizado libertades, creando instituciones que a la sombra de la igualdad jurídica, fomentan la desigualdad social, porque mejoran la condición de los ricos y empeoran la de los pobres. Examínese para muestra lo que se ha hecho en el derecho procesal y en el derecho penal de todos los pueblos cultos.

Nadie pone en duda que las grandes reformas hechas en las leyes que

reglan el procedimiento judicial, están dirigidas a garantizar la administración imparcial de la justicia. Merced a ellas, son más leales las contiendas jurídicas, se hacen más raras las iniquidades y los errores de los jueces y el derecho se siente más fuerte. Pero estas reformas que han hecho más necesaria la intervención de los abogados, de los procuradores, de los receptores, de los síndicos, de los peritos, de los fiscales, etc., se han realizado exclusivamente en bien de aquellos que pueden pagar todos estos servicios desde antes de ganar los pleitos.

En cuanto a los pobres, son víctimas en todo caso porque, o abandonan sus derechos, dejando triunfante a la usurpación, o consumen en gastos judiciales mucho más de lo que reclaman. En Chile no hay causa de descontento que irrite y exaspere más a las clases inferiores contra el gobierno de las superiores. Aun cuando sea intrínsecamente mucho más imperfecta, mucho más ocasionada en errores y abusos, los pobres prefieren cien veces la justicia primitiva de San Luis, administrada a la sombra de una encina, sin aparato judicial, sin alegatos escritos y sin intervención de terceros.

Igualmente indudable es que las reformas penales han limpiado en parte esta rama del derecho de los restos de barbarie y la han acomodado mejor al estado actual de la cultura. Pero tampoco es dudoso que el sistema de fianzas de cárcel segura, que el pobre no puede rendir, y el de multas, que el pobre no puede pagar, sólo han mejorado la condición del delincuente rico. Y es asimismo evidente que el legislador no procede con ecuanimidad cuando impone una misma pena al criminal pobre, ignorante, que se ha criado en la contemplación de ejemplos perversos, y al criminal rico, malvado que delinque con toda malicia, a sabiendas de los males que ocasiona y rompiendo las tradiciones de honor en que ha sido educado.

Hojeando los códigos contemporáneos, sería fácil desarrollar mucho más estas observaciones y demostrar con otros ejemplos igualmente decisivos, que en todo el derecho privado se adivina a la vez que un propósito laudable en el legislador, precautelar los intereses de la clase directiva, y un desconocimiento y un olvido absolutos de las reales necesidades de los pobres. El derecho doméstico, el derecho hereditario, el derecho adjetivo, y el derecho substantivo, se han instituido sobre la base de la igualdad, sin reconocer diferencias de condición entre los pobres y los ricos. Para nuestros empíricos legisladores no hay causas sociales que justifiquen las diferencias jurídicas.

Lo mismo organizan la familia de nuestras clases sedentarias que la de nuestros peones nómadas, y un mismo derecho hereditario rige para los ricos, agrupados en la comunidad del hogar, y para los obreros ambulantes, que no reconocen lazos de familia y llevan dispersos una vida de afectos puramente ocasionales.

En una palabra, el legislador burgués de nuestros tiempos ha procedido esencialmente como el legislador plebeyo de Roma; ha precautelado muy bien los intereses de su clase; aun se ha empeñado en impulsar el de-

se involucre de la cultura general; pero no ha estudiado las necesidades de las clases desvalidas, no ha instituido garantías que amparen a los pobres contra los ricos, mira impasible que se aplique al orden social la ley materialista de la selección de las especies, propia del orden biológico, y deja subsistente el derecho plebeyo, el derecho oligárquico o de clase en perjuicio del derecho social, que es el derecho humano por excelencia.

Pasemos ahora al derecho público.

Se ha definido al Estado diciéndose que es el órgano del derecho.

En mi sentir, esta definición es incompleta por cuanto el Estado está llamado no sólo a garantizar las relaciones jurídicas, sino también a fomentar activamente el desarrollo de la cultura. Su misión no se reduce al orden: abarca también el progreso; y además de las funciones jurídicas, ejerce funciones políticas.

Con todo, la definición aludida pone de manifiesto la existencia de relaciones estrechas entre la política y el derecho, y explica por qué la educación jurídica afecta más o menos gravemente a la educación política. Hombres que se forman bajo el influjo de la tendencia plebeya del derecho romano, difícilmente desarrollan en el Gobierno una tendencia de índole más social y más generosa.

Examinaremos sólo la obra de la administración, del Gobierno y de la política contemporánea.

En todos los pueblos cultos, los grandes administradores públicos están empeñados en garantizar la idoneidad y la responsabilidad de los funcionarios del Estado; y al efecto, exigen a los aspirantes, por un lado, la adquisición de una suma mínima de conocimientos y por otro lado, la rendición de cauciones pecuniarias más o menos cuantiosas. De cierto estas condiciones de admisibilidad propenden a mejorar los servicios del Estado. Pero a la vez, dificultan a los pobres el acceso a los cargos públicos y convierten la administración en un monopolio de aquellos que poseen la instrucción y la responsabilidad requeridas, esto es, de los burgueses. La exclusión no pierde su carácter odioso porque se prueba su conveniencia.

Como consecuencia de este régimen, régimen que vincula las funciones públicas a la clase más culta, los familiares de los pobres no tienen opción a este medio de subsistencia, y los sueldos, tanto como las pensiones de jubilación, de retiro, de montepío y de gracia, ceden en provecho exclusivo de las familias acomodadas. La parcialidad burguesa con que se reparten los beneficios del Estado, se manifiesta con caracteres de la más irritante iniquidad en la organización militar de la República; por una parte, se da allí pensión de montepío a las familias de los oficiales y se niega a las de los soldados, y por otra, se impone el servicio de la guardia nacional a los pobres y se le deja como voluntario para los ricos.

La misma tendencia se nota en muchos actos de la administración. ¿Se trata, por ejemplo, de extender la zona agrícola del territorio? Pues bien, inspirado por la burguesía dominante, el Estado prefiere entregar sus tierras al dinero, que es el signo del trabajo, antes que al trabajo mismo, y

en lugar de cederlas gratuitamente a todo el que quiera labrarlas por sí mismo, las enajena en pública subasta al mejor postor. En buen castellano esto se llama entregar la propiedad rural a los que ya poseen la riqueza pecuniaria y quitar a los desheredados una esperanza de mejorar su condición y enajenar por un plato de lentejas un medio inapreciable de contener la expatriación de nacionales.

En el derecho político se nota más o menos la misma tendencia. No se concede derecho de sufragio sino a los que ganan cierta renta.

El poder electoral es constituido por mayores contribuyentes, y ningún ciudadano puede ser diputado o senador si no posee medios propios de subsistencia. En 1889, para acentuar más el carácter oligárquico del Estado Chileno, para dificultar hasta donde era posible el advenimiento de los pobres al Congreso, el legislador estableció desfachatadamente en la Constitución la gratuidad de las funciones legislativas.

Para lo sucesivo quedó inamoviblemente establecido que sólo los ricos pueden ser legisladores, o a menos que los pobres se avengan a vivir de limosna o a morir de hambre.

Después de organizar el Gobierno con elementos oligárquicos, la burguesía habría conseguido fácilmente hacerse perdonar el monopolio siguiendo una política menos exclusivista y más generosa. Nadie le exigía que sacrificara sus propios intereses al mejoramiento de la condición de los desvalidos.

Tampoco nadie le disputaba el Gobierno. Para perpetuarse en el poder sobre una base inconvencible de popularidad, le bastaba consagrar una hora de las 24, un día de los 365, para ver modo de aliviar la suerte de los pobres. Pero no lo ha hecho así.

Si exceptuamos la abolición de la servidumbre, el establecimiento de beneficencia pública, el de la instrucción popular y el del sufragio universal, cuatro buenas cosas instituidas en bien de los desheredados, la extraordinaria actividad política del presente siglo se ha consagrado de una manera casi exclusiva a garantizar los derechos, las libertades y los intereses de la burguesía.

En efecto, ¿cuál es la obra política de nuestros días? ¿cuáles son las conquistas que el espíritu liberal ha afianzado por medio de las instituciones? Son el establecimiento del régimen constitucional, del régimen republicano, del régimen federal, del régimen electivo; son la abolición de los mayorazgos, de los títulos nobiliarios y de las corporaciones industriales; son las instituciones del matrimonio civil, del régimen civil y del cementerio laico; son la separación de los poderes públicos y la de la Iglesia del Estado; son las libertades de conciencia, de imprenta, de comercio, de enseñanza, etc., reformas todas que no aprovechan directamente más que a las clases gobernantes y que de ordinario se realizan o con la indiferencia o con la hostilidad de las clases proletarias. Si todos son católicos ¿para qué les sirve la libertad de cultos? Si ninguno sabe escribir ¿qué ganan con la libertad de imprenta? Si carecen de recursos para hacerse propieta-

rios ¿qué perjuicio les trae la subsistencia de las propiedades inalienables? Y si bajo del nuevo régimen han de vivir tan esquilados como bajo el antiguo ¿qué les importan los cambios de Gobierno y las reformas constitucionales?

Por de contado no digo yo que lo hecho por la burguesía sea malo. Lo que digo es que de entre las necesidades sociales que han reclamado la atención de los gobiernos, casi no se han satisfecho más que aquellas que interesaban al estado superior de cultura política y se han dejado en el mayor abandono aquellas cuya satisfacción interesaba más vivamente a los pobres.

Tal es la obra de las clases gobernantes.

La burguesía de nuestros días ha seguido la misma tendencia de la plebe romana.

Por no haberse preocupado más que de sus propias necesidades, los burgueses han constituido un Estado burgués, así como los plebeyos, por razón análoga, organizaron un Estado plebeyo.

Para justificar el hecho, la burguesía se ha puesto a fabricar artificialmente el derecho.

Desde el día en que acometió la grande empresa de la reorganización del Estado antiguo, inventó doctrinas que enseña en sus cátedras y que difunde por medio de sus diarios, dirigidas a justificar una política negativa y egoísta que da a los burgueses todo lo que les conviene y niega a los proletarios todo lo que necesitan. Aludo a las doctrinas del libre cambio y el individualismo.

En efecto ¿qué es lo que necesitan los grandes para explotar a los pequeños, los fuertes a los débiles, los empresarios a los obreros, los hacendados a los inquilinos, los ricos a los pobres? Sólo una cosa: libertad, y nada más que libertad, o sea la garantía de que el Estado no intervendrá en la lucha por la existencia para alterar el resultado final en favor de los desvalidos. Eso es lo que el libre cambio da a los burgueses.

¿Y qué es lo que necesitan los desvalidos para no sucumbir en esta contienda despiadada: donde el egoísmo prevalece contra la caridad, la inteligencia contra el corazón, la fuerza contra el derecho? Sólo protección, o sea la garantía de que el Estado igualará las condiciones de los combatientes dando armas a los débiles para luchar con los fuertes. Esto es lo que el individualismo niega a los desvalidos.

Los efectos no se han hecho esperar: tanto en Europa como en América, conforme se ha venido difundiendo la instrucción, las clases inferiores se han sentido agitadas por necesidades y anhelos desconocidos; los pobres que han visto a los gobernantes dejar en el abandono la causa de los desheredados han empezado a constituirse en partido autonómico; y los partidos liberales han venido perdiendo de día en día al pueblo.

Habitado a gozar de la popularidad a pulmones llenos, el liberalismo se ha sentido a la vez descepcionado y desorientado. Ingenuamente se había imaginado que para captarse a firme la voluntad del pueblo,

le bastaba darle libertades, derecho de sufragio e instrucción; y para él ha sido motivo de dolorosa sorpresa la repentina esquizivez de los obreros.

Mas, ¿a cuáles necesidades del pueblo subviene el liberalismo clásico? ¿Acaso la doctrina liberal mejora su habitación, cambia sus hábitos higiénicos, salva a sus hijos de la viruela, de la difteria, de la anemia, del cólera? ¿Acaso asegura su subsistencia durante las enfermedades, o para los casos de invalidez? ¿Acaso enseña algún oficio al pobre que roba para vivir, porque no sabe trabajar? ¿Acaso le da algún derecho contra el empresario que le niega el trabajo para hacerle ceder a solicitudes vergonzosas? ¿Acaso le da justicia gratuita, compasiva y capaz de comprender las causas de sus caídas? ¿Les presta amparo contra algún peligro? ¿Auxilio contra alguna amenaza? No; absolutamente no. Todo lo que el liberalismo de nuestros días ha hecho por los pobres se reduce substancialmente a la instrucción y al sufragio; esto es, a ilustrarle para que conozca mejor sus miserias y a armarle para que pueda exigir por sí mismo el remedio de sus males. Sorprenderse del aparecimiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades.

Es ya tiempo de reaccionar contra esta política egoísta que obliga a los pobres a organizarse en las filas hostiles frente al resto de la sociedad. Sólo el abandono en que hemos dejado los intereses populares puede explicar la singular anomalía de que en el seno de nuestras sociedades igualitarias se estén renovando las luchas de clases, fatales para el funcionamiento regular de la verdadera democracia. Es nuestro egoísmo, es nuestra indolencia, es nuestra política de mera expectación lo que irrita y exaspera a los que padecen hambre y sed, enfermedades e injusticias.

Por su posición media entre las clases más egoístas y las más desvalidas, a mi juicio es el partido radical el llamado a salvar la sociedad chilena de las tremendas convulsiones que agitan a la sociedad europea. Proveer a las necesidades de los desvalidos es remover la causa del descontento, es acabar con el socialismo revolucionario, es hacer política científicamente conservadora.

No nos curemos de la grito de los librecambistas. La política no es el arte de establecer el libre cambio: es el arte de satisfacer necesidades sociales. Como doctrina económica el libre cambio es una antigualla cuya moda ha pasado hace años, y como doctrina política es un absurdo, es la negación del gobierno.

No nos creamos tampoco de las protestas de los individualistas. El individualismo es la doctrina que dice a los gobernantes: »curaos de las clases directivas y no os preocupéis de los desvalidos; curaos del orden y no os preocupéis del progreso«. En buenos términos, esto significa que el individualismo es la doctrina natural de los partidos conservadores, como lo prueba el hecho de que ellos se la hayan apropiado en todos los pueblos católicos. Ningún partido de progreso puede inspirarse en ella sin inhabilitarse para cumplir su misión.

A diecinueve siglos un hombre cuya perfección moral no ha sido jamás superada y cuya impertérrita valentía ejemplarizará eternamente a los grandes luchadores de la humanidad, un hombre a quien se empequeñece cuando se le diviniza, hizo suya la causa de los menesterosos, cerró con resolución a los ricos las puertas de los cielos, abrumó a los egoístas con ignominiosas invectivas, impuso a todos la caridad, y trató de imponer a los propietarios la comunidad de bienes. Sus enseñanzas interpretaron tan bien las aspiraciones de los pueblos, que su nombre no ha cesado de ser bendecido y glorificado hasta hoy mismo por los pobres y los desvalidos de la cristiandad entera.

En nuestros días, cambiadas las condiciones sociales, deben cambiar también los remedios. Ahora es vana ilusión halagarse con la esperanza de convertir la propiedad en comunidad, la caridad apenas sirve ya más que como paliativo y un partido pierde su derecho a gobernar si declara la guerra a cualquiera clase social. Pero en los modestos límites de nuestra patria, el partido radical puede continuar la obra generosa del augusto fundador del cristianismo, puede enseñar con Augusto Comte, que ser rico es desempeñar una verdadera función social, la de creador y administrador de la riqueza en beneficio común; y puede repetir diariamente a los egoístas la apóstrofe inmortal del tribuno romano: »Ceded una parte de vuestras riquezas si no queréis que un día os sean quitadas todas« Concluyo.

La causa de los pobres fue siempre la causa de los corazones generosos.

La causa de los pobres debe ser la causa del radicalismo.

Discurso sobre la crisis moral de la República*

Voy a hablaros sobre algunos aspectos de la crisis moral que atravesamos; pues yo creo que ella existe y en mayor grado y con caracteres más perniciosos para el progreso de Chile que la dura y prolongada crisis económica que todos palpan.

Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad.

No sería posible desconocer que tenemos más naves de guerra, más soldados, más jueces, más guardianes, más oficinas, más empleados y más rentas públicas que en otros tiempos; pero ¿tendremos también mayor seguridad; tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida y del honor, ideas más exactas y costumbres más regulares, ideales más perfectos y aspiraciones más nobles, mejores servicios, más población y más riqueza y mayor bienestar? En una palabra, ¿progresamos?

Hace cinco años se levantó el censo decenal de la República. El recuento de la población no fue satisfactorio, pues aparecía un aumento por demás pobre y en escala muy inferior a la de anteriores censos.

Se dijo que la operación era incompleta y defectuosa y hasta ahora no ha sido oficialmente aprobada. Con esto pudimos desentendernos de un hecho tan grave y revelador del estado del progreso del país; pero, en verdad, deficiencias y vicios considerables en el censo no se ven y sus cifras continúan manifestando que la población no aumenta por lo menos en el grado que corresponde a un pueblo que prospera.

Mas, si el número de los habitantes de Chile no crece, o crece con desalentadora lentitud, en cambio el número de contravenciones a la ley penal aumenta con inusitadas proporciones. Comienza a oirse que en Santiago, por ejemplo, se necesitan ocho jueces del crimen, el doble de los que existen, para atender medianamente las necesidades del servicio.

*Pronunciado en el Ateneo de Santiago el 1° de agosto de 1900. Publicado en la Imprenta Moderna, Stgo., 1900.

En el verano último se me hizo notar un curioso fenómeno que acaecía en uno de los departamentos de la provincia de Maule, y que probablemente se verá también en otras regiones del territorio. Los pequeños propietarios rurales enajenaban sus tierras a precios ínfimos para aislarse en los centros de población y lo hacían porque les faltaba seguridad para sus bienes y su vida. El bandolerismo ahuyenta de los campos a los labradores, el agente principal de la producción agrícola, en un país que desde hace veinte años no sabe dónde está el fondo de sus cajas.

Hace poco daba alguien cuenta de otro hecho curioso que se presenta en Chile. El número de escuelas ha aumentado; pero a medida que las escuelas aumentan la población escolar disminuye.

No sé si la enseñanza primaria sea menor ahora de lo que fue en años atrás; ello es probable porque los maestros formados en nuestras escuelas pedagógicas adquieren conocimientos generales y profesionales más extensos, más completos y más científicos que los recibidos en otros tiempos. Por desgracia, ni la superioridad técnica de los maestros, ni la mejoría de los métodos modifican la significación del dato relativo a la matrícula escolar hasta el punto de que fuera posible sostener que adelantamos, que la ilustración cunde, que la ignorancia se va.

Pienso que no hay negocio público en Chile más trascendental que éste de la educación de las masas populares. Es redimirla de los vicios que las degradan y debilitan y de la pobreza que las esclaviza y es la incorporación en los elementos de desarrollo del país de una fuerza de valor incalculable.

No me es difícil creer que la instrucción secundaria y superior se han generalizado considerablemente en los últimos tiempos; el número de personas ilustradas es más crecido ahora de lo que fue antes; se puede encontrar un bachiller hasta en las silenciosas espesuras de los bosques australes.

Pero, ¿será inexacto el hecho de que, estando más extendida la instrucción y siendo más numerosas las personas ilustradas, las grandes figuras literarias y políticas, científicas y profesionales que honraron a Chile y que con la influencia de su saber y sus prestigios encauzaron las ideas y las tendencias sociales carecen hasta ahora de reemplazantes? Hemos tenido muchos hombres de la pasada generación de nombradía americana y aun europea, y me parece que nadie se ofenderá si digo que no acontece lo mismo en la generación actual.

Entre los elementos de progreso de una sociedad pocos hay superiores a la energía para el trabajo y al espíritu de empresa. Uno y otro se desarrollan con la educación y el ejemplo y con el ejercicio que es la gimnasia que los afirma y fortifica. Esa ha sido la principal fuerza del pueblo inglés y del pueblo americano y, en general, del europeo del occidente.

Ni de espíritu de empresa ni de energía para el trabajo carecemos nosotros, descendientes de rudos, pero esforzados montañeses del norte de España. ¿Adónde no fuimos? Proveíamos con nuestros productos las

costas americanas del Pacífico y las islas de la Oceanía del hemisferio del sur, buscábamos el oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centro América, fundábamos bancos en La Paz y en Sucre, en Mendoza y en San Juan; nuestra bandera corría todos los mares y empresas nuestras y manos nuestras bajaban hasta el fondo de las aguas en persecución de la codiciada perla.

A la iniciativa, al esfuerzo y al capital de nuestros conciudadanos debemos los primeros ferrocarriles y telégrafos, puertos, muelles, establecimientos de crédito, grandes canales de irrigación y toda clase de empresas.

¿Podría con verdad afirmarse que el espíritu y la energía que entonces animarían a nuestro país para el trabajo se hayan, no digo fortificado, sino siquiera mantenido? ¿Significaría algo el que hayamos perdido nuestra acción comercial e industrial en el extranjero y que el extranjero nos reemplace en nuestro propio territorio? En general ¿se gasta hoy actividad para la lucha de la vida y para crear fuentes de riqueza por medio del trabajo libre, o se ve una funesta tendencia al reposo enervante y a la empleomanía?

Preguntas son éstas que todos pueden responder y las respuestas no serán tal vez satisfactorias para los que cuentan entre los elementos de apreciación del progreso de un país, la energía de sus habitantes para el trabajo y el espíritu de empresa.

La producción en realidad no aumenta desde hace años; si no fuera por el salitre, podría decirse que disminuye; la agricultura vejeta, la minería, aún en estos días de grandes precios, permanece estacionaria, la incipiente manufactura galvanizada con el dinero público y con el sacrificio de todos, no prospera; el comercio y el tráfico son siempre los mismos y el capital acumulado es menor.

¿Tenemos algunos rieles más, algunas escuelas, algunos pocos miles de habitantes? Enhorabuena; pero ¿qué importancia tiene esto para juzgar de nuestro adelanto, si esos centenares de rieles debieran ser millares, si esas docenas de escuelas debieran ser centenares y si esos pocos miles de habitantes debieran ser millones? ¿Y qué vale ello delante de las obras públicas en ruinas, de la agricultura decadente, de las minas inutilizadas, del comercio anémico, de los capitales perdidos, del ánimo enfermo?

En el desarrollo humano el adelanto de cada pueblo se mide por el de los demás; quien pierde su lugar en el camino del progreso, retrocede y decae. ¿Qué éramos comparados con los países nuevos como el Brasil, la Argentina, Méjico, la Australia, el Canadá? Ninguno de ellos nos superaba; marchábamos adelante de unos y a la par de los otros.

¿Qué somos en el día de hoy? Me parece que la mejor respuesta es el silencio. Y sería bien triste por cierto que nos consoláramos de la pérdida de nuestro puesto preferente, con el poder militar, como se consolaban con su espada y sus pergaminos los incapaces que se veían desalojados por la actividad de los hombres de iniciativa y de trabajo.

No hay para qué avanzar en esta somera investigación acerca del estado del país en lo que se relaciona con su progreso; importa más preguntarse ¿por qué nos detenemos? ¿Qué ataja el poderoso vuelo que había tomado la República y que había conducido a la más atrasada de las colonias españolas a la altura de la primera de las naciones hispanoamericanas?

En mi concepto, no son pocos los factores que han conducido al país al estado en que se encuentra; pero sobre todos me parece que predomina uno hacia el que quiero llamar la atención y que es probablemente el que menos se ve y el que más labora, el que menos escapa a la voluntad y el más difícil de suprimir. Me refiero ¿por qué no decirlo bien alto? A nuestra falta de moralidad pública; sí, la falta de moralidad pública que otros podrían llamar la inmoralidad pública.

Mi propósito no es otro que el de señalar un mal gravísimo de nuestra situación, que participa más de la naturaleza de mal social que de mal político, con el objeto de provocar un estudio acerca de sus causas y sus remedios, y para el fin de corregirlo en bien de todos y no en beneficio de individuos, bandos o partidos.

Quiénes son los responsables de la existencia de ese mal, no sé; ni me importa saberlo; expongo y no acuso, busco enmiendas y no culpas. La historia juzgará y su fallo ha de decir si la responsabilidad por la lamentable situación a que ha llegado el país es de algunos o de todos, resultado de errores y de faltas, o de hechos que no caen bajo el dominio y la previsión de los hombres.

Quería decir también que la moralidad pública de que hablo no es esa moralidad que se realiza con no apropiarse indebidamente los dineros nacionales, con no robar al Fisco, con no cometer raterías, perdóneseme la palabra. Tal moralidad, que llamaré subalterna, depende de otra más alta moralidad, y sus quebrantos los sancionan los jueces ordinarios y no la decadencia nacional y la historia.

Hablo de la moralidad que consiste en el cumplimiento de su deber y de sus obligaciones por los poderes públicos y los magistrados, en el leal y completo desempeño de la función que les atribuye la carta fundamental y las leyes, en el ejercicio de los cargos y empleos, teniendo en vista el bien general y no intereses y fines de otro género.

Hablo de la moralidad que da eficacia y vigor a la función del estado y sin la cual ésta se perturba y se anula hasta el punto de engendrar el despotismo y la anarquía y como consecuencia ineludible, la opresión y el despotismo, todo en daño del bienestar común, del orden público y del adelanto nacional.

Es esa moralidad, esa alta moralidad, hija de la educación intelectual y hermana del patriotismo, elemento primero del desarrollo social y del progreso de los pueblos; es ella la que formó los cimientos de la grandeza de los Estados Unidos y que se personalizó en un Washington; es ella la que condujo a nuestra República al primer rango entre las naciones america-

nas de origen español y que se personalizó en ciertos tiempos, no en un hombre sino en el gobierno, en la administración, en el pueblo de Chile.

Yo no admiro y amo el pasado de mi país a pesar de sus errores y de sus faltas, por sus glorias en la guerra, sino por sus virtudes en la paz. Sin éstas, tan inútiles como en los actuales tiempos el salitre, habrían sido para la prosperidad de la República los grandes descubrimientos mineros, la creación de los mercados de California y Australia y las facilidades de la navegación que nos acercaron a todos los centros productores y de consumo.

No hay para qué encarecer la parte que corresponde a la moral pública en el adelantamiento de un pueblo; la historia de las nacionalidades americanas de nuestra misma raza de sobra lo demuestra. No han sido ni un régimen nuevo disconforme con las costumbres, ni el aislamiento, ni la ignorancia, ni otros hechos semejantes, los que mantuvieron y aún mantienen en parte a las repúblicas que nacieron a la vida en el primer cuarto de este siglo que concluye, en un perpetuo vaivén entre la anarquía y el despotismo y apartadas del camino del progreso; ha sido la falta de moralidad pública, ha sido el olvido del deber por el funcionario y el abandono de la función pública para dar paso a las ambiciones personales, al odio, a la venganza, a la codicia y al interés de bandería.

¡Ignorancia! ¿Eran acaso sabios los pueblos del Brasil? ¿Fué más ilustrado Chile que el Perú y Méjico, que Colombia y Venezuela?

¡El aislamiento, las distancias, la escasez de población! ¿Era más densa nuestra población que la de Centroamérica? ¿Eran más cortas las distancias en el Brasil que en el Uruguay? ¿Estaba menos aislado Chile que Mejico y el Perú?

¡El régimen nuevo disconforme con las costumbres! ¿Era menos nuevo y más conforme con las costumbres el régimen adoptado en Chile que el adoptado en Bolivia o en Nueva Granada?

No niego la influencia de hechos como los aludidos en las anarquías y despotismos hispanoamericanos; pero nadie podrá negar tampoco que así como se moderó el efecto de esos hechos en Chile, pudo moderarse en otras partes, si verdadero imperio hubiese ejercido la moral pública, si la idea y el sentimiento del deber para con el país y la sociedad hubieran dominado en el funcionario.

Estos elementos morales del progreso, más indispensables son en países que no pueden desenvolverse sino por medio del esfuerzo constante del hombre, que en otros donde la naturaleza más generosa reemplaza en mucho la acción física e intelectual de aquél.

¿Se pondrá en duda que, como obedeciendo a una ley de atavismo de la raza, se presenta hoy en Chile, aunque con manifestaciones diversas, el mismo fenómeno que perturbó el progreso de una gran parte de la América? ¿Pensará alguien que no sufre verdaderamente el país de una crisis moral así como ha sufrido y sufre de una crisis económica? Me atrevo a creer que no; y si me engañara, bastaría poner los ojos en las funciones

más ordinarias y comunes del Estado para adquirir el convencimiento de que la moralidad pública se halla profundamente quebrantada entre nosotros.

¡Cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios costó el derecho electoral! Esa conquista del trabajo de muchos años, ese fruto de las lágrimas de nuestras mujeres y de la sangre de nuestros conciudadanos, ese premio de la energía y de la perseverancia de nuestros políticos y del pueblo, esa base de nuestras instituciones, del buen gobierno y del orden público, es mercancía que se compra y que se vende, materia que se falsifica, tema de una burda y siniestra comedia.

Y si mal funciona el poder electoral en su generación; ¡qué triste es su desempeño en lo que llamaremos su fiscalización o control! Ya no se califican elecciones sino que se justifican fraudes.

Ni en Chile ni en otras partes han sido siempre la ley y la verdad las inspiradoras de los que intervienen en ese acto. Generalmente dominan en él la pasión y el interés político o partidista, que tanto perturban el criterio y que es natural produzcan resoluciones erróneas o injustas de parte de las corporaciones políticas tratándose de cosas que a los partidos y a la política atañen.

Pero nótese bien el carácter del fenómeno que presenciamos. Entre nosotros no se viola la ley, no se desconoce la verdad, no se atropella el derecho, no se desnaturaliza y envilece, en una palabra, la función electoral fiscalizadora, por error producido por la pasión, por pasión nacida del interés político, por interés político proveniente de las convicciones y del anhelo del bien político vinculado al predominio de un sistema o de un partido, como antes ha sucedido y en muchas partes sucede, no. El fenómeno es más simple, más llano, más casero. Sin verdadero interés político o partidista, sin pasión, sin error, por mero apego a una persona o a un grupo o por antipatía a otra persona o a otro grupo, por tener un voto más o por no tener un voto menos, por adquirir un adherente para otra injusticia o por no desagradar a alguien, por una pequeña venganza o por pagar un pequeño servicio, fría y tranquilamente, sin acordarse por un momento siquiera de los intereses públicos y del derecho, se quita al elegido su asiento y se da asiento al no elegido y se falsifica la representación nacional. No es un secreto para nadie que el voto parlamentario en la calificación de elecciones ha llegado a ser objeto de arreglos, de trueques, de contratos entre individuos o grupos.

He visto mucho malo, muy malo y mucho bueno, muy bueno; pero, lo digo francamente, eso no lo había visto nunca. Han transcurrido más de veinte años desde que una guerra tan justificada en su iniciación como gloriosa en su mantenimiento y fructífera en sus resultados, repletó de oro las arcas públicas. Los que éramos jóvenes en aquellos días legendarios no sentíamos dominado el espíritu por la embriaguez de la victoria ni afligido el corazón por los sacrificios de la grandiosa lucha;

satisfacciones y dolores desaparecían ante otra preocupación, otra atracción; era el progreso, el engrandecimiento y la felicidad de Chile, era su misión bienhechora en el continente sudamericano.

El oro de los territorios que nos obligó a tomar, no la avidez y el egoísmo sino la propia seguridad, había de ser la vara mágica que haría brotar puertos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar en toda la extensión de la República.

Con nuestros pobres ahorros y el económico centavo arrancado al sudor del pueblo por vía del impuesto, habíamos hecho la primera línea férrea del hemisferio austral, el primer telégrafo, las obras públicas relativamente más difíciles y costosas de la tierra hispanoamericana. Con millones en la mano y estimulados por la aspiración patriótica del adelanto de Chile y por la conveniencia de garantizar con su engrandecimiento la seguridad nacional ¿qué no haríamos? Las cualidades manifestadas en la guerra no serían sino reflejo del esfuerzo, de la perseverancia, del heroísmo que ostentaríamos en las obras de la paz.

¡Qué amargo despertar! Sueños fueron los puertos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar; el oro vino, pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como un torrente devastador que arrancó del alma la energía y la esperanza y arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieran.

Cabe aquí el recuerdo de un hecho que no sería difícil comprobar. Hace pocos años, cuando aún estaba intacto nuestro crédito, que no hemos sabido mantener, la potencia financiera de la República y del Gobierno sin esfuerzos habría alcanzado para pagar con generosidad todos los servicios ordinarios y para hacer cinco puertos, siendo uno de ellos militar y comercial, para construir cuatro mil kilómetros de líneas férreas, para abrir siete mil kilómetros de carreteras, para regar quinientas mil hectáreas de suelo y para costear las grandes obras de salubridad de nuestras ciudades municipales.

No digo que se tuviera el personal necesario para esas obras, pero sí afirmo que podrían tenerse los fondos para realizarlas.

Permítaseme ahora formular una cuestión. En un país nuevo, cuyo fomento y cuyo progreso dependen más de la iniciativa y del esfuerzo del poder público que de la iniciativa y del esfuerzo particular, en que se desperdicia el tiempo y se malgastan los ingentes recursos que hubieran de destinarse a aquellos objetos ¿Se cumple la función gubernativa? ¿Se atienden debidamente los grandes intereses nacionales? Y si no se atienden estos intereses ni se cumple esa función, ¿hay moralidad pública?

Venciendo resistencias naturales y tradicionales, en un momento que se consideró propicio, se creó la autonomía comunal, el gobierno local. Este nuevo organismo del poder público debía por una parte moderar el exceso de facultades del primer magistrado de la República y por la otra, atender con más acierto y eficacia a la administración de los negocios

que interesan exclusivamente a la ciudad, a la villa, a la aldea, a la comuna.

¿Qué resultados ha producido en la práctica esa laboriosa y trascendental reforma? El desaparecimiento del gobierno y de los servicios locales y una vergüenza nacional. ¿Era como se decía y se dice por algunos, que el país no estaba preparado para una institución semejante, que no había elementos personales suficientemente ilustrados para el gobierno comunal? Me parece que no.

El pueblo no ha resistido ni perturbado la acción de las autoridades locales, ni ella ha encontrado un escollo en las ideas, costumbres, y sentimientos del pueblo. Tampoco ha carecido la comuna de recursos necesarios para ser convenientemente administrada.

Elementos personales de sobra, con ilustración más que suficiente, ha habido para el desempeño de las funciones del gobierno local; nadie podría con verdad sostener lo contrario, sobre todo tratándose de nuestras principales ciudades, de las ciudades que más brillantes escándalos han dado.

Un país en que el gobierno comunal se corrompe, en que sólo por excepción se encuentra una municipalidad que sirva con honradez al fin de su instituto, es un país cuya masa social está moralmente enferma o es un país cuya moral pública se halla en quiebra.

Y sin la existencia de este último estado, ¿cómo se explican los hechos que vengo enunciando? ¿Cómo el abandono de las obras nacionales más necesarias y valiosas por más de un año y hasta completar su ruina? ¿Cómo los pactos políticos sobre la base del reparto de los empleos? ¿Cómo la previsión de éstos sin atender ni a las aptitudes personales ni al interés general? ¿Cómo las corruptelas, los vicios y el desasimiento de la administración? ¿Cómo, finalmente, la ausencia de todo intento formal de los poderes públicos para corregir los males que aquejan al país y la impasibilidad musulmana con que se contempla, no diré nuestra decadencia, pero sí diré nuestra estagnación?

Tan absurdo sería sostener que un estado comercial es bueno cuando la generalidad de las personas carecen de recursos para cumplir sus obligaciones, como sostener que el estado moral es bueno cuando la generalidad deja de cumplir sus deberes.

Ceguera sería desconocer que el país es víctima (empleo deliberadamente la palabra) tanto de una crisis económica, cuanto de una crisis moral que detiene su antigua marcha progresista.

Consecuencia de innovaciones poco atinadas o efectos de vicios y pasiones, resultado de sucesos fatales u obra de la imprevisión y el abandono, el hecho es que no sería ya temeridad decir, dando a las frases una acepción general y sin referirlas a hombres ni a partidos determinados: falta gobierno, no tenemos administración.

No pienso que deba disimularse la realidad de nuestro estado y mucho menos pienso que sea razonable desalentarse ante esa realidad. Estas crisis

son plagas que azotan a los pueblos que se desvían de los caminos trazados por los principios que rigen la vida de las sociedades; matan a los débiles, los fuertes se reponen y cobran nuevas energías para la lucha del progreso.

Señalar el mal es hacer un llamamiento para estudiarlo y conocerlo y el conocimiento de él es un comienzo de la enmienda. Una sola fuerza puede extirparlo, es la de la opinión pública, la voluntad social encaminada a ese fin; y para formar esa opinión y convertirla en voluntad dispuesta a obrar, hay que poner de manifiesto la llaga que nos debilita ahora y nos amenaza para el futuro y hay que hacer sentir los estímulos del deber y del patriotismo y aun los del interés por el propio bienestar.

Formada esa opinión pública vendrán y se cumplirán leyes que dan sufragio ilustrado y consciente, que abren la puerta de la representación nacional, cerrada hoy por falsas teorías constitucionales y en resguardo de una fantástica independencia parlamentaria, a muchos de los más aptos para los cargos legislativos, que apartan de los altos puestos de la administración a la incapacidad y la ignorancia, que sancionan eficazmente el abandono del deber y el olvido del bien común; se corregirán los errores, se castigarán las faltas, se enmendarán los rumbos y volverá el país a ver cumplida la función gubernativa para su felicidad y su progreso.

Los propósitos levantados, las ideas benéficas, las empresas salvadoras, sin mezcla de egoísmo personal o partidista, allegan siempre fuerzas poderosas que los apoyen y no sólo cuentan con los sostenedores que tienen en el campo, sino con una inagotable y abnegada reserva. Es la juventud que, sin más ley de servicio obligatorio que la escrita en su alma ansiosa del bien y amante de la patria, se alista bajo las banderas que representan una gran causa nacional.

Tengo fe en los destinos de mi país y confío en que las virtudes públicas que lo engrandecieron volverán a brillar con su antiguo esplendor.

Alejamiento de las clases sociales*

El régimen del curso forzoso de papel moneda, juntamente con aumentar la fortuna de los grandes agricultores a expensas del pueblo trabajador, ha dado a la vida de los chilenos una nueva orientación, fijándoles como Norte la acumulación de riquezas. Este mezquino ideal, junto con nuestro erróneo sistema de educación, ha hecho de nuestro país una república oligárquica que tal vez no tiene par en los tiempos que alcanzamos. La impresión más viva que recibe el viajero observador al estudiar nuestra organización social, es la que le produce el contraste entre la gente adinerada y la clase trabajadora, porque en Chile hay sólo dos clases sociales, ricos y pobres, esto es, explotadores y explotados; no existe la clase media: los que no somos ricos ni menesterosos y aparentemente formamos el estado llano, somos gente de tránsito, salida del campo de los explotados y en camino para el de los opulentos.

Pero lo más grave es que la diferencia entre ambas clases no está sólo en la fortuna sino también en la instrucción, como antes ya lo he hecho notar: entre los directores se ve cultura, lujo excesivo, molicie y vicios aristocráticos; al paso que entre los otros predominan la más torpe ignorancia, la miseria y los vicios soeces. A esto se agrega que los primeros tienen para con los segundos un desprecio inconcebible; y en este punto los peores, los más déspotas con ellos son los advenedizos, las basuras que el torbellino ha encumbrado del muladar.

La aristocracia chilena está fundada casi exclusivamente sobre la riqueza: dineros son calidad, y de aquí nacen sus mayores inconvenientes. Se tienen en estimación todos los medios para acumular riquezas, casi sin limitación alguna; y si la sociedad mira con desprecio a uno de los miembros que ha ido a parar a una cárcel por una estafa o una prevaricación no es por su falta de moralidad sino por su torpeza. Se estiman y consideran el talento, la cultura científica y literaria, los títulos universitarios, en cuanto pueden contribuir a allanar el camino que lleva a la adquisición de bienes de fortuna. Pero la ciencia pura, la virtud sincera, el amor al arte por el arte, son monedas que no corren en esta bendita tierra de Chile, y desacreditan a quien tiene la desgracia de llevarlas consigo. Conocí a un agente de uno de los principales bancos del país, que en su juventud había tenido suma afición a la literatura y no vulgares disposiciones para

*Dr. J. Valdés Cange: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, Santiago, Imprenta Universitaria 1910. Extracto de la carta Decimoquinta, pp. 204 y siguientes.

la poesía, y que sólo a los amigos muy íntimos, y con la mayor reserva, mostraba sus producciones, temeroso de que tan flagrante prueba de falta de espíritu práctico fuese a llegar a conocimiento de algún consejero del banco y le hiciera caer en desgracia.

Entre nosotros se está realizando la leyenda de aquel rey codicioso de dinero que, habiendo conseguido de las divinidades que cuanto tocase se convirtiera en oro, veía aproximarse la muerte sin poder alimentar su cuerpo que languidecía de inanición entre sus imponderables tesoros. Así, el saber, el arte, el honor, la gloria, el patriotismo, todo lo trocamos por dinero y ya comenzamos a sentir la asfixia que producen las riquezas sin virtud y sin ideales.

La unánime aspiración de los magnates es mantener su situación privilegiada y, si es posible, aumentar sin trabajo alguno su fortuna; y el sueño dorado de todos los que han recibido una mediana instrucción es llegar a ser magnates, es decir, a nadar en la opulencia gracias al esfuerzo ajeno. El objeto de la vida, la felicidad suprema, lo hemos puesto en conseguir que llegue un día en que no tengamos que trabajar, en que, dueños de fundos, de acciones mineras o industriales, podamos gozar de una santa ociosidad mientras algunos centenares de individuos menos hábiles que nosotros, dan su vida entre amarguras y miserias para acumular el dinero que nosotros debemos derrochar.

Se dirá que esto es lo natural, que esto es lo que pasa en todas partes, que es lo humano, y tendrá que pasar mientras los pueblos se rijan por las leyes actuales. Esto es cierto en gran parte, porque en todos los países hay opresores y oprimidos, usufructuarios y espoliados; pero en ninguna nación el despotismo es tan despiadado ni el despojo hecho en forma tan irritante como aquí. En otras partes el pueblo es más instruido, más consciente, tiene noción clara de sus derechos conculcados, y trata de reivindicarlos; la aristocracia es menos codiciosa y despiadada, y entre ambos extremos está el elemento más culto, el núcleo intelectual que lucha incansablemente para arrancar a ésta, por medio de la razón y del derecho, lo que aquél quisiera alcanzar por medio de la fuerza, y es algo así como un nivelador de las clases opuestas. En Chile las cosas son muy diversas, porque los hombres de más talento y de mayor cultura nacen por lo común de las familias que no son aristocráticas, pero que desean serlo, de tal modo que apenas sienten robustas sus alas, vuelan a las alturas, donde sólo se acuerdan del pueblo para engañarlo, explotarlo y envilecerlo.

Comencé, señor, por decirles que tal vez en ningún país de la Tierra hay tanta diferencia entre la clase alta y la de los proletarios como en Chile, ni en ninguna parte el despotismo de los magnates y el despojo de los débiles reviste los caracteres que aquí. Estas afirmaciones deben ser para vos y para todos aquellos que han nacido en la opulencia un poco difíciles

de aceptar, porque vivís en un mundo en que nada de esto se ve, y naturalmente no habéis salido a buscar aquello cuya existencia ignoráis. Y esto no sólo os pasa a vos y a los magnates, pues todas las personas decentes, cual más cual menos, padecemos de la misma ceguera; y la causa está en que las víctimas no se quejan. Pero es necesario abrir los ojos para remediar males que de un momento a otro pueden producir una catástrofe. Si vos pudiérais dejar por unos días los palacios y descender a los conventillos de las ciudades, a los ranchos de los inquilinos, a las viviendas de los mineros o a los campamentos de las salitreras, vuestro corazón se enternecería y vuestro rostro se enrojecería al ver la vida inhumana que llevan las tres cuartas partes de vuestros conciudadanos.

Sin bajar hasta el simple jornalero, tenéis por todas partes artesanos relativamente cultos, explotados de una manera inicua: carpinteros, herreros, albañiles, operarios de fábricas a quienes se les exige un trabajo de 10, 12 y más horas diarias, y se les paga un salario que no les alcanza para satisfacer sus necesidades y las de su familia; para qué hablar de los que se imposibilitan, aun cuando sea en el trabajo mismo.

Quisiera contar con el espacio suficiente para llevaros a la miserable habitación de un hombre del pueblo y mostraros su vida con su mujer y sus hijos, tal como yo he tenido oportunidad de verla por motivo de mi profesión, y entonces comprenderíais lo grosero del sofisma con que se disculpan los magnates de su indolencia, cuando dicen que el obrero es desgraciado porque es vicioso, y os convenceríais de que en realidad es vicioso porque es desgraciado, porque, por más que trabaja, las necesidades no desalojan su cuarto humilde, porque necesita estímulos para sus nervios extenuados, porque necesita distracciones y no las encuentra honestas más que a un precio que él no puede pagar.

La extensión que va adquiriendo esta carta me impide, señor, detenerme a hablaros de la situación humillante en que viven los inquilinos esos parias tres veces más infelices que los antiguos esclavos, a quienes su grosera ignorancia y falta de energía moral mantienen adheridos a un pedazo de terreno que se les presta en cambio de la entrega absoluta a su patrón de su trabajo, su libertad, su honor y el de su familia, su vida entera; aunque vos no ignoraréis estas cosas, ya que en vuestra juventud debéis de haberlas visto muy de cerca en la hacienda de vuestros padres.

No resisto, empero, al deseo de decir dos palabras sobre la situación del obrero en las provincias salitreras, porque vos tal vez visitaréis un día aquellos lugares y recibiréis informaciones embusteras que acaso podáis tomar por fidedignas. Es muy difícil, señor, no digo para una persona investida de autoridad y prestigio, sino para un individuo decente cualquiera, el tomar conocimiento preciso de lo que es el trabajador en la región salitrera, particularmente en las oficinas. Conversando una vez en Iquique con un estibador del barrio El Colorado, que antes había sido particu-

lar en la Pampa, como me sorprendieran los datos que me daba sobre la condición desfavorable en que se encuentran los obreros de las salitreras, le manifesté que pensaba hacer un viaje para ver las cosas por mis propios ojos, entonces él me dijo: »A Ud. le va a pasar lo que a todos los caballeros que van allá: apenas sabe el administrador que van por ver las cosas, él mismo se les pone al lado, o le pone otro de los de ellos que les muestre las cosas y se las explique a su favor. Muchas veces está uno trabajando y le dicen: »Este hombre gana ocho pesos«, y a uno le come la boca por decirles que es mentira, que no gana más que cinco, pero qué va a hacer uno ¡para que lo echen! Los llevan a los chanchos, a las calderas del vapor, a las máquinas eléctricas, a todas partes, menos a los cachuchos donde están los hornaleros cociéndose vivos, ni tampoco a los campamentos donde vive la gente peor que ratones. Los llevan a las pulperías y les dicen los precios de las cosas, que en realidad son baratos, pero no les dicen que dan sólo ocho onzas por libra«.

Mi profesión se presta mucho para acercarse al pueblo: sin embargo, allá no basta, tanto porque un médico es considerado persona de cuenta y los patrones se esmeran en atenderlo, como porque los trabajadores se retraen de él por considerarlo casi como adversario, o por lo menos persona que no simpatiza con ellos. Mis observaciones merecen fe porque he ido hacia los obreros del norte como un viajero cualquiera y he comido con ellos en una misma mesa y hemos dormido bajo un mismo techo, sin que pudieran sospechar que tenían en mí un riguroso fiscal de sus acciones.

Mucho se ha hablado de los jornales fabulosos que gana el obrero en las oficinas y de sus grandes despilfarros. Esto habrá sido en otro tiempo: lo que es ahora, casi diría que proporcionalmente ganan más en Valparaíso que en la pampa de Tarapacá. Los salarios han bajado mucho porque hay sobrantes de brazos, a causa de que muchas sociedades han cerrado algunas de sus oficinas porque con los bajos precios del salitre no les convenía su elaboración, y han concentrado todo el trabajo en las que tienen maquinarias modernas y pueden producirlo con mayor economía. Los trabajadores están soportando hoy la ley que la administración de las salitreras les impone; no se vienen al sur porque ya están acostumbrados a ese trabajo duro, pero con cierta libertad.

La oficina da habitación a todos sus operarios y les proporciona, según dice, alimentación y vestuario a precio de costo. Como veis, señor, la situación del obrero de las pampas de Tarapacá no es halagüena; pero sería soportable si no se le explotara despiadadamente. La primera ave de rapiña que le clava las uñas es la sociedad misma dueña de la oficina, que parece tomar como una fuente de entradas importantes lo que pueda recortar a sus trabajadores; y esa es la causa de que la administración esté siempre en pugna con los operarios: ellos exigiendo mayor remuneración y tratamiento más humano, y ella arbitrando medios para arrebatárles

sus ganancias y tirando la cuerda cuanto es posible, sin tomar en cuenta para nada que las víctimas son miembros de la especie humana.

La oficina especula con la pulpería y obliga a sus empleados a comprar todo ahí, para lo cual hace los pagos en fichas, que en otras partes no se reciben o se admiten con descuento, y no permite la entrada a los terrenos de la oficina a ningún comerciante que lleve especies de las que se venden en las pulperías. Estas fichas han sido una de las principales causas de los disturbios populares de aquella región. Los salitreros, con un cinisimo que espanta, acusan a los trabajadores de ingratos, porque, según dicen, reciben pérdidas de las pulperías por hacerles mas barata la vida, pero es el caso que ninguno de estos generosos benefactores ha suprimido hasta ahora esta clase de negocio, ni menos las fichas, ni ha declarado libre el comercio.

Las autoridades civiles y judiciales, y las policías, son los peores enemigos que tiene el obrero de la región salitral; porque parece que sólo existieran para el servicio de los magnates dueños de oficinas y, en consecuencia, para oprimir al trabajador.

Tantos abusos han debido lógicamente suscitar protestas y manifestaciones con que las víctimas han querido hacer ver a los poderes públicos centrales la situación en que se encuentran, esperando de ellos justicia y reparación. Aquellos desgraciados no tienen idea de lo que vale en nuestro país la voz del pueblo, y creyéndose tal vez en una república democrática de verdad, por tres veces han pedido seguridades para su vida, respeto al fruto de su ímprobo trabajo y educación para sus hijos, y por tres veces se les ha respondido fusilándoseles del modo más salvaje: las matanzas de Taltal, Antofagasta e Iquique han demostrado a los 60,000 obreros que producen la principal riqueza del país, que no deben esperar nada del Gobierno, porque está formado de explotadores del pueblo, que hacen causa común con sus duros señores, los dueños del salitre.

La consecuencia de tanta injusticia es que ha comenzado a fermentar en el corazón del obrero del norte un hondo rencor contra los que en el sur representan a la patria; que los esquilme el inglés lo encuentran razonable, porque no ha ido a plantar su tienda en aquellas tierras inhospitalarias para ejercitar la filantropía; que los opriman el administrador o el corrector peruano, también lo consideran natural, puesto que para eso les pagan; pero que los hombres dirigentes de su patria, los llamados a defenderlos y a velar por su binestar, manden los cañones y ametralladoras manejados por sus propios hermanos de raza y de miseria, a asesinarlos cobardemente para lisonjear a los poderosos; eso no pueden perdonarlo; y entre ellos se conservan listas completas de los chilenos que asalariados por los salitreros causaron la catástrofe; no olvidan los nombres de los jefes, que si hubieran tenido pundonor, quebraran su espada antes de alzarla contra el pueblo inerme; tienen muy presente al ministro sin entrañas que ordenó por telégrafo la matanza; y el jefe supremo que no supo

impedirla, recorrió después aquellas regiones en triunfo, de oficina en oficina, de banquete en banquete, entre los vítores de los magnates y de todos los que viven de su favor; pero sin la participación del pueblo que, frío espectador, guardó un silencio que era al mismo tiempo una acusación y una sentencia condenatorias. Los príncipes del salitre, que habían hecho llevar flores de Tacna y de Lima, de La Serena y Valparaíso para cubrir las calles por donde pasó el presidente Montt, que habían concentrado en las mesas de sus festines las frutas más exquisitas de todos los climas, no pudieron con toda su opulencia ofrecerle una sola manifestación afectuosa, verdaderamente popular.

En las regiones del sur, aun cuando el trabajador es más ignorante y por lo tanto más inconsciente, también ya se comienzan a producir esos odios de clases que tal vez un día tengamos que lamentar; pues tal como en la región del caliche, lo que no han logrado hacer los abusos e injusticia de los patronos, lo han conseguido la torpeza y la iniquidad de las autoridades. La represión de la huelga de estibadores de Valparaíso y la de la asonada de Octubre del año 1906 en Santiago, han dejado un recuerdo imborrable en la memoria del pueblo; particularmente la última, en que la juventud aristocrática hizo alarde como si hubieran sido fieras escapadas de sus jaulas. ¡Cuántos que después se jactaban de su cobarde hazaña matarían a sus propios parientes por echarla de aristócratas!

Parece señor, que hubiera empeño en producir en nuestra patria los dolorosos trastornos que se han visto en otros países y que todos los gobiernos discretos tratan de evitar. Todos los oligarcas, todos los explotadores tiemblan al solo nombre del anarquismo, y sin embargo, no sólo no se piensa en prevenirlo, sino que se le busca y se le provoca. El anarquismo es el fruto del hambre, del frío, de la miseria, de la ignorancia y de la abyección que ya tiene desesperados a los más, a causa de la codicia, la rapiña y la inhumanidad de los menos; por eso se ha manifestado primero en los países prósperos por fuera, pero gangrenados por dentro por grandes desigualdades de fortuna.

En estos estados la vida para el proletario ha llegado a ser sumamente difícil; para muchos imposible, por motivo de que la población ha aumentado desproporcionadamente al suelo cultivado que ha permanecido casi estacionario, porque la vida de la ciudad y el servicio militar, van absorbiendo más y más la población agraria. Por eso vemos que en América y aun en países europeos poco poderosos como naciones, pero donde no se ven ni las grandes fortunas ni la miseria excesiva, el anarquismo no echa raíces. Pero queremos que Chile sea una excepción y le estamos preparando el terreno, en lo cual hemos obrado con tal acierto que, en menos de 20 años, gracias a leyes absurdas que favorecen al magnate a expensa del proletario, hemos conseguido encarecer la vida a tal punto que morir de hambre y de miseria ha dejado de ser aquí una expresión figurada. Y ¡ay de nosotros, señor, el día en que esas tropas de carneros hoy, que tan duramente empleamos en nuestro provecho, se convier-

tan en leones, comprendiendo que así como tienen derecho al aire que les da su oxígeno para alimentar la vida en sus pulmones, también lo tienen a la tierra que da los productos que alimentan la vida en sus estómagos! ¡Ay de nosotros, cuando piensen que ayer no más este espléndido valle de Chile, que era de todos, fue arrebatado a sus antecesores por un puñado de codiciosos sólo porque eran más fuertes! ¡Ay de nosotros cuando vean que ellos son ahora la fuerza mayor! ¡piensen en reivindicar con el hierro, con el fuego, lo que el hierro y el fuego les quitaron!

No señor, no esperemos que lleguen días tan aciagos para acudir al remedio ¡Vos tenéis la obligación como chileno y como hombre, de evitar que se derrame la sangre y las lágrimas de la patria y que se agregue una nueva página de luto a la historia de horrores que la humanidad va escribiendo en su doloroso camino hacia el progreso y venturanza sociales!

El balance del siglo: Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*

No es posible mirar a la nacionalidad chilena desde un solo punto de vista, porque toda observación resultaría incompleta. Es culpa común que existan dos clases sociales opuestas, y como si esto fuera poco, todavía tenemos una clase intermedia que complica más este mecanismo social de los pueblos.

Reconocidas estas divisiones de la sociedad nos corresponde estudiar su desarrollo por separado, para deducir si ha habido progreso y qué valor puede tener este progreso.

La clase capitalista, o burguesa, como le llamamos, ha hecho evidentes progresos a partir desde los últimos 50 años, pero muy notablemente después de la guerra de conquista de 1879 en que la clase gobernante de Chile se anexó a la región salitrera.

El progreso económico que ha conquistado la clase capitalista ha sido el medio más eficaz para su progreso social, no así para su perfección moral, pues aunque peque de pesimista, creo sinceramente que nuestra burguesía, se ha alejado de la perfección moral verdadera.

Sin tomar en cuenta los individuos, creo que la colectividad burguesa vive habituada ya en un ambiente vicioso e inmoral, que quizás en muchos casos no se note o se disculpa por no tener la noción suficiente para saber estimar íntegramente la verdadera moral. El espíritu de beatitud en cierta parte de esta sociedad no la ha detenido ni alejado de esta situación.

Cien años ha, cuando la población de este país vivía en el ambiente propio de una colonia europea, que le había inculcado sus usos y costumbres, parece que no se destacaba la nota inmoral y voluptuosa de la época presente. Se vivía bajo el régimen de la sociedad feudal, algo atenuado si se quiere, pero con todas las formas de la esclavitud y con todos los prejuicios propios del feudalismo. El sometimiento demasiado servil de la clase esclava entregada en su mayor número a la vida pastoril y a la agricultura era una circunstancia que no provocaba ninguna acción de la clase señorial, en que pudieran notarse como hoy, sus crueldades.

*Reproducida de «Obras Escogidas» de Luis Emilio Recabarren, Tomo 1, Editorial Recabarren, Santiago de Chile, 1965, pp. 57 y siguientes.

La última clase, como puede considerarse en la escala social, a los gañanes, jornaleros, peones de los campos, carretoneros, etc., vive hoy como vivió en 1810. Si fuera posible reproducir ahora la vida y costumbres de esta clase de aquella época y compararla con la de hoy día, podríamos ver fácilmente que no existe ni un solo progreso social. En cuanto a su situación moral podríamos afirmar que en los campos permanece estacionaria y que en las ciudades se ha desmoralizado más. Esta clase más pobre de la sociedad, más pobre en todo sentido —material y moral— ha vivido tanto antes como ahora en un ambiente completamente católico y cristiano. Si afirmáramos que hoy vive más dominada por la iglesia, que antes, no haríamos una exageración. Sin embargo, antes se notaba en esta clase mejores costumbres que ahora. Con sobrada razón podríamos preguntarnos: ¿por qué no ha progresado esta clase social que ha vivido siempre al amparo moral del catolicismo?

Es ésta una pregunta para la cual cada persona debe buscar la respuesta con sus propios esfuerzos, porque es menester, para el desarrollo de las inteligencias, que se realice este ejercicio mental, a fin de que cada cual resuelva este problema social y procure cooperar a mejorar las cosas.

La última clase de la sociedad que constituye probablemente más de un tercio de la población del país, es decir más de un millón de personas, no ha adquirido ningún progreso evidente, en mi concepto digno de llamarse progreso. Se me dirá que el número de analfabetos es, en proporción, mucho menor que el de antes, pero con esta afirmación no se prueba nada que ponga en evidencia un progreso. Para esta última clase de la sociedad el saber leer y escribir no es sino un medio de comunicación, que no le ha producido ningún bienestar social. El escasísimo ejercicio que de estos conocimientos hace esta parte del pueblo, le coloca en tal condición que casi es igual si nada supiese. En las ciudades y en los campos, el saber escribir o simplemente firmar, ha sido para los hombres un nuevo medio de corrupción, pues la clase gobernante les ha degradado cívicamente enseñándoles a vender su conciencia, su voluntad, su soberanía.

El pueblo en su ingenua ignorancia aprecia en mucho saber escribir para vender su conciencia. ¿Es esto un progreso? Haber aprendido a leer y a escribir pésimamente, como pasa con la generalidad del pueblo que vive en el extremo opuesto de la comodidad, no significa en verdad el más leve átomo de progreso.

Muchos periodistas han afirmado en más de una ocasión que las conscripciones militares han aportado al pueblo un contingente visible de progreso porque han contribuido a desarrollar hábitos útiles desconocidos entre la llamada gente del pueblo. Se ha dicho que esa parte de las poblaciones ha aprendido hábitos de higiene, se ha educado, aprendido nociones elementales, etc. Estas afirmaciones son más ficticias que reales.

La pobreza, y la pobreza en grado excesivo sobre todo, impide todo progreso. Hay gentes que no tienen un tiesto para lavarse. La vida del

cuartel, generalmente, ha producido hábitos innobles y ha fomentado o despertado malas costumbres en personas buenas y sencillas. Yo creo que produce más desastres que beneficios.

El movimiento judicial y penitenciario del país nos prueban de una manera evidente el desastre moral de nuestra sociedad, durante los cien años que han transcurrido para la vida de la República. La magistratura del país ha perdido todo el prestigio que debió conservar o de que debió rodearse. Yo no podría afirmar si los procedimientos judiciales estuvieran alguna vez dentro de la órbita de la moral. Pero lo que puedo decir es que debido al desarrollo intelectual natural del pueblo, éste ha llegado a convencerse de que la justicia no existe o de que es parte integrante del sistema mercantil y opresor de la burguesía.

Yo he llegado a convencerme de que la organización judicial sólo existe para conservar y cuidar los privilegios de los capitalistas. ¡Ojalá, para felicidad social, estuviere equivocado! La organización judicial es el dique más seguro que la burguesía opone a los que aspiran a las transformaciones del actual orden social.

Comprobar fehacientemente el progreso que ha hecho el vicio, es bastante para poner a la luz del día la verdad. La verdad de que en cien años de vida republicana se constata el progreso paralelo de dos circunstancias:

El progreso económico de la burguesía. El progreso de los crímenes y de los vicios en toda la sociedad.

La vida del conventillo y de los suburbios son la escuela primaria obligada del vicio y del crimen. Los niños se deleitan en su iniciación viciosa empujados por el delictuoso ejemplo de sus padres cargados de vicios y de defectos. El conventillo y los suburbios son la antesala del prostíbulo y de la taberna.

Y si a los cien años de vida republicana, democrática y progresista como se le quiere llamar, existen esos antros de degeneración ¿cómo se pretende asociar al pueblo a los regocijos del primer centenario?

El conventillo y los suburbios han crecido quizás en mayor proporción que el desarrollo de la población. Y aun cuando se alegara que el aumento de los conventillos ha ido en relación con el aumento de la población, no sería éste un argumento justificativo ni de razón. El conventillo es una ignominia. Su mantenimiento o su conservación constituyen un delito.

Sintamos pesar por los niños que allí crecen, rodeados de malos ejemplos, empujados al camino de la desgracia. Allí están, en abigarrado conjunto, dentro del conventillo, la virtud y el vicio, con su corolario natural de la miseria que quebranta todas las virtudes.

Si hubiera habido progreso moral en la vida social, debió detener el aumento de los conventillos, como debe detenerlo en lo sucesivo, pero esto ya no se operará por iniciativa especial de la burguesía sino por la acción proletaria que empuja la acción de la sociedad. Es necesario

transformar el sistema de habitación para contribuir a perfeccionar los hábitos del pueblo.

Poco después de escrita esta conferencia, algunos diarios emprendieron una débil cruzada contra los conventillos. Para reforzar mis argumentos he colocado al final de la conferencia algunas publicaciones hechas al respecto por los diarios.

La clase media que se recluta entre los obreros más preparados y los empleados ¿habrá hecho progresos? ¡Recorramos su condición y convenzámonos! Esta clase es hoy mucho más numerosa que lo que lo era antes en proporción a cada época. Ha aumentado su número a expensas de los dos extremos sociales. A ella llegan los ricos que se empobrecen y que no pueden recuperar su condición y los que logran superar en la última clase.

Esta clase ha ganado un poco en su aspecto social y es la que vive más esclavizada al que dirán, a la vanidad y con fervientes aspiraciones a las grandezas superfluas y al brillo falso. Debido a estas circunstancias que le han servido de alimento, esta clase ha hecho progresos en sus comodidades y vestuario, ha mejorado sus hábitos sociales, pero a costa de mil sacrificios, en algunos casos; de hechos delictuosos en otros y poco delicados en la mayor parte de los casos.

Es en esta clase, la clase media, donde se encuentra el mayor número de los descontentos del actual orden de cosas y de donde salen los que luchan por una sociedad mejor que la presente.

Nuestro pueblo, religioso y fanático, no tiene hábitos virtuosos y morales. Posee una religión sin moral.

Hechos: El matrimonio del pobre es especialmente consagrado por la Iglesia. Después de la ceremonia se entregan, en la miserable vivienda, a la borrachera desenfrenada y libertina llena de inmoralidades. El bautizo religioso de los niños ha sido siempre un motivo de borrachera con todo su natural cortejo de degradación.

El crimen ha sido muchas veces el epílogo doloroso de estos hechos del pueblo. Los pobladores de las cárceles son todos religiosos. Es un hecho entonces lo que afirmo, que nuestro pueblo posee una religión sin moral, y yo deduzco de aquí que la religión protegida por el Estado y la Sociedad con el fin de moralizar, no ha tenido la fuerza suficiente o la capacidad necesaria para moralizar y lo único que ha conseguido es hacer creyentes o fanáticos a una doctrina teórica, sin práctica moral.

La acción de los comerciantes, en general, es la acción de la inmoralidad. El progreso rápido del comercio, que es lo que busca el comerciante, está basado en la acción de la inmoralidad; en el engaño, en el fraude, en la falsificación, en el robo, en la explotación más desenfrenada del poverrío que es la clientela más numerosa del comerciante inescrupuloso de los barrios pobres.

¿Y esto... también llamaremos progreso? Esto que ha progresado tan-

to en el transcurso de los últimos cien años, también es digno de asociarle al entusiasmo de las festividades centenarias?

La clase rica no sufre por esto. Ella compra en sus grandes almacenes los frutos escogidos de la producción mundial. Se fabrica y se produce especialmente para ella. El monopolio de la producción en sus propias manos y la posesión de la riqueza le garantizan este privilegio. La clase pobre, ella no puede gozar de estos privilegios. Ella es la escogida como víctima única de la voracidad inmoral de la clase comercial.

Una parte del pueblo, formada por obreros, los más aptos, por empleados, pequeños industriales salidos de la clase obrera y algunos profesionales, pero todos considerados dentro de la clase media, ha podido realizar algún progreso. Han constituido organismos nuevos: sociedades de socorro, de ahorro, de resistencia a la explotación, de educación, de recreo y un partido popular llamado Partido Demócrata. Esta manifestación de la acción es el único progreso ostensible de la moral y de la inteligencia social del proletariado, pero es a la vez la acusación perenne a la maldad e indolencia común.

Para atenuar el hambre de su miseria en las horas crueles de la enfermedad, el proletariado fundó sus asociaciones de socorro. Para atenuar el hambre de su miseria en las horas tristes de la lucha por la vida y para detener un poco la feroz explotación capitalista, el proletariado funda sus sociedades y federaciones de Resistencia, sus mancomunales. Para ahuyentar las nubes de la amargura creó sus sociedades de recreo. Para impulsar su progreso moral, su capacidad intelectual, su educación, funda publicaciones, imprime folletos, crea escuelas, realiza conferencias educativas.

Mas, toda esta acción es obra propia del proletariado, impulsado por el espíritu de conservación, y es un progreso adquirido a expensas de sacrificios y privaciones.

¡Para este progreso no es tiempo aún de festejarle su centenario!

Se ha dicho muchas veces que uno de los más apreciables bienes de la República ha sido el progreso liberal del país, el cual no habría podido desarrollarse en la monarquía. Yo creo que esto es una exageración y tal vez una mistificación.

La mentalidad, la inteligencia, ha hecho mayores progresos en el proletariado español, bajo el régimen de la llamada libertad republicana. Esto no prueba que la monarquía o la república sean o no superiores una de la otra, pero prueba que la forma o clase de régimen social no influye especialmente en el progreso moral, social o intelectual, ni le detiene.

En Rusia, a pesar del régimen de tiranía se ha desarrollado mucho la mentalidad moral del pueblo y su acción para la defensa de su progreso ha sido mucho más vigorosa que en otros países de más libertades.

La existencia de toda la organización proletaria de España, y sus grandiosos frutos: Casas del Pueblo, cooperativas, prensa, etc., nos prueba que ese proletariado ha podido desenvolverse y progresar en el seno de la mo-

narquía en tales condiciones que aún no lo sueña el proletariado chileno. Esto nos prueba que la República no ha producido aquí aquel bien que se supone al proletariado.

Digamos la verdad: el bien inmenso que ha producido la República fue la creación y desarrollo de la Burocracia chilena y fue también la posesión de la administración de los intereses nacionales. La Burocracia que goza de esta situación, ella sí que tiene motivo de regocijo justificado si mira egoístamente su situación. ¡Nosotros no!

LA SITUACIÓN INTELECTUAL Y POLÍTICA DEL PROLETARIADO Y LA BURGUESÍA

El desarrollo intelectual es una circunstancia natural de la especie humana. En general hay siempre progresos. Podrá encontrarse individuos que no progresen intelectualmente, pero con dificultad se encontrará una familia completa que no presente un caso de progreso. Pero en las sociedades que forman el género humano se ha constatado el progreso en una forma natural empujado a un tiempo por los individuos y por la sociedad.

Es el caso que un individuo alimenta a la sociedad y que ésta alimenta al individuo. El individuo se forma intelectualmente del ambiente de la sociedad. Pero el ambiente de la sociedad se ha formado del ambiente creado por los individuos.

La modificación de un ambiente social, es obra del individuo, pero obra paulatina, lenta, gradual si se quiere. La modificación del ambiente individual es obra propia y social y puede ser rápido su progreso o su transformación.

Es pues, el progreso intelectual del país un hecho, y el regocijo que ello nos produce se equipara al regocijo que sentimos por el crecimiento y avance de la edad de nuestros hijos. El progreso intelectual está limitado a las esferas en que se desarrolla y los beneficios marchan en relación.

Para las altas clases sociales el progreso intelectual es un medio para conquistar mayor bienestar, porque poseen el dinero. Para las bajas clases sociales ese mismo progreso no alcanza a producir bienestar porque no tienen dinero.

El progreso intelectual en esta época no es un progreso moral, pues en muchos casos la mayor capacidad conduce al individuo a la relajación. El progreso intelectual, creo decirlo sin pasión, se ha desarrollado notablemente en la clase media, y podría ser esto un motivo de alegría, pero la finalidad social que se busca como fruto del progreso intelectual dista mucho aún y la labor del proletariado inteligente prosigue vigorosamente su marcha. Cuando llegue a la meta entonces sí que habrá motivos de alegrías comunes.

En cuanto a la situación política, es menester detenerse con alguna calma para estudiarla, para contemplarla. Esta conferencia escrita con ocasión del primer centenario de lo que se llama emancipación política del pueblo, ha de dejar en sus páginas bien precisada la condición política del país.

¿Quiénes dieron el grito de emancipación política en 1810? ¿Dónde estuvieron y quiénes fueron los personajes del pueblo trabajador que cooperaron a aquella jornada?

La historia escrita no nos dice nada y los historiadores sólo buscaron los héroes, los personajes, entre las familias de posición, entre la gente bien. En los monumentos que complementan la historia, tampoco vemos al pueblo. O'Higgins, los Carrera, San Martín, Manuel Rodríguez, etc., todos esos eran gentes de la llamada alta sociedad de aquella época. Esos están inmortalizados en el bronce.

La burguesía por el conducto de sus escritores nos habla siempre de »los grandes hombres que nos dieron patria y libertad« y esta frase ha pretendido grabarla en la mente del pueblo haciéndole creer que es propia para todos.

¡Yo mismo en torno mío. . . miro en torno de la gente de mi clase. . . miro el pasado a través de mis 34 años y no encuentro en toda mi vida una circunstancia que me convenza que he tenido patria y que he tenido libertad. . .!

¿Dónde está mi patria y dónde mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital sin que yo disfrute un átomo de mi producción?

Yo estimo que la patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad sólo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla campos y ciudades ¿tiene acaso hogar? ¡No tiene hogar. . .! ¡No tiene hogar. . .! ¡Y el que no tiene hogar no tiene libertad! Todos los grandes creadores y fundadores de la economía política han afirmado este principio: »¡El que no tiene hogar no tiene libertad!«.

A ver, ¿quién puede contradecirme?

Acaso los que vencieron al español en los campos de batalla, ¿pensaron alguna vez en la libertad del pueblo? Los que buscaron la nacionalidad propia, los que quisieron independizarse de la monarquía buscaban para sí esa independencia, no la buscaron para el pueblo.

¡Celebrar la emancipación política del pueblo! Yo considero un sarcasmo esta expresión. Es quizás una burla irónica. Es algo así como cuando nuestros burguesitos exclaman: ¡El soberano pueblo! . . . cuando ven a hombres que visten andrajos, poncho y chupalla. Que se celebre la emancipación política de la clase capitalista, que disfruta de las riquezas nacionales, todo eso está muy puesto en razón.

Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto sólo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovechar-

se de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española. Tan es así que los llamados padres de la patria, aquellos cuyos nombres la burguesía pretende inmortalizar, aquellos que en los campos de batalla dirigieron al pueblo-soldado para pelear y desalojar al español de esta tierra, una vez terminada la guerra y consolidada la independencia, ni siquiera pensaron en dar al proletariado la misma libertad que ese proletariado conquistaba para los burgueses reservándose para sí la misma esclavitud en que vivía.

Características sociales de Chile*

Existe una diferencia muy grande y muy marcada entre las clases sociales altas y bajas del país; todos los extranjeros que nos visitan observan esta circunstancia especial de nuestra nacionalidad; a profesores europeos que han venido les he oído decir, con espíritu de verdadera observación, que en nuestro país domina casi en absoluto la clase alta, por su ilustración, por su fortuna y aun por su sangre. Muchos dicen que Chile es una verdadera república aristocrática; y si miramos las cosas con frialdad de criterio y observamos la repartición de la propiedad, la carencia de instrucción popular, los hábitos de nuestro pueblo, su modo de vivir, las condiciones materiales de la habitación popular, la manera como se ejerce entre nosotros el derecho de sufragio y la composición del Parlamento, es preciso reconocer el predominio de las clases altas como un hecho positivo e indubitable.

La democracia verdadera, consciente de sus deberes y derechos, casi no existe; tenemos un pueblo, no una democracia. Pero es preciso tener presente que las ideas de ese pueblo, sobre todo la conciencia de sus derechos, más que la noción de sus deberes, y el sentimiento de mayores necesidades, que hasta ahora no había sentido y por lo tanto, no había exigido su satisfacción, se vienen modificando desde hace unos veinte años, y que las exigencias populares cada día se hacen mayores y se presentan con mayor precisión y con más franqueza de parte del pueblo, sobre todo del de las ciudades, aldeas y centros industriales y mineros.

Tiendan la mirada hacia atrás los que conocieron al gañán, al obrero y al artesano de otros tiempos; miren más de cerca lo que era el pueblo chileno hace veinte años, y notarán, sin duda alguna, un cambio en su modo de mirar, en su lenguaje, en su manera de saludar, en su modo de vestir, en sus necesidades; aquel pueblo manso y obediente, conforme y resignado con su condición, casi sin ambiciones, va cambiando poco a poco; la igualdad política quiere verla convertida en igualdad social; ello es lógico: ha estado recibiendo desde hace tiempo la influencia de las ideas modernas de democracia subversiva que se propagan por la prensa, en el club, en la taberna, etc.

Nuestro pueblo cambia, y cambia rápidamente; se nota en él un sentimiento de orgullo muy marcado, que por desgracia no viene aparejado de una sensible modificación en sus hábitos económicos y morales; se

*Extractado del Volumen *Conferencias sobre Economía Social*, dictadas en la Universidad Católica, Santiago, Imprenta Chile, 1918, pp. 114 y siguientes.

viene formando y consolidando cada día con mayor fuerza el espíritu de clase, desarrollándose a la vez el sentimiento de solidaridad, cuya manifestación más tangible es el sinnúmero de asociaciones obreras y gremiales.

Si se tiene la curiosidad de leer la página de los periódicos en que vienen los anuncios de las sociedades obreras, se verá que su número crece de día en día y que las asociaciones tienden a agruparse para formar núcleos más numerosos.

Esa solidaridad de que acabo de hacer mención se ha exteriorizado en repetidas ocasiones, cuando se han producido huelgas en determinadas industrias, logrando atraer a su movimiento a diversas colectividades obreras no afectadas y que nada tenían que ver con la causa de dichas huelgas.

Recordemos de paso algunos de esos movimientos: tomemos por ejemplo la huelga de los mecánicos de los ferrocarriles, que arrastró a casi todos los proletarios de Santiago y que produjo los acontecimientos violentos y turbulentos de Octubre de 1905; recordemos la huelga de los lancheros de Valparaíso, a la cual se asociaron las masas populares del puerto y llegaron hasta el incendio de grandes y valiosas propiedades; no olvidemos la verdadera sublevación de Iquique promovida por los trabajadores de las salitreras y que comprometió a los operarios de aquel gran centro industrial, el cual se vio amenazado en tal forma que la autoridad militar tuvo que intervenir de la manera enérgica que todos conocemos.

Es un error, a mi juicio, seguir creyendo que la clase popular de ahora es la que conocieron nuestros padres y abuelos: hay una diferencia muy grande entre una y otra.

El obrero no es ya el ser sumiso, manso y obediente a sus patrones; es el individuo que discute de frente, casi siempre con altanería y que a la menor observación responde con el consagrado me voy, o con la amenaza de la huelga, o con la intimidación, que ya empieza a oírse, de »echarlo al diario«, cuyo poder cree enorme.

Yo he recorrido bastante el Viejo Mundo y he vivido bastante tiempo cerca del obrero europeo, y puedo asegurar que el respeto a los patrones y a la autoridad es muchísimo mayor en aquellos pueblos que en el nuestro. No me refiero a lo que podría significar un estado de mayor cultura en cuanto a modales o a lenguaje; sino al modo de ser que refleja los sentimientos normales de las masas populares europeas. Y no es que el sentimiento de la dignidad humana y el concepto de los derechos del proletario sean menos intensos en aquellas viejas sociedades, sino que allá se les hace valer respetando más la dignidad y los derechos del capitalista o patrón.

El extranjero que se radica en Chile hace siempre la observación que yo vengo haciendo, esto es, que nuestro pueblo es mucho menos respetuoso que el europeo. Y es natural que así sea: las ideas de igualdad y los derechos del proletariado están cayendo en un terreno tosco y sin preparación; esas semillas han germinado junto con las malezas y zarzas del alma

popular chilena, y esa igualdad y esos derechos salen a la superficie confundidos con la idea falsa de que la igualdad es hermana de la altanería u orgullo, y que los derechos se obtienen con el desprecio de los deberes propios y el desconocimiento de los derechos ajenos.

El alma popular nacional está inculta, y es indispensable que la clase dirigente se preocupe seriamente en cultivarla, pues las ideas modernas del proletariado pueden transformar fácilmente a un pueblo que no tiene suficiente discernimiento para distinguir lo lícito de lo ilícito en las llamadas reivindicaciones sociales de los proletarios.

Si debiera decir con franqueza las causas que vienen originando esta modificación del modo de ser de nuestro pueblo, yo las concretaría en tres: la propaganda antirreligiosa en la escuela, en la prensa y en la política; la propaganda de tendencia socialista, disfrazada aquí generalmente con el nombre de demócrata; y finalmente, el olvido y descuido de las clases dirigentes respecto del estudio de la situación, necesidades y legítimos derechos del proletariado.

He dicho que entre las causas que han dado origen a esta tendencia popular que vengo analizando, figuran el descuido y el olvido de las clases dirigentes respecto del estudio de los problemas populares. No me refiero, por cierto, a las obras propiamente de caridad y de instrucción, en las cuales la sociedad chilena, desde los albores de nuestra independencia, con la Sociedad de Dolores, ha continuado sin cesar haciendo el bien al menesteroso y al que sufre.

Pocos países del mundo pueden exhibir, como el nuestro, el hermoso cuadro de la dirección de los asilos y hospitales nacionales, administrados y costeados en su mayor parte por la clase dirigente y a los cuales consagra casi todo su tiempo.

Tampoco trato de la caridad de la mujer chilena en las obras protectoras de la infancia, patronatos, escuelas, asilos, etc.

Mis observaciones van encaminadas principalmente a aquella gran porción de nuestra clase dirigente que, por su situación económica, social y política, ha tenido y aún conserva esa gran influencia social que dan en nuestra vida moderna la fortuna, el saber y aun la sangre, por más democráticos que nos consideremos todos.

El gran sociólogo Federico Le Play llamaba a esa categoría social en las democracias modernas con el nombre de «autoridades sociales», por cuanto reconoce en ellas el deber de educar y de formar a las clases inferiores, para lo cual han de preocuparse constantemente del estudio de su situación y del mejoramiento de sus condiciones de vida intelectual, material y moral; pero reconoce a la vez que esas autoridades sociales tienen el derecho de hacerse respetar y obedecer por las clases inferiores.

La clase dirigente en nuestro país, debo decirlo con franqueza, no se ha preocupado nunca del estudio de los problemas populares. Estos la van sorprendiendo poco a poco; nota que el pueblo cambia y que se le va de la

mano, aun en los campos; ve que el proletariado se encamina por sendas tortuosas hacia el porvenir; pero ella sigue creyendo que está viviendo todavía en medio del pueblo de cuarenta o treinta años atrás; se ha acostumbrado a considerarse a sí misma intangible en su situación, y piensa que el pueblo permanecerá como antes, tranquilo, sin exigencias y totalmente subordinado a sus patrones.

Y todo esto va cambiando. No ha reparado nuestra clase dirigente en que las ideas democráticas modernas respecto de derechos verdaderos o supuestos del proletariado, vienen cayendo sin cesar sobre nuestro pueblo, el que las acoge sin reparo y con su criterio incipiente, queriendo verlas pronto convertidas en realidades, por más utópicas e insensatas que ellas sean.

No ha reparado tampoco la clase dirigente en que la difusión de la lectura viene levantando un poco el nivel intelectual del pueblo y sugiriéndole cierta especie de estimación propia y cierta independencia individual; y que asimismo van naciendo en él necesidades que antes no sentía, pero que ahora no sólo las siente, sino que también quiere verlas satisfechas.

Nuestra clase dirigente y la juventud que de ella sale han dejado al pueblo demasiado abandonado a su propia suerte, sin mantener con él ese trato familiar, casi paternal que debiera haber existido entre una aristocracia o plutocracia de mucho poder real y social y una democracia de escasa instrucción y de poquísima educación. Los vínculos patronales de protección y de educación de los sentimientos y costumbres populares no sólo domésticos y sociales, sino también de ilustración política, han sido, a mi juicio, muy fríos, y esa frialdad ha traído, sin duda, por consecuencia el estado social que contemplamos, en el que los de abajo miran con recelo a los de arriba y que se traduce políticamente en la existencia de una mayor representación parlamentaria de las clases populares y la consiguiente elección de personas salidas de su propio medio social.

Yo no pretendo entrar a analizar, dentro de un curso universitario de Economía Social, la parte política del movimiento o los rumbos políticos del proletariado; pero tengo que tomar los hechos como se presentan, para hacer notar que si Chile, en el concepto social, es un país en que las clases dirigentes están a un nivel económico e intelectual muy superior al del proletariado, y que esa situación corresponde al estado natural de una nación joven, de escasa ilustración y de poca economía popular, este país es al mismo tiempo una democracia absoluta, absolutísima, en que el gran número de ésta puede supeditar por completo a las clases dirigentes que hasta ahora han gobernado el país.

De aquí fluye, como consecuencia natural y lógica, la necesidad absoluta que tienen las clases superiores —no por razón de defensa social, sino como cumplimiento de un deber cívico y cristiano— de acercarse al pueblo, de estudiarlo, de conocer sus necesidades, de darse cuenta de sus aspiraciones y encauzarlas para que se mantengan dentro del orden social de la riqueza y de la situación natural de nuestro joven país; y todo

ello, a fin de que la democracia no se sienta abatida y humillada, sino ayudada, socorrida y dignificada por las clases superiores.

Es preciso, pues, que los problemas modernos que interesan al proletariado del mundo entero y que en cada país tienen su forma especial por razón del estado social de cada uno, sean atendidos y estudiados con espíritu de justicia y caridad por las clases dirigentes, sin aplazarlos indefinidamente o para cuando el pueblo se haga más exigente, a medida de su instrucción, de su número, de su cohesión y su fuerza.

Yo resumo mi pensamiento diciendo que, dado nuestro actual estado social y considerando, desde el punto de vista económico, la positiva y enorme superioridad de las clases altas respecto de ilustración, educación e influencia real en nuestra vida nacional y que, no obstante la notoria falta de cultura del pueblo, cuya mayor parte es todavía analfabeta, vivimos dentro de un régimen legal democrático absoluto, existe, por tales razones y socialmente hablando, una situación de desequilibrio latente, que puede ser origen de serios conflictos sociales para lo futuro, si las clases altas no adoptan oportunamente las precauciones necesarias para conjurarlos. Y esto lo deben hacer no por el interés de conservar una situación en cierto modo privilegiada, sino como el cumplimiento de los deberes que impone al hombre rico y al ilustrado su situación de holgura y educación superiores, como tuve ocasión de exponerlo detalladamente en mis primeras lecciones.

Por otra parte, es preciso tener presente que, sobre todo en los grandes centros urbanos e industriales, la clase proletaria quiere obrar por sí misma y no por imposición; que ve con cierto agrado que se la trate con familiaridad, que se la instruya, se la eduque y se la considere como verdadera hermana, con afecto y con caridad, no con desdén y menosprecio, y menos como un simple instrumento del capital o de la voluntad que la supedita.

Hay una gran porción de la clase obrera, de evidente superioridad intelectual y moral sobre el resto de ella, que tiene conciencia de su propia situación, de sus deberes y derechos; a esta nueva clase obrera que se levanta es necesario no abandonarla; por lo contrario, hay que apoyarse en ella como sobre un buen pilar del orden y de la paz sociales. Esa nueva rama obrera es la que se forma en los centros de las obras sociales católicas, en las que se practica la verdadera democracia cristiana, que levanta a los hombres sin hacerlos orgullosos ni envidiosos y que los doblega sin convertirlos en rastrosos y abyectos. En esos centros se va formando, en efecto, una nueva generación de hombres de trabajo, cultos, ordenados, cristianos, en suma, de ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes peculiares.

No nos imaginemos que el elemento social chileno está compuesto únicamente de grandes y chicos, de ricos propietarios y de proletarios. Existe en nuestra organización social, como en todos los países del orbe, una clase intermedia a la cual se da habitualmente el nombre de burguesía

o clase media y cuyo origen, en general, es el resultado de la selección y del éxito económico del trabajo y de la inteligencia de la clase obrera.

Esta burguesía, que en otros pueblos, como Estados Unidos, Francia y Alemania, es la clase industrial por excelencia y el gran elemento, por tanto, del progreso y de la paz social —porque el industrial es forzosamente hombre que ama el orden— en nuestro país, más que la sed de trabajo, tiene la pasión de la instrucción, de la empleomanía, de los títulos profesionales y de la política.

Esta sed de instrucción de la clase media y su vehemente anhelo por los títulos profesionales van formando en Chile una burguesía intelectual —¿por qué no decirlo?— superior a la aristocracia o plutocracia intelectual, y de ahí proviene naturalmente el avance político de la burguesía en nuestro país.

La tendencia general de la burguesía chilena no es hacia la industria y el comercio, sino más bien hacia las profesiones liberales y hacia la política, que no son factores de prosperidad para el país. Véase, en comprobación de este aserto, el escaso número de titulados industriales y el exorbitante de profesionales que muestra la estadística de la instrucción nacional.

No existe en nuestra burguesía ese espíritu de unión, de asociación y cooperación que vemos exuberante en otros países; nuestros burgueses viven aislados, sin ningún contacto entre ellos, como recelándose mutuamente, sin pensar que la asociación les daría las fuerzas y los elementos de que carecen.

Finalmente, nuestra clase media vive en cierto estado como de disgusto constante con los que están más arriba, y muy separada, casi alejada del pueblo, por el cual es generalmente menos querida y respetada que la clase alta. El pueblo la considera como más orgullosa y altanera que la aristocracia, y no dispensa jamás a aquel que habiendo sido de los suyos, haya pasado a la categoría de la clase media.

La burguesía chilena tiene y tendrá un gran rol social que desarrollar, como elemento de progreso y de paz; tiene que ser el eslabón que una los extremos de la cadena de la fortuna y —debemos decirlo— puesto que es un hecho social, de la sangre del país. Es una clase social de nueva formación y de reproducción constante; por tanto, es necesario que los que se preocupan con las cuestiones sociales, presten su atención decidida a los múltiples y variados problemas que a ella le interesan, entre los cuales, para no enumerar sino unos pocos, allí están la habitación y la pequeña propiedad urbana y rural, el crédito bancario, las cooperativas, las sociedades mutuales, las de seguros, la instrucción técnica, comercial e industrial, etc.

Nuestra burguesía o clase media no tiene la consistencia social de clase que tiene en otros pueblos, en los cuales constituye una verdadera jerarquía, respetada por los que están un poco más elevados y por los que están más abajo en la escala de las reales desigualdades sociales.

La clase media tiene sus necesidades, a veces más urgentes y premiosas que las de la clase baja, y esas necesidades son tanto más dignas de atención cuanto están generalmente ocultas y no se las quiere exhibir, sea por orgullo, sea por dignidad. Hay problemas sociales relativos a la clase media tan interesantes y dignos de estudio y solución como los de las clases proletarias, y es preciso reconocer que no siempre se les ha prestado la atención que merecen.

He procurado en esta lección hacer un bosquejo de la situación del medio social de nuestro país. He hecho ver que, si en política tenemos un régimen democrático absoluto, ese régimen no corresponde al estado económico, físico e intelectual de nuestra democracia, que en bien poca estima tiene sus derechos, pues los pone a precio cuando para ello se le presenta ocasión.

He demostrado con cifras que enfrente de esa gran democracia hay una limitada aristocracia u oligarquía, propietaria de la riqueza inmobiliaria y mobiliaria, cuya influencia natural y lógica se ha hecho sentir con fuerza preponderante en nuestra vida nacional, pero que ya empieza a debilitarse por el auge de las ideas modernas que han invadido al proletariado del mundo entero y consiguientemente al nuestro.

He pasado en revista rápida algunas de las manifestaciones del cambio que se viene notando en los sentimientos y en la mentalidad de nuestro pueblo, y he analizado someramente las causas de esa transformación.

Finalmente, he hecho un ligero examen de la clase media de nuestro país.

Como consecuencia final de esta pesada lección, se desprende un hecho concreto, y es que si el estado general de la riqueza privada y de la ilustración y educación establece una situación de superioridad de la clase alta sobre las inferiores, aquélla, si quiere conservar su influencia legítima sobre éstas, debe acercarse a ellas, tratarlas con familiaridad, estudiar sus necesidades y procurar remediarlas, sea por la acción privada, sea por la pública; debe ilustrar la inteligencia y educar la conciencia popular, reconociendo los derechos de la democracia y excluyendo la idea de que la mentalidad y los sentimientos populares son los mismos del tiempo pasado.

En conclusión, debemos deducir de la existencia de esa gran democracia política, analfabeta, de escasa cultura, poco económica, nómada y fácil de ser conducida de un lado a otro y propensa a aceptar cualquiera idea que la halague y le prometa construir castillos en el aire; debemos deducir, digo, la necesidad de educarla a fin de que el ejercicio de sus derechos políticos se desarrolle en forma consciente y ordenada. Porque si la clase dirigente no se apresura a cumplir los deberes que en esta materia le corresponden, no debe extrañarle el que, en una época próxima tal vez, esa democracia llegue a imperar sin contrapeso en la administración y en las leyes del país.

Cambios en las condiciones sociológicas*

1. Con la adquisición de Tarapacá se inicia para el Fisco chileno un período de desahogo. El impuesto al salitre, cuyo rendimiento aumenta paralelamente al mayor consumo de este abono, le permite subvenir a las crecientes exigencias de la administración pública impuestas por el desarrollo del país, sin necesidad de elevar las contribuciones existentes ni de crear otras nuevas.

De este cambio en la situación financiera fiscal ha tomado pie una teoría, aceptada hasta hoy sin contradicción por la unanimidad de nuestros intelectuales, que explica por el desequilibrio entre la riqueza fiscal y la fortuna privada, las perturbaciones morales que el alma chilena ha experimentado en los últimos años.

No es difícil señalar el origen de este exagerado concepto sobre la influencia que el impuesto al salitre ha ejercido en nuestra crisis moral.

Para modificar los hábitos y tendencias del alma colectiva, todo factor necesita accionar en un mismo sentido durante largo tiempo. Todo cambio ha sido precedido invariablemente de un trabajo psicológico silencioso y lento, desarrollado con mucha anterioridad a sus manifestaciones aparentes. Lo propio ocurre en las reacciones. Para que la alteración de un hábito y aun de un rasgo del carácter repercuta sobre otros, es menester que medie la influencia prolongada durante algún tiempo.

Ahora bien, entre los que han escrito sobre nuestra crisis moral y sus graves repercusiones de carácter económico ¿ha habido quien se haya tomado el trabajo de concordar en el tiempo del advenimiento de la riqueza salitrera con las acciones y reacciones sobre el alma nacional que se le atribuyen? No lo creo, porque esta sencilla concordancia habría despertado las sospechas, aun de personas enteramente ajenas a los estudios psicológicos. La metamorfosis súbita de un pueblo, hoy sobrio, laborioso, ordenado y sano, que mañana despierta derrochador, desmoralizado y herido hasta en el más vital de sus instintos, el de la nacionalidad, no repugna menos al buen sentido de todo escritor sensato que al criterio del sociólogo, familiarizado con los fenómenos de esta índole. En mi

*Francisco A. Encina: *Nuestra inferioridad económica*, Editorial Universitaria, Santiago 1955. Extractos de los capítulos IX y X, pp 86 y 126. (La primera edición se publicó en 1912).

concepto, ha habido más que ignorancia, distracción intelectual en nuestros aficionados a estudios sociales. Repitieron sin examen, lo que la opinión pública venía repitiendo, también sin examen, desde tiempo atrás.

Es fácil demostrar que todos los cambios en las ideas y sentimientos de la colectividad de que derivan las perturbaciones morales que hoy nos alarman, estaban producidos con bastante anterioridad a la guerra del Pacífico;

Las grandes causas de esos cambios son las modificaciones en las condiciones sociológicas de que habré de hacer caudal en los dos números siguientes: la educación y el contacto más intenso con Europa. La educación en cuanto, omitiendo ennoblecer el ideal económico, dar la educación moral, la del carácter y en general la de todas las aptitudes que emplea el hombre de negocios y la enseñanza técnica, hizo al chileno inepto para la actividad económica; y acrecentó el desprecio por el trabajo manual, por el comercio y por la manufactura que, como ocurre en todos los pueblos mal evolucionados, aún circulaba por nuestras venas. La propia educación y el contacto intenso con Europa, en cuanto estimulando la extraordinaria capacidad de imitación pasiva de todo pueblo atrasado, nos refinaron violentamente, despertando grandes deseos de consumos, sin darnos los correspondientes deseos y capacidades de producción y rebajaron la moralidad en la misma medida en que desequilibraron el alma nacional.

2. En Chile, lo mismo que en las demás repúblicas hispanoamericanas, el deseo de imitar a los países europeos y de nivelarse con ellos, germinó junto con la idea de la independencia, o para hablar con más exactitud, fue uno de los móviles de la emancipación. Entre los elementos directivos se produjo, desde los albores de la República, dualidad de criterio en cuanto al camino que convenía seguir para llegar a la meta. La juventud ardorosa e irreflexiva, que no se resignaba a la evolución lenta y gradual; y algunos ideólogos como Infante y Lastarria, reacios a la observación, con una ingenuidad que no excusan los tiempos creían que el simple advenimiento de la libertad, la copia de determinadas instituciones y la difusión de la enseñanza borrarían en corto plazo los abismos que mediaban entre las jóvenes nacionalidades derivadas de España y las viejas civilizaciones europeas. Los espíritus observadores como Portales, Montt y Varas, en quienes el apego a los hechos, el sentido innato de la realidad, constituían una especie de instinto científico, fiaban menos en las mágicas virtudes civilizadoras que la filosofía de la época atribuía a la libertad y a las instituciones, y no aceptaban, sin beneficio de inventario, las excelencias de la enseñanza. Anticipándose en medio siglo a la sociología comprendían que lo esencial era modificar paulatinamente las ideas y sentimientos de la colectividad, estimulando un desarrollo uniforme de las fuerzas materiales, morales e

intelectuales. Pero unos y otros perseguían un mismo ideal: la nivelación con las civilizaciones europeas.

Se engañaría mucho sin embargo quien, juzgando por este deseo de nuestros dirigentes, creyera que la influencia de la civilización europea pesó con fuerza sobre el alma chilena desde la independencia.

La sugestión producida por el contacto intelectual, por la fuerza de las cosas, quedó al principio limitada a los políticos y a los escritores; al deseo de copiar las instituciones y la literatura. Sólo mucho más tarde, por una larga serie de acciones y reacciones alcanzó al temperamento y al carácter de la raza.

En cuanto al contacto social propiamente dicho fue en el primer tiempo poco frecuente y poco íntimo. No obstante la proximidad y el fácil acceso al mar de todo el territorio chileno, la distancia y los medios de que en aquella época disponía la navegación, nos mantuvieron en relativo aislamiento.

El alma nacional continuó por cerca de medio siglo su desenvolvimiento, espontáneo. Las ideas y pasiones heredadas de las razas progenitoras y los hábitos adquiridos durante tres siglos de vida común, sometida a los mismos medios y a la misma historia, continuaron regulando la vida privada e informando en lo sustancial la actividad cívica.

Este orden de cosas sufrió una modificación trascendental durante la segunda mitad del siglo pasado. Los mismos agentes que hasta entonces habían mantenido entre nuestra civilización y la europea un contacto débil y de escasa importancia sociológica, sirvieron de vehículo a un contacto intenso, que marca el advenimiento de un nuevo factor destinado a influir pesadamente en nuestra evolución.

El primero de estos agentes es el extranjero que afluye a nuestro país. Viene como jefe o como empleado de empresas comerciales y en menor número de empresas mineras. El bracero, sobre llegar en corta cantidad, después de algunos meses, se hace comerciante o trasmonta los Andes.

La esfera de acción del industrial extranjero, cuarenta años antes limitada a una que otra casa comercial mayorista, en el último tercio del siglo XIX abarca ya todo el campo de la actividad comercial, fabril y minera.

Durante la primera mitad del siglo pasado, el organismo social absorbió con relativo vigor estos elementos extraños que aisladamente se ponían en contacto con él; pero a medida que aumenta su número y que se canaliza su actividad en la minería y en el comercio, la absorción se debilita hasta llegar casi a desaparecer en las postrimerías del siglo.

La influencia económica del industrial y del comerciante extranjero, aquí como en todos los pueblos atrasados y de desarrollo débil, se tradujo en los fenómenos ya conocidos de estímulo a la actividad productora y de desplazamiento del nacional. Su influencia sociológica aportó un valioso contingente al fenómeno de la subordinación de nuestra sociedad a las civilizaciones europeas, como habrá de verse un poco más adelante.

Paralelamente al crecimiento del predominio minero y comercial del extranjero no absorbido, la influencia del pensamiento europeo, limitada al principio, como se ha dicho, a un corto número de espíritus escogidos, se extiende a la sociedad entera. El libro extranjero, sobre todo el de origen francés, constituye el único alimento intelectual. Nutre al maestro; guía los primeros destellos de la inteligencia del niño; llena las horas de ocio del adulto; e informa hasta en sus menores detalles la obra del político, del literato y del periodista.

Al calor de esta influencia nació una actividad intelectual que recuerda a la precursora del Renacimiento. Los chilenos de la segunda mitad del siglo XIX imitan la producción intelectual europea con el mismo esfuerzo penoso, con la misma inhabilidad que los precursores italianos y franceses de los siglos XIV y XV, las obras de la antigüedad grecorromana. Nuestra mentalidad, sin fuerzas y sin valor para aducñarse de los métodos científicos y de los procedimientos artísticos y literarios para hacer obra propia, se limita a repetir lo que otros pensaron y sintieron. Cierra asustada los ojos delante de la percepción directa de la realidad. No concibe la verdad y la belleza sino revestidas de la expresión o forma que les dio el pensamiento extraño. La palabra de toda eminencia europea llega a ser verdad de fe que se acepta sin examen. El aficionado a estudios sociales se explica ideológicamente los fenómenos con arreglo a tesis preconcebidas formadas en la lectura servil del autor A o B. El político copia, sin consideración ni al estado social ni a las peculiaridades nacionales, todo cuanto lee en los programas de los partidos o en los discursos de los estadistas extranjeros. Si se exceptúan *Los recuerdos del pasado*, obra en que se vacía el alma de nuestra raza a mediados del siglo XIX, y uno que otro trabajo de menor aliento, nuestra producción literaria sólo tiene de nacional los nombres de los personajes y de los lugares y las descripciones de algunas escenas de la vida chilena. La trama íntima, las ideas y sentimientos que la animan, son exóticos; lo mismo que el corte o forma que la moldea reflejan la sugestión de civilizaciones extrañas.

De esta suerte, la producción intelectual chilena pesó sobre el alma nacional en el mismo sentido que el pensamiento extranjero obró como auxiliar de la influencia que le dio vida.

El tercer factor del contacto entre el viejo mundo y las jóvenes nacionalidades americanas lo constituye el viajero.

A medida que las comunicaciones marítimas se desarrollan, el chileno va a Europa, en viaje de placer o de estudio, con creciente frecuencia; y en corto número, se establece definitivamente en las grandes capitales, sobre todo en París.

El hispanoamericano que recorre Europa y se radica en ella por algunos meses o años, no recibe en toda su amplitud la influencia intelectual y moral de las sociedades que visita. Con excepción de los rarísimos aficionados a estudios sociales, sólo se pone en contacto con los monumen-

tos, con los edificios y con algunas manifestaciones artísticas, como el teatro, la pintura, la escultura, el vestuario, el menaje, la etiqueta. La verdadera influencia social, la que va más allá de la corteza, la que alcanza al ser moral e influye en los ideales de la vida, la recibe de un medio sui generis, muy distinto de las sociedades francesa, inglesa, italiana, alemana, etc., el de los trasplantados parisienses.

El ansia de goces materiales, los deseos de lustre y de ostentación, los atractivos del lujo, de la cultura y del refinamiento y las desilusiones de la vida, reúnen en París un abigarrado conjunto de extranjeros llegados de los cuatro puntos cardinales. Desde el noble ruso hasta el general hispanoamericano, arrojado del Gobierno y del país por una revolución; desde la mujer elegante y frívola, que exhibe su gracia y sus joyas, hasta el industrial enriquecido, que busca un barniz de cultura social para él y para su familia; desde el joven heredero que derrocha la fortuna y la salud en groseros placeres materiales, hasta el intelectual refinado que no soporta el ambiente sano, pero tosco de su patria, va una gama extensa de temperamentos y de caracteres aparentemente inconciliables.

Este conjunto heterogéneo tiene, sin embargo, un alma definida, si se quiere, cuya característica más saliente es la ausencia de todas las grandes fuerzas morales que constituyen el nervio de las sociedades, la piedra angular de las civilizaciones: pero alma que informa un medio social propio y que ejerce una enérgica sugestión sobre los elementos que se le acercan. El placer como objeto y fin de la vida; el refinamiento, la elegancia, la alta procedencia social y la fortuna, como únicos valores; el traje, el cultivo de las relaciones sociales, el teatro y otras reuniones con pretextos religiosos o mundanos, como empleo del tiempo; el desprecio por los deberes de ciudadano, el descastamiento y la repugnancia por los esfuerzos y sacrificios que imponen los grandes objetivos de la vida: tal es la idiosincrasia moral del medio que envuelve la permanencia en el extranjero, del chileno que desde 1860 en adelante viaja con relativa frecuencia por el Viejo Mundo.

Por medio de estos tres agentes tomó paulatinamente cuerpo un contacto intenso entre nuestra civilización y la europea, hasta mediados del siglo, aisladas por la escasez de comunicaciones.

Dado el desigual estado de desarrollo de las sociedades en contacto, las consecuencias no podían limitarse al simple intercambio de ideas científicas o artísticas, que las peculiares condiciones en que se desenvuelve la civilización occidental contemporánea, determina entre los distintos pueblos que de ella forman parte. En efecto, en lugar de los vínculos de solidaridad o europeos entre sí, se desarrolló un proceso de subordinación de nuestra sociedad a los núcleos más civilizados y fuertes, en cuyo contacto se encontró.

El comerciante extranjero, para realizar sus fines de lucro, estimuló los consumos de artículos exóticos, y moldeó nuestros gustos en armonía con su interés, despertando nuestra admiración por las producciones de

las economías extrañas. El libro europeo despertó, a su turno, la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y, en general, por la civilización, de la cual era él mismo un producto. Y por último, el viajero chileno difundió por ejemplo la admiración por el traje, por el menaje, por la etiqueta y por los mil detalles que el sociólogo engloba bajo el rubro de oropel social.

Esta admiración por civilizaciones extrañas, despertada por el contacto íntimo, no podía desarrollarse sino disminuyendo la vitalidad propia de nuestro organismo, sino cercenando sus fuerzas espontáneas de desarrollo.

En efecto, paralelamente al aumento del contacto, se produjo en el alma chilena una sugestión intensa. Poco a poco se subordinó a las civilizaciones más fuertes que la penetraron, no sólo en las artes y en las letras, como los pueblos europeos respecto a la civilización grecorromana durante el Renacimiento, sino en todas las esferas de la actividad. En el terreno económico, nuestros gustos, formados con arreglo a las necesidades de economía extraña, no crearon la necesidad de consumir sus producciones, encadenándonos a las exigencias de su expansión, aun a expensas de la propia. En el terreno político, la copia inconsciente de las instituciones y de las leyes ahogó el desarrollo espontáneo y torció los rumbos impresos por el genio nacional. Las propias bases de sentimiento y de pensamiento sobre las cuales descansaba nuestra sociedad tradicional, quebrantadas, cedieron, con lo cual lo que una civilización tiene de más íntimo, lo que no puede ser modificado sin hondas repercusiones, la urdimbre moral, quedó entre nosotros sometida a la influencia creada por la sugestión.

Esta subordinación de nuestra alma colectiva, como observaba hace poco, marca el advenimiento de un nuevo agente sociológico y un cambio trascendental en las condiciones en que venía desarrollándose nuestra evolución.

Desde 1870 en adelante, cesa en Chile el desenvolvimiento espontáneo. El progreso deja de ser el resultado de las fuerzas propias del organismo. Los cambios en las ideas, en los sentimientos, en las instituciones, en las costumbres, etc., son determinados por la influencia de la sugestión europea.

De este cambio, el más hondo que haya experimentado nuestra civilización, desde la formación de la raza, sin exceptuar la propia independencia política, derivan numerosas consecuencias sociológicas y económicas relacionadas estrechamente con los fenómenos que son objeto de este estudio.

3. A medida que las comunicaciones se perfeccionaron y la instrucción se extendió, se aceleró el éxodo de los habitantes desde los campos hacia las grandes ciudades. La necesidad de educar a la familia y los atractivos de una vida más refinada, arrancaron poco a poco al antiguo chileno de la casa solariega.

Las deficiencias de los censos antiguos hacen imposible un estudio rigurosamente exacto del movimiento de la población urbana y rural a través de las distintas fases de nuestro desarrollo; pero las comparaciones permiten constatar una acentuada concentración urbana en el centro del país, durante el último tercio del siglo XIX.

Este fenómeno no es en sí mismo sino la manifestación normal de una tendencia común a todas las sociedades civilizadas. Lo que lo hace interesante entre nosotros, son sus consecuencias económicas y sociológicas.

En los países fabriles, cuya actividad industrial ha alcanzado considerable desarrollo y cuya población tiene ya desenvueltas en alto grado las aptitudes para la vida manufacturera, el aumento creciente de las masas urbanas corresponde casi siempre a una necesidad económica real. El individuo acude a las ciudades solicitado por las necesidades del industrialismo. Al abandonar el campo, deja de ser agricultor y da a su actividad un nuevo empleo compatible con la vida urbana.

Entre nosotros las cosas pasaron de distinta manera. Estimulada artificialmente la concentración urbana por las sollicitaciones del refinamiento en una época en que la manufactura no existía ni podía existir, el agricultor no encontró desde el primer momento empleo para su actividad que se armonizara con su nueva vida. Inepto para las industrias fabriles, que por otra parte, cuarenta años atrás era imposible crear entre nosotros, continuó siendo agricultor. Siguió dirigiendo desde la ciudad las mismas explotaciones rurales en que antes se había ocupado. Se produjo así el ausentismo, o sea, el hábito contraído por los propietarios rurales, de residir en el pueblo confiando a empleados la administración de sus negocios agrícolas.

Sin hacer aún caudal de las consecuencias morales de este hábito, él ha sido uno de los factores que más ha contrariado nuestro desarrollo agrícola durante los últimos treinta años. Confiada la gran propiedad a empleados que, en la mayor parte de los casos, no tienen interés en mejorarla y en incrementar su producción cuando no a campesinos rutinarios, algunos fundos vinieron a menos; muchos han permanecido estacionarios; y todos han dejado de adelantar en la medida en que habrían progresado si sus dueños hubieran continuado residiendo en ellos después de la extensión del riel, de la difusión de la enseñanza y del avance de la civilización en general.

Más trascendentales aún han sido los efectos sociológicos de la concentración urbana.

Como tenía fatalmente que ocurrir, dadas las causas que determinaron entre nosotros la concentración urbana, en los primeros años, se realizó, casi exclusivamente, a expensas de la población rural en que la sangre española estaba más pura y la civilización más avanzada. Fueron los patronos, los individuos pudientes, los de mayor desenvolvimiento intelectual y moral, los que primero abandonaron los campos.

Esta selección habría sido perturbadora para el desarrollo de la civilización rural, aun en países normalmente constituidos. En países como el nuestro, cuyas capas están separadas por abismos, por fases enteras de la evolución social, y cuyos elementos superiores juegan un papel civilizador excepcionalmente importante, sus consecuencias tenían que ser fatales.

La gruesa masa de los campesinos cargados de sangre aborígen, privada de la eficaz influencia civilizadora que, por sugestión, habían ejercido los elementos superiores, hasta entonces en estrecho contacto con ella, no pudo proseguir la rápida evolución que venía realizando. Su desenvolvimiento moral sufrió serios quebrantos. Falto de guía, se desorientó, se detuvo y aun sufrió regresiones. El campesino no sólo no continuó su jornada hacia aspiraciones más nobles y hacia una vida más regular y holgada, sino que retrocedió moralmente. Se hizo más perezoso, más borracho y más inexacto, cuando no ladrón o bandido.

Los servicios municipales, la administración de justicia de menor cuantía y la seguridad, se resentieron. Antes que el desgobierno y el desquiciamiento administrativo hicieran sentir sus efectos, ya la ausencia de los elementos más civilizados y más morales había engendrado en los campos el desarrollo del robo y del salteo, la relajación de la justicia, el abandono de los caminos, etc.

Por su parte, los patronos, si bien recibieron la enérgica acción civilizadora de la ciudad, si subió indudablemente su cultura intelectual, no escaparon a la regresión moral transitoria que siempre sigue al cambio violento de los hábitos tradicionales. Como habrá de verse más adelante, el despertar del gusto algo adormecido por la ostentación, las joyas y las construcciones rumbosas, no fue extraño a la concentración en la ciudad de masas de agricultores ociosos.

Sus hijos, demasiado elegantes y refinados para soportar el ambiente rudo y polvoriento del campo e inutilizados para la actividad fabril por nuestra enseñanza, han suministrado un abundante contingente al profesionalismo y a la empleomanía.

La concentración urbana, que es uno de los más poderosos factores del desarrollo de la civilización, a consecuencia de nuestra originalísima constitución étnica y de otras peculiaridades nacionales produjo, pues, algunas perturbaciones transitorias, cuyos efectos económicos fueron el debilitamiento de nuestro desarrollo agrícola, ya quebrantado por la naturaleza de nuestro territorio y por el gran descenso de precios que los productos de la agricultura experimentaron en el mercado universal; y su contribución al desarrollo del lujo, del profesionalismo y de la empleomanía.

En cambio, es hoy un factor muy favorable para nuestra futura expansión fabril.

4. A pesar del gusto por el atavío y la ostentación que el chileno manifestó cada vez que los auges de la minería o de la agricultura derramaron

abundancia y bienestar, hasta el último tercio del siglo XIX la vida fue entre nosotros sencilla y barata.

El aislamiento en que permanecemos respecto de las civilizaciones refinadas y el hábito, bastante generalizado entre los antiguos propietarios rurales, de residir en sus fundos, mantuvieron adormecida la inclinación al lujo. Los palacios y los mobiliarios suntuosos eran contados. El traje y la vida social, no tenían ni aproximadamente las costosas exigencias de hoy. El consumo de mercaderías extranjeras era limitadísimo. »Las únicas prendas de vestir que se venden públicamente en Chile —decía en 1822, María Graham— son zapatos, o más bien zapatillas y sombreros. Esto no quiere decir que no se puedan comprar también género de Europa o vestido para las clases superiores. . .« »Es que las gentes del país conservan todavía la costumbre de hilar, tejer, teñir y hacerse todas las cosas para su uso en su misma casa, excepto los zapatos y los sombreros«.

Estos hábitos se modificaron con mucha lentitud durante los dos primeros tercios del siglo XIX. Todavía entre 1860 y 1870 nuestra sociedad se diferenciaba poco del pueblo patriarcal que pintó la célebre viajera inglesa. Aludiendo a los barrios elegantes y a las gentes acomodadas en esa fecha, dice un observador perspicaz: »La gran mayoría de las casas era de un solo piso al nivel del suelo, o con una o dos gradas de elevación. El material que se empleaba era de adobe, que se enlucía y blanqueaba después. . .«, »por la mañana no se andaba sino de manto y se estaba después en la casa con vestidos hechos en la familia con ayuda de las criadas«.

Así se explica cómo, a pesar de nuestra escasa capacidad productora, de nuestra desidia en la conservación de los objetos y de nuestros hábitos de despilfarro, pudimos en esa fecha crecer con rapidez, mantener equilibrados nuestros cambios y vivir con relativo desahogo.

Pero a medida que la enseñanza y el contacto con Europa nos refinaron y la concentración de los agricultores en las ciudades encendió la emulación, se desarrolló el afán por los grandes palacios, por los menajes soberbios, por las joyas y por el lujo en todas sus formas. Padres de familia con más de diez hijos, cuya fortuna no excede de un millón de pesos, invierten seiscientos mil en palacio y menaje.

Por su parte, los viajes al extranjero y los nuevos hábitos de vida social imitados principalmente de los trasplantados parisienses, imponen también gastos crecidos.

Y el afán de la ostentación no ha quedado entre nosotros circunscrito como en París, a un pequeño grupo de familias ricas, en su mayor parte extranjeras, sino que se ha extendido, sobre todo en Santiago, a la sociedad entera. El rico derrocha casi todas sus rentas, y el pobre hace esfuerzos supremos por seguir un tren de vida que no guarda armonía con su fortuna.

Al aumento en los consumos determinado por el ansia de brillo, se une otro que, como él, deriva también de la educación de nuestros gustos por la enseñanza y el contacto.

Como se recordará, al hablar de la lucha económica entre las sociedades humanas, hice notar que la sugestión es el arma más poderosa que los pueblos superiores emplean para dominar a los inferiores. Despertando su admiración, inconscientemente los obligan a consumir todo aquello que conviene a las necesidades económicas del superior, los convierten, por decirlo así, en clientes o satélites de su expansión.

Pues bien, la intensa sugestión que desde mediados del siglo XIX nos viene encadenando más y más estrechamente a Europa, ha creado en nosotros el hábito de consumir artículos de procedencia extranjera, no sólo en la satisfacción de nuestros lujos, sino también en las mil necesidades de la vida diaria. En la estadística de nuestras importaciones, al lado de los renglones útiles a la actividad productora, como el carbón, la maquinaria, etc., figuran con cantidades crecidísimas las mercaderías que, sin ser propiamente de lujo, están destinadas a llenar necesidades nuevas creadas por el refinamiento o necesidades antiguas que antes abastecía la producción nacional.

Tomando las cosas en un sentido absoluto, nuestro consumo irreproductivo no es exorbitante. Santiago queda a este respecto muy por debajo de Buenos Aires. Una familia de la clase media, no gasta en Chile más que en Inglaterra, bien que los desembolsos se realizan con objetos más frívolos.

Mas si relacionamos nuestros consumos con nuestra capacidad productora, la perspectiva cambia. El chileno, como se ha visto al bosquejar su psicología, tiene todavía mal desenvueltas y pésimamente educadas las aptitudes económicas. Sus grandes facultades naturales o están aún adormecidas o se esterilizan en gran parte faltas de dirección. Los elementos físicos por su parte, no sólo no suplen, como en otros países jóvenes, con su superabundancia de fuerzas los defectos de aptitudes de la población, sino que exigen, para ser fecundos, grandes capitales y grandes capacidades económicas. En sentido relativo, es decir, habida cuenta de nuestra capacidad de producción, nuestros consumos irreproductivos son hoy una verdadera sangría suelta, que debilita nuestra expansión económica y mantiene abatidos nuestros cambios internacionales.

El chileno lleva hoy una vida de estrecheces y de angustia. Sus hábitos de consumo y su capacidad de producción atraviesan por un desequilibrio agudo. Su actividad, su arte industrial, sus aptitudes productoras en suma han doblado; pero sus necesidades de consumo han cuadruplicado.

5. Otra de las consecuencias de los cambios en las condiciones económicas y sociológicas de nuestra evolución, es el desarrollo del parasitismo. En el último tercio del siglo XIX y en lo que va corrido del actual, ha crecido desmedidamente el número de individuos que, como los abogados, médicos, empleados públicos y ciertos intermediarios, viven a expensas de la colectividad sin concurrir eficazmente a la producción.

Entre 1830 y 1867 la Universidad tituló por término medio, dieciocho abogados por año; en los cuarenta años siguientes el número pasó

de sesenta y cinco; es decir, cuadruplicó, mientras la población no ha aumentado en más de sesenta a setenta por ciento. Lo propio ha ocurrido en las demás profesiones liberales.

El número de los empleados públicos ha crecido, por su parte, desproporcionalmente con relación a las necesidades de los servicios. Se han multiplicado las reparticiones administrativas y se ha aumentado la planta de empleados de las que existían, más en consideración a la pecha de los postulantes a ocupar los puestos, que a exigencias reales del desarrollo de la administración. Como en la Grecia de nuestros días, el reparto de los empleos públicos ha llegado a ser en la práctica, si no en la teoría, el número más real y efectivo del programa de los candidatos a Diputados o a Senadores y el anhelo más sinceramente abrigado por los partidarios. Políticos que vacilan delante de los desembolsos que requiere la construcción de los puertos, el complemento del equipo ferroviario y el saneamiento de las ciudades, dominados por la presión de los partidarios y por el medio moral que los envuelve, no retroceden delante del aumento de los empleados públicos innecesarios.

Los individuos que no alcanzan empleos de planta, recogen las migajas del presupuesto fiscal por medio de las jubilaciones, de las pensiones y de los contratos y comisiones para los objetos más variados, o enteran los días voltejeando en rededor de los personajes influyentes, mientras les llega su turno.

Por último, el gremio de los intermediarios, desde el aristócrata corredor o comisionista, hasta el humilde chalán de puercos o de otras menudencias análogas, ha crecido en proporción que no guarda armonía con la potencia económica del país.

Las causas inmediatas de este fenómeno son, como ya lo anticipé al hablar de sus consecuencias económicas, algunos rasgos psicológicos que accionan y reaccionan entre sí haciendo recíprocamente de causa y de efecto: la admiración por las profesiones liberales, el desprecio por el trabajo manual, por el comercio y por las industrias fabriles, y la ineptitud comercial e industrial. Pero sus causas mediatas, o sea, el origen de los factores que lo determinan, derivan, en gran parte, de las tendencias y vacíos de nuestra enseñanza sistemática y de nuestro estado de civilización a la fecha en que principió a ejercer su influencia.

6. Entre las consecuencias de los cambios en las condiciones sociológicas de nuestra evolución que han repercutido más enérgicamente sobre nuestro desarrollo, debe contarse, también nuestra crisis moral.

No pasó por la mente de Lastarria, de Amunátegui, de Barros Arana, ni por la de ninguno de los escritores y educacionistas de las dos generaciones precedentes, el temor de que la penetración íntima de nuestra alma por civilizaciones extrañas, pudiera ser causa de graves perturbaciones morales. Creían, con la filosofía de su época que el andamiaje de la sociedad tradicional, podía ser reemplazado impunemente por

remedos de las sociedades europeas. Confiaban en que el resultado de este cambio sería una simple aceleración del progreso. No tomaron, pues, en los rumbos impresos a la educación las precauciones que habrían podido atenuar notablemente los hondos trastornos morales que de él iban a derivar.

Como ya se ha visto, la influencia de las civilizaciones europeas, tardó bastante en penetrarnos íntimamente. Entre los intelectuales de la generación anterior, tal vez es Barros Arana el más sugestionado; y, sin embargo, por poco que se ahonde en su psicología, se percibe que, más allá de la cultura científica y literaria netamente europea, está en toda su integridad moral el acervo de ideas y de sentimientos acumulados por el alma chilena en trescientos años de vida propia, realizada al amparo del aislamiento creado por la ubicación geográfica y la deficiencia de las comunicaciones.

Pero, cuando en el último tercio del siglo XIX las propias bases de sentimiento y de pensamiento sobre las cuales descansaba nuestra sociedad, minadas por la educación exótica en el interior y atacadas desde afuera por la sugestión cada vez más intensa de civilizaciones más fuertes, cedieron, el desenvolvimiento moral del pueblo chileno, que venía desde el origen de la raza, realizándose en condiciones excepcionalmente favorables, se hizo más lento, se detuvo en absoluto poco más tarde, y desde 1880 en adelante, experimentó una franca regresión. Se extendió rápidamente en la colectividad una postración, un malestar confuso y generalizado, cuyas líneas más salientes son el descontento, la falta de fe en el porvenir, la pérdida de los hábitos y tradiciones de gobierno y administración y una especie de desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

No es difícil señalar el origen de esta regresión, que se ha denominado la crisis moral de Chile.

La base, la piedra angular de la moral de toda sociedad, la constituyen las ideas y sentimientos tradicionales. Buenos o malos, sublimes o ridículos, para el crítico que los juzga por comparación con los de otros pueblos o con referencia a determinadas sectas religiosas o sistemas filosóficos, la experiencia social demuestra que no pueden ser quebrantados o modificados bruscamente, sin grandes trastornos morales. El advenimiento del cristianismo marcó para la humanidad un gran paso; y sin embargo, al quebrantar el patrimonio hereditario de la sociedad romana, influyó en la disolución del Imperio más que los latifundios, que los bárbaros y que la propia corrupción, con ser grande.

Ahora bien, la admiración por las civilizaciones europeas que el libro, la enseñanza y otros factores despertaron en nuestra sociedad, tenía fatalmente que debilitar nuestras ideas y sentimientos tradicionales. La admiración por lo extranjero disminuye, en igual medida, la admiración por lo propio. No se da impunemente una enseñanza calculada para enaltecer sociedades extrañas, en un pueblo joven sensible a

los efectos de la educación. El descontento de sí mismo, las dudas sobre el porvenir y aun el desprecio abierto por todo lo nacional, no se hacen esperar largo tiempo.

Nuestra sociedad, al pasar bruscamente del enclaustramiento colonial a un contacto íntimo con las civilizaciones europeas, experimentó, pues, un verdadero desquiciamiento de su antiguo andamiaje moral, por la socavación de las bases en que estaba asentado.

Nada vino a reemplazar el edificio derruido, porque las adquisiciones que hicimos por imitación, por ser exclusivamente intelectuales, fueron tan heterogéneas que su influencia moralizadora tenía fatalmente que anularse.

Voy a explicarme.

Los pueblos, como los individuos, tienen temperamento y carácter propios, que imprimen su sello personal y exclusivo a todas las manifestaciones de su actividad. No existen dos razas que piensen, sientan y obren exactamente igual. No obstante las tendencias cosmopolitas de la civilización contemporánea, el alemán, el inglés, el italiano, etc., conciben de una manera particular aun instituciones que, como la religión, la patria, la propiedad y la familia, constituyen las bases fundamentales de su civilización común.

Ahora, si de pueblos próximos, como los que acabo de recordar, pasamos a pueblos de civilizaciones distintas, como los indios, los japoneses y los austríacos, o a naciones que tienen una civilización común, pero desigualmente desarrollada, como Chile, Bolivia, Francia y Estados Unidos, sus ideas y sentimientos están separados, no ya por el sello que le imprime la idiosincrasia nacional, sino por verdaderos abismos. Son clásicas las ideas estafalarias que los indios educados a la europea se forman de la libertad y de otros conceptos igualmente familiares a los pueblos occidentales. Nada más interesante para el psicólogo que los remedos que nuestros literatos, políticos, pedagogos y periodistas hacen de las ideas, sentimientos e instituciones europeas.

Como consecuencia de esta diversidad de complejión intelectual y moral, los productos de una civilización no pueden ser asimilados por otra, sin amoldarse al carácter y al grado de desarrollo de esta última; y si, como ocurre en el caso nuestro, el alma nacional, enervada por la propia intensidad de la sugestión, llega a hacerse impotente para realizar la transformación, quedan las ideas y sentimiento imitados, faltos de armonía y de coherencia entre sí y con respecto al patrimonio hereditario o índole propia de la sociedad inferior.

De aquí que, al infiltrarse por sugestión las ideas, sentimientos e instituciones francesas, alemanas, inglesas, etc., se formara en nuestra mentalidad una mezcla abigarrada y contradictoria en que todo choca y se hace fuego, determinando una verdadera interferencia moral, semejante a la que se produce en el orden físico por la destrucción recíproca de los rayos luminosos.

Las adquisiciones que fueron la consecuencia del contacto, lejos, pues, de suplir el vacío que dejó el derrumbamiento de la moral tradicional, agravaron la crisis con la anarquía que produjo la interpolación de ideas y sentimientos exóticos.

Este debilitamiento sin compensación del prestigio de las ideas y sentimientos tradicionales, determinó en nuestra sociedad un estado de amoralidad, o sea, la relajación de la fuerza de los hábitos que regulaban su conducta y su modo de ser, semejante al que el pueblo inglés experimentó en el período comprendido desde la Restauración hasta el advenimiento de la casa de Hannover.

Otro fenómeno, originado también por el contacto y la educación, agravó sus consecuencias.

Creían nuestros padres —y aún continúan creyéndolo casi todos nuestros intelectuales— que en el contacto íntimo con los pueblos europeos, nuestra sociedad iba a asimilar armónicamente toda su civilización; es decir, que el contacto nos elevaría moralmente en la misma medida en que iba a desarrollar nuestra inteligencia; y que junto con refinarnos, nos daría las aptitudes económicas necesarias para subvenir a las nuevas exigencias creadas por el progreso.

Desgraciadamente las cosas no pasaron así.

Como ha ocurrido siempre que un pueblo inferior se ha puesto en contacto intenso con otros más desarrollados, asimilamos los refinamientos y la capacidad de consumo propios de las civilizaciones superiores, sin ninguna de las grandes fuerzas económicas y morales que constituyen su nervio. Aprendimos a asearnos, a vestirnos elegantemente, a vivir con comodidad, a oír música, a apreciar las bellezas de la escultura y de la pintura, a leer versos y a presenciar representaciones teatrales; pero no adquirimos al propio tiempo el sentido práctico, la aplicación regular y constante, la exactitud, la capacidad para la asociación, la honradez en sus variadas formas y la competencia técnica, en la medida que permiten al europeo desarrollar una eficiencia económica en armonía con las necesidades creadas por el refinamiento. Aprendimos a remedar la etiqueta social y las instituciones; pero no asimilamos las virtudes privadas y cívicas que elevan la vida y hacen posible el gobierno democrático.

Dada la sensibilidad de nuestra alma nacional a la acción de todos los agentes sociológicos, la enseñanza pudo evitar el trastorno que iba a ser la consecuencia de la excesiva facilidad con que los pueblos nuevos asimilan, por contacto, las frivolidades y el oropel de las sociedades antiguas. Para ello le habría bastado reducir la educación intelectual a los límites estrictamente necesarios para hacer posible una sólida educación moral y económica.

Pero, como ya se ha visto, nuestra enseñanza general, sobre estar especialmente calculada para atrofiar el desarrollo de las aptitudes que conducen a la actividad industrial omite dar el ideal económico, y

confía la educación moral a «la influencia de las luces del espíritu». Reducida a una simple instrucción, no sólo no podía evitar los inconvenientes del contacto, sino que tenía fatalmente que aumentarlos, estimulando la admiración por la ciencia, por las artes liberales y por el oropel social, y creando en el individuo, con el refinamiento, necesidades nuevas.

Se produjo así un desequilibrio en nuestra alma, determinado por el desarrollo excesivo de las facultades intelectuales sin el correspondiente desarrollo moral, por las grandes necesidades impuestas por una vida más civilizada a un pueblo desviado de la actividad económica por la enseñanza que recibe, y finalmente, por la importancia desmedida que el oropel social pasó a ocupar entre los ideales de la vida.

Desde mucho antes que se hicieran aparentes los síntomas de nuestra crisis moral, se venían, pues, realizando grandes cambios en el alma chilena. Cuando adquirimos el salitre, hacía ya tiempo que la acción combinada de la enseñanza y del contacto con civilizaciones más avanzadas, había quebrantado el andamiaje tradicional de nuestra sociedad y desequilibrado nuestro desenvolvimiento mental. El trabajo lento y silencioso que precede a los grandes trastornos morales, estaba realizado.

Como ocurre casi siempre en los fenómenos sociales, los efectos tardaron algo en seguir a las causas. Las propias esperanzas quiméricas que cifrábamos en el remedo de las sociedades europeas, aplazaron nuestra desmoralización. Mientras confiábamos con fe sencilla en que el simple advenimiento de la libertad, el desarrollo de la instrucción y la copia de las instituciones nos harían virtuosos, ricos y grandes, la sugestión optimista mantuvo nuestra moral. Pero en cuanto la realidad disipó el ensueño, en cuanto palpamos que la instrucción no nos había tornado sobrios, trabajadores y honrados, ni las libertades nos habían hecho grandes y fuertes, ni el sistema parlamentario había aumentado nuestras virtudes cívicas, ni mejorado el gobierno y la administración, desapareció la sugestión, dejando no la realidad desnuda, sino el pesimismo que sigue al derrumbamiento de las grandes ilusiones.

Perdida la fe en nuestras ideas y sentimientos tradicionales, atrasados y rudos bajo más de un punto de vista, pero definidos y perfectamente adaptados a nuestro entendimiento, como que era el producto de su trabajo secular, sobrevino la amoralidad, la relajación general de las fuerzas directrices de la vida. Desquiciado nuestro cerebro por la interpolación de ideas y sentimientos exóticos, filosóficamente todo lo elevados que se quiera, pero vagos, contradictorios e imposibles de ser asimilados sin desfiguración, para nuestra complexión mental, falta de correspondencia con la de los pueblos que los elaboraron, se produjo la angustia intelectual y moral. Moldeados por la enseñanza para el cultivo de las ciencias y de las artes liberales en una sociedad que, a diferencia de las antiguas, no tiene la institución de la esclavitud para satisfacer sus necesidades económicas, ni tiene, como otros pueblos jóvenes, un medio físico pródigo que supla las deficiencias de aptitudes de la raza

nos encontramos en la imposibilidad de subvenir a las grandes necesidades materiales impuestas por una vida más culta y más refinada. Obligados a rehacer en la vida adulta los ideales y a rehabilitar aptitudes que la enseñanza atrofió cundieron entre nosotros la desorientación, la duda y el desaliento.

Las virtudes cívicas y las tradiciones administrativas, aún no bien consolidadas, desaparecieron con rapidez en cuanto se debilitaron las fuerzas morales en que descansaban.

El descontento, el abatimiento y la falta de fe en sí mismo, inherentes a todo intelecto anarquizado y a toda alma desequilibrada, nos envolvieron en un malestar confuso y vago, que todos palpan pero que nadie define.

Tal es el origen de la crisis moral que nos azota, en parte consecuencia ineludible y fatal de las transiciones bruscas a que está sujeta toda sociedad inferior que evoluciona en estrecho consorcio con otras superiores; y en parte, hija de la miopía intelectual de los directores de nuestra enseñanza, empapados en una pretendida ciencia de la educación que es hoy una fraseología rancia desprovista de todo valor. Hay en ella mucho de transitorio, de perturbación pasajera, que el propio juego de las fuerzas sociales habrá de enmendar; pero hay, también, algo grave y alarmante que amenaza nuestros propios destinos.

El concepto de deber, que siempre estuvo en el chileno menos desenvuelto que el de derecho, se ha debilitado considerablemente. La tendencia a hacer del placer y del bienestar el objeto y el fin de la vida gana terreno con rapidez; y lo que hoy es, todavía una desviación fácil de corregir, si no se interviene en el transcurso de algunas decenas de años se incorporará a firme en el alma nacional.

Arturo Prat,
símbolo de ideales nacionales
ante la frustración chilena*

I. CHILE PIERDE A LA »ESMERALDA« Y A SU CAPITAN ARTURO PRAT

En la mañana del 21 de mayo de 1879, el orgullo de la flota peruana, los acorazados *Huáscar* e *Independencia*, se deslizaron secretamente en el puerto de Iquique. Para enfrentarlos, sólo había tres barcos: el transporte *Lamar*, y los buques más débiles de la Armada chilena: la corbeta *Esmeralda* y la barcaza *Covadonga*. La batalla duró más de 4 horas y al final, Perú había perdido la mitad de sus efectivos de guerra. Chile en cambio, sólo perdió la *Esmeralda*, que fue hundida y a su capitán, Arturo Prat, muerto al abordar el barco enemigo.

Como era de presumir, fue uno de los momentos decisivos de la guerra. De allí en adelante el Perú debería luchar en forma más cauta por haber perdido uno de sus dos acorazados, mientras que Chile, como resultado de esta pérdida, comenzaba a adquirir la superioridad naval, condición previa para su victoria definitiva.

Carlos Condell fue aclamado el héroe del momento, pero es curioso que también Prat, su superior, compartiera estos honores. ¿Por qué Prat fue considerado un héroe y por qué ha sido capaz de conservar esa posición suplantando a Condell?, es una pregunta que no puede dejar de hacerse. Prat no ganó la batalla en Iquique porque su barco fue destruido y su tripulación capturada o muerta. La victoria tuvo lugar en Punta Gruesa. Allí, Condell, en condiciones muy adversas, fue capaz de quebrar la espina dorsal del poderío naval peruano, y por tanto, él, y sólo él, es quien debiera ser el héroe máximo tanto de esta batalla como de la Guerra del Pacífico.

Muchos dirán, sin embargo, que la popularidad de Prat se debe a su muerte, y que este hecho por sí solo lo hace digno de elogio; pero como la muerte es un común denominador de la guerra, si ésta fuera la única condición para el heroísmo, todos los caídos en la batalla serían héroes.

Así pues, si ni su muerte ni sus actos fueron de tan gran magnitud, ¿por qué fue ensalzado casi desde el día de su muerte? ¿Por qué sigue siendo popular en la historia de Chile, ocupando una de las posiciones más destacadas de la historia de la nación?

*Publicado en la Revista Mapocho Tomo v, N° 4 Biblioteca Nacional, Santiago 1966.

La respuesta no se encuentra analizando la calidad de sus actos o de su muerte, sino en el pueblo chileno mismo. Un acto no puede ser heroico si no hay un pueblo que lo considere como tal, si no satisface ciertas necesidades íntimas. Una sinfonía deja de serlo frente a un auditorio de sordomudos y se convierte en una farsa, porque es el individuo quien posee la capacidad de transformar una experiencia sensorial en una emocional que lo satisfaga.

Lo mismo sucede con el heroísmo: un héroe sólo lo es porque los hombres ven en él algo que admiran y que quizás quisieran llegar a ser. He aquí que la raíz y la causa de la popularidad de Prat, yacen en la sociedad de Chile de 1879 en adelante —aquellos que lo convirtieron en héroe— y si sigue siéndolo, es porque las generaciones que lo sucedieron también encontraron algo en él, algo que les mereció su devoción. El propósito de este ensayo es estudiar la formación de Prat como héroe y las consiguientes razones de su popularidad.

II. EL HECHO QUE PRECIPITÓ LA GUERRA

Si Chile hubiese podido elegir las circunstancias y el momento para ir a una guerra, quizás el año 1879 no habría sido considerado el más propicio, porque las condiciones, tanto externas como internas del país, hacían poco probable una victoria y en cambio, las perspectivas de derrota eran numerosas.

El hecho que precipitó la guerra fue un alza de los impuestos del Gobierno boliviano sobre el salitre producido por compañías chilenas. Esta alza contravenía directamente las disposiciones del tratado de 1874 que aseguraba la igualdad de impuestos para las compañías tanto chilenas como bolivianas, a cambio de la cesión de derechos por Chile de la parte del desierto de Atacama en disputa. A pesar de que Bolivia no constituía en sí una seria amenaza militar, el incidente ocurría en un momento crítico, ya que Chile estaba tratando de llegar a un arreglo respecto a sus serios problemas limítrofes con Argentina. Estos problemas territoriales acerca de los derechos en la Patagonia y de la navegación en el Estrecho de Magallanes, habían llevado a ambos países al borde de la guerra. Ahora bien, en el momento en que empezó el problema con Bolivia, los diarios estaban dedicados enteramente a las noticias de los movimientos navales argentinos en el Estrecho, y, a pesar de que el tratado Fierro-Sarratea había sido aprobado por el Congreso chileno, no había sido ratificado aún por Argentina y por lo tanto, el problema estaba todavía sin solucionar.

Chile se encontró así frente a las posibilidades de guerra con dos de sus vecinos cuando Perú trató de arbitrar la cuestión limítrofe, no como parte desinteresada sin embargo, ya que estaba unido a Bolivia por una alianza militar secreta. Usando el arbitraje como pantalla, Perú empezó a armarse y cuando rehusó declararse neutral, Chile le declaró la guerra.

Habiendo declarado previamente la guerra a Bolivia, Chile se encontraba ahora frente a una alianza cuya población total era mayor que la suya y cuya fuerza militar era también numéricamente mayor. Además, existía todavía la posibilidad de una intervención argentina, sea por medio de una invasión terrestre o por un ataque desde el mar, operando desde puertos peruanos. Rodeado tanto de enemigos como de elementos hostiles, Chile fue a la guerra.

La decisión de iniciar la guerra primero contra Bolivia y luego contra el Perú, estuvo muy lejos de ser precipitada. El Presidente de Chile, Aníbal Pinto, había vacilado durante muchos meses en declarar la guerra, por lo que fue duramente atacado por sus compatriotas. El problema estaba relacionado en parte, con diferentes puntos de vista acerca de la expansión chilena. Muchos pensaban que la soberanía de Chile se extendía hasta la Patagonia y por tanto, se oponían a los deseos de Pinto de someter la cuestión a un arbitraje, aunque quizás esta actitud no fuera general, muchos compartían la creencia de Benjamín Vicuña Mackenna que la Patagonia no tenía ningún valor, pero otros sostenían que el área era chilena, llegando incluso al extremo de declarar traidores al honor nacional a todos los que aceptaban el tratado propuesto con Argentina.

El problema de la Patagonia, sin embargo, no era tan delicado como el de Bolivia. A diferencia de la situación argentina, las áreas salitreras de Atacama habían sido explotadas, trabajadas y equipadas casi totalmente con capitales y mano de obra chilenos.

Ya en 1872 se planteó el asunto de forma parecida a como había de enfocarse en 1938 la cuestión de los Sudestes; de manera que una parte considerable tanto del Congreso, como de la opinión pública, vio en el aumento de los impuestos, el comienzo de una política de persecución de los nacionales chilenos que habían hecho de Atacama una provincia valiosa. Para ellos, el problema era muy claro: declarar la guerra o considerar traicionados a sus compatriotas y el fin por tanto de la expansión chilena en el norte.

Infortunadamente el problema no era para Pinto igualmente claro. Chile había decaído económicamente debido a la disminución de la exportación de trigo y por la baja en el precio del cobre. Los créditos en el extranjero habían disminuido considerablemente y existían pocas esperanzas de conseguir un préstamo. La nación en consecuencia no se encontraba económicamente en condiciones de soportar una guerra. Existía, por último, la posibilidad de que la acción tomada por el Gobierno boliviano no fuera injustificada. En una carta de Lorenzo Claro, enviada desde La Paz, se informaba a Pinto que este problema no tenía nada que ver con el honor nacional y que quizás sería mejor resolverlo por medio de un arbitraje. Aun en el caso de que Chile ganara la guerra, señalaba la carta, sería considerado un paria por los otros países latinoamericanos, quienes podrían formar algún tipo de alianza para atacarlo destruyendo así los frutos de una posible victoria.

Aníbal Pinto se encontró de esta manera frente a muchos dilemas al tomar la decisión de declarar la guerra. Problemas, desde luego, que quienes lo acusaban de cobardía e indecisión, no tenían que afrontar y que ni siquiera los percibían con claridad. El resultado fue que muchos atacaron a Pinto por haber fallado en la tarea de conducir a la nación como lo dictaba su destino.

Por desgracia, Pinto no gozaba de mucho respaldo. No había sido una figura popular antes de la guerra; había sido elegido Presidente en una campaña en la que se le acusaba de ser un instrumento de su predecesor, o en el mejor de los casos, una nulidad. Le había tocado resolver problemas económicos que no habían sido creados por él y que había tratado de solucionar produciendo el enojo de muchos con sus procedimientos. Por si esto fuera poco, tampoco gozaba de la simpatía de los elementos proclericales. Aunque él no era un rabioso anticlerical, no mantenía relaciones muy amistosas con la Iglesia y apoyaba a algunos de sus enemigos como en el caso de Santa María. Sus relaciones con la Iglesia empeoraron cuando eligió a Francisco de Paula Taforó como Arzobispo de Santiago. Los elementos proclericales chilenos rechazaban a Taforó por ser hijo ilegítimo y por sus tendencias liberales. La oposición a Taforó fue enorme, y se planteó la cuestión del patronato que persiguió a Pinto durante el curso de la misma guerra.

Al comienzo de las hostilidades, se ocupó el puerto de Antofagasta y se bloqueó el de Iquique. Una vez hecho esto poco más se realizó y la guerra se estancó. Las críticas a Pinto se hicieron clamorosas, le exigían una actitud más enérgica para proseguir la guerra; pero los temores de Pinto se habían hecho realidad. El aparato guerrero se veía entorpecido por falta de armamento adecuado, y así, mientras hombres como Vicuña Mackenna, Domingo Arteaga y Zorobabel Rodríguez exigían la victoria, Pinto pedía desesperadamente a sus representantes diplomáticos en París, armas, municiones y barcos.

Las tropas en el norte se encontraban bajo el mando del general Arteaga, quien, según los informes de los Consejeros de Pinto, no se hallaba en condiciones físicas para emprender una campaña. La situación naval no era mucho mejor. La flota, al mando del Almirante William Rebolledo, proseguía el estéril bloqueo en Iquique, con la esperanza de atraer la flota peruana de El Callao. El único encuentro naval ocurrió en Chipana el 13 de abril de 1879. Este se consideró como una victoria pues al estallar las calderas de uno de los veleros, *La Unión*, permitió que el *Magallanes* escapara.

Como puede verse, en los primeros meses de la guerra no sucedió gran cosa. Sin tener en cuenta los problemas del Gobierno, muchos acusaban a Pinto de su incapacidad para conducir al país a la victoria. Es muy comprensible en consecuencia, frente a las estériles victorias de Antofagasta y Chipana y la declinación general de la actividad militar, que los chilenos sintieran muy vivamente la necesidad de una victoria. Por eso

la batalla de Iquique fue muy importante para los chilenos, porque era la primera vez que obtenían un triunfo claro sobre los enemigos, que afectaba materialmente el curso de la guerra.

El alivio fue tal vez una de las emociones engendradas por la batalla. Si esto es así, puede entenderse por qué pudo incluirse a Prat también en la celebración de la victoria, incluso si sus proezas no puedan compararse con las de Condell. Sin embargo, casi desde el principio, Prat fue considerado de un modo diferente a Condell. Este último ganó la batalla, pues consiguió conducir los barcos enemigos hacia las rocas, maniobra que no sólo era cuestión de valor sino de astuta pericia. Prat, sin embargo, se impuso a su adversidad, a su agobiadora inferioridad y se confrontó con ellas cuando era evidente que no tenía la más mínima probabilidad de éxito. Su triunfo fue la aceptación de la lucha con todos los hados en contra, fue el triunfo de lo espiritual sobre lo material y quizás significó para los chilenos la percepción de que los años pasados en la vida de la paz, no habían apagado en ellos el espíritu guerrero. El triunfo de Prat como acto de voluntad significaba la aceptación y el cumplimiento del deber y ponía un ejemplo de valor digno de emulación. Un modelo de lo que era necesario multiplicar en Chile para poder ganar la guerra. Y no menos una gran esperanza para el futuro frente a un ingrato pasado.

III. LA POPULARIDAD DE PRAT

La popularidad de Prat fue enorme y su figura quizás, más que la de cualquier otro héroe militar, se impuso en todas las capas de la sociedad chilena. Las calles llevaron su nombre, y lo mismo escuelas como compañías de bomberos. Hubo un gran aumento en el número de niños que llevaban los nombres de Arturo o *Esmeralda*. Se abrió una suscripción con el fin de recolectar dinero para erigirle un monumento y para adquirir otro barco que llevara el nombre de *Esmeralda*. Nació el culto de Prat, que siguió actuando en la sociedad chilena durante todo el conflicto.

Después de Iquique, la guerra se estancó de nuevo y como antes, se culpó a Pinto de ello. A pesar de la pérdida del *Independencia*, el *Huáscar* y los restos de la armada peruana continuaron asolando las costas de Chile, llegando a atacar a un escuadrón chileno de noche cuando se encontraba anclado en Iquique. La pérdida del *Rimac*, a fines de julio, fue la señal para que se produjese un estallido general contra el Gobierno, que fue culpado de no haber tomado las precauciones necesarias. Hubo motines en las calles y mientras la muchedumbre gritaba »Fuera el Presidente«, Pinto tuvo que abandonar el Congreso.

Luego de la batalla de Angamos en octubre, cuando el *Huáscar* fue capturado y muerto su capitán, Chile sólo pudo alcanzar una superioridad naval completa. Ahora que los elementos principales de la flota peruana habían sido destruidos, Chile se encontraba en condiciones

de aniquilar lo que quedaba de la armada enemiga y por último, atacar por tierra, ahora que la amenaza de intervención naval era casi nula.

Lo notable es el hecho de que la popularidad de Prat no se mantuviera constante en los años siguientes a su muerte. Durante el período comprendido entre 1880-1890 varió considerablemente, y aunque la prensa siguió mencionándolo durante todo este tiempo, las fechas más importantes, sin embargo, son las de 1886 y 1888, las cuales deben su carácter culminante a dos motivos: se exhumaron los restos de Prat y los de sus compañeros y se los trasladó a Valparaíso donde fueron enterrados, y se inauguró el monumento en memoria del Combate Naval de Iquique. Fuera de esto, los comentarios periodísticos sobre Prat fueron escasos. *El Mercurio*, de Valparaíso, por ejemplo, no escribió nada acerca de Prat en los años 1882, 1885 o 1889. *El Ferrocarril* escribió muy poco sobre él durante 1885.

Sin embargo, la década de 1890 a 1900 es la que mejor muestra cómo iba menguando la popularidad de Prat. Aunque muchos periódicos continuaron mencionando a Iquique y a Prat, otros dejaron de publicar editoriales sobre él, limitándose en buen número de casos a comentar las festividades programadas para conmemorar la histórica fecha.

Se podría quizás sostener, que el momento culminante de este fenómeno fue el año 1894, en que ni *El Ferrocarril* ni *El Porvenir* se dignaron mencionar a Prat y *El Mercurio*, *Libertad Electoral* y *El Sur* se limitaron a reseñar los festejos celebrados en esa ocasión.

Algunos de los periódicos comentaron la falta de entusiasmo mostrada en ese día; uno de ellos incluso, fue más lejos, comentando que lo que reunió al público fue únicamente la atracción de los fuegos artificiales. Otros manifestaron que la gente sólo iba a ver los uniformes militares. Otros declaraban la conveniencia de que el Gobierno tomara medidas para avivar en esa fecha el sentimiento patriótico.

A partir de 1894 se observa un lento aumento en el espacio concedido a Prat aunque nunca llegó a igualar lo ocurrido en los años 1886 o 1888. Esta tendencia continuó hasta fines de 1890 y comienzos de 1900.

Lo sorprendente a este respecto es el hecho de que la importancia de Prat parece haber aumentado notablemente a partir de 1900, llegando a superar la que gozó en los años anteriores. Esta tendencia puede apreciarse asimismo cuando se estudian los textos escolares, los diarios militares y los muchos libros y panfletos escritos por entonces sobre Prat y el Combate de Iquique.

El Memorial del Estado Mayor General, por ejemplo, que se comenzó a publicar en 1899, y que cambió de nombre en 1915, convirtiéndose en el *Memorial del Ejército de Chile*, no publicó su primer artículo sobre Prat sino hasta 1913. Podría explicarse lo tardío de esta fecha dado que una publicación dedicada exclusivamente al Ejército no tenía por qué prestar su atención a la figura de Prat. Es interesante por el contrario, que la *Revista de la Marina*, no publicara nada acerca de él excepto desde

los años 1886 hasta 1889 cuando sería lógico que tomara a Prat como su Santo Patrono y que un artículo inmediatamente posterior sólo apareciera en 1901.

Lo mismo se observa en los libros y panfletos públicos acerca de Prat. La mayoría de éstos se escribieron entre los años 1879-1888, o bien después de 1900.

Existen, desde luego, numerosos factores que pueden aminorar la importancia de estos datos estadísticos. Lo más obvio consistiría en la falta de fuentes. Los textos escolares, por ejemplo, no parecen resistir el desgaste del tiempo, y los que sobreviven a sus estudiantes, son muy difíciles de encontrar. Sin embargo, cabe señalar que la cantidad de páginas dedicadas a Prat y al Combate de Iquique aumentaron con el transcurso de los años, siendo más abundantes en los libros publicados después de 1900.

Cosa semejante puede decirse respecto de los libros y panfletos. El índice de alfabetización aumentó en Chile por esta fecha y como consecuencia, el número de libros publicados fue mayor, siendo de presumir que también lo fueran los dedicados a Prat.

Puede afirmarse asimismo que los diarios militares únicamente representan la opinión de una minoría del ejército y de la armada y que por lo tanto no pueden tomarse como índice de los sentimientos generales en este campo de la opinión pública. Sin embargo, como estos diarios se consideraban a menudo portavoces de los militares, *La Revista de la Marina*, especialmente, la opinión sostenida por ellos vale al menos, sin la menor duda, como la expresión del sentimiento de un poderoso grupo de los elementos militares.

Si el lector acepta las pruebas hasta aquí presentadas, la conclusión parece evidente: Arturo Prat es un fenómeno del siglo xx más que del siglo xix. En cuyo caso es necesario averiguar por qué crece la popularidad de Prat a partir de 1900 y cuáles fueron las causas, que es lo más importante, de semejante hecho.

La respuesta pudiera encontrarse de nuevo en las actitudes fundamentales del pueblo chileno mismo. Podría desde este punto de vista sostenerse tal vez, que Prat volvió a ganar importancia, porque lo mismo que en 1879 existían ciertas necesidades que se formaron en los días que entonces se vivían.

IV. SITUACIÓN EN QUE SE ENCONTRABA EL PODER INTERNACIONAL DE CHILE

Una de las diferencias fundamentales entre el momento en que la popularidad de Prat estaba en su nadir, y el momento en que comenzó a ganar notoriedad radicaba en la situación en que se encontraba el poder internacional de Chile. En 1890 era una nación próspera, que se enriquecía con los beneficios de sus minas de salitre en el norte. Su armada era una de las mejores de América Latina y los chilenos estaban firmemente convencidos de que no tenían rival. Después de haber establecido los términos de su

capitulación el vencedor de la Guerra del Pacífico gozaba de una hegemonía total sobre sus vecinos del norte.

En 1902 hubo sin embargo un cambio radical. Argentina, engrandecida por la gran cantidad de emigrantes llegados en ese momento y por los beneficios obtenidos con el comercio de la carne y del trigo, había construido su armada con mayor rapidez y superado así a la flota chilena. Este hecho lo admitieron los miembros de la armada chilena dejándola de considerar como la mejor de América Latina y más tarde cuando el Brasil comenzó su expansión naval se dieron cuenta de que habían pasado del primero, al tercer lugar. Algunos temieron incluso que también el Perú poco a poco fuera desplazando a Chile cada vez más, porque había comenzado a adquirir nuevos navíos.

Los Pactos de mayo, aceptados por Chile ante el temor de un desastre económico, redujeron el círculo de influencia de Chile solamente a la costa del Pacífico, situación poco honrosa para la nación que se había considerado en otros tiempos como la dirigente de Sudamérica.

Como consecuencia de esto y aprovechándose de la situación, el Perú y Bolivia consiguieron obtener concesiones en los tratados de paz de 1904 y 1908.

La nación había sufrido asimismo un cambio interno. La Revolución de 1891 había destruido virtualmente la figura del Presidente como fuerza política viable, dejando todo el poder en manos del Congreso. Con el paso del poder del Ejecutivo al Legislativo y las Municipalidades, el liderazgo de la nación cayó en manos de todos los que parecían satisfechos en malgastar sus esfuerzos en discusiones políticas estériles.

Se produjo un cambio total en la fisonomía de la nación. Si bien es cierto que se eliminó la intervención presidencial en las elecciones, no lo es menos que su resultado se tradujo en un estado de corrupción. Muchos tenían derecho a voto, pero carecían de cultura cívica y vendían sus votos al mejor postor. En época de elecciones se necesitaba a los muertos y en el campo, el voto del inquilino obedecía a las instrucciones del patrón.

El gobierno parlamentario gravó a la nación con fuertes préstamos extranjeros y de esta manera la deuda interna aumentó en doscientos por ciento en veintidós años. Como consecuencia de esta política inflacionaria, la moneda chilena se depreció en el mercado mundial. Pero lo que quizás fue más catastrófico para la nación, consistió en la tendencia a descuidar el desarrollo de los sectores agrícolas e industriales de su economía, en la medida en que hubo de depender cada vez más de la exportación de la producción salitrera. De esta manera Chile era en 1914, con el 85% de sus divisas derivadas de la minería, mucho más dependiente de un solo producto que en 1870.

Muchos criticaban al gobierno y los políticos, lamentando que los diputados se limitaran a ser los representantes de los mezquinos intereses de sus distritos o de los «patronos» políticos de quienes llevaban el

poder. Se quejaban de que el Congreso estuviera dedicado a dirimir cuestiones que parecían anacrónicas, para el siglo xx como la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, mientras descuidaba los problemas reales del bienestar social o los derechos de la naciente clase industrial o de los campesinos. Se lamentaban de la venalidad y de la corrupción del Gobierno, que parecía favorecer a los intereses extranjeros sobre los nacionales en beneficio de una pequeña plutocracia.

Muchos creían que la solución a los problemas que enfrentaba Chile consistía en restaurar la Constitución de 1833 que ofrecía la posibilidad de un poder ejecutivo fuerte, o bien en adoptar un régimen verdaderamente parlamentario con un Primer Ministro. Pero como la historia habría de mostrarlo, todas estas críticas quedaron en nada, y sólo en 1925 es cuando se enfrentaron los verdaderos problemas del país. Mientras tanto muchos seguían deplorando la condición del país en esos instantes y miraban hacia el futuro con pesimismo.

Es interesante observar cómo Chile, con un presente desgraciado y un futuro brumoso, comenzara a preocuparse por su pasado, buscando en él no sólo las causas de sus fracasos sino la solución quizás de sus problemas. A veces esta actitud se manifestaba a través de un sentimiento de nostalgia por las instituciones tradicionales: el Presidente y la Constitución de 1833. Otros acentuaban un fuerte impulso por restablecer los valores tradicionales chilenos.

Este último sector de opinión tomó dos formas, ambas amparadas en la idea de la «Raza Chilena». Semejante filosofía se basaba en la idea de que existía un rasgo distintivo del chileno, algo que lo situaba aparte del resto de los latinoamericanos y del mundo y que había sido la causa de su grandeza. Nicolás Palacios fue uno de los exponentes de esta idea, quien sostenía que la clave de la grandeza de Chile se encontraba en la gran influencia que los elementos góticos de España habían ejercido sobre la nación. Para desgracia de Chile, este elemento había sido ahogado por el influjo degenerante de los indios, responsables de la decadencia de Chile. Otro grupo, sin compartir la aversión de Palacios por los indios, llegaba sin embargo, a una conclusión muy parecida. Pensaban, en efecto, que el espíritu araucano una vez fundido con el del conquistador español, constituía la esencia de la nacionalidad chilena. Pero por desgracia, elementos extranjeros habían pervertido ese espíritu y se imponía en consecuencia para salvar a Chile un retorno a los viejos ideales.

Ambas ideas, en apariencia contradictorias, compartían sin embargo, ciertas características: las dos creían en la existencia de algo intrínsecamente chileno, el conjunto de valores que constituían «La Raza Chilena», y que como los mismos eran la esencia de Chile, se imponían como modelo para todos los chilenos.

Este movimiento puede considerarse como un rechazo de la moral del régimen parlamentario y como el intento de que la sociedad chilena volviese hacia sí misma en la busca de los valores que habían de sal-

varla. Puede explicar por eso el hecho de la nueva importancia que tomaba la figura de Prat, considerada cabalmente como la encarnación de ese espíritu, de una época en que todos los hombres eran patriotas y estaban dispuestos a sacrificarse por su nación.

De esta manera puede interpretarse quizás la figura de Prat como uno de esos elementos tradicionales de la sociedad chilena a los que la nación volvía en un momento de urgencia. Es interesante en efecto percibir en qué forma se tomó a Prat como símbolo del cumplimiento del deber.

Pero más importante aún fueron los cambios que sufrió su imagen. No se le consideraba tan sólo como el mejor exponente de la actitud militar sino como el verdadero representante de una conducta cívica ejemplar. Se le ensalzó por ser un excelente padre y marido, por su capacidad de trabajo y por su carácter de estudioso. Se le exaltó como símbolo de «La Raza Chilena», un catalán que ejemplarizaba al mismo tiempo las virtudes españolas o los elementos góticos en Chile, y el espíritu de devoción y resistencia del indio araucano, quien, como Prat, jamás se dejó conquistar y que prefirió la muerte a la rendición.

Ahora bien, aunque pudiera haberse mostrado que Prat fue sobre todo un ídolo del siglo xx, y que su imagen fue cambiando desde el momento de su aparición, queda todavía una interrogante por contestar: ¿Por qué se eligió a Prat entre todos los héroes de Chile? ¿Qué había en él que permitía elevarlo a semejante ejemplaridad? ¿Qué razones explican que se le ensalzara por su devoción al deber, por ser el modelo de la virtud cívica, el símbolo de «La Raza Chilena»?

El autor cree que fue elegido porque él, entre todos los héroes de Chile, satisfacía las necesidades psicológicas del pueblo como una imagen de padre. Prat parecía encarnar la quintaesencia del deber cumplido porque el gobierno en ese momento estaba lejos de cumplir el suyo (proporcionarle al país la supremacía). Se le reverenció como el modelo del buen esposo, del jefe de familia, porque la nación ansiaba inconscientemente un buen marido capaz de proteger a la madre colectiva que era Chile, y de amar sus hijos, los chilenos. Su popularidad se alimentaba en consecuencia de todos esos impulsos, haciendo que la figura de Prat renaciera en toda su gloria y esplendor porque la nación sumida entonces en una postración política, necesitaba aferrarse a algo que fuera representativo de las virtudes que su gobierno era incapaz de proporcionarle en ese instante.

V. PRAT, EXPONENTE DE IDEALES NACIONALES

Me propongo en lo que sigue examinar la imagen de Arturo Prat a la luz de estas ideas. Todos los seres humanos nacen de una madre y para cada uno de nosotros, en su sentido más profundo, una madre es también desde nuestra infancia, la tierra natal; el lugar en donde todo hombre comienza su vida. Valga pues para Chile el papel de patria o madre. En la sociedad

européa occidental, por ejemplo, en todas las sociedades de tipo patriarcal, la fuente de todas las normas está en el padre. Asignémosle al gobierno de Chile el papel de padre. Parece lógico considerar, por lo tanto, en este conjunto de hipótesis, a los chilenos como a los hijos de esta unión.

En 1876 Aníbal Pinto asumió la Presidencia de Chile. Era considerado por muchos, un hombre débil; tan débil que necesitó el respaldo del nombre de su predecesor y la fuerza del Gobierno para poder ganar las elecciones. Como el Padre de la Patria, fue incapaz de resolver los problemas económicos de su país. Por el contrario, empeoró la situación de algunos elementos tradicionales, y lo que es peor aún, falló en el momento de defender a su patria. Limitó la expansión nacional, comprometiendo a Chile al firmar el tratado de 1878 con Argentina, y por sobre todo, falló también al negar la defensa que los chilenos pedían para Atacama. No pudiendo llevar a cabo la guerra de modo adecuado, permitió al enemigo tomar la iniciativa, causando gran daño al país.

Por el contrario, Arturo Prat demostró carácter y valor. Como Pinto, también se vio envuelto en una situación comprometedora, como capitán del barco más débil de la Armada y se enfrentó con un enemigo incomparablemente más fuerte. Pero en vez de arriar la bandera, el símbolo de la Patria, prefirió sacrificar su vida, y así, para el pueblo chileno, Prat fue un héroe, el símbolo del sacrificio por la Patria, cuando el Presidente no pudo serlo. Porque fue un líder, capaz de inspirar coraje a su grupo, cuando el Presidente no pudo hacerlo con la nación. Su padre colectivo, Pinto, había fallado y el país, buscando otro, eligió a Prat, quien los había guiado y protegido cuando su padre legítimo había fallado.

La popularidad de Prat decayó después de la guerra. Esto era lógico: había vuelto la paz. Una nación próspera como Chile, con una gran fuerza militar, no se demostraba inquieta. Sus líderes, Santa María y luego Balmaceda, lograron gobernar con benevolencia y al mismo tiempo con firmeza.

Balmaceda gobernó quizás con demasiada firmeza, desde el punto de vista de algunos. Fue derrocado y este fue un deseo infantil cumplido. Los hijos, excediendo en número a su padre, lo depusieron y condujeron al suicidio, y luego, orgullosamente se hicieron cargo de la familia y la protección de sus hermanos menores y su Patria.

Pero la revolución de los pequeños fracasó. Más interesados en la repartición del botín que en la defensa de la Patria y sus hijos, lucharon entre ellos y no enfrentaron su problema común.

Era nuevamente 1879, pero peor. Permitieron al extranjero abusar de la Patria, dejando escapar sus recursos naturales. La entregaron a la esclavitud económica cargándola de grandes deudas externas. Convirtieron su crédito externo y la moneda en algo irrisorio por la inflación que se produjo. La traicionaron al no poder mantener el Ejército y la Armada. Finalmente, permitieron que la nación cediera parte de su

territorio y la relegaron a una posición secundaria en la política externa del continente.

Los hijos no lo pasaron mejor en las manos de sus hermanos mayores. Engañados en sus salarios por la inflación, se encontraban mal alimentados, mal alojados, mal vestidos, cruelmente explotados y sólo se les ofrecía el solaz del alcohol.

Tal como un adulto agobiado por sus problemas mira su pasado como una época de seguridad y tranquilidad, el pueblo chileno miró hacia su pasado colectivo para encontrar paz y un padre. Recordaron una Época de Oro, cuando ellos y su Madre se encontraban protegidos, y, como en 1879, eligieron a Prat.

Aunque esta interpretación pudicra parecer extraña, tiene, sin embargo, algún valor. ¿De qué otro modo puede explicarse el resurgimiento de Arturo Prat como héroe popular que empezó a fines de 1890? No había sido popular antes porque no se le necesitaba, porque Chile era próspero y porque el Gobierno se encargaba del liderazgo. Aunque al comienzo el Régimen Parlamentario pudo haber parecido capaz de gobernar, no lo fue, y como el presente no ofrecía esperanza alguna, el pueblo chileno volvió al pasado en busca de ella.

¿De qué otro modo se explica el cambio de la imagen de Prat? ¿Cómo pudo un oficial naval, un militar, llegar a ser el epítome de la virtud cívica? Los cambios de su imagen ocurrieron porque cada una de las cualidades recalçadas en Prat eran aquellas de que carecía la jefatura de la nación.

Para una nación sobrepasada en número por sus enemigos más poderosos, Prat era la encarnación del mando dinámico y la superioridad espiritual. Para una nación en que la corrupción era cosa frecuente, en que para beneficio de unos pocos se devaluaba el dinero y se compraban los votos, Prat era descrito como un hombre tranquilo y trabajador, un hombre tan dedicado a su deber, que ningún motivo personal, ni aun su instinto de conservación, lo privó de cumplir su misión. En una nación donde el Gobierno miraba cómo explotaban a sus pupilos, se le llamó el padre y esposo perfecto, protegiendo a su esposa e hijos de peligros económicos y físicos. Para un pueblo que vio a sus gobernantes permitir el decaimiento de sus recursos nacionales y su economía caer en las manos de extranjeros para su propio beneficio, él era el hombre que había interpuesto su vida entre la Patria y aquellos que la injuriaron.

No hay duda de que su imagen cambió por las necesidades de Chile, que hizo necesario manipular sus virtudes, acentuando lo cívico, pues su propio gobierno carecía de virtudes cívicas. La nación clamó por un Presidente firme, un Gobierno fuerte, y al fallar en conseguirlo, volvió al pasado en su busca. La Guerra del Pacífico se convirtió en la Época de Oro de Chile, cuando todos los hombres eran símbolo de coraje, honor y deber en una sociedad corrompida.

Tal vez muchos pensaron que si Prat pudo inspirar a una genera-

ción podría inspirar nuevamente a otra. Como símbolo de *La Raza Chilena*, como solía llamársele algunas veces, Prat fue considerado una parte integrante de Chile. El era su herencia en su sangre. Lo único que se necesitaba era un retorno a sus virtudes, a las tradiciones del viejo Chile, el Chile verdadero, y el pasado se transformaría en presente y el futuro brillaría una vez más.

c) 1920-1950.

EL ASCENSO DE LA CLASE MEDIA Y EL CRECIMIENTO DEL ESTADO

El período constituido por los treinta años transcurridos entre 1920 y 1950 muestra el ascenso político y la consolidación social de los sectores medios, al amparo del crecimiento de las funciones del Estado, del desarrollo de la enseñanza y del proceso de industrialización.

Paralelamente se producen transformaciones en los planos demográfico, político y de la urbanización.

POBLACIÓN

En el aspecto demográfico, este período acusa la llegada de tres contingentes de inmigrantes. Los árabes procedentes de Siria, que habían comenzado a venir desde fines del siglo XIX, se duplican entre 1920 y 1930 con la llegada de palestinos y libaneses. Desde 1920 el censo empieza a registrar a los yugoslavos que se triplican entre ese año y 1930. A partir de la Segunda Guerra Mundial se incrementan los inmigrantes de origen israelita. Estos tres contingentes se diferencian de la anterior inmigración compuesta principalmente por alemanes, italianos y españoles, en su venida espontánea, su carácter minoritario y su radicación urbana.

La urbanización se acelera con el crecimiento de Santiago y de algunas ciudades que comienzan a concentrar las nuevas industrias.

En este período se completan las vías de comunicación y de transporte. Si la segunda mitad del siglo pasado es, en este aspecto, la era del riel o del ferrocarril, la década del 30 es la del cemento, iniciándose la pavimentación del camino longitudinal y el incremento del automovilismo. Empiezan también las comunicaciones aéreas y la construcción de aeropuertos. El cemento transforma la fachada urbana, reemplaza el adoquín de las calles y se extiende además al exterior de las casas, eliminando los ornamentos antiguos.

La estructura productiva experimenta en este período transformaciones de importancia con la decadencia del salitre, los efectos de la depresión internacional, la diversificación de la economía y la coyuntura favorable a la sustitución de importaciones provocada por la Segunda Guerra Mundial.

En la década del veinte se produce la declinación del salitre, que arroja a la cesantía a más de cuarenta mil obreros. El déficit fiscal es saldado con empréstitos, emisiones e importación de capitales. Las inversiones norteamericanas, que en 1912 alcanzaban a 15 millones de dólares, suben a 451 millones en 1928 y a 700 millones en 1930.

En 1926 se establece el Banco Central, como organismo fiscal de regulación del circulante al que se le otorga monopolio para emitir moneda y se reimplanta el sistema de padrón oro. La crisis económica mundial de 1929-31 repercute en Chile en forma violenta. El volumen de las exportaciones se redujo en más del 70 por ciento. En 1931 las reservas de oro están considerablemente disminuídas, situación que obliga a suspender la convertibilidad. Los efectos de la crisis afectaron a todos los grupos sociales y contribuyen al trastorno político. En 1932 los cesantes aumentan a 160.000; la actividad económica se encuentra casi paralizada; se suspenden las obras públicas y el servicio de la deuda externa.

El segundo gobierno de Alessandri restaura la economía e inicia el proceso denominado de crecimiento »hacia dentro«, mientras el de Pedro Aguirre Cerda crea la Corporación de Fomento de la Producción para planificar y promover el desarrollo económico.

La Segunda Guerra Mundial provoca en mayor escala que la Primera, cambios en la economía. Ella estimula la industrialización para sustituir las importaciones; crece la industria liviana, especialmente la textil y alimenticia. La postguerra coincide en Chile con un gran dinamismo en la diversificación de la estructura económica; se inicia la industria pesada, organizándose la Compañía de Acero del Pacífico (1946); la Empresa Nacional de Petróleo (1950); la Empresa Nacional de Electricidad y la Industria Azucarera Nacional (1952).

ESTRATIFICACIÓN

La modernización de la economía muestra un paralelismo con la diversificación de las fuerzas sociales y políticas. El desarrollo de la industria ofrece nuevas posibilidades ocupacionales a los sectores medios. El mismo efecto tiene el aumento del gasto público y la ampliación de los servicios del Estado.

La importancia de estos sectores medios se reflejaba ya en el censo de 1907 que señalaba la existencia de 78.490 comerciantes, de 91.578 empleados particulares y 6.192 empleados en el sector público. En la

década del 20, dos factores contribuyen al incremento numérico, de estos sectores. De una parte, el crecimiento del sistema educacional que hace aumentar el número de bachilleres, de profesionales y de técnicos; de otra parte, la ampliación de los organismos y funcionarios del Estado.

Este incremento cuantitativo de los sectores medios se va a traducir en una mayor gravitación política y social, al coincidir con cambios en la situación de los otros sectores de la pirámide de estratificación.

Los grupos oligárquicos del patriciado se han fusionado con los grupos plutocráticos, separándose de los otros sectores. Su aislamiento y el desgaste que les ha ocasionado una larga permanencia en el poder les hace perder prestigio y legitimidad.

En la base obrera, a partir de la década del 20, empieza a constituirse una fuerza de trabajo de magnitud y organización considerables. Hasta entonces los obreros se concentraban en los centros mineros y algunas ciudades; su organización había sido iniciada por grupos de artesanos en entidades mutualistas de orientación reformista. Como han señalado algunos autores, la minería del salitre y luego la del cobre, favorecieron las relaciones laborales de tipo industrial, propicias para la acción organizada de las masas obreras. Este tipo de acción fue transformando la mentalidad pasiva y sumisa del campesinado que emigraba al Norte. Ahora aumentan el número y la cohesión de las organizaciones obreras, siendo dirigidas por líderes de orientación socialista revolucionaria. Debido al arrastre, durante varias décadas, de la llamada cuestión social, encuentran apoyo y simpatía en la Federación de Estudiantes, en grupos intelectuales de clase media y en los partidos demócrata, radical y sectores liberales.

La clase media llega al poder en 1920 con Arturo Alessandri, líder carismático que arrastra el entusiasmo de la masa popular. Se mantiene en el Gobierno con Ibáñez con el apoyo de los grupos militares; obtiene otra victoria en alianza con los obreros bajo el Frente Popular y continúa siendo el eje de sustentación de los gobiernos radicales.

La consolidación político-social de los sectores medios fue facilitada por la coyuntura internacional. El Frente Popular triunfó en Chile poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial. Como ha señalado Aníbal Pinto, la formación de frentes nacionales antifascistas llevó a los comunistas a buscar el entendimiento con las fuerzas de centro, antes que su enfrentamiento, atenuando sus objetivos revolucionarios y aceptando el reformismo moderado que llevaría gradualmente a los sectores medios al compromiso con los partidos tradicionales.

POLÍTICA

El deterioro de las bases de legitimidad del sistema político instaurado entre 1891 y 1920, con su incapacidad para resolver la cuestión social, provoca la rebelión del electorado ante la dirección oligárquica.

El triunfo de Arturo Alessandri en 1920 se basó principalmente en el apoyo electoral de la clase media, agrupada en los Partidos Radical y Democrático, además del aporte del proletariado que cumplía los requisitos para ser elector. Estos requisitos eran tan restrictivos que el electorado representaba sólo el 8% de la población total.

La oposición parlamentaria no permitió a Alessandri obtener la aprobación de sus proyectos de reforma. Se hace presente el movimiento de los oficiales jóvenes del Ejército, que rompe en 1924 la »impasse« política entre la Alianza y la Coalición, logrando bajo su presión, en un solo día, la aprobación de las leyes sociales sobre Seguro Obrero, Contrato del Trabajo, Sindicatos Industriales, Sociedades Cooperativas y Empleados Particulares, cuyos proyectos se tramitaban desde hacía varios años en el Parlamento.

Alessandri obtiene la promulgación de la Constitución de 1925 que reestablece el régimen presidencial y negocia la separación amistosa de la Iglesia y el Estado. La nueva estructura política, al fortalecer el Poder Ejecutivo, acentúa el crecimiento del aparato estatal. Pero al mismo tiempo ella contribuyó a la pérdida de poder de los partidos tradicionales, los que mostraron síntomas de desintegración, facilitando el acceso al poder de los militares. El primer Gobierno del General Ibáñez amplía y moderniza la administración e impulsa las obras públicas, pero la crisis económica mundial interrumpe su política de inversión fiscal, paraliza las construcciones, agudiza la cesantía, la inflación, el déficit presupuestario y como consecuencia la inseguridad, el descontento y la protesta que lo obligan a renunciar. Sobreviene un año de anarquía en que las fuerzas políticas se radicalizan y los militares se dividen.

El incremento de las funciones del Estado y por ende de la burocracia, se manifiesta en los nuevos ministerios, agencias y organismos públicos, como también en la creación de entidades semifiscales como la Corfo y sus filiales. Con ello tienden a desaparecer antiguas y meritorias asociaciones privadas que perseguían el bien público y la beneficencia. En posible conexión con el aumento de la intervención estatal, asociaciones privadas que se destacaron por sus fines altruistas como la Sociedad Nacional de Agricultura y la Sociedad de Fomento Fabril, tienden a convertirse en grupos de presión económica.

Durante todo este período la opinión pública manifiesta oscilaciones pendulares. Con el primer Gobierno de Alessandri los partidos pierden apoyo después de una lucha extenuante. La dictadura legal de Ibáñez se sostiene en esa apatía partidista. Resurgen los partidos con la reacción civilista y el segundo gobierno de Alessandri, para debilitarse progresivamente con las administraciones radicales de Aguirre Cerda, Ríos y González Videla. La segunda elección de Ibáñez en 1952, representa una nueva rebelión de los electores frente a los partidos y el ciclo continúa en las dos últimas décadas.

La acción política en este período refleja el intento de responder al

desafío planteado por la nueva sociedad industrial que emerge de la declinación definitiva de la sociedad rural. En este sentido pueden interpretarse los esfuerzos por institucionalizar las relaciones industriales, satisfacer las aspiraciones de ascenso popular, modernizar y expandir la estructura administrativa del Estado, poner énfasis en las medidas económico-sociales por sobre el doctrinarismo político, abandonando de hecho el »laissez faire« del período anterior. Alessandri e Ibáñez perciben la necesidad del cambio, al postular un »Chile nuevo« y al dotarlo del marco jurídico y de las instituciones sociales necesarias. El surgimiento de partidos de perfil innovador como la Falange Nacional, responde también a las nuevas transformaciones.

El plano educativo y cultural reflejan asimismo los cambios de la estructura social. Se dictan la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria (1920), el Estatuto de la Universidad, que establece su autonomía académica (1931) y se ensaya la renovación experimental de la enseñanza (1945).

El incremento de la clase media se traduce en una expansión de la literatura nacional. Surgen el criollismo y el realismo de las generaciones literarias de 1920 y 1938, que junto con simbolizar la alianza del pueblo con la clase media intelectual, reflejan en sus obras la vida de los estratos bajos del campo y la ciudad.

Se despliega finalmente el género del ensayo social en libros que intentan interpretar el cambio, como los de Domingo Melfi, Eduardo Frei, Julio César Jobet, Jaime Eyzaguirre, Sergio Vergara, Carlos Keller, etc.

En síntesis, los rasgos dominantes de la estructura social de Chile en el período 1920-1950 serían los siguientes:

- En el aspecto demográfico, el incremento de la población urbana que pasa en 1940 a predominar sobre la rural.
- Aportes de inmigración árabe después de la Primera Guerra Mundial y de inmigración israelita a partir de la Segunda Guerra.
- Modernización de la red de urbanización con la pavimentación de caminos, aumento de vehículos motorizados y desarrollo de las comunicaciones aéreas.
- En el plano económico, la estructura productiva experimenta cambios fundamentales con la decadencia del salitre, los efectos de la crisis mundial, y el auge de la industria liviana para substituir las importaciones. Se inicia con ella una etapa del desarrollo »hacia dentro«, aunque la producción agropecuaria se estanca a partir de 1930.
- El Estado asume un papel activo en la economía, abandonando el laissez faire anterior, para enfrentar las crisis provocadas por la coyuntura externa. Paso decisivo en la intervención económica del Estado es la creación de la Corporación de Fomento a la Producción, que organiza empresas nacionales para explotar el acero, el petróleo, el azúcar y producir energía hidroeléctrica.

- Como consecuencia de lo anterior, el extraordinario crecimiento de los servicios del Estado que asume nuevas funciones aumentando el volumen de la burocracia pública.
- La coyuntura internacional tiene una directa repercusión en el plano económico ideológico y político de Chile. La crisis económica mundial de 1929-31, la pugna entre el comunismo y el fascismo, la guerra civil española, la 2a. Guerra Mundial y la guerra fría tienen consecuencias directas en la vida nacional, contribuyendo a la crisis económica, la organización del Frente Popular y la diseminación de ideologías europeas.
- En el plano de la estratificación se incrementan y diversifican los sectores medios, que alcanzan el poder político en alianza con la clase obrera. Esta clase media en su fase emergente o de ascenso político parece mostrar un impulso renovador que la hace solidaria de los sectores populares y antagónica a los intereses de los grupos oligárquicos, para cambiar de orientación una vez que ha consolidado su posición.
- En el aspecto de la organización política la Constitución de 1925 moderniza el aparato estatal y consagra el sistema presidencial. Los partidos experimentan alzas y bajas en el apoyo de la opinión pública, ante la presión de problemas críticos que presenta una sociedad más compleja y en vías de industrialización.
- Los cambios sociales se traducen en nuevas demandas al sistema educativo, que es sujeto a sucesivos reajustes, aunque sin una visión de conjunto.
- En el plano de las instituciones religiosas, la Iglesia Católica experimenta la competencia de diversos grupos protestantes, algunos de los cuales logran obtener adeptos entre los sectores populares.
- La esfera de la producción cultural revela las tensiones y contradicciones de la época y la sociedad, desplegándose la literatura nacional y cobrando cierto auge el ensayo que trata de recoger e interpretar los rápidos cambios sociales, económicos y políticos.

Los tres primeros textos seleccionados para este período presentan respectivamente el cuadro de las fuerzas sociopolíticas, el papel de los sectores medios y el rezago de la estructura agraria. Los dos siguientes plantean la crisis que afecta a la sociedad chilena al promediar el siglo xx.

En su *Discurso del 25 de abril de 1920*, Arturo Alessandri plantea su programa como candidato a la Presidencia de la República. Denuncia el desgobierno y desorden que experimenta el país debido a la impotencia del Poder Ejecutivo para enfrentar los problemas sociales; propone su fortalecimiento sin desmedro de las libertades públicas y de las iniciativas de las provincias; quiere que el Estado intervenga como árbitro en los conflictos laborales, que promueva una política social en beneficio de los trabajadores, que les asegure salario justo, habitación higiénica y seguridad social.

Las reformas propuestas por Alessandri incluyen la laicización de las instituciones públicas, la descentralización administrativa, creación del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, Tribunal de Arbitraje Obligatorio, ley de instrucción primaria obligatoria, mejoramiento de la situación legal de la mujer, reforma tributaria que atenúe el peso de los impuestos indirectos para imponer una tributación directa y proporcional a la renta.

Su programa refleja un nuevo concepto del Estado que abandone la actitud *laissez faire* para asumir un papel activo en lo social y económico. Esta nueva fisonomía del Estado, a través de una reforma constitucional, permitirá, según el orador, seguir las lecciones de la historia y evitar los estallidos revolucionarios. El Programa refleja también la estrategia electoral del caudillo: quiere agrupar en torno suyo a las masas obreras ofreciéndoles justicia y a los sectores medios ofreciéndoles orden y seguridad, al mismo tiempo que se identifica como una amenaza contra los espíritus reaccionarios que se oponen a las reformas en pro de la justicia y el progreso.

En el texto *Atrinchamiento político de los sectores medios*, el historiador norteamericano John J. Johnson bosqueja el desarrollo y situación política de la clase media chilena entre 1920 y 1958. Esta, según el autor, jugó su primer papel decisivo en la escena nacional al dirigir la campaña electoral que llevó en 1920 a Alessandri a la Presidencia.

El impulso innovador y desarrollista que caracterizó a los sectores medios en esa época se manifestó en el apoyo al desarrollo industrial, a un sistema de decisiones políticas con más participación de las clases obreras y sobre todo en un espíritu nacionalista. Ese impulso continuó bajo el primer gobierno de Ibáñez, representante él mismo de dichos sectores, así como gran parte del Ejército.

En el interregno 1932-38 el gobierno se desplazó progresivamente hacia la derecha y los grupos medios y obreros vivieron una existencia precaria. Pero el impulso progresista de los sectores medios se exteriorizó nuevamente durante el Gobierno de Aguirre Cerda. A partir de los presidentes radicales Juan Antonio Ríos, Gabriel González Videla y del segundo gobierno de Ibáñez los sectores medios adoptaron una posición más pasiva y acomodaticia frente a los grupos conservadores, al mismo tiempo que se alejaban de los grupos obreros y se atenuaba su nacionalismo inicial. De este modo el Presidente radical Ríos «cambia la base ideológica de su gobierno en favor de la comunidad industrial y a expensas de los restantes grupos socioeconómicos» y por su parte Ibáñez, en su segundo gobierno, se inclinó «hacia los sectores medios económicos y socialmente más conservadores».

La explicación de este cambio de orientación política de los sectores medios chilenos residiría, según Johnson, en su heterogénea composición social, en el hecho de que necesitaran el apoyo de otros grupos sociales para obtener el gobierno y luego para mantenerse en él.

Johnson señala también las circunstancias que contribuyeron a modelar la ideología política de los sectores medios chilenos. Entre ellas menciona la posición social más progresista o menos conservadora asumida por la Iglesia después de la separación del Estado; la conducta de los militares chilenos, favorable a la dirección política de los sectores medios y tradicionalmente rénuentes a la intervención directa en el gobierno; el rápido desenvolvimiento del sistema de partidos, que originaron sus fuerzas más en sus doctrinas que en la personalidad de los caudillos.

Señala finalmente el nacionalismo o »antiextranjerismo« como factor que proporciona otra base de acción común de la clase media.

El texto de Jorge McBride *La influencia de la hacienda* plantea la repercusión que ha tenido el tradicional sistema de tenencia de la tierra en la estructura social, económica y política de Chile.

Las observaciones del autor se refieren a la situación existente en la década de 1930 y permiten apreciar el rezago que a la sazón presentaba el sistema agrario. Destaca el papel de la hacienda como matriz que moldeó la organización social y sus valores.

La influencia más notable de la hacienda, como sistema cerrado y autosuficiente, se manifiesta en una estratificación dual, con el predominio de la clase alta terrateniente sobre la clase baja o *rotos*; la clase media sólo existiría en las ciudades. Este firme control de los dueños de la tierra ayudó al mantenimiento de la unidad familiar tanto entre los terratenientes como en los inquilinos y contribuye a explicar la excepcional estabilidad social de Chile.

Pero la hacienda ha sobrevivido a sus propósitos históricos y su persistencia perpetúa la desigualdad económica, retardando el desarrollo social y político de Chile. Las tensiones sociales se han agravado en el transcurso del siglo, constituyendo un ambiente explosivo.

En consecuencia, el autor ve dos alternativas: revolución o reforma agraria. Al optar por la última, McBride expone las razones socioeconómicas y políticas que la hacen imprescindible para lograr un desarrollo, sin pasar por las experiencias de México o de Rusia.

No obstante diversas aseveraciones discutibles como la subestimación del desarrollo urbano, de las clases medias y de la movilidad —las observaciones de este estudioso norteamericano tienen el mérito de haber planteado el problema de la reforma agraria, casi treinta años antes de que ésta se empezara a realizar.

En *Ser o no ser*, Jaime Eyzaguirre formula un balance crítico de la situación de Chile desde la república parlamentaria hasta mediados del siglo actual. El autor se centra en la vida cívica y sus modificaciones. Dos elementos nuevos y negativos advierte en ella: el creciente papel del dinero en la política y »el desvanecimiento de la conciencia nacional en el seno de la antigua aristocracia«. Ambos elementos socavan la moral pública y alteran el desarrollo político de Chile. Adviene el ausentismo

de los hacendados que cambia la relación patrón-inquilino. Se acentúa la imitación extranjera importándose «el liberalismo francés, el parlamentarismo inglés y la comuna suiza». La educación laica moldea una clase media híbrida e insegura, todo lo cual constituiría un «proceso de mutación artificial del alma colectiva».

Pero junto a estas imitaciones emergen transformaciones económico-sociales y culturales promisorias, que revelan una oscilación entre la cúspide y el abismo, entre el *ser o no ser*, que determinará el destino futuro.

El diagnóstico de la situación de crisis es semejante en varios puntos al de Encina, pero Eyzaguirre cree que a pesar de todos los tropiezos sufridos durante la república parlamentaria y las ulteriores transformaciones del Estado, el país pudo salir de la crisis gracias al «rico acervo de cultura adquirido en cien años de ordenada vida nacional» y a la labor silenciosa y constante del hombre sano y patriota que compensa la actitud a menudo frívola de los políticos.

En *La desmoralización nacional*, Julio César Jobet sostiene que el atraso económico y social imperante desde la república parlamentaria con su estructura semifeudal y semicolonial ha determinado una gran decadencia moral en todas las clases, especialmente en las dirigentes.

Un factor de corrupción fue el salitre que contribuyó a la concentración de la riqueza en pocas manos y agudizó la miseria de las mayorías. «Este contraste agudizó el antagonismo de clases que ayudó a disgregar la conciencia nacional existente».

Mientras el siglo pasado se caracterizó por la austeridad, el sentido de responsabilidad y la sobriedad, a mediados del actual domina la corrupción y la mediocridad. La incapacidad de los gobernantes, unida a la errada orientación de la enseñanza, han llevado al país a una situación de crisis.

El autor ilustra su tesis enumerando los grandes escándalos y fraudes de los grupos dirigentes, la miseria y los vicios de la clase baja, el gasto ostentoso e imprevisor de la clase media y su sentido arribista y parasitario.

Para superar las crisis económica y moral debe implantarse una economía planificada de orientación socialista; junto a ella debe reformarse la educación que permite «construir las bases de una nacionalidad nueva».

La tesis de Jobet sobre la crisis chilena tiene puntos de contacto con los planteamientos de Venegas y de Encina, a quienes cita. Por otra parte no está demasiado alejada del análisis de Eyzaguirre, no obstante sus antagónicas posiciones ideológicas, en la apreciación de los valores del pasado y en la crítica a las clases dirigentes y medias.

Programa presidencial*

Discurso político de don Arturo Alessandri, agradeciendo a sus amigos su designación como candidato a la Presidencia de La República, pronunciado en la Convención Liberal de Santiago, el 25 de abril de 1920 y que constituye su programa de gobierno.

...El país atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su historia. Vivimos desde hace años en medio de la anarquía y del desgobierno. Toda clase de angustias y de dificultades obstaculizan la marcha próspera de las actividades en esta patria tan cara a todos nosotros. El país desea, exige un Gobierno sólido y fuerte, con rumbos definidos, orientados sobre la base de una política netamente nacional.

He servido toda mi vida la causa santa de las libertades públicas. He peleado por ella las más enérgicas batallas, rindiendo especial culto a la libertad electoral a la cual he ofrecido sacrificios no pequeños. Comprenderéis que quien ha luchado por estos nobles principios durante su vida entera no podría en el Gobierno renegar de ellos. . .

Todos los pueblos han luchado por sus libertades y ante todo, por la libertad de conciencia. El nuestro no se quedó atrás en esta lucha.

Ya en el año 1865 nuestros estadistas, dando fiel cumplimiento a una aspiración nacional, reformaron el artículo 5° de la Carta Fundamental, cimentando la libertad de cultos y de conciencia sobre el pedestal sólido de la tolerancia mutua. Esa evolución histórica, empezada el año 65 no ha terminado definitivamente. Debemos concluir esa obra de laicizar todas nuestras instituciones, sin propositos de persecución, sin provocar odios ni divisiones en la familia chilena, inspirándonos sólo en el sagrado espíritu de tolerancia que, en la lucha de las ideas, es tienda bajo la cual pueden cobijarse todas las conciencias a respirar el aire puro de la libertad.

Sancionemos de una vez en la ley lo que felizmente ha sido consagrado en el hecho, estableciendo en forma definitiva la constitución civil de la familia chilena y propendamos con todas nuestras energías a alejar de las luchas candentes de la política las banderas o credos religiosos, cualesquiera que ellos sean, evitando que se mezclen en el terreno temporal cuestiones de orden meramente espiritual que son del fuero interno y

*Publicado en «El Presidente Alessandri a través de sus discursos y actuación política» Imprenta Gutenberg, Santiago, 1926.

cuyo violento choque no cuadra ya con las exigencias marcadas por las necesidades nacionales del momento histórico en que vivimos.

Nuestra Constitución del 33, monumento glorioso sobre el cual se ha cimentado la grandeza de la República, fue dictada sobre la base de un centralismo absorbente y absoluto que era necesario dado el estado social de la época en que aquel Código se dictara. Atendida la extensión del territorio, la población poco densa, la escasa difusión de la cultura en aquellos años, ese régimen fue útil, conveniente, necesario para la formación de la República y el afianzamiento de sus instituciones dentro del orden y la paz. Pero los años han pasado, el país ha crecido en todos los órdenes de su actividad, la población ha aumentado, la cultura se ha difundido y por todas partes surge poderoso y enérgico el progreso. El centralismo exagerado del año 33 no es ya posible ni conveniente, es simplemente absurdo. Nuestra Carta Fundamental debe ser reformada al respecto, dando a las provincias personalidad propia para que atiendan a todos sus servicios y necesidades locales y para que intervengan directamente en la elección de las autoridades que deben regirlas. Elección de las autoridades locales directamente por las provincias; facultad para atender las necesidades locales con sus propias actividades e inversión de sus caudales públicos por ellas mismas, son los tres puntos que constituyen la base indestructible y necesaria de una descentralización metódica y razonada que, levantando el nivel intelectual y material de las provincias, redundará en el progreso general de la República.

No preconizo el federalismo. Lo reputo inaceptable para nosotros por una serie de consideraciones de orden histórico;... quiero sólo la descentralización político-administrativa. Al defender la descentralización no defiendo ni fomento odios regionales. Nadie levantará aquella bandera como un ataque, sino como una bandera de progreso y amor al país. Quienes aman el progreso aman a la República y a la Patria y, siendo grandes y prósperas las provincias, es también grande y próspera la República. Si el Gobierno Central no atiende todas y cada una de las necesidades efectivas de las provincias en los momentos actuales, no es porque se niegue a ello, sino porque se lo impide el régimen centralista exagerado en que vivimos, régimen que lo imposibilita en absoluto para atender a ese progreso en la forma que el país reclama. Para nadie es un misterio que las provincias no tienen buenos caminos, no poseen puentes, no cuentan con servicios de ferrocarriles adecuados, carecen del número suficiente de puertos y de las condiciones que el desarrollo del país exige, les faltan los establecimientos de enseñanza, cárceles y hospitales que requieren su población.

De un extremo a otro del universo surge una exigencia perentoria, reconocida por todos los pensadores y por los más eminentes estadistas, en

orden a resolver con criterio de estricta justicia y equidad los derechos que reclama el proletariado en nombre de la solidaridad, del orden y de la conveniencia social.

El progreso económico de los pueblos, que es la atención preferente de todo Gobierno racionalmente organizado, es la resultante precisa del esfuerzo personal del individuo y del capital que utiliza y remunera ese esfuerzo. En consecuencia, si el proletariado que representa el músculo, el vigor, el esfuerzo inteligente en el inmenso laboratorio económico donde se genera la riqueza de los países es un factor eficiente y necesario del progreso, debe ser atendido, protegido y amparado. Hay para ello razones morales de justicia y razones materiales de conveniencia.

En los precisos momentos en que hablo, la opinión pública sigue con afanosa atención un movimiento huelguístico que tiene suspendidas y paralizadas las faenas carboníferas del sur de la República.

Hay una gran huelga que se prolonga; lleva ella el hambre, la miseria y el dolor a muchos miles de nuestros conciudadanos. Pesan los sufrimientos, caen las horas de angustia no solamente sobre los hombres, sino también sobre las mujeres y los niños.

El capitalista se perjudica también en sus intereses; la sociedad entera se siente afectada, perturbado el servicio de ferrocarriles, dañada la economía general del país. . .

La impotencia del gobierno ante tal situación, es profundamente desastrosa para los altos y sagrados intereses sociales. Un gobierno en tal situación debe tener normas preestablecidas para conjurar el peligro y no es posible que, desarmado e inerte, asista como un testigo impotente ante el desorden y la desorganización que importa la prolongación de tal estado de cosas.

Una ley de simple previsión para tales emergencias es necesaria y salvadora. La creación por ley de la República del Tribunal de Arbitraje obligatorio se impone para poder evitar estas situaciones dolorosas. Vale más prevenir que curar. El gobierno necesita tener en sus manos esa arma poderosa de orden y progreso.

En estos conflictos que, desgraciadamente, se van generalizando tanto entre nosotros, hay siempre una parte débil frente a la otra que es fuerte y poderosa; necesario, conveniente, indispensable es entonces que entre el débil y el fuerte aparezca la justicia soberana e imparcial, fría como la ley, majestuosa como la fuerza moral que ella representa, fuerza moral que dirima la contienda, que restablezca la paz y el orden, produciendo la armonía entre el capital y el trabajo, los dos rodajes de la máquina del progreso.

La solución de este gravísimo problema de nuestra vida nacional no admite ya espera. Quienes discuten su oportunidad, no aprecian debida-

mente las exigencias del orden social y del progreso sólido y firme de nuestro país. Nadie puede desconocer la eficacia del proletariado como factor económico irremplazable y el Estado debe tener los elementos necesarios para defenderlo, física, moral e intelectualmente.

Debe exigirse para él habitaciones higiénicas, cómodas y baratas que resguarden su salud y que tengan el atractivo necesario para alejarlo de la taberna y para generar en su espíritu los sentimientos de hogar y de familia.

Hay que velar porque su trabajo sea remunerado en forma que satisfaga las necesidades mínimas de su vida y las de su familia; no sólo las de su vida física sino las de su perfeccionamiento moral y de su honesta recreación. Hay que protegerlos en los accidentes, en las enfermedades y en la vejez. La sociedad no puede ni debe abandonar a la miseria y al infortunio a quienes entregaron los esfuerzos de su vida entera a su servicio y progreso.

Las mujeres y los niños reclaman también la protección eficaz y constante de los poderes públicos que, cual padres afectuosos y vigilantes, deben defender a tan importante porción de sus vitales energías económicas. Quienes no quieren prestar atención a estos problemas de la vida moderna, movidos por nobles y generosos impulsos del corazón, deben afrontarlos siquiera por las razones, algo más egoístas, pero igualmente evidentes, de conveniencia económica y conservación social.

La raza, su vigor, sus excepcionales condiciones de fuerza y de energía deben ser defendidos y considerados con especial interés y atención. Quienes se dedican a proteger y amparar los deportes nacionales, que tan feliz desarrollo están tomando entre nosotros, realizan una obra verdaderamente patriótica. Así como la resistencia de los edificios reposa sobre la solidez y buena calidad de sus materiales, también la energía y vigor de los pueblos descansan sobre la vitalidad y robustez de los individuos que forman su célula primaria. Defendamos nuestra noble y enérgica raza mediante la protección decidida del Estado a la educación y a los ejercicios físicos en todas sus variadas y múltiples ramificaciones. Defendamos también la raza combatiendo por todos los medios, con todas las energías posibles, el alcoholismo, las enfermedades de trascendencia social y las epidemias engendradas por falta de higiene y de cultura. Esforcémosnos por el desarrollo de la beneficencia pública, organizándola sobre la base del concepto científico moderno que la impone, no por razones sentimentales, sino como un deber ineludible y premioso de defensa social. Todos los organismos están sometidos a la ley biológica de su conservación y las sociedades humanas, que forman los más amplios y completos organismos conocidos, se rigen también por estas mismas leyes, en virtud de las cuales deben dictarse todas las medidas complejas y múltiples destinadas a satisfacer ampliamente las necesidades a que acabo de referirme.

En el mecanismo de nuestra organización administrativa falta el órgano adecuado para atender, desarrollar y fiscalizar todas las cuestiones relativas a los problemas económico-sociales. Ese órgano es el Ministerio del Trabajo y de la Previsión Social que debe crearse, que reclama la opinión y el cual vengo pidiendo desde hace tiempo con resolución inquebrantable. No puede pasarse más tiempo sin atender a esta premiosa e ineludible exigencia de nuestro desarrollo social.

La ley de instrucción primaria obligatoria pende de la consideración del honorable Senado de la República. Falta sólo la sanción de su último trámite constitucional para constituir en una hermosa realidad lo que fue durante tantos años una grande y sentida aspiración nacional. Vosotros sabéis cuánto he luchado por esta ley de salvación pública; y, como no basta que las leyes estén escritas sino que deben producir toda su eficacia en la práctica mediante su aplicación correcta y atinada, os declaro que sería la más honda y profunda satisfacción de mi alma, si me cupiera la honra, como Jefe del Estado, de dar vida, forma y movimiento a una ley que he perseguido con tan incansable tenacidad.

El régimen prolongado del papel moneda, que impera entre nosotros desde hace tantos años, presentándonos como una dolorosa excepción en el concierto del mundo civilizado, crea para nuestro país una situación aflictiva de angustia y de justificado malestar.

La inestabilidad monetaria asume los caracteres de un verdadero flagelo público que, como es natural, azota con mayor crueldad y energía a las clases desvalidas, a los que viven de un salario, de un sueldo módico o de una modesta renta, a los pequeños industriales y propietarios. Sólo lucran y medran al amparo de esta situación los agiotistas y audaces especuladores que no vacilan en construir su fortuna personal con las lágrimas y el dolor de sus conciudadanos.

Este régimen funesto no puede, no debe continuar. La estabilidad de nuestra moneda, como medida cierta de los valores comerciales, se impone. El país lo pide y lo exige.

Nuestro Código Político, con criterio de estricta justicia, impone la igual repartición de las cargas públicas y establece también que ellas deben ser proporcionadas a los haberes de cada cual. Sin embargo, nuestro régimen tributario, vetusto y caduco, está muy lejos de cumplir el principio justiciero y racional que inspira el precepto positivo de nuestra Constitución. Domina sin contrapeso en nuestro régimen tributario el impuesto indirecto, que representa el 70 por ciento de nuestra rentabilidad fiscal. La ciencia y la experiencia uniforme del mundo afirman, y con mucha razón, que tal impuesto no es equitativo ni justo, porque la unidad y fijeza de su pago no impone igual sacrificio a todos los ciudadanos, ya que el pago de una misma unidad de valor por un objeto determinado no representa un sacrificio igual para el capitalista y para el hombre de fortuna que para un modesto asalariado o empleado.

No se cumple así el precepto constitucional de la proporcionalidad entre las cargas públicas y los haberes de cada cual, por cuya razón es urgente modificar nuestro régimen tributario dentro de los principios positivos de la Constitución y de las prescripciones de la justicia social. Sólo el impuesto directo sobre la renta cumple con este requisito; cada ciudadano debe soportar las cargas públicas proporcionalmente a lo que tiene y a lo que percibe.

Ni son las enunciadas las únicas injusticias que presenta nuestro régimen tributario. La agricultura, industria madre de nuestro progreso y a la cual se debe prestar todo el amparo y protección de los poderes públicos, por ser la base fundamental del edificio económico del país, está injustamente gravada con un cinco por mil que representa el 7, el 8, el 10 por ciento sobre sus rentas. Igual cosa ocurre con la propiedad urbana. Mientras tanto, los valores mobiliarios, que representan la riqueza acumulada y que reditúa entre nosotros un interés anual superior a dos mil millones de pesos, paga apenas uno y cuarto por ciento de contribución. No quiero, no pido, no acepto persecuciones injustas contra la riqueza y la fortuna, que son y deben ser protegidas y amparadas; pero razones de elevada justicia, de derecho, de orden y de conservación social, imponen el rechazo del privilegio para los unos en desmedro de los otros y exigen el cumplimiento igualitario en la repartición de las cargas públicas.

La condición legal de la mujer en Chile permanece aún aprisionada en moldes estrechos que la humillan, que la deprimen y que no cuadran con las aspiraciones y exigencias de la civilización moderna. Carece ella de toda iniciativa, de toda libertad y vegeta reducida al capricho de la voluntad soberana del marido en forma injusta e inconveniente.

Todas las legislaciones actuales reconocen, todos los pensadores del siglo reclaman para la mujer la elevada posición de su nivel moral, legal e intelectual, en la forma que corresponde a aquella parte tan noble y respetable de la sociedad, que tan alta e importante participación tiene en el desarrollo de la vida moderna. Nuestra legislación no puede continuar siendo a este respecto una excepción desdolorosa en el concierto armónico del mundo civilizado.

Nuestro organismo social entero, nuestro régimen constitucional, requieren en los momentos actuales reformas urgentes y radicales. El tiempo todo lo destruye, todo lo cambia, todo lo aniquila o lo transforma. La casa solariega en que nacieron nuestros antepasados se destruye y derrumba a través de los años, así también las instituciones de los pueblos, con la marcha ascendente del progreso, se envejecen y terminan por no corresponder a sus actuales y premiosas necesidades.

Una serie interminable de problemas apremiantes requieren solución inmediata, impostergable. Necesitamos afrontarlos con valor y decisión sobre la base inmovible de la justicia y el derecho que constituyen el cimiento único sobre el cual se construye la grandeza de los pueblos, pero

tomando también en cuenta las nuevas circunstancias sociales y las nuevas exigencias del progreso nacional.

En un momento inolvidable de su historia, la Francia se sintió conmovida por aspiraciones e ideales nuevos. Un soplo de renovación, un grito de protesta cruzó su suelo de un extremo a otro; el edificio secular de sus instituciones políticas y sociales crujió desde sus cimientos en una vibración de reforma, de sacudimiento y de vida. Cansada la masa inmensa de los privilegios que constituían el beneficio de unos pocos, se levantó al grito de »Libertad, Igualdad y Fraternidad« echando así los cimientos de la democracia universal. Alarmado el rey por los gritos destemplados de la multitud, volvió sin embargo a su calma habitual, a la voz halagüeña de un cortesano que le señalaba aquello simplemente como el *bullioso alarido de la canalla que pasa*.

Si el monarca, en vez de prestar oídos al cortesano hubiera sentido el alma de la Francia que rugía en aquellos alaridos, si hubiera auscultado sus vibraciones que exigían libertad, igualdad, fraternidad, habría ahorrado para su pueblo las sangrientas, las horrendas y dolorosas escenas del terror; sus conciudadanos, la posteridad y la humanidad entera le habrían levantado un monumento perenne de gratitud y de admiración y habría perpetuado el recuerdo de la redención pacífica y grande, un pueblo tan grande como sus anhelos.

La Inglaterra también como la Francia sintió en 1830 palpar en su seno ardientes aspiraciones de conquistar la libertad electoral, desconocida por ese pueblo hasta entonces.

El monarca inglés, inspirado en el espíritu práctico inimitable de esa gran nación, lejos de oír la voz de los cortesanos que lo instaban también a desoír los clamores de la *canalla que pasa* atendiendo siempre a las aspiraciones lícitas del gran pueblo que regía, ejercitando sus facultades constitucionales, aumentó la Cámara de los Lores con nuevos nombramientos, se abrió paso la reforma reclamada, la evolución se hizo, se evitó la revolución y la Inglaterra continuó, sin sacrificios ni dolores, majestuosa y más grande que nunca en la marcha indefinida de su progreso y engrandecimiento.....

Lecciones de la historia son éstas que los hombres de Gobierno no deben jamás olvidar y que deben tomarlas como solemne advertencia para el bien de sus conciudadanos.

No quiero trastornos ni violencias; los abomino y anatematizo, los condeno con toda la energía honrada de mi espíritu. Quiero y exijo el respeto de todos los derechos fundamentales garantizados por nuestras instituciones; pero, para mantener el orden y la estabilidad social, es deber ineludible de los gobernantes atender, servir y solucionar todas aquellas necesidades públicas que tienen por base la justicia, que destruyen el privilegio no basado en altas y nobles consideraciones de orden moral.

La humanidad atraviesa un período que pudiera llamarse de la reintegración y de la reconstrucción. Los Estados y los pueblos unidos por una red inmensa de intereses morales y materiales, tienden a solidarizarse y a estrecharse más aún por nuevos y múltiples vínculos. Debemos también nosotros esforzarnos por desarrollar y estrechar nuestros lazos materiales con todos los pueblos del orbe civilizado, sobre la base de un mutuo intercambio de ideas y de pensamientos, ya que los vínculos morales son, en muchas ocasiones, más poderosos y sólidos que aquellos que sólo se basan en las relaciones meramente materiales.

Pero nuestro país debe aportar también su contribución indispensable, como todo país civilizado, a la reconstrucción económica del mundo, mediante el desarrollo convenientemente fomentado por el Gobierno, de su agricultura, de su minería, de sus industrias y de su Marina Mercante. El aumento constante de la producción y la facilidad de las comunicaciones deben constituir una preocupación de todos los momentos para los gobernantes de Chile.

Yo quiero antes de terminar, hacerlos una declaración.

Ha sido costumbre oír a los que han tenido la satisfacción de alcanzar el honor que ahora vosotros me discernís que «no son una amenaza para nadie».

Mi lema es otro:

Quiero ser amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria: esos son los propagandistas del desconcierto y del trastorno.

Yo quiero ser una amenaza para los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho; quiero ser amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante las evoluciones del momento histórico presente, sin apreciar las exigencias actuales para la grandeza de este país; quiero ser una amenaza para los que no saben amarlo y no son capaces de hacer ningún sacrificio para servirlo.

Seré, finalmente, una amenaza para todos aquellos que no comprenden el verdadero amor patrio y que, en vez de predicar soluciones de armonía y de paz, van provocando divisiones y sembrando odios, olvidándose de que el odio es estéril y que sólo el amor es fuente de vida, simiente fecunda que hace la prosperidad de los pueblos y la grandeza de las naciones.

Atrincheramiento político de los sectores medios en Chile*

En Chile los sectores medios urbanos obtuvieron un mayor éxito político. El primer papel decisivo que les tocó asumir en la escena política nacional lo desempeñaron en el año 1920, cuando dirigieron la campaña que elevó a Arturo Alessandri Palma a la presidencia. La influencia de los sectores medios en el gobierno fue considerable entre 1920 y 1938, época que se destacó por una dictadura militar que duró de 1924 a 1931, y el control de la rama ejecutiva por una coalición centroderechista que se desplazó progresivamente hacia la derecha entre los años 1932 y 1938. De 1938 a 1952 los jefes de los sectores medios, con pocas restricciones, gobernaron a la república mediante el control del partido Radical. Los elementos de los sectores medios que, llevados por la desesperación y la frustración, desertaron del partido Radical llevándose a sus partidarios obreros, fueron probablemente los que proporcionaron el superávit de votos que hizo presidente en 1952 al ex dictador Carlos Ibáñez del Campo. A pesar del extremismo manifestado durante la campaña por el candidato y su séquito, después de asumir el cargo Ibáñez evitó atacar de frente los problemas básicos o las instituciones y las relaciones establecidas, sociales, económicas y políticas. Hizo un gobierno que continuó la orientación encaminada al progreso del comercio y la industria. De este modo el programa de Ibáñez llevó, en sus aspectos principales, el sello ideológico de una gran fracción de los sectores medios. La elección de Ibáñez puede ser considerada, por consiguiente, como un triunfo de los sectores medios, a pesar de la estruendosa derrota sufrida por el partido Radical.

La división partidaria de 1952 concordaba con la conducta política de los elementos medios chilenos. Después de subir, en 1920, al escenario político con paso decisivo, exhibieron cualquier cosa menos tendencias monolíticas. Sus preferencias políticas, lo mismo que las demostradas por los sectores medios de las otras cuatro repúblicas, iban desde el socialismo marxista hasta el estado corporativo. La mayoría, no obstante, como sus contemporáneos de la Argentina, Brasil, México y en menor grado el Uruguay, fueron social, económica y políticamente moderados. Tampoco a ellos, como a los otros, les repugnó mezclar los objetivos progresistas sociales y económicos con una considerable cantidad de oportunismo político.

*Publicado en la obra *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios*, Hachette, Buenos Aires, 1961, Capítulo v.

Dado que a los sectores medios, aún unidos, les faltaría siempre la fuerza numérica suficiente para reunir los votos populares necesarios para obtener el gobierno de la nación, sus líderes tuvieron que buscar apoyo fuera de sus grupos socioeconómicos. Unas veces confiaron de manera especial en los asalariados, los que prefieren un enfoque más radical de los problemas complejos. Otras veces solicitaron el apoyo de los propietarios, los que propugnan un acercamiento más cauteloso al progresismo. El hecho de que dependieran de la aprobación de elementos exteriores a sus grupos explica ampliamente la falta de consecuencia demostrada por los sectores medios chilenos, que se inclinaban en favor de los asalariados o los empleados pero que tenían en sus filas a muchos propietarios. También explica parcialmente la eventual conciliación del enfrentamiento radical de los problemas inmediatos con los valores admitidos por los elementos de mayor estabilidad cultural y holgura económica.

Las diferencias y los antagonismos existentes entre los obreros y los capitalistas no determinaron por sí mismos el papel político de los sectores medios. La explicación de sus éxitos y fracasos es más honda. Muchas de las condiciones y circunstancias que contribuyeron a modelar su ideología política son las mismas que se comprueban en otras repúblicas donde descuellan políticamente los grupos medios. Pero muchas otras tienen un tinte chileno. Algunas de éstas han llegado a ser casi claramente chilenas. Todas ellas, incluso la formación de una importante economía industrial urbana y su correspondiente y vocinglero proletariado industrial, integraban el medio ambiente chileno a fines de la Primera Guerra Mundial.

La Iglesia Católica, cuyas actividades siempre habían sido importantes para los dirigentes de los sectores medios, ocupó durante varios decenios un lugar excepcional en la política del país. La Constitución de 1833 hizo de la Iglesia Católica Romana la Iglesia del Estado. La defensa del catolicismo fue un objetivo primordial para los que gobernaron la *república autocrática* de 1831 a 1861. Luego, de 1861 a 1891, durante la *república liberal*, la Iglesia fue atacada insistentemente. Al finalizar este período muchas de sus prerrogativas le habían sido retiradas en favor de la autoridad civil. El matrimonio civil, el registro civil de nacimientos y defunciones y el establecimiento de los cementerios públicos destruyó el monopolio de la Iglesia en estos terrenos.

La posición legal de la Iglesia no varió fundamentalmente durante la era del *gobierno parlamentario*, de 1892 a 1925, pero la atmósfera general cambió. De acuerdo con las encíclicas del papa León XIII —la más famosa de las cuales, la *Rerum Novarum* (1891), establecía las bases para las relaciones entre el capital y el trabajo— ciertos elementos fuertemente católicos comenzaron, con la aprobación de la Iglesia, a separarse de los segmentos más reaccionarios del partido Conservador. Esos elementos, más liberales, bregaban por un nuevo examen de la estructura

social hecho a la luz de las tendencias que propiciaban el alejamiento del feudalismo agrícola y el acercamiento al capitalismo industrial. Al mismo tiempo los elementos anticlericales proseguían su propaganda en favor de la compleja ruptura entre la Iglesia y el Estado. Sus demandas fueron incluidas en la constitución de 1925. La Iglesia entró en una nueva era.

La dirección política que tomaría después, una vez libre de sus ataduras con el Estado, quedó indicada durante los debates de la separación. A diferencia de los eclesiásticos de algunas de las otras repúblicas, en las que cedieron terreno de muy mala gana y a menudo sólo después de haber recurrido sin éxito a la fuerza, las autoridades religiosas chilenas cooperaron con las civiles para determinar las condiciones con las cuales se consumaría la separación. Las autoridades civiles contribuyeron, por otra parte, a la ruptura pacífica, garantizando a la Iglesia un subsidio oficial por el término de cinco años, mientras ésta se adaptaba a su nueva posición »independiente«.

Separada la Iglesia del Estado, la Iglesia Católica chilena observó en general una conducta culta, que se reflejó en la vida política de la república. Las organizaciones católicas laicas, como la Acción Católica, y los partidos políticos, como la Falange Nacional de Chile —ahora partido Demócrata Cristiano—, presentaron programas que sólo se distinguían de los sostenidos por los partidos anticlericales del centro por el hincapié que hacían en la necesidad de adoptar un enfoque »más cristiano« de los problemas sociales. Entretanto la jerarquía eclesiástica se abstuvo de asumir posiciones agresivas ante las cuestiones políticas, excepto las relacionadas con el comunismo y las doctrinas ateas marxistas. En cambio trató de dar a la vida política la fibra moral que no le habían suministrado los partidos políticos. De este modo la Iglesia Católica de Chile y sus miembros laicos de mayor conciencia política, en lugar de seguir otorgando prestigio a la posición de la derecha tradicional, como hicieron durante todo el siglo XIX, contribuyeron en realidad a aislarla y a correr toda la base política hacia el centro moderadamente progresista, donde habían prosperado los sectores medios.

En general la conducta de los militares chilenos fue favorable al desarrollo de la dirección política de los sectores medios. Desde 1831 sólo en una ocasión, entre los años 1924 y 1932, intervinieron las fuerzas armadas chilenas en política por su cuenta. Antes de 1924, y por espacio de casi un siglo, el ejército y la armada asumieron un papel de cooperación en los violentos arreglos de las diferencias planteadas por las luchas de los grupos civiles. En cumplimiento de esta política, en 1851 y luego en 1891, años turbulentos en Chile, las fuerzas armadas retornaron a sus tareas propias y dejaron de preocuparse por ejercer el control del gobierno después de restaurada la paz. Desde 1932 las fuerzas armadas no han vuelto a inmiscuirse abiertamente en el gobierno civil. En el transcurso de los años ninguna institución militar de América Latina regis-

tró mayor prescindencia en materia política. Para el período posterior a 1920 probablemente tendrían que ceder honores a las fuerzas armadas uruguayas y compartir el segundo puesto con los militares de Costa Rica.

Cuando los militares rigieron los destinos de la nación, entre los años 1924 y 1932, la conducta de los líderes reflejó el importante papel de los elementos medios dentro de los cuerpos militares y en el desarrollo social económico de la república. El ejército chileno perdió su atractivo para las élites por lo menos a fines de la guerra del Pacífico (1883), y quizá antes, y los cadetes llegaron a ser reclutados casi exclusivamente en los hogares de los sectores medios. Después de la revuelta de 1891 ocurrió lo mismo en la marina, la que siempre había sido preferida al ejército por los hijos de la camarilla gobernante chilena. Después de 1890, profesionalizados cada vez más el ejército y la marina, perdieron todo resto de atractivo que pudiera haberles quedado para las élites. El resultado fue que los oficiales jóvenes procedentes de los sectores medios, ocuparon las posiciones de responsabilidad. Los efectos de este fenómeno se advirtieron en el año 1900. En 1925 los oficiales menores, hijos de familias de los sectores medios, se convirtieron en oficiales superiores. Entretanto, la derrota de las viejas élites por los sectores medios civiles en la elección presidencial de 1920 presagió el ocaso político de los elementos gobernantes tradicionales. No es por lo tanto, de extrañar que el directorio militar encabezado por el coronel y luego general Carlos Ibáñez tratara de seguir un rumbo que respondía más a las aspiraciones económicas de los grupos medios urbanos y de los elementos obreros que a los deseos de aquellos elementos cuyos intereses eran esencialmente rurales.

Ibáñez ejecutó arbitrariamente una gran parte del Programa social que Alessandri, «el presidente del pueblo», no había podido poner en práctica por la oposición conservadora del senado. Ibáñez tomó fuertes empréstitos en Estados Unidos hasta que esta fuente de dinero se secó, después de la desorganización del comercio internacional producida en 1929. Los fondos fueron empleados, entre otras cosas, para hacer obras públicas y construir escuelas, con lo que se trató de aliviar la desocupación producida por la pérdida para Chile de una gran parte del mercado mundial de nitrato, ganado por los productos sintéticos.

Los elementos civiles de los sectores medios aprobaron en general el programa social de Ibáñez y se beneficiaron con él. Los intelectuales integraron las filas de la burocracia como directores de juntas oficiales y corporaciones, creadas para fomentar y regular los aspectos esenciales de la vida económica. Los cuerpos docentes fueron agrandados. Los grupos medios de comercio acudieron a reclamar su parte de ganancias cuando la economía respondió a la aparente prosperidad originada por los préstamos extranjeros. Al mismo tiempo el dictador apoyó el pedido de los industriales elevando los aranceles y estableciendo subsidios.

Cuando los estudiantes universitarios y los profesionales, distinguidos médicos, abogados y maestros formaron la punta de lanza de la huelga que en 1931 obligó a Ibáñez a renunciar, sus reclamaciones estuvieron dirigidas principalmente contra los métodos políticos del dictador. Había hecho, en efecto, un gobierno autoritario, desechando el proceso electoral. En los sectores medios se opinaba que los chilenos ya habían dejado atrás esta etapa de su desarrollo político. No obstante, los gobiernos siguientes no anularon lo que habían comenzado a hacer los militares en los campos social y económico. Más bien lo prosiguieron.

Uno de los factores más importantes de los que favorecieron la suerte política de los sectores medios fue el rápido desenvolvimiento del sistema partidario y la responsabilidad partidaria del gobierno, y su mantenimiento. Ambas cosas fueron establecidas firmemente por el año 1920, cuando los sectores medios entraron a disputar el poder. Los partidos llegaron a derivar sus fuerzas más bien de las doctrinas que propugnaban que de los candidatos que ofrecían al electorado. A su vez el candidato no era generalmente más fuerte que su partido. De este modo había relativamente poco sitio para los personalismos en la política chilena, los cuales dominaban, como lo habían hecho desde la independencia, en casi todos los restantes países de América Latina.

La victoria de 1918 puso a los dirigentes de los sectores medios en la senda de su preeminencia política. El éxito obtenido por la Alianza con la elección de Alessandri para la presidencia en 1920 dio a la nueva dirección política la ofensiva. No obstante los viejos elementos gobernantes estaban todavía en condiciones de ofrecer una tenaz oposición mediante su capacidad, que conservaron hasta 1938, para explotar la distribución de las bancas del senado en favor de los intereses agrarios. Con los talones firmemente asentados en el siglo XIX, el «bloque derechista tradicional» se preparó para obstruir el índice de cambio. El drama político que se desarrolló entre los años 1920 y 1938 se concentró, por consiguiente, en la lucha tenaz de los elementos gobernantes tradicionales contra lo «inevitable», mientras los sectores medios adquirían una personalidad política más definida y los trabajadores se volvían políticamente más sofisticados.

Las más hábiles maniobras de las fuerzas reaccionarias fueron ineficaces para apartar de la dirección que había tomado a la nueva amalgama política nacida de la Alianza Liberal. A las derrotas electorales que sufrieron los grupos tradicionales en 1918, 1920 y nuevamente en 1924, siguió la promulgación de la constitución de 1925, la que contenía repetidas pruebas de que Chile rompía con el pasado. La Iglesia fue separada del Estado. Establecióse un ejecutivo fuerte, al precio de una rama legislativa débil en la que los más fuertes eran los viejos grupos gobernantes. La nueva carta constitucional preparó el camino para la contribución directa, derrota para los propietarios. Partiendo de estos puntos los constituyentes siguieron incluyendo disposiciones que estable-

cieran una de las legislaciones obreras y sociales más avanzadas del mundo en esa época. Finalmente, al otorgar al Estado poderes considerablemente ampliados para intervenir en los terrenos social y económico, el documento constituía una nueva manifestación de que los grupos medios se habían alejado de su anterior posición extrema del *laissez faire*.

Los sectores medios sacaron provecho de la nueva situación. En 1938, cuando la república recuperó su tranquilidad política con un gobierno civil y se recobró de los peores golpes que le había asestado la depresión, los componentes medios avanzaron con un ancho frente. Las facilidades educativas habían aumentado en un 50% desde 1920. La inscripción en las escuelas primarias casi se había duplicado. Había 25.000 estudiantes en las escuelas secundarias. Los cuerpos docentes se agrandaron proporcionalmente. Los maestros, además, estaban mejor preparados e imponían mayor respeto. La Universidad de Chile fue hecha autónoma y constituía una plaza fuerte del intelectualismo en el país.

En el período 1932-38 los obreros y los grupos asalariados de los que dependían los dirigentes políticos de los sectores medios, pasaron, en general, por una mala época. Vivían una existencia precaria. Lo mismo que los grupos medios asalariados, los trabajadores urbanos crecieron numéricamente sin mejorar apreciablemente su situación económica. En un momento dado de la época de la depreciación, una tercera parte de los trabajadores del comercio y la industria quedaron sin trabajo. Aunque la estadística de los empleos mejoró rápidamente después de 1934, cuando la recuperación económica trajo vacantes, los sueldos; salvo en circunstancias especiales, apenas si seguían al aumento del costo de la vida cuando no se quedaban atrás. La Asociación Chilena de Arquitectos reveló en 1934 que un tercio de la población chilena carecía de vivienda adecuada.

El resultado final de la situación económica de los obreros fue el de impulsarlos a buscar soluciones extremas a sus problemas. Los comunistas chilenos, que desde 1920 fueron mejorando su posición en las filas obreras, explotaron el descontento de los trabajadores urbanos para conquistar el control del sindicato más grande de Chile. En la elección presidencial de 1938 los comunistas, desde sus trincheras del movimiento obrero, pudieron llevar a los trabajadores al Frente Popular, el que parecía ofrecer el más nuevo enfoque de los problemas que preocupaban a los obreros y a los empleados peor pagados.

El Frente Popular lo componían el cuerpo principal del partido Radical y los partidos situados a la izquierda de la posición fundamentalmente centrista de los radicales. Reunió para la acción política grupos tan heterogéneos como, por una parte, trabajadores entre los cuales se hallaba los que abogaban por el derrocamiento del gobierno mediante la fuerza. Cada vez se había hecho más difícil conciliar los objetivos perseguidos por grandes segmentos de los grupos medios con las nor-

mas políticas tradicionales. Tanto los sectores medios como los obreros se vieron amenazados por el aislamiento y la derrota si seguían su camino.

Las aspiraciones sociales y económicas de los componentes del partido Radical y de los grupos obreros eran similares en varios puntos. Todos los grupos del Frente admitían que había que prestar mayor atención a la educación pública; sentían la necesidad de un planteo político que levantara la moral con la promesa de un futuro mejor; y estaban convencidos de que la nación debía disminuir la importancia de la agricultura y la minería para aumentar la de la industria. Fuera de unos pocos, principalmente en el partido Radical, todos creían que era necesario establecer una distribución más equitativa de las rentas nacionales. En el aspecto social y económico, todos los grupos socioeconómicos habían terminado por contar, en diversa proporción, con el Estado: los empleados públicos, para conseguir puestos y prestigio; los obreros, para obtener los derechos de organización y de huelga y beneficios sociales; los comerciantes, para lograr ayuda de diversa índole: cuotas, control de cambios, créditos. En pocas palabras, los sectores medios se habían sometido al más amplio control gubernativo de las cuestiones sociales y económicas, situación hacia la cual se orientaban desde 1918. Habían, en efecto, aceptado al Estado como árbitro de las diferencias sociales y económicas.

El antiextranjerismo fue otro factor que proporcionó a los diversos elementos sociales y económicos las bases para la acción común. Intelectuales aislados habían llamado la atención mucho antes sobre los peligros que contenía para la cultura chilena el materialismo de los extranjeros que llegaban a Chile. También habían hecho público su resentimiento por lo que consideraban como una negativa de los extranjeros a aceptar a los chilenos como iguales. Obreros y empleados lucharon durante un tiempo por la limitación del número de inmigrantes obreros y de técnicos y directores extranjeros que disputaban los puestos en los sectores no agrícolas de la economía. Los comunistas habían contribuido a mantener despierta la cuestión haciendo insistentemente responsables a los extranjeros de todos o casi todos los males económicos que acosaban a los grupos no propietarios. Entretanto, durante los años de la depresión los industriales chilenos descubrieron que podían sacar provecho de la agitación existente contra el control económico extranjero. En 1938 fusionaron su antiextranjerismo con su apoyo a la intervención del Estado en la economía, y salieron con la atrayente tesis de que, dado el estado de desarrollo de Chile, sólo la acción gubernativa directa podría reducir efectivamente la importancia de los intereses económicos extranjeros. Hay que advertir, sin embargo, que el antiextranjerismo chileno fue, durante toda la década siguiente al año 1930, de carácter moderado en comparación, por ejemplo, con la xenofobia manifestada en México en la misma época.

Pedro Aguirre Cerda, miembro del partido Radical, fue nombrado

portaestandarte del Frente Popular y ganó la presidencia en 1938. En un total de 440.000 votos recibió menos de 4.000 sufragios más que el candidato conservador. Aguirre Cerda acopió la mayor parte de sus votos en el norte, donde los comunistas aportaron el voto obrero, y en las tres mayores concentraciones urbanas, Santiago, Valparaíso y Concepción. Fue, no obstante, la colaboración de los hacendados del sur, que le dieron más del 50% de los votos de ciertos estados agrícolas, lo que le otorgó el margen de la victoria.

Aguirre Cerda era hacendado y decano de la Escuela de Comercio de la Universidad de Chile cuando fue nombrado candidato del Frente Popular. Atraía, de este modo, el respeto que tenían por la propiedad los sectores medios y superiores de Chile y la consideración con la que miraban a la instrucción. Era además reformista, movido por los abusos que juzgaba que se habían infligido a los elementos deprimidos. Mientras ocupó el cargo —murió siendo presidente en 1941— trató de promover la reforma social conciliándola con su próspera situación personal.

Poco después de asumir el gobierno, Aguirre Cerda comenzó a poner en práctica el programa del Frente Popular. El gobierno apoyó los esfuerzos de los obreros para obtener aumentos. Los trabajadores industriales no agremiados y los empleados públicos fueron alentados a organizarse para proteger sus intereses. Se respetó la libertad individual. Urgióse al pueblo a que adquiriera mayor conciencia política. Se tomaron medidas para otorgar el derecho al sufragio a las mujeres. Las nuevas preocupaciones por los problemas sociales dieron por resultado una importante expansión de las facilidades educativas y de los programas de salud pública y beneficios sociales. Al mismo tiempo la industria, que recibió un fuerte respaldo del Estado, elevó notablemente las rentas nacionales. Créose la Corporación de Fomento para canalizar el capital público hacia las zonas básicas de la economía que no atraían a los inversores particulares y proporcionar a las empresas privadas préstamos con intereses relativamente bajos. El Banco de Exportación e Importación ayudó con sus fondos a capitalizar la Corporación y dio prestigio al gobierno de Aguirre Cerda. El programa del presidente permitió a la centroizquierda conquistar el 62% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1941.

Juan Antonio Ríos sucedió a Aguirre Cerda como jefe del ejecutivo. El nuevo presidente, rico comerciante de Concepción, era, como Aguirre Cerda, miembro del partido Radical, pero poseía muy poco del celo reformista que había hecho ganar a su predecesor el apoyo popular. Como candidato Ríos repudió a Aguirre al declarar que no pediría ni aceptaría los votos comunistas. En el lenguaje político chileno ello equivalía, en efecto, a una invitación para negociar los votos de la extrema izquierda por un mayor respaldo de los elementos socialcristianos, de orientación católica. La oferta de Ríos fue aceptada. El Frente Popular tuvo poca vida.

Las declaraciones electorales de Ríos habían contenido la implícita promesa de moderar el programa reformista de Aguirre Cerda pero de mantener la filosofía de la intervención estatal que había obtenido amplia aceptación a partir del año 1930. No bien asumió el cargo, se hizo evidente que estaba decidido a corregir algunos de los «errores» de su antecesor, quien había sido «embaucado» por los comunistas. La conducta de Ríos es un claro ejemplo del apremio que impulsa a los sectores medios a buscar un terreno más firme cuando se han visto obligados a apartarse fundamentalmente de las condiciones normales. Valiéndose de una serie de circunstancias directamente relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, Ríos pudo, con un mínimo de fricción, cambiar la base ideológica de su gobierno, en favor de la comunidad industrial y a expensas de los restantes grupos socioeconómicos.

Comenzó el desplazamiento formulando una llamada a la unidad frente a la creciente amenaza que contra la nación derivaba de la guerra. El patriotismo, insistía, exige que se postergue la discusión de las diferencias hasta después de pasada la emergencia. El impacto producido por esta llamada a la unidad fue tanto más grande cuanto que el partido Comunista (que probablemente no tenía más de 10.000 afiliados, pero reunía muchos partidarios) se vio obligado a dar crédito a la posición presidencial pese a la completa antipatía que sentía por el presidente. Cuando las fuerzas nazis invadieron a la U.R.S.S., los dirigentes comunistas, sin previo aviso a sus adherentes, hicieron una media vuelta de circunstancias.

De este modo, cuando Ríos asumió la presidencia, los comunistas habían abandonado su campaña de lucha contra el fascismo. Este cambio tendió a completar el aislamiento, comenzado con la elección de Ríos de los trabajadores que buscaban principalmente mejorar su situación económica. Inmediatamente dejaron al gobierno la iniciativa de que habían gozado por breve tiempo durante la administración de Aguirre Cerda.

Gabriel González Videla, que sucedió a Ríos en la presidencia, fue el tercer radical que ocupó el alto cargo en el lapso comprendido en este libro. Durante el período presidencial de González Videla los sectores medios aumentaron en cantidad, y particularmente los que pertenecían al comercio y la industria acrecentaron apreciablemente su papel en la economía y su influencia en el gobierno. No obstante los grupos obreros, incluyendo los asalariados de los sectores medios, fueron retirando cada vez más su apoyo al partido, y en la elección presidencial de 1952 el candidato presidencial salió solamente tercero en una competencia de cuatro.

La elección de González Videla como candidato fue un evidente esfuerzo de los líderes radicales para rehabilitarse entre los elementos obreros alejados por Ríos. González Videla, hijo de su propio esfuerzo y abogado prominente, se había adherido desde un comienzo al ala izquierda del partido. En la convención presidencial del partido reunida en

1942 los grupos obreros habían indicado su preferencia por él contra Ríos. En el transcurso de los años que siguieron no hizo nada que pudiera desacreditarlo ante los grupos deprimidos. Durante su campaña triunfal por la presidencia solicitó el apoyo de los comunistas y el partido Comunista respondió resolviendo que sus adherentes votaran por él.

El nuevo presidente no tardó en desengañar al pueblo que lo había seguido. Comenzó su período incluyendo comunistas en el ministerio, pero en el término de meses los eliminó y se alineó con la comunidad mercantil. Su decisión fue aparentemente promovida por dos circunstancias que no podían armonizar con un gobierno obrerista de izquierda. González Videla se convenció, al parecer, de que Chile debía industrializarse a toda costa. Y llegó, por lo visto a la conclusión de que el bienestar de Chile dependía del mantenimiento de relaciones estrechas y amistosas con Estados Unidos.

Su decisión de dar todo su apoyo al comercio y a la industria contenía un calculado riesgo político. La industria había dejado mucho que desear por dos motivos. Cuando los radicales comenzaron a promover la industrialización en el año 1930, argumentaron que en poco tiempo no sólo dejaría de absorber capital sino que proporcionaría los nuevos capitales de inversión necesarios para mantener la economía en continua expansión. La industria no satisfizo sus esperanzas en este sentido. Cuando González Videla asumió el cargo la industria absorbía capital en cantidades crecientes y durante todo el período presidencial siguió dependiendo del aporte de nuevos capitales. Además los radicales habían pronosticado que la industria suministraría gran cantidad de empleos a los que integraran la bolsa de trabajo de la nación, la cual aumentaba a razón de 50.000 asociados por año, aproximadamente. Resultó, no obstante, que la industria sólo pudo admitir un término medio de unos pocos millares anuales. En 1949 la ocupación en la industria estaba en realidad en un nivel inferior al de 1947. El fracaso de la industria en el cumplimiento de sus promesas hizo que muchos se preguntaran si la presente generación obrera, que vivía casi con el nivel mínimo de subsistencia, debía seguir sacrificándose para las futuras generaciones, que serían teóricamente las que se beneficiarían con el desarrollo industrial.

La guerra fría y los consiguientes esfuerzos de Estados Unidos para reducir la influencia comunista en el hemisferio fueron al parecer los agentes fundamentales que produjeron la ruptura de González Videla con los comunistas. Estados Unidos era el principal mercado del cobre chileno y en realidad el único del mundo libre capaz de absorber la enorme producción de Chile, que en ese período se acercaba a las 350.000 toneladas por año. González Videla esperaba obtener, además, empréstitos en Estados Unidos para rehabilitar los ferrocarriles de la nación, expandir su fuerza hidroeléctrica y construir una fábrica siderúrgica en Huachipato, cerca de Concepción. Este último proyecto era el favorito de los na-

cionalistas, a pesar de que su satisfactoria ejecución estaba sujeta a que Estados Unidos le diera una importante ayuda en forma de préstamos y técnicos. González Videla decidió que valía la pena asegurarse la cooperación de Estados Unidos, aunque ese paso le costara la buena voluntad de los grupos obreros, especialmente de los que estaban en la esfera de influencia comunista. Y Estados Unidos mantuvo efectivamente una actitud favorable hacia Chile. Además de acordarle un crédito limitado, Washington acopió el cobre chileno, contribuyendo a mantener el precio del artículo.

Los miembros de los sectores medios de entradas fijas y los pequeños comerciantes tuvieron que pagar caro, en cuanto a bienestar material y confianza para enfrentar el futuro, la política seguida por el gobierno de González Videla. Mostraron su resentimiento desertando del partido Radical en la elección presidencial de 1952. No obstante esa política estaba en sus aspectos más importantes perfectamente de acuerdo con las ideas que condicionaron la conducción política de los sectores medios a partir de la Primera Guerra Mundial.

El régimen intervino con toda diligencia en los campos social y económico, de acuerdo con los conceptos del nuevo siglo sostenidos por los sectores medios, acerca del papel que le corresponde al gobierno en los estados modernos, cada vez más complejos. Para cumplir las múltiples responsabilidades amontonadas sobre el gobierno central, se amplió la burocracia hasta que contuvo el 5% de los empleados activos de la nación, el 7% de los obreros no agrícolas y el 18% de todas las personas ocupadas en trabajos de servicio. Entre 1945 y 1950 la parte de los gastos corrientes del gobierno destinada a la administración general (en su mayor parte para sueldos), subió del 35 al 37%.

El gobierno de González Videla mantuvo una actitud amistosa hacia las industrias gráfica y editorial. Promovió la educación pública, piedra angular de la doctrina de los sectores medios sostenida desde bien atrás en el siglo XIX. En Chile sabía leer y escribir el 75% de la población, proporción que ponía al país, en este aspecto, en el cuarto lugar, después de Argentina, Costa Rica y Uruguay. Redujo los gastos de la defensa del 27 al 26% entre los años 1948 y 1950 y aprobó el proceder de los sectores medios. Con la Iglesia Católica se mantuvieron discretas relaciones.

El gobierno se fue haciendo cada vez más el guardián de la industria. Con su guía y asistencia el índice industrial subió de 135 (1937 igual a 100) en 1945, a aproximadamente 165 en 1950. En 1952 el número de personas empleadas en la industria y los servicios excedía al de la agricultura.

La urbanización proseguía aceleradamente. Las planillas preliminares del censo levantado en 1952 indicaban que el 59,9% de la población era urbana. Santiago y los alrededores, con más de 1.300.000 habitantes de un total de 6.200.000 tenía dos de cada nueve habitantes de la república. En la elección presidencial de 1952 correspondieron al de-

partamento de Santiago más del 29% del total de votos emitidos, y a la provincia de Santiago más del 33,3%. Con la conducción de los sectores medios Chile se alejó realmente un gran trecho de sus antecedentes agrícola-ganaderos. El predominio de Santiago no fue tan completo como el de Montevideo en el Uruguay, pero la ciudad creció tanto que sólo el esfuerzo concertado del resto del país podría vencer su imperio.

Carlos Ibáñez, dictador desde 1927 hasta 1931, sucedió a Gonzalez Videla en la presidencia en 1952. Independiente, sin el respaldo organizado de ningún partido importante personalizaba para muchos el repudio a las desacreditadas camarillas políticas. Durante su campaña electoral trazó un nebuloso programa multifacético engendrado sobre el tema de que el único mal de Chile era el egoísmo y la falta de determinación de los hombres que habían gobernado al país. A cada uno de los frustrados elementos de la sociedad chilena le ofreció algo. Para atraerse a los económicamente deprimidos, incluyendo a los asalariados que sufrían los efectos de la espiral inflacionista, reclamó una distribución más equitativa de las rentas nacionales, Los »panes más grandes« fueron el símbolo de un futuro mejor que entregó a los obreros. A los propietarios les ofreció revisar la economía con el objeto de integrar la agricultura, la minería y la industria. Atravesó las líneas socioeconómicas con llamamientos al orgullo y la soberanía nacionales. De este modo proponía la reconsideración de las inversiones extranjeras. Prometió rechazar el pacto de asistencia militar recientemente ratificado entre Chile y Estados Unidos, si se establecía que infringía la soberanía chilena. Aseguró a sus partidarios que Chile asumiría una conducta independiente en las organizaciones internacionales. Insistió en que Chile no estaba de ningún modo obligado a vender a Occidente sus materiales estratégicos exportables, si los países de la cortina de hierro ofrecían mejores precios.

La grave mengua de la economía y de la política partidista y a veces la conducta irregular y autoritaria del presidente, impidieron al gobierno de Ibáñez resolver satisfactoriamente los problemas que señaló durante la campaña. La hogaza de pan de los obreros se achicó en lugar de agrandarse. Los nacionalistas no se apaciguaron. Lejos de ser una amenaza contra el capital extranjero, como se predijera, la administración de Ibáñez creó un clima propicio a las inversiones, que atrajo al capital extranjero en cantidades relativamente importantes. Chile contribuyó a restringir la venta de materiales estratégicos a los países de la cortina de hierro, aunque probablemente se podría establecer que llegaron a la U.R.S.S y sus satélites grandes cantidades de cobre chileno. Ibáñez no pudo integrar la economía.

Hasta donde le era posible seguir sus propios dictados, Ibáñez se inclinó hacia los elementos de los sectores medios económica y socialmente más conservadores. En general resistió los métodos extremos propiciados por los más intolerantes de sus partidarios. No intervino en

la estructura económica y social. Prefirió desplazar a derribar. Trató de afianzar la industria, en lugar de expandirla. Dejó a sus sucesores el problema de la nueva distribución de la tierra, con el resultado de que el 75% de la tierra cultivable chilena continuó en manos de un 5% de terratenientes. El gobierno indicó que vería con buenos ojos que el capital privado, incluso, en algunos casos, el capital privado extranjero, reemplazara al Estado en ciertas empresas comerciales e industriales. En pocas palabras el régimen de Ibáñez, llevado al poder por elementos descontentos de diversas formas de vida, hizo muy poca obra constructiva que beneficiara a alguno de esos grupos socioeconómicos. Logró, sin embargo, preservar las bases que pudieran servir de justificativo a los futuros dirigentes de los sectores medios para reclamar el derecho de gobernar a la nación. El partido Radical, y no los sectores medios, perdió la elección de 1952.

La influencia de la hacienda *

LAS DOS CLASES DE LA SOCIEDAD CHILENA

Estos dos caracteres, don Fulano y su mozo, son figuras ficticias a las cuales he dado un nombre. Su descripción es la resultante de muchas personas observadas durante una larga permanencia en Chile. Este procedimiento se ha inspirado en la conocida historia de Tolstoi sobre los antiguos tiempos de Rusia y de allí mismo proviene el título de este capítulo.

Estos hombres representan las dos clases tan distintas que han formado la sociedad chilena durante varios siglos. Hasta hace poco no había otras clases sociales.

Existía, pues, una aristocracia dueña de la tierra, bien educada, de alta cultura, casi siempre con experiencias europeas, que mantenía el control de la vida nacional; y completamente separada de ella, otra clase más baja, a la cual se designaba con una mezcla de desdén y afecto, con el nombre de rotos y que formaba el inquilinaje permanente de las propiedades rurales. Esta denominación de origen claramente agrario, se ensanchó después abarcando la estructura social de la población entera y dándole un molde a la nación.

Eran muy pocas las familias en todo el país cuya ubicación en la vida colectiva no estuviese determinada por esta clasificación. Aun aquellas que no tenían relación alguna con los asuntos rurales, se agrupaban del mismo modo. Cualquiera que fuese la ocupación de un hombre o donde quiera que residiese, pertenecía a una u otra de las dos clases: era amo o criado. Los trabajadores eran descendientes y pertenecían al grupo de los rotos. Los comerciantes —excepto los extranjeros o los de especial carácter—, los que ocupaban los ínfimos puestos de la administración pública, aun algunos de rango profesional, provenían y eran considerados como pertenecientes a la clase baja. Los señores de la tierra casi nunca se ocupaban en el comercio o las industrias; sus miembros mantenían, no obstante, el control del sistema bancario y desempeñaban altos cargos en las grandes empresas mineras o comerciales. En esta clase se reclutaba, asimismo, la mayor parte de quienes se consagraban a las profesiones intelectuales, y de aquí provenía el clero, el profesora-

* Jorge M. McBride: *Chile: su tierra y su gente* Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1938. Extractado del Capítulo VII «Influencia de la Hacienda», pp. 148 y siguientes.

do universitario, las lumbreras literarias, los artistas, abogados, médicos, políticos y estadistas. Era una clase de holgados medios, cuyos miembros se dedicaban a tales actividades, más bien por diletantismo que por necesidad de ganarse la vida.

La diferencia entre ambos grupos no radicaba solamente en la riqueza. Algunos de los estratos inferiores, por medio de excelentes negocios, lograban amasar grandes fortunas y no obstante, no llegaban a incorporarse a la clase directora. Por el contrario, sujetos de las viejas familias aristocráticas descendían a veces hasta caer en la miseria, pero esto no les hacía perder su sitio aun cuando permanecieran como allegados al hogar de algún pariente rico o que a través de sus conexiones familiares lograsen alguna sinecura en los negocios públicos. Raramente, sin embargo, descendían tan bajo que fueran obligados a participar en las ocupaciones de las capas inferiores.

Tampoco radicaba esta diversidad de los grupos en diferencias raciales. Ambos derivaban de la mezcla de sangre española y araucana y de ellos se jactaban por igual. En las dos clases aparecían individuos que mostraban a las claras rasgos de una u otra raza. Por lo general, los inquilinos descendían más directamente de los indios que ocupaban el país antes de la conquista, en tanto que muchas de las gentes distinguidas acusaban claras muestras de su ascendencia europea, pero todos se decían chilenos, hablaban la misma lengua y no hacían caudal de diferencias étnicas.

Así, pues, la estructura social de Chile se estabilizó sobre bases agrarias y la vida entera de la nación hubo de moldearse en relación con la tierra. Los dueños de ella mandaban, y a los que nada poseían correspondía obedecer. La condición de cada cual estaba determinada por el hecho de poseer o no poseer una hacienda, o al menos formar parte de una familia terrateniente. Posición social, ocupación, oportunidades dependían principalmente de tal circunstancia. Habilidad, grado de educación, éxito en cualquier sentido, aun la adquisición de riquezas, significaban menos que el hecho de haber nacido en el círculo de quienes monopolizan la tierra y sus productos. El privilegio de la cuna era el factor decisivo.

He aquí, pues, un país del nuevo mundo con la organización social de la vieja España, una comunidad del siglo xx que aún conserva la organización feudal; una república basada en la igualdad de sus ciudadanos y no obstante, con una aristocracia de sangre azul y una clase servil absolutamente separadas, a semejanza de cualesquiera de las monarquías europeas. Tal ha sido la situación existente a través de la historia de Chile y es esta herencia social la que constituye el fondo de los problemas del presente.

Analizar esta perspectiva agraria y su influencia en la vida chilena es el propósito del presente estudio.

POSICIÓN DOMINANTE DE LA HACIENDA

Las descripciones anteriores demuestran que la agricultura chilena se basa principalmente en la hacienda; que la población rural está compuesta por los vivientes de la hacienda que no es la granja familiar o la aldea grícola, como ocurre en otras partes del mundo, la unidad característica de la vida campesina. Además, queda de manifiesto que la hacienda es la legítima heredera de la histórica encomienda y de las mercedes de tierra que formaban las estancias, y que prevalecen todavía las costumbres, métodos y organización social de los viejos tiempos ya idos. Su sitio en la nación es el mismo del período colonial y las relaciones entre el dueño y el inquilino no han cambiado. Es evidente, asimismo, que la hacienda no sólo ocupa la mayor parte del área de la zona central, sino que concentra en las manos de unas pocas familias el mejor suelo de todo el país. La estadística y las observaciones de todo género confirman el aserto de un escritor chileno: »en Chile existe un monopolio de las tierras agrícolas mayor que en ninguna otra parte del mundo«, lo que es tan cierto como que la hacienda constituye la fuerza actual de la nación y asimismo, que de ella emanan los factores que determinan los problemas del presente.

INFLUENCIA DE LA HACIENDA

Ella es evidente en la vida entera de la nación; quien quiera que estudie la situación de Chile lo advierte en el acto y no escapa por cierto al visitante extranjero, que anota al punto cuán dominante es la estructura del peculiar sistema agrario. Mientras que en otros países se requiere un cuidadoso análisis para determinar el papel que desempeña cada factor de la organización social, en Chile es patente, hasta para el observador superficial, que la hacienda ha afectado profundamente la vida social, económica y política del pueblo, con una influencia continua en el tiempo y en el espacio. Desde los tempranos días de los españoles, a través de tres siglos de historia colonial y de cien años de vida independiente, su marca es notoria en la existencia nacional, y aunque los tiempos presentes la hayan debilitado, aún no tiene rival sobre todo en la zona central, donde la hacienda típica ha adquirido un desarrollo más completo que en los desiertos del norte o en las florestas del sur. Desde Coquimbo al Bío-Bío la vida urbana y rural se ha moldeado en el marco de la hacienda. El círculo social al que alguien pertenece, depende principalmente de los lazos que lo unen a la clase de los terratenientes; el mismo factor determina tanto las oportunidades económicas, como el sitio que ocupa en el campo político. Para comprender a Chile es indispensable conocer la hacienda, no sólo en su predominio del sistema agrícola, sino en la facultad que ha ejercitado para trazar los rasgos de la historia del país y hacer de Chile lo que ha sido y lo que es.

Al considerar la influencia de la hacienda debe advertirse que la propiedad de la tierra es la unidad social más común del país. Chile no es país de grandes urbes. Santiago y Valparaíso son las únicas. La población no se agrupa principalmente en ciudades, aldeas o siquiera granjas familiares, sino que se concentra sobre todo en los caseríos de inquilinos de las haciendas, los cuales constituyen la unidad de la organización social.

Como debe haberse notado en la descripción particular de algunas propiedades, la vida de los residentes rurales se atiene casi exclusivamente a lo que la hacienda pueda ofrecer. Trabajo, amor, diversiones, la vida religiosa de los inquilinos, todo está circunscrito a los límites de la finca, y no es extraño, en consecuencia, que ésta haya tenido tan fuerte influjo en la vida chilena.

MANTENIMIENTO DE LA UNIDAD FAMILIAR

Es éste uno de los rasgos sociales más marcados de la existencia campesina. Pocos países en el mundo mantienen la familia más sólidamente unida que Chile, no sólo en cuanto a los propietarios se refiere, sino también a la clase trabajadora. La hacienda se considera como una heredad familiar que viene de las generaciones anteriores y cuya posesión debe mantenerse, para proporcionar un hogar o al menos una renta y el consiguiente prestigio de su calidad de terrateniente, a todos los miembros del clan. Aun cuando el dueño y sus allegados más próximos viven casi todo el año en la ciudad, consideran las casas de la hacienda como el hogar a donde vuelven en cada oportunidad, en especial en la estación veraniega, cuando el calor hace un poco incómoda la permanencia en la urbe. Allí se junta la parentela próxima o lejana, para reafirmar en los paternos lares, los apretados lazos que los atan. Cuando el grupo familiar se desarrolla y crece, ha sido costumbre dividir los grandes latifundios en porciones menores denominadas hijuelas (de hijos) o adquirir otros predios vecinos a fin de que queden juntas las propiedades de los parientes.

Pero la unión no se produce sólo en la familia de los terratenientes; la influencia de la hacienda es todavía mayor entre los inquilinos. Como se ha dicho, éstos raramente se trasladan de un punto a otro y no es ni siquiera extraño que dejen transcurrir su existencia entera en el mismo fundo, cosa que ocurre hasta con generaciones sucesivas. Algunos jóvenes de ambos sexos derivan hacia las ciudades, los centros mineros o los desiertos del nitrato, en busca de mayor independencia y de mejores salarios, pero su número no es crecido y además, vuelven con frecuencia al nido. Y aun cuando los trabajadores libres se reclutan de entre individuos o familias que han dejado la hacienda descontentos o que han sido expulsa-

dos por insubordinación, la verdad es que la tendencia suprema de la familia es la de permanecer unida, tanto en las clases altas como en las bajas, y la hacienda ha sido en este caso la fuerza moral que lo ha conseguido.

ESTABILIDAD DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

También la hacienda ha ejercido una influencia provechosa en este sentido. Una de las mayores diferencias entre Chile y los demás países de la América Latina, es que ha sido convulsionado muy pocas veces por el torbellino de las revoluciones. El conglomerado de la hacienda ha dominado de tal modo la vida de la nación, que ha sido capaz de conservar una estabilidad social rara en las latitudes de la América del Sur, lo cual ha favorecido el progreso económico, al mismo tiempo que ha creado para Chile una situación aparte, como uno de los países más avanzados del nuevo mundo. Los mismos chilenos se sienten orgullosos de la solidez de sus instituciones y los extranjeros lo proclaman también en alta voz. Puede que ello se deba en gran parte también al carácter de los ciudadanos a quienes se llama a veces »los ingleses de Sudamérica« o »los Yankees de Sudamérica«. Quienes analicen la historia del país, han de convenir que la estabilidad de la estructura social con su consecuente progreso material, se debe al firme control mantenido por la clase alta, por los dueños de la tierra. A despecho del benévolo sistema patronal que ha inducido al terrateniente a velar con solícito cuidado por sus inquilinos, el pueblo común, la clase baja, se ha dado cuenta de que una mano de hierro se ocultaba bajo el guante de terciopelo. Si ocasionalmente algún espíritu turbulento olvidó el hecho o quiso desentenderse de él, hubo de recordársele pronto y de modo efectivo, que el gobierno y la clase gobernante estaban empeñados en mantener la inviolabilidad de la propiedad, y en evitar todo movimiento que pudiera perturbar el orden.

ESTRATOS SOCIALES

Probablemente el más resaltante efecto de la hacienda en la organización social ha sido su influencia en la estratificación de la colectividad. Se han hecho referencias anteriores a la separación de clases, uno de los rasgos más conspicuos de la sociedad chilena, que no puede dejar de advertir el extranjero que visita el territorio por primera vez, sobre todo, si viene de algún país anglosajón. El monopolio de la tierra ha sido la causa principal de esta hendidura en el conglomerado social; más aún, la hacienda tiende a conservar esta separación de clases, manteniendo a los humildes en estado de servidumbre, a la vez que estimula las ínfulas aristocráticas del grupo de los terratenientes. Tan violentamente separados como nuestros plantadores del sur de sus negros, aparecen las dos porciones de la sociedad chilena; el roto sin esperanzas de mejorar su condición a nuestro negro del sur. Obstruido el camino de todo avance

para mejora su estado, para alcanzar una educación más alta o un superior nivel social, la clase baja tiende a deprimirse cada vez más, en tanto que el incremento de su riqueza, oportunidades de viajar, ventajas educacionales ilimitadas y el mayor lujo de su medio social, reafirman de día en día la actitud aristocrática de los poseedores de la tierra. Y no hay puente ni cosa alguna que procure la unión de estos dos grupos sociales a través del abismo que los separa. Si es verdad que hay una clase media, ésta sólo existe en las ciudades; en los campos no hay más que el patrón y el sirviente, sin otra alternativa. La hacienda ha dividido a la gente chilena y ha perpetuado la división. Ella ha contribuído a que el trabajo manual no se considere honorable, cosa que también ocurre en otros países de la América Latina. La clase alta no carece de energía: es viril, activa, llena de vida, emprendedora, cualidades que resaltan si se la compara con sus similares de países vecinos. Y sin embargo, a menudo se entrega a la pereza o disipa su vitalidad en diversiones, en vez de entregarla al trabajo, pero su energía y su habilidad quedan de manifiesto cuando se le impone una tarea urgente. Su modo de ser es producto de su educación: de tal modo se la ha habituado a que toda labor sea hecha por la clase baja, que desdeña efectuarla ella misma, a no ser que se trate de tareas administrativas o fines profesionales o políticos. Acostumbrados a que todo el trabajo del campo o de la residencia ciudadana lo realice la gente de labor, hombres y mujeres de la clase alta permanecen por lo general ociosos o desmenuzan su tiempo en frívolos compromisos sociales o en disipaciones. Al sistema de latifundios debe atribuirse si no la causa, a lo menos el fomento de esta situación.

PERSPECTIVAS DE UNA REFORMA AGRARIA

Con las condiciones que hemos tratado de reflejar en las páginas precedentes debería creerse que el problema de la propiedad de la tierra ha tenido en Chile desde largo tiempo caracteres agudos. Pero tal no es el caso; hasta los últimos años el país ha sido muy poco perturbado al respecto. No tiene una gran población ni ésta aumenta con rapidez; tampoco ha tenido grandes inmigraciones, el ensanche del regadío merced a los canales construídos por los hacendados ha añadido constantemente nuevas y productivas extensiones, mientras que las regiones boscosas del sur, a despecho de las dificultades que oponen a los individuos no acostumbrados al clima lluvioso y a las densas selvas, ha proporcionado oportunidades para el lento aumento vegetativo. La prosperidad del salitre y de las minas ha retrasado asimismo la crisis, dando ocupación a quienes estaban descontentos con el exiguo retorno de la tierra. Además, los trabajadores rústicos, el grupo que más severamente ha sentido los efectos del sistema, no ha tenido medios de hacer conocer sus necesidades. Así, pues, hasta los últimos años no se ha manifestado el descontento agrario.

La situación se ha venido agravando gradualmente en los últimos 25 a 30 años. Al igual que los países vecinos de Sudamérica, principalmente Argentina, Brasil y Perú, en Chile se ha producido un fuerte movimiento que había controlado el gobierno desde la fundación de la República. En varias de las provincias centrales se ha ido alcanzando el punto de saturación de la densidad de los pobladores, lo cual ha provocado una gran demanda de tierras y de sus productos. El consumo doméstico del trigo ha aumentado hasta el punto que resta muy poco para exportar, siendo así que en tiempos anteriores enviaba este artículo al Perú, Ecuador y hasta California; la cebada es el único producto agrícola de exportación segura, y esto en pequeñas cantidades. Ambos apenas constituyen un mísero tres por ciento de las exportaciones del país. A consecuencia de las fallas de esta producción para marchar a compás con el aumento de población, por primera vez en la historia de Chile el problema agrario aparece en toda su desnudez. La situación se ha agravado con la falta de empleo en las minas y salitreras, pues estos dos grandes recursos han dejado de ser la base económica de la cual dependía la vida nacional. Chile se ha visto obligado a volver atrás, en busca de los recursos del suelo, lo cual ha traído consigo la necesidad de nuevas tierras. Se agregan a estos factores económicos el cambio de la situación social.

El antiguo sistema patronal ha sufrido un quiebro con el hábito cada vez mayor de los hacendados y sus familias de ir a vivir en la ciudad o en el extranjero, dejando sus propiedades y sus inquilinos en manos mercenarias, lo que ha creado una continua zozobra en los distintos rurales. Añádase que las doctrinas radicales alcanzan a las clases trabajadoras y aun penetran en las haciendas. El descontento se dirige en especial contra el sistema de los grandes latifundios, considerados como el fundamento de la riqueza nacional, sobre todo de su riqueza en tierras. La nación entera busca una solución para este problema tan importante en sus diversos aspectos, económico, social y político —una solución que permita un aprovechamiento más eficiente de los recursos agrícolas, que evite la amenaza de un levantamiento y la posible adopción de un régimen extremo y que esté más en armonía con el concepto moderno de la igualdad humana— una solución que no destruya por completo, sino que modifique substancialmente el orden actual. La solución de un problema casi idéntico en México y en Rusia está siempre a la vista.

LA HACIENDA HA SOBREVIVIDO A SUS PROPÓSITOS

Al observador imparcial le parece que la hacienda de Chile ha sobrevivido con mucho al propósito para que fue creada. Surgió a la existencia como un instrumento de conquista y ha cumplido con creces esta misión. Ahora ya no hay necesidad de este agente; el conquistador se ha fundido gradualmente con el conquistado. Chile difiere de otras repúblicas su-

damericanas en que su clase pobre, social y económicamente deprimida y políticamente sin voz, es exactamente de la misma sangre que la aristocracia de la gleba. En los países con un gran elemento indígena, la diferencia de castas se basa tanto en la posición social y económica como en la diversidad de razas, pero en Chile cada inquilino de la hacienda y cada operario en las ciudades, en las minas o en las aldeas, es tan chileno como el patrón. Los dos componentes sanguíneos de la nación se equiparan de tal modo en número que han hecho desaparecer casi por completo toda distinción racial. Durante 400 años los españoles y los indios se han casado entre ellos, y el resultado es una raza chilena que no presenta hendiduras étnicas. Excepto en el sur el país no contiene grupos de indios con lenguaje propio, ni cultura aborigen, ni economía nativa; unas pocas danzas, algunos elementos folklóricos y algunos profundos rasgos de carácter es todo lo que queda de los indios. Durante un siglo entero el roto no se ha oído llamar indio, sino chileno, y no se considera, por lo tanto, de raza distinta. La conquista se realizó a tal extremo que ambas razas originarias han desaparecido. Un agente de conquista tal como la hacienda, con su monopolio de la tierra en manos de los descendientes de uno de los elementos originarios, y la organización semifeudal de éstos, basados en la inferioridad del otro elemento primitivo, ha hecho ya su época; de continuar, podría producirse una fricción en la República, constituida hoy por una población virtualmente homogénea.

El sistema de los latifundios encuadró muy bien durante dos siglos en el esquema de las cosas, mientras el país fue principalmente una tierra de crianzas, cuando existían aún las condiciones propias de la frontera y la sociedad estuvo organizada en un plano semipastoral. Esta etapa del desarrollo ha pasado ya; la necesidad de los grandes pasturajes ha desaparecido. Chile se ha convertido en un país agrícola, y la crianza de animales no es sino un complemento de los cultivos. Así como los dilatados ranchos del oriente de Tejas tuvieron que ceder ante la invasión de las unidades agrícolas más pequeñas, y así como las estancias de Argentina y las fazendas del Brasil con sus grandes extensiones utilizadas a medias, tienen que someterse a las exigencias de un cultivo, así la hacienda apta más bien para la engorda de animales que para la siembra de granos, sufre la presión de las presentes condiciones de Chile. Los latifundios, con mucho de su tierra ni siquiera arada, impiden el desarrollo de la economía nacional. Las tierras de la República se necesitan para una producción más intensa, a fin de proveer de hogares a la masa del pueblo común, agricultores por esencia, pero sin terrenos que les pertenezcan.

INFLUENCIA RETARDATORIA DE LA HACIENDA

Hay también una consideración social que milita contra la hacienda en su presente forma dominadora: es que retarda el desarrollo político

y social del pueblo chileno. La marcada desigualdad económica que implican las grandes propiedades hace imposible la democracia verdadera. Ningún país puede esperar el mantenimiento de un gobierno genuinamente popular cuando el gran volumen de las riquezas pertenece a una escasa minoría. Y Chile debe ser una democracia algo más que en el nombre, debe tener un mayor número de ciudadanos económicamente independientes, que tomen un interés de propietario en los negocios públicos. Así, pues, la ligera influencia de los modestos campesinos del norte y del sur debe ser aumentada con la de la clase correspondiente en el centro. La población agrícola sin terrenos propios (inquilinos, medieros y afuerinos vagabundos) debe poseer un pedazo de suelo si se quiere que constituyan un sostén antes de un peligro para la República. En su situación presente es natural que les interese muy poco el orden establecido e inevitablemente su actitud los pondrá al lado de los elementos descontentos. Es igualmente importante que muchos de los jornaleros de las ciudades, minas y salitreras sean anclados a la tierra por medio de una propiedad suya urbana o rural, como todos ellos lo desean. Es necesario, asimismo, que una buena parte de la clase media tenga la oportunidad de ocupar un lugar entre los propietarios para libertarse así del dilema de elegir entre la dependencia de sus parientes adinerados o hundirse en la situación económica del roto.

Los pequeños agricultores (por lo menos los 48,000 con menos de 5 hectáreas cada uno) que trabajan actualmente el suelo, propiedades demasiado exiguas para proporcionar una vida decente a sus familias, también necesitan una oportunidad de adquirir mayores extensiones para elevar su nivel de vida, si se quiere que ellos cumplan con los deberes cívicos que les impone su condición de propietarios. Envuelta en este conjunto está la incertidumbre de los títulos en el sur, particularmente entre los agricultores medianos. El país no puede permitir que el problema de la propiedad austral permanezca sin solución; se ha visto ya el peligro de los ocupantes descontentos. Esa multitud de pequeños propietarios ya creada en el sur, si recibe la debida protección, constituirá un sólido baluarte antes que una amenaza al orden social establecido, al mismo tiempo que ha de ofrecer fuerte ayuda a la causa de la democracia.

¿REVOLUCION O REFORMA AGRARIA?

Una razón todavía más poderosa para la reforma agraria de Chile es el deber de la propia protección. No es exagerado decir que una seria amenaza pesa sobre el orden actual. El dominio del pequeño grupo de la aristocracia de la tierra ha reprimido por tan largo tiempo el crecimiento de la democracia, que el país se encuentra ahora más expuesto a los peligros de una violenta reacción que aquellas naciones como Argentina y Uruguay, en las cuales el feudalismo ha sido suprimido gradualmente.

La situación es seria: el país vive con el temor de un levantamiento social. La clase trabajadora constituye la gran masa de la población, probablemente en una proporción más grande que en ningún otro país del mundo y por lo mismo hay una estratificación social más marcada que en cualquiera parte. Entre los países de la América Latina hay pocos que hayan trazado una distinción más aguda entre las clases alta y baja. El grupo laborista ha estado sometido a una sujeción económica durante más largo tiempo que en muchas otras partes del universo. La situación sugiere las condiciones de Rusia con su autocracia porfiadamente mantenida y la contraposición de las izquierdas, o con mayor claridad y comprimido descontento de México que sumergió por último al país en la destructiva vorágine de una revolución de 10 años.

Chile podría evitar los sufrimientos de México y el destino de Rusia, sólo con que sus terratenientes fueran bastante sabios para contribuir a modificar la presente base agraria de la sociedad. Las medidas represivas pueden mantener sujeto al populacho, pero no por largo tiempo. Si la revuelta estalla, los excesos de México serán pálidos en comparación. El roto, como cada chileno lo sabe, no reconoce límites a su violencia una vez desaparecida la fuerza material o moral que lo contiene. Es muy dudoso que surja un jefe capaz de controlarlo. Por el bien de la clase misma de los hacendados, si no por otra causa, no debe permitirse que la situación llegue a ese estado. Una reforma agraria oportuna, posiblemente hubiera evitado a México 10 años de guerra civil y habrían conservado los terratenientes buena parte de sus posesiones; además, cualquier orden social que surja de un trastorno completo, tendrá casi con certeza un carácter extremadamente radical. El inquilino, como el jornalero de la ciudad, de las minas o de las salitreras, que nada tiene suyo, no posee tampoco experiencia alguna como dueño de tierras, ni tiene por ellas ningún apego y es posible que le resulte fácil una transición entre su estado presente y otro en que la propiedad sea común y la sociedad organizada según la fórmula comunista. En la actualidad el país deriva en esa dirección y ninguna reforma superficial puede retardar el movimiento; sólo una modificación fundamental del sistema hacienda-inquilino parece capaz de salvar al país del desastre, y a los hacendados con él, y de afirmar la nación sobre una base estable; sólo una reforma que traiga una amplia distribución de la gran fuente de la riqueza chilena hará posible para las clases laboriosas disfrutar en mayor medida de una independencia económica, social y política, a la vez que inculcar en la masa de los ciudadanos un interés real en el gobierno.

Al observador extranjero la reforma agraria le aparece como inevitable. La declaración ya citada de un economista del país no resulta demasiado fuerte: »los hacendados chilenos encaran hoy la alternativa de entregar voluntariamente y sin compensaciones una parte de sus tierras, o perderlas por completo«.

El reconocimiento de esta situación ha inducido a muchos dirigentes

chilenos, aun entre los mismos hacendados, a abogar por una substancial reforma agraria. Esto fue lo que condujo a establecer en la Constitución de 1925 el precepto que concede al Estado el derecho de expropiar la tierra a base de una necesidad nacional; ello ha influido para que el Presidente Alessandri patrocine una mayor difusión de las colonias agrícolas, por medio de expropiaciones si es necesario, medida que ha merecido la aprobación de una fuerte minoría del Congreso favorable a este programa agrario de largo alcance.

EL PROBLEMA DE LA REDISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA

¿Cómo podrá realizarse esta reforma en Chile? ¿Cómo podría obtenerse la tierra necesaria para satisfacer las demandas de quienes quisieran aprovechar la oportunidad de llegar a ser propietarios? ¿Cómo podrían distribuirse más equitativamente las reservas territoriales de la nación, no sólo en beneficio de la actual clase no propietaria, sino de la República entera? ¿Cómo podría salvarse el país de las sanguinarias experiencias de Rusia y de México?

En el norte sólo podría obtenerse una pequeña extensión aun con el gasto de enormes sumas en proyectos de irrigación; la región de la frontera del sur ya está tomada, excepto los restringidos dominios públicos y los pequeños trozos que pudieran excluirse de las reducciones indígenas; el lejano sur ofrece una superficie pequeña de tierras laborales, aun cuando fueran reivindicadas las grandes estancias ganaderas —y esa pequeña superficie está sometida a un clima prohibitivo para la mayoría de los chilenos y sus siembras acostumbradas. Ni el norte ni el sur pueden resolver el problema. El centro posee tierras inútiles o pobremente utilizadas, todas las cuales pertenecen a las haciendas. Aquí, entonces, es la única parte donde pueden encontrarse las tierras que satisfagan las necesidades del pueblo. El problema agrario de la nación requiere una nueva distribución de las tierras del área central.

¿Puede realizarse esto sin gran injusticia para los actuales propietarios y sin perturbar demasiado el orden social existente? ¿Querrán los hacendados que constituyen aun el elemento político dominante en el país, permitir la adopción de medidas tendientes en alguna forma a disminuir su dominio? ¿O tendrá que cumplirse la reforma solamente por una violenta revolución?

OPOSICIÓN A LA REFORMA AGRARIA

Mal dispuestos a renunciar al amado privilegio de la cuna al que la clase alta de Chile ha estado acostumbrada; sin querer disminuir su influencia en los negocios nacionales; contrarios a ceder una parte de sus propiedades ancestrales, pues a su juicio ninguna consideración pecuniaria podría compensarlos, y reconociendo que el otorgamiento de tierras a las

masas terminará con el trabajo barato del manso inquilino de sus haciendas, lo que provocaría todavía mayores modificaciones en el sistema de propiedad, un poderoso grupo de los hacendados más conservadores intenta contener el presente impulso hacia la reforma agraria (1935). Se oponen particularmente a las posibles expropiaciones, sosteniendo que esto es una violación del principio básico del derecho de propiedad, que vendría a minar la fundación económica de la presente estructura social. Hay datos que indican que están utilizando toda posible estrategia para oponerse a tal programa, y que emplean para ello todos los recursos de la aristocracia. La prensa conservadora se afana por defender a sus propietarios; la Iglesia se coloca sólidamente detrás de las instituciones establecidas; las organizaciones políticas en que dominan los hacendados, olvidan sus diferencias en frente del peligro común, pues la solidaridad de clase aparece de mayor valor que los dogmas políticos. Por cierto, la Sociedad Nacional de Agricultura suma su influencia a la causa.

Estos elementos están preparados para recurrir a la fuerza, si es necesario. Una poderosa organización militar, la Milicia Republicana, ha sido creada con el manifiesto propósito de mantener las instituciones existentes. Esta fuerza cuenta con más de 100.000 hombres, y se dice que está equipada con tanques, aeroplanos, granadas de mano y otros armamentos superiores aun al del ejército regular.

Como el punto en el cual la presente estructura aparece seriamente amagada es el sistema de propiedad de la tierra, todos los esfuerzos se dirigen principalmente, contra las modificaciones al sistema. Por este motivo la población de Chile aparece francamente dividida, sin tomar en cuenta las doctrinas partidistas, sino en cuanto ellas representan la estratificación social.

La inteligencia de muchos de los dirigentes nacionales, su ardiente devoción a la tierra nativa y su acostumbrada solicitud por el bienestar de sus subordinados en las haciendas, pueden traer un reconocimiento más general de la precaria situación que encara el pueblo chileno, e inducirlos a colocar el interés del país sobre el interés de su clase social. En ello descansa la esperanza de la nación.

LAS REFORMAS SON POSIBLES

Parece posible encontrar la solución del problema por medios constitucionales, pues podrían subdividirse las haciendas sin injusticia. No habría necesidad de expropiar las actuales, aun cuando pudiera amenazarse con ello si fuera menester. El plan propuesto para comprar terrenos y dividirlos resolvería la dificultad, pues las haciendas que se hallan en venta proporcionarían las tierras que se requieren. La autorización para expropiar serviría para prevenir una injustificada alza de los precios. Si a esto se agrega una contribución a los terrenos eriazos, de seguro ace-

leraría su ritmo la división que en la actualidad se está efectuando voluntariamente.

La realización de este plan, sin embargo, requiere una minuciosa legislación que no se ha podido dictar hasta hoy por la oposición de los elementos conservadores. Si ésta persiste, trae aparejado el riesgo de un peligroso levantamiento social.

Hasta las últimas décadas no existía este riesgo, la clase de los hacendados estuvo habituada por tan largo tiempo a dominar al pueblo común, que muchos de sus miembros son incapaces de reconocer las condiciones cambiantes del país. No obstante, el crecimiento de una conciencia política y social de las clases bajas ha creado una nueva situación. Reconocidos nominalmente como ciudadanos de la República durante cien años, pero sin oportunidad de ejercitar sus derechos y con una ínfima base económica para el desarrollo de una independiente y respetable ciudadanía, la llamada clase del roto de Chile y la clase media inferior han llegado a un estado de constante inquietud que con frecuencia provoca protestas más o menos violentas. Aprovechando las ventajas de las formas democráticas del gobierno, que durante mucho tiempo no ha sido más que una expresión vacía en la oligarquía actual, empiezan a ejercer una ligera participación en política. No hay posibilidades de que vuelvan a ser tratadas como anteriormente, o sea, como si el país fuera »una gran hacienda«. Hay que hacer concesiones y la nueva situación tiene que ser reconocida. Las tradicionales relaciones »del patrón y el sirviente« están desapareciendo rápidamente; la estructura social que en ella se afirmaba, está condenada como lo está también el sistema de posesión de la tierra que dio a la sociedad y al Estado su peculiar carácter.

LA CLASE BAJA COMO AGRICULTORA

Se ha dicho a menudo que la clase baja es demasiado irresponsable, desamparada y disoluta para aprovechar las ventajas de una organización social más favorable, afirmación que parece desmentida por el éxito alcanzado por el pequeño agricultor que ha sabido vencer las dificultades agrícolas en los valles del desierto del norte, la mejor condición de los dueños de las minúsculas propiedades en el centro y la vigorosa labor de los colonos del sur. Si se le compara con los de otros países latinoamericanos, el trabajador chileno no tiene igual. Es un hecho admitido tanto por los nacionales como por los observadores extranjeros, que pocos países del mundo tienen mejores operarios. El huaso y su compañero de la ciudad, el roto, poseen una energía, un vigor y una resistencia que los han hecho famosos en la guerra, en las actividades atléticas y en el trabajo cotidiano de la hacienda, de la mina o de los puertos. Son emprendedores hasta un grado sorprendente, si se considera la falta de incentivos que su propia posición en la vida les ofrece. El chileno que vaga más allá de sus playas nativas —como muchos lo hacen— es absolutamente capaz de

mantenerse a sí mismo, y de labrar su camino compitiendo con hombres de cualquier otra parte. Aventajado por su analfabetismo, por su falta de preparación técnica de todas clases, y a menudo también por su apego a la disipación, se adapta, sin embargo, a las nuevas condiciones, con una prontitud extraña por completo a la mayoría de los elementos indígenas de la población trabajadora de la América del Sur. En su propio país, cuando se le da una oportunidad, maneja las modernas maquinarias en forma diferente de como lo hacen los obreros rutinarios de los países próximos y demuestra tal iniciativa en su trabajo cotidiano, como para garantizar que en calidad de agricultor independiente sabría conquistar un éxito mucho mayor que el de los campesinos de otros lugares. Sin enseñanza alguna para una labor determinada o para el manejo de la propiedad, él asume ciertas responsabilidades en su propia esfera, en cuanto concierne a su trabajo en la hacienda, y si tiene oportunidad de llegar a ser propietario, casi siempre se desempeña bien. Es digno, sin duda, de una condición más elevada que la que heredara del pasado. Desde el punto de vista del futuro de la nación, al observador extranjero le parece que Chile debería hacer cuanto fuese posible por el progreso de esta masa de subhombres —como los designara Pinochet Le Brun, no sin cierta razón— para convertirlos, del peligro que significan en el presente, en un gran cuerpo de ciudadanos responsables, independientes y respetados.

UN CAMBIO ES INEVITABLE

A quien haya conocido el viejo Chile con sus idílicas haciendas, su sencilla organización patronal, su ordenado gobierno y su constante, aunque limitado progreso económico, la transformación que se avecina le produce cierta pena. Mucho del característico encanto que el país ofrece al visitante forastero está desapareciendo con la marcada democratización que tiene lugar, y buena parte de él desaparecerá para siempre. Esta pena, sin embargo, no puede cegar los ojos ante la convicción de que el cambio es inevitable, que el Chile del siglo XIX no sobrevivirá en el XX, y que sus instituciones son ya del pasado. Las alteradas condiciones raciales, sociales y económicas de Chile y del mundo requieren una modificación de la organización social. La eliminación del predominio del sistema de haciendas, aunque se produzca con tumultos y dificultades, significará un progreso hacia un Chile superior y más unido; significará un mejor aprovechamiento de los aportes naturales, un nivel de vida más alto para la masa del pueblo, mayor ilustración para la nación entera, más genuina libertad, y armonía más completa entre los diversos elementos de la población.

Ser o no ser*

El triunfo revolucionario de 1891 fue algo más que la victoria sobre la voluntad empecinada de un hombre y el derrocamiento de una dictadura surgida por el curso fatal e irrevocable de los hechos. Con ser que la América Hispana ha tenido el hábito de la agitación política, no sería fácil encontrar en ella casos similares al ocurrido por entonces en Chile. Y es que sus guerras civiles, largas y sangrientas, han sido más el fruto de las ambiciones de los caudillos personalistas y del sedimento anárquico que legó la emancipación, que el resultado de un cambio fundamental en la mentalidad de los hombres o en el giro de los pueblos. No podría decirse que las asonadas de tipo americano hayan faltado en Chile; pero aquí, fuera de ser escasas y, como tales, ajenas al alma nacional, jamás han producido los hondos trastornos que en otros sitios del continente. El motín de Quillota contra Portales, y el del 20 de abril de 1851 contra Montt, no conmovieron en nada la estructura del gobierno y de las instituciones. En cambio, las guerras civiles de 1830 y 1891 no sólo derrocaron a los detentores del poder, sino que dieron una nueva y decisiva orientación al curso de la historia.

Cuando Prieto vencía en Lircay, era la urgencia colectiva de una autoridad firme la que acababa imponiéndose sobre el militarismo y los ideólogos. Y cuando el partido de Balmaceda cayó en Concón y Placilla, fueron las fuerzas del espíritu liberal, de los terratenientes y de los financieros, las que, emancipándose de la tutela monopolizadora y absorbente del Ejecutivo, no sólo cobraron vida propia, sino que abatieron a éste en su prepotencia y lo transformaron en un mero juguete de sus deseos y ambiciones. En uno y otro caso la revolución no brotó del súbito capricho de un hombre o del ciego arrebató de un pueblo enardecido, sino que fue la resultante de un madurado proceso del alma colectiva. El instinto de conservación tocado por la anarquía en su substancia, fue capaz de reanimar a tiempo en 1830 el antiguo hábito monárquico de obediencia y defender precisamente con él los pasos inseguros de la república en germen. La conciencia de autoridad y el elemento llamado a sostenerla existían pues, mucho antes de la victoria de Lircay y lo que ésta hizo fue sólo conjugarlos en una acción positiva. De igual manera, los factores que en 1891 se conciertan para producir el derrumbe del poder presidencial, tienen una larga raíz en el tiempo, y si otro más dúctil o débil que Balmaceda hubiera

*Capítulo final de *Fisonomía histórica de Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1965, pp. 144 a 156.

acaso evitado el desenlace sangriento, ni él ni nadie habrían logrado impedir la firme y segura marcha de los sucesos. Sea por efecto de la educación, o del contacto mayor con influencias extranjeras; sea por el atavismo antiestatal; sea, en fin, por el crecimiento efectivo de la opinión pública, ya no dispuesta a seguir con pasividad las órdenes paternalistas del gobierno, el hecho es que la eliminación del poder presidencial afluye a la superficie como el resultado de una evolución consciente y arraigada. Y si los ecos de Lircay se hicieron sentir por sesenta años en la vida de la República, los de Concón y Placilla iban a perdurar no menos de seis lustros.

En su testamento político Balmaceda intuyó el curso que iban a seguir los hechos después de su caída. »Mientras subsista en Chile —fueron sus términos— el gobierno parlamentario en el modo y forma en que se le ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral, ni organización seria y constante en los partidos políticos, ni paz entre los círculos del gobierno. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea; pero antes de mucho renacerán las viejas divisiones, las amargas y los quebrantos morales para el jefe del Estado«.

Los treinta años que siguieron a la victoria revolucionaria se encargarían de confirmar paso a paso esta predicción. La unidad conseguida entre los diversos grupos políticos para la común empresa de anular el Ejecutivo, no fue posible mantenerla después de alcanzado ese propósito. El juego de las ambiciones e intereses introdujo luego su poder disgregador entre las fuerzas un momento armonizadas, anulando dentro de ellas a conservadores, como Irarrázaval, y radicales, como Manuel Antonio Matta, que habían buscado con la caída de Balmaceda sólo el triunfo del ideal abstracto de libertad. Las cuestiones doctrinarias, que otrora apasionaran los ánimos de los congresales, atraen cada vez menos su atención. Lo que ahora interesa es sólo la conquista del poder por las satisfacciones y beneficios que él entraña y no un plan determinado de gobierno.

El partido Liberal, que antaño había agitado y hecho triunfar las reformas teológicas, se encontraba casi sin programa después de suprimido el fuero eclesiástico y de dictadas las leyes de cementerios laicos y matrimonio civil. Y esta carencia de miras superiores y rutas definidas iba a promover en su seno la generación de personalismos que, conspirando contra su unidad, lo quebrarían en tantas fracciones como esperanzas presidenciales se alentaban en sus filas. El partido Nacional, que se atribuía la herencia política de Montt y de Varas, había ido derivando en un reducto de banqueros y altos comerciantes. Santa María lo llegó a definir como un grupo advenedizo »sin doctrina, ni pueblo«, en que »falta todo para ser partido, y si no fuera por los dineros de Edwards, con los que compromete a muchos apurados, apenas tendría palillos con que tocar en la caja«. Hasta el mismo sector que había estrechado sus filas en torno a Balmaceda, desaparecido ya el jefe y enfriado los rencores de la lucha

civil, no vaciló en acercarse a los enemigos de la víspera y participar activamente en sus combinaciones.

A uno y otro extremo de la arena política se situaban los conservadores y radicales. Sin permanecer extraños al sutil juego por la conquista de poder, albergaban aún ciertos restos de doctrinarismo, que se hacían efectivos al plantearse la cuestión educacional. Reclutado originariamente entre los terratenientes de viejo arraigo, el partido Conservador acrecentaba su fuerza eleccionaria, no sólo con la entrega pasiva del voto del inquilinaje, sino también con el apoyo espontáneo y eficaz de sectores modestos de las ciudades, que se sentían a él ligados por motivos de afinidad religiosa. Las apasionadas cuestiones teológicas bajo la presidencia de Santa María, habían confirmado a este partido en su papel de defensor de los derechos de la Iglesia, que escogió desde la querrela entre el arzobispo Valdivieso y el gobierno de Montt, y ahora, queriendo compensar la pérdida de influencia en la instrucción oficial, luchaba por la libertad de enseñanza de los colegios particulares.

El radicalismo, por su parte, aglutinaba elementos librepensadores, de dispar extracción social, tales como mineros de Copiapó, latifundistas de Concepción, profesores universitarios de Santiago y maestros de escuela de toda la República. Sostenedor de los principios del jacobinismo revolucionario francés, quería para el Estado el monopolio de la enseñanza y se esforzaba por imprimir a la misma, desde su órgano supremo, el Consejo de Instrucción Pública, un carácter eminentemente laico.

Si al Partido Conservador se le tenía como portavoz del clero, que en general no actuaba de manera ostensible en la política, al partido Radical, se le señalaba como el órgano público de expresión de las logias masónicas. Nutridos así en fuentes tan opuestas, el antagonismo de ambos se hacía infranqueable y la presencia de uno en el poder importaba la necesaria exclusión del otro. Siendo los partidos de mayor base electoral y de más firme solidez interior, no había gobierno sin la participación de uno de ellos. Pero como sus fuerzas no alcanzaban a ser suficientes para permitirles detentar el poder solos, debían recurrir al concurso de los grupos liberales que acabaron así por transformarse en el suplemento indispensable de toda combinación de partidos.

Esta última circunstancia iba a traer consigo un reajuste permanente en los pactos políticos. Acosados por conservadores y radicales, deseosos de formar mayoría, los fragmentos del liberalismo oscilaban de uno a otro extremo, cediendo o retirando sus fuerzas decisivas tras una ventaja circunstancial. Semejante juego no pudo sino repercutir fatalmente en la continuidad de la acción gubernativa. Los ministerios, que necesitaban contar con la confianza del Congreso para mantenerse en el poder, caían con creciente periodicidad al ritmo oscilatorio de las mayorías, sin alcanzar a llevar a efecto reformas de importancia, ni abocarse a la solución definitiva de los grandes problemas. El régimen irresponsable de la asamblea, había así reemplazado al Ejecutivo fuerte de antaño, es-

terilizando los propósitos de los mejores y más bien intencionados estadistas, y reduciendo al Presidente de la República a la tarea pasiva de simple ejecutor de la voluntad parlamentaria.

Por otra parte, la influencia del Jefe del Estado en el campo electoral —tan decisiva en tiempos anteriores, en que llegó a parecer lógico que, como un gran tutor, pensara en nombre de la multitud anónima e inconsciente— se hallaba ahora del todo aniquilada por la invasión de fuerzas nuevas y de menor categoría moral. No sólo la comuna autónoma vino a contener la intervención del gobierno, sino el nacimiento del caciquismo político paradójicamente incubado a la vera de esa misma institución, para ahogar en otra forma la libertad de sufragio que ella se propuso conseguir. El municipio rural había derivado en un feudo de los propietarios audaces, que se servían de sus policías para afianzar el triunfo del partido de sus aficiones e impedir el voto de los electores contrarios. Conscientes de su poder, sabían los caciques negociar con ventaja su influencia entre los candidatos, haciendo a éstos pagar caro su indispensable apoyo.

En cuanto al panorama de las ciudades, no era mejor, pues la ampliación del sufragio universal colocó el voto en manos de una gran masa carente de educación cívica y de miras definidas, que acabó por transformarse en mercadería negociable para los partidos. El cohecho, ejercido sin escrúpulo, vino a entregar a los sectores plutocráticos el control de la vida política, a costa de un rebajamiento progresivo de la moral popular, de suyo poco asentada.

Esta intervención del dinero como factor determinante de la vida cívica, debía coincidir con un desvanecimiento de la conciencia nacional en el seno de la antigua aristocracia. Desde mediados del siglo XIX el aumento de la riqueza y las comunicaciones habían ido horadando la existencia sedentaria y labradora de sus hijos e introducido en los mismos acentuadas preocupaciones cosmopolitas. De igual modo que la generación literaria de 1842 vio en Francia la máxima expresión de la inteligencia, los acaudalados señores de la tierra acabaron por mirar en ella la más alta escuela del refinamiento y de la elegancia. »Nosotros que nacemos ahora a la francesa —llegó a escribir Vicente Pérez Rosales, en quien el baño extranjero no alcanzó a alterar su reciedumbre criolla—; que paladeamos bombones franceses; que vestimos a la francesa, y que apenas sabemos deletrear cuando no vemos otra cosa escrita sobre las portadas de las tiendas, sobre las paredes y hasta sobre el mismo asfalto de las veredas: Peluquería francesa, modas francesas, etc., y que al remate, apenas pinta sobre nuestros labios el bozo, cuando ya nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traducción afrancesada, la historia universal y muy especialmente la francesa, escrita por franceses, ¿qué mucho es que se nos afrancesa hasta la médula de los huesos?«

Y esta fanática admiración a lo francés, que hacía mirar como añejas o bárbaras las severas costumbres de antaño, no sólo iba a precipitar a algunos elementos de la aristocracia en la pendiente de un lujo acentuador

de las diferencias de clases, sino a mantenerlos insatisfechos de cuanto los rodeaba y a no desear otra cosa que huir de su tierra en busca de solaz indefinido a las orillas del Sena. Fueron en verdad pocos en número, si se tiene presente el fenómeno similar en otros sitios de América; pero no ha de señalarse como un caso exclusivo el del Ministro de Chile en París, Francisco Javier Rosales, que mientras murmuraba sin descanso de su patria ponía el mayor énfasis en la defensa de la causa de Francia durante la guerra de Crimea. El novelista Alberto Blest Gana, que vivió en Europa sin repudiar jamás lo vernáculo, acabó por coger la pluma para definir con dureza en »Los Trasplantados«, la imagen de esos chilenos tan desdeñosos del terruño como prontos a reclamar de él las rentas que les eran necesarias para vegetar en su vanidosa holgazanería.

La ausencia de estos aristócratas del suelo patrio o su prolongada radicación en la capital, trajeron consigo el abandono de sus haciendas en manos de mayordomos o arrendatarios, que descuidaron el contacto afectivo con el inquilino que en ellas habitaba y sólo persiguieron el mayor rendimiento económico. La convivencia de tipo familiar mantenida por cientos de años entre patrones y trabajadores, que nacieron y se criaron al calor de una misma actividad, va así debilitándose gradualmente y en algunos sitios se pierde para siempre.

La repercusión fatal de este hecho no sólo iba a sentirse en el incremento de la industria, sino en el ascenso espiritual de la masa campesina. Habituada ella a adquirir por el contacto diario con el patrón de pura sangre europea los hábitos de cultura más altos, quedó ahora a merced de administradores con frecuencia extraídos de su misma retrasada capa social. De esta manera sus bajas tendencias, como la borrachera y el crimen, debían encontrar un favorable clima para su desenvolvimiento.

El retorno a la tierra del propietario, rara vez alcanza a reparar estos daños. El apego al refinamiento de la vida social europea no le resigna a trocarse por la incómoda y sencilla de los campos. La atracción que sobre él ejercen las profesiones liberales, particularmente la abogacía, que le habilita mejor que otras para lograr éxito en la política, le radica definitivamente en las ciudades. Su visita a las haciendas es esporádica y si llega a establecerse en ellas no lo hace sin transformar la vieja casona rústica en una mansión, más que confortable, lujosa, llamada a ofrecer fuerte contraste con el rancho burdo y primitivo de los inquilinos.

Mientras la población campesina conservaba incólume su pasiva dependencia del patrón, las masas obreras de las ciudades y de los centros mineros del Norte iban tomando conciencia de su poder. Ya en los tiempos de Balmaceda el artesano más acomodado había unido sus fuerzas en un nuevo partido político, el Democrático, puesto al servicio de los intereses de la clase asalariada. Pero en los comienzos del siglo xx, el anarquismo y el socialismo marxista, de finalidad claramente revolucionaria, comienzan a incubarse en los sectores obreros. Las primeras huelgas, brotadas como resultado de esa propaganda que sabe aprovechar para sí la con-

dición desmedrada en que vegeta el asalariado, son reprimidas de manera sangrienta. El principio liberal de la no intervención sigue respetándose en los grupos de la política dominante como dogma invariable y la idea de reglamentar las condiciones del trabajo parece a muchos una intromisión abusiva en el libre juego de las leyes económicas. Apenas, como una momentánea excepción, las doctrinas sociales de León XIII se encarnan en uno que otro miembro del partido Conservador para dar origen a ciertas normas de protección obrera. Pero esta tendencia tiene escaso eco en su misma tienda política. El individualismo se ha arraigado en las clases dirigentes y si por momentos adoptan alguna medida capaz de paliar excesivos abusos, resisten todo intento de reforma integral. El despertar de los nuevos estratos sociales, hasta entonces pasivos, y su pugna por incorporarse en la vida política, siguen siendo para ellas fenómenos sin sentido.

La ventaja progresiva que en la constitución económica del país había ido adquiriendo el capitalismo financiero sobre la vieja estructura agraria, como asimismo el éxodo de la población rural hacia las grandes ciudades y el desarrollo de la enseñanza pública, contribuyeron a dar rápido impulso a la clase media, hasta entonces poco desenvuelta. Y precisamente por súbito este crecimiento careció de verdadera maduración. Fuerte en número, ella reclamaba la dirección de la política nacional que logró conquistar memorablemente el año 1920, en que la lucha de clases se presentó por primera vez como factor determinante en las contiendas electorales. Pero este triunfo iba a lograrlo, más por la índole tozuda de las capas superiores que por la posesión de propias y singulares aptitudes.

Mientras el burgués europeo llegó a delincar una conciencia genuina y diferenciada y supo dar forma y sentido a su clase, el chileno de la capa media exhibió más bien una fisonomía híbrida e insegura frente a las claras y auténticas del «caballero» y del «roto». Su temor a merecer el desdeñoso epíteto de «siútico» con que le lapidaban desde arriba, le hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí mismo. Socavado por un fuerte complejo de inferioridad acechaba al aristócrata con resentimiento, pero no podía resistir a la tentación de imitarle en sus costumbres. Y mientras su palabra se hallaba siempre pronta a la acre condenación de la «oligarquía reaccionaria» su mente vivía en la esperanza de lograr con sus miembros un vínculo de sangre o de amistad.

Porque entraba a la arena política carente de toda tradición y a la zaga de una aristocracia en declinación, la clase media tuvo que ser cauce propicio al juego de aventureros y demagogos, a menudo de escasa sangre chilena, cuando no nacionalizados de última hora. Su lenguaje encendido y pleno de violencia, extraño a la parquedad usual del ambiente, conmovería el corazón de las masas populares y, explotando sus legítimos anhelos de reforma, acabaría por conquistar el apoyo de las mismas para el logro de sus ambiciones personales.

La influencia del liceo iba, por otra parte, a gravitar con fuerza en

la crisis del alma nacional y sobre todo en la psicología de la clase media nutrida espiritualmente en sus aulas. Una enseñanza calculada sin discriminación de modelos extranjeros, invadida de un cientismo analítico y pretencioso, indiferente a toda preocupación formativa del carácter y de espaldas a la historia y al alma chilenas, no era propicia para moldear voluntades recias, cerebros aptos a las grandes síntesis, ni estadistas capaces de afrontar con honradez y conocimiento los grandes problemas nacionales. »¿Será inexacto —decía ya al comenzar el siglo, Enrique Mac Iver; prestigioso dirigente del radicalismo— el hecho de que estando más extendida la instrucción y siendo más numerosas las personas ilustradas, las grandes figuras literarias, políticas, científicas y profesionales que honraron a Chile y que con la influencia de su saber y su prestigio encauzaron las ideas y las tendencias sociales, carecen hasta ahora de reemplazantes? Hemos tenido —agregaba— muchos hombres de la pasada generación de nombradía americana y aun europea, y no parece que nadie se ofenderá si digo que no acontece lo mismo en la generación actual«.

Esta enseñanza importada de naciones que vivían una etapa cultural diferente o que habían alcanzado una madurez aun del todo desconocida en países como Chile, debía activar aquí un proceso de mutación artificial del alma colectiva. Sobre ella se fueron superponiendo ropajes extraños, que junto con impedir su natural crecimiento evolutivo, hicieron de las ideas e instituciones trasplantadas un verdadero escarnio. Se jugó a la literatura francesa, al parlamentarismo inglés y a la comuna suiza. Y todo acabó en un remedo caricaturesco y fallido de las formas originales. Pero el reiterado fracaso de los ensayos imitativos, en vez de atribuirse a la infecundidad intrínseca de todo trasplante artificial o prematuro y reconciliar al chileno con su auténtico destino, sólo sirvió para acentuar el escepticismo en la propia eficacia.

La crisis política de 1924 trajo consigo la muerte del sistema parlamentario y la dictación al año siguiente de una Carta Fundamental que se empeñó por contraste en acentuar la prepotencia del Ejecutivo sobre el Congreso. Pero este paso teórico de la ley no correspondió a una rectificación intrínseca de la vida política. Si de un lado consumó la separación pacífica de la Iglesia y del Estado, para satisfacer las últimas aspiraciones del doctrinarismo liberal, concediendo a la vez a la Iglesia una libertad coartada hasta entonces por el régimen de patronato y facilitando así una prescindencia en las luchas de partido, que ella buscaba con empeño, de otro se mostró impotente en su afán de devolver desde luego al jefe del Estado los ingénitos atributos del mando y el prestigio inherente a sus funciones, que una larga etapa de predominio parlamentario le había arrebatado. Y es que el nivel moral de la política no podía ascender súbitamente por el solo ministerio de la ley, ni contenerse por ésta la desintegración de los partidos y el crecimiento de los personalismos.

El convulsionado mundo europeo enviaba por añadidura el eco de sus graves problemas y la enconada lucha entre la democracia liberal y

las nuevas concepciones de tipo totalitario, fascistas o comunistas, se proyectaron asimismo sobre el revuelto campo de la política chilena, para acentuar aún más su complejidad y hacer más difícil una solución firme y definitiva. Ya no se trataba de resolver un simple problema local. Eran los padrones básicos de toda una cultura los que se tambaleaban seriamente sin que aún pudiera vislumbrarse con nitidez la fórmula adecuada de substitución. La interdependencia cada vez mayor de los pueblos y la íntima trabazón espiritual de occidente, no permitía a aquéllos coger a su antojo un ritmo singular y exclusivista. Menos habría podido intentarlo Chile, cuya propia fisonomía, en lugar de acentuarse, iba más bien en trance de debilitamiento.

La década siguiente a la promulgación de la Carta constitucional de 1925 presencié el auge de la anarquía política y vino a probar que si el parlamentarismo había retardado las tareas constructivas del gobierno, al menos sirvió de cauce legal al espíritu de oposición, y que privado éste de una legítima válvula de escape, debía buscársela al margen de las instituciones y con peligro de ellas mismas. Chile pareció retrotraer un siglo atrás a la tumultuosa era pipiola. Como entonces, gobiernos civiles efímeros, asonadas de cuartel y dictaduras militares, se fueron sucediendo unos a otros, pero ahora no sin dejar una huella indeleble de su paso. Una legislación del trabajo minuciosa y de avance y un Estado de tipo socialista con sus correspondientes órganos de control de la iniciativa privada, brotaron como conquistas intangibles del período. Y a este hondo cambio vino a sumarse muy luego, a manera de contrapartida de la crisis económica del mundo, el desarrollo de la manufactura nacional, comienzo de un movimiento liberador de la economía chilena, que idearía más adelante todo un plan progresivo de industrialización con el apoyo y dirección del Estado. Ya superada la mitad del siglo es posible comprobar, como índice de un proceso acelerado, el notorio mejoramiento de las condiciones de vida del obrero, el ritmo de las obras públicas, el comienzo de la reforma agraria.

Un proceso de tanta magnitud, realizado, a diferencia de otros pueblos de América y de Europa, en un margen insignificante de tiempo y en medio de una agitación apenas epidérmica, prueba cuán fuerte es el rico acervo de cultura adquirido en cien años de ordenada vida nacional, y asimismo que el tablero tortuoso de la acción partidista, en que se juega con una mezcla paradójica de avidéz y escepticismo, no revela todo el contenido del alma chilena. El hombre sano y patriota, que dista de constituir una rara excepción, se halla excluido por voluntad propia o ajena de hacer sentir allí todo el peso de su influencia. Pero su labor silenciosa y constante no se pierde para la colectividad y ella sabe compensarse por su intermedio de la actitud a menudo frívola e incentiva de los políticos. Allí están los ingenieros que vivifican nuevas fuentes de riqueza y delinear todo el porvenir económico de la república; los científicos y técnicos que proclaman hasta lejos de la frontera la capacidad de un pueblo joven; los cuentistas que recogen vivas actitudes del alma nacional; los poetas, en fin, que ahon-

dan en la substancia misma de la tierra para extraer de allí toda una forma virgen de la belleza. Esos recónditos y genuinos acentos telúricos, jamás oídos en el lenguaje español, que los líricos han lanzado a la evidencia, suenan como anticipaciones de una voz que lucha aún trabajosamente por abrirse paso entre sombras de desengaño y muerte, y luces señeras de afirmación y vida. Oscilar dramático entre el abismo y la cúspide, entre el ser y el no ser, en que se debate todo el inconsciente de Chile, y de cuya definición postrera penderá el destino final de su historia.

La desmoralización nacional*

El atraso económico-social ha determinado una gran decadencia moral. A causa de la permanente miseria, la moralidad nacional ha descendido profundamente. La austeridad, el sentido de responsabilidad y la sobriedad que existieron, evidentemente, en el siglo XIX y constituyeron los puntos de apoyo del desenvolvimiento del país, se han desmoronado para dar paso a un desenfrenado ambiente de corrupción, mediocridad, compadrazgo, oportunismo y decadencia. La clase dominante, que en el pasado poseyó en relativo grado tales valores, a pesar de su egoísmo, los ha perdido totalmente. En este balance tétrico de nuestro país, tal vez el hecho más alarmante es la constante decadencia de la moralidad nacional. Durante el siglo pasado Chile se organizó institucionalmente sobre bases jurídicas firmes. Consagraba la dominación y privilegios de una minoría, de una pequeña oligarquía, sobre las grandes muchedumbres productoras, pero, no obstante, la nación en su conjunto se hizo notar por su energía pujante y laboriosa al explotar minas de plata y cobre, impulsar una agricultura poderosa, y más allá de sus fronteras dio vida y actividad a innumerables faenas salitreras y destacó sus productos y hombres de trabajo; por la seriedad temprana de sus organismos político-jurídicos, por sus empresas guerreras y el respeto de los valores éticos. Numerosos escritores extranjeros han dejado constancia de esta realidad y una ponderada admiración hacia nuestro país fluye de sus páginas. Pero desde la época de la república parlamentaria se manifiesta una desmoralización trágica. Pareciera que la conquista del salitre significó un factor corruptor. La riqueza se concentra siempre en una porción pequeñísima de la sociedad, mientras la inmensa mayoría queda en la pobreza. Este contraste agudizó el antagonismo de clases, que ayudó a disgregar la conciencia nacional existente. Este hecho se tradujo en la liberalidad asombrosa con que se entregaron las riquezas mineras al capital extranjero a cambio de un impuesto que era ínfimo, pero que liberaba a la clase rica de imponerse contribuciones, clase que demuestra una devoción y fidelidad increíbles hacia los capitalistas extranjeros y que nos lleva a la completa desnacionalización de la economía del país y a una espantosa pobreza.

En la dirección política predominan los hombres indolentes, incapaces de emprender cosas grandes y renovadoras. Son los estadistas que defienden el principio de que «las cosas no tienen arreglo o se arreglan solas». No se intentó gobernar de acuerdo con una política económica definida tendiente a desarrollar las fuerzas productivas del país, a industrializarlo y

*Extractado de la obra del autor *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1955, Capítulo X.

hacerlo poderoso y próspero. Esa incapacidad unida a la errada orientación de la enseñanza y al desprecio feudal por el profesor, mal rentado y subestimado en su rol social de forjador de las nuevas generaciones, es decir, del porvenir de la patria, determinan la decadencia del país y la pérdida de nuestros valores éticos. Y no es que no haya habido hombres señeros que mostraran esta realidad peligrosa y que propusieran ideas atinadas para modificarla en beneficio del porvenir de Chile. Los hubo, y muchos, pero no fueron escuchados o, simplemente, se les acusó de ilusos y locos.

Desde la caída del gran Balmaceda la tendencia al lucro a costa del patrimonio nacional y de la explotación de las grandes multitudes, el parasitismo, el derroche y la ostentación, los vicios infamantes (alcoholismo, juegos de azar, pillaje, prostitución), la malicia y el engaño, pasan a ser normas corrientes en las relaciones sociales y no las excepciones como ocurre en otros países. Tampoco existe la sanción moral para quienes delinquen y, por el contrario, con el tiempo se les aplaude y reverencia porque fueron hábiles y «listos». Francisco A. Encina ha señalado con mano maestra los aspectos negativos que predominan en la psicología económica del chileno, obstáculo terrible para el desenvolvimiento progresivo y fecundo del país. En la misma forma, el doctor Julio Valdés Cange anotó con gran valentía estos síntomas de nuestra decadencia moral en sus Cartas a don Pedro Montt y en Sinceridad, Chile íntimo en 1910. En un párrafo traza una síntesis digna de ser meditada: «Esta podredumbre interna no se manifiesta sino de cerca y al ojo experimentado; por eso, las naciones extranjeras siguen atribuyéndonos muchas de las cualidades que en otro tiempo nos adornaban, y nosotros mismos tratamos de engañarnos ensalzando con necia arrogancia las extraordinarias virtudes de nuestro pueblo y de nuestros hombres dirigentes... Arrullados por estas farsas y arrogancias pueriles nos adormecemos y nos contentamos con las apariencias de la grandeza y de la gloria. Nuestro pobre roto entretanto, víctima de la ignorancia, del fanatismo y de la miseria, se embrutece cada día más en las tabernas y su raza degenera con una rapidez asombrosa que sólo los ciegos no pueden ver. Nuestra clase decente, cubierta de oropeles, vive una existencia frívola y llena de mentiras e hipocresías... Alardeamos de patriotismo, baladroneando cada vez que se ofrece, a voz en cuello, como cualquier perdonavidas: somos patriotereros y nada más, porque el espíritu cívico es una cosa tan rara que no se encuentra ni para ejemplo. Los que más hablan de patriotismo son cabalmente los que más explotan a la Patria. En esto pasa como en política: los que siempre llevan en los labios el nombre del pueblo son sus peores verdugos».

Es una verdad irrefutable que en el presente los fenómenos fundamentales que aquejan a Chile son: atraso económico-social, derivado de la anticuada estructura semifeudal y semicolonial que impera por la acción obstinada de un reducido grupo privilegiado; y decadencia moral en las diversas clases sociales, pero más fuerte en los sectores dirigentes, todo lo

cual determina la existencia de una permanente y honda pugna de clases sociales antagónicas y trastornos cotidianos.

Ha ayudado, sin duda, a la formación de este clima de desmoralización y dolo, aparte de la mala renta de millares de funcionarios de la administración pública, de la injusta repartición de la riqueza y el ambiente de lujo y derroche de los sectores privilegiados, el predominio de una politiquería eunuca y bastarda. La politiquería intrascendente, sin finalidad alguna, ni un elevado ideal, ha sumido a la mayor parte de la administración pública en el desaliento y el escepticismo, dando vida a un ambiente propicio al delito. El panorama se agrava desde que este ambiente de desenfreno se extiende y rodea a todas las actividades patrias y el país entero marcha envuelto en una inmensa ola de inmoralidad. Es verdad que siempre ha existido un margen de inmoralidad en las relaciones sociales, pero en Chile ha cundido demasiado en los últimos años. La desvalorización sistemática de la moneda, anexa a turbias maniobras de diversa índole; el robo de tierras fiscales con sus respectivos litigios tortuosos; la entrega de las riquezas mineras y de los servicios de utilidad pública a consorcios extranjeros, según contratos leoninos, defendidos por altos personeros de gobierno; la gestación de los poderes públicos por medio del cohecho y el fraude; la designación de cualquier individuo para un cargo determinado, por empeño, favor político o compadrazgo y nepotismo, son hechos que desatan la injusticia y la inmoralidad, creando un clima de desconfianza que se traduce en un desenfreno y licencia generales. En su libro «Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda», el destacado político y publicista Alberto Cabero enumera algunos escándalos famosos que hablan en forma gráfica de la decadencia de la moralidad nacional: «La compañía agropecuaria de los Rabudos que por medio de escrituras apócrifas pretendió apoderarse de gran parte de una providencia del sur; las £ 50.000 dadas por la Compañía de Salitres de Antofagasta a un distinguido abogado para la compra de votos, o sea de conciencias, en el Parlamento; los bulliciosos procesos de las Especies Valoradas en que la Excma. Corte Suprema condenó a doce años de presidio a su Director; los fraudes en la provisión de los albergues en que no se castigó a los delincuentes porque había interés en que los sumarios desaparecieran; los escándalos llamados del fierro viejo y del guano blanco; la defraudación de la Caja de Crédito Popular; el negocio turbio del consulado de Liverpool; el desfalco de la Dirección de Impuestos Internos que obligó a su Director a suicidarse; las mensuras brujas de terrenos salitrales; las extensiones de terrenos fiscales otorgadas ejecutivamente para colonizar a compañías especuladoras; la apropiación de propiedades de los indios por medio de la embriaguez de éstos haciéndoles firmar engañosas ventas o valiéndose del temor, arrancando manu militari las cercas que señalaban a los indígenas sus posesiones, como aconteció cuando el gobierno dio tierras en la frontera a oficiales revolucionarios en 1891 y, por último, en el extremo sur, especialmente en Magallanes, las concesiones obtenidas por conocidos gestores».

Y la lista puede continuar con escándalos mayúsculos: la vergonzosa especulación con los bonos de las minas de estaño de Lllallaguas, por íntimos del Presidente Sanfuentes: la famosa »guerra de don Ladislao«; el latrocinio permanente practicado por algunas municipalidades, como las de Pica, en Tarapacá, y Sierra Gorda, en Antofagasta, que percibían cuatro veces más fondos que los que gastaban en la comuna; las tasaciones irrisorias que hacían muchos terratenientes de sus fundos y propiedades urbanas, burlando los impuestos; los fraudes denominados de las »cachimbas« y de la »reposición de linderos«, en la región salitrera, por medio de los cuales se despojaba el Fisco de sus valiosas reservas salitrales. Don Agustín Ross en sus escritos (y F. A. Encina más tarde) ha dejado en claro que nuestra aristocracia ha demostrado codicia, rapacidad y malicia dolosa. Entre sus miembros ha existido siempre un concierto tácito para negar el valor real de sus haciendas, a fin de pagar los más ínfimos tributos. Ha sido aficionada a las especulaciones y ha profesado el criterio de que robar al Fisco no es delito. El contrabando lo ha practicado como un verdadero sistema legal, ejercido de consuno con las autoridades. El ministro Rengifo escribía en 1834, a Portales sobre este espíritu de la aristocracia: »Son los más ricos y los que tienen más, los que obstaculizan el mejoramiento de nuestras rentas. Oponen a cada medida ministerial toda clase de reparos e imaginan que mi propósito es expoliarlos y arrancarles lo que tienen«. Y Portales, con su sagacidad criolla, estampa en una de sus sabrosas cartas: »al chileno lo único que le duele es la bolsa«. Y se entiende que es al chileno rico, al plutócrata.

Las clases conservadoras no quieren contribuir al Fisco: sin embargo le piden buenos caminos, vigilancia policial, puentes, ferrocarriles, y su contribución es casi nula. Miran al Estado como a un monstruo devorador de la iniciativa particular y destructor de la fortuna privada. Pero al jugarse en defensa de sus intereses de casta es justo y sabio. Lo es al autorizar la desvalorización de la moneda y al establecer impuestos indirectos. Agustín Ross les advertía por eso en 1897: »el daño de esta política lo verán antes de mucho. Las cargas indirectas que pesan sobre el pueblo pesarán algún día sobre este grupo privilegiado derrochador de bienes que ni siquiera ha conquistado, porque los ha heredado«.

Mientras la plutocracia domina el Estado y sus instituciones, disponiendo en parte decisiva de los poderes públicos, el pueblo yace mísero y utilizado únicamente como masa de maniobras políticas. La miseria, la especulación y la inoperancia para poner término a tan triste realidad, producen un desaliento y pesimismo grandes en los sectores sanos de la nacionalidad, mientras en las distintas esferas y lugares se repite una misma y espantosa desmoralización. En todos los sectores el mismo afán de enriquecerse, no mediante la producción, o sea, por el esfuerzo constante, doloroso y creador, sino por el escamoteo de la riqueza ajena y ya creada. En todas partes el mismo fraude descarado, la misma mentira e idéntica irresponsabilidad.

En las cimas de la sociedad burguesa y rica sale a la superficie el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más malsanos y desordenados, que a cada paso chocan con sus mismas leyes, desenfreno, en el cual, por ley natural, va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del agio y el juego; desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en el que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. La aristocracia del dinero, lo mismo en sus métodos de adquisición que en sus placeres, no es más que el renacimiento del lumpen-proletariado en las cumbres de la sociedad: frente a las orgías desvergonzadas de los privilegiados, la perversión de los oprimidos y, en general, la lucha dura y amarga de todo el pueblo por los víveres más indispensables.

A causa de la terrible miseria el pueblo sumido en los más bajos índices de vida y en los más espantosos vicios, presenta una realidad que abisma. Pareciera que la condición necesaria para el funcionamiento de nuestra democracia y para que el país pueda desenvolverse bajo el régimen de »sufragio universal« fuera el predominio del vicio y de la ignorancia. A causa de estas condiciones de explotación y pobreza se va formando al lado del obrero industrial, que más o menos subsiste con su salario, un lumpen-proletariado que se distingue claramente de él. Esta capa es un centro de reclutamiento de rateros y delincuentes de todas layas que viven de los despojos de la sociedad, gente sin profesión fija, vagabundos, gentes sin hogar.

Para salvar al pueblo es preciso conocer su desgraciada situación económica y su estado moral tales como son: junto a la miseria del cuerpo, la del alma; junto a los harapos del vestido y de los miasmas de la pocilga, los andrajos de los vicios y las emanaciones terribles de esa concupiscencia del tugurio. La miseria del pueblo es material y abisma su podredumbre moral; hay que atender a su salud física y salvar su espíritu. Entre la aristocracia del dinero y el pueblo se extiende la vasta clase media, emprendedora y ambiciosa, pero que vegeta comida por una vanidad antipática e irracional, con su afán de fingir fortuna y gastar como si la tuviera, reflejo muchas veces de una corrupción estúpida que vende cuerpos y honras por el boato, por trapos y muebles costosos, por pieles, por objetos suntuarios y licores finos. Una pobreza real, con su corte de apuros, disimulos, esperanzas y desesperaciones, es la realidad cotidiana de esta clase. En ella se forma el pequeño burgués charlatán, difuso y leguleyo, desvinculado de la producción y de todo trabajo creador, viviendo del excesivo comercio intermediario, del profesionalismo agobiador y de la burocracia inútil. Y, desgraciadamente, parece que ha impuesto su sello mediocre y mezquino a la sociedad actual. Constituyen una clase parasitaria por excelencia, cuyo ideal es una »pega« cualquiera y cuya realidad es la estrechez con su respectivo acompañamiento de pretensiones ridículas, de ambiente social cursi, de apuros positivos, grandes y constantes, de miserias caseras y de significar harturas que son ensueños. De esta pobreza encoquetada y ostentosa de la clase media surgen, en afortunadas especulacio-

nes, los enriquecidos de última hora, que representan el dinero que se gasta mal, se desperdicia en locuras y en tonterías, en sobornar a la virtud y levantar templos a la prostitución, juntándose al dinero de los bolsistas y agiotistas que se pierde por jugarse a espaldas de la ley, demasiado ancha y complaciente; el dinero que va y viene en especulaciones artificiales que nada tiene que ver con la natural circulación del capital en la vida de la riqueza. Los banqueros e industriales persiguen ganancias demasiado crecidas para adquirir costosos coches de lujo, poseer siempre el último modelo, jugar en el Casino de Viña del Mar, por ser de buen tono, o en el Club Hípico; construir mansiones lujosas y darse un tono fastuoso; los comerciantes persiguen utilidades del 200, 300 y 400%; y estos intermediarios inescrupulosos se enriquecen en forma desmedida a costa de los sufrimientos de los asalariados; de aquí la psicología económica basada en un afán de engaño y de lucro.

Es patriótico descubrir estas verdades dolorosas para que el chileno otrora pujante, austero, sobrio y enérgico no siga, como en la actualidad, convertido en un individuo sensual, cómodo, flojo, derrochador y arribista que trata de levantarse aplastando a la inmensa mayoría de los miserables y olvidados. El chileno abdica su fe, su voluntad, todos sus motivos elevados para vivir en el alcoholismo, en el vicio y en la politiquería, semejando un pueblo viejo y liquidado.

Es necesario corregir estos defectos graves y es necesario devolver la fe al pueblo; terminar con este sentido fácil de la vida que ahora predomina. Los que trabajan constituyen un tercio de la población y el resto se mantiene a sus expensas. Día a día aumentan los burócratas, los jubilados, los que se dedican a minúsculos comercios intermediarios o a explotar los vicios en las cantinas y garitos.

Ha llegado el tiempo de que »los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco es hacerlo agrícola, minero, comercial o fabril, porque todas esas cosas son medios y no fines. . . El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes que hoy rigen a la sociedad y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la miseria y la ignorancia«. Para lograr este criterio en los dirigentes es necesario que ellos sean verdaderamente estadistas y no políticos profesionales. Entre estos políticos predominan las superficialidades profundas y las nulidades solemnes, que se pasan años y años ocultando la taimada vaciedad de sus espíritus con sus maniobras dudosas, con la gravedad de sus lugares comunes, con sus demagogias y con el empaque grave de sus cuerpos. En las diversas campañas electorales actúan como terribles sansones dispuestos a remover los cimientos del país, pero al llegar a los ministerios, congresos o presidencia, se convierten en simples y lamentables filisteos, ayudándose, para realizar sus ínfimos trabajos políticos, de los viejos trapos de fregar que se llaman pomposamente y a sí mismos »estadistas«. Es por eso que tene-

mos el deber de impedir que simples politiqueros que no poseen las virtudes y cualidades de la parte sana de la raza, puedan en un momento dado de su historia influir para que Chile parezca en el futuro diferente de lo que es en realidad.

Es decisivo emprender una política económica planificada renovadora que contemple la reestructura económico-social de Chile y verificar una reforma educacional que exprese las nuevas realidades y aspiraciones del porvenir chileno.

El desarrollo histórico nacional impone el tránsito de una economía semifeudal y semicolonial, orientada con criterio liberal-capitalista, a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialistas, tendiente a superar el atraso imperante y con una elevada finalidad de servicio social, que permita cumplir los objetivos nacionales hasta ahora frustrados por las clases dominantes.

La planificación de la economía nacional a base de la intervención técnica del Estado haría posible una amplia reforma agraria y una adecuada industrialización; lograría la nacionalización de las minas de carbón y hierro, de los medios de transportes y comunicaciones y del crédito; llevaría a cabo la conversión de las industrias controladas por el imperialismo en concesiones dadas por el Estado por un número determinado de años y en condiciones que aceleren su recuperación por el país; conseguiría la liquidación de los monopolios y aseguraría el mejoramiento efectivo de las condiciones de vida y de trabajo de las grandes masas trabajadoras (salario vital, asignaciones familiares, habitaciones, previsión completa, buenas condiciones sanitarias, etc.).

En cuanto a la educación, su amplia y profunda reforma debe converger en sus diversas ramas hacia la aportación de nuevos ideales económicos, sociales y morales.

La planificación de la economía y la reforma educacional pueden lograr el ennoblecimiento de la política y del individuo, requisitos indispensables para el funcionamiento de una democracia fecunda y disciplinada.

Si la educación es una función social ligada a la conservación y renovación de la vida de los pueblos, es, pues, el mejor instrumento para construir las bases de una nacionalidad nueva. Y los objetivos esenciales para edificarla son los que se relacionan con la creación de un régimen de democracia social, extendiendo el ejercicio de la libertad por medio de una amplia realización de la justicia social. A la educación debe dársele una orientación humanista en el amplio y moderno sentido de este vocablo, económica y científica que forme hábitos de trabajo y espíritu de empresa, que afirme sólidos valores éticos, permitiendo valorizar el territorio nacional, fomentar la cooperación, eliminar el parasitismo y crear la riqueza necesaria que consiga elevar el nivel material y espiritual del pueblo; debe elevarse la situación económica y social del magisterio, sector irremplazable de nuestra comunidad y llamado a emprender y verificar la reforma educacional.

En los sectores generosos de la juventud en las clases trabajadoras, en los profesionales honestos y eficientes, en los elementos técnicos que laboran silenciosamente, en los políticos idealistas es donde residen las fuentes intocadas de vigor y energía, de voluntad y esfuerzo, capaces de rehacer el país hasta darle una nueva fe, una nueva moral y un nuevo empuje que forjen un destino superior.

V

El ciclo contemporáneo
de difusión urbana
(1950-1970)

Los principales procesos de cambio que presenta la estructura social de Chile en nuestros días pueden vincularse a la acelerada concentración urbana de la población y, por otra parte, a la difusión de las pautas urbanas en las áreas rurales. Ambos fenómenos, que venían presentándose en los períodos anteriores, adquieren en las dos últimas décadas un particular dinamismo.

POBLACIÓN

Desde comienzos del presente siglo el porcentaje de la población urbana aumentaba constantemente en cada decenio a razón de un 3%, pero entre 1940 y 1960 esta tasa de crecimiento se duplica.

Estos porcentajes expresan el aumento promedio de la urbanización en el país, pero no revelan la característica más notable de la concentración demográfica en unas pocas y grandes ciudades, particularmente en la capital. Es así como Santiago duplica sus habitantes entre 1940 y 1952 para concentrar en la actualidad un tercio de la población total del país. Al aumento demográfico lo acompaña la expansión física. El centenar de manzanas que formaba la ciudad hacia fines de la Colonia aumenta a cerca de 400 en 1826, 2.000 en 1895; 11.500 en 1940 y no menos de 15.000 en 1966. Este crecimiento espacial provoca el fenómeno de la »conurbación«, es decir, la constitución de grandes áreas urbanas que integran los antiguos núcleos urbanos adyacentes. Dicho fenómeno se ha producido en Santiago, Concepción y Valparaíso.

Junto a la concentración urbana se presenta también la dispareja distribución demográfica a través del territorio. Según al Censo de 1960 el 92,5% de la población total se concentra en el Valle Central, entre Copiapó y Puerto Montt. De Copiapó al norte sólo habita el 4,7% de la población y al Sur del Canal de Chacao el 2,8%.

La creciente concentración de la población en unas pocas grandes ciudades se origina, como es sabido, en la migración procedente de las provincias. Entre los factores que motivan esta migración, algunas encuestas destacan las condiciones insatisfactorias de los salarios y niveles de vida que prevalecen en el campo, la mecanización de las faenas agrícolas y las mayores expectativas de trabajo que presentan las ciudades a los ojos de los campesinos.

Menos atención ha recibido el estudio de otros factores como la orientación urbana de las escuelas rurales, el servicio doméstico, la instrucción militar obligatoria, los medios de comunicación masiva, e incluso la configuración longitudinal de las vías de transporte. Una encuesta ha revelado, por ejemplo, que el 62,3% de los migrantes ha llegado a Santiago por ferrocarril. Esta migración ha incrementado en las grandes ciudades la formación del cinturón de miseria, o de poblaciones »callampas«, que constituyen enclaves rurales en el medio urbano.

La inmigración extranjera, si bien cuantitativamente limitada, contribuye también al dinamismo urbano. De los cien mil extranjeros, un 86,3% vive en las ciudades y más de la mitad del total se concentra en Santiago.

Los cambios ocasionados por la migración rural-urbana, los grupos inmigrantes, la industrialización y su consiguiente efecto en la movilidad social, han traído como consecuencia una diferenciación de las estructuras familiares. Ya no contrastan sólo las familias rural y urbana, porque cada uno de esos tipos se diferencian según los estratos sociales. Si bien los tres tipos de familias rurales (de estrato alto, bajo y medio) pueden considerarse orientados por pautas de conducta tradicional, no todos los tipos de familias urbanas se caracterizan por su orientación moderna, pudiendo distinguirse dentro de los tres estratos de familias urbanas, los tipos modernos y tradicionales.

Paralelamente al movimiento migratorio hacia las principales ciudades, se ha producido en las dos últimas décadas un proceso inverso de difusión de la cultura urbana en el medio rural. Este proceso de difusión urbana se ha venido operando a través de diversos medios: la creciente mecanización de las tareas agrícolas; el incremento de la electrificación y de las vías de comunicación en los medios rurales; los movimientos de desarrollo de la comunidad y de extensión agrícola; los procesos de reforma agraria, de organización y sindicalización campesina; los movimientos políticos para captar al campesinado; el desarrollo del turismo interno; la acción socio-cultural de estudiantes universitarios durante los períodos de vacaciones; finalmente, aunque no en último lugar en cuanto a su importancia, la difusión de los medios de comunicación masiva, que llegan cada vez con mayor facilidad a las áreas rurales más alejadas, a través de la radio y del transistor.

ECONOMÍA

La economía, durante el último período, se ha caracterizado por varias tendencias. Una es el prolongado estancamiento de la producción agrícola, que no ha satisfecho la demanda de una mayor población, provocando la importación creciente de rubros alimenticios. Por otra parte, se ha continuado la planificación económica a través de la Corporación de Fomento y posteriormente de la Oficina Nacional de Planificación (ODEPLAN).

Mientras la década del 40 se caracterizó por el crecimiento y diferenciación de la estructura económica, con su énfasis en la industrialización a base de la sustitución de importaciones, la década del 50 se distinguió por la agudización del proceso inflacionario, que culminó en 1956 y por la política económica que intenta contenerla, con resultados variables. En 1960 se adoptó el escudo como unidad monetaria que logró mantenerse a la par del dolar durante corto tiempo.

El escaso crecimiento del producto total, la creciente demanda de bienes de consumo con la consiguiente presión por el alza de los precios y el aumento de los sueldos y salarios, han frenado el nivel de ahorro y de capitalización, acelerando el proceso inflacionario a tasas anuales del 84%.

Las fluctuaciones del precio del cobre en el mercado internacional han llevado a los últimos gobiernos a emisiones y empréstitos exteriores para financiar sus programas de inversiones. En la década del 60 se produce un sostenido aumento de la exportación cuprífera y un incremento en la industria de bienes de consumo durable, particularmente automotriz y electrónica, que ha distorsionado la actividad productiva en favor de los consumidores de mayores ingresos, a la par que ha contribuido a la extranjerización de nuevos sectores de la economía. El espectacular aumento de los medios de comunicación masiva que se reseñará más adelante, ha incidido, con su característico efecto de demostración, en el incremento de las expectativas y aspiraciones en la población urbana y aun en la rural.

La discrepancia entre el lento crecimiento económico y el aumento de las aspiraciones de consumo han estimulado el sentimiento de frustración en vastos sectores de la población. Su mayor conciencia política los ha llevado a apoyar programas políticos que les ofrecen cambios más o menos radicales de las estructuras vigentes.

El Estado ha intensificado su intervención en la economía para satisfacer las demandas sociales de mayor educación, salud y vivienda. Particularmente ha debido enfrentar las necesidades básicas de los sectores más modestos de la población marginal urbana y el comienzo de la reforma agraria para elevar la productividad agrícola y la condición socioeconómica del campesino. Estas reformas han provocado el temor empresarial y la fuga de capitales hacia el exterior.

Por otra parte, la débil capacidad de la industria para absorber la mano de obra de las áreas urbanas marginales ha hecho aumentar las diversas formas de desempleo. No obstante, se ha hecho un esfuerzo por aumentar la calificación de la mano de obra, a través del Instituto Nacional de Capacitación, tratando de corregir la baja productividad de la industria nacional, que continúa siendo protegida y poco competitiva.

Durante el Gobierno de Eduardo Frei la política económico-social se ha orientado a la chilenización del cobre, la reforma agraria, la redistribución de los impuestos, la inversión en viviendas, educación y salud. Es prematuro aún intentar una evaluación objetiva de esta política, que ha sido apasionadamente impugnada por los partidos de tendencias contrapuestas.

Mientras algunos sectores estiman que ella ha significado el paso más trascendental dado en este siglo para la transformación de la estructura social, política, económica y cultural de Chile, otros sectores juzgan que esta política de desarrollo ha consolidado la dependencia de Chile frente al capitalismo internacional. La penetración imperialista se habría desplazado desde las industrias extractivas hacia nuevas empresas fabriles, culturales y comerciales, incorporándolos a consorcios capitalistas multinacionales, que controlan el poder financiero y tecnológico de los países de la periferia.

ESTRATIFICACIÓN

El conocimiento científico de los estratos y clases sociales de Chile en la actualidad es muy insatisfactorio, tanto por los desacuerdos en su definición y nomenclatura, como por la insuficiencia de estadísticas adecuadas y la carencia de investigaciones globales o generalizables para todo el país.

En efecto, las diversas categorías ocupacionales de la población activa dada por los censos reflejan aparentemente estratos socioeconómicos, aunque de un modo muy impreciso porque cada categoría incluye niveles diversos, como ocurre particularmente con la categoría de los *empleados*.

Los análisis que combinan categoría ocupacional, ingreso, educación u otras características, han sido obtenidos a través de muestreos en áreas urbanas, particularmente en Santiago, siendo por ello muy arriesgado generalizarlos para todo el país. Los estudios sobre distribución de la renta tampoco son muy confiables por la dificultad de conocer el ingreso real de las personas.

Existen, no obstante, diversos estudios que incluyen indicadores e índices de estratificación, considerados como variables independientes, los cuales —unidos a los datos generales sobre ingresos y distribución de la renta, composición ocupacional y niveles de educación, más algunos estudios particulares sobre determinados estratos— permiten obtener —con las reservas del caso— una idea siquiera aproximada sobre los diversos estratos y clases.

Como punto de partida para la estimación cuantitativa de los estratos socioeconómicos puede servirnos la distribución de la población activa en categorías ocupacionales. Según los datos del Censo de 1960 en Chile esta distribución era la siguiente:

Distribución de la población activa de 12 y más años según categoría ocupacional

Obreros	1.055.087
Empleados	488.056
Por cuenta propia	449.116
Empleados domésticos	196.478
Familiar no remunerado	38.826
Familiar remunerado	26.101
Empleadores	32.842
Ignorados y otros	102.161
Total	2.388.667
Hombres	1.854.366
Mujeres	534.301

Aunque las categorías anteriores no pueden considerarse equivalentes de estratos socioeconómicos y menos aún de clases, dado que bajo una aparente homogeneidad cada categoría comprende grupos con ingresos y formas de vida diferentes, es posible deducir de ellas algunos rasgos generales.

Las categorías de obreros y de servicios domésticos, que forman sin duda el universo *popular*, constituyen algo más de la mitad de la población activa. Por otra parte, las categorías de *empleados* de los que *trabajan por cuenta propia* y de los familiares que trabajan con remuneración o sin ella, parecen formar —no obstante su heterogeneidad— parte de los llamados *sectores medios* y alcanzan a algo más de un tercio de la población activa.

Finalmente los empleadores o patrones representan una proporción inferior al 2% de la población activa.

Este punto de partida muy tosco puede ser complementado y precisado con los datos aportados por algunas encuestas basadas en muestreo y por otros antecedentes.

Entre estos antecedentes hay que mencionar desde luego el hecho de la migración rural-urbana que parece haber afectado la estructura de la estratificación social en Chile. Ello se ha manifestado en una diferenciación de los estratos populares que ha incrementado los sectores marginales de la periferia urbana, al mismo tiempo que ha disminuido el campesinado sin tierra. A este último hecho han contribuido también en alguna medida los planes de reforma agraria impulsados por el Gobierno y por la Iglesia.

Las encuestas basadas en muestreo aportan algunos datos para precisar ciertos rasgos de la estratificación social.

Estas encuestas continúan empleando las usuales categorías de clase alta, media y baja que son cada vez menos satisfactorias por su carácter genérico y vago, aunque se advierte cierto esfuerzo por precisarlas y diferenciarlas, combinando indicadores ocupacionales con los de educación.

En las numerosas encuestas de opinión pública o de otro tipo, al pedir-seles a los individuos su autoidentificación en clases sociales se presenta la ya clásica concentración de las respuestas que aluden a la clase media, trátese de obreros industriales de Huachipato o de grupos intelectuales.

Se han realizado además algunos estudios particulares acerca de las clases ubicadas en los extremos de la pirámide de la estratificación. Así por ejemplo, Emilio Willems ha estudiado la clase alta chilena, dándonos una descripción de su composición actual, mostrando su deliberada apertura que le ha permitido subsistir y sugiriendo que su status en prestigio social no es congruente con su poder político y económico.

El economista Aníbal Pinto ha replanteado recientemente el tema de la estratificación social en Chile, criticando la imagen tradicional de la

división en tres clases sociales y sugiriendo nuevas distinciones y características.

Según este análisis (que se incluye en la presente selección de artículos) la cúspide de la pirámide de estratificación estaría ahora compuesta por el *proletariado* (que constituye un 5% de la población) y por las profesiones de la alta clase media (10%) que en conjunto formarían una plutocracia que alcanza al 15% de la población activa. La *media clase media* formaría otro 15% y se orientaría por sus formas de vida y aspiraciones hacia el estrato superior. La pequeña o baja clase media constituiría un 20% y oscilaría entre el estrato oligárquico y el popular.

El sector popular alcanzaría a un 50% de la población activa y se compondría de una clase popular superior formada por los obreros especializados del sector moderno de la economía (18%) y un sector marginal (32%) formado por los campesinos y por los pobladores urbanos no especializados.

Con las reservas del caso, cabe sugerir que los cambios demográficos, económicos, políticos e institucionales se han reflejado en cierta modificación de la estructura de estratificación, la que se manifiesta en la caracterización de nuevos sectores sociales y en general en cierta fluidez que ha favorecido la posición relativa de algunos sectores medios y populares. Estas modificaciones podrían resumirse en la siguiente forma.

En los grupos dominantes u «oligárquicos» puede distinguirse el sector tradicional llamado aristocracia, basada en la gran propiedad rural, y los nuevos grupos empresariales de la industria y las finanzas. Estos antiguos y nuevos componentes del sector oligárquico orientados hacia las actividades de exportación de productos primarios, se han visto incrementados por los grupos de profesionales de altos ingresos.

Al parecer, los grupos «medios» se han expandido más rápidamente que los otros sectores, pudiendo también distinguirse entre ellos un sector antiguo vinculado a las profesiones, al comercio y a la propiedad urbana, frente a un sector nuevo más vinculado a la burocracia y a la industria. No obstante, ambos se han ampliado con el crecimiento de las actividades del estado, el desarrollo de la educación y el proceso de urbanización, contribuyendo a su incremento cierto ascenso social de grupos de obreros especializados. El hecho de por sí curioso de la distinción legal existente en Chile entre obreros y empleados, sometidos a diferentes sistemas previsionales, puede haber estimulado psicológicamente la movilidad en la escala social y puede contribuir a explicar la autoubicación en clase media de la mayoría de la población.

El sector popular se ha diferenciado en el proletariado industrial de los sectores modernos de la economía, el sector campesino al que la reforma agraria abre nuevas posibilidades y el sector marginal de las periferias urbanas, incrementado por la migración rural y de escasa o nula calificación ocupacional.

Entre este sector popular asalariado y los sectores medios de empleados se encontraría el estrato de considerable extensión formado por los artesanos y los «trabajadores por cuenta propia».

Política

Algunos autores han sostenido la hipótesis de que la estabilidad política y democrática de Chile, está relacionada con la distribución geográfica de los estratos bosquejados anteriormente y en particular con la ubicación de las fuerzas socioeconómicas más significativas y organizadas. Así, mientras la clase alta tiende a concentrarse en la capital, lo cual le ha permitido influir en las principales decisiones políticas, los obreros mineros, más propensos al radicalismo, se encuentran dispersos o aislados en ciertas zonas del país.

Como lo expresan Friedmann y Lackington en el artículo incluido en este volumen, parece indudable que «la hiperurbanización tiende a acelerar el proceso de desarrollo político, en el sentido de un temprano reemplazo de las élites tradicionales por grupos de clase media y obrera».

Este reemplazo, aunque progresivo, no ha sido lineal, habiendo experimentado etapas de retroceso o de compromiso a través de la acción de fuerzas y personajes relativamente independientes de los partidos políticos tradicionales.

Así, en la década del 50 son elegidos sucesivamente dos Presidentes «Independientes»: Carlos Ibáñez (1952-1958) con el apoyo de fuerzas de centro-izquierda y Jorge Alessandri (1958-1964) apoyado en fuerzas de centro-derecha. Una combinación de fuerzas semejante a la anterior, aunque agrupada en torno al Partido Demócrata Cristiano, elige Presidente a Eduardo Frei en 1964.

Las metas economicosociales del Gobierno Demócrata Cristiano (reformas agraria, educacional, tributaria, programas de vivienda, de salud y de control inflacionario) se plantearon como susceptibles de ser obtenidas dentro del marco jurídico democrático de respeto a las libertades públicas. Con los ajustes jurídicos necesarios, esas metas fueron alcanzadas en gran medida, con excepción del programa antinflacionista y contribuyeron a desplazar a las élites tradicionales.

En 1970 es elegido Presidente Salvador Allende con el apoyo de los partidos de izquierda. Los objetivos socioeconómicos del Programa de la Unidad Popular (cuyo texto se incluye al final de este volumen) plantean como alternativa política la transición hacia el socialismo, garantizando las libertades públicas y el proceso electoral.

El antiguo fenómeno observado en Chile del relativo adelanto de su estructura sociopolítica frente al rezago de la estructura económica, parece haberse agudizado en las dos últimas décadas, por el aumento de las presiones.

Sin duda ha contribuido a este proceso, el extraordinario incremento de las expectativas o aspiraciones de la población, hecho vinculado al des-

arrollo de la urbanización y de la industria, y al llamado efecto de demostración a través de los medios de comunicación masiva. Este aumento de las aspiraciones ha sido además estimulado en Chile por la competencia de los partidos políticos en su pugna por el poder. Ello implica que el nivel de las aspiraciones excede las posibilidades económicas de una rápida satisfacción, lo cual explicaría cierto grado de frustración. Otra hipótesis explica a su vez esta frustración por las limitaciones inherentes al sistema de economía capitalista dependiente, imperante en Chile.

Un hecho trascendental que ha contribuido a la modernización de la estructura política en este período es la mayor participación electoral de sectores tradicionalmente pasivos o marginales.

Por una parte las mujeres han obtenido la plenitud de los derechos políticos y se han incorporado a la función pública en calidad de Alcaldes, Jueces, Intendentes, Ministros y Parlamentarios. Por otra parte, la liquidación del cohecho, merced a la cédula única de candidatos, y sobre todo la obligatoriedad de la inscripción electoral, han favorecido el aumento de la participación política. De este modo, la generalidad de las mujeres, de los campesinos y de los pobladores empiezan a participar masivamente en las elecciones, constituyendo el objetivo de una política de estilo populista.

La reforma constitucional de 1970, que concede derecho a voto a los mayores de 18 años, incluyendo a los analfabetos, ha significado la ampliación del cuerpo electoral a más de un 45% de la población total, en circunstancias de que en 1925 el electorado representaba sólo un 7,41% de nuestra población y en 1958 el 21%.

EDUCACIÓN E INSTITUCIONES CULTURALES

En el plano de la educación y la cultura se producen en las dos últimas décadas cambios importantes. Se verifica una considerable expansión de la matrícula escolar en todos sus niveles, desde la enseñanza primaria a la universitaria. Una profunda reforma en las orientaciones y contenidos complementa este crecimiento cuantitativo.

Por otra parte, en los últimos veinte años se produce la incorporación a las universidades de las nuevas ciencias sociales, que empieza con la economía y continúa con la sociología, psicología social, antropología, demografía y ciencia política. El impacto de estas ciencias sociales, con la formación de nuevos «expertos» en el análisis de la sociedad y la cultura, ha provocado cierta inhibición del ensayo social. Resulta sintomático el hecho de que hayan desaparecido los ensayistas del tipo de Venegas, Edwards, Melfi, Cabero o Latcham, que interpretaban intuitivamente la realidad chilena en su globalidad, para ceder el campo a investigadores especializados en alguna disciplina de las ciencias sociales. La selección de artículos correspondientes a este período incluye trabajos de este tipo, como los de Góngora, Villalobos, Vial, Véliz, Pinto, Sunkel, Hamuy,

Briones y Sepúlveda, centrados generalmente en el análisis del cambio y el desarrollo.

En el campo literario, una temática parecida ha sido expuesta por la generación de 1950, compuesta principalmente por novelistas como Donoso, Lafourcade, Giaconi y otros, cuyas obras muestran la crisis que afecta a sus protagonistas, generalmente adolescentes, que parece anunciar la crisis de la juventud revelada posteriormente.

Las dos últimas décadas han presenciado el espectacular aumento de los medios de información y comunicación masiva. Los receptores de radio se han extendido a más del noventa por ciento de los hogares, existiendo más de 100 radioemisoras en el país. La televisión, introducida sólo en 1960, se ha expandido a todo el territorio, cuenta con 7 canales emisores y un número estimado en 400 mil aparatos receptores.

La prensa se ha extendido en todo el territorio a través de unos 40 diarios, con un tiraje aproximado de 700.000 unidades al día. Las revistas periódicas de distintos tipos alcanzan a más de 40 títulos que entregan semanalmente alrededor de 2.700.000 unidades. Las tres cuartas partes de estas revistas eran producidas por dos consorcios editoriales.

Esta característica de la rápida expansión de los medios de información ha acrecentado su papel de modelador de la opinión pública y de canal que vehiculiza ideologías y aspiraciones de consumo.

Una segunda característica es la extraordinaria libertad de que gozan los distintos medios de comunicación, no estando sujetos a censura previa (con excepción de la cinematografía) y disponiendo de franquicias tributarias y aduaneras.

Un tercer rasgo es el carácter político de la mayoría de estos medios. La mayor parte de los diarios y periódicos corresponden a una orientación política definida. Algo semejante ocurre con las radioemisoras. Sólo la televisión está bajo la responsabilidad de las universidades o del Estado y generalmente dan oportunidades de expresión a todos los sectores políticos.

Un cuarto rasgo es la concentración económica de los diversos medios de comunicación en algunas empresas. Así, por ejemplo, las radioemisoras más importantes están afiliadas a 6 empresas o cadenas radiales, que son también las que alcanzan una mayor sintonía. De 35 diarios, cerca de la mitad corresponden a 3 grandes consorcios que publican 425.000 ejemplares diarios. Más notable es aún la concentración de las revistas, según se ha expresado.

Esta concentración económica de los medios de comunicación los configuran como una poderosa y próspera industria cultural, vinculada estrechamente a otros consorcios bancarios, industriales y agrícolas y dependiente en gran medida del exterior, tanto por su contenido como por su financiamiento publicitario.

En el aspecto religioso, lo más característico de este período parece ser

la difusión popular del protestantismo, al mismo tiempo que la desidentificación de la Iglesia Católica con los sectores Conservadores.

El impulso a la educación y las reformas iniciadas en los últimos años, tanto en la enseñanza básica, media y superior, así como la nueva posición difundida en la iglesia postconciliar, intentan superar la crisis del consenso cultural que acompaña a este período de cambio y transición. La existencia de una crisis general de la sociedad chilena es afirmada por autores chilenos como Ahumada, Frei, Sunkel, Góngora, Hamuy, Hunecus y por los extranjeros Morris, Friedmann, Zeitlin, según puede observarse en los artículos respectivos incluidos en la última parte de este volumen. A pesar de las diferencias individuales en la explicación del diagnóstico o de la génesis de la crisis, ésta parece residir en el agotamiento de las formas e ideales de la vida burguesa.

En síntesis, las características principales de la estructura social de Chile en este ciclo más reciente de concentración y difusión urbanas parecen ser:

- La constitución de una sociedad de masas, con el consiguiente cambio en las instituciones y el aumento de las presiones sociales.
- La difusión generalizada de las pautas culturales urbanas en el medio rural, a través de varias y diferentes vías, que confluyen en sus efectos.
- El auge de la economía minera de exportación, junto a la relativa detención del ritmo de crecimiento de la industria manufacturera y de la producción agropecuaria.
- El aumento de las aspiraciones y la agudización del proceso inflacionario, en un contexto muy estructurado de las fuerzas sociales.
- La creciente intervención económica del Estado y los esfuerzos de planificación, tanto nacional como regional.
- El súbito aumento del cuerpo electoral que ha permitido el incremento general de la participación política y social, particularmente de los contingentes de pobladores y campesinos, jóvenes y mujeres.
- Cambios en la estratificación, que se manifiestan en la fusión de los dos sectores de clase alta: la antigua tradicional y la nueva empresarial. El incremento de los sectores medios y su diferenciación en las capas de ingresos altos que asumen una actitud más conservadora y las capas de menores ingresos que tienden a solidarizarse con el proletariado. Estos cambios parecen vincularse a las divisiones experimentadas por los partidos Radical y Demócrata Cristiano.
- La influencia cultural extranjera que facilitó la institucionalización de las ciencias sociales y que ha dado lugar, como reacción, a una nueva toma de conciencia de la dependencia cultural y económica.
- La crisis de valores compartidos y los esfuerzos de la Iglesia, educadores, estudiantes e intelectuales por canalizar un nuevo consenso cultural.

□ En general, cambios estructurales en los aspectos agrario, educativo, tributario y constitucional, tendientes a adaptar las instituciones a los requerimientos de una sociedad de masas.

La mayor parte de los artículos seleccionados para este período reciente se refieren a las características sociológicas de Chile e intentan formular su explicación.

El ensayo de John Friedmann y Tomás Lackington sobre *La hiperurbanización y el desarrollo nacional en Chile*, elaborado en 1967, intenta aclarar la vinculación estructural entre estos dos fenómenos. Los autores definen la hiperurbanización como el desequilibrio entre los niveles de urbanización y de desarrollo económico.

La tesis central es que este desequilibrio ha originado no sólo la transformación de Chile en una sociedad transicional, sino que ha causado la crisis de inclusión sociopolítica de la década del 50, debido a la creciente discrepancia entre el lento desarrollo económico y el considerable desarrollo político y de las aspiraciones de consumo.

Explican el origen de la hiperurbanización en la producción y exportación minera de fines del siglo XIX, cuyas rentas se destinaron en gran parte a construcciones urbanas y a caminos, que incentivaron la migración a la ciudad, primero, de los hacendados y luego, de los campesinos. La migración rural masiva fue también estimulada por la mecanización agrícola y las bajas expectativas y condiciones de vida prevalentes en el agro.

Existiría, de este modo, una clara vinculación entre la hiperurbanización y los problemas económicos, sociales y políticos, tales como: el acceso al poder político de las clases medias y obreras; el crecimiento del sector terciario; las crecientes aspiraciones de consumo; la disminución del ahorro y la capitalización; el estancamiento de la producción; la inflación creciente, agravada por una política de reajustes que perjudica a los sectores populares no organizados y con menor poder de presión. La consecuencia es la formación y aumento del sector marginal de la población urbana de origen rural, cuya mano de obra no ha podido ser absorbida, sino en parte por la economía, hecho manifestado en que una quinta parte de la mano de obra potencial del Gran Santiago se encontraba en 1966 total o parcialmente desocupada.

El artículo de Orlando Sepúlveda y Roy E. Carter *Algunas pautas relativas al uso de los medios de comunicación de masas en Santiago de Chile* se circunscribe exactamente a su título y tiene el interés de ser uno de los primeros estudios de campo sobre el tema, realizado en Chile. Los resultados de la investigación, realizada en enero de 1963, muestran el considerable empleo que los habitantes de Santiago hacen de los numerosos medios masivos de información de que disponen. El medio más utilizado es la radio, de la que disponían en sus casas el 90 por ciento de los entrevistados. Tres cuartas partes de ellos la escuchan diariamente durante horas, sintonizando particularmente los programas noticiosos de algunas

de las 24 emisoras que existían en Santiago. Los entrevistados atribuyeron mayor imparcialidad y veracidad a la radio que a la prensa.

Al uso de la radio le sigue la lectura de periódicos. La mitad de los varones entrevistados y tres cuartas partes de las mujeres habían leído alguno de los once diarios de Santiago el día anterior a la entrevista, siendo los más frecuentes »El Mercurio«, »Clarín« y »La Tercera«.

Alrededor del 60 por ciento de los encuestados iba al cine dos o tres veces al mes, prefiriendo en orden de frecuencia las películas norteamericanas, mexicanas y europeas. Más de la mitad de los entrevistados se declararon lectores de libros, leyendo un promedio de 5 a 6 libros al año. La frecuencia en el uso de los seis medios de comunicación —radio, diario, revista, libro, cine, televisión— resultó correlacionada con la posición socioeconómica de los entrevistados.

Con todo, el grado de información y la disposición general a emitir opiniones resultó bastante elevado, reflejando las características de un medio altamente urbanizado.

El artículo de Emilio Willems sobre *La clase alta chilena* bosqueja el origen histórico y describe las características actuales de esta clase social en su composición, intereses y actitudes.

El autor refuta las afirmaciones de rigidez e impermeabilidad de la clase alta tradicional y sostiene la tesis de que, lejos de poseer las características de una casta, ella estuvo y continúa estando abierta a los individuos y grupos meritorios. Esta apertura le ha permitido sobrevivir sin perder su identidad social y cultural, al mismo tiempo que conservar su prestigio, compensando con ello la disminución de su poder político y económico.

Willems basa su estudio en fuentes históricas, guías sociales, diccionarios biográficos, nóminas de socios del Club de la Unión, del Club de Golf de Los Leones, de la Bolsa de Comercio y particularmente de informantes directos. A través de estas fuentes constituyó un grupo de 319 personas, examinando su origen familiar, ocupación, lugar de residencia, educación, afiliación política y religiosa.

Sus conclusiones muestran que la tenencia de la tierra ya no es condición de pertenencia a la clase alta, como tampoco es indispensable disfrutar de altos ingresos. No juegan un papel decisivo los factores políticos ni religiosos. Los criterios de pertenencia, además de la ascendencia y frecuentación social, residen en cualidades personales de corrección, modales, presencia y educación en colegios tradicionales. La clave de la pertenencia o ingreso a la clase alta es el matrimonio. En este sentido la mujer juega un papel decisivo, imponiendo su status en casos de enlaces desiguales y otorgando el pase final al ingreso de nuevos miembros. En principio está abierta a extranjeros de cualquiera nacionalidad, aunque muestra reticencia hacia los árabes. De hecho, más de una cuarta parte del grupo analizado por el autor tenían apellidos no españoles.

El autor señala la existencia de cierta solidaridad de clases, manifestada en subsidios para que los hijos de familias altas empobrecidas se eduquen

en colegios tradicionales, así como en calidades especiales de socios honorarios a los miembros que no pueden pagar las cuotas de ciertos clubes.

En el artículo *Crítica de una tesis tradicional* el economista Aníbal Pinto rebate la generalizada afirmación de que las clases medias o burguesía no oligárquica estarían dispuestas a comprometerse en el cambio revolucionario de la sociedad chilena. Para ello examina la composición social y los intereses de las clases chilenas, contrastando las imágenes tradicionales con los cambios experimentados en la estructura social y económica durante los últimos tiempos, ofreciéndonos de paso una clara y convincente descripción de la actual estratificación social de Chile.

Señala que la distribución hecha por CEPAL de un grupo del 5% de altos ingresos, un 45% de ingresos intermedios y un 50% de ingresos bajos, debe ahora matizarse de acuerdo a los cambios ocurridos en los últimos años.

La diferenciación de los sectores medios se ha acentuado, de modo que es posible distinguir una alta clase media formada por profesionales de elevados ingresos, que ha venido a incrementar con un 10% al »propietariado«, configurando una clase alta económica del 15%.

A su vez se han diferenciado los estratos proletarios, distinguiéndose entre ellos una capa popular superior formada por los obreros calificados del sector industrial moderno, cuyo standard de vida tiende a aproximarlos a la clase media baja, quedando reducida la población marginal rural y urbana a un tercio de la población del país.

Estas modalidades de la estratificación son relacionadas con la composición social de los partidos políticos y permiten al autor identificar qué grupos están »dentro« del sistema social y a favor de él y cuáles están »fuera« y en contra. Considera que el 15% de los mayores ingresos forman el centro del sistema, se identifican con él y disfrutan de sus beneficios. El extremo inferior formado por el 50% se halla »fuera« del sistema. Sin embargo, la capa superior de este sector obrero muestra más preocupación reivindicacionista que combatividad revolucionaria. El sector marginal tampoco está espontáneamente contra el sistema. El más fluctuante sería el 20% formado por la baja clase media.

Del cuadro esbozado el autor deriva conclusiones estratégicas de las posibilidades de cada partido político como propulsor de cambios revolucionarios.

El sociólogo Guillermo Briones traza un cuadro de *La estructura social y la participación política* en Chile, en vísperas de la elección presidencial de 1958. Basándose en los resultados de una investigación, muestra la participación política de los diversos sectores socioeconómicos, así como sus principales actitudes y orientaciones electorales.

En 1958 Chile tiene un contingente electoral que representa un 21% de la población total. La inscripción electoral se distribuye de manera desigual en las diversas categorías sociales; está compuesta por dos tercios de hombres y sólo un tercio de mujeres; un 40% de población joven y 60% de más de 45 años.

La participación política varía según la ubicación de los estratos sociales en la estructura económica y educacional, como también sus preferencias políticas. El 35% de los entrevistados se autoidentificó en la derecha, el 27% en la izquierda y el 19,7% en el centro, observándose cierta tendencia a la polarización en las posiciones extremas.

Fue bastante reveladora la orientación de las actitudes políticas y la posición en la estructura económica. Mientras la mayoría de los grandes empresarios se identificó como derechista, los empleados directivos y profesionales universitarios expresaron cierta tendencia hacia la izquierda; los pequeños empresarios, empleados y artesanos hacia la derecha y los obreros hacia la izquierda.

La participación política activa era baja: no participaban en ninguna forma el 57% de los inscritos en los registros electorales y un 83% de los no inscritos. Las categorías sociales menos activas fueron las mujeres, los jóvenes, los más viejos y los individuos de menores ingresos.

Los datos presentados por Briones para 1958 permiten compararlos con las cifras presentadas por Hamuy en 1964, para apreciar los rápidos cambios en la participación política ocurridos en Chile.

En su trabajo *Chile, el proceso de democratización fundamental*, el sociólogo Eduardo Hamuy explica la crisis que experimenta el país como la contradicción entre una creciente conciencia subjetiva sobre la necesidad de los cambios y el relativo mantenimiento de las condiciones objetivas, expresadas en la desigual distribución del ingreso, la miseria extrema, la escasez de empleos, etc.

Mientras las fuerzas nacionales e internacionales se orientan a crear una conciencia de cambio en la masa popular y marginal, se mantienen las deformaciones estructurales de la economía y de las oportunidades sociales.

La crisis originada en esta contradicción se manifiesta en el debilitamiento de la legitimidad del sistema de dominación vigente. La creciente participación social de los sectores marginados acelera la crisis de representatividad de las instituciones políticas, gremiales y culturales y por consiguiente su pérdida de legitimidad.

La primera y más significativa forma de participación, que es la electoral, se ha producido masivamente en Chile en pocos años, en virtud de la ley promulgada en 1962. Ella ha hecho aumentar espectacularmente la inscripción femenina, sin especial motivación política, que ha favorecido al Partido Demócrata Cristiano decidiendo la victoria de su candidato en 1964. Sobre la base de estos hechos, el autor plantea la originalidad de la nueva situación de Chile y sus alternativas de desenlace.

En el artículo *Determinantes sociales de la democracia política en Chile*, el sociólogo norteamericano Maurice Zeitlin busca en los rasgos del desarrollo de nuestra estructura social la explicación de la temprana y excepcional estabilidad del sistema democrático en Chile. Empleando como trasfondo comparativo la evolución de otros países latinoamericanos,

sugiere siete respuestas hipotéticas a su pregunta central »¿Qué luchas en Chile, entre qué grupos de intereses regionales, de clase, intraclases, internacionales, en qué época del desarrollo del país, condujeron a la legitimación e institucionalización de la democracia política formal?«

1. El conflicto entre los intereses económicos de ingleses y de norteamericanos, a partir de la Independencia, lo cual impidió a Chile caer en la órbita exclusiva de alguno de ellos y legitimaron el derecho a disentir entre los grupos nacionales que se inclinaban por una u otra potencia.
2. La confianza que la clase dirigente chilena adquirió en sí misma como resultado del ordenado crecimiento económico.
3. Las características de la inversión extranjera que no afectaron la propiedad rural, permitiendo su conservación en manos de la aristocracia criolla.
4. Las relaciones entre las primeras etapas del desarrollo económico y el surgimiento de la clase obrera organizada aunque dispersa geográficamente, que entró a participar en el juego democrático.
5. La integración de los nuevos grupos industriales con la antigua clase terrateniente y el hecho de que la política fue vista como una carrera respetable para los hombres capaces y enérgicos de cualquier origen.
6. La diferenciación económico-regional de los diversos sectores de esa clase, que facilitó el juego político y el compromiso entre ellos.
7. El desfase entre la integración socioeconómica de la clase dirigente en el sistema de partidos y la aparición de la clase obrera como fuerza política independiente, la que, más que desafiar el sistema, ingresó a la lucha pacífica por el poder.

El autor se pregunta finalmente si el sistema de la democracia política subsistirá frente al desafío del gobierno demócratacristiano para cambiar el equilibrio político establecido.

En *La crisis integral de Chile* el economista Jorge Ahumada parte del supuesto de que el país vive una situación de crisis integral, que abarca todos los aspectos de la estructura social. Con propósitos de análisis distingue el aspecto económico, sociopolítico y cultural.

La crisis económica tiene cuatro manifestaciones: el lento crecimiento de la economía, la inestabilidad monetaria con la creciente inflación, la desigual distribución del ingreso y la dependencia financiera con el aumento de la deuda externa.

La crisis sociopolítica es explicada por el autor en tres aspectos: la baja participación política de vastos sectores por carencia de organización, la escasa representatividad por incapacidad de los dirigentes para interpretar las aspiraciones de las bases, la falta de solidaridad que una a los miembros de la sociedad, para vencer los desafíos y evitar la desintegración.

La crisis cultural es examinada en dos de sus dimensiones: organización e ideología. Hay crisis de organización porque sus formas actuales son incapaces de realizar con eficiencia las tareas que les corresponden, de orden político, administrativo, sindical, educativo y familiar. Hay crisis

de ideologías porque existen demasiadas versiones deformadas de nuestra realidad, falta de proyección nacional para el futuro y de orientación hacia el grupo.

Después del esquemático diagnóstico de la crisis, Ahumada plantea su solución, en el concepto de revolución en libertad. Es decir en la realización rápida de cambios profundos en la sociedad, renunciando a la violencia, para vencer «el estancamiento, la inestabilidad, la desigualdad, la dependencia, la falta de participación, de representatividad y de solidaridad» y obtener la modernización de nuestras organizaciones y la creación de una manera de pensar y sentir nuestros problemas colectivos. Para lograr estos objetivos es necesario crear una gran cohesión y disciplina en las fuerzas revolucionarias; crear también esas fuerzas en otros campos fuera del político y finalmente lograr la movilización psicológica del pueblo y del partido de la revolución.

El economista Osvaldo Sunkel en su ensayo *Cambio social y frustración en Chile* sostiene la tesis de que en Chile se ha producido en las últimas décadas un intenso proceso de cambios, pero sin lograr los efectos sociales que se esperaban de esos cambios.

Después de refutar la afirmación de que en Chile no ha habido cambios, muestra cómo a partir del año 1930 la sociedad chilena ha experimentado efectivamente un proceso de transformación en los aspectos económico, demográfico e institucional. Chile responde a la crisis del año 1929 con una industrialización, que aunque incipiente, es significativa para la estructura económica; el crecimiento de la población y la urbanización afectaron la estructura demográfica. Finalmente la expansión del aparato estatal y su creciente importancia implicó un cambio de la estructura administrativa.

Estos tres procesos simultáneos han modificado la sociedad chilena. El cambio en la estructura económica, como consecuencia de la industrialización, da lugar a la formación de un proletariado industrial. El proceso de urbanización y el crecimiento de la población da lugar a la formación de lo que Sunkel llama «lumpenproletariado». Por último, el cambio en la estructura institucional trajo consigo la formación y consolidación de una clase media.

El extracto del ensayo de Sunkel incluido en esta selección examina cómo, no obstante estos cambios, el país quedó en un estado de frustración, ya que las aspiraciones que estos procesos desencadenaron no fueron satisfechas: la desigualdad de oportunidades continúa, no ha existido una redistribución significativa del ingreso y no existe una participación política activa, más allá del formalismo electoral.

Sunkel examina luego los agentes de este proceso de cambio; destaca los partidos políticos de centro e izquierda, observando el distanciamiento existente entre sus formulaciones ideológicas y las acciones concretas que desarrollaron mientras detentaron el poder político, lo cual contribuyó a la frustración colectiva. El autor atribuye particular importancia en la

explicación de la frustración a »la persistencia y probablemente la acen- tuación, de un elevado grado de concentración del ingreso, la riqueza y el poder económico en manos de una pequeña minoría de chilenos, lo que ha llevado también a la correspondiente creación de un sistema de valores que exalta la fortuna y el poder«.

Examina también la acción de tres factores adicionales que intervienen en el proceso de cambio: la situación internacional, como un condicionante del cambio que se pueda operar en un país y las fuerzas armadas y la Iglesia como instituciones »mantenedoras de los valores tradicionales de la sociedad«.

El resultado ha sido que la estructura tradicional de poder se ha ajusta- do a los nuevos requisitos de una sociedad urbana y semindustrializada, asimilando a los grupos sociales nuevos y dinámicos. Sus medios de control del cambio social han sido la concentración del poder económico, el control de la prensa y de la educación.

En su artículo *Materialismo neocapitalista, el actual »ídolo del foro«*, el historiador Mario Góngora esboza algunos rasgos históricos y culturales de los pueblos hispanoamericanos que deberían ser tenidos en cuenta para buscar un camino propio y auténtico de desarrollo, que reemplace a cierta »ideología intelectualmente colonializante, que niega todo lo propio ya existente, para imitar a »los países más avanzados« según la fórmula de rigor«. Esta ideología —difundida por organismos burocráticos inter- nacionales— olvida que los pueblos tienen una individualidad peculiar, combinación de vida y acontecer histórico. Desconociendo las pautas culturales de Hispanoamérica, pretende reimplantar la situación que vivieron otras sociedades y alcanzar el desarrollo fomentando una burguesía industrial, eliminando las ideologías, tecnificando la educación, considerando al hombre como una inversión económica e impregnando la conciencia colectiva del culto a la prosperidad.

El autor considera que estos nuevos »ídolos del foro« reflejan un mate- rialismo neocapitalista profundamente alienador y por lo mismo de difícil penetración en el fondo ético colectivo. Cree improbable que los círculos capitalistas industriales superen el nivel de meros grupos de negocios para convertirse en clase rectora de la sociedad y la cultura. Señala que el sentido empresarial se da en nuestras sociedades en forma muy diferente: »la consagración al trabajo y más todavía, la innovación y el afán de perfeccionar las actividades e instituciones se dan solamente cuando la labo- riosidad va aliada al placer personal«, no en el sentido burgués, ni genera- lizable a una clase, sino espontáneamente en ciertos individuos.

Góngora alude a otros rasgos de las fuerzas histórico-culturales más profundas de nuestros pueblos, como la dualidad de lo sacro y lo profano, el respeto a la educación intelectual, la tendencia a considerarse noble y exento de las leyes generales, señalando cómo estos rasgos han sido igno- rados por los planificadores economicistas. Observa con razón »el auto-

rebajamiento, marcado ya en la misma palabra »subdesarrollo«; un vocablo puramente funcional, indicador de cierto estado del proceso económico, tiende a invadir todos los campos, a convertirse en una ideología«.

Señala finalmente la necesidad de reinterpretar la tradición para elaborar conceptos de desarrollo y aun utopías que tengan arraigo y valor en el alma colectiva; sin destruir a ésta, porque »vicios y virtudes, en los pueblos como en los individuos, son en el fondo solidarios; se corre el riesgo de extirpar éstas, en el empeño por suprimir aquéllos«.

El breve artículo del sociólogo Pablo Huneus *Los Hombres de Gris* traza un perfil psicológico de la clase media funcionaria, anotando sus contradicciones, motivaciones, conformismo y temor a los cambios que pongan en peligro su blanda seguridad. Con una intuición aguda, que rara vez se atreven a emplear los sociólogos, Huneus apunta rasgos de un estado espiritual que se vincula a la crisis de la sociedad chilena.

El autor señala cómo el centralismo y la rutina burocrática del sistema, socava el espíritu renovador y provocan el inmovilismo. Sugiere la salida en un cambio de la educación y de la mentalidad. Ese espíritu joven de renovación nos motivará para que »en vez de adoptar la seguridad que el gris da al elefante, usemos colores; en vez de importar ideas, excedentes agrícolas y artefactos superfluos, pensemos, produzcamos e inventemos; en vez de anhelar empleos estatales y mediocres en una oficina de Santiago, salgamos a abrir nuevas fronteras, a colonizar la Patagonia, a fundar áreas de pionerismo, a descubrir otras fuentes de riqueza«.

En su discurso académico acerca de las *Perspectivas y riesgos en la construcción de una nueva sociedad*, el ex Presidente Eduardo Frei traza un cuadro de la realidad que presenta Chile a la actual generación comparándola con la que enfrentaba la suya hace cuarenta años. Entonces Chile experimentaba una aguda crisis económica y constitucional; en la coyuntura internacional se cuestionaban abiertamente la democracia y la libertad. En esos años de incertidumbre, su generación encontró una base de pensamiento y de acción en la afirmación de la dignidad humana y en la necesidad de proyectarla en la justicia social. Para transformar la sociedad chilena los miembros de esa generación dedicaron su pensamiento y acción a investigar los recursos materiales e intelectuales de Chile, lo cual implicaba desafiar intereses y posiciones sectarias.

Esta tarea es también válida pero más difícil en el mundo de hoy. La crisis de todos los valores y la complejidad social obligan a formular un pensamiento que engendre las nuevas estructuras y los nuevos juicios de valor, que elabore los modelos que organicen la vida, la sociedad y el Estado.

Este desafío no constituye una mera especulación intelectual sino una exigencia concreta que supone una nueva forma de poder: el dominio del conocimiento sobre la propia realidad para ser capaces también de controlar el dominio que otras potencias ejercen sobre nosotros por medios publicitarios, psicológicos, económicos y tecnológicos. La aptitud para

crear resulta así la condición primordial del desarrollo hacia un tipo de sociedad cuyo fin último no sea la organización para el consumo, sino la plenitud humana en la justicia y la solidaridad.

En esta perspectiva de alcanzar al desenvolvimiento social independiente por la vía del poder del conocimiento surgen, sin embargo, los riesgos del futuro. Una tentación destructiva de desesperanza, frustración y violencia, que es la negación del valor de la vida humana. Otro riesgo es el de las ideologías y políticas para alcanzar el poder, olvidando «que la gran lucha universal y su permanente progreso ha sido también el dominio del poder y su ordenación al bien común».

Otro riesgo es, finalmente, el de trasplantar modelos y de repetir experiencias foráneas, sin considerar los hábitos, el profundo sentido humano del chileno y los datos reales de su grado de evolución para realizar con eficiencia los cambios más profundos.

Pero Chile posee los recursos humanos y materiales para llegar a una nueva forma de comunidad integrada, con participación popular. Si se averigua con objetividad su realidad, se descubrirá su íntima vocación de justicia, de libertad y de solidaridad, su trayectoria histórica «que no está hecha de quiebros abismales, sino de decisiones oportunas».

De aquí nace la esperanza: «Esta averiguación nos indicará que no podemos ser el reflejo servil de lo que otros están pensando; sino de buscar un modelo político, social y económico que responda a nuestro íntimo ser y que por ello mismo enriquezca la experiencia de todos los otros hombres».

El *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular* comienza afirmando la coincidencia de los partidos que la integran en la caracterización de la realidad nacional. Esta es bosquejada brevemente en nueve puntos:

1. Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, porque, no obstante poseer grandes recursos naturales y humanos, ha fracasado el sistema capitalista que no responde a las necesidades de nuestro tiempo. «Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero».

2. En Chile las fórmulas reformistas y desarrollistas «no han logrado alterar nada importante».

3. El desarrollo del capitalismo monopolista niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia popular, porque los sectores más reaccionarios de las clases dominantes no tienen, en último término, otro recurso que la fuerza.

4. La explotación imperialista de Chile «ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia». Interviene también en la educación, la cultura, los medios de comunicación y los convenios militares.

5. En Chile se gobierna y se legisla a favor de los grandes capitalistas y de sus secuaces. Estos les cuestan muy caro a todos los chilenos, hay que darles toda clase de ayuda, producen lo que quieren, se llevan las ganan-

cias a bancos extranjeros, despiden obreros si éstos piden mejores salarios, mientras »buena parte de los que efectivamente producen experimentan una difícil situación«. »El capital imperialista y un grupo de privilegiados que no pasa del 10 por ciento de la población, acaparan la mitad de la renta nacional«.

6. En los últimos 10 años el costo de la vida ha subido casi en un mil por ciento, afectando a los hogares del pueblo. »La inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad«.

7. El 50 por ciento de los menores de 15 años están desnutridos. »Esto demuestra que la economía en general y el sistema agrícola en particular son incapaces de alimentar a los chilenos«. El latifundio es el culpable de la subalimentación de los chilenos.

8. El crecimiento de nuestra economía es mínimo.

9. La única alternativa popular es »terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile«.

Este diagnóstico de la realidad nacional sirve de fundamento al Programa de Gobierno de la Unidad Popular, que propende a la profundización de la democracia y las conquistas de los trabajadores y a la creación del nuevo orden institucional del Estado Popular. El programa traza las líneas generales de reorganización de la justicia, la atención preferente que se dará a la defensa nacional, la construcción de una nueva economía —con áreas de propiedad social, propiedad privada y propiedad mixta—; la profundización y extensión de la reforma agraria, la política de desarrollo económico y las tareas sociales; la política cultural y educacional, que incluye la democratización y autonomía universitaria y los medios de comunicación masiva. Finalmente, las líneas centrales de la política internacional orientada a afirmar la independencia nacional y la solidaridad con los países latinoamericanos y con los que luchan por su liberación.

El texto final del presente volumen recoge el Discurso del Presidente Salvador Allende pronunciado en el Estadio Nacional el 5 de noviembre de 1970, al asumir del mando de la Nación. En este discurso el nuevo mandatario reitera en forma elocuente su decisión de iniciar »el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad«.

La hiperurbanización y el desarrollo nacional en Chile*

I. CHILE, UNA SOCIEDAD HIPERURBANIZADA

La hiperurbanización se refiere a un desequilibrio entre los niveles de urbanización y desarrollo económico de un país. La primera variable puede medirse por el porcentaje de la población total que vive en ciudades con más de 20.000 habitantes; la segunda, por el ingreso por persona. Ambas medidas son imperfectas, pero son los índices de más fácil acceso para un estudio comparativo.

...Chile aparece como el segundo país más urbanizado en relación al ingreso entre los 72 países de la muestra, siendo superado sólo por Argentina. No se hace ninguna evaluación positiva o negativa respecto a ese hecho, y hemos evitado aplicar el desacreditado concepto de «sobreurbanización» para describirlo. El término que hemos preferido sugiere que una sociedad que muestra un alto desequilibrio entre sus niveles de urbanización e ingreso per cápita, está probablemente sujeta a experimentar serias tensiones internas. La finalidad de este documento es arrojar cierta luz sobre estas tensiones, dentro del amplio contexto del desarrollo de Chile como moderna nación-estado.

Nuestro modelo analítico está tomado de un reciente ensayo hecho por Manfred Halpern. Halpern deja de lado la habitual dicotomía entre países desarrollados y subdesarrollados y en cambio sugiere un nuevo criterio de diferenciación, *la capacidad intrínseca de una sociedad para generar y absorber transformación en forma continua*. Su concepto de la «revolución de la modernización» no se ve limitado, entonces, sólo a las regiones subdesarrolladas, sino que se aplica a todos los países del mundo.

Halpern distingue tres grandes tipos de sociedades: tradicional, transicional y modernizante. Las sociedades *tradicionales* no se enfrentan continuamente con exigencias transformadoras del sistema, pero cuando así sucede «sólo son capaces de responder ya sea desintegrándose, o bien, creando un nuevo sistema cerrado». Por otra parte, las sociedades *transi-*

*Publicado por el Comité Interdisciplinario de Desarrollo Urbano (CIDU), como Documento de trabajo mimeografiado, Universidad Católica de Chile, Santiago, abril de 1967.

cionales se ven sujetas a cambios y exigencias estructurales liberadas por las fuerzas incontroladas de la modernización, pero son, o incapaces o carentes de la voluntad necesaria para enfrentarse eficazmente con estas fuerzas nuevas. Finalmente, las sociedades *modernizantes*, en contraste con las anteriores, han logrado esta voluntad y capacidad por parte de las autoridades políticas y continuamente tratan de integrar transformaciones estructurales en un sistema interdependiente, progresista y capaz de sobrevivir.

Chile, como se mostrará, ha completado con éxito una importante revolución social en este siglo: ha pasado irrevocablemente de una sociedad tradicional a una transicional, según los términos de Halpern. La fecha crítica en este cambio fue 1920, cuando Arturo Alessandri subió a la Presidencia; por supuesto, el proceso revolucionario ha continuado teniendo repercusiones hasta la actualidad. En el momento de escribir estas líneas, Chile bien puede estar al borde de un segundo momento crucial, esta vez es el paso a una sociedad modernizante. Podría decirse que el comienzo de este nuevo período coincide con la elección del Presidente Eduardo Frei en 1964, aunque todavía es incierto si esta segunda revolución podrá cumplirse plenamente.

La tesis de este estudio es que la hiperurbanización ha sido responsable en gran medida, no sólo de la transformación relativamente temprana de Chile en una sociedad transicional, sino también de los posteriores cambios políticos y económicos que condujeron a una importante crisis sociopolítica en la década de 1950 y llevaron al país al límite de una modernización incipiente a mediados de la década de 1960. Por consiguiente el énfasis de nuestra argumentación estará en el papel de la urbanización en la creciente discrepancia entre el desarrollo político y económico de Chile y en la «crisis de inclusión» resultante, cuya solución se enfrenta actualmente en una forma completamente nueva en la experiencia histórica de Chile.

Por falta de espacio, el estudio será necesariamente breve y sinóptico. Se establecerán las conclusiones en la forma de una serie de hipótesis interrelacionadas que deberán fomentar investigaciones más detalladas, no sólo acerca de la evolución histórica de Chile durante las últimas décadas, sino también, sobre una base comparativa, acerca de la evolución de otros países en relación con sus procesos de urbanización.

II. RAZONES DE LA HIPERURBANIZACIÓN

La primera interrogante que debemos contestar es cuáles han sido las causas de la hiperurbanización que ha tenido lugar en Chile: la segunda concierne a las consecuencias de este proceso para el desarrollo nacional. Como la hiperurbanización tiende a ser un proceso que se refuerza a sí

mismo, las dos interrogantes no son ajenas entre sí, pero por razones de exposición trataremos cada una de ellas separadamente.

Debemos buscar las causas de este flujo impresionante de población hacia las ciudades en la última parte del siglo diecinueve. La fuerte dependencia de la economía de la producción y exportación de minerales, especialmente nitratos durante el primer período, y cobre más tarde, dio un fuerte impulso inicial a la urbanización durante ese período. La transferencia de fondos provenientes de operaciones mineras a través de la hacienda pública, dio como resultado gastos enormes en obras públicas, con énfasis especial en Santiago y las principales ciudades portuarias del país.

Al mismo tiempo, la clase alta urbana enriquecida por la minería, la banca y el comercio, adoptó un estilo de vida suntuoso basado principalmente en importaciones de ultramar. Este estilo sentó el modelo no sólo para aquellas familias cuya riqueza se basaba fundamentalmente en la agricultura y que prefirieron las ventajas de vivir en la capital de la nación, sino que fue adoptado también, eventualmente, por la clase media urbana en formación. La ciudad ofrecía un marco agradable para una vida cómoda y mientras prosperara la minería, las importaciones continuaran sin restricciones y los grupos de menores ingresos no hicieran exigencias efectivas para una repartición justa de las ventajas y beneficios de la vida urbana, no había gran necesidad de preocuparse acerca del estado de la producción nacional.

Pero al fin esta exigencia tenía que producirse. El movimiento acelerado hacia las ciudades durante el curso del presente siglo se vio facilitado por la terminación del sistema de vías férreas Norte-Sur en 1914, una o dos décadas más tarde, por una mejor red nacional de caminos. Una vez que la ciudad se hizo accesible, los incentivos para que la creciente masa de población rural permaneciera en el campo, no fueron suficientes, especialmente después de 1940, época en que el aumento de mecanización en las faenas agrícolas desplazó a un gran número de obreros. Casi la mitad de la expansión urbana entre 1940 y 1952 halla su explicación sólo en esta migración.

Dos condiciones contribuyeron enormemente a que la población rural abandonara el campo; primeramente, en Chile a causa de la estructura de la propiedad, no ha existido una clase rural arraigada a la tierra por sentimiento y tradición cultural; la sociedad feudalista de Chile dependía principalmente de la mano de obra no-propietaria para la producción. En época ya tan tardía como 1960, el 71 por ciento de todas las familias rurales eran, o bien obreros no-propietarios, o bien pequeños productores quienes habitualmente trabajaban según convenios de participación en las cosechas, cuyo ingreso familiar anual promedio era de sólo E° 636 (aproximadamente 53 dólares al mes). Naturalmente, muchas de estas familias mantenían lazos personales con el patrón de la gran propiedad, pero ellos eran de dependencia y servidumbre y estaban asegurados principalmente por la ausencia de otras alternativas más atractivas. Más tar-

de, la ciudad que se había hecho accesible ofreció precisamente eso. Ciertamente los riesgos del traslado a la ciudad podían ser grandes, pero la promesa de un legítimo progreso en las oportunidades pesaba significativamente en la balanza.

El segundo factor debe encontrarse en las condiciones de vida extremadamente bajas de los obreros rurales. En todos los índices pertinentes —ingreso, dieta, vivienda, escuelas, salubridad— la clase rural de bajo ingreso se encuentra en los últimos peldaños de la escala social, y su situación está empeorando. Por más de un cuarto de siglo por lo menos, los ingresos reales de las áreas rurales de Chile han venido disminuyendo, tanto en términos absolutos como relativos. En 1964, por ejemplo, el salario oficial mínimo de los obreros rurales tenía sólo un 76 por ciento del poder adquisitivo del salario mínimo correspondiente a once años antes. Este empobrecimiento sistemático de las clases rurales se debió, primeramente, a una falta total de preocupación por el problema de parte de la oligarquía propietaria de la tierra, y luego a la falta de voluntad de los sectores de clase media para desafiar los intereses de la oligarquía de manera fundamental.

El proletariado rural era por lo tanto un sector olvidado de la población. No puede sorprender que muchos decidieran probar suerte en las ciudades, porque aun cuando las probabilidades de encontrar allí un trabajo medianamente bien remunerado fueran pocas, en el ambiente físicamente hermoso pero socialmente brutal del campo, no existía ninguna. En la ciudad podía inducirse al gobierno a proporcionar viviendas y escuelas; tarde o temprano tendría que aparecer alguna posibilidad de trabajo; las mujeres jóvenes de la familia podrían ser contratadas como sirvientas de alguna familia rica; los muchachos podrían tener suerte y encontrar un puesto de mensajero o dependiente en alguno de los ministerios con todos los privilegios garantizados para tales posiciones. En resumen, en la lotería de la vida, las probabilidades de alcanzar un cierto grado de éxito eran claramente mayores en la ciudad. Este punto de vista se ve apoyado por el hecho de que la migración de retorno a las áreas rurales ha sido relativamente insignificante; la gran mayoría de los inmigrantes a la ciudad permanece allí. Más aún, una vez que se han establecido, están en posición de ayudar a sus parientes y amigos para que los sigan: la migración es un proceso acumulativo.

Al concluir esta discusión de las razones de la hiperurbanización, debe mencionarse las nuevas regiones de colonización en el extremo sur del país. La provincia de Magallanes, por ejemplo, puede clasificarse como una región fronteriza de gran potencialidad de recursos, cuyo desarrollo, como sucede en otras partes del mundo, se basa principalmente en las ciudades.

Durante los últimos cuarenta años, las regiones fronterizas de Chile han tenido relativamente poca significación en cuanto al asentamiento de población rural.

Podemos ahora encarar la segunda interrogante. ¿Cuáles fueron los efectos del proceso de urbanización de Chile sobre el desarrollo nacional? Este examen deberá ser apresurado.

1. *Las clases media y obrera organizada obtuvieron temprano acceso al poder político.* Hasta 1920, Chile estuvo gobernado por una élite de grandes propietarios que operaba asociada con grandes grupos financieros, nacionales y extranjeros (la minería estaba en gran parte en manos de compañías extranjeras). Aun cuando todo pudiera haber parecido tranquilo en la superficie, la estructura tradicional estaba, de hecho, siendo minada gradualmente en sus cimientos. Bajo el impacto de la rápida urbanización, se estaba formando una nueva clase de profesionales, burócratas, empresarios y personal administrativo y de oficinas y todos ellos comenzaban a presionar para alcanzar una mejor situación en la escala económica y social, exigiendo influencia y poder. En 1920, aprovechando la ventaja de la crisis económica acausada por la Primera Guerra Mundial, los nuevos sectores medios se movieron para obtener el control del gobierno. La elección de Arturo Alessandri Palma a la Presidencia, en medio de las brillantes promesas de una nueva era, «tuvo todos los aspectos de una revolución social, aun cuando no fuera sangrienta. La mejor parte de la clase media hizo causa común con los obreros de la minería y de las fábricas para destronar a la aristocracia. Cuando el recuento de los votos no le dio una mayoría a Alessandri, el Senado conservador prudentemente decidió a favor de este hombre, que claramente era la elección popular». Chile había comenzado al fin a moverse hacia la era de transición.

Sin embargo, los nuevos sectores de clase media eran todavía numéricamente débiles. En 1920, probablemente representaban sólo un poco más del diez por ciento de la población total. Treinta años más tarde, habían doblado su fuerza relativa; y hacia 1960, se habían elevado hasta alcanzar un cuarto de la población total. Poco menos de la mitad de este número se concentraba en Santiago.

Estas cifras son significativas en dos aspectos. Primeramente, sugieren que aunque los sectores medios eran pequeños en relación a la población, de todos modos eran muy superiores numéricamente a la aristocracia terrateniente a quien habían reemplazado en la administración política de la nación. —La clase alta tradicional de Chile ha sido calculada en menos del uno por ciento de la población—. Por otra parte, los sectores medios tenían una base insuficiente para la movilidad y experiencia política. Si se proponían dominar, los políticos de la clase media tendrían que seguir un esquema cambiante de alianzas. Y una de sus primeras alianzas fue la clase obrera organizada.

La sindicalización del trabajador chileno ha avanzado lentamente. Incluso hoy día, sólo un doce por ciento de los aproximadamente tres millones y medio de hombres y mujeres de la población activa son miembros de sindicatos. Sin embargo, la representación política de la clase obrera era mucho más poderosa que lo que estas cifras habrían llevado a creer. Ya alrededor de 1938 —escasamente dieciocho años después de la primera elección del Presidente Alessandri— los partidos de izquierda se habían hecho suficientemente poderosos como para unirse con los radicales y establecer un gobierno de Frente Popular.

Por una diversidad de razones, esta coalición no duró mucho tiempo. Sin embargo, en la elección Presidencial de 1964 los partidos Marxistas combinados (FRAP) obtuvieron el 39 por ciento del voto nacional, y el componente urbano de este voto constituía el 70 por ciento de su fuerza total. La rápida urbanización había acelerado el ritmo de la participación eficaz de la clase trabajadora en la vida política de la nación.

La llegada de nuevos estratos sociales a la escena política condujo a una serie de importantes reformas nacionales. Lugar principal entre éstas ocupó la nueva Constitución de 1925 que estableció un fuerte sistema presidencial en Chile y logró la separación efectiva entre la Iglesia y el Estado. Siguieron otras reformas que en general aseguraron privilegios y derechos económicos a aquellos sectores urbanos que eran capaces de expresar y defender sus intereses con vigor. Los beneficios sociales resultantes fueron impresionantes, sin embargo aproximadamente de un 60 a un 80 por ciento de la población del país no participaba de ellos en una medida significativa.

Durante casi medio siglo, a partir del primer período de la administración Alessandri, la acción política de las clases media y obrera sirvió primordialmente como instrumento para promover sus intereses parciales. Esta tendencia a elevar los intereses de clase por encima de los de la nación como conjunto, así como el fracaso en desarrollar una ideología *nacional* persuasiva que trascendiera a los grupos y en desarrollar un sistema político correspondiente, hicieron extraordinariamente difícil mantener un rumbo constante hacia la modernización. La lucha fundamental era lograr seguridad individual, status social y una mayor participación en la riqueza total.

El esquema de acción política establecido con la elección de Alessandri fijó el modelo para las futuras décadas. Reducido a términos elementales consistió en lo siguiente: coaliciones de partidos que ayudarían a elegir un Presidente con carisma personal y fuerte atracción popular; sin embargo, una vez que él hubiera asumido el poder, los partidos retirarían su apoyo, las coaliciones se anularían y se dejaría que el Presidente promoviera el interés nacional como mejor pudiera, guiado casi exclusivamente por su intuición y sabiduría política. Aun cuando los

partidos ocasionalmente podrían votar en favor de la legislación popular, tendrían buen cuidado de no perjudicar los intereses de los grupos que representaban. Los radicales, por ejemplo, podrían aliarse con los comunistas para votar en favor de un enorme programa de obras públicas, pero votarían firmemente con los conservadores y liberales para oponerse a las alzas de impuestos.

De este modo fue como Chile evolucionó hacia «un sistema pluralista de negociaciones» en el cual, de acuerdo con Manfred Halpern, «los grupos dominantes formuladores de decisiones... comparten un amplio acuerdo respecto a la mantención y aun a la *modificación* del sistema, pero una oposición general a la *transformación* del sistema». Sin embargo, continúa Halpern, «el consenso construido sobre la asociación de intereses dominantes existentes bajo condiciones de gran escasez y creciente frustración, es probable que conceda un lugar inadecuado a las clases sociales de formación reciente, a los desarraigados. El regateo de intereses entre aquellos que ya poseen el poder y la influencia tiende a concentrarse en la distribución de los escasos recursos y en el refuerzo de las relaciones ya existentes, más que en el sacrificio de los intereses, de las creencias, valores y comportamientos acostumbrados, que es el precio inevitable de la transformación productiva en esta etapa del desarrollo». En Chile, este sistema continuó hasta la elección de 1964.

2. *El desarrollo económico fue retardado.* La hiperurbanización actuó directamente sobre el crecimiento económico, disminuyendo la propensión a ahorrar, desalentando la producción agrícola, y orientando los escasos recursos desde la inversión en actividades altamente productivas hacia aquéllas con una baja relación producto-capital. El efecto neto fue una disminución de la tasa de crecimiento económico.

Durante las últimas décadas, la tasa de aumento del producto nacional bruto per cápita en Chile ha permanecido extremadamente baja. Desde 1908 hasta 1927, creció en un 1,45 por ciento anual; desde 1927 hasta 1940, en 0,94 por ciento, y desde 1940 hasta 1957 en 0,96 por ciento. Durante los siete años siguientes, la proporción disminuyó a 0,8 por ciento, y en dos de estos años, la producción per cápita sufrió una disminución aun en términos absolutos.

Sería precipitado hacer cargar solamente a la hiperurbanización con la culpa de este hecho desalentador; sin embargo, las características peculiares de la urbanización en Chile, indican que le corresponde una buena proporción de la responsabilidad total.

Gran parte de la atracción de la política de las clases media y obrera residía en su objetivo de obtener mejoras inmediatas en los niveles de consumo y asegurar prestigio social para su variada clientela. Debe recordarse que los sectores de la clase media chilena no han tenido su origen ni en una tradición artesana preindustrial, ni tampoco en los

sectores manufactureros, sino en las ocupaciones burguesas, de «cuello blanco», de una sociedad hiperurbanizada, y que el interés principal de estos nuevos grupos ha sido conquistar los símbolos del status social que la aristocracia terrateniente se reservaba; de estos símbolos el aparentemente más asequible era el consumo conspicuo. Contrariamente a la experiencia europea, la temprana aparición de los sectores medios en la política y más tarde de los obreros urbanos organizados, no condujo a un aumento de los ahorros e inversiones. Nada podría haber estado más lejos de la mente de estos grupos que someterse a un aplazamiento de las recompensas inmediatas con el objeto de hacer posible un aumento de la producción. Y cuando en 1939 se lanzó finalmente un ambicioso programa industrial por el estrecho margen de un voto, la estrategia de «sustitución de bienes de consumo importados», se adoptó como asunto de rutina. La producción nacional de maquinaria y equipos no fue el principal objetivo, aun cuando era una alternativa posible.

La tendencia extraordinariamente baja a ahorrar estaba evidentemente justificada por un proceso inflacionario que alcanzó una tasa promedio anual de 18 por ciento en la década de 1940, y que se elevó a un espectacular 36 por ciento en la década siguiente.

En el hecho, la tasa real de formación de capital durante este período fluctuó entre el 8 y el 12 por ciento, lo que significa poco más de la mitad de la tasa correspondiente para América Latina en su totalidad. Y más de la mitad de esta inversión se destinaba a la reposición de plantas y equipos gastados o desechados.

Un segundo efecto económico de la hiperurbanización en Chile fue la falta de apoyo a la producción agropecuaria. El estancamiento se inició en 1930 y ha continuado desde entonces. La tendencia de la tasa de desarrollo a largo plazo en la agricultura ha sido menor que el aumento de la población y ha conducido a un brusco aumento del volumen de las importaciones agrícolas. Sólo entre 1949 y 1963 —en que llegaron a 64 millones de dólares— estas importaciones se triplicaron. Aunque se realizaron algunas inversiones, la proporción de adelanto en la eficiencia del sector agrícola después de 1930 fue sólo de un quinto a un décimo de la proporción equivalente en los Estados Unidos.

Las razones de esta deficiencia son variadas. Los sectores medios, que necesitaban cada cierto tiempo el apoyo conservador, no estaban dispuestos a hacer un ataque frontal a los problemas estructurales que afectaban a la agricultura chilena, proponiendo una reforma clara de la estructura agraria. Al mismo tiempo, reducían la ganancia de la producción agrícola y especialmente de la pecuaria, mediante políticas de precios y subsidios que favorecían sistemáticamente al consumidor urbano. La baja utilidad de las inversiones en la agricultura favorecían a su vez la fuga de capitales de este sector hacia empresas más ventajosas.

Finalmente, la hiperurbanización contribuyó a desviar grandes sumas de capital desde inversiones de relativamente alta productividad, hacia la expansión de la infraestructura social en servicios urbanos. El flujo masivo de inmigrantes hacia la ciudad obligó al gobierno a hacer inversiones en gran escala, cuya relación capital-producto era extremadamente baja. Además, la ubicación del gobierno en la mayor metrópolis del país, Santiago, convirtió al embellecimiento monumental del paisaje urbano en una alternativa bastante atractiva para el uso del capital. Suponiendo que las inversiones sociales urbanas representan el 30 por ciento de todas las inversiones y que la proporción de Chile de población urbana ha sido el doble del nivel «normal» en relación al ingreso per cápita, aproximadamente el 15 por ciento de los recursos disponibles de capital podrían haberse aplicado más productivamente. El efecto acumulativo de estos ahorros en la tasa nacional de crecimiento habría sido significativo.

3. *La política de «reajustes» ayudó a mantener la hiperinflación.* La inflación ha sido endémica en Chile durante casi un siglo. Pero la hiperinflación, con tasas anuales de más de 84 por ciento, se inició sólo en 1940, poco después que el gobierno del Frente Popular elevó todos los salarios en un 20 por ciento y bajo el estímulo de la Segunda Guerra Mundial intensificó el programa de industrialización del país.

Pocos temas de la historia económica de Chile han sido discutidos más acaloradamente que la alta tasa de la inflación persistente. Hay casi tantos autores como teorías que intentan explicar este desconcertante fenómeno. Sin embargo, es muy significativo el hecho de que la hiperinflación comenzó cuando Chile ya sufría las tensiones producidas por un serio quiebre entre los niveles de urbanización e ingreso per cápita. La hiperurbanización proporcionó el marco para la hiperinflación y muchos lazos causales relacionan a estos dos fenómenos.

En un cierto nivel de análisis —aunque de ningún modo el único pertinente— la inflación es producida por un desequilibrio crítico entre la oferta y la demanda. De acuerdo a lo expresado en las páginas precedentes, muchas de las condiciones que afectan a estas dos variables tuvieron una íntima conexión con el proceso de la hiperurbanización. Por el lado de la oferta, debe mencionarse el bajo índice de aumento de la producción total, la decadencia constante de la agricultura en relación con la población desde alrededor de 1930 y el programa de industrialización posterior a 1939, el cual al poner el énfasis en los bienes de consumo por encima de los bienes de producción con el objetivo principal de sustituir las importaciones de ultramar, resultó en bruscos aumentos de precios debidos a las medidas proteccionistas, a ineficiencias de la producción y a la situación monopólica de muchas de las empresas nuevas.

Por otro lado, a esta baja producción total de la economía se opuso una

demanda relativamente alta y persistente de bienes de consumo; como hemos tratado de sugerir, la alta tendencia a consumir que había sido el modelo tradicional de una pequeña élite financiera y propietaria de tierras, se vio agravada por la hiperurbanización, a medida que las nuevas clases adquirieron importancia y comenzaron a imitar la conducta de aquellos con mayores ingresos. El desinterés por ahorrar resultante, se reflejó entre otros, en la falta de voluntad de los grupos gobernantes para elevar sustancialmente el nivel de los impuestos y en particular, para modificar su estructura regresiva. Este desinterés, junto con las fluctuaciones del mercado mundial para la principal exportación chilena, el cobre, hicieron necesario financiar gran parte del programa de inversiones del gobierno mediante sucesivas emisiones inorgánicas de dinero.

Recordemos que un elemento importante de la inversión nacional eran las obras públicas necesarias para hacer frente a los requerimientos de una población urbana que aumentaba a un ritmo de cuatro por ciento anual.

Numerosos han sido los intentos que periódicamente se realizan para detener el ritmo de la inflación, sin embargo, a excepción de algunos esfuerzos exitosos aislados, que desgraciadamente no perduraron, la mayoría de ellos terminó en rotundo fracaso.

Uno de los principales motores que mantenían andando a la inflación y a veces aceleraban su precipitado ritmo, fue la *política de reajustes*. La incapacidad del gobierno para detener la inflación se debió en gran medida al desinterés de los sectores organizados de la población, para renunciar a la oportunidad de tratar periódicamente, mediante diferentes estrategias políticas, de mejorar su posición económica *en relación con la de otros grupos*.

El mecanismo funcionaba más o menos como sigue. Cada año, todos los grupos organizados hacían peticiones de reajustes de sueldos o salarios más o menos en relación con el aumento del índice de precios al consumidor durante los anteriores doce meses; obviamente algunos grupos tenían más éxito que otros en este juego. Así, aún cuando en 1941 se aprobó una ley que prescribía revisiones anuales del salario mínimo, los funcionarios públicos recibieron en 1952 el derecho a un reajuste automático de salarios. Más tarde sin embargo, este derecho fue revocado. Luego en 1965, los empleados del sector privado fueron favorecidos de modo similar por la legislación. Las armas principales de la lucha para obtener tratamiento diferencial en la rueda anual de reajustes, eran las huelgas y la especulación con los bienes de consumo. Ahora un grupo quedaba a la cabeza, luego el otro y una victoria asegurada este año podía convertirse en la base para las negociaciones del próximo año. Se mantenía así un alza continua de los precios, interrumpido de vez en cuando por una breve llamada al descanso y la recuperación; los beneficios en juego eran muchos y ningún grupo estaba

dispuesto a retirarse mientras viera alguna posibilidad de salir adelante. Por otro lado, sin el apoyo público global, ningún gobierno era suficientemente fuerte como para realizar un programa de restricción del consumo y de aumento de las inversiones. En Chile, la inflación desbocada se había convertido en una apreciada institución nacional. Sin embargo, como uno de los resultados principales de la política de reajustes ha sido una transferencia de los ingresos de los pobres hacia los más afortunados, de los grupos marginales de la sociedad hacia aquellos más capaces de defender sus intereses en la arena política, grandes grupos de la población no se sentían conformes con esta situación y comprendían que la inflación era para ellos una carga demasiado pesada. Ya se ha mencionado el efecto regresivo de la inflación en la mano de obra agrícola; un efecto similar —aunque más difícil de documentar— fue sufrido, sin duda, por el proletariado urbano.

4. *La aparición de un gran sector marginal de la población.* La expresión sectores marginales se refiere de hecho a los desheredados, a los pobres, a los que viven solos e indefensos en su miseria y que son »oprimidos desde arriba«. Ellos, en general, no tienen participación en los grupos dirigentes que operan teniendo en vista principalmente su propio beneficio; económicamente, carecen de los medios para vivir más allá del nivel de la mínima subsistencia; políticamente están excluidos de la mayor parte de las decisiones tocantes a su bienestar; culturalmente, una ancha brecha los separa de »los hijos de la luz«. Para decirlo en una frase que actualmente se oye a menudo en Chile, los pobres son los objetos de la historia y no sus sujetos.

Siempre han habido pobres, pero el reconocimiento del fenómeno de la marginalidad es algo nuevo. Nació, entre otras causas, con la importación masiva de pobreza que llegó del campo a los centros urbanos por vía de la migración y porque en la ciudad los pobres no sólo se hicieron *visibles* para los sectores dominantes, sino que también comenzaron a *exigir como derecho su participación en una sociedad que los incluyera como miembros* en propiedad. Esta exigencia histórica fue apoyada finalmente por una minoría entre los sectores medios que cultivaba una ideología profundamente democrática y de justicia social. Luego que se percibió la marginalidad en las ciudades, no pasó mucho tiempo antes de que se reconociera que también existía en las áreas rurales. Paradójicamente, la migración rural-urbana puede interpretarse como un esfuerzo por parte de una población premarginal, por adquirir el status marginal, y partiendo de esta precaria base exterior el sistema social predominante, ganar un punto de apoyo dentro de él. Sin embargo, desde el punto de vista de la historia, su movilidad ascendente ha sido excesivamente lenta.

Una razón importante de este hecho ha sido la incapacidad de la economía urbana para absorber la totalidad de la mano de obra recién

llegada en empleos productivos. Esta situación, generalizada a través de América Latina, ha sido especialmente grave en un país como Chile, donde la brecha entre la urbanización y el desarrollo económico ha venido aumentando constantemente durante décadas. De acuerdo con un estudio de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, «... como las oportunidades de empleo en sectores de alta productividad eran escasas, la mano de obra se vio obligada a trasladarse a empleos improductivos, mal pagados... Este proceso varió significativamente durante la década del cincuenta entre los diferentes países de América Latina. Así, los sectores más dinámicos absorbieron sólo un 18 por ciento del aumento de recursos humanos en Argentina, Chile y Uruguay, un 33 por ciento y un 31 por ciento en Brasil y México respectivamente, y un 29 por ciento en Venezuela.

Por lo tanto, muchos de los recién llegados a la ciudad no tenían otra elección que unirse a las filas de los cesantes, o a las diferentes formas de empleo marginal.

Cualesquiera sean las cifras que se usen, está claro que la marginalidad está presente en Chile en forma extensiva y que en cierta medida probablemente afecta a la mayoría de la población. También sabemos que fue la población marginal la que experimentó un deterioro constante del ingreso real, como resultado de la inflación y de la política regresiva de reajustes.

Si combinamos ahora las tres características fundamentales de una sociedad hiperurbanizada: una economía de crecimiento lento, miseria creciente, y expectativas cada vez más altas dentro del contexto de una ideología democrática que afirma el derecho de los sectores de bajos ingresos a una participación efectiva en la sociedad —debemos concluir que tarde o temprano debe sobrevenir una importante crisis sociopolítica. Esta crisis, a la cual llamaremos la *crisis de la inclusión*, enfrenta a la sociedad con el desafío radical de modernizarse a sí misma. En Chile, esta crisis se inició durante los últimos años de la década de 1940; actualmente ha alcanzado su etapa decisiva.

IV. LA CRISIS DE LA INCLUSIÓN

Para expresarlo muy simplemente, la crisis se produjo por una exigencia insistente de parte del ciudadano pobre urbano para sentarse también a la mesa del rico. Pero su exigencia no podía satisfacerse dentro de la estructura existente; la cantidad de alimentos y vinos no era suficiente si debía elevarse al doble el tamaño del festín. Lentamente la gente comenzó a comprender que la política de reajustes había alcanzado su límite inevitable en una economía estancada. La lección era perfectamente clara: la producción tenía que elevarse, pero esto significaría, al mismo tiempo, poner fin a la hiperinflación que era causa y efecto de la política

de reajustes y tendía a reforzar la preferencia social tradicional por el consumo antes que por la inversión.

Pero aprender una lección y actuar de acuerdo con ella exige una entrega emocional, y la voluntad de cambiar no era todavía suficientemente fuerte. Era claramente imposible exigir un sacrificio importante a cada uno de los grupos en competencia, a menos que los sacrificios se ajustaran adecuadamente dentro de un marco inclusivo de justicia social y de una ideología integral de nacionalismo y desarrollo. Desde fines de la década de 1940, un gobierno tras otro había tratado de controlar la inflación y había fracasado.

La hiperurbanización había aumentado la conciencia de clase hasta el punto de producir clases cada vez más amargadas entre los campesinos, los obreros, los diversos sectores de la clase media, y los grupos de más alto nivel socioeconómico. Aumentó el número de demostraciones callejeras y de huelgas; las posiciones intelectuales giraron hacia la izquierda, y los partidos marxistas lograron aumentos sorprendentes de apoyo popular.

La crisis de la inclusión no sólo creó una inquietud general y extendió un clima de incertidumbre por el país, condujo también a una desintegración acelerada de la tradicional estructura de autoridad que hasta ese momento había sido una importante fuerza integradora de la cultura nacional.

Algunas pautas relativas al uso de los medios de comunicación de masas en Santiago de Chile*

En cierto sentido —debido principalmente a barreras culturales— este estudio constituyó un experimento en investigación intercultural. Tal como Herbert L. Mathews escribiera recientemente, »respecto a América Latina no hay expertos; sólo hay grados de ignorancia«. Sin embargo, el autor norteamericano del presente trabajo tenía la ventaja de haber adquirido previamente un conjunto de imágenes razonablemente diferenciadas, acerca de las distintas repúblicas latinoamericanas. En otras palabras, no confundió a Chile con sus países vecinos e intuyó los problemas de comprensión internacional involucrados en los consejos de algunos de sus amigos, que antes de su partida le previnieron que »no bebiera demasiado *tequila*«.

Felizmente, mucho se había avanzado en Chile en cuanto al empleo de los métodos de investigación social, de modo que los autores aprovecharon esta experiencia acumulada. Por ejemplo, ellos sabían que la dueña de casa norteamericana de clase media y relativamente instruida, es una buena entrevistadora en un survey social en su país y que en Chile la dueña de casa no siempre está preparada para esta tarea.

Otro aspecto »experimental« de la aventura, fue el hecho de que estábamos trabajando con *conceptos* derivados de investigaciones sobre comunicación de masas, que podían o no tener validez para Chile: liderazgo de opinión a nivel de grupo de iguales; tendencia del público que utiliza un determinado medio de comunicación de masas, a usar los otros (»overlapping audiencias«); autoselección y otras nociones incorporadas a la mayor parte de nuestro modo de pensar actual sobre los medios de comunicación de masas en los Estados Unidos.

En la tarea de aprender a desempeñar el papel de científico social en Chile, el autor norteamericano se benefició de su conocimiento del castellano y del hecho de poder trabajar en un centro chileno de investigación ya

*Publicado originalmente en inglés en la revista *Journalism Quarterly*, Vol. 41, N° 2 y en español en edición a mimeógrafo por el Instituto de Sociología de la Universidad de Chile, Santiago, sin fecha.

establecido. Esto dio al proyecto un grado de legitimidad, difícil de lograr de otro modo.

EXTENSION DEL ESTUDIO

Entrevistamos una muestra de probabilidad compuesta de 452 santiaguinos sobre sus hábitos relativos al uso de los medios de comunicación y sus opiniones sobre distintas materias, de las cuales examinaremos sólo algunas en este artículo. El survey social tuvo lugar en enero de 1963.

CHILE Y LA DISPONIBILIDAD DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN

A la fecha del estudio, los santiaguinos disponían de 11 diarios. Tres de éstos (el diario más grande —el matutino *El Mercurio*— y dos vespertinos) son de propiedad de la aristocrática familia Edwards, que ha tratado de ofrecer a su público un amplio y variado material de lectura, no obstante que su propia posición política ha sido conservadora. Los otros diarios matutinos comprendían: uno, que era el vocero oficial del Gobierno; otro, que reflejaba puntos de vistas de la Iglesia Católica; un tabloide de centro; otro tabloide, sensacionalista, de posición izquierdizante; y *El Siglo*, matutino francamente comunista. El otro diario de la mañana, como su correspondiente vespertino, era un periódico que apoyaba al Gobierno de Alessandri, aunque su contenido era notablemente sensacionalista. El vespertino restante, aunque sensacionalista en su contenido e izquierdista en su orientación política, publicaba regularmente artículos de destacados intelectuales de izquierda.

Chile posee numerosas radioemisoras y la posesión de radiorreceptores está muy extendida. En Santiago solamente había 24 emisoras de onda larga a comienzos de 1963. Está pendiente en Chile la autorización gubernativa para desarrollar la televisión comercial; sin embargo, cuando este artículo fue escrito, Santiago tenía sólo dos canales de televisión, uno operado por la Universidad de Chile y otro por la Universidad Católica.

Existe un número importante de revistas de interés general y altamente especializadas. Entre ellas, se cuentan dos semanarios retrograbados que destacan noticias, pero que también incluyen otras materias; una revista sobre temas generales llamada *Zig-Zag*, que publica asimismo noticias y fotografías de acontecimientos sociales, y periódicos dedicados a campos tales como materias económicas, hípica, deportes (en un país totalmente deportivo), «confidencias» y a otras áreas de interés femenino. Existen publicaciones especializadas que adoptan una posición política particular —como ser la del Partido Demócrata Cristiano. *Vistazo*, un semanario comunista, está bien escrito y es ampliamente leído. Una revista humorística *Pingüino*, y una publicación notablemente incisiva de sátira política, *Topaze*, tienen también apreciable circulación.

ALGUNAS PAUTAS DE CONDUCTA RESPECTO A
LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

En esta sección presentamos algunas estadísticas descriptivas generales que son productos adicionales de nuestra investigación más general. Por ejemplo, 9 de cada 10 de nuestros entrevistados tenían un receptor de radio en sus casas, y cerca de la mitad de aquellos que no poseían radiorreceptores declararon que escuchaban con cierta regularidad en receptores pertenecientes a otras personas. El tiempo que los entrevistados señalaron con más frecuencia como destinado a escuchar radio fue de tres horas al día. Del total de personas que escuchaban radio, las tres cuartas partes dijeron haber oído programas el día anterior a la entrevista, y tres cuartos de estos últimos indicaron que en tal ocasión escuchaban noticias radiales —en promedio, dos de tales programas (no se realizaron entrevistas los días lunes; en consecuencia, el «día anterior» equivalió siempre a un día de trabajo). En ninguna de las preguntas relativas a la radio hubo diferencias según el sexo de los entrevistados.

Aun cuando el 86 por ciento de los hombres y mujeres alfabetos de la muestra indicaron que habitualmente leían un diario, solamente la mitad de estos varones y alrededor de los dos tercios de estas mujeres declararon haber leído un diario el día anterior a la entrevista (Esto no es una sorpresa, por cuanto algunos santiaguinos sólo leen diarios los días domingos). *El Mercurio*, el diario más extenso de Santiago, resultó ser el más popular entre personas de ambos sexos, y el tabloide matutino izquierdista *Clarín*, diario muy sensacionalista, resultó serlo para ambos en segundo lugar, en tanto que *La Tercera*, de posición de centro (también tabloide, pero más concentrado en tópicos políticos y otros temas serios), fue elegida en tercer lugar. Debe destacarse que la lectura de noticias deportivas declaradas por ambos sexos fue esencialmente la misma. Treinta y ocho por ciento de los hombres y cuarenta y uno por ciento de las mujeres dijeron que habitualmente leían las páginas deportivas.

La mayoría de nuestros entrevistados, hombres y mujeres (56%) habían visto televisión en alguna oportunidad. La mayor parte de ellos habían visto televisión más de dos veces pero en menos de diez ocasiones. Dado que sólo el tres por ciento de las personas entrevistadas tenían receptores de televisión en sus hogares, resultó de escaso valor una pregunta destinada a conocer los beneficios que ellas percibían de la televisión. Sin embargo, se formularon preguntas similares a aquellos que no tenían televisión en sus hogares. En primer lugar, se les preguntó si, en caso de ganar un receptor de televisión en una rifa, lo venderían o lo conservarían. Luego, al 74 por ciento de los individuos que dijeron que lo conservarían, se formuló una nueva pregunta sobre los beneficios que la persona pensaba le traería la posesión de ese receptor en su hogar. Aunque las respuestas más frecuentes (46% para ambos sexos) tuvieron que ver con valores y aspectos generales relativos al entretenimiento, es digno de destacar que alrededor

de un tercio de las mujeres y un cuarto de los hombres se refirieron específicamente a los beneficios educativos y culturales que les reportaría la posesión de un televisor (Como ya se ha dicho, los dos canales de televisión de Santiago son operados por las Universidades). Una de cada 9 mujeres específicamente declaró creer que la televisión sería beneficiosa para sus hijos, y uno de cada 7 hombres manifestó que otra ventaja de un receptor de televisión sería la de hacer innecesario ir al cine.

En una serie de preguntas que se formuló a los entrevistados respecto a la relativa imparcialidad y veracidad del reportaje de radios y periódicos sobre seis sucesos noticiosos destacados, la radio resultó claramente vencedora en todos los cómputos y en ambos sexos. Los seis sucesos en cuestión fueron los siguientes: una gran huelga de obreros industriales; el bloqueo a Cuba en octubre de 1962; el viaje del Presidente Alessandri a los Estados Unidos; las controversias sobre los impuestos a las grandes compañías del cobre; la continua inflación en Chile, y los discursos del líder izquierdista, senador Allende.

62 por ciento de los hombres y 61 por ciento de las mujeres indicaron que iban al cine, ocasionalmente al menos, y la frecuencia promedio de asistencia señalada por ellos fue de dos o tres veces al mes. Quienes visitan Santiago quedan impresionados por las largas hileras de personas que esperan entrar a los cines céntricos, como asimismo por ser la asistencia al cine una forma relativamente barata de diversión y, quizás, de escapar a las difíciles condiciones de vida.

Las películas norteamericanas fueron las más populares entre nuestros entrevistados, quienes citaron en segundo lugar las mexicanas; las películas italianas y francesas también fueron objeto de numerosas menciones. México constituye para Chile la fuente principal de películas en idioma español. Las películas norteamericanas vienen con títulos en español sin doblajes de sonido. Nos sorprendió algo descubrir que el 56 por ciento de los asistentes al cine dijeran que creían que las películas que vieron reflejaban fielmente la vida cotidiana de los países de procedencia. La misma opinión general fue expresada por personas de ambos sexos y de todos los niveles socioeconómicos.

57 por ciento de los varones entrevistados y 51 por ciento de las mujeres se autclasificaron como lectores de libros, y uno de cada siete dijo haber estado leyendo un libro el día anterior a la entrevista. Los lectores de libros, de ambos sexos, informaron haber leído un promedio de cinco o seis libros durante el año anterior. La lectura de revistas resultó, naturalmente, estar mucho más extendida; tres de cada cinco hombres y mujeres se clasificaron a sí mismos como lectores de revistas, y alrededor de una cuarta parte de ellos dijeron haber leído una revista «el día anterior».

Un resultado digno de mención fue que la muestra de Santiago presentó en gran medida la misma pauta de *audiencias traslapadas* (overlapping audiences) que ha sido encontrada en estudios en otros países. Es decir, la exposición a un medio de comunicación tendía a estar correlacionada

con la exposición a otros medios. Por ejemplo, dos tercios de los lectores de diarios indicaron que iban al cine y leían revistas, mientras que la misma afirmación fue hecha sólo por un tercio de los que no leían diarios. La magnitud de las relaciones entre utilización de los cinco medios de comunicación (radio, diarios, revistas, libros, cine), según fue estimada mediante coeficientes de correlación tetracórica, fluctuó de 20 (revistas vs. radio) a 43 (radios vs. diarios), con un valor modal de alrededor de 4. La correlación escuchar radio y no haber visto jamás televisión fue —como se podría haber predicho— mayor, alcanzó a .58.

Los datos de Santiago no mostraron ninguna pauta de escala acumulativa del tipo descubierto por Deutschmann y Fals Borda en su estudio sobre hábitos relativos al empleo de medios de comunicación en la aldea andina de Saucio, Colombia.

Entre los entrevistados hombres y mujeres por igual, el uso de los cinco medios de comunicación resultó altamente correlacionado con el índice de status socioeconómico de nueve variables de los autores. Un resumen de la información relativa al empleo de los medios de comunicación de masas, según nivel socioeconómico, aparece en el Cuadro 1.

Cuadro 1

INFORMACION RESUMIDA RELATIVA AL USO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS EN SANTIAGO DE CHILE

Porcentajes que declaran, según el Índice de Status Socioeconómico

<i>Casos que declaran:</i>	<i>Bajo la Mediana</i>	<i>Sobre la Mediana</i>
Leer diarios	77%	94%
Leer revistas	55	70
Escuchar radio habitualmente	84	95
Leer libros de vez en cuando	42	68
Haber visto un programa de TV	40	71
Asistir al cine	45	79
<i>Casos que declararon haber empleado un medio de comunicación «ayer»</i>		
Diarios	41	61
Revistas	19	29
Radio	63	77
Noticias radiales	44	62
Libros	8	20
Cine	5	9

NOTA. Los tamaños de las muestras son de 214 casos bajo la mediana, 238 casos sobre la mediana para los cines y la radio; 190 y 237 para medios de comunicación impresos (se excluyó a los analfabetos). Cada pregunta general sobre el empleo de los medios de comunicación precedió a la pregunta correspondiente para averiguar el uso de estos medios el día anterior («ayer»).

Todas las diferencias (mediante Chi-cuadrado $g. de 1. = 1$ son significativas al nivel de .001, excepto para las revistas leídas el día anterior ($p .05$), uso general de revistas ($p. .01$, véase más adelante) y asistencia al cine el día anterior ($p .05$).

Las relaciones entre el status socioeconómico y el uso de los medios de comunicación son esencialmente las mismas para hombres y mujeres, excepto en el caso del uso general de revistas, donde fueron sólo las mujeres quienes contribuyeron a determinar la relación obtenida. Dos tercios del total de hombres de ambos grupos socioeconómicos se autclasificaron como lectores de revistas, en tanto que entre las mujeres los porcentajes de los niveles »bajo« y »alto« fueron de 48 y 71. Esta última diferencia es significativa al nivel de .001.

PUNTAJES DE »OPINIONISMO« Y SUS CONCOMITANTES

En relación con nuestro estudio sobre las actitudes de los chilenos frente a una diversidad de individuos y símbolos políticos, desarrollamos una medida a la que llamamos puntaje de »opinionismo«. Este puntaje indicó, simplemente, el número de veces que la persona realmente expresó una opinión, en vez de responder »no sé«.

Habíamos temido que un número sustancial de entrevistados se considerarían incapacitados para pronunciarse sobre asuntos tan delicados, como el señalar si el Presidente Alessandri estaba realizando una buena labor, o en qué medida las compañías cupríferas norteamericanas estaban trabajando por los intereses de Chile. Sin embargo, hubo una disposición general en la gente para opinar sobre estas materias. Esto se repitió incluso cuando se examinó a la población estudiada de acuerdo a una amplia gama de características demográficas.

Los puntajes promedio de »opinionismo« fueron esencialmente los mismos para hombres y mujeres y no hallamos la relación que habíamos anticipado entre la disposición para expresar opiniones y las distintas medidas de exposición a los medios de comunicación de masas. Vale decir, si la persona había escuchado noticias radiales el día anterior, si había leído el diario en la víspera, el número de medios de comunicación a que estuvo expuesto el día anterior, el diario que particularmente leía con regularidad y su tendencia a declarar haber leído en su diario, las »noticias de peso«.

Habíamos predicho que la educación estaría positivamente correlacionada con »opinionismo«, pero no fue así. Sin embargo, el analfabetismo se correlacionó positivamente con el grado en que se expresaron opiniones ($p .02$). Por otra parte, estuvimos acertados al predecir que la edad —manteniendo constante la educación— podría ser un predictor de »opinionismo«. Específicamente, pensábamos que los valores que la cultura chilena adscribe a la edad madura conduciría a una situación en

la cual los entrevistados de más edad estarían más dispuestos a expresar sus puntos de vista que los jóvenes. En realidad, había una relación pequeña, pero estadísticamente significativa entre edad y »opinionismo« (p .02). Más del 50 por ciento de los entrevistados mayores de 40 años expresaron opiniones sobre la mitad o más de los temas que se les presentaron para conocer sus actitudes, en tanto que los jóvenes lo hicieron respecto a dos de cada cinco. La relación tuvo la misma forma en los grupos de alta y baja educación, pero fue más pronunciada entre los entrevistados con educación secundaria o estudios superiores a ese nivel.

Las clases sociales bajas de Chile no son, en caso alguno, serviles o tímidas. Mucho se ha escrito, en realidad, sobre el llamado »roto chileno«, quien, al encarar la desgracia, la pobreza y las oscuras perspectivas para el futuro, muestra gran presencia de ánimo e incluso atrevimiento. Por esta razón, formulamos la hipótesis que la clase social no sería un buen predictor del grado en que la gente expresa opiniones. Esto se confirmó. Hubo sólo una tendencia muy leve en las personas clasificadas en la parte superior de la jerarquía social, a expresar más puntos de vista que los individuos situados más abajo en la estructura social (la clase social fue estimada por el entrevistador. Este procedimiento resultó estar altamente correlacionado con otros indicadores más objetivos de este mismo fenómeno). Del mismo modo, una estimación más compleja del status socioeconómico, basada en nueve variables, fracasó también en predecir puntajes de »opinionismo«.

Como se señalará más adelante, un esfuerzo para usar la técnica de autodesignación para identificar a los líderes de opinión en el área de los asuntos de interés público, constituyó una empresa arriesgada dentro del proyecto total. De nuestros 90 líderes autodesignados, el 94% por ciento tuvo un puntaje »alto« en »opinionismo«, mientras que, de los no líderes, el 77 por ciento obtuvo puntajes similares. Así, aquellos entrevistados que sostuvieron que se les había pedido consejo en relación con algún tópico noticioso de actualidad, estaban más dispuestos que otros a dar opiniones durante la entrevista.

LIDERAZGO DE OPINIÓN

Uno de los resultados generales más interesantes relativos a las comunicaciones de masas en la sociedad norteamericana es el hecho que estos medios parecen tener muchos de sus efectos —cuando tales efectos existen— a través de la influencia intermedia de los líderes de opinión. Estos líderes de opinión —que actúan dentro de los grupos primarios o de relación directa con los cuales están vinculados— ejercen influencia sobre sus integrantes y muestran, al mismo tiempo, algunas evidencias de que hacen un mayor uso del contenido de los medios de comunicación de masas que los otros miembros.

En nuestra investigación en Santiago, dimos un primer paso para averiguar si existían en Chile dentro de los «grupos de iguales», líderes en la esfera de los asuntos de interés público. Examinar, al mismo tiempo, en qué medida sus antecedentes y funciones podrían ser comparados con los de aquellas personas que ocupan iguales posiciones de influencia en la sociedad norteamericana. Teníamos algunas razones para sospechar que este fenómeno general podría darse en Chile, en vista de la importancia que se supone tienen la familia extensa y los grupos primarios en este país y por la inclinación de los chilenos a discutir los asuntos públicos y políticos dentro de tales grupos. Por esta razón, utilizamos la conocida técnica de autodesignación para ubicar líderes de opinión, y estudiamos el grado en que los resultados de esta forma de medición se relacionaban con variables tales como educación, ocupación, edad, sexo y pautas de uso de los medios de comunicación.

La medida en cuestión fue una ya utilizada en varias investigaciones en los Estados Unidos: se preguntó al entrevistado si recientemente se le habían pedido sus opiniones a propósito de las noticias del día o problemas públicos actuales.

Una forma sumaria de describir las características demográficas de los líderes en comparación con aquéllas de los no líderes, sería la de decir que ellos se encuentran en todas las categorías sociales y que son predominantemente varones. Las pautas de conducta de la cultura chilena son tales, que se espera que los hombres —cualquiera que sea su clase o rango social— hablen con conocimiento de causa sobre asuntos políticos cuando interactúan con otros miembros del grupo primario del cual forman parte, especialmente grupos formados por otros varones y a menudo miembros de la «familia extensa».

En el caso de las mujeres, la obligación de opinar sobre asuntos de actualidad es menos clara. Por esto, nosotros habíamos predicho que menos mujeres que hombres «cumplirían los requisitos» de líderes de opinión. Esto se confirmó. Aproximadamente uno de cada tres hombres de la muestra declaró que recientemente se le habían pedido consejos sobre asuntos de actualidad, en tanto que una de cada siete mujeres ($p .001$) declaró esta misma situación. (Desde luego, debe tenerse presente que la edad mínima de nuestros entrevistados de ambos sexos, era de 15 años).

Entre hombres y mujeres por igual, no hubo una relación estadísticamente significativa entre: 1) la calidad de líder de opinión medida mediante la autoidentificación como una fuente de opiniones 2) ingresos, clase social (medida por autoidentificación), educación, ocupación y status socioeconómico medido por un índice de nueve variables.

Líderes y no líderes no mostraron diferencias en cuanto a edad —sin tener en cuenta el sexo. Esto último constituye un resultado interesante, dado que los entrevistados de mayor edad —controlándose la variable educación— estaban más dispuestos que los jóvenes a expresar sus opiniones en temas de actualidad en el curso de la entrevista. Esto po-

dríamos explicarlo suponiendo que los santiaguinos, en sus diferentes grupos de edades, se asocian con personas de su misma edad para conversar y tal vez influir en ellas. Esto resulta más verosímil dado que todos nuestros entrevistados, cualquiera que hubiera sido su edad, fueron visitados por los mismos entrevistadores.

Tal como podría haberse esperado, cuatro de cada cinco líderes de opinión y sólo la tercera parte de los restantes entrevistados señalaron que habían tenido otras conversaciones en días »recientes«, sobre temas escuchados en la radio o leídos en diarios o revistas. El 61 por ciento de los entrevistados que afirmaron esto, dijeron que la conversación tuvo como tema algo que habían escuchado en la radio, mientras que sólo el 37 por ciento indicó que la fuente habían sido los diarios. ¿Cuál fue el tema de esas conversaciones? En más de la mitad de los casos, la respuesta se refirió al alza de los precios y otros problemas económicos (Chile estaba y está sufriendo serios problemas inflacionarios). Los deportes y la política interna fueron los tópicos que siguieron en importancia.

Fue en el área del uso de los medios de comunicación de masas que los datos respecto a líderes y no líderes no coincidieron con nuestras predicciones. Los resultados de las investigaciones en Estados Unidos sugieren que los líderes de opinión en asuntos públicos muestran generalmente una mayor receptividad al contenido noticioso de los medios de comunicación y que tienen la tendencia a hacer más uso de libros y revistas. Entre los líderes de opinión de la muestra, tanto hombres como mujeres, se incluyeron más personas que habían escuchado noticias radiales el día anterior a la entrevista, que entre los no líderes; sin embargo, las diferencias fueron pequeñas y no alcanzaron significación estadística (la mitad o más de los entrevistados de cada uno de los cuatro grupos —hombres y mujeres líderes y no líderes— dijeron haber escuchado noticias radiales el día anterior a las entrevistas realizadas entre los días martes y domingos). Tanto líderes como no líderes de ambos sexos tendieron a confiar en la radio como su principal fuente de noticias: aproximadamente una de cada cuatro personas mencionó los diarios, en tanto que tres de cada cuatro citaron la radio.

Los varones líderes y no líderes no mostraron diferencias cuando se les preguntó si leían un diario; sin embargo, la lectura de diarios declarada por las mujeres fue realmente un poco mayor entre las no líderes que entre las líderes. Líderes y no líderes no mostraron diferencias en sus respuestas a un índice de lectura del contenido de »noticias de peso« de los diarios. No obstante, un índice del interés por leer el contenido menos serio (deportes, entretenimiento, anuncios, tiras cómicas, noticias policiales, columnas de avisos, notas sociales) produjo un resultado diferente. Una cuarta parte de los líderes varones se situaron sobre la mediana de este índice, en tanto que la mitad de los no líderes se ubicaron sobre esa medida (una diferencia significativa al nivel de .02). Considerando el número de ítem de interés femenino contenidos en este índice, se

predijo que las mujeres líderes y no líderes mostrarían pautas de aceptación similares en sus respuestas. Los resultados confirmaron esta predicción.

Cuando preguntamos qué deberían hacer los diarios de Santiago para servir mejor a la comunidad, sólo el 8 por ciento de los líderes de opinión dio respuestas »no sé«, en comparación con un tercio de los no líderes (p .001). La recomendación más importante fue la misma en ambos grupos: que la prensa debería ser veraz, más objetiva. Segunda en frecuencia relativa fue que la prensa debería ser menos sensacionalista. La principal crítica a la radio fue que incluía demasiada propaganda comercial.

Es punto de vista del autor norteamericano del presente trabajo que, mientras la mayoría de los periódicos metropolitanos en Chile tienden a ser parciales al cubrir y presentar sus noticias, la información radial está relativamente ceñida a los hechos. Con todo, los líderes de opinión de ambos sexos se mostraron menos dispuestos que los no líderes a reconocerle a las noticias radiales mayor veracidad e imparcialidad de la que atribuyeron a la prensa diaria. Este tipo de resultado, así como otro que señala que los no líderes y líderes no diferían significativamente en el uso que declararon hacer de libros y revistas, indican la necesidad de ulteriores análisis que tomen en cuenta las diferencias cualitativas de cada diario, revista u otro medio utilizado por ambos grupos. Por otra parte, se hace evidente la necesidad de revisar la técnica de autodesignación para ubicar los líderes de opinión. Los autores esperan comprobar la validez de este procedimiento en otra investigación, interrogando a aquellas personas a quienes el »líder« dice haber aconsejado.

La clase alta chilena*

Entiéndese aquí por *clase alta chilena* un agregado de 319 grupos de parentesco, de tamaño variable, escogido de acuerdo con criterios especificados más adelante. Presumiblemente, el término »clase alta« en cualquier país latinoamericano sugiere la gran propiedad rural como base, tradiciones aristocráticas de familia (abolengo), así como un poder económico y político que permitiría un grado de control casi ilimitado sobre el aparato institucional de la nación.

El término *clase social*, aplicado a este sector de la sociedad chilena, implica características de permeabilidad, pues la clase, en oposición a la casta, es *abierta* por definición, permitiendo en determinadas circunstancias el ingreso de individuos y grupos que no le pertenecen por nacimiento. *Esta implicación es la hipótesis que será examinada en este trabajo.* Sé que va contra ciertas generalizaciones sobre la estructura social de la América Latina, generalizaciones esas que culminan en la afirmación de rigidez o impermeabilidad. Usase con frecuencia la palabra *casta* para caracterizar la composición de determinadas estructuras sociales como la de Guatemala, por ejemplo, donde las relaciones entre ladinos e indios estarían determinadas por el hecho de que pertenecen a castas diferentes. Sin entrar a discutir este u otros casos, quiero apuntar que, en base a la evidencia empírica acumulada hasta ahora no se puede considerar seriamente ninguna generalización sobre »la« estructura social de América Latina. En cuanto a Chile, mantengo la hipótesis de que la clase alta fue, y continúa siendo, permeable y que, debido a esa permeabilidad, ella logró sobrevivir sin perder su identidad social y cultural.

La estructura del pueblo chileno presenta ciertos caracteres que facilitan la tarea aquí propuesta. Sobre todo, Chile es uno de los países más centralizados de América Latina. Todas las decisiones políticas y económicas de importancia son tomadas en Santiago, siendo virtualmente nula la autonomía de los gobiernos provinciales y departamentales.

Ausentistas en la gran mayoría de los casos, los grandes terratenientes mantienen casa en la capital donde ejercen actividades profesionales o políticas (o ambas) que los vinculan a la vida urbana. Así, con pocas excepciones, los miembros de la hipotética clase alta residen en Santiago, frecuentan las mismas escuelas, clubes, iglesias, se conocen mutuamente y mantienen un círculo connubial capaz de infringir las sanciones con

*Publicado en portugués en la revista »América Latina«, Río de Janeiro, abril-junio de 1967, pp. 42-51.

que defienden las barreras entre ellos y los demás estratos sociales. Las pocas familias de clase alta que residen en las provincias son conocidas al punto de no haber dudas acerca de su posición social: si prefirieran vivir en la capital, serían aceptadas en pie de igualdad. En forma creciente, muchas de ellas están emparentadas con familias residentes en Santiago.

Un examen sucinto de los antecedentes históricos de la hipotética clase alta muestra que el criterio de descendencia (abolengo) no se aplicó con una consistencia suficiente para asegurar exclusividad y la continuidad ininterrumpida de los linajes constituyentes. Los primeros españoles llegados al territorio chileno provenían, en su mayoría, de Extremadura o Andalucía, al paso que la minoría se componía de castellanos. Eran los terceros o cuartos hijos de familias nobles; otros, hijos segundos de familias nobles »segundones« y los restantes consistían en »hidalgos«, esto es, individuos que no tenían ascendientes moros o judíos. A estos pobladores se otorgaron »encomiendas«, constituyéndose la primera »aristocracia terrateniente«. Aparentemente, los extremeños y andaluces estaban acostumbrados a un estilo de vida que excedía sus recursos, pues dentro de pocas generaciones empobrecieron y se sumergieron en la masa del pueblo. Los castellanos, en cambio, supieron conservar sus propiedades.

A comienzos del siglo XVIII llegaron los vascos. Como la corona les había concedido privilegios de nobleza en la Edad Media, considerábanse aristócratas. La mayoría de los recién llegados no estaba desprovista de recursos pecuniarios y protegidos por la Corona de España, desempeñarán altos cargos en la administración pública. De manera creciente, muchos se dedicaron al comercio y como eran de hábitos sobrios y comedidos comenzaron a adquirir las tierras de los extremeños y andaluces arruinados. Asociáronse a los castellanos formando lo que el historiador Francisco Encina llama la »aristocracia castellano-vasca«. Tres cuartos de los nombres asociados a la lucha por la independencia de Chile provienen de familias vascas. El descenso social de los andaluces y los extremeños y el ascenso de los vascos a la posición de »aristocracia terrateniente« constituyen las primeras soluciones de continuidad en la composición social de la clase alta chilena. Otras seguirán a menudo a partir de la Independencia, acabando por constituir lo que se podría llamar un padrón de permeabilidad.

«A mediados del siglo XIX» escribe el historiador Frederick B. Pike, »una clase nueva, cuya riqueza se basaba en el comercio, en la industria, en las actividades bancarias y sobre todo en la minería, estaba ocupando posiciones de importancia social y política antes reservadas a propietarios de tierras cuyos linajes se remontaban a los tiempos coloniales. Agustín Edwards Ossandón, Gregorio Ossa, Tomás Gallo y, especialmente, el magnate del carbón y salitre Matías Cousiño, fueron los primeros representantes eminentes de la nueva clase. En 1857 la aristocracia agraria tradicional sufrió un serio golpe con la abolición de los *mayorazgos*

(más o menos equivalente a una combinación de primogenitura y vinculación de bienes) facilitando la redistribución de las grandes propiedades rurales. Sobre todo, una crisis entre 1858 y 1860 causó una baja desastrosa en el valor de las tierras agrícolas, empobreciendo a muchos representantes del orden tradicional y permitiendo que los nuevos ricos adquiriesen tierras y, de esta manera, prestigio y aceptación social«.

Con el fin de compilar una relación de familias pertenecientes a la clase alta chilena se consultaron la *Guía social de Santiago* (1954), la *Memoria del Club de Golf Los Leones* (1958) y el *Diccionario Biográfico de Chile* (1958). De este escrutinio resultó una relación de 319 nombres que fueron aprobados por dos reconocidos especialistas en genealogía de las familias chilenas.

La gran mayoría de estos nombres representa más de una familia nuclear. En cuarenta y cuatro casos es »numeroso« el grupo de familias que usan el mismo apellido, y catorce de ellos se refieren a grupos clasificados como »muy numerosos«. Desgraciadamente no fue posible determinar el número exacto de familias nucleares, representada por cada apellido incluido en nuestra relación.

Entre los 319 apellidos hay 101, un 31,6%, pertenecientes a familias vascas, cuyos fundadores emigraron en el siglo XVIII. 56 de estas estirpes fueron clasificadas como »numerosas« o »muy numerosas«. En otras palabras de las 58 parentelas incluidas en esas dos categorías, 56 representan apellidos vascos. En cuanto a las demás familias que aparecen en la relación, figuran aquéllas cuyos fundadores llegaron antes del siglo XVIII, familias de provincia radicadas ahora en la capital, *nombres asociados a la clase alta por matrimonio, extranjeros e hijos de extranjeros*.

Se debe atribuir especial importancia a estas dos últimas categorías, pues implican acceso a la clase superior a través del matrimonio o tal vez, por otras vías. De hecho, 42,3% de todos los nombres se refieren a individuos que lograron acceso a esa clase social por matrimonio. Entre ellos, los apellidos que no eran españoles pudieron ser identificados con relativa facilidad, y un examen cuidadoso de la relación reveló que 80, es decir un 26,5% del total, eran apellidos ingleses, alemanes, italianos, franceses, eslavos y judíos. Con excepción de algunos extranjeros radicados en Chile y aceptados como miembros de la clase alta, los portadores de apellidos no españoles son los descendientes de inmigrantes que en el pasado se integraron a la clase alta a través del matrimonio.

A esta altura tal vez sea oportuno decir que las investigaciones históricas corroboran de una manera general los datos aquí presentados. »A mediados del siglo XIX, Chile mostraba una notable tolerancia ante la introducción de sangre nueva en la élite social. Más impresionante aun es que, en la última parte del siglo, la clase alta estaba llena de nombres extranjeros cuyos abuelos habían llegado al país en el período de la inde-

pendencia. Del Reino Unido habían venido pobladores con los nombres de Ross, Edwards, Lyon, Walker, McClure, Garland, Mac-Iver, Jackson, Brown, Price, Phillips, Waddington, Blest, Simpson, Eastman, Budge, Page y otros; de Francia vinieron las familias Cousiño, Subercaseaux, y Rogers, al paso que de áreas germánicas y eslavas llegaron los Piwonka y Konig. Un examen de enciclopedias biográficas chilenas, de cuadros o socios de organizaciones de élite, tales como el *Club de la Unión* o de la nómina de los fundadores de la Bolsa de Valores, o una investigación de los nombres ilustres en la diplomacia, en la política y en las bellas artes, revela la preeminencia que esos nombres gozaron desde la segunda parte del siglo hasta los tiempos presentes. Factor conspicuo en este desenvolvimiento fue la »preferencia bastante conocida« de la clase dominante chilena por casar a sus hijos con inmigrantes de buena situación y con los descendientes de éstos« (Pike).

Comprobada la permeabilidad de la clase alta chilena, falta determinar los criterios que controlan el proceso de reclutamiento de nuevos miembros. Todos nuestros informantes afirmaron unánimemente que la aceptación o rechazo de un individuo dependía de atributos personales y no de cualidades étnicas o nacionales. La amplia variedad de apellidos no-españoles, corrobora hasta cierto punto esa afirmación. Con todo, los informantes también admitieron que a los individuos de origen árabe, cualesquiera que fuesen sus atributos personales, se les vedaba el ingreso a la clase alta. Agregaron que uno de los clubes tradicionales, otorga un baluarte aristocrático, y perdió esa distinción porque, debido a la necesidad de mantener una sede suntuosa en el centro de la capital, había admitido en el cuadro de socios »unos turcos muy ricos«. La discriminación practicada contra las familias de origen árabe, entre las cuales se encuentran algunas de las mayores fortunas de Chile, parece comprobar la afirmación de Ralph Beals de que »clase social y clase económica está lejos de significar una misma cosa en América Latina«. Volveremos sobre este asunto más adelante.

Examinado el problema del matrimonio como canal de acceso a la clase alta, averiguamos que es la mujer y no el hombre quien transmite su posición social al cónyuge y a los hijos. Un hombre de clase alta que se casa con una joven de clase considerada inferior, baja automáticamente en la escala social, perdiendo su posición anterior. Por otro lado, mujeres de clase alta casadas con hombres que corresponden a las expectativas de la clase alta, sin pertenecer a ella, transmiten su posición social al marido y a los hijos. Nuestros informantes manifestaron que la mujer es el centro de gravitación de la casa; es ella quien frecuentemente recibe parientes y amigos, educa a los hijos y supervigila la administración del hogar. En torno a la casa se desarrolla un intrincado complejo de relaciones sociales, a través de las cuales se transmiten los padrones de comportamiento considerados característicos de la clase alta. No se concibe que, sin haber pasado por una serie de iniciaciones, una mujer pueda adquirir la peri-

cia social necesaria para desempeñar con éxito las funciones que simbolizan el status social y las tradiciones de familia.

Son también las mujeres las que deciden, en última instancia, si un hombre deseoso de formar parte de la clase alta es aceptable o no. Por grande que sea la fortuna de un hombre, ella sola no le asegura admisión a una clase que tiene muchos miembros empobrecidos. Es indispensable, no obstante, que tenga una buena educación, preferentemente universitaria, que tenga modales »finos« y »talento«, pero sobre todo que sea de »buena apariencia« y »simpático«. Si posee esas cualidades y sabe insinuarse en la confianza de las señoras, los hogares, los clubes y demás organizaciones informales se le abren y, si es soltero, podrá vincularse a la clase alta por matrimonio.

La existencia de una tradición de permeabilidad que viene desde los tiempos coloniales hasta nuestros días, no se concilia con las características de casta. En el caso chileno, la incorporación de un número considerable de individuos de variada procedencia cultural, dotados de iniciativas y probablemente de habilidades, escasas en una sociedad agraria, debe haber sido provechosa a la clase alta como medio de perpetuar su capacidad de mantenerse en posición dominante durante tanto tiempo. La infusión de elementos culturales diferentes y heterogéncos contrapesó la rutina y estancamiento inherentes a estructuras sociales agrarias.

¿Cuáles son las características que constituyen la identidad de la clase alta chilena? La respuesta puede resumirse en una especie de modelo que, no obstante sus rasgos tipológicos, fue abstraído de la realidad. Es un modelo en el sentido de incorporar una serie de rasgos cuasi ideales en términos de la tradicional escala de valores de la clase alta.

Eduardo V. pertenece a un linaje antiguo de la »aristocracia terrateniente«. Está casado con una señora de origen semejante al suyo. Heredó una hacienda de más de mil hectáreas de buena tierra, que cultiva con técnicas agrícolas modernas. Cría ganado holandés, llegando a poseer ochenta y tantas vacas lecheras que proporcionan materia prima para la fabricación de queso en la propia hacienda. Además tiene crianza de aves »Leghorn« en gran escala bajo la vigilancia de un veterinario especializado y empleado exclusivamente en ello. Con todo, la hacienda es escenario de extraños contrastes en que la tecnología moderna choca con las supervivencias del pasado feudal. Los inquilinos habitan en casas bien construidas y provistas de luz eléctrica —una rareza en predios de ese tipo— pero los salarios pagados al personal son tan bajos como los de muchas otras haciendas, y la jerarquía de empleados encargados de supervigilarse unos a otros es tan compleja y numerosa como la de otras haciendas. Los inquilinos mandan a sus hijos a una escuela amplia y bien provista mantenida por la hacienda; una visitadora social atiende las necesidades de los trabajadores y sus familias, mas éstos, como otros prefieren llevar sus problemas al dueño de la hacienda, y Eduardo V. desempeña el papel de dispensador paternal de favores y consejos con tanta naturali-

dad como sus antepasados del siglo anterior, revelando la supervivencia de un sistema de lealtades feudales en extraño contraste con las modernizaciones realizadas en la hacienda. Esta, por otra parte, exhibe los símbolos convencionales que una o dos generaciones atrás llegaron a significar «aristocracia terrateniente». La casa grande está situada en medio de un parque plantado exclusivamente con especies de árboles importados desde varias partes del mundo, y cuyas alamedas están flanqueadas con estatuas de marmol blanco. Casa y parque evocan naturalmente la Francia aristocrática de otros tiempos y las colecciones de revistas y libros franceses que llenan los estantes del salón de recepción, refuerzan esa impresión. La mayor parte del año la casa permanece desocupada. La familia V. naturalmente reside en Santiago, donde posee casa «aristocrática» de estilo neoclásico «francés», situada en una calle tradicional del centro. Eduardo V. es licenciado en leyes, católico practicante y miembro de la Cámara de Diputados, representando al Partido Conservador. Naturalmente es socio del Club Los Leones, y sus hijos frecuentan colegios tradicionales.

Casi es innecesario agregar que no todos los miembros de la clase alta chilena pueden enorgullecerse de tantas credenciales para continuar una tradición «aristocrática». No obstante, todos, ricos o empobrecidos, viven en áreas residenciales de Santiago consideradas exclusivas, pero que ahora comparten con numerosas familias de clase media en proceso de ascenso social. La hacienda o latifundio, antaño símbolo máximo de pretensión aristocrática, ya no constituye *conditio sine qua non*. Solamente en 161, es decir un 50,5% de todas las familias de nuestra lista, la propiedad agraria conserva todavía su significado tradicional.

Si bien un miembro de la clase alta puede no ser terrateniente, es necesario, sin embargo, que tenga una educación secundaria o universitaria concordante con su *status* social. El concepto de educación «correcta» excluye, categóricamente, los liceos públicos. Entre los numerosos colegios particulares solamente unos pocos satisfacen las exigencias de la clase alta, y éstos pueden ascender o descender en la escala social de acuerdo a su política de admisión. Por ejemplo, dos liceos que hasta 1920, más o menos, fueron aceptables a la clase alta pasaron a ser colegios de clase media. Los colegios «correctos» mantienen su posición social cobrando tarifas elevadas, pero ayudan a las familias empobrecidas concediéndoles descuentos considerables. Además, hay instituciones como el Apostolado Escolar que distribuye unas cuarenta becas a familias de clase alta incapaces de pagar las matrículas regulares. Este mecanismo de asistencia procura evidentemente desempeñar la función de prevenir la caída social de las familias empobrecidas. 307 nombres de nuestra lista vienen acompañados de indicaciones referentes al tipo de educación secundaria «correcta». Los restantes hicieron sus estudios en el extranjero. Por otra parte, en 162 casos, que representan el 50,5% del

total hay uno o más individuos formados en derecho, medicina, ingeniería, arquitectura, agronomía o ciencias sociales.

La expresión más significativa de los cambios ocurridos en el simbolismo atribuido a las actividades económicas se encuentra en el número de familias en que hay comerciantes, banqueros e industriales. Son 260 es decir el 81,5% del total de los grupos de parentesco, en que hay representantes de tales profesiones. En vista de estos hechos, parece anacrónica la designación de »aristocracia terrateniente«, que aún se usa de vez en cuando con referencia a la clase alta chilena.

Por regla general, la afiliación política de una persona se encuadra en la tradición de familia, siendo bastante conocida la preferencia de la clase alta por los partidos Conservador y Liberal. Pero los cambios ocurridos en la estructura política del país, especialmente el ascenso de partidos tales como el Radical y el Demócrata Cristiano, impusieron a la clase alta un problema de redefinición de valores tradicionales. Comprendiendo la amenaza implícita en esas modificaciones, la clase alta acabó por reconocer la respetabilidad social de esos partidos, franqueándolos a sus miembros, algunos de los cuales —pese a todo— llegaron a ser elegidos o nombrados para cargos administrativos, como candidatos de los partidos arriba mencionados. La flexibilidad estructural de esos partidos, desdoblados en »izquierda« »centro« y »derecha« posibilita la participación de personas que siguen, como los cinco líderes radicales, todos ricos y dueños de grandes haciendas, una orientación derechista.

Entre los nombres incluidos en la lista se encuentran 66 (20,7% del total) que ocuparon cargos políticos de intendentes, regidores, diputados, senadores, directores de partido y presidentes de la República. Por extraordinario que parezca, tres de los presidentes chilenos, elegidos durante los veinte años de gobiernos izquierdistas, pertenecieron a la clase alta. Aunque sea posible a un miembro de esta clase asumir la presidencia en coalición con personas y grupos de posición social considerada inferior, sin correr el riesgo de perder su propia posición, la ascensión de un individuo de clase media a la presidencia de la República no implica admisión a la clase alta. En las tres últimas décadas se eligieron tres presidentes chilenos cuyos apellidos no figuran en nuestra lista.

La administración pública, incluyendo el servicio diplomático, atrae relativamente a pocos miembros de la clase alta. Solamente 37 familias (11,6% del total) tienen miembros en esa profesión. Algunos de nuestros informantes afirmaron que veinte años de gobierno de izquierda ofrecieron pocas oportunidades de participar en los niveles elevados de la administración pública. Expresaron además que tales cargos son considerados mal remunerados, y un grupo de individuos que está »ayudando« (como dicen) al Presidente en calidad de ministros y embajadores, lo hace con »grandes sacrificios pecuniarios« y solamente porque el prestigio de Chile en el exterior requiere »personas de buenas maneras«.

El Club de Golf Los Leones, es el baluarte por excelencia de la clase

alta. 216 nombres de la nómina (67,7% del total) figuran entre sus socios, pero todos los portadores de los apellidos que figuran en la lista podrían ser socios si quisiesen. Las cuotas son elevadas y, como es de suponer, algunas familias no pueden pagarlas. No obstante, se invita a muchas de ellas para formar parte del cuadro de socios honorarios o especiales, pues el Club los considera elementos deseables. La falta de recursos no constituye una barrera para quien pertenece ya a la clase alta, pero la capacidad de pagar las cuotas no remueve las barreras para quien no es aceptable socialmente.

En asociaciones formales, la solidaridad de la clase alta encuentra medios de acción conjunta. Las clases sociales en sí son agrupamientos relativamente amorfos, sin capacidad de acción propia. A fin de actuar, necesitan de organización específica y a la vez especializada en sus funciones sociales. El Club Los Leones sirve, entre otras cosas, como palco de estreno a los que aspiran a ser socios. Convidados como huéspedes de algún socio tutelar se les ofrece la oportunidad para demostrar sus cualidades y así justificar la posible aceptación o rechazo.

Tradicionalmente, la clase alta chilena es católica y, por regla general, mientras más antigua es la familia, más observantes tienden a ser sus miembros. Con todo, durante los últimos veinte años más o menos, los casos de rompimiento con la tradición católica han sido cada vez más frecuentes, y casi todos son atribuibles a problemas matrimoniales. La anulación del matrimonio civil y la subsecuente celebración de un nuevo matrimonio, contrario naturalmente a las normas de la Iglesia, llegó a ser práctica tan común que suscitó críticas en la prensa. La ley chilena no conoce el divorcio legal sino solamente la anulación, la cual consiguen los cónyuges alegando haber sido casados en un registro civil fuera de su distrito residencial. Como en general ese argumento no pasa de ser una burla, el proceso requiere de testigos falsos y abogados inescrupulosos, pero, una vez declarada la nulidad, nada impide a los cónyuges contraer nuevas nupcias. Naturalmente la Iglesia no las reconoce y los colegios católicos no aceptan los hijos de estos matrimonios. Los conflictos así originados envuelven a familias de la clase alta, pues las familias más católicas dejan de recibir en sus casas a los miembros de ellas que anularon su matrimonio y volvieron a casarse, desafiando las sanciones de la Iglesia. Es difícil pronosticar los efectos que la gradual institucionalización de ésta o de cualquiera otra práctica semejante, pueda tener sobre la estructura de clase.

Como se puede inferir de este análisis sucinto, la clase superior chilena mantiene su identidad apegándose no a unos pocos criterios de diferenciación, sino a una combinación de muchos que alcanza, en el caso modelo, su máxima expresión. Tomado por sí solo, ningún criterio parece insustituible, con la posible excepción del requisito educacional. El criterio de linaje puede ser compensado por cualidades personales, posiciones elevadas en la vida política, en la industria, en el comercio o en la banca; el ejercicio de profesiones liberales y el control de grandes propiedades

agrícolas son equivalentes y se substituyen mutuamente; la clase, como un todo, conservó un grado de flexibilidad suficiente para absorber los cambios sociales inevitables, y éstos, a su vez, contribuyeron a perpetuar la posición de poder que la clase consiguió retener.

Repetidas veces, nuestros informantes señalaron que muchas familias de la clase alta perdieron sus fortunas durante la crisis económica de 1930, y que por otra parte las fortunas existentes no alcanzaban en ningún caso las proporciones que se consideraban características de las clases altas de otros países. Es posible que sea así, pero cualquiera que sea la riqueza controlada por un miembro de esta clase, falta saber *como* consigue retenerla.

Los hechos presentados aquí solamente se refieren al sector agrario de la clase alta. La conservación de grandes propiedades rurales en manos de familias de esa clase se logró, en parte a lo menos, por la manipulación del sistema de crédito instituido por el Estado, para fomentar el desarrollo económico, »El gobierno chileno trató, escribe Ernesto Feder, a través de la organización de un sistema controlado de crédito para el desarrollo de impulsar la agricultura del país para alcanzar niveles más elevados de actividad. En general, el crédito agrícola tiene tres objetivos principales: ayudar a financiar los gastos ordinarios de operación, costear a los agricultores la adquisición de equipo-capital y mejorar el capital invertido, así como la elevación del nivel de vida de la población rural«. Es el Departamento Agrícola del Banco del Estado quien concede tales préstamos. Examinando cuidadosamente la ejecución del programa de crédito agrícola, Feder descubrió que »los agricultores con los mayores capitales líquidos, determinados según sus propias declaraciones al Banco, disfrutaban de amplias y claras ventajas sobre aquellos clientes que tienen capitales líquidos menores. Estas ventajas son triples: obtienen la aprobación de sus solicitudes de préstamo en proporción mayor, casi independientemente del tipo de crédito o del fin para el cual es solicitado; obtienen, en segundo lugar, una buena porción —incluso una parte excesiva— de los fondos totales disponibles; en tercer lugar, se ven favorecidos por el Banco bajo la forma de un gran número de préstamos repetidos, de modo tal que los nuevos préstamos se aprueban a medida que vencen los préstamos anteriores y, de esta manera, algunos comodatarios obtuvieron para sí la separación de un fondo giratorio para la operación de su hacienda, al paso que los agricultores menores tienen que hacer esfuerzos considerables para la aprobación de créditos aislados«. En 1957, por ejemplo, »los nueve mayores propietarios de tierras, todos con un capital líquido que pasaba de 100 millones de pesos, recibieron más del 37% de los préstamos concedidos«.

Interpretando estos hechos en términos sociológicos, Feder expresa: »pero los clientes del Banco también parecen pertenecer a un grupo relativamente reducido de personas prominentes en un sentido social, político y profesional, que fueron clientes por largo tiempo, sin ser

agricultores en el sentido tradicional. Para ellos, la propiedad agrícola es apenas una cuestión de prestigio y un refugio contra la inflación. La restricción de los servicios del Banco a la capa superior de los agricultores chilenos probablemente no fue la intención de los fundadores de la Caja Agraria o del Departamento Agrícola, surgiendo probablemente, a medida que se acentuaron la posición monopolística del Banco y las presiones inflacionarias«.

Se desconocen las genealogías de las familias beneficiadas por la concesión de «créditos de desarrollo» siendo más que probable que algunas de ellas no forman parte de la «aristocracia terrateniente» sino de una nueva clase en proceso de ascenso social. La vanguardia de ese grupo de personas que hicieron fortuna en el comercio y en la industria está, de hecho, rivalizando con la clase alta tradicional, invirtiendo capital en la adquisición de grandes propiedades rurales y ejerciendo una presión creciente sobre las instituciones que hasta ahora servían de barreras sociales. Las posibilidades de franquear esas barreras mejoran a medida que los «nuevos ricos» consiguen asimilarse al estilo de vida de la clase alta. Familias provistas de un origen étnico diferente, por ejemplo, tendrán mejores posibilidades de ascender, a medida que se pierden las características culturales que las identifican con la sociedad de origen (árabe, armenia, japonesa, etc.) Por otro lado, es improbable que las familias empobrecidas de la tradicional clase alta puedan mantener su posición indefinidamente, a no ser que consigan mejorar su situación económica. De acuerdo a los hechos presentados aquí, sería un error concebir a la clase alta chilena en términos de una rigidez estructural. Si no fue casta en el pasado, es sumamente improbable que venga a serlo en el futuro, especialmente si las experiencias del pasado enseñan que la permeabilidad selectiva es una condición de supervivencia *como clase*.

Crítica de una tesis tradicional*

Nuestro trabajo debe progresar en el sentido de que los sectores medios comprendan que sus intereses sustanciales son opuestos a los de la derecha... el objetivo debe ser reducir la derecha al apoyo exclusivo de los sectores oligárquicos y latifundistas...

Del informe del PDC sobre «Una vía no capitalista de desarrollo».

Suscrita por una parte, seguramente mayoritaria, de la democracia cristiana, la tesis del epígrafe es, en sus términos generales, compartida por casi todos los grupos no-derechistas. Podrían encontrarse excepciones entre los socialistas y los afiliados a la izquierda más jacobina, pero en estos casos parece claro que no se ha llegado a un esquema social alternativo bien definido. El llamado «frente de trabajadores», por ejemplo, apenas sugiere otra modalidad de «corte horizontal», que dejaría fuera de una coalición popular a un fragmento no escarmenado de la clase o grupos medios. Algo similar ocurre con quienes se pronuncian por la «línea cubana», bien perfilada en sus aspectos tácticos en los escritos de Debray, pero cuyas exigencias o implicaciones sociológicas y políticas generales todavía reclaman una formulación correspondiente y satisfactoria.

El propósito de estas líneas es intentar un análisis crítico de la tesis reproducida, que, a nuestro juicio, está «pasada de moda», no se complace con los cambios experimentados por la estructura económica y la social en los últimos decenios y constituye, a la postre, una rémora para dilucidar la estrategia y tácticas adecuadas del movimiento popular en éste y en otros países latinoamericanos de nivel semejante de desarrollo.

RAÍCES HISTÓRICAS DE LA TESIS

Parece evidente que la proposición discutida se deriva de la visión original marxista sobre la dicotomía fundamental de una sociedad capitalista, esto es, la división entre «explotados» y «explotadores», determinada en lo esencial por la colocación respecto a la propiedad de los medios de producción y, en consecuencia, del origen de sus ingresos: la plusvalía

*Publicado con el pseudónimo de Lautaro como suplemento de la revista *Punto Final* N° 49, Santiago, 27 de febrero de 1968.

o la fuerza de trabajo. Claro está que ese enfoque no ignoraba la existencia de otros grupos »intermedios« (pequeños propietarios agrícolas, empresarios independientes —la pequeña burguesía, en general), pero o los consideraba secundarios en relación a las categorías y antagonismo centrales o suponía que, con el tiempo, tenderían a »proletarizarse«.

En su línea gruesa y desde un ángulo estrictamente económico, el desenvolvimiento del capitalismo en los países »centrales«, no desautorizó la perspectiva marxista. La concentración empresarial ha acelerado su marcha; los propietarios independientes han disminuido absoluta y/o relativamente; la difusión del dominio de los medios de producción no ha tenido lugar —como alguna vez se sostuvo en el folklore del »capitalismo popular«.

Sin embargo, en el plano sociológico, no aconteció la polarización que debía o podía haber sido contrapartida del fenómeno anterior. Lejos de eso. Por un lado, *nuevos* grupos intermedios, prohijados por el mismo desarrollo capitalista, crecieron más rápidamente que cualquier otra fracción del cuerpo social. Por el otro, en lugar de agudizarse el conflicto entre proletarios y propietarios, explotados y explotadores, segmentos más o menos importantes de la clase obrera se »conservatizaron« al nivel político y redujeron su antagonismo al plano de la mera disputa por la distribución del ingreso. Ni siquiera países con fuertes contingentes comunistas, como Francia e Italia, son una excepción al respecto —aunque esto no significa que se trata de un fenómeno definitivo o irreversible.

En el hecho, pues, y parafraseando un aforismo marxista bien conocido, hechos de la »existencia social« no se reflejaron en la forma prevista en la »conciencia social«. Aunque asalariados en cuanto a colocación económica en la comunidad, amplios grupos se plegaron al statu quo en lugar de enfrentarse con él.

No es el momento ni la oportunidad para cavilar sobre el asunto, que incide, sin duda, sobre uno de los campos más provocativos y menos explorados del enfoque marxista: las relaciones entre »infra« y »super« estructuras, a la vez que cabe en el complejo análisis de la »alienación«. Importa en cambio preguntarse cómo se ha manifestado el fenómeno en países dependientes o »periféricos«.

EL CASO CHILENO

Tomemos como referencia Chile. La sociedad chilena de los albores de la Independencia es meridianamente dicotómica. »Arriba« o »encima« hay una pequeña cúpula de terratenientes y pocos adláteres urbanos; »debajo«, la gran masa laboriosa, constituida en un ochenta o más por ciento por campesinos sometidos a relaciones con fuertes vestigios señoriales. El estrato medio, primordialmente urbano, es pequeño y sin mayor gravitación, —como lo es, todavía, en algunos de los países más rezagados de América Latina.

El crecimiento »hacia afuera«, la entrada plena al modelo primario-exportador, modificó sustancialmente tanto la estructura productiva como la social. Varios movimientos o cambios principales son discernibles. Uno de ellos es en el sentido »horizontal« y se caracteriza por el desplazamiento rural-urbano-minero, que involucra una diversificación del universo asalariado. Va disminuyendo progresivamente la representación de los trabajadores del campo y acrecentándose la del artesanado urbano, el operariado del transporte (portuarios, ferroviarios) y, sobre todo, el proletariado minero (carbón, cobre, plata, salitre). »Encima« sucede algo similar: en el núcleo dominante, afincado de preferencia en el dominio de la tierra, comienzan a hacerse presentes otros miembros: empresarios mineros, comerciantes ligados al tráfico exterior y en menor medida al interno, »financistas«, un incipiente empresariado manufacturero (de escaso peso en el establecimiento oligárquico) profesionales, altos funcionarios y empleados, etc. Estos nuevos socios, en gran medida, provienen de los clanes tradicionales, pero no pocos han llegado del extranjero y algunos han partido »desde abajo«. Hay, pues, en este último aspecto del proceso, alguna manifestación de movilidad »vertical«.

Sin embargo, el más representativo de los *cambios* en el sentido vertical es el que redundó en el incremento y diversificación de los grupos intermedios. En parte, este fenómeno es la consecuencia directa de la dilatación del sistema económico y de la creciente urbanización, que exigen nuevas tareas y funciones »no-manuales«. Pero en Chile, con acento muy especial, resalta otro factor básico: el crecimiento y la dimensión absoluta del aparato público. Siendo extranjeros, en lo principal, los dueños del sector exportador (cosa que no sucede en otros países, como los sudamericanos del Atlántico), compete a los gobiernos substraer y repartir cuota importante del excedente creado en esa área de mayor productividad. De este modo se establece un patrón peculiar de ocupación e ingresos, en el que pasa a amplificar el estrato o clase media una buena parte de los adscritos, directa o indirectamente, al gasto fiscal.

OLIGARCAS Y RADICALES

Este bosquejo tosco de los sucedido más o menos hasta los años 20 de este siglo, exige algunos perfilamientos.

Desde luego, conviene dejar en claro que la preseñalada diversificación del núcleo dominante no implicó, como han creído algunos historiadores, la aparición de una burguesía »a la europea« destinada a enfrentarse con la oligarquía tradicional. Los nuevos miembros del club rector podían estar »fuera« socialmente y ser ajenos (»siúuticos« o de »medio pelo«) a las »cincuenta familias«. Sin embargo —y aparte de que muchos »cambiaban de pelo« en el proceso, la verdad es que antiguos y nuevos componentes del esquema oligárquico estaban comprometidos e

identificados con la economía primario-exportadora. No hubo, pues, conflicto substancial entre »terratenientes feudales« y capitalistas o »burguesía nacional«. El dinamismo del sector exportador hasta la Primera Guerra Mundial sirvió para disolver los roces y mantener la solidaridad básica de la clase propietaria y sus acólitos.

También es útil, por lo que habrá de escribirse más adelante, extender este análisis a la aparición del partido Radical, que habitualmente se asocia con el desarrollo de la »clase media«. En los hechos, su ficha de nacimiento sociológica es bastante más compleja —y esto vale también para su composición presente.

Hay tres vertientes muy nítidas en el origen y la evolución radicales. Una es la asentada en el complejo minero-agrícola del Norte Chico; la segunda, aquella que proviene de las actividades agrícolas-urbanas situadas al sur de la zona céntrica tradicional, en breve, de Chillán-Concepción hacia el sur. La tercera, el contingente »pequeño-burgués« que se radica y crece de preferencia en los mayores núcleos urbanos, vinculado al sector público, a los servicios de »cuello blanco« y a las profesiones liberales.

Las dos primeras fuentes constituyeron, en lo principal, extensiones del sistema oligárquico, diferenciadas socialmente, hasta cierto punto, pero solidarias, como se anotó antes, con el modelo económico. De allí que las luchas entre las facciones dominantes se dieran al nivel de las querrelas religiosas e institucionales y no en el plano de las politicocómicas. En este último a pesar de los matices, todos comulgaban y a menudo los »progresistas« resultaron más retardatarios y »alienados« que los propios pelucones.

El otro segmento, el »pequeño-burgués«, aunque hipotéticamente distinto y hasta antagonístico con las dos primeras bases sociales del partido, en la práctica fue la »carne de cañón« del movimiento y sólo vendrá a adquirir alguna gravitación mucho tiempo después —aunque nunca llegue a tomar el timón. De todos modos, salvo la trizadura que lleva a la formación del partido demócrata, la composición heterogénea no es obstáculo para que se mantenga la unidad partidaria. ¿Cuáles son los intereses comunes que se sobreponen a las diferencias tan visibles entre esos grupos? Es difícil encontrar respuestas satisfactorias, pero la especulación no es ociosa porque el problema sigue planteándose hasta hoy. Una hipótesis podría ser que la »masa« radical, aunque sin acceso efectivo al poder, veía en la máquina del partido un canal de promoción social y económica; un instrumento relativamente eficaz para substraer del sistema las migajas de la dilatación exportadora. Otra y complementaria de la anterior, es que la contradicción interna era sobrepasada por la »externa«, esto es, la que oponía al radicalismo como un todo, con el establecimiento tradicional, aunque también esta segunda, por lo dicho antes, no revestía un carácter antagónico.

Para cerrar esta parte es necesario dar una ojeada sumaria a las proyecciones del cambio en la estructura social sobre el ejercicio político.

PROYECCIONES POLÍTICAS

Los perfiles y momentos claves son manifiestos. En una primera fase es casi completo el predominio de la «vieja» oligarquía, tanto más cuando Portales consigue imponer la tutela del poder civil sobre el aparato y los caudillos civiles. En una segunda, que corresponde a la diversificación antes comentada del grupo rector, el monolitismo del poder pelucón deja paso a las combinaciones y querellas intestinas de lo que Edwards llamó «la fronda aristocrática». En una tercera, ya hacia fines del siglo pasado, la disgregación oligárquica lleva a algunas facciones a entenderse con el emergente radicalismo, que deviene otro de los engranajes del esquema político. En una cuarta, las dislocaciones económicas que acompañan y siguen a la Primera Guerra Mundial hacen ingresar por primera vez como un factor significativo en el juego político a la masa popular y a la clase obrera. A éstas corresponde darle soporte electoral al «reformismo derechista» que representan la filial alessandrista de la oligarquía y el radicalismo. En una quinta y tras la fugaz reversión que significa la caída de Arturo Alessandri, la incorporación de las Fuerzas Armadas, vía Ibañez, consuma el desplazamiento del clan tradicional desde su posición-eje en el cuadro político. Es cierto que la segunda administración Alessandri vuelve atrás el reloj, pero se trata apenas del «canto del cisne», que será cancelado por los acontecimientos de 1938 (antifascismo, frente popular, Segunda Guerra Mundial) y por la cristalización de un nuevo sistema de poder, más afín con las transformaciones de las estructuras económica y social que han tenido lugar.

Podría seguirse con provecho la evolución de las transformaciones que nos interesan desde aquel viraje que marca la depresión mundial de 1929-32, pero ello excedería nuestras posibilidades en cuanto a conocimientos y tiempo. Vamos, pues, a seguir otro camino, que es el de un intento para definir algunas características sobresalientes de la *actual* estructura social, lo cual, por derivación, nos ayudará a evidenciar la debilidad e insuficiencia de la tesis criticada.

Para una primera aproximación nos colocaremos en la perspectiva tradicional de una estratificación horizontal, con tres grandes universos, aglutinados según sus niveles de ingreso, conforme se hizo en un estudio de CEPAL¹. En el superior se encontraría el primer 5 por ciento de las personas «activas» o que son receptoras de rentas; en el medio, a las que constituyen el 45 por ciento siguiente; en el bajo, a las que componen el restante 50 por ciento².

¹CEPAL, *El desarrollo de América Latina en la postguerra*, 1963.

²El total de activos puede estimarse en alrededor de 2.800.000 personas. Siendo el grupo familiar generalmente más numeroso en el estrato bajo, es probable que cada activo tenga un mayor número de dependientes, lo cual haría más desfavorable las relaciones que se exponen más adelante.

Sin embargo, para tener una visión más ajustada, se tratará de desglosar esos estratos. Y para el efecto, en lugar de imaginar esos cortes horizontales, proponemos que se piense en una serie de círculos concéntricos, lo cual, como se verá en el análisis, contribuye a dar una mejor perspectiva de la estructura social y de las relaciones entre sus partes principales.

EL NÚCLEO CENTRAL DOMINANTE

En el »centro« del sistema (o si se quiere, »encima« de la pirámide social) se encuentra sin duda aquel 5 por ciento de los llamados activos, que concentra una parte substancial de la riqueza y los ingresos. Para muestra, un botón, citado por una fuente insospechable: apenas un tres por ciento de los predios agrícolas representa un 62 por ciento del valor total de los mismos; un 25 por ciento de las propiedades urbanas cubriría el 60 por ciento del valor global (datos de una muestra para parte de Santiago) y un uno por ciento de los accionistas de sociedades anónimas posee el 46 por ciento del valor total de sus títulos³. Desde el ángulo del ingreso, la renta media en ese grupo sería alrededor de cinco veces mayor que la del conjunto y más de 16 veces superior a la del estrato inferior. Aunque impresionantes, es útil tener presente que esas cifras no son de ninguna manera excepcionales en América Latina. En verdad, la concentración del ingreso en ese núcleo es aún más pronunciada en otros países de la región.

Ahora bien, ¿quiénes forman ese 5 por ciento privilegiado? La respuesta consabida sería que allí militan los »oligarcas y terratenientes«.

Aquí, a nuestro juicio, yace el primer error del diagnóstico convencional, que proyecta en el presente una realidad del pasado. En el curso de estos decenios, en el corazón del »propietariado«, la cúpula oligárquica ha pasado a constituir una minoría y el grueso de su contingente está formado por empresarios y adláteres vinculados a la industria, al comercio, a las finanzas y a las profesiones mejor remuneradas. Para fundamentar esta afirmación basta tener en cuenta el obvio hecho económico de la nueva ponderación de los sectores productivos, cuyo dato más notorio es la menor cuota de la agricultura tradicional. La contraseña para entrar en el nuevo »club de la unión« no son las hectáreas ni el apellido vinoso: es el dinero. Desde este ángulo, pues, más que hablar de oligarquía debería hablarse de plutocracia.

Hay otra circunstancia primordial que considerar. Como en el pasado, aunque no por las mismas razones, se ha gestado una casi completa solidaridad entre los integrantes del núcleo plutocrático. Lo que podría desunirlos y oponerlos, y que ha servido para nuevas especulaciones sobre la »burguesía nacional«, ha sido sobrepasado por lo que los acerca y estrecha sus filas: la contradicción con los »de abajo« y la afinidad en el plano exterior, esto es, sus variados lazos con los intereses y la reacción extranjeros.

³Véase artículo de Sergio Molina, en Rev. Economía, Universidad de Chile, N° 79.

En un segundo gran círculo, que habrá que fragmentar más adelante, se encontraría el »grupo intermedio«, compuesto por el siguiente 45 por ciento de los ganadores de rentas. En su conjunto, este estrato tendría un ingreso más o menos un 30 por ciento superior al del promedio nacional y *alrededor de cuatro veces superior al del 50 por ciento de activos colocados en el área inferior.*

Para ciertas concepciones añejas, cuyo origen se expuso al comienzo de este trabajo, ese grupo intermedio estaría »aplastado« por el segmento plutocrático, sin otro destino que el de irse proletarizando. Ahora último, esa especie ha sido reeditada por los jeremías de una supuesta »paupe-rización« de la clase media, vía castigos tributarios y otros expedientes.

Estas quejas llegan a ser pintorescas si se tiene a la vista hechos por demás evidentes. Piénsese por un momento: ¿quiénes son los que, en gran proporción han ampliado el acogedor Oriente de Santiago, se han incorporado a los consumos durables o »pesados« —desde la Citroneta (que ya ha sido desplazada por autos más caros) o el televisor hasta la batería de artefactos domésticos y que engordan la sacrificada fila del primer exportador de turistas de América Latina? ¿La sola oligarquía? ¿Únicamente la plutocracia? No señores, si éstas no dan para tanto. Ellas, sin duda, componen la vanguardia del consumo calificado, pero éste no se habría extendido como ha ocurrido sin una buena retaguardia. Y ésta se encuentra representada por un segmento importante de la »clase media«.

Por eso, hay que ir más allá, a la identificación de algunos subgrupos en el sector intermedio. Como hipótesis de trabajo podrían distinguirse por lo menos tres, que denominaremos convencionalmente »alta«, »media« y »baja« clase media. En términos generales, y diferenciándose del »propietariado«, es probable que este sector, en su conjunto, derive una altísima proporción de su renta de su fuerza de trabajo y no del dominio sobre medios de producción⁴. Sin embargo, esta característica pierde significado social (y político) ante los contrastes manifiestos en los niveles de ingresos, en la »colocación social«, en su mayor acceso al sistema de privilegios, en su psicología, actitudes y valores, con respecto a la »base« popular.

Siguiendo esta perspectiva podría conjeturarse que la fracción superior, de hecho, por »modo de vida« y demás indicadores, está »adherida« al núcleo plutocrático y, en lo substancial, constituye una parte del mismo. Siempre a vía de hipótesis burda, es posible suponer que ella representa alrededor del 10 por ciento de los activos. De este modo, el »centro« pasa a englobar el 15 por ciento del total y no solamente el 5 por ciento.

El otro »círculo« o subgrupo, la denominada »media clase media«, que podría abarcar otro 15 por ciento, a juzgar por los precarios datos dis-

⁴Aunque, sí, cuenta con una parte significativa de otros tipos de »capital no reproductivo« —viviendas, autos, artefactos, etc.

ponibles estaría todavía por encima del ingreso medio nacional, lo que no ocurriría en cambio con el último subgrupo intermedio (el siguiente 20 por ciento) que probablemente tiene un ingreso por persona inferior a ese nivel.

EL ESTRATO »BAJO« Y SUS COMPONENTES

Veamos ahora el estrato »bajo«, que constituye, nótese bien, el 50 por ciento de los ganadores de ingresos. Podría llamarse »popular«, ya que sería bien difícil rotularlo como »clase obrera« a la vieja usanza. Desde luego, él tiene poco que ver ahora con aquella »masa informc« de que se hablaba hace un siglo. Lejos de eso; aunque identificada por su condición preterida respecto a otros grupos y porque, en su gran mayoría, está constituida por trabajadores »manuales«, ha llegado a diferenciarse internamente en un grado considerable. De todos modos, antes de entrar a este aspecto, es útil tener una visión del conjunto.

Como tal, *el estrato popular tendría un ingreso medio que no llega a ser la tercera parte del promedio nacional, la cuarta parte del grupo »intermedio« y el siete por ciento de la renta promedio del núcleo superior.*

Pero no termina aquí la historia. En el caso de esta capa sumergida, el estudio citado pudo realizar un desglose menos hipotético de sus componentes. Y pudo señalar que el 32 por ciento de los activos que reciben las menores rentas, el último círculo detectado del universo, dispone apenas del 5.6 por ciento del ingreso nacional y tiene una retribución por persona que no alcanza a la quinta parte de la renta media nacional. Son los verdaderos »condenados de la tierra« y su situación es más desventajosa que la que registran grupos similares en países de más bajo ingreso, como México o Venezuela. Si se consideran sus familias, como ya se advirtió, probablemente más numerosas que las del promedio, su cuota en la población será mayor que aquel tercio.

Desde otro ángulo, menos global, intentemos discernir algunos subgrupos principales a la luz de su ubicación en la estructura productiva. Podrían ser:

a) Los obreros del »sector moderno« del sistema económico: las grandes empresas públicas y privadas, de elevada capitalización y productividad, generalmente monopolistas o sin concurrencia efectiva;

b) Los obreros del »sector subdesarrollado« o actividades en declinio, más atomizadas y con posiciones precarias en el mercado;

c) Los empleados del área más rezagada y débil del sector servicios y de las pequeñas empresas en general;

d) Los campesinos, aunque aquí también ha ido marcándose alguna diferenciación interna;

e) La masa »marginada« de las periferias urbanas, entidad cuyo crecimiento ha sido el fenómeno más significativo de los últimos decenios, pero que hasta ahora no ha recibido la atención que merece. En algunos

círculos de izquierda a menudo se lo soslaya con frases despectivas sobre «callampilandia» o el «lumpen».

No parece aventurado suponer que aquel 32 por ciento que constituye la «base de la pirámide» o el «círculo exterior» se recluta básicamente en los tres últimos ítem de la clasificación anterior.

ALGUNAS IMPLICACIONES DE ESA ESTRUCTURA

Cualquiera sea la perspectiva que se emplee para examinar esa estructura desglosada, no cabe duda de que ella nos ayuda, como primera aproximación, a discernir quiénes están «fuera» o «dentro» del sistema vigente y, por derivación, quiénes están, *potencial o actualmente* «contra» el *statu quo*.

Desde luego, el primer 15%, compuesto por el «propietariado» y sus «adherencias», no sólo está «dentro» sino que forma el corazón económico del régimen.

El siguiente 15%, formado por la «media clase media» parece estar, tanto por niveles relativos de ingreso como por modalidades de vida y aspiraciones fundadas de ascenso, más cerca del núcleo central plutocrático que del resto y, sobre todo, del 50 por ciento más bajo.

La «pequeña clase media» (alrededor del 20%) probablemente es la principal agrupación «fluctuante», que tanto puede solidarizar con los estratos superiores como con la mitad inferior de la pirámide. Sus deslizamientos en uno u otro sentido dependerán de muchos factores, pero es razonable pensar que destaca entre ellos la cadencia del desarrollo económico y, por ende, de las oportunidades de «subir» o el peligro o realidad de «bajar».

Por situación objetiva, dada primordialmente por los niveles de ingreso, el universo del 50 por ciento inferior está «fuera» del sistema. Sin embargo, esta hipótesis general exige ciertas calificaciones, que se fundamentan en la descomposición de ese estrato que se intentó con anterioridad.

La primera se refiere a la situación y posiciones de los trabajadores del que llamamos «sector moderno»⁵. En el enfoque tradicional, este segmento debía constituir, casi por definición, la «vanguardia» de la lucha social y económica. En los hechos, sin embargo, la acción de ese grupo se ha «desdoblado» manifiestamente. Mientras en el plano «economístico» muestra gran combatividad y disciplina, que le ha permitido mejorar su posición absoluta y relativa, no ocurre lo mismo en el nivel político e ideológico. Podrá estar con los partidos de izquierda —y no siempre, en el acontecer diario y en las elecciones, pero sería bien ilusorio identificar esta postura con una voluntad y conciencia de cambios substanciales en el sistema vigente—, por ejemplo en el sentido de una transformación de tipo socialista. Y hay más, ahora en el plano de la psicología social: como

⁵De acuerdo a algunas estimaciones de CEPAL, este sector absorbería alrededor del 20 por ciento de la ocupación, pero allí se generaría el 53 por ciento del producto interno.

lo sugirió la interesante encuesta de Touraine y Godoy sobre los obreros del carbón y de Huachipato, hay sectores que se »sienten« de la »clase media« y no del proletariado, como ocurría con parte significativa de los trabajadores del acero en contraposición con los del carbón.

Que no se extraiga de lo dicho otra deducción que la que nos interesa, esto es, que la repetición de las viejas afirmaciones no se compadece con la realidad nueva y compleja que plantean esos grupos en los países subdesarrollados. El crecimiento desigual de sectores y empresas y la correspondiente heterogeneidad estructural de los sistemas productivos, implican factores objetivos que, por lo menos, mellan la solidaridad del mundo obrero y obligan a reestudiar el problema de las »vanguardias«. Responder a estas interrogaciones con los clisés »de cajón« es aferrarse a la política del avestruz.

La situación de los otros grupos del universo popular es más nítida: están inequívocamente »fuera« y tienen posibilidades muy reducidas de cautelar y promover sus intereses por medio de la organización sindical. A este respecto sí es probable que se haya producido una mutación muy significativa en lo que se refiere a los trabajadores agrícolas.

No obstante lo dicho, con respecto a ellos debe considerarse de nuevo la diferencia entre estar »fuera« y estar »en contra«, sobre todo si se da a lo último una connotación que envuelva la conciencia del antagonismo latente y de alguna alternativa de reemplazo. Aquí también pueden encontrarse circunstancias paradójales, como el caso de amplios sectores »marginales« situados en la extrema periferia del sistema, pero que, sin embargo, han sido fácilmente manipulados o se han comprometido con esquemas »populistas« de diferente sello, pero comunes en el sentido de que no alteran las circunstancias de fondo que los mantienen en aquella posición.

ALGUNAS PROYECCIONES POLÍTICAS

Los datos y nexos de la realidad económica y de la estructura social conforman el substrato, la materia prima, de la acción y el aparato político. Interesa por ello vincular los análisis anteriores con características y posiciones de las principales fuerzas políticas.

A primera vista las cosas parecen de una obvia transparencia. El partido de derecha representa a la plutocracia; los de centro, a la clase media; y los de izquierda, a la masa popular. Pero si afinamos el lente no será difícil encontrar aspectos que llaman a la reflexión.

Comencemos por la derecha. En Chile, como en otros países latinoamericanos de similar modalidad de desarrollo, la diversificación social y económica de las últimas décadas ha abierto una grieta entre la »derecha política« y la »derecha real« o »económica«. Esta última puede confundirse con la primera en los momentos electorales y de conflicto, pero en el quehacer diario hay brechas significativas, que redundan en una cier-

ta «irrepresentatividad» de la agrupación política. Un signo muy claro de lo dicho está en los certificados prematuros de defunción que se le han extendido a la derecha «oficial», olvidando que los percances electorales no cancelan la existencia «real» de la plutocracia, que, lejos de debilitarse, puede robustecerse si otras condiciones son propicias. Esta realidad debería enfriar el optimismo de quienes sólo trabajan al nivel político y parten de la base de que el enemigo «a la derecha» está hoy por los suelos y el fiel de la balanza se ha corrido espontánea y fluidamente hacia la izquierda. Podría ser lo contrario desde otra perspectiva, esto es, que la «derecha real» se haya ampliado y robustecido con la entrada de otros miembros, no-oligárquicos, adscritos a la capa superior de la «clase media» —sin contar por cierto, la «clientela movilizable», el respaldo uniformado y el apoyo desde el exterior.

Vamos ahora hacia el centro y comencemos por el viejo partido Radical. Como ya se vio, esta agrupación nació con una «personalidad dividida» y esa característica no lo ha abandonado y quizás se ha reforzado con las transformaciones de los últimos decenios. La raíz objetiva de la «política del péndulo» reside precisamente allí: en que dependiendo de las circunstancias transitorias, *el partido puede presentar su rostro conservador o su cara populista sin traicionar substancialmente su personalidad*. Pero hay un aspecto meridiano en esta situación: que sin excepciones, en los grandes momentos, han sido los sectores más comprometidos con el statu quo los que han manejado las riendas del partido. La fuerza de éstos, por otra parte, se mantiene intacta, como lo demuestran las cifras electorales del Norte Chico y del Sur.

Esta realidad, como muchas, puede cambiar, pero se requeriría excesivo optimismo otra vez para imaginar que el timón podría transferirse efectivamente sin una crisis o definición del esquema de poder interno. Y esto, como es patente, no ha ocurrido hasta ahora, tanto más que no se trata de mera cuestión de dirigentes o de declaraciones más o menos avanzadas, como parecen creer algunos esperanzados. Podrá simpatizarse o no con el lúcido modelo de «reformismo izquierdista» planteado por Alberto Baltra, pero hay una condición sine qua non para que él pudiera tener alguna vigencia y esa es, precisamente, la superación de aquella «doble personalidad» enraizada en la estructura social del radicalismo. Ni el compromiso ni el péndulo satisfacen esa condición, que reclamaría, sin duda, un corte gordiano. ¿Estaría dispuesto; más aún, podría hacerlo, el «progresismo» radical?

LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Intoxicados por las metáforas sobre la «nueva cara» de la derecha o del imperialismo o empeñados en subrayar su estirpe católica, la mayor parte de los análisis desde la izquierda se ha resistido a descubrir y sistemati-

zar lo que tiene de nuevo y de contradictorio el movimiento (más que el partido) Democristiano.

Como en el caso del radicalismo, también podría hablarse a su respecto de una »personalidad dividida«, pero este fenómeno tiene un carácter bastante distinto en el caso del PDC.

Resulta claro que el núcleo del partido, originalmente y en la actualidad, está afincado en la zona intermedia en la estructura social; con una dirigencia que, en general, oscila entre la media y la alta clase media y una militancia (no masa de respaldo) que se ubica en la baja clase media y en los estratos superiores de la mitad popular de la pirámide.

Sin embargo, en comparación con el radicalismo, sobresalen algunas diferencias importantes. Por una parte, que aquel núcleo de clase media y alta es de formación mucho más reciente y, en lo principal, germinó fuera del paraguas del Estado. No tiene, pues, ese origen y base burocráticos tan típico en la constitución de los reductos urbanos del radicalismo. Hasta podría aventurarse una paradoja: en gran medida, esa »nueva« clase media democristiana aparece como producto de las transformaciones acaecidas en los últimos decenios y en los que tuvo participación significativa el radicalismo. Son los profesionales, técnicos, medianos y pequeños empresarios, empleados calificados, obreros expertos, etc., que han emergido con la diversificación económica. Y no olvidemos, por cierto, una de las fuentes de esos estratos: la juventud de los planteles universitarios.

Por otro lado —y he aquí el segundo contraste principal— contra todo lo que se diga, el partido democristiano ha tenido en su origen y todavía hasta hoy, menos relación »orgánica« con el propietario o la plutocracia que las fracciones conservadoras del radicalismo. Cualquiera encuesta en el mundo de las finanzas, de la agricultura, del comercio, de la industria, encontraría un número mucho mayor de radicales que de democristianos. Esto se debe tanto al origen del partido laico como al hecho patente de que es más viejo y ha estado más tiempo en o cerca del poder.

Reducido a sus fuentes propias, el democristianismo seguramente no habría dejado de ser una agrupación secundaria en la constelación política. Pero en una coyuntura de tremenda significación se »halló« con una »masa en disponibilidad«, empujada por la ley hacia el cumplimiento electoral, movilizada por la conmoción del Ibañismo y desencantada de los esquemas tradicionales —de derecha, centro e izquierda. Hubo, pues, una especie de »encuentro orbital« en 1964, en el cual esa masa adhirió más a Frei que al partido democristiano, aunque pasó a constituir la verdadera plataforma de poder de ese último.

De allí que si bien podría sostenerse que *como partido* el PDC es más homogéneo que el radicalismo, al considerarlo a la luz del movimiento que lo llevó al poder se revela con toda claridad su heterogeneidad, esto es,

su personalidad »dividida«⁶. Ella reside, como se comprende, en que agrupó aquel núcleo asentado en la »zona media« de la estructura social con una parte mayoritaria de la »masa periférica«. Y fue la participación de esta última —al igual que en el caso de Ibáñez— la que le permitió al PDC romper (transitoriamente) el »empate político« tradicional y sobrepasar las alianzas convencionales.

No interesa aquí comentar las vicisitudes del gobierno democristiano. Sobran discusiones al respecto. Lo que sí cabe destacar, porque está en la esencia del progresivo debilitamiento de la experiencia, es que el partido oficial no ha conseguido en estos tres años cimentar y organizar ese »encuentro« de 1964, entre los componentes básicos de su plataforma electoral. En tanto que la »promoción popular« y otros esfuerzos han ido perdiendo energías y eficacia, el partido mismo se mostró extraordinariamente remiso para comprender que de aquella fusión total o parcial dependía por completo su posibilidad de mantener la condición mayoritaria y enfrentarse con algún éxito a sus competidores de la arena política. La única excepción notoria al respecto parecen ser los lazos que se han establecido con parte de la población campesina, y esto por la acción desde el gobierno en relación a la reforma agraria. Sin embargo, no puede olvidarse que es la »periferia urbana« y no la rural el elemento decisivo en el balance político o, al menos, en el electoral.

Es difícil precisar cuáles son los factores que han determinado esa devolución. Podría ponerse el acento en las contradicciones actuales o potenciales entre los intereses y perspectivas de los grupos medios que forman el nervio del partido y los contingentes más o menos »marginados«, pero es difícil fundamentar esa hipótesis. Lo que sí resalta con nitidez es que mientras la llamada »ala derecha« del partido se inclina hacia una relativa contemporalización con el statu quo (en especial en lo que se refiere a los intereses extranjeros), el »ala izquierda« no ha logrado escapar a los marcos tradicionales de la »izquierda oficial«, a pesar de los vagos y bien intencionados reclamos por una »vía no capitalista de desarrollo«. Dicho sea de paso, esta »ala izquierda« ha sido particularmente indiferente respecto al problema de establecer e »institucionalizar« puentes con la masa periférica, en especial la urbana.

LA »IZQUIERDA OFICIAL«

Desde el ángulo que se ha elegido, uno de los aspectos más notorio y podría agregarse casi incomprensible es la antigua impotencia de los partidos organizados de izquierda para ampliar radicalmente sus reductos habituales, que sin duda no comprenden a la ancha base de la pirámide social. Desde comienzos de los años 40, con altibajos, su votación fluctúa alrede-

⁶No consideramos el apoyo circunstancial, pero de gran importancia, de grupos de derecha en encrucijadas electorales —pasadas y quizás futuras.

dor de la cuarta parte del electorado. Sólo en 1964, al calor del »allendismo« y de otros factores, consiguió sobrepasar con amplitud ese nivel. Pero parece haber sido capaz de conservar el refuerzo. Aquí también se revela un fenómeno parecido al señalado con respecto a los democristianos.

En este caso, desde luego, sería peregrino suponer que existe cualquier contradicción entre las capas que siguen a la izquierda y la mayoría más preterida. Sin embargo, es obvio que obran elementos que han impedido la solidaridad de esos grupos y su reunión bajo el alero de los partidos socialista y comunista.

El argumento habitual de que la masa »marginada« carece de conciencia o educación política es muy débil y no explica nada. Suscita al instante la interrogación sobre la responsabilidad de ese hecho y, además, sobre la ineffectividad de los medios empleados por los partidos de izquierda para entenderse con ella y atraerla, tanto más cuanto que, en principio, debería ser el ámbito más receptivo a toda idea de transformaciones sustantivas del statu quo. Por otro lado, sería injusto a la vez que superficial atribuir el fenómeno a »incapacidad« o deficiencias personales o de grupo de la dirigencia de izquierda, que, por el contrario, parece muy calificada.

Hay, pues, que buscar otras hipótesis más fructíferas sobre la precaria vinculación entre los partidos populares y la gran masa.

Un aspecto significativo podría ser que esos partidos están asentados de preferencia entre los asalariados del »sector moderno« de la economía. Esta realidad, importante de por sí, debe aquilatarse en conjunto con la »tradicionalidad« o persistencia de la inflación chilena. El mentado »círculo infernal« no solamente absorbe energías y recursos que podrían haberse dedicado con provecho a otras tareas. También es agente de desunión del universo popular en la medida que abre un margen entre los grupos que pueden seguir el carrusel inflacionario y aquellos que, en la periferia, no pueden ni siquiera participar en la ronda⁷.

Estas circunstancias implican que, de hecho y no por designio, los partidos de izquierda concentran su acción en un área relativamente restringida del universo popular y en torno a una cuestión, la pugna inflacionaria, que más que problema esencial es mecanismo »diversionista« de la estrategia política y económica. Pero hay más: por aquí también se desarrolla esa especie de »desviación« parlamentarista y electoralista que se critica en círculos jacobinos. Como se comprende, es en el nivel del ámbito congresal (y en las elecciones que generan el poder legislativo) donde se libran las principales batallas asociadas con los reajustes y las »con-

⁷ Hay razón para pensar que los sectores más organizados y con mayor »poder de negociación« no han sido afectados ni siquiera por los ensayos más reaccionarios de estabilización. Habitualmente sus reajustes (directamente y vía beneficios adicionales) han excedido con holgura las alzas del costo de vida. Entiéndase que no se está censurando esta realidad sino que fundamentando su relación con el debilitamiento de la solidaridad objetiva del medio popular.

quistas sociales«. Y las propias huelgas, más que confrontaciones de clase, de trabajadores y empresarios, son, por lo general, conflictos que se dan y resuelven al nivel político ya que las ventajas que se llegan a conseguir, habitualmente involucran transferencias a los precios y rara vez reducción de utilidades patronales. Nótese bien que este es otro de los efectos claves de una situación inflacionaria. El incesante »pasarse del tonto« diluye las oposiciones de clase e intereses.

Otro aspecto a considerar para un hipótesis sobre el asunto, se relaciona con el cuerpo de ideas que maneja la izquierda y con su mayor o menor aptitud para educar, atraer y movilizar a sus reservas potenciales.

En esta materia se perfilan algunas situaciones curiosas y hasta paradójales. Podría decirse que la izquierda trabaja en dos planos bien diferenciados y lejanos. Por una parte, y por las razones que se dieron más arriba, uno de mínimo contenido ideológico y de indiscutible corte »economístico«. En esto, y para ir al grano, en nada se distinguen de, por ejemplo, la *CUT*. No sería errado sostener que más que »politizar« la *CUT*, los partidos han terminado absorbidos por las preocupaciones más propias del movimiento sindical.

Por otro lado, el énfasis estrictamente ideológico se halla vinculado de preferencia —por no decir exclusivamente— en las cuestiones internacionales, en las que dominan los reflejos de la guerra fría y el antimperialismo o anti-EE.UU.

Aunque nadie restaría significación a esos temas, sobra decir que tanto por su contenido y por la forma en que se plantean, no constituyen los más asequibles y asociados con las inquietudes y problemas de la gran mayoría.

En cambio, llega a resultar paradójal la poca significación que se ha dado a lo que podría llamarse »educación política básica«, incluso, por cierto, la dirigida a una crítica de fondo del sistema capitalista-dependiente y subdesarrollado y al bosquejo y justificación de una alternativa socialista. Ocurre, entonces, y por todo esto, que grandes contingentes populares no saben realmente cuál es el »proyecto« nacional a corto y largo plazo que representan los partidos de izquierda. Podrán estar conscientes de que son organizaciones que apoyan los reajustes de salarios, la extensión de beneficios o están contra Estados Unidos, pero eso no es suficiente para una gran masa que se encuentra en un nivel primario de formación política y, sobre todo, sin relación vital con esas cuestiones por su misma condición de »marginados«, absoluta o totalmente.

Finalmente, habría que referirse a un punto de orden táctico o formal, pero que no por eso carece de importancia. En breve: la izquierda parece indiferente respecto a la promoción de ciertos medios y valores que podrían ser muy eficaces para su »comunicación« con la masa. No vamos a hacer la apología del »culto de la personalidad«, pero es evidente que el »carisma« individual juega un gran papel en la cuestión. ¿Por qué, entonces, no hacer caudal y levantar más resueltamente a los dirigentes

que tienen ese atributo? El caso del »allendismo« es sintomático al respecto. Y podría, sin duda, repetirse a muchos niveles, desde el de dirigentes de pobladores hasta el intelectual con »arrastre«. Otro ejemplo en la misma línea: el partido Comunista, por ejemplo, tiene prestigio arraigado en cuanto a capacidad organizativa y calidad moral de sus dirigentes. ¿Por qué no extraer más ventajas de ese reconocimiento cuando esas son virtudes básicas que mucho aprecia el hombre común?

DERIVACIONES PARA UNA ESTRATEGIA

Retomemos ahora el hilo central de nuestro tema.

Como se ha visto, cualquier análisis de la estructura social, por tosco que sea, nos demuestra que tiene muy poco sentido hablar de grandes asociaciones, como la de »la clase media y el pueblo« o del aislamiento de la »oligarquía y los latifundistas«. Es imprescindible descomponer los elementos y tener una visión apropiada de sus naturalezas respectivas. De otro modo, las formulaciones no tienen significación »explicativa« ni »operativa«, como sucede con la tesis criticada.

Veamos cómo podría plantearse otro tipo de asociación y relaciones que llenara esos requisitos. En estas líneas exploratorias sólo hacemos referencia, y con obligada brevedad, a los que nos parece más pertinente para *iniciar* una discusión al respecto.

Si partimos de la suposición algo optimista de que la izquierda se propone mutaciones sustantivas o revolucionarias del sistema imperante y no sólo ventajas parciales para quienes en alguna medida »ya están en el juego«, parece evidente que su plataforma de sustentación residirá en la mayoría que está »fuera« del sistema y que su tarea esencial será la de transformar esa situación objetiva en una posición de »contra« el mismo. En otros términos, su campo de acción se radica fundamentalmente en el 50 por ciento que constituye la base de la pirámide y *sobre todo*, en aquel tercio drásticamente postergado. Estos, más que la vanguardia tradicional, parecen ser los que no tienen otra cosa que perder que su miseria. Fracciones, estamentos (por ejemplo una buena parte de la juventud), personas de otras capas pueden y deberían sumarse a la acción, pero sería ingenuo suponer que ellos serán el cuerpo central o que otros grupos podrían agregarse *como un todo*. La única excepción compete a la »baja clase media« (otro 20 por ciento) que »podría« ser atraída en su gran mayoría o totalidad. Pero hay otro aspecto principal. Se nos ocurre que en países con el tipo de organización y estructura social de Chile y las características de sus sistema económico, difícilmente o sólo precariamente podría *construirse y mantenerse* esa actitud »contra« de una vanguardia masiva con la clásica manipulación »populista« y los instrumentos »redistributivistas« que han distinguido a los movimientos de avanzada de la región —con la excepción conspicua de Cuba y en alguna medida de México.

Gran parte de la masa ya ha hecho su experiencia en este respecto. Se encuentra »de vuelta« en relación a cualquier política que le ofrezca el »oro y el moro« y que, como sería inevitable, ni podría cumplir sus promesas ni enfrentar todos los obstáculos internos y externos que inevitablemente se levantarán contra ella.

Se requeriría, pues, algo más o mucho más. Y sobre todo la perspectiva de un »proyecto nacional« viable y delineado en sus trazos gruesos, que haga posible el desarrollo independiente y dinámico del país y el mejoramiento efectivo y preferente de aquel tercio o más de la población »sumergida«.

Una estrategia global de ese tipo está todavía muy lejos de definirse, aun en sus términos más generales. Y sería pretencioso pretender esbozarla en un trabajo tan limitado como éste.

Y también exige las tácticas correspondientes, que en lo principal, se derivarán de la naturaleza de esa estrategia y del análisis de las condiciones reales y potenciales existentes. Precisarlas es la tarea esencial de quienes ejercen la política.

La estructura social y la participación política*

I. INTRODUCCIÓN

La participación de los individuos en la vida política de su sociedad y los grados de interés asociados con esa participación son dos de los temas en torno a los cuales se ha concentrado una buena parte del trabajo de la sociología política de los últimos años. Es fácil encontrar en las investigaciones realizadas en esas áreas una señalada preocupación por la no participación y la indiferencia política de vastos sectores de diversas comunidades nacionales y por las consecuencias que esas características estructurales tienen para los sistemas políticos, económicos y sociales institucionalmente reconocidos.

El interés y el énfasis en las formas de participación política o en la apatía cívica, reflejan, sin duda, un cambio en la temática referida al análisis de las instituciones democráticas. Frente a la antigua teoría política destinada a definir y establecer formalmente el modelo de la democracia, en cuanto a sus valores constitutivos, requisitos y normas de orientación política, la ciencia social de nuestros días comienza a prestar especial atención al grado de conformidad entre aquel modelo ideal y la conducta política real, tal cual se da en los países con sistemas democráticos de gobierno. A semejanza de lo que ocurre en otras esferas de la vida social, el científico político contemporáneo se pregunta por las variadas relaciones que se dan entre el orden normativo y el orden factual.

La contabilidad política basada en los resultados de las elecciones presidenciales o parlamentarias realizadas en escala nacional permite enfocar el problema de la participación y de la no participación en forma global y sintética. Esos resultados constituyen un primer elemento del índice que señala los principales aspectos cuantitativos de la estructura política de un país y, desde un punto de vista comparativo, las cifras obtenidas en los comicios electorales nacionales hacen posible la determinación de las posiciones relativas de diversos países en un continuo de mayor a menor carácter democrático, si aceptamos definir la democracia como la participación de los individuos en el quehacer político de su comunidad.

*Publicado en la *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, Unión Panamericana, vol. 2, N° 3, Washington, 1963, pp. 376 y siguientes.

Cuando la participación política, numéricamente considerada, se halla cerca de un óptimum y ese óptimum está definido por un minimum de limitaciones —por ejemplo, la edad— las cifras electorales globales reflejan la participación política proporcional de los diversos estratos y categorías sociales de un país. Distinta es la situación cuando la concurrencia a los actos electorales es muy baja en relación a la población políticamente hábil, como sucede en la mayoría de los países latinoamericanos. Surge entonces el problema de la no participación de un gran número de personas y, además, el de saber si la proporción participante es o no representativa de los principales grupos funcionales de una sociedad pluralista. Si no lo es, se presenta aún la tarea de establecer la ubicación relativa de los individuos que están generando el poder institucional y, por lo mismo, el problema equivalente a distinguir los diversos grupos de intereses que aparecen representados.

La contabilidad electoral, basada en el voto secreto, no permite, como es claro, encontrar respuestas directas a los problemas planteados en el párrafo anterior, el de la representatividad de las cifras electorales y el de la diferenciación del proceso democrático en la estructura social. (Debe notarse al respecto que la no visibilidad de algunas formas de conducta política, como el acto de votar, está garantizado formalmente y es un requisito de significación funcional no sólo para el individuo que ejecuta el acto, sino para la conservación del sistema electoral democrático). Pero hay todavía una serie de aspectos de la vida política de un país que permanecen en la penumbra cuando el análisis se detiene en las meras cifras electorales: son los múltiples y variados aspectos psicológico-sociales que subyacen en la conducta manifiesta del votante.

La sola participación en actos declaradamente políticos, como son las elecciones generales, no es un mecanismo social suficiente para satisfacer los requisitos de la democracia representativa, a lo menos en su formulación clásica. Como lo han señalado algunos analistas de los procesos políticos, el sistema democrático requiere del elector una ingerencia continua en los problemas de decisión que se presentan en los numerosos grupos secundarios que se sitúan entre la familia y el Estado, en contradistinción al comportamiento discontinuo que implica la concurrencia a los actos eleccionarios generales; además, tal sistema exige de cada individuo la posesión de cierta dosis de información y de cierto grado de interés en los fenómenos cívicos, de modo tal que la decisión política final —y su expresión tangible, el voto— sean la expresión de una conducta racional en la cual haya habido claridad en los fines y adecuada selección de los medios.

La descripción de las principales formas de conducta electoral y la determinación de sus correlatos estructurales, motivacionales y cognoscitivos sólo puede realizarse utilizando procedimientos directos que permiten llegar hasta el elector mismo, como son los métodos y técnicas utilizados en los estudios de opinión pública. Algunas de las investigaciones

empíricas así conducidas, a las cuales convendría distinguir con el nombre de estudios de sociología electoral analítica, han permitido conocer con mayor claridad y precisión las características estructurales de algunos fenómenos políticos y formular, sobre esta base, diversas generalizaciones empíricas, contribuyendo, además, a verificar algunas hipótesis que se refieren a la relación entre variables estrictamente sociológicas.

La sociología política, orientada por los esquemas conceptuales y metodológicos de la disciplina general, ha acumulado en los últimos años, tanto en Europa como en los Estados Unidos, un amplio material de estudios e investigaciones. La situación en América Latina a este respecto es muy diferente, especialmente en lo que dice relación con la investigación sociológica concreta. Se podría decir que los estudios analíticos del comportamiento político prácticamente no existen.

Este estado de la investigación sobre los fenómenos políticos, puede prestar interés a los resultados que presentamos en las páginas siguientes. Los datos corresponden a parte de una encuesta por muestreo realizada en el «Gran Santiago» en septiembre de 1958, la primera de este tipo que se realizara en Chile. En este artículo deseamos presentar, a un nivel descriptivo, la participación política de diversas clases socioeconómicas, como también sus principales orientaciones políticas y electorales.

Aun cuando los resultados que se exponen a continuación corresponden a características de la situación política en la capital de Chile en el último tercio de 1958, en vísperas de las elecciones presidenciales, consideramos que muchos de ellos conservan su valor y utilidad para apreciar algunos aspectos de las tendencias políticas en Chile, como también para utilizarlos en estudios de sociología comparada, de los cuales tan escasa ha sido siempre la producción sociológica.

II. LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

La constitución política chilena exige como requisito para poseer la condición de ciudadano elector tener 21 años de edad como mínimo, saber leer y escribir y estar inscrito en los registros electorales.

Ahora bien, en la elección presidencial de 1958 Chile tenía una población estimada de 7.091.636, de la cual 1.492.424 personas entre hombres y mujeres de 21 años y más estaban inscritas en los registros electorales. Estas cifras dan una tasa de participación electoral del 21,0 por ciento calculada sobre la población total y de 42,8 por ciento, considerando las personas de 21 años y más, que suman 3.483.726.

Según nuestro estudio de Santiago, sólo el 47,7 por ciento de la población de 21 años y más tenía derecho a voto por estar inscrita en los registros correspondientes, cifra que está de acuerdo con el cuadro general del país y con los resultados oficiales de la elección en las comunas que formaron el marco de la muestra.

Si la participación política se mide por el porcentaje de inscripción electoral se puede afirmar, de acuerdo con los datos obtenidos, que esa participación en Santiago —y en el país— es baja y por lo mismo es posible pensar que existe un sector considerable de la población para quienes algunos de los valores democráticos no están institucionalizados o bien las normas pertinentes no son actualizadas y traducidas en conducta política de consecuencias visibles y definidas.

Como la investigación se realizó pocos días antes de los comicios presidenciales, las actitudes electorales tenían en esos momentos un alto grado de cristalización. Tal situación contribuye, sin duda, a disminuir la discrepancia entre opiniones y conducta.

En lo que se refiere a la edad vemos que la categoría formada por los individuos más jóvenes tiene la menor tasa de inscripción electoral con 39,7 por ciento, frecuencia relativa que llega a un máximo de 57,1, por ciento en el intervalo de edad 45-54.

La participación política de diferentes estratos sociales, varía directamente de acuerdo con la ubicación de los mismos en la estructura económica y educacional.

El Cuadro N° 3 muestra los porcentajes de inscritos de diversas categorías socioeconómicas y educacionales. Los estratos socioeconómicos

Cuadro N° 3
TASAS DE INSCRIPCIÓN ELECTORAL SEGUN CATEGORIAS SOCIOECONOMICAS Y
EDUCACIONALES, SANTIAGO, 1958

<i>Porcentajes de inscritos en cada categoría</i>			
<i>Categoría socioeconómica</i>	<i>Categoría educacional</i>		
<i>Porcentajes</i>	<i>Porcentajes</i>		
i. Empresarios grandes	58,8	Universitarios II (4 años y más)	87,5
ii. Empleados directivos y profesionales universitarios	67,1	Universitarios I (hasta 3 años)	73,1
iii. Pequeños empresarios, empleados no directivos y profesionales no universita- rios	40,3	Secundarios II (4 a 6 años)	60,0
		Secundarios I (hasta 3 años)	50,4
iv. Artesanos y trabajan por cuenta propia	39,5	Primarios II (4 a 6 años)	42,4
		Primarios I (hasta 3 años)	38,5
v. Obreros y servicio	40,2		

se han formado sobre la base de la ocupación del jefe de familia. En las tres primeras categorías socioeconómicas, los porcentajes de inscritos llegan a más del 50 por ciento, con un valor de 67,1 por ciento para la clase II, formada por los empleados directivos y profesionales universitarios, al paso que en las clases IV y V del extremo inferior de la estructura, el porcentaje máximo llega a 42,2 por ciento.

La distribución de los porcentajes de inscritos en las categorías educacionales tiene una forma similar a la establecida por la variable económica: las cifras bajan, con sostenida regularidad, desde 87,5 por ciento en el nivel universitario superior hasta el 38,5 por ciento que se observa en la categoría formada por los individuos que sólo llegaron al primer ciclo de la enseñanza primaria.

Las diferencias en la participación electoral presentadas en el cuadro anterior se reflejan también si se comparan, sobre la base de la población total, los tamaños relativos de cada estrato socioeconómico y sus respectivas proporciones de inscritos. Esta comparación es importante porque permite apreciar la contribución de cada estrato social en la generación del poder institucional al mismo tiempo que da contestación, a lo menos en parte, a una de las interrogantes planteadas en la Introducción: la que se refiere a la tarea de averiguar la ubicación estructural de los individuos que participan en el proceso electoral.

Cuadro N° 4

DISTRIBUCION DE LA POBLACION TOTAL Y DE LA POBLACION INSCRITA EN ESTRATOS SOCIOECONOMICOS, SANTIAGO, 1958

<i>Categoría socioeconómica</i>	<i>Porcentaje del total de la población</i>	<i>Porcentaje de inscritos en cada categoría del total de inscritos</i>
I Empresarios grandes	2,1	2,6
II Empleados directivos y profesionales universitarios	9,0	12,7
III Pequeños empresarios empleados no directivos y profesionales no universitarios	36,1	40,3
IV Artesanos y trabajan por su cuenta	21,9	18,2
V Obreros y servicio	30,5	25,7
Sin datos	0,7	0,5
	<hr/>	<hr/>
	100%	100%
Total	(807)	(385)

Según los porcentajes del Cuadro N° 4, los pequeños artesanos y los obreros tienen porcentajes de inscritos inferiores a los que les correspondería tomando en cuenta los tamaños de sus estratos. Dicho de otra manera: la menor inscripción de las clases más bajas se acompaña también de una menor representación en la elección del poder presidencial. Así, mientras las clases iv y v que constituyen el 52,4 por ciento del total de la comunidad (21,9 por ciento más 30,5 por ciento), tienen sólo un 43,9 por ciento de electores (18,2 por ciento más 25,7 por ciento).

Tomando en cuenta la configuración total de la estructura y la baja inscripción general en todas las clases, las cifras anteriores parecerían indicar, para las elecciones presidenciales de 1958 y en el área del Gran Santiago, una situación relativamente equilibrada en lo que se refiere a la representación proporcional de los grupos sociales más importantes. Conviene, sin embargo, tener presente al considerar este aspecto cuantitativo en el funcionamiento de la democracia representativa, que las oportunidades de información y discriminación son, indudablemente, menores en los estratos sociales bajos y que por lo mismo, aun sin suponer conflictos de intereses entre las diversas clases, su conciencia política también es menor. Como se recordaba en la Introducción, ambos factores son requisitos esenciales del proceso democrático.

Debe considerarse, por otro lado, que la abstención electoral afecta principalmente a estas clases, como asimismo que la situación puede ser muy diferente entre las poblaciones urbanas de provincia y en los grupos campesinos, que tienen las mayores tasas de analfabetismo y de menor exposición a las informaciones.

Junto a los factores señalados no es arriesgado suponer que la conciencia política de esa población aparece afectada por la especial estructura de las relaciones sociales imperante en la sociedad rural.

Volviendo al Cuadro N° 4 podría afirmarse que si uno de los candidatos de la contienda electoral hubiese representado los intereses de las clases iv y v éstas hubiesen votado con conciencia de clase, ese candidato debería haber recibido en la zona del Gran Santiago, una cifra cercana al 43,9 por ciento de todos los votos emitidos. Que tal cosa no fue así se puede ver en el Cuadro N° 1, en aquellas que muestran la dispersión de los votos entre los diversos candidatos, clasificados según la posición de clase de los electores.

III. LAS ORIENTACIONES Y LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS

Una de las características destacadas de las elecciones presidenciales de 1958 fue la cristalización de las orientaciones políticas alrededor de tres ideologías generales bien definidas: derecha, centro e izquierda. En contraste con la elección de 1952, en la cual resultó elegido el General Carlos Ibáñez, los electores de 1958 tenían una clara percepción de la

ubicación de cada uno de los candidatos en los bloques ideológicos mencionados.

La situación política en el área del Gran Santiago, en cuanto a la diferenciación en bloque y a las preferencias electorales, se presenta en los Cuadros 5 y 6.

Cuadro N° 5

IDENTIFICACION POLITICA SEGUN SITUACION ELECTORAL, SANTIAGO, 1958

<i>Bloque político</i>	<i>Situación electoral</i>		
	<i>Inscritos Porcentajes</i>	<i>No inscritos Porcentajes</i>	<i>Total Porcentajes</i>
Derecha	34,3	36,5	35,4
Centro	24,7	15,2	19,7
Izquierda	31,4	23,7	27,4
Ninguna y no responde	9,6	24,6	17,5
	100%	100%	100%
Total	(385)	(422)	(807)

Como se puede ver en el primero de los cuadros citados, el 35,4 por ciento del total de la población entrevistada se autoidentificó como derechista, mientras que, en el otro extremo, el 27,4 por ciento lo hizo como izquierdista. La tendencia de centro quedó también, en cuanto a frecuencia relativa, entre las cifras nombradas, con 19,7 por ciento. La distribución general tiene, pues, la forma de una U, con una rama más corta al lado izquierdo.

Cuadro N° 6

PREFERENCIAS ELECTORALES DE LA POBLACION INSCRITA, SEGUN SU IDENTIFICACION POLITICA, SANTIAGO, 1958

<i>Identificación política</i>	<i>Candidatos</i>						<i>Total Porcentajes</i>
	<i>Alessandri</i>	<i>Allende</i>	<i>Bossay</i>	<i>Frei</i>	<i>Zamorano</i>	<i>N. C.</i>	
Derecha	66,9	3,5	3,5	13,9	0,9	11,3	100(115)
Centro	29,0	4,3	13,9	39,8	1,1	11,9	100(93)
Izquierda	5,4	64,3	16,1	5,4	—	8,8	100(112)
Ninguno y no contesta	29,6	14,8	14,8	18,5	—	22,2	100(27)

Si se comparan las identificaciones con bloques políticos de la población inscrita con las no inscritas —Cuadro N° 5— puede observarse que la primera distribución es más simétrica o inscritos en los registros electorales, entre los cuales una mayor proporción del total —36,5 por ciento— se identificaba con la derecha y el 23,7 por ciento con la izquierda. La tendencia general de las orientaciones ideológicas es, en todo caso, hacia una polarización en las posiciones extremas, representadas por los bloques políticos de derecha e izquierda.

Es fácil apreciar en el Cuadro N° 6 la coincidencia entre identificación política y preferencia electoral; la mayoría de aquellas personas que dijeron estar políticamente en la derecha expresaron la intención de votar por Alessandri; y la mayoría de los izquierdistas, por Allende.

La situación no es tan precisa en el bloque de centro, cuyos componentes se movieron entre Frei, Alessandri y Bossay. Debe notarse también que un mayor porcentaje de las personas que no se autoidentificaron (categoría »ninguno y no responde« del cuadro), entre los cuales figuran los »independientes«, tenían preferencia por Alessandri, mayor porcentaje que estaría de acuerdo con la presentación de este último como »candidato de los independientes«.

La influencia de la posición en la estructura económica en la orientación de las actitudes políticas fue también bastante clara, como se deduce de los Cuadros N°s 7 y 8.

Cuadro N° 7

IDENTIFICACION POLITICA SEGUN EL NIVEL SOCIOECONOMICO, SANTIAGO, 1958

<i>Nivel socioeconómico</i>	<i>Identificación política</i>					<i>Total</i>
	<i>Derecha</i>	<i>Centro</i>	<i>Izda.</i>	<i>Ninguno</i>	<i>No resp.</i>	
	<i>Porcentajes</i>					
I Empresarios grandes	58,8	23,5	11,8	5,9	—	100(17)
II Empleados directivos y prof. universitarios	26,0	27,4	31,5	2,7	12,3	100(73)
III Pequeños empresarios Empleados no direct. y prof. no univer.	47,5	31,1	8,2	8,2	4,9	100(61)
IV Artesanos y trabajan por cuenta propia	33,0	29,6	24,3	2,2	10,9	100(230)
V Obreros	45,2	14,1	23,2	3,4	14,1	100(177)
Servicio	26,2	12,8	40,7	—	20,3	100(212)
Sin datos	44,1	5,9	20,6	5,9	23,5	100(34)
	(286)	(165)	(221)	(21)	(114)	(807)

Cuadro N° 8
IDENTIFICACION POLITICA PARTIDISTA SEGUN NIVEL SOCIOECONOMICO, SANTIAGO, 1958

Nivel Socioeconómico	Derecha			Centro			Izquierda			Total porcentajes	
	Liberal	Conser- vador	Democr. Cristiano	Radical	Agrar. Labor.	Socialista	Comu- nista	Otros part.	Ninguno		No. resp.
Empresarios grandes	29,4	29,4	—	5,9	—	5,9	5,9	—	17,6	5,9	100 ¹⁷
Empleados directivos y profs. universitarios	18,8	6,9	21,9	13,7	—	8,2	1,4	4,1	13,7	12,3	100 ⁷³
Pequeños empresarios	29,5	16,4	13,1	8,2	3,3	3,3	—	1,6	16,4	8,2	100 ⁶¹
Empleados no direct. y profs. no universitarios	11,7	10,9	18,7	17,8	1,3	7,8	2,6	2,2	17,8	9,2	100 ²³⁰
Artesanos y trabajan por cuenta propia	13,0	14,1	11,9	16,4	1,7	6,2	3,3	0,6	21,5	11,3	100 ¹⁷⁷
Obreros y servicios	7,0	8,5	13,4	8,2	2,8	15,0	7,7	2,1	21,1	14,2	100 ²⁴⁶

En una relación más bien lógica entre ideología y clase social, los individuos de las clases económicas extremas se orientaron también hacia posiciones políticas opuestas. Así tenemos que mientras el 58,8 por ciento de los empresarios grandes se identificaron con la derecha, sólo el 26,2 por ciento de los obreros tuvo esa misma orientación. La misma situación se hace evidente si se consideran las cifras de identificación con el bloque político de izquierda: entre los empresarios la cifra correspondiente alcanzó sólo a 11,8 por ciento al paso que en los obreros llega a 40,7 por ciento (Cuadro N° 7).

En lo que respecta a las otras clases sociales, la correlación entre posición económica e ideología política no es directa. Así, entre los empleados directivos y los profesionales universitarios, hay una cierta tendencia hacia la izquierda, mientras que en los pequeños empresarios, los empleados no directivos y los artesanos, esa tendencia se dirige nítidamente hacia la derecha. Estas cifras estarían indicando que la asociación se da más bien entre los componentes ocupacionales de la variable económica o la posición en el proceso de producción que entre las posiciones relativas a una escala de ingresos.

Las orientaciones hacia ideologías más específicas como son las que representan los partidos políticos, confirman en sentido comparativo, el izquierdismo de la clase obrera y el conservantismo de las clases propietarias.

En el Cuadro N° 8 los diversos partidos políticos representados en la elección de 1958 se presentan agrupados según los bloques de derecha, centro e izquierda, como asimismo aparecen los porcentajes de personas que dijeron pertenecer o simpatizar con esos partidos.

Las clases con mayores orientaciones derechistas son las formadas por los empresarios grandes con 58,8 por ciento (29,4 + 29,4) y los pequeños empresarios con 45,9 por ciento (29,5 + 16,4). El izquierdismo se hace manifiesto en la clase obrera con 22,7 por ciento de sus componentes orientados hacia los partidos socialista y comunista (15,0 + 7,7).

La situación de los empleados directivos y profesionales universitarios es ahora un tanto diferente a la presentada en el Cuadro N° 7 en el sentido de que según la identificación partidista, mostrarían una inclinación preferentemente de centro. Sin embargo, esa aparente inconsistencia entre ambas cifras no podría ser tal si se considera, junto a la reconocida ambivalencia política de las clases medias, el hecho de que dentro de un mismo partido coexistan corrientes ideológicas antagónicas, como son por un lado, el partido Radical, con tendencias internas de derecha, centro e izquierda; y el partido Demócratacristiano con su izquierdismo católico, por otro.

Lo que decíamos se observa con claridad en el Cuadro N° 9 sobre todo en lo que se refiere al partido radical. Una mayor proporción

Cuadro N° 9

CLASIFICACION DE LOS ENTREVISTADOS SEGUN PARTIDO Y BLOQUE POLITICO,
SANTIAGO, 1958

<i>Partidos Políticos</i>	<i>Derecha</i>	<i>Centro</i> <i>Porcentajes</i>	<i>Izquierda</i>	<i>Ninguno</i> <i>No cont.</i>	<i>Total</i>
Agrario Lab.	50,0	16,7	16,7	16,7	100 (12)
Liberal	70,2	21,2	4,8	3,8	100 (104)
Socialista	3,9	6,5	83,1	6,5	100 (77)
Democratacristiano	24,8	45,5	16,5	13,2	100 (121)
Comunista	6,1	3,0	90,9	—	100 (33)
Conservador	85,7	4,4	4,4	5,5	100 (91)
Radical	16,2	32,4	44,8	6,6	100 (105)

de sus miembros, 44,8 por ciento (incluyendo a los simpatizantes), se autoclasificó dentro de la izquierda, resultado que contrasta con la posición formal de centro que tenía en las elecciones de 1958, situación tal vez un tanto forzada por la reivindicación de izquierdistas hecha por los socialistas y comunistas.

El partido Democratacristiano resulta ser, por la percepción de sus miembros, el grupo más de centro: 45,5 por ciento.

IV. LA PARTICIPACION ACTIVA

Tanto las cifras de inscripción electoral como las que se refieren a las preferencias políticas de los individuos, ya sean en términos de ideologías generales, de partidos o de orientaciones electorales, permiten apreciar, como decíamos anteriormente, sólo algunos aspectos de la participación política. Con la intención de captar algunos elementos más dinámicos de la conducta electoral incluimos en la cédula de nuestro estudio algunas preguntas que permitieran conocer el número de personas que intervienen en reuniones, marchas, propaganda u otras formas de actividad electoral.

En nuestro país, compartiendo una característica de la política latinoamericana, las elecciones presidenciales significan una larga serie de actividades que con mucha anticipación al acto eleccionario mismo convulsionan numerosos ámbitos de la vida social. ¿Qué proporción de individuos participan realmente en los actos políticos preparatorios? ¿Cuáles son las formas preferidas de participación? ¿Quiénes son los individuos más activos?

Algunas respuestas a las preguntas anteriores podrán encontrarse en los párrafos siguientes.

Según se puede apreciar en el Cuadro N° 10 la participación activa propiamente tal, es baja. Nótese que del total de personas inscritas, el 57,4 por ciento contestó que no había participado de ninguna manera. Entre los no inscritos la proporción es naturalmente mayor y llega a 83,2 por ciento.

Las cifras del mismo cuadro muestran que la actividad preelectoral en la cual participa un mayor número de individuos es aquella por medio de la cual se trata de convencer a otras personas en favor del candidato preferido. Tales oportunidades se presentan en las conversaciones informales que transcurren en los grupos primarios, como la familia, el grupo de amigos, o el formado por los compañeros de trabajo. Aun cuando es difícil ponderar la efectividad de la actividad señalada con preferencia por los entrevistados, este resultado de la investigación debe pensarse en relación con la importancia que desde hace ya buen tiempo se le asigna a los grupos primarios como principales agencias de socialización política. En verdad, la forma de conducta "ha convencido a otras personas" podría ser tomada como un indicador simple de la influencia de tales grupos en la formación y cambio de las actitudes y percepciones políticas.

Cuadro N° 10

DIVERSAS FORMAS DE PARTICIPACION ELECTORAL, SEGUN SITUACION ELECTORAL, SANTIAGO, 1958

<i>Formas de participación</i>	<i>Inscritos</i>	<i>Situación electoral</i>	
		<i>No inscritos</i>	<i>Total</i>
		<i>Porcentajes</i>	
Ha dado dinero	8,3	2,4	5,2
Es miembro de un Comité electoral	10,6	1,4	5,8
Ha asistido a marchas	21,0	5,9	13,1
Ha asistido a reuniones	15,3	4,0	9,4
Ha repartido propaganda	11,2	2,4	6,6
Ha trabajado en una secretaría política	6,2	0,5	3,2
Ha convencido a otras personas	24,9	9,5	16,8
Otras formas de actividad	1,8	—	0,9
No ha participado	57,4	83,2	70,9
No contestan	—	1,4	0,7
	(385)	(422)	(807)

Las columnas suman más de 100 por ciento porque algunas personas participaron en más de una actividad.

Al terminar este artículo, debemos decir que las formas de conducta que hemos llamado participación activa, varían, tal cual sucede con la inscripción electoral, según las principales variables estructurales:

Cuadro N° 11
TASAS DE PARTICIPACION ACTIVA SEGUN SEXO, EDAD Y CATEGORIA SOCIO-ECONOMICA, SANTIAGO, 1958

<i>Características</i>	<i>Participación porcentajes</i>	<i>Categorías socioeconóm.</i>	<i>Participación porcentajes</i>
Sexo:			
Hombres	42,2 (306)	i. Empresarios grandes	35,3 (17)
Mujeres	20,4 (501)	ii. Empleados directivos y profs. univers.	46,4 (73)
Edad:			
21-34	27,4 (230)	iii. Pequeños empresarios	31,2 (61)
35-44	31,8 (223)	Empleados no direct. y profs. no univers.	27,4 (230)
45-54	32,3 (133)	iv. Artesanos y trabajan por cuenta propia	23,1 (177)
		v. Obreros y servicio	25,8 (246)

Según los resultados anteriores podemos afirmar que las categorías sociales menos activas son las formadas por las mujeres, por los jóvenes, los más viejos y por los individuos de las categorías económicas más bajas del total de esa categoría.

El proceso de democratización fundamental*

Al diagnosticar el «cambio» como el signo peculiar de estos tiempos, los centros de poder se convierten ellos mismos en las principales fuentes de refuerzo y estímulo de los procesos orientados a su logro. La convicción de lo inevitable de los cambios los lleva a asumir el papel de aceleradores de los mismos. De este modo masas inertes, que en algunos países hubieran tardado muchos años en incorporarse al proceso aludido, son empujadas a ponerse en movimiento, agudizando así los conflictos, saturando de contradicciones el ámbito social y creando problemas de imposibles o difíciles soluciones a corto plazo.

El proceso histórico es irreversible. Si la masa que ha permanecido tradicionalmente pasiva se pone en movimiento, no habrá medio alguno que la retorne a su anterior estado de inercia social.

Si a las fuerzas internacionales agregamos las nacionales que actúan en la misma dirección, como registro y amplificadores de los cambios, se configura, desde la perspectiva de los elementos dinámicos que le dan fisonomía, un cuadro muy significativo de la época.

Se podría decir, entonces, que las principales fuerzas que actúan en el plano internacional y nacional presionan, en la misma dirección general, como agentes dinamizadores del proceso de cambio.

Esta coyuntura, probablemente única en la historia, confiere a la época en que vivimos una peculiar complejidad cuya comprensión se ve entrabada por la heterogénea mezcla de sus componentes. Entre ellos, hállanse elementos racionales e irracionales, institucionalizados y espontáneos, tradicionales y modernos, etc.

La actitud más peligrosa que se podría adoptar en estos tiempos, sería la de desentenderse del torrente de cambios que ocurren para aferrarse a una antigua seguridad que está desapareciendo y que conducirá inevitablemente a un amargo despertar.

Estos tiempos que vivimos exigen una «toma de conciencia en profundidad».

En Chile, la presión de aquellas fuerzas de cambio ha creado un cuadro social que se caracteriza por la creciente contradicción entre las

*Publicado en los *Cuadernos del Centro de Estudios socioeconómicos*, N° 4, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, 1967, pp. 25 y siguientes.

condiciones sociales »objetivas« y las condiciones sociales »subjetivas«¹.

La acción de las fuerzas internacionales (la Iglesia católica: El bloque de los países capitalistas, en especial Estados Unidos: el campo socialista, principalmente la URSS, China y, sobre todo, Cuba) se ejerce más que nada al nivel de las condiciones subjetivas. Lo mismo acontece con los partidos políticos reformistas y otras instituciones nacionales, v. gr.: educacionales, cuya acción se orienta más bien al cambio de la conciencia del hombre. Fortalecen también, en su propia medida, las condiciones subjetivas, algunas instituciones de las Naciones Unidas como la CEPAL, la FAO, la UNESCO, etc.

En consecuencia, la acción de las fuerzas nacionales e internacionales tienen de común —a pesar de su heterogeneidad— la orientación hacia la creación de una conciencia de cambio en la masa del pueblo, y, en especial, en la población denominada »marginal«.

Por lo mismo, es conveniente demostrar con evidencias —para los efectos de una comprensión más cabal del momento histórico que atraviesa Chile— que las condiciones objetivas, en general, se han mantenido constantes durante los últimos decenios. Los datos contenidos en la Tabla que presentamos a continuación representan evidencias elocuentes de lo que se viene afirmando.

Los datos de la CEPAL autorizan, sin duda alguna, para concluir que las deformaciones de nuestra economía; la desigual distribución del ingreso; la miseria extrema; los abusos de la autoridad; la marginalidad de un amplio sector del pueblo; la escasez de empleos, de educación, de servicios sanitarios y, en general, de oportunidades para la mayoría, etc. no han variado esencialmente.

Por lo tanto, si las condiciones objetivas permanecen constantes, podríamos afirmar que la crisis que ya ha comenzado en Chile continuará ahondándose a consecuencia del proceso acelerado de cambios en las condiciones subjetivas.

La crisis histórica de Chile consiste en una progresiva y acelerada toma de conciencia de la posibilidad del cambio social.

»Crisis«, en este contexto, apunta a una circunstancia histórica concreta que se caracteriza por la presencia de profundos conflictos derivados de la decisión, más o menos generalizada del pueblo, en orden a cambiar la imperante estructura del poder.

Los rápidos cambios de las condiciones subjetivas, dentro del marco de condiciones objetivas de desigualdad social extremas, pueden precipitar la crisis general de la sociedad chilena.

No es posible, entonces, ocultar que Chile está en crisis: en una disposición histórica de pasar de una estructura de poder a otra, esto es, de una

¹En general, los conceptos de »condiciones sociales objetivas y subjetivas« se han tomado en el sentido que les da el marxismo.

configuración de clases sociales oligárquicas a un orden social más igualitario.

Chile está en tránsito, en la necesidad inmediata y urgente de dar un «salto» histórico a una etapa superior.

CHILE: RITMO DE CRECIMIENTO SECTORIAL DEL PRODUCTO BRUTO*
EN EL PERIODO 1960-1965

(Tasas anuales de crecimiento)

<i>Sectores económicos</i>	1960	1962	1963	1964	1965	1960	1964
						1964	1965**
Agricultura	11.5	9.8	9.4	10.1	9.7	0.3	1.0
Minería	6.4	6.1	5.9	6.3	6.3	3.0	4.2
Industria	19.3	18.0	18.2	19.5	19.6	3.8	5.0
Construcción	2.4	3.7	3.4	3.4	3.6	13.6	10.0
Electricidad, gas y agua	0.9	1.0	1.0	1.1	1.1	7.4	5.8
Transporte y comunicaciones	6.3	7.3	7.6	8.0	8.2	10.2	...
Total bienes y servicios de base	46.8	45.9	45.5	48.4	48.5	4.5	4.1
Comercio y finanzas	23.2	26.6	27.1	25.6	...	6.1	...
Vivienda	11.8	8.8	9.0	8.3	...	5.3	...
Gobierno	8.5	8.9	8.1	7.3	7.4	0.3	5.6
Otros servicios	53.2	54.1	54.5	51.6	51.5	2.7	4.1
Producto interno bruto	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	3.6	4.1

*Se refiere al producto bruto interno a precios de mercado, en valores constantes de 1960.

**Estimaciones preliminares de CEPAL a base de informaciones de producción física.

Notas: las cifras en valores absolutos, sobre las cuales se establecen las tasas de crecimiento publicadas en el presente cuadro, para el período 1960-64, se refieren al gasto del producto geográfico bruto a precios de mercado en valores constantes, publicado por CORFO y ODEPLAÑ. Cabe notar que conforme a la metodología utilizada en esos cálculos, las cifras miden más bien el poder adquisitivo interno del ingreso generado en cada sector, no constituyendo por lo tanto, una medida adecuada de la evolución del volumen de producción.

Fuentes: 1960 y 1964 Estadísticas básicas: Corporación de Fomento de la Producción «Cuentas Nacionales de Chile», Santiago, junio de 1964; Presidencia de la República—Oficina de Planificación Nacional, Naciones Unidas— Consejo Económico y Social Comisión Económica para América Latina (CEPAL) Estudio Económico de América Latina, 1965. Segunda Parte: La situación económica reciente en algunos países E/EN 12/ 752 Add. 1- 18 de mayo, 1966.

El signo más general de la objetiva existencia de una crisis social en Chile lo constituye el profundo trastorno del sistema de legitimidad por el franco debilitamiento de la aceptación de los tipos vigentes de dominación. Hemos llamado »crisis de la representatividad« a la rebeldía generalizada ante el sistema tradicional de las actuales instituciones.

Cabalmente, en estos momentos, se está produciendo ante nuestros ojos un proceso masivo de creciente »participación« del pueblo en decisiones que están afectando cada día más el curso de la historia del país.

Participación Social es uno de los conceptos-clave de este período crítico.

Se podría definir como la incorporación, al sistema institucional del poder, de sectores marginados. Dicha incorporación deriva de la lucha de diversos estratos populares por lograr sistemas de seguridad más eficaces que los del pasado.

Llamamos »sistema de seguridad« a los puntos de apoyo institucionales a que el individuo recurre en sus momentos de virtual o actual necesidad. El sistema de seguridad no se refiere exclusivamente a los bienes materiales sino que cubre también las necesidades de orden cultural y espiritual.

El proceso de creciente participación social conduce inevitablemente a una »desrepresentación« o »representación defectuosa« de los recién incorporados respecto a la autoridad institucional imperante. Mientras más rápido es el proceso de participación, más aguda es, por cierto, la crisis de representatividad.

La »desrepresentación« abarca todos los niveles e incluye tanto a las instituciones como a los sistemas de distribución: al Parlamento y a los Sindicatos; a los Partidos Políticos y a los Gremios; a la estructura del ingreso y a la tenencia de la tierra; a la educación y a las expectativas de vida, etc.

La representatividad es el establecimiento en los hechos, en la realidad social, de los principios de la democracia. Es la primacía de la mayoría, la cual, en el pleno ejercicio de la libertad o igualdad, alcanza el nivel de »democratización fundamental«². La representatividad es una situación de hecho, no de derecho³.

De allí que, cuando nos referimos a las »crisis de la representatividad«, afirmemos que el hecho de la »desrepresentación« »debilita« el sistema de legitimidad.

La legitimidad, por su parte, es la situación de derecho que corresponde al hecho de la representatividad.

La legitimidad tiene dos aspectos claramente discernibles. Uno, objetivo, o legal, que generalmente está explícito en la Ley positiva (aun cuando no es necesario). Otro, subjetivo o de conciencia, que consiste en

²Mannheim, Libertad y Planificación, Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1946

³No confundir con la Representación, institución de Derecho.

el grado de aceptación que se tiene acerca de la forma como la representatividad se realiza institucionalmente.

Cuando sólo hay rechazo de este segundo elemento, se dice que hay crisis de representatividad; pero cuando el rechazo comprende también el primer elemento —la institución misma—, la crisis es de legitimidad.

La crisis que actualmente afecta a Chile no puede estimarse, »de manera general«, sea crisis de »legitimidad« sino de »representatividad«.

El contrapunto »representatividad-legitimidad« nace con la República misma. Hasta 1810, el fundamento de la legitimidad total es el Rey. El principio de la autoridad está fuera de discusión tanto tiempo como la Independencia no opone al Rey la idea y el símbolo de Patria como fuente suprema de legitimidad.

La idea de Patria fue integrada a la ideología burguesa como una importación europea y pese a que la sociedad chilena tenía una clara estructura aristocrática.

Los principios ideológicos burgueses se convirtieron en Constituciones, leyes y normas generales, es decir, en el sistema de legitimidad de una sociedad sin burguesía.

De allí en adelante, la aristocracia criolla vestirá este traje de falsa legitimidad para mantener sus privilegios, ya que, dentro de la lógica de la ideología burguesa igualitaria y nacionalista, hubiera sido absurda una defensa o una justificación de los privilegios de una minoría.

Se manipulan la ley y las instituciones. Se crean, en la masa y con la masa, relaciones de dependencia, de paternalismo, de caridad (limosna). Se cometen abusos de autoridad. Se recurre al fraude electoral, al cohecho, a la presión. Se impiden las organizaciones populares y cualquiera manifestación independiente. Esto y más se hace durante el siglo XIX y parte del XX, con el objetivo de mantener los privilegios y restringir la participación social del pueblo —la representatividad—; pero, al mismo tiempo, dando la apariencia de legitimidad.

Desde los orígenes de la República, pues, se mantiene este desdoblamiento entre legitimidad y representatividad.

En los tiempos que corren, la ficción mantenida desde la Independencia está terminando por causa de la presión incontenible hacia la participación social total de la masa del pueblo.

La lucha por la legitimidad plena ha comenzado bajo la forma de un conflicto social orientado al logro de la plena representatividad.

Chile está en reorganización. La dominación tradicional de una minoría, característica de toda la historia de Chile, está ahora seriamente amenazada.

La constante y rápida aplicación del movimiento popular que se va produciendo por la participación creciente de enormes sectores tradicionalmente marginados del proceso político-social, como los pobladores, los campesinos, las mujeres, etc., confiere un sello de inevitabili-

dad a los cambios sociales y, a la vez, una complejidad que parece no amoldarse con facilidad a ningún esquema teórico preestablecido.

La primera forma de participación, la electoral, es también a corto plazo la más significativa, la más preñada de presagios de cambios y trastornos en el orden establecido.

Trátase de la brusca incorporación de la masa al sistema electoral de Chile, realizando así, en un par de años, el sufragio universal efectivo. Conviene no olvidar que éste tardó en establecerse en los países avanzados un largo tiempo y, a veces, siglos.

Se podría decir que el primer monopolio que efectivamente se ha roto en Chile, es el del sufragio.

La incorporación de la masa al proceso electoral apunta directamente al sistema político imperante en orden a producir una redistribución de los bienes materiales y culturales. El sistema político es el medio por el cual la «élite del poder» distribuye los bienes y servicios que la sociedad produce.

El efecto principal del tránsito de un sistema electoral restringido a otro ampliamente representativo, es el de producir una aceleración de los cambios. Ello porque pone, por vez primera, en manos de la mayoría de la población, un poco de algo que jamás ha poseído y experimentado: poder. Poder para generar las autoridades políticas.

La súbita ampliación de la ciudadanía ha desvalorizado el principio ideológico tradicional de la oligarquía, a saber que el «juego político» consiste en «negociar» las diferencias entre las «élites», sin consideración de la voluntad popular.

La historia de Chile ha sido la de una «minoría-sujeto» que ha actuado sobre una «mayoría-objeto» para su propio beneficio.

La sociedad chilena se está transformando, no sólo en general en su estructura, sino específicamente en el grado de institucionalización de los cambios sociales. Y esto en la dirección en que se produce el cambio, en los mecanismos de cambio, en los factores de presión de los cambios y, por último, que es lo más importante, en los agentes del cambio social, es decir, en los sujetos de la historia.

Sin embargo, la mayor parte de los dirigentes políticos sigue usando la doctrina de la soberanía popular como un mero instrumento ideológico de manipulación del pueblo. Lo hacen a pesar de que los cambios, que ya se han producido en la conciencia popular, indican que existe una presión irresistible hacia un régimen democrático en el cual el pueblo participe ampliamente y genere, en verdad, las autoridades políticas del Estado.

Existen claros signos de que el pueblo quiere ejercer efectivamente su soberanía.

La mayor parte de las instituciones de nuestra sociedad no están preparadas para satisfacer estas demandas de participación. La condición

ineludible es la transformación de la estructura social oligárquica en otra que corresponde a una sociedad de masas, a una sociedad democrática.

El proceso de democratización fundamental constituye un período histórico que no puede saltarse y que debe ser completado por cualquier medio, sea éste pacífico o violento.

La expresión cuantitativa de la participación electoral es la siguiente:

Tabla N° 1

INSCRIPCIÓN ELECTORAL DE CHILE POR SEXOS EN EL PERÍODO

1958-1967

(1958 = 100.0%)

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
1958	100.0%	100.0%
1961	120.0	132.3
1963	146.3	216.0
1964	160.0	262.6
1965	160.0	263.4

Fuente: Dirección General del Registro Electoral.

Tabla N° 1-A

PORCENTAJE DE CRECIMIENTO ENTRE INTERVALOS

<i>Crecimiento entre:</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
1958/61	16.6%	24.4%
1961/63	18.0	38.7
1963/64	8.5	17.6
1961/64	25.0	50.0

Fuente: Dirección General del Registro Electoral.

Los datos presentados revelan, por lo menos, dos hechos evidentes:

1) El enorme aumento del electorado en un tiempo extraordinariamente breve y

2) La decidida incorporación de la mujer al proceso electoral.

Sobre lo primero es preciso decir que el 89% del electorado »potencial« de Chile está actualmente inscrito en los registros electorales.

El electorado potencial de Chile, según la Constitución Política, está compuesto por los chilenos mayores de 21 años, que sepan leer y escribir. La posible ampliación del actual electorado potencial dependería de optar, simultánea o separadamente, por rebajar la edad como por permitir la inscripción electoral a los analfabetos.

No hay dudas, pues, que nos encontramos frente a un régimen auténtico de sufragio universal. La mayor parte de los »nuevos electores« son mujeres. Se podría afirmar entonces que, en gran medida, el éxito de un modelo de desarrollo democrático, si éste es posible, depende del apoyo y la comprensión que encuentre en la mujer.

En 1952, la mujer representaba el 30% del electorado nacional; en 1958, el 34% y en 1965, prácticamente la mitad.

Si se hubiera dejado libertad al proceso de incorporación electoral permitiendo su crecimiento orgánico sin forzamientos, la mujer hubiera alcanzado su actual cifra de inscripción en 1983 y el hombre en 1978. Ello en el supuesto que se hubiera mantenido la tasa de aumento electoral del período 1952-1958.

El decisivo peso que tiene actualmente la mujer en las elecciones cambia por completo el cuadro político.

La mujer introduce nuevos factores en el proceso político. Para enfrentarlos con éxito, es preciso conocerlos lo que permitirá adaptar a ellos nuevas técnicas políticas, nuevas ideas y nuevas instituciones. Los tiempos exigen originalidad y frescura en el enfoque político.

Del nuevo cuadro político que surge con la incorporación electoral de la mujer, el hecho más desconcertante y, por lo mismo, de más difícil percepción, radica en que la mujer introduce al proceso político motivaciones no-políticas que determinan, sin embargo, su comportamiento político.

En la tabla que presentamos a continuación se aprecia la actitud de la población respecto a la participación de la mujer en el proceso político.

Hasta 1961, la mayor parte de las opiniones negativas en lo relativo a la participación política de la mujer provenía precisamente de las propias mujeres.

Se notará que en 1964 hay un tercio de la población (la mitad son mujeres) que no está de acuerdo con la participación de la mujer en la vida política. La mayor parte de este tercio pertenece a los estratos más pobres del Gran Santiago.

Tabla N° 2
¿DEBEN LAS MUJERES PARTICIPAR EN POLÍTICA?

<i>Las mujeres deben participar en política</i>	<i>Gran Santiago</i>		
	<i>1958</i>	<i>1961</i>	<i>1964</i>
SI	47.0	47.0	62.6
NO	51.0	51.0	28.8
	98.0	98.0	91.4
No resp.	2.0	2.0	8.6
TOTAL	100.0%	100.0%	100.0%

Fuentes: Instituto de Sociología y Centro de Estudios Socioeconómicos, Universidad de Chile.

Sin embargo, independientemente de su actitud hacia la participación política, la mujer votó el 4 de septiembre y contribuyó decisivamente al triunfo del candidato presidencial de la Democracia cristiana.

La ampliación de la base electoral de Chile no ha sido, al parecer, analizada con la profundidad que, a nuestro juicio, merece. Este constituye el hecho político más trascendental acaecido en Chile en estos últimos años.

La ampliación electoral a que nos referimos se produjo por un forzamiento del elector potencial en virtud de una ley promulgada en 1962 y que exigía un certificado de inscripción electoral como requisito previo para muchos actos indispensables de la vida.

En 1958, el 53% de la población del Gran Santiago no estaba inscrita. En 1964, el porcentaje descendió al 16%.

Para apreciar mejor la honda significación de este fenómeno hay que tener en cuenta que entre 1932 y 1946, la población electoral de Chile, en relación a la población potencial, apenas subió de 18% a 22%; y que, desde 1958 a 1964, estos porcentajes aumentaron de 42% a 71%.

Lo extraordinario de este proceso estriba en que, a pesar de los gobiernos populares de 1938, 1942 y 1946, la participación electoral de la población no experimentó modificación substancial alguna.

El contraste entre la lentitud en la incorporación electoral durante el período previo a 1962 y su ritmo en aquél de los dos años siguientes revela, no sólo una diferencia cualitativa, sino una contradicción. Trátase de una contradicción de importantes efectos, entre un proceso orgánico de

ampliación del sistema electoral y un proceso inorgánico, provocado por exigencias burocráticas, pero que tuvo la virtud de producir más inscripciones en los años 1963-64 que en toda la historia electoral de Chile.

Las diferencias que el rápido proceso de democratización determinó en el electorado de Chile en lo relativo a los grados de conciencia, constituyen un hecho fundamental en el cuadro político del país.

En su inmensa mayoría los »nuevos« electores no entran al proceso impulsados por algún tipo de motivación política ya que, hasta ese momento, la característica de ellos era la apatía política; la no percepción de alguna conexión entre el sufragio y su situación personal o la del país. Eran mujeres, en su mayoría, de baja o ninguna educación; de ingresos miserables; que habitaban en poblaciones »callampas«, conventillos, barrios muy pobres o del área rural.

La conciencia social más baja y la más alta irracionalidad, son las características más generales de la marginalidad. El despertar de la conciencia llena esta época de Chile y, por ello, »conciencia social« es el concepto clave de este momento histórico.

En los modelos clásicos del desarrollo capitalista (especialmente en el caso de Inglaterra) la conciencia social del pueblo sobre los fines históricos que se perseguían, sencillamente no existía y, por razones obvias, no era necesaria. Otro tanto sucedía en los países subdesarrollados por su coetaneidad con las potencias industriales y, en particular en Chile, por una peculiar coyuntura internacional. La conciencia social del pueblo es un factor necesario, un prerequisite del desarrollo.

La masa que en Chile se incorporó tan repentinamente al proceso electoral está transformando y trastornando todo. Trastornó a la vez el »establecimiento« (»the establishment«) y la solución de los problemas de desarrollo.

El mecanismo tradicional de distribución del ingreso en favor de la minoría privilegiada (compuesta por la oligarquía y por algunos sectores de la clase obrera) requiere como condición de base la pasividad (marginalidad) de la mayoría de la masa del pueblo.

La incorporación de la masa pasiva al sistema electoral significa que, con el poder del voto y de la organización social, entra también al proceso político un volumen colosal de demandas insatisfechas de tipo fundamental; que el Estado y, en general, el Sistema Institucional de Chile, —que ha sido organizado por y para una minoría— no está en condiciones de satisfacer.

Pese a que muchos aún no caen en la cuenta, el »juego« tradicionalmente empleado por las »élites del poder« está condenado a desaparecer a corto plazo. Este se orientaba hacia el consabido ciclo »reajuste - inflación - reajuste« que representaba la técnica política destinada a satisfacer a las minorías organizadas en sus grupos de presión.

En la medida que la condición de base del »juego« —la pasividad de

la masa que absorbe sus consecuencias— va desapareciendo, aquél es también inevitablemente excluido.

Este proceso nuevo y repentino muestra el principal signo de estos tiempos de Chile: la crisis del Estado y de las principales instituciones sociales y la crisis de las Asociaciones que forman parte de la estructura política del país como los Partidos, los Gremios y los Sindicatos.

Como se dijo, la entrada de la masa a la política no es el resultado de un proceso de racionalización en el cual el pueblo hubiese adquirido las motivaciones adecuadas. Es más bien el producto de »la revolución de los certificados« que provocó la Ley N° 14.853 de 1962 al exigir la inscripción electoral para muchos importantes actos no políticos, como suscribir una escritura pública, postular a un empleo, etc.

En los tiempos que corren cabría distinguir dos clases de electores: quienes a lo largo de los años se inscribieron en el Registro Electoral »con« motivaciones políticas (orgánicamente) y aquellos que lo hicieron »sin« ellas (por la mera necesidad del »certificado«).

La diferencia entre ambos grupos radica en que, generalmente en esta época de transición, orientan su voto en direcciones distintas.

El grupo »con motivaciones« vota generalmente según sus respectivos intereses de clase o estamentales. Es decir, vota con más frecuencia, de acuerdo con un cálculo racional de sus intereses.

El grupo de los »sin motivaciones« políticas vota más homogéneamente, es decir orienta su voto, en gran medida, con independencia de las clases sociales. A este grupo pertenece la mayor parte de las mujeres y de la población »marginal«.

Este hecho nos lleva a un curioso fenómeno de transición: frente a varios partidos donde predominan los hombres (distribuidos según sus intereses) existe, por decirlo así, un solo partido donde predominan electoralmente las mujeres.

Este partido de predominio electoral femenino —el Partido Demócrata Cristiano—, gracias justamente al apoyo que obtuvo de las mujeres de todas las clases sociales, puso fin a un largo período de »empate político« en el cual los bandos políticos se neutralizaban recíprocamente y permanentemente, produciendo la inamovilidad política, económica y social del país.

El 4 de septiembre de 1964 los electores se distribuyeron en la siguiente forma entre el candidato presidencial de la Democracia Cristiana, Eduardo Frei y el del Frente de Acción Popular (FRAP), Salvador Allende.

Solamente en una pequeña provincia de Chile (Arauco), Allende derrotó a Frei en la votación femenina.

Por otra parte, uno de los más importantes efectos del hecho trascendental de la ampliación brusca de la base electoral de Chile y de la forma como ésta se llevó a cabo, es la notoria asincronía entre el liderato que compone el gobierno del Presidente Frei y la masa que lo eligió.

Tabla N° 3

RESULTADO DE LA ELECCION PRESIDENCIAL DEL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1964
POR AMBOS SEXOS

	<i>Frei</i>	<i>Allende</i>	<i>Total</i>
Hombres	52.37	47.63	100.0%
Mujeres	66.31	33.69	100.0%
Totales	59.03	40.97	100.0%

Fuente: Dirección del Registro Electoral, Chile.

El liderato del nuevo Gobierno es una parte importante del pequeño sector de alta racionalidad que posee Chile como capital político; pero, por otro lado, la mayor parte de la masa que votó por Frei representa al sector más irracional y de más baja conciencia social que existe en el país.

Se produce así la unidad de los extremos en el continuo de la racionalidad.

La expresión creciente de una masa, urgida por necesidades elementales, hace imposible seguir utilizando las viejas técnicas políticas. Este crecimiento implica, por parte de ellas, una toma de conciencia como también una inicial participación y movilización. Añádase que dichas masas cuentan ahora con el arma del voto y de la organización.

No ha de extrañar, pues, la caducidad de aquellos procedimientos empleados antes para el acomodo de los grupos de poder. El fenómeno que se viene exponiendo, obliga a diseñar una gran política de desarrollo con claras metas nacionales. Sus medios y fines han de caracterizarse por la originalidad de su enfoque y de sus soluciones.

La crisis del Estado y, en general, la crisis política de la época, no puede resolverse sin cambiar el sistema institucional. Sólo así podrán eliminarse los obstáculos a una política de desarrollo orientada a la transformación de Chile mediante el paso de una sociedad oligárquica a otra democrática. En ella toda la población tendría acceso a los bienes materiales y culturales que el país produjera.

Se producirá así el retorno a los principios de legitimidad invocados durante la Independencia. Se pondría fin a la «esquizofrenia histórica» del desdoblamiento entre estructura social oligárquica y principios ideológicos igualitarios.

Hay que tener en cuenta que la inorgánica y curiosa mezcla de elementos racionales e irracionales que llenan este tiempo de Chile de una variada gama de potencialidades, puede actualizarse en cualquiera dirección histórica. Se está generalizando la conciencia de los fines de lo que se desea, pero de ningún modo se podría decir que existe una decisión colectiva acerca del Sistema Social más eficaz para alcanzar tales fines.

La masa del pueblo mide en términos de »eficacia« la política de los gobiernos. El problema más complejo que enfrenta un gobierno que tiene una política nacional de desarrollo estriba en que la eficacia es, en nuestras condiciones, un producto de la »planificación« —que es la forma más alta de racionalidad política—, la cual debe ser lograda contando con una masa que tiene un alto grado de irracionalidad.

A nuestro juicio, es ésta, fundamentalmente, la contradicción más profunda de un modelo de desarrollo de tipo democrático burgués.

Todos los países que han llegado tarde al proceso de desarrollo han recurrido a una estructura política autoritaria para el doble fin de »obligar« a la población a seguir el sacrificado camino del progreso y de neutralizar las interferencias extranjeras en el proceso del desarrollo nacional. La historia no ha entregado todavía un ejemplo de país que se incorpore tarde al proceso de desarrollo y que haya logrado convertirse en una sociedad moderna e industrial sin recurrir al autoritarismo político. La India lo intentó pero fracasó y, paradójicamente, sus principales fronteras las tiene con países de desarrollo rápido y autoritario.

Chile es un caso de país que intenta su desarrollo contra una repetida experiencia histórica. Pretende desarrollarse dentro de los marcos de una estructura política democrática (amplia participación y movilización de la masa, adquisición de una plena conciencia social, pluralismo político, respeto a la oposición, cambios sociales dentro de la legalidad, etc.) con el apoyo de la potencia dominante en la región, Estados Unidos, en los lineamientos de la política de la Alianza para el Progreso.

Que nunca se haya dado un caso así y, muy por el contrario, que siempre se hayan producido los casos opuestos, no significa que se pueda dar por sentada la imposibilidad de tal modelo.

Lo que sí se podría decir inmediatamente es que un modelo tan poco usual exige técnicas políticas e instituciones de diversos tipos que reemplacen fundamentalmente la doble tarea que cumple con eficacia un gobierno autoritario.

Urgirá, pues, atender a la consecución de un consenso activo de parte de la población y a la redefinición de las relaciones económicas y políticas con la potencia dominante (Estados Unidos).

Los determinantes sociales de la democracia política en Chile*

La democracia política, «ese ordenamiento institucional para alcanzar las decisiones políticas, en el cual los individuos adquieren la facultad de decidir mediante una lucha competitiva por el voto del pueblo» (Schumpeter, 1962, p. 269) es siempre un logro precario, en particular para los países subdesarrollados. En realidad «La democracia política ha mostrado ser tan vulnerable a los cambios de la estructura social, que la mejor comprensión de estos procesos se ha convertido en una de las principales tareas de la ciencia social» (Lipset, Trow y Coleman, 1956, Introducción). En este trabajo presento una serie de hipótesis breves, incluso esquemáticas, con respecto a los determinantes sociales de la democracia política en Chile, por cuanto considero que las razones por las cuales Chile ha sido históricamente una democracia política estable poseen una significación teórica general.

Chile, la llamada «república del cordón de zapato», que se extiende a lo largo de la costa occidental de América del Sur desde la extremidad del Cabo de Hornos hasta la frontera peruana ubicada a 2.600 millas de distancia, «posee antecedentes de estabilidad únicos en América Latina» (Herring, 1956, p. 573). El sistema de partidos, basado en los grupos de «notables» de la aristocracia chilena, ha tenido en Chile una existencia continuada desde 1831; el país tiene «una historia de gobierno representativo no superada en América Latina» (Johnson, 1958, pp. 72 y 92), y una «tradición de respeto por el orden constitucionalmente establecido y por la decisión de la urna electoral» (Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1964, p. 13).

¿Por qué razón se ha mantenido en Chile, durante los últimos cien años, aproximadamente, un sistema multipartidario estable, cuyos partidos políticos se extienden a lo largo de un espectro ideológico desde la izquierda hasta la derecha? Este interrogante es simplemente una formulación particular y limitada del problema teórico general: ¿Cuáles son las condiciones sociales e históricas responsables del desarrollo y la instituciona-

*Publicado en la *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. II, N° 2, Buenos Aires, julio de 1966, pp. 223-235.

lización de una democracia política estable? El hecho de centrar nuestro estudio en Chile tiene una particular significación teórica por cuanto se trata de un »caso desviado« en América Latina, no sólo en el importante sentido de que su democracia parlamentaria es única en América Latina, sino también por otra razón: Chile parecería divergir con respecto a muchas teorías prevalecientes (si no dominantes) relativas a los requisitos sociales de la democracia política estable.

Los estudiosos occidentales contemporáneos de la democracia política y de la política revolucionaria (llamada »extremista«) han vinculado en forma más o menos consistente lo que consideran son los requisitos sociales de la democracia política —las condiciones bajo las cuales surge y se mantiene viable la democracia— con condiciones opuestas a aquéllas en las cuales subsisten y se desarrollan los movimientos revolucionarios significativos (ideológicamente hablando, por lo menos). Así por ejemplo, la existencia de las democracias angloamericanas se »explica« a menudo en los mismos términos (y según las mismas variables generales) utilizadas para explicar la falta, en esos países, de movimientos revolucionarios de clase obrera (anticapitalistas) importantes. Se pretende que la democracia parlamentaria estable y una clase obrera gradualmente reformista (no marxista y no revolucionaria) son diferentes caras de la misma moneda, fundidas con los mismos materiales y causadas por los mismos procesos y relaciones sociales. »La inestabilidad del proceso democrático en general y la fuerza de los comunistas en particular« se consideran directamente relacionadas (Lipset, 1959, p. 129).

Se afirma que países tales como Francia e Italia, por ejemplo, son democracias inestables no sólo por las mismas razones que produjeron la emergencia y el mantenimiento de sus importantes partidos comunistas basados en la clase obrera, sino incluso debido a la presencia de esos partidos. Así, el sociólogo político Seymour Martin Lipset, en su importante artículo sobre »Algunos requisitos sociales de la Democracia« llegó a definir las democracias estables de Europa como aquellas caracterizadas por »la continuidad ininterrumpida de la democracia política desde la Primera Guerra Mundial y la ausencia durante los últimos veinticinco años de un movimiento político importante (fascista o comunista) opuesto a las reglas democráticas del juego« (Lipset, 1959, p. 48). Con este enfoque, como si se tratase de una prestidigitación conceptual, se oscurece un problema teórico fundamental: las circunstancias que hacen (permiten) que los partidos políticos que se proclaman socialistas revolucionarios de clase obrera coexistan con (y existan dentro de) una democracia política estable.

Desde luego, Chile es precisamente el caso adecuado, por cuanto es un país caracterizado no sólo por una democracia política estable sino también por la presencia de un »frente proletario« socialista-comunista (Frap: Frente de Acción Popular) que recibió el 38,9 por ciento de los votos presidenciales en la elección de 1964 y el 28,9 por ciento en 1958. El

voto combinado comunista-socialista no bajó de un 20 por ciento en cualquiera de las elecciones de legisladores de las dos últimas décadas. Si no hubiese sido por los pocos votos femeninos en favor del candidato del FRAP, Salvador Allende, en 1958, Chile se hubiera convertido en la sede del primer gobierno socialista revolucionario que ganara el poder a través de las elecciones en una democracia política capitalista. Entre todos los votantes, Allende perdió por menos del tres por ciento; pero entre los hombres ganó en realidad una mayoría de un margen aproximadamente igual a aquel por el cual perdió la elección en el conjunto del electorado.

Chile ofrece, por lo tanto, una oportunidad sobresaliente para poner a prueba las suposiciones e hipótesis de algunas «teorías» actuales de la democracia estable desarrolladas fundamentalmente sobre la base de la experiencia histórica de los países europeos y angloamericanos. Al hacerlo, puede adquirirse una comprensión más adecuada de los determinantes sociales de la democracia política. Como en cualquier otro «análisis de casos desviados» (Goode y Haltt, 1952, p. 89; Kendall y Wolf, en Lazarsfeld y Stanton, 1949, pp. 152-179), nuestro estudio puede revelar variables adicionales que deben ser incorporadas a una teoría de la democracia política (variables que, de otro modo, podrían ser pasadas por alto). Al análisis del «caso desviado», Chile puede realmente añadir datos adicionales a la teoría general de la democracia política, al mostrar que existe una explicación subyacente tanto para los desviados como para los no desviados. (Lamentablemente, esta última es una tarea que debe dejarse para otra oportunidad, cuando podamos realizar un análisis comparativo sistemático de los sistemas políticos latinoamericanos).

Aquí sólo me propongo tratar de ofrecer algunas breves hipótesis de trabajo con respecto a la democracia política chilena que creo dignas de compartir actualmente con otros científicos sociales, por cuanto pueden ser valiosas para estimular la investigación comparativa. Al ofrecerlas, doy por sentada la familiaridad del lector con la historia chilena y no hago esfuerzo alguno por documentarlas o explorarlas en forma sistemática.

En una teoría de la democracia política se hallan implicadas obviamente dos cuestiones de índole diferente: a) las condiciones que condujeron a la estabilidad política, y b) las condiciones que condujeron a la estabilidad política democrática (en lugar, por ejemplo, de una dictadura políticamente estable) en Chile. Una serie de simples «explicaciones» que he visto en las obras escritas sobre Chile no son en absoluto explicaciones: el «genio de Diego Portales»; el hecho de que el pueblo respeta la constitución; que los chilenos son moderados, legalistas y pragmáticos; que el gobierno es legítimo; que la democracia es una «tradicción»; que los partidos (aun cuando haya muchos) han podido formar fácilmente coaliciones; que los militares no han intervenido en política (excepto durante un breve interludio entre 1925 y 1931), etc. La mayor parte de esas «explicaciones» son menos explicaciones que descripciones de bajo nivel de algunos aspectos del sistema político chileno que lo señalan como una

democracia política estable. Aquéllas confunden la observación de un síndrome con la explicación; es algo muy parecido a decir que la razón por la cual alguien se siente inferior es que tiene un complejo de inferioridad. Sea como fuere, mi interés principal, como sociólogo político, es el de identificar los aspectos o rasgos de la estructura social en su conjunto, que subyacen o determinan la estabilidad de la democracia del sistema político chileno.

Existen también algunas teorías generales de la democracia política que si bien explican algo, explican demasiado poco y suponen demasiado. Con respecto a ellas, no puedo detenerme a tratarlas en detalle. Es digno de señalarse, sin embargo, que la teoría que sostiene que la democracia (a la manera de Lipset) tiende a ser ahistórica. Primero, no se especifica cuándo un país es »desarrollado«, sino que se basa en una ecléctica selección de índices de desarrollo despojados de su contenido histórico y de clase. Tal teoría, por ejemplo, deja totalmente inexplorada y sin tratar la emergencia de la democracia política en la nación esencialmente agraria de los Estados Unidos postcoloniales y de la frontera. También Inglaterra, por ejemplo, desarrolló los derechos y libertades democráticos más importantes, tales como el Habeas Corpus, una gran dosis de libertad de expresión, etc. mucho antes de convertirse en una »nación desarrollada«. En segundo término, aun una ojeada rápida a las clases de estadísticas aducidas para »explicar« la democracia estable revela que Chile ocupa diferentes lugares al ser clasificada, según los índices que se utilicen. Generalmente se carece en forma lamentable de la explicación racional teórica de determinados índices. Más importantes aun, en lo que se refiere a muchos índices estratégicos, Chile se halla muy por debajo de algunos países en los cuales han sido características la inestabilidad y la dictadura. Así, por ejemplo, mientras el ingreso per cápita de Chile era de 360 dólares, dos países que no se destacaron en las últimas tres décadas ni por la estabilidad ni por la democracia (Argentina y Venezuela), se hallaban muy por encima de Chile, con ingresos per cápita, respectivamente, de 460 y 540 dólares. El único otro país con ingreso per cápita superior a 300 dólares era la Cuba de Batista, con 310 dólares.

Al utilizar una variedad de índices de desarrollo económico, hallamos que la situación de Chile en América Latina no admite la simple teoría de que el desarrollo económico permite ipso facto a un país convertirse en una democracia política. Una teoría que no logra especificar qué interrelaciones se supone existen entre el desarrollo económico y la democracia no es en modo alguno una teoría. La correlación difícilmente es explicación, en especial cuando incluso muchos correlatos son erróneos.

Una vez que cualquier teoría de la relación entre el desarrollo económico y la democracia política va más allá de la mera demostración de una íntima asociación entre el nivel de desarrollo de un país y la probabilidad de que sea una democracia política estable; una vez, en otros términos, que comienza la especificación de la teoría, se introduce una multiplici-

dad de variables que poco tiene que ver con el nivel de desarrollo económico per se. Lipset, por ejemplo, explora el influjo de la religión, los acontecimientos históricos «clave», la velocidad del desarrollo, la propia estructura gubernamental en tanto se realimenta en el sistema político más amplio, los problemas de la legitimidad y las reacciones de las clases gobernantes o conservadoras, etc.

Más allá de un cierto nivel de desarrollo económico necesario para sostener cualquier estructura política, existe un vasto reino de incertidumbre en cuanto al tipo de sistema político que surgirá. Lo esencial con respecto al desarrollo económico, en lo que se refiere a sus efectos sobre la política, es su interrelación con determinados tipos de pautas de conflictos sociales y su resolución. En realidad, ninguna de las dos cosas puede ser entendida sin la otra. «Los derechos democráticos, según Lipset, Trow y Coleman, se desarrollaron en las sociedades, en gran medida, a través de las luchas de varios grupos (de clase, religiosos, de facciones, económicos, profesionales, etc.) unos contra otros y contra el grupo que controla el Estado» (Lipset, Trow y Coleman, 1956. Introducción).

Esta idea general, a la que a veces se hace referencia como «teoría del pluralismo social», es la que ha guiado mi investigación de las fuentes de la democracia política chilena, y mi interrogante primordial puede por lo tanto formularse en la forma siguiente:

¿Qué luchas en Chile, entre qué grupos de intereses (regionales, de clase, intraclases, internacionales), en qué etapas del desarrollo del país, condujeron a la legitimación e institucionalización de la democracia política formal?

Sugiero las siguientes hipótesis de trabajo, muy esquemáticas, con respecto al problema:

1. El conflicto entre los intereses político-económicos británicos y norteamericanos, en las primeras décadas de la historia nacional chilena, tuvo dos aspectos.

a) En el período posterior al logro de la independencia chilena, las alianzas de Inglaterra con un sector de las clases dirigentes y de Estados Unidos con otro sector, dividieron internamente esas clases y crearon dentro de ellas centros conflictivos de poder, cada uno de ellos interesado, por lo tanto, en legitimizar el derecho de disentir. (O'Higgins, por ejemplo, estuvo más íntimamente aliado con Inglaterra, y Carrera con Estados Unidos. O'Higgins ganó su conflicto con Carrera. La división se mantuvo luego de la muerte de ambos, constituyendo una base importante de uniones y desuniones). Compárese esto con la situación en el Caribe, y en especial con el papel de Estados Unidos en Cuba. La incompetencia de España, la intervención de Estados Unidos en la guerra cubana por la Independencia y su imposición de la Enmienda Platt, transformaron a Cuba en un protectorado político. Esto ocurrió, además, cuando los principales líderes de la lucha cubana por la independencia ya habían muerto y las familias

coloniales dirigentes, que habían estado en favor de España y no de la independencia, pudieron ligarse fácilmente a la nueva potencia extranjera en Cuba, en lugar de tener que asegurar su propia base en el país.

b) En Chile, el conflicto entre los intereses británicos y los norteamericanos, junto con la propia economía chilena, relativamente desarrollada, y la fuerza militar independiente (véase más adelante) le impidieron convertirse en una colonia directa o en un protectorado político de cualquier potencia, el resultado de lo cual hubiera sido no permitir su desarrollo democrático, tal como lo muestra con claridad la historia de la intervención y ocupación norteamericana del Caribe. Derribar a voluntad gobiernos »incompetentes«, »insolventes« o »perjudiciales« de poco sirve en cuanto a implantar la estabilidad o el respeto por el orden constitucional (o por los propios gobernantes).

c) Las clases gobernantes chilenas dotadas de una base interna, contaron así con tiempo suficiente después de lograr la independencia con respecto a España y con la base económica (véase más adelante) para demostrar su propia eficacia y reforzar su legitimidad que nunca habían perdido puesto que ellas y sus representantes tuvieron un papel directivo en el propio movimiento de la independencia. Su legitimidad como gobernantes nunca estuvo en peligro, cosa que ocurrió en cambio con la legitimidad de las »clases dirigentes« del Caribe, que con frecuencia no gobernaban y se aliaban, encubierta o abiertamente, con un gobierno extranjero y con industrias de propiedad foránea, de los cuales dependían.

La constitución chilena de 1828, la primera después de la independencia, puede considerarse un reflejo de la opinión del llamado »partido« Liberal en las clases dirigentes chilenas; la constitución de 1833, destinada a durar casi un siglo, reflejó al llamado »partido« Conservador. La constitución cubana en 1901 fue redactada durante la primera ocupación de Estados Unidos y reflejó por lo tanto la influencia norteamericana, y difícilmente pudo ser reverenciada como un símbolo del orden nacional o como la corporización de la voluntad nacional. En Chile, el orden legal fue identificado con un gobierno nacional legítimo y pudo servir como sólida fuente de autoridad. En Cuba el orden legal fue identificado con los intereses de un explotador capitalista.

11. La precoz envergadura y el rápido ritmo del desarrollo económico chileno otorgaron a sus clases dirigentes una ilimitada confianza en sí mismas y en el »destino en América Latina« de su país, aumentando así su capacidad de gobernar en un nivel subjetivo y objetivo (la índole de los recursos de que disponían). Tuvieron el poder de asegurar su gobierno y definir las reglas del juego político, y su demostrado »éxito« aumentó su prestigio y aseguró su legitimidad entre la ciudadanía. Su éxito las ayudó también a desarrollar una ideología de »libertad« y *laissez faire* no sólo en el mercado propiamente dicho sino también en la arena política.

a) Las propias políticas imperialistas de Chile tuvieron un carácter crítico tanto en su precoz y sostenido desarrollo económico como en lo que se refiere al refuerzo de sus instituciones políticas, ya relativamente estables. La guerra del Pacífico (1879-83), en la que Chile obtuvo Antofagasta de Bolivia y Tarapacá del Perú proporcionó a sus clases dirigentes un control seguro de la fuente de nitratos más rica del mundo, permitió importantes obras públicas en la década de 1880 y proveyó al presupuesto nacional fondos en apariencia inagotables.

b) Los gobernantes de Chile demostraron su capacidad para gobernar eficazmente en interés «de la nación», manteniendo el orden interno y dirigiendo en forma competente una guerra victoriosa e inmediatamente enriquecedora contra dos naciones que contaban con una población equivalente al doble de la suya. Al demostrar su eficacia, los gobernantes civiles chilenos aumentaron más aún su legitimidad, impidieron el surgimiento de una élite militar independiente dentro del país como una posible amenaza o incluso un centro competitivo de prestigio o poder y, de hecho, reforzaron la subordinación de la autoridad militar a la civil.

c) Los recursos minerales (nitratos y cobre) adquiridos en la guerra sirvieron también para ensanchar y fortalecer la base del estrato banquero-industrial-minero que acababa de desarrollarse en las clases dirigentes, el cual unió sus fuerzas a las de los partidos de oposición, Liberal y Radical, en su competencia por el poder con el Partido Conservador basado en los elementos más antiguos de la aristocracia terrateniente y mercantiles, centrados en Santiago y Valparaíso.

d) La guerra imperialista amplió también el desarrollo de un sentido de identidad nacional y de «destino» nacional y un renovado celo por la independencia. Además, los Estados Unidos aparecieron entonces como una amenaza concreta en sus tentativas por impedir que Chile afirmara su control sobre los territorios recién ganados, brindando así un estímulo negativo al nacionalismo chileno. La guerra sirvió también para fortalecer un sentido nacional cuasi-racista de singularidad y superioridad en América Latina.

iii. La inversión económica extranjera nunca fue predominante en el sector agrícola de Chile de modo que la aristocracia chilena no se vio debilitada o desplazada por una clase propietaria-ausentista extranjera como ocurrió, por ejemplo, en Cuba, donde cualquier aristocracia auténticamente terrateniente fue imposible debido a la penetración norteamericana en la agricultura.

a) La pauta de desarrollo económico en Chile fue además de índole tal que la estructura social agraria y por lo tanto la base de los terratenientes como clase se mantuvo en gran medida intacta. Las relaciones tradicionalistas y paternalistas se han mantenido hasta el presente en el campo, dentro de las haciendas, con muy pocos cambios. Los campesinos e inquilinos, aislados, localizados y en número reducido dentro de las ha-

ciendas, constituyeron una base segura para el poder de la clase terrateniente. En Cuba, por el contrario, el desarrollo de unidades de producción en gran escala de propiedad extranjera, en el sector azucarero, basado en el empleo de masas de asalariados, destruyó el tradicionalismo y el paternalismo, desplazando además a la clase gobernante nativa. Además en medio de los trabajadores agrícolas y campesinos de Cuba estaban también las »fábricas del campo«, las centrales azucareras que empleaban obreros industriales propiamente dichos, los cuales se convirtieron en una temprana amenaza para el orden político y económico de Cuba y en una fuerza revolucionaria potencial siempre presente cuya influencia se irradió a todo el país. En Chile, las minas se convirtieron pronto en importantes centros de poder de la clase obrera (véase más adelante) y ejercieron influencia en el desarrollo de la militancia entre ciertos campesinos, especialmente el campesinado comunal del norte; pero aquéllos estaban esencialmente aislados del campesinado en conjunto y no planteaban amenazas para la estabilidad del orden social.

b) No obstante la importancia de las primitivas inversiones económicas en Chile, las minas de cobre y nitrato continuaron proveyendo una clase chilena desarrollada de empresarios-industriales con una segura base económica (más o menos) propia. Esto aumentó su primitiva ideología nacionalista y »antiimperialista« (con el impulso adicional de la guerra del Pacífico y las consiguientes dificultades diplomáticas con los Estados Unidos), y su lealtad a la soberanía chilena y al sistema político chileno. Su demostrado nacionalismo contribuyó, a su vez, a sostener su dominio y su legitimidad con la ciudadanía. Contrástese esto con lo ocurrido en Cuba, donde, cuando comenzó a desarrollarse en la década de 1920 un cierto nivel de »nacionalismo en los negocios«, se dio bajo la tutela norteamericana y estimulado por los Estados Unidos como medio de apoyar un gobierno cooperativo de hombres de negocios con una fachada de nacionalismo autoafirmativo.

iv. La pauta del primitivo desarrollo económico de Chile fue además de índole tal que poco después de obtenerse la independencia apareció una auténtica clase obrera industrial que exigió y obtuvo el derecho de organizarse y cuyos dirigentes fueron los sostenedores de la ideología democrática.

a) La fuerza de la organización de clase obrera industrial se hallaba en el sur y en el norte del país y estaba centrada en las zonas de las minas de cobre, del carbón y los nitratos, fuera de las grandes ciudades y lejos de la capital. Eran pues importantes centros independientes y autónomos que contrarrestaban en cierta medida el poder de las clases dirigentes y estimulaban la legitimación del derecho de los obreros a organizarse.

b) La dispersión de esa fuerza de la clase obrera sirvió de fuente de poder contrabalanceador sin plantear una amenaza real al poder de las clases dirigentes, debido a que las luchas locales y regionales tendieron a que-

dar confinadas en esas zonas (y a disiparse en ellas) en lugar de convertirse en luchas nacionales entre las clases en su conjunto. En Cuba, por el contrario, las centrales azucareras estaban dispersas en todo el país y ubicadas en medio del campo; había un contacto regular entre los trabajadores agrícolas y los obreros de los trapiches y la coordinación de las huelgas en la industria de toda la nación se convirtió inevitablemente en una lucha nacional. Además la proporción de obreros implicaba en y/o dependiente de la industria azucarera los convirtió en una fuerza nacional, en contraste con la situación de los mineros chilenos que siempre constituyeron una minoría numéricamente insignificante de la clase obrera, aun incluyendo a los ocupados en las plantas procesadoras.

c) En la lucha por la influencia entre los nuevos industriales mineros y la vieja aristocracia terrateniente, los obreros de las zonas mineras fueron solicitados inicialmente por ambos en el sentido electoral, y en apariencia representaron un papel significativo en apoyo del movimiento político de los industriales mineros de mediados del siglo XIX (representados por hombres como Pedro León Gallo, Urmeneta, Vicuña Mackenna, Matías Cousiño, Gregorio Ossa, Agustín Edwards Ossandón). Esto contribuyó a asegurar el ingreso de dichos industriales a las clases dirigentes, al mismo tiempo que aumentó la organización y la conciencia política de los obreros.

v. La evidente fuerza del nuevo movimiento obrero basado en los mineros; la rapidez del desarrollo económico y la atracción de las nuevas fortunas para una aristocracia muchos de cuyos miembros se habían visto recientemente empobrecidos por la depresión de 1858-60; el hecho de que las minas estaban enraizadas en el campo; y los orígenes extranjeros de muchos de los nuevos ricos, contribuyeron a integrarlos en las antiguas clases dirigentes por medio de vínculos familiares, sociales y económicos.

a) La legitimidad de la aristocracia («nombres» antiguos) y la riqueza de los nuevos industriales tendieron a apoyarse una a la otra y a estabilizar la híbrida nueva clase dirigente.

b) La introducción de tantos hombres nuevos, con nuevas ideas y talentos, también contribuyó, probablemente, a asegurar la estabilidad del dominio de la nueva amalgama de clase dirigente, mientras que la permanencia de divisiones y centros competitivos de poder basados en conflictos anteriores tendió a reforzar una ideología de compromiso político y a legitimizar el derecho a organizarse y competir por el poder político.

c) Así como la antigua aristocracia había participado directamente en la política partidaria e ingresado en el servicio del gobierno y en los cargos electivos, lo mismo hicieron los elementos más nuevos de las clases dirigentes. Por lo tanto, los hombres capaces y enérgicos de cualquier origen social consideraron la política como una carrera respetable y, a menudo, después de un aprendizaje en asuntos privados que les propor-

cionó una dotación de experiencia y valores comunes, adoptaron la política como una vocación. En Cuba faltó el respeto por los cargos electivos, fundamentalmente porque tales cargos implicaban poca autoridad real sobre el destino de la nación, controlada por una potencia extranjera. «Política» era una mala palabra, se identificaban el oportunismo, la corrupción y el gangsterismo con el cargo público, y los hombres de valor o bien menospreciaban la política como carrera o bien se degradaban en el proceso de convertirse en «políticos» endurecidos.

vi. La diferenciación económica regional entre los sectores de la clase dirigente también tornó probablemente más fácil el vivir y dejar vivir políticamente y el creer en la política, por cuanto dentro de esas zonas del país podían gobernar diferentes sectores de la clase dirigente; por otra parte, todos tuvieron que ceder unos a otros en el nivel nacional a fin de lograr la conciliación y formar coaliciones y alianzas para cumplir sus fines y proteger sus intereses percibidos.

a) Por otra parte, las lealtades zonales o regionales entrecruzaron las líneas de clase y reforzaron las bases de los diferentes partidos políticos y de las facciones dentro de esos partidos.

vii. La integración económica y social de la clase dirigente se cumplió en gran medida, se aseguró su legitimidad y se estableció el sistema de partidos, antes de que la clase obrera se convirtiera en una fuerza política independiente con sus propios líderes que articularon por lo menos, una ideología revolucionaria. Por lo tanto, la fórmula y la ideología políticas de la lucha pacífica por el poder, si bien fue severamente puesta a prueba en el período de la crisis social de 1925-31, pudo sobrevivir y ser revigorizada en los años siguientes. Las pautas institucionales para la resolución y contención del conflicto social estaban establecidas y el dominio de los gobernantes era suficientemente seguro para permitirles ser flexibles al tratar las demandas de la clase obrera (aunque hasta en este caso, la época Alessandri-Ibáñez indica la fragilidad incluso del sistema chileno).

a) La ideología de la lucha pacífica por el poder tuvo en Chile, en realidad, tal fuerza que se imprimió directamente incluso en la primitiva etapa preburocrática del llamado movimiento revolucionario socialista y comunista. El Frente Popular inauguró entonces una época de participación de la izquierda en el conflicto social institucionalizado, y de socialismo parlamentario, como un método para contener el conflicto dentro de canales aceptables, que duró hasta el presente.

b) De hecho, el período del Frente Popular sirvió para implantar una relación institucionalizada entre los llamados partidos revolucionarios (Socialista y Comunista) y el partido representante de los elementos más nuevos de la clase capitalista (partido Radical), como forma de negociar el apoyo político de la izquierda y su contención de las demandas de la clase obrera a cambio de «políticas de desarrollo nacional» desea-

das tanto por la izquierda como por los capitalistas - industriales. Políticamente, una consecuencia esencial de esta alianza fue la estabilización del dominio de la clase dirigente y el refuerzo de la democracia parlamentaria durante el período crítico que siguió a la demostración de la fragilidad de que padecía incluso la estructura política chilena en 1927-33. Además éste fue también un período de desarrollo económico sostenido que vio el rápido crecimiento de la clase obrera.

c) La índole esencialmente parlamentaria de la izquierda chilena se ha basado en una clase obrera que está fragmentada desde el punto de vista de la organización y que, por lo tanto, pudo constituir muy poco aparte de una base electoral. En tanto sus líderes optaron sólo por los métodos de lucha parlamentarios y «pacíficos» y no lograron siquiera organizar sus recursos en un impulso sostenido para organizar lo desorganizado, la clase obrera como clase no ofreció realmente, ni pudo ofrecerla, una amenaza a la estabilidad chilena. En realidad aparte de las minas de cobre, carbón y nitrato, de acero y fábricas textiles, el sindicalismo chileno es aún hoy de índole esencialmente artesanal, localizado, aislado y política y hasta económicamente importante. (De las 296 comunas chilenas sólo 20, o sea el 6,7%, tienen un 25% de fuerza de trabajo organizada. Diez de aquéllas se encuentran en comunidades mineras. En resumen, menos del 15% de toda la fuerza de trabajo se halla organizada). De tal modo, la paradoja y la debilidad básica de la izquierda chilena estriban en que mientras tiene profundas raíces políticas en la clase obrera, y esta clase se halla politizada en muchos sentidos, es incapaz desde el punto de vista organizativo de actuar con suficiente cohesión para desestabilizar el sistema.

d) La democracia política chilena se ha basado hasta el presente, por lo tanto, en un equilibrio de fuerzas sociales más o menos estancadas, más o menos dispuestas a actuar una con respecto a la otra en la arena política con el tácito supuesto de que cada una respetará los «derechos» de los demás con respecto a sus intereses fundamentales tal como los definen. Ninguna ha estado dispuesta o en condiciones de perturbar este equilibrio y correr el riesgo de las consecuencias. Sin embargo, el resultado de este equilibrio y de la no disposición de la izquierda a desafiarlo y arriesgar una auténtica confrontación de intereses sociales fuera de la arena parlamentaria ha sido el que Frederick Pike formuló recientemente con tanta exactitud: «lo que desde 1920 hemos elogiado como democracia en Chile ha sido poco más que un sistema en el cual una clase reducida y privilegiada se ha mostrado caballerosa al determinar, a través de procesos electorales muy limitados, cuáles de sus miembros habrían de gobernar el país» (Pike, 1963, p. xxv).

A su vez, este equilibrio de intereses ha significado que «la democracia chilena y el capitalismo chileno han marchado de la mano hacia la producción de una atroz injusticia social... y el control político jerárquico que caracteriza la política chilena» (Pike, 1963, p. 296).

El gobierno demócratacristiano, bajo la dirección de Eduardo Frei, parece sin embargo, estar rompiendo con este pasado y perturbando el equilibrio (un equilibrio que, en realidad, puede haber estado ya perturbado o en peligro por lo menos desde las elecciones presidenciales de 1958). Los cuadros dirigentes del Partido Demócrata Cristiano hablan en un lenguaje revolucionario acerca de cambiar la antigua estructura del poder, de realizar una reforma agraria fundamental, de la dignidad del campesino y de la defensa de la independencia chilena. Al mismo tiempo su gobierno ha lanzado un severo ataque al FRAP (la alianza socialista-comunista), como cabeza de turco de los males de la nación, está tratando de establecer un movimiento sindical dual bajo su tutela, de quebrar el poder de la clase obrera organizada, especialmente en las minas de cobre, y de proscribir el derecho de huelga, excepto bajo la aprobación explícita del gobierno. El gobierno está tratando también de organizar su propia base de masas en los vecindarios de clase obrera y en especial entre los habitantes más pobres de los barrios bajos en los cuales bajo su programa de «Promoción Popular» está estableciendo lo que llama asociaciones vecinales «no políticas», clubes femeninos, etc. También en el campo está organizando, bajo su tutela, sindicatos de campesinos. La pequeña burguesía ha desplegado un apoyo masivo cada vez mayor en favor del gobierno, incluyendo la concurrencia a reuniones masivas para apoyar su política represiva en contra de los sindicatos mineros. El slogan actual del gobierno demócratacristiano de Frei es «la mano dura»; pero frente a él, sigue existiendo el gran interrogante. Por el momento parece claro que no se dirige contra los terratenientes, los banqueros e industriales, o las inversiones norteamericanas en las minas de cobre, sino más bien contra la antigua e institucionalizada izquierda que esencialmente se adaptó al sistema político existente de negociación y obtención de ganancias. El problema es si el sistema de la democracia política en Chile sobrevivirá a la negativa de los demócratacristianos a actuar según las reglas del juego establecidas.

La crisis integral de Chile*

Partimos del supuesto que el país vive en una situación de crisis integral, que afecta o envuelve todos los aspectos de nuestra vida como sociedad organizada. Sin embargo, para propósitos de análisis, podemos decir que hay tres grandes crisis: la económica, la sociopolítica y la cultural. Voy a decir unas cuantas palabras sobre cada una de ellas para facilitar la relación que tengo que hacer en seguida con el Programa de Gobierno.

LA CRISIS ECONOMICA

El juicio acerca de si el país está o no en una situación de crisis económica se puede hacer recurriendo al examen de cuatro elementos, que son: velocidad del desarrollo económico, la estabilidad monetaria, la distribución del ingreso y la dependencia financiera internacional.

En nuestro país la velocidad del crecimiento es baja: 3,6% al año. Esto implica que nuestro bajo nivel de vida promedio por habitante se duplicará sólo cada 65 años. A esa velocidad se hace casi imposible cerrar el vacío que se ha estado creando entre el incremento de las aspiraciones y las posibilidades materiales de satisfacerlas, y nos iremos quedando atrás en el concierto de las naciones.

En cuanto a estabilidad monetaria, ustedes han vivido nuestra incapacidad como pueblo para derrotar esta inflación que nos corroe desde hace más de 80 años. La inflación es una enfermedad o el síntoma de una enfermedad. Sobre esto hay acuerdo desde el Kremlin hasta Wall Street. Lenin mismo afirmó que la manera más segura para destruir la economía era la destrucción de su moneda. Si ustedes se preocupan de examinar las estadísticas, podrán comprobar que este país ha estado empeñado en acelerar la velocidad de destrucción del valor de su moneda.

Un país está experimentando una crisis económica si la distribución del ingreso es demasiado desigual. En Chile es demasiado desigual en conformidad con muchos criterios, pero especialmente, en el sentido que algunos obtienen una remuneración que es mucho mayor de lo que sería necesario para que produjeran el esfuerzo que están realizando, mientras otros reciben una remuneración que es mucho menor de lo que es indispensable para que den de sí todo lo que potencialmente pueden dar. No se trata de postular una distribución igualitaria. La igualdad es imposible, incluso en una sociedad socialista.

*Publicado por la Editorial Universitaria, Santiago, 1966.

Si se examina nuestra dependencia financiera internacional, también se verifica que estamos en crisis. De un total de alrededor de US\$ 700 millones que importamos anualmente, alrededor de US\$ 130 millones se pagan con préstamos y del total de lo que invertimos anualmente cerca del 20% se financia con ayuda del exterior. Como consecuencia de esto, nuestra deuda externa ha venido aumentando a pasos agigantados. De nuevo aquí, como en el caso anterior, no se trata de que debamos aspirar a la autarquía financiera. Se trata de que nos mantengamos dentro de límites de endeudamiento tales que nuestra vida normal no dependa de decisiones que se tomen en otros países. Ustedes pueden fácilmente imaginar lo que ocurriría en Chile si de pronto nos dijeran que no nos prestan más y nos viéramos obligados a reducir nuestras importaciones a no más de US\$ 600 millones por año.

En relación con este punto de financiamiento externo, ustedes saben que los marxistas acusan a algunos de estar entregados al imperialismo, porque aceptan esta ayuda. No reaccionarían de igual modo si la ayuda viniera de Rusia, como si Rusia no fuera también un país imperialista. La verdad es que el imperialismo es una relación entre débiles y fuertes que se da independientemente del sistema político o económico. Es más bien un fenómeno de relaciones entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Visto así, es obvio que la manera de atacar este problema no es la manera tradicional de los marxistas.

LA CRISIS SOCIOPOLITICA

Permítanme referirme ahora a la crisis sociopolítica. Me propongo aquí trabajar con tres conceptos: la participación, la representatividad y la solidaridad.

La participación se refiere al grado de poder que tienen los distintos miembros de la sociedad para influir en las decisiones que afectan a la vida del grupo. El poder, como la riqueza, puede estar excesivamente concentrado. El juicio sobre el exceso de concentración es valorativo, pero también es funcional. En efecto, la concentración excesiva del poder conduce a que los poderosos obtengan una proporción del esfuerzo colectivo que es exagerada en relación a su contribución y conduce a quienes carecen de poder a la abulia y ostracismo psicológico. Estos dos efectos son los remaches que cierran el círculo vicioso de la pobreza y la ignorancia.

El poder es una función de la organización. Los hombres sin organización son hombres sin poder. En el Chile rural semifeudal del siglo pasado los hombres eran miembros integrales de esa forma de organización social. Cuando el país comenzó a urbanizarse, la mayoría de los que emigraron se transformaron en hombres aislados, más aislados mientras más pobres y más incultos. Su aislamiento, su falta de poder, consolidó su situación de ignorancia y pobreza.

¿En qué sentido hay una crisis de participación en Chile? En el sentido de que se ha despertado el deseo de participación y no se han creado las oportunidades, a semejanza, en cierta medida, de lo que se ha llamado la revolución de las expectativas en el campo económico. El deseo se ha despertado por la imagen de poder que da necesariamente el voto secreto y universal. Esta facultad es sin duda una manifestación de poder elegir a alguien para que participe a nombre de uno. Pero esto no es suficiente. Hay que tener también poder para asegurar que ese alguien efectivamente lo represente a uno. Esto no ha ocurrido en el pasado en Chile. Si ustedes revisan la mayoría de las elecciones presidenciales de Chile en los últimos 20 años, comprobarán que lo que hicieron los presidentes elegidos muestra sólo una débil coincidencia con lo que dijeron al electorado que harían. Cuando esto ocurre hay una crisis, pues la manera más segura de provocar el escepticismo sobre el sistema democrático de elección de Gobierno es la frustración. Mientras la mayoría del pueblo no esté organizada de modo que mantenga permanentemente su presencia en la arena política entre elección y elección y mientras haya grupos minoritarios que sí están organizados y, permanecen siempre en la arena, es muy improbable, por no decir imposible, que esas mayorías logren para sí otro sitio en la sociedad, diferente del que han ocupado hasta ahora.

La otra dimensión de la crisis sociopolítica es la representatividad o capacidad de los dirigentes para interpretar las preferencias y aspiraciones de los dirigidos, y para encauzar los esfuerzos del grupo a los objetivos deseados con el menor costo posible. Nuestros dirigentes han sido poco representativos y eso se puede apreciar examinando el juicio de los propios dirigidos. Este juicio se aprecia a través de la crisis de las instituciones dentro de las cuales operan las relaciones entre dirigentes y dirigidos. Los dirigentes políticos tradicionales fueron incapaces de dirigir a los electores; de ahí la crisis de los partidos políticos tradicionales. Los dirigentes sindicales tradicionales han sido incapaces de dirigir el movimiento sindical. Las clases ricas tradicionales han sido incapaces de generar todo el ahorro y la inversión necesarios; de ahí la crisis de nuestro sistema capitalista. Como alguien ha dicho muy bien, los dirigentes tradicionales han devenido en cónsules romanos.

La sociedad chilena está en crisis por falta de solidaridad. La solidaridad es el sentimiento que une a los miembros de un grupo social impidiendo que se desintegre. Juega como amortiguador y lubricante de la solución de los inevitables conflictos que existen entre los distintos miembros del grupo. El conflicto, decía Marx, es el motor de la historia. Olvidaba que la historia es un vehículo de dos motores. El otro es la solidaridad. Hay insuficiente solidaridad si no es posible movilizar los esfuerzos comunes del grupo para realizar tareas que son importantes para la vida del grupo. En Chile no hay suficiente solidaridad para las tareas de eliminar la inflación, para crear el ahorro, para proteger a la infancia desvalida. Posiblemente no hay solidaridad porque ésta se crea participando en tareas co-

munes, compartiendo ideales comunes. Esto es lo que hace el nacionalismo; crear metas colectivas comunes capaces de movilizar el esfuerzo colectivo. Por eso es que Fidel Castro habla tanto. El trata de crear la solidaridad nacional y para eso emplea todos los recursos psicológicos de que pueda echar mano; desde el odio hacia los Estados Unidos, hasta los concursos para cortadores de caña.

LA CRISIS CULTURAL

Chile, dije antes, vive también una crisis cultural. Estoy empleando este término en un sentido antropológico y me voy a referir sólo a dos dimensiones de esta crisis: la de la organización y la de la ideología.

Hay una crisis de organización en el sentido que las formas preponderantes de organización son incapaces de realizar con un grado razonable de eficiencia las tareas que cada uno debe ejecutar. La organización administrativa del Estado es ineficiente; la organización política del Estado es ineficiente; y lo es la organización de los partidos políticos, la de los sindicatos y gremios, la del sistema educativo e incluso la de la familia, de lo contrario, no habría tanto niño abandonado.

Al hablar de ideología estoy refiriéndome a la forma como los chilenos interpretamos nuestra problemática, a la forma como proyectamos nuestra vida como ente social hacia el futuro y a la forma como concebimos cada cual nuestro papel en esta sociedad. Hay demasiadas versiones deformadas de nuestra realidad, hay falta de una proyección nacional para el futuro, hay muy poco de lo que los psicólogos sociales llaman orientación hacia el grupo.

Las versiones deformadas de la realidad crean más conflictos de los necesarios e inevitables. Introducen el conflicto espúreo. Si la gente de ingresos altos comprendiera, por ejemplo, que la inflación es uno de los peores enemigos de su propio status, habría menos conflictos en el campo económico; si logramos hacer comprender a los trabajadores que la seguridad en el empleo y la posibilidad del empleo no dependen de una ley de inamovilidad, sino que, por el contrario, una ley de inamovilidad es uno de los caminos más seguros para destruir la seguridad del empleo, pues es un obstáculo formidable para el desarrollo económico, entonces tendríamos una sociedad menos conflictiva. No entienden ellos muchas cuestiones elementales de nuestra sociedad y no comprendemos tampoco muy bien nosotros mismos, que somos intelectuales y que tenemos obligación de comprender. Somos también una clase consular.

Cada vez que una sociedad confronta un desafío, afila sus concepciones ideológicas. El nacionalismo es una ideología. Se agudiza en tiempos de guerras. Las revoluciones todas se hacen con ideologías, todas tienen sus fariseos. La razón es muy simple. La ideología produce solidaridad, la ideología moviliza y cohesiona. La cruz, la bandera, la hoz y el martillo, son símbolos de pensamientos unificadores que son esenciales en todo proceso de cambio.

En resumen, la gran tarea o las grandes tareas que hay que realizar durante este Gobierno y que hay que continuar, son la solución de las tres grandes crisis nacionales. Nuestro pensamiento y nuestra acción tienen que estar concentrados en la lucha contra el estancamiento, la inestabilidad, la desigualdad, la dependencia, la falta de participación, de representatividad y de solidaridad, la modernización de nuestras organizaciones y la creación de una manera de pensar y de sentir nuestros problemas colectivos.

Todo esto está muy bien, podrían decir ustedes, pero ¿para qué vamos a hacer todos estos cambios? y ¿cómo los vamos a hacer?

Con respecto a la primera cuestión, quisiera comenzar diciendo que nuestra concepción de la revolución es revolucionaria, porque, aunque parezca paradójal, las nociones más populares de la revolución son añejas y tradicionales. Por ejemplo, tenemos la cuestión del capitalismo versus socialismo. La mayor parte de la gente de izquierda — marxista y no marxista— siente marcada inclinación a considerar la cuestión social desde este punto de vista, a pesar de que la disyuntiva no existe. En efecto, ¿es capitalista Italia, donde las líneas de aviación y de vapores, todo el sistema de comunicaciones, incluyendo la radio y la televisión, gran parte de la siderurgia y de los astilleros son de propiedad pública? ¿Es capitalista Alemania Occidental, donde en una proporción casi tan grande como Italia, las instalaciones productivas son del Estado? ¿Es capitalista Suecia, un país con un crecimiento cooperativo tan fenomenal? ¿Son capitalistas o socialistas las grandes sociedades anónimas manejadas en gran medida por el arbitrio de funcionarios pagados? Incluso en Rusia existe la propiedad privada y la posibilidad de acumulación. Por tanto, el criterio de propiedad pública versus propiedad privada, no puede plantearse en la forma que se plantea comúnmente, en la forma de opuestos absolutos. La verdadera cuestión es cuál es la proporción adecuada en que deben combinarse estas dos formas de propiedad.

Otros «revolucionarios» repudian el mecanismo de mercado por ser capitalista y creen que el Estado debe fijar todos los precios. Esto también es una concepción tradicionalista. Durante la época del infantilismo de la Revolución Rusa, se trató de hacer y fue el fracaso más rotundo y por eso se abandonó. Hoy día la mayoría de los precios se fijan en el mercado. No podría ser de otro modo, pues hay millones de artículos y es materialmente imposible fijarlos desde una oficina pública.

Muchos caen también en la trampa de la caduca concepción de la sociedad de clases y conciben la revolución como la acción violenta de una clase explotada contra otra explotadora. Las relaciones económicas, dicen los marxistas, determinan la estructura de los valores. Si esta afirmación fuera válida, las revoluciones serían hechas siempre por los explotados, pero la historia demuestra que esto es falso. Todas las revoluciones

han sido hechas, inspiradas y realizadas por élites disidentes. Aún más, cuando los investigadores psicológicos rusos trataron de verificar la hipótesis marxista, comprobaron que era falsa y se abandonó la investigación psicológica por muchos años.

Ahora bien, si nuestra revolucionaria revolución no es contra la propiedad privada, ni contra el sistema de mercado, ni procapitalista, ni procomunista, ¿a favor de qué está? ¿En contra de qué está?

Está a favor de una sociedad justa, de una sociedad en que se premia a quien contribuye positivamente al cumplimiento de los objetivos de esa sociedad y que sanciona a quien por intención o negligencia destruye esos objetivos; en que se haga efectiva la igualdad de oportunidades, para que todo ser humano, independientemente de su cuna, pueda dar de sí todo lo que es capaz de dar de sí; en que se haga efectiva la igualdad ante la ley, que expresa el interés y la voluntad de la mayoría y en que la ley exprese realmente ese interés y voluntad. Está a favor de una sociedad eficiente, que es capaz de aprovechar todas las ventajas de la técnica moderna para su mayor satisfacción espiritual y material y es capaz de absorber esa técnica sin provocar trastornos penosos. Está a favor de una sociedad libre, con libertad para criticar, para disentir, para cambiar; libre para someter a quienes en nombre de esa misma libertad interfieren con la libertad. Está a favor de una sociedad digna.

Veamos ahora el asunto de la revolución. ¡Cómo hay gente que cree que todo proceso revolucionario va acompañado necesariamente de la violencia! Lo esencial de un proceso para que pueda llamarse revolucionario es la rapidez del cambio. La violencia es accidental. Este es el sentido principal de la libertad de nuestra revolución.

Al afirmar que hacemos una revolución en libertad estamos afirmando que realizaremos, en un breve plazo, cambios profundos en nuestra sociedad, renunciando al uso de la violencia para realizarlos.

Hay quienes dudan de que sea posible realizar cambios rápidos y profundos sin recurrir a la violencia. Claro, piensan, los cambios afectan el status de los grupos tradicionales de poder y estos grupos recurrirán hasta la violencia para que los cambios no tengan lugar. Naturalmente, a la violencia hay que responder con la violencia. Nuestro raciocinio presume que en ciertas condiciones es posible realizar grandes cambios pacíficos haciendo imposible que los que son afectados negativamente por los cambios recurran a la violencia, o que recurran a todos los arbitrios que suelen emplear para impedir que los cambios se realicen. Estos arbitrios pueden ser muchos. Uno muy importante es la penetración en las fuerzas renovadoras, ya sea por quintacolumnistas o por la conquista de los moderados. Otro es el aislamiento, desprestigio y destrucción uno por uno de los individuos considerados más peligrosos de la fuerza renovadora. Un tercero es el chantaje mismo, la amenaza de boycot económico o administrativo, que incluye la fuga de capitales, el cierre de fábricas,

la corrida a los bancos, la resistencia sorda, el rumor. Un cuarto es el debilitamiento del soporte popular de las fuerzas renovadoras, poniendo de relieve los errores y debilidades que siempre existen en todo proceso de cambio.

¿Cómo proceder? En primer lugar, creando una gran cohesión y estableciendo una recia disciplina entre las fuerzas revolucionarias. Si no se crea una gran lealtad hacia el programa de acción que ha sido trazado, si no se perfecciona la ideología y desarrollan los símbolos, si no se crea una jerarquía que imponga una severa disciplina, el proceso de transformación social y económico no podrá llevarse a cabo.

En segundo lugar, es indispensable crear fuerzas revolucionarias en otros campos además del estrictamente político. Se necesita un movimiento sindical fuerte que sea uno de los pilares importantes de todas las reformas que hay que hacer en el campo de la legislación laboral y de la organización de la comunidad; se necesita un movimiento campesino vigoroso que apoye la reforma agraria y todas las transformaciones técnicas y económicas que es imprescindible realizar en la agricultura, se necesita una organización vigorosa de estudiantes e intelectuales para llevar a cabo la reforma de la educación; se necesita una organización de empresarios que empuje hombro a hombro con el Gobierno para poner en práctica las tareas que hay que cumplir en el campo económico; se necesita a todas esas organizaciones para derrotar la inflación, generar ahorro y para llevar a cabo las más importantes de todas las tareas de tipo político que es necesario realizar, es decir, la organización del pueblo para que se incorpore en forma permanente y definitiva a la vida de la nación y la reorganización política del Estado para que dé cabida a esas nuevas fuerzas.

En tercer lugar, hay que movilizar psicológicamente al pueblo y al partido de la revolución. Si no hay movilización psicológica, las posibilidades de llevar a cabo la revolución en libertad son mínimas. Lo que estoy diciendo hay que interpretarlo en el contexto del esquema de la crisis integral, del que hablé al comienzo. Es muy probable que no precisemos de la movilización psicológica para resolver algunos aspectos de la crisis económica. La velocidad de crecimiento de la economía, por ejemplo, depende en gran medida de que aumenten las exportaciones de cobre. Si se legalizan los convenios, esto ocurrirá con o sin movilización psicológica. En cambio, es muy dudoso que sin ella se resuelva la cuestión de la desigualdad de la distribución del ingreso y de la estabilidad y, a mi modo de ver, me parece prácticamente imposible que se resuelvan de un modo permanente los problemas de la participación y la representatividad sin crear primero la movilización.

Hay quienes temen a la movilización psicológica del pueblo, por la experiencia tan desgraciada de las expresiones populistas en tantas partes del mundo. Yo no le temo, porque creo que todas esas experiencias no demuestran las debilidades del pueblo movilizado, sino la incapacidad

de los líderes. Líderes sin moral y sin doctrina movilizan al pueblo en su propio beneficio y para tareas negativas, para tareas de destrucción. Nosotros sabemos que lo podemos movilizar para construir escuelas, para combatir la inflación, para mejorar la comunidad, para plantar árboles y organizar coros, para proteger a la infancia y para cumplir los millones de tareas que hay que cumplir en este país, incluso para la tarea de mantener vivo el espíritu de la revolución.

Cambio social y frustración en Chile*

Este ensayo representa... un esfuerzo explícito para organizar mis impresiones y puntos de vista sobre el cambio social en Chile, reuniendo tanto los factores económicos, como los políticos y sociales, de acuerdo a una hipótesis todavía muy preliminar que procuraré esbozar someramente en lo que sigue.

Cuando se revisa la literatura sobre el cambio social en América Latina, o cuando se escuchan los puntos de vista que expresan los expertos sobre Latinoamérica, se tiene la impresión de que poco o nada ha cambiado o está cambiando en nuestro continente. Cuando se acepta este planteamiento, el interés se encamina de inmediato hacia las causas y razones por las que tiende a mantenerse ese statu quo. Como consecuencia lógica de lo anterior, se parte en seguida en busca de los elementos que constituyen los obstáculos al cambio.

El punto de partida de este ensayo es que esa opinión tan difundida y de tanta aceptación general no corresponde a la realidad. Por otra parte, creo que es la manifestación de una preocupación legítima sobre la reciente evolución de la sociedad latinoamericana.

Cuando se analiza lo que ha ocurrido en un país como Chile durante los últimos treinta o cuarenta años, no se podrá dejar de reconocer que ha habido cambios muy importantes. Más adelante mostraré que durante este período se produjo en efecto un cambio rápido e intenso. Pero después de aceptar esto, y aun a riesgo de parecer paradójal, habría que reconocer también lo contrario, es decir, que en ciertos aspectos fundamentales en realidad no se ha experimentado cambio alguno.

La hipótesis que deseo examinar —basada en un análisis más o menos sistemático del cambio económico pero en evidencia sociológica y política más bien impresionista— es la siguiente: considero que en Chile se ha llevado a cabo, y continúa llevándose a cabo, un rápido e intenso proceso de cambio social; pero este proceso, en contraste con lo que a su debido tiempo ocurrió con el desarrollo económico de los países más adelantados, no ha producido los resultados de carácter social que de él se esperaban. Me parece que esta frustración se debe en gran parte a la inmutabilidad de ciertas instituciones y estructuras básicas de la sociedad chilena que funcionan como elementos que controlan la orientación del proceso de cambio social.

*Publicado en *Economía. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, Universidad de Chile, Año 23, 3° y 4° trimestres, 1965.

He llegado ahora a la posición de poder afirmar que la sociedad chilena se ha desarrollado y ha cambiado considerablemente durante las últimas décadas. A pesar de que no existen indicadores estadísticos directos que midan el cambio social, está claro que en Chile se ha venido realizando un proceso de transformación estructural de su economía que ha debido tener amplios efectos desde el punto de vista de la estructura social. Pero a pesar de la extensión e intensidad del cambio en algunos aspectos de la sociedad chilena, también hay testimonio de la presencia de elementos inmutables en este proceso. Como se afirmó anteriormente, el proceso de industrialización y desarrollo económico produjo esperanzas que nunca fueron satisfechas. En primer lugar, se suponía que la industrialización constituiría la base de una economía dinámica con capacidad de generar su propio crecimiento. Esto, evidentemente, no ha ocurrido, puesto que desde 1954 la economía chilena ha estado prácticamente estancada. Este es uno de los principales factores de frustración.

Por otra parte se esperaba que el proceso de industrialización conseguiría disminuir la gran desigualdad de las condiciones de vida y poder económico que siempre fueron características de Chile. Sin embargo, es un hecho aceptado que no se ha mejorado substancialmente en este aspecto, excepto tal vez en lo que respecta al aumento en el tamaño relativo de la clase media. En lo que se refiere a la distribución de la riqueza, aparte de que no se ha reducido la concentración de la propiedad de la tierra, la creación de nuevo capital industrial y urbano ha dado lugar a formas adicionales de concentración extrema de la riqueza.

En lo que se refiere a la igualdad de oportunidades, la imagen proyectada por la sociedad industrial desarrollada había llevado a suponer que la industrialización, la urbanización y la política social conducirían a un mejoramiento sustancial. Sin embargo, también en este respecto Chile ha sufrido una gran frustración. Las estadísticas educacionales, por ejemplo, muestran que, a pesar de la gran expansión en los servicios de educación, un porcentaje insignificante de universitarios y de estudiantes de secundaria provienen de la clase obrera. El analfabetismo es más acentuado precisamente en las áreas rurales y en las poblaciones marginales, que constituyen los grupos más importantes de población de bajos ingresos. El índice más elevado de deserción escolar también se presenta en estos grupos. Por otra parte, un examen de las estadísticas ocupacionales muestra igualmente que es en estos dos sectores de la población donde se concentra el desempleo y el subempleo, cuando escasean las oportunidades de trabajo. Es también en estos grupos donde el índice de mortalidad infantil alcanza los niveles más elevados. Se podría seguir señalando un gran número de ejemplos de esta naturaleza para mostrar que el proceso de transformación económica y de cambio social que se realizó durante las últimas décadas no ha conseguido mejorar significativamente la situación económica y social de las mayorías.

En cuanto a las características políticas de la sociedad chilena, hay abundante evidencia de la escasa participación del pueblo en cualquiera de los niveles de Gobierno. Es efectivo que la proporción de ciudadanos inscritos para votar ha ido aumentando rápidamente, en particular durante los últimos años, pero su actividad política se ha limitado casi exclusivamente a participar en las elecciones. Si se exceptúa lo ocurrido con el partido Demócrata Cristiano en las últimas elecciones, la afiliación política de la población ha permanecido por largo tiempo en los registros electorales. La proporción de obreros que militan activamente en el movimiento sindical es extremadamente reducida y no ha aumentado mayormente en los últimos años. Desde otro ángulo, la característica principal de nuestra vida política ha sido la inmadurez, lo que se expresa a través de una política económica y social en la que persiste una falta total de racionalidad en la determinación de objetos y metas y en la selección de los medios de acción respectivos, y en la que los intereses sectarios o de grupo prevalecen por lo general sobre los intereses nacionales. Un ejemplo claro de la irracionalidad que caracteriza la acción política de los gobiernos es la incapacidad de la sociedad chilena para enfrentar con éxito sus dos principales problemas económicos, el estancamiento y la inflación. El país ha fracasado sistemáticamente en sus esfuerzos para implantar una política que lograra traer crecimiento y estabilidad a la economía chilena, no obstante que éstos son los objetivos principales de todos los programas de Gobierno. La raíz de esta manifiesta incapacidad política pareciera estar por un lado en el hecho de que no ha sido posible lograr un grado de consenso social lo suficientemente elevado para permitir la determinación de objetivos nacionales precisos, y por el otro, en que no se ha podido adecuar la estructura política y organizativa a las exigencias que impondría la ejecución de una política nacional de desarrollo económico y social que correspondiera a las aspiraciones nacionales.

LOS PROTAGONISTAS DEL PROCESO DE CAMBIO

Conviene ahora analizar las principales fuerzas que han actuado en pro y en contra del cambio social y estudiar también la interacción dinámica de estas fuerzas, a objeto de explicarnos los resultados alcanzados.

Las fuerzas que han actuado a favor del cambio en la estructura económica y social de la sociedad chilena se expresan políticamente en los partidos de centro y de izquierda que van desde los radicales y los demócrata-cristianos hasta los socialistas y comunistas. De entre estos partidos, el Demócrata Cristiano sólo ha adquirido importancia durante los últimos años, en tanto que a comienzos y durante la mayor parte del período analizado el Partido Radical constituía la principal fuerza política.

La base de estos varios partidos han sido principalmente los grupos obreros organizados de la industria y la minería, los empleados públicos y de los servicios privados urbanos, ciertos profesionales, y en alguna me-

dida, los empresarios de clase media. Las principales ideologías que han sustentado la actividad política de estos grupos han sido el socialismo, el nacionalismo y las doctrinas sociales de la Iglesia Católica.

Al investigar cuáles son los sectores de la población que apoyan a las diversas fuerzas políticas de izquierda, llama inmediatamente la atención el hecho de que se encuentre sindicalizada solamente alrededor del 12 por ciento de una población activa de casi tres millones de habitantes. La razón principal de esta situación radica en que la clase trabajadora campesina no ha sido integrada en la vida política nacional en forma de un grupo organizado y activo, lo que significa desde luego que más de la tercera parte de la población chilena juega un papel muy poco importante en el proceso político. Se pueden mencionar varias razones que explican la incapacidad de las fuerzas políticas de la izquierda para organizar un apoyo poderoso en el campo. En primer lugar, el problema de la tenencia de la tierra: al 4,4 por ciento del número total de propiedades rurales corresponde a más de dos terceras partes del total de tierra cultivable; en el otro extremo, el 1,6 por ciento de la tierra cultivable está dividida entre el 50 por ciento de las propiedades rurales. En estas circunstancias, la mayor parte de la población campesina trabaja para los grandes terratenientes, y depende de ellos, incluyendo una gran proporción de pequeños propietarios que llevan una vida de subsistencia en sus minifundios. Los grandes propietarios mantienen además el control sobre la legislación rural así como también sobre los organismos provinciales que representan a los poderes ejecutivo, judicial y legislativo. De este modo, han conseguido postergar la promulgación de una legislación que facilitara la organización eficaz de la clase campesina, con el resultado de que el sindicalismo en el campo no tiene ninguna significación.

Por otra parte, la relación de población rural a superficie arable es relativamente baja en Chile y además la política de mecanizar el agro ha reducido las oportunidades de empleo en la agricultura, contribuyendo a acelerar la migración de los trabajadores rurales a las ciudades.

La propagación de ideologías progresistas en el campo ha sido dificultada por el bajísimo nivel educacional de la población campesina, donde prevalece el mayor porcentaje de analfabetismo. Los obstáculos para difundir la educación en el campo derivan principalmente de la fuerte concentración de la propiedad agraria en grandes haciendas, lo que produce una gran dispersión geográfica de la población campesina. Esto hace sumamente difícil la extensión de servicios sociales a este sector de la población, y por tanto, el trabajador campesino vive aislado, sin los más elementales medios de comunicación con la actividad política y social del país, excepto en los períodos eleccionarios.

Es verdad, sin embargo, que durante la década de 1930 llegó a producirse agitación social en el agro. Además, también es efectivo que los partidos de izquierda tuvieron fuerte apoyo campesino en algunas elecciones de carácter local y en ciertas elecciones presidenciales. Empero, a

pesar de que existe una base de penetración política e ideológica, ésta aparece solamente en aquellas ocasiones especiales, mientras que las condiciones más permanentes de control político y falta de comunicación que se acaban de describir, prevalecen la mayor parte del tiempo.

En lo que se refiere a los empleados y obreros urbanos, su organización en sindicatos eficaces y fuertes sólo ha sido posible en las grandes empresas mineras y en las industrias y servicios más importantes. Un elevado porcentaje de los obreros y empleados urbanos trabaja en pequeños establecimientos y en esas condiciones no tiene facultad legal para organizarse. Otro grupo muy importante es el artesanado, que tampoco se encuentra en condiciones favorables para fortalecer su organización sindical. Después está la gran masa de obreros no calificados empleada principalmente en el sector de la construcción y en servicios de escasa productividad. Estos trabajadores tienen niveles de educación muy bajos y su empleo por lo general no tiene carácter permanente. Por tanto, sus posibilidades de organización son sumamente limitadas.

Los pequeños sectores de la clase trabajadora urbana que han conseguido organizarse pertenecen a actividades donde prevalecen los niveles más altos de productividad. En consecuencia, sus padrones de vida, sueldos, salarios y beneficios sociales también son relativamente altos en relación con el resto de la clase trabajadora urbana y campesina, tanto así que han llegado a ser descritos como miembros de una aristocracia obrera. Ahora bien, mientras la oferta de trabajo ha ido creciendo rápidamente, sobre todo en las ciudades, la demanda de trabajo ha quedado a la zaga, en virtud de que la actividad minera e industrial, aparte de haberse expandido en forma sólo moderada, ha incorporado tecnologías modernas para sustituir el empleo de mano de obra. A causa de ello los sindicatos que se formaron en estos sectores se ven permanentemente enfrentados con la amenaza creada por la existencia de una amplia fuente de oferta de trabajo. Los sindicatos, para defenderse de este peligro, han creado barreras que limitan el acceso al empleo en esos sectores de alta productividad. Por otra parte, en vista de la tendencia inflacionaria de la economía chilena, han concentrado sus esfuerzos especialmente en la defensa de sus niveles de ingreso reales, por medio de presiones para conseguir salarios nominales más altos y para aumentar sus beneficios sociales. Dadas sus características y sus formas típicas de acción, la significación política de estos grupos como líderes y representantes de la clase trabajadora chilena ha sido en general pequeña, y además es probable que haya ido decreciendo; en especial, desde que el estancamiento de la economía chilena durante la última década comenzó a amenazar más y más tanto las posibilidades de trabajo como los niveles de vida que estos grupos habían alcanzado.

En el proceso histórico de desarrollo de los países industriales de Occidente la clase media y la burguesía industrial han sido las principales fuerzas generadoras de la modernización y el cambio. Muchos autores

parecen tener la idea de que este proceso se está repitiendo en los países latinoamericanos, particularmente en aquellos como Chile, donde la industrialización y la urbanización crearon una clase media importante. Desafortunadamente, parece que éste no es el caso. La clase media chilena está formada principalmente por tres elementos: los empresarios comerciales e industriales, los tramos medios de la administración pública y los profesionales.

En el caso de los empresarios industriales, en contraste con el proceso que se llevó a cabo en Europa Occidental, y especialmente en Gran Bretaña, su origen y desarrollo están directamente relacionados con el proceso de industrialización y la expansión de las funciones del Estado que se describieron anteriormente. Su existencia y creciente poder económico fue inducido inicialmente por el fenómeno externo de la Gran Crisis Mundial y estimulado después por el uso de la política proteccionista y de un amplio apoyo financiero estatal. Como durante la década inicial de este proceso no se llevó a cabo ningún cambio significativo en la estructura política, quiere decir que fueron los propios grupos dirigentes tradicionales que estaban en el poder los que promovieron el desarrollo de la burguesía industrial nacional, a la que más tarde se vincularon estrechamente.

Durante los últimos años, en efecto, se ha estado llevando a cabo un proceso de integración entre estos nuevos grupos sociales y los grupos tradicionales por medio de las vinculaciones matrimoniales entre ambos y mediante la incorporación de las nuevas familias industriales y comerciales a las instituciones y círculos sociales que caracterizan y dan status a la tradicional élite gobernante. Otra expresión del mismo fenómeno es el hecho de que una buena parte de la nueva burguesía industrial está adquiriendo bienes y propiedades agrarias, un símbolo importante del status social.

Este proceso es particularmente visible en el caso de algunos grupos de inmigrantes extranjeros que se iniciaron con pequeñas fábricas y establecimientos comerciales y gradualmente acrecentaron sus bienes hasta acumular algunos de ellos grandes fortunas. El capital industrial así acumulado se amplió posteriormente hacia los medios financieros y bancarios, en tanto que las segundas y terceras generaciones de estas familias se vinculaban socialmente con descendientes de familias tradicionales, consiguiendo así pasar a tomar parte activa en la política, en los deportes y en otras ocupaciones que otorgan prestigio social, como por ejemplo las actividades filantrópicas, la hípica, la vitivinicultura, etc.

Los profesionales y los cuadros medios de la administración pública son por naturaleza propios grupos dependientes, sin una base propia de poder económico. En realidad, las profesiones liberales, así como existen en los Estados Unidos y otros países, son muy limitadas en Chile, ya que generalmente los profesionales se incorporan a la burocracia gubernamental. La medicina y la educación están casi enteramente dentro de la es-

fera de acción del sector público, y la expansión de las actividades del gobierno ha ido demandando un creciente número de técnicos y profesionales. Por tanto, el Gobierno también emplea gran parte de los ingenieros, arquitectos, economistas, agrónomos, etc. Estos grupos de profesionales y los demás empleados públicos también han seguido, a través de sus organismos gremiales, una política de automejoramiento y autoprotección, limitando el acceso a sus ocupaciones y luchando por beneficios sociales especiales para cada grupo específico.

Como hemos indicado anteriormente, la estructura tradicional de la sociedad chilena ha sido bastante flexible y ha permitido un cierto grado de movilidad social entre la clase media baja y la clase media propiamente dicha, y entre ésta y la tradicional élite gobernante. Esta movilidad social limitada y parcial ha contribuido a reforzar la estructura social tradicional, no sólo mediante la incorporación de nuevo talento y riqueza a los estratos dirigentes, sino sobre todo porque ha contribuido a crear la ilusión de que se vive en una sociedad abierta.

Por otra parte, los advenedizos no han cambiado el sistema tradicional ya que la condición de acceso a los estratos superiores es justamente la aceptación del sistema prevaleciente. Además, el proceso de selección social está a cargo de la propia élite dirigente, que se encuentra ante una situación de mayor oferta que demanda, y que utiliza como medios de selección el sistema educativo, las oportunidades de empleo en el Gobierno, en las empresas particulares y en los servicios, los diversos prejuicios respecto de la aceptabilidad social y los mecanismos selectivos de instituciones como el Ejército y la Iglesia.

Como resultado de la débil base partidaria sobre la que se asentaban los partidos políticos de izquierda, la distancia entre sus ideologías y su acción política es bastante grande. Debido a la composición social de los grupos de simpatizantes de los partidos izquierdistas y a los intereses que cada uno de estos grupos representa, los programas progresistas de dichos partidos han estado desviándose más y más de sus objetivos socialistas hacia lo que en América del Sur se ha dado en llamar «populismo». Esto significa que, a pesar de sus ideales socialistas de reforma estructural e institucional, los partidos de izquierda concentraron en la práctica sus esfuerzos principalmente en negociaciones políticas que permitieran aprobar medidas legislativas destinadas a otorgar beneficios sociales especiales y privilegios de diverso tipo a sus bases.

La nueva clase media y los trabajadores urbanos sindicalizados, que carecían de la capacidad tradicional de los grupos dirigentes para esquivar la ley, para burlar impuestos, para aislarse en círculos exclusivistas, para comportarse, en resumen, como si gozaran de derechos extraterritoriales en su propio país, han creado a su vez una compleja estructura de privilegios legales cuyo alcance depende en cada caso del poder y de la presión que es capaz de ejercer cada uno de sus respectivos grupos políticos. Un ejemplo de esta actividad son los cuarenta o cincuenta sistemas

diferentes de seguridad social, cláusulas especiales de aguinaldo y beneficios excepcionales, exenciones tributarias, puertos libres, etc. En consecuencia, la ideología política de la izquierda se ha traducido, en la práctica, en un programa populista destinado a obtener privilegios especiales para ciertos grupos de obreros, empleados públicos y privados y profesionales, todos urbanos. Cabe notar que este comportamiento no es un monopolio de los partidos y políticos izquierdistas, pues los partidos derechistas con frecuencia se han dejado llevar con mucho entusiasmo a este tipo de populismo como medio para ganar o mantener algún apoyo popular y para retener cierto control sobre esta legislación redistributiva. Ahora bien, es comprensible que los políticos populistas que cumplen esta función no tengan auténtico entusiasmo reformista o revolucionario, ya que esto limitaría sus privilegios y socavaría sus propias bases políticas y electorales. Por el contrario, adquieren un interés en mantener este sistema y, por tanto, tienden a convertirse en un serio obstáculo para la racionalización de la estructura política, por un lado, y de la política económica y social por el otro.

No sería exagerado afirmar que los partidos izquierdistas, incluso el Partido Comunista y los sindicatos, se han adaptado crecientemente al sistema y al juego político imperante, y que su propia existencia e influencia depende ahora del mantenimiento de la situación. La influencia política de los líderes de estos partidos y sindicatos, así como de sus burocracias, podría quedar seriamente debilitada si se convirtieran realmente en auténticos y amplios movimientos populares. No puede olvidarse que en la actualidad una proporción muy baja de los electores inscritos son militantes de un partido político, y que la sindicalización abarca una proporción aún menor del pueblo.

La acción política de los partidos izquierdistas durante los últimos veinte o treinta años ha seguido dos líneas principales: primero, la promulgación de leyes y la creación de instituciones que tenían como objetivo la expansión de los servicios y beneficios sociales para la clase media, así como para la clase trabajadora urbana; y segundo, el fomento de las inversiones en la infraestructura económica y el desarrollo de la actividad industrial. En otras palabras, el acento se ha colocado en la redistribución del ingreso y en crear las condiciones para el crecimiento industrial. Poco se ha alcanzado en relación con los objetivos originales de la redistribución, ya que las transferencias de ingresos que se han llevado a cabo parecen haber favorecido principalmente a la clase media urbana y a los trabajadores organizados, en perjuicio de los grupos urbanos y rurales no organizados. En efecto, al gran incremento en los gastos públicos, necesario para financiar los servicios sociales destinados a la clase media y a los grupos urbanos organizados, nunca ha correspondido una reforma drástica en el sistema tributario que hubiera trasladado la carga impositiva respectiva a los sectores propietarios. Todo lo contrario, el esfuerzo de redistribución ha constituido una carga adicional para los grupos de ingreso bajo que

lo han tenido que pagar a través de un incremento en los impuestos indirectos y por medio de la transferencia forzada de ingresos que ha producido el proceso inflacionario y las políticas de estabilización.

La política para mejorar la infraestructura económica y fomentar el desarrollo industrial también ha sido en general un fracaso, tanto desde el punto de vista económico como social. Falló en el sentido económico, porque la expansión industrial perdió ímpetu después de 1950 debido básicamente a que el mercado interno no se podía expandir en la medida necesaria. La redistribución del ingreso a través de la política fiscal no ha sido instrumento eficaz para ello, y no podrá serlo mientras subsista la gran concentración de la riqueza y el estancamiento agrario; falló en el sentido social, porque la tributación progresiva a la renta, al patrimonio y a la herencia no existe o es inefectiva y por tanto la política de fomento de la inversión industrial en condiciones de un mercado interno estrecho y estratificado, ha contribuido a concentrar la riqueza, el ingreso, y el poder económico en el sector manufacturero. Por otra parte, algunos miembros de los partidos políticos izquierdistas que llegaron a ocupar altos cargos en la administración pública y en cuyas manos estaba la política de desarrollo económico, se fueron identificando progresivamente con los intereses económicos respectivos y finalmente acabaron asociándose directamente con los grupos financieros, comerciales e industriales privados. En estas circunstancias las ideologías revolucionarias y reformistas de los partidos de izquierda se atenuaron considerablemente en la práctica.

El fenómeno anterior afectó principalmente al Partido Radical. Los partidos Socialista y Comunista no han tenido ocasión de pasar por una experiencia semejante pues no han tenido una permanencia suficientemente prolongada en el Gobierno. Sin embargo, estos partidos sufrieron otro tipo de influencia debilitadora, particularmente el Partido Comunista, cuya acción política ha estado delimitada generalmente en función de la situación internacional. En efecto, la orientación política que ha seguido en lo interno ha reflejado sistemáticamente las diferentes fases por las que ha atravesado durante los últimos treinta años la política internacional de la Unión Soviética en su disputa con los Estados Unidos. Un ejemplo reciente de este tipo de alienación política es el hecho de que la principal controversia actual en la izquierda chilena es la divergencia ideológica entre la Unión Soviética y China, en vez de la preocupación intelectual por el desafío que representa el nuevo movimiento político de centro-izquierda del Partido Demócrata Cristiano.

Esta actitud es evidente no sólo en el campo de la acción política, sino también en la esfera del análisis político. Los partidos de la izquierda chilena han fracasado conspicuamente en la elaboración de una interpretación adecuada del proceso histórico de desarrollo del país, sobre la cual se hubiera podido basar un programa revolucionario o reformista lo suficientemente concreto y ajustado a nuestra realidad como para estable-

cer el tipo de política que se requiere en un país como Chile, con sus condiciones objetivas y sus tradiciones y valores propios. Esta parecería también la razón del fracaso de estos partidos en sus esfuerzos para generar un movimiento poderoso en Chile.

En las páginas anteriores se ha pasado revista a los elementos y fuerzas que han sido los principales agentes del cambio en Chile, destacándose su origen foráneo, sus debilidades básicas, y el proceso de corrupción que han sufrido a lo largo de las últimas décadas. Se pasará a examinar ahora los instrumentos que se han utilizado en defensa del statu quo.

El factor más importante entre los que explican la frustración del proceso de cambio social en Chile parece ser la persistencia, y probablemente la acentuación, de un elevado grado de concentración del ingreso, la riqueza y el poder económico en manos de una pequeña minoría de chilenos, lo que ha llevado también a la correspondiente creación de un sistema de valores que exalta la fortuna y el poder.

La concentración del poder económico en manos de una reducida élite ha impregnado todas las actividades de la vida social y ha significado el desarrollo de un sistema de control del Gobierno, de la prensa, del sistema financiero y de las ocupaciones abiertas a la clase media. A pesar de haber cambiado y haberse modernizado, la sociedad chilena, en vez de avanzar hacia el establecimiento de un sistema en que se premia el mérito y el esfuerzo, ha extendido a las nuevas actividades y clases urbanas el sistema tradicional de dominación política de clientela, que es, en su estructura y en su funcionamiento, totalmente incompatible con la organización de una democracia moderna y eficiente.

El énfasis que se ha puesto en el desarrollo industrial durante las últimas décadas ha traído como consecuencia que la tradicional concentración en la propiedad de la tierra haya permanecido prácticamente intacta, mientras se creaban nuevas formas de fuerte concentración del capital en el sector industrial. A esto hay que añadir el elevado grado de concentración de la propiedad en la minería y en los bienes raíces urbanos. En estas circunstancias la distribución del ingreso se ha mantenido marcadamente desigual, lo que ha determinado a su vez que el ahorro también tienda a estar muy concentrado. Esto da como resultado un estricto control de los mecanismos bancarios y financieros. Por consiguiente, los ahorros privados disponibles para la formación de capital no pueden orientarse fácilmente por medio de la política del Gobierno hacia el tipo de actividades en que se los requiere para acelerar el crecimiento económico.

La información que sigue permite formarse una idea general de la extensión que tiene en Chile el fenómeno de la concentración del poder económico: en la propiedad rural, el valor del 3 por ciento de las propiedades agrícolas más grandes representa el 62 por ciento del valor total de todas las propiedades agrícolas; en las empresas industriales, el 1 por ciento de los accionistas controla el 46 por ciento del valor total de las acciones; por lo que se refiere a los bienes inmuebles, en un barrio de Santiago

el 10 por ciento de las residencias de mayor valor, representan el 37 por ciento del valor total de las residencias; en el sector financiero, el 1 por ciento de los accionistas de bancos y compañías de seguros controlan el 35 por ciento del valor total de las acciones de esas empresas.

Un estudio de la CEPAL informa que el 2 por ciento de la población de rentas más elevadas recibía el 14 por ciento del ingreso personal total de Chile en 1960, y que el 5 por ciento recibía el 25 por ciento del ingreso personal. El ingreso promedio per cápita es aquel 2 por ciento de los chilenos más afortunados, era 7 veces mayor que el promedio nacional de renta por habitante, y 22 veces mayor que el ingreso per cápita de la mitad más pobre de la población, la que en conjunto solamente representaba el 16 por ciento del ingreso personal total del país. Por diversas razones técnicas, es bien sabido que esta información subestima el grado de desigualdad. De acuerdo a unos datos estimativos elaborados según una metodología enteramente diferente por los asesores técnicos del candidato presidencial de la izquierda, menos del 5 por ciento de la población chilena —o sea aproximadamente 100.000 familias— obtienen cerca del 20% de la renta personal disponible, ya descontado el pago de los impuestos a la renta y al patrimonio. Los grupos urbanos y rurales de baja renta, que representan las tres cuartas partes de la población chilena, recibirían, de acuerdo con aquellas estimaciones, menos de la cuarta parte de la renta personal disponible. Aun cuando no se quiera aceptar estos datos de buenas a primeras, ellos ilustran la posible magnitud de la subestimación de las cifras presentadas anteriormente.

Dado el alto grado de concentración del poder económico y la creciente asociación del sector público y su alta burocracia con los grupos industriales y financieros, el Estado ha venido cayendo gradualmente bajo el control de intereses particulares. La ampliación de las funciones económicas del Estado, que anteriormente era vista con temor por los grupos conservadores y de empresa privada, y que, de acuerdo al pensamiento de izquierda, debería haber sido el principal instrumento para llevar a cabo el cambio estructural e institucional, ha venido en realidad a ser usada en forma creciente por ciertos grupos privados para la defensa de sus propios intereses. Un ejemplo de este fenómeno es aquel organismo gubernamental, que, habiendo sido creado con el fin de fomentar el crecimiento industrial y orientar el desarrollo económico nacional, no llegó sin embargo a poder ejercer esta influencia orientadora sino durante su primera década de existencia, perdiendo posteriormente incluso el control de algunas de las industrias básicas que este mismo organismo estableciera durante aquel período, con el resultado de que gradualmente se ha ido transformando, bajo la influencia de intereses privados, de pionero del fomento de la industria básica y del desarrollo en general, en una institución financiera que cada vez se distingue menos de un banco comercial. Asimismo, las entidades gubernamentales que fueron creadas con el propósito de transformar la agricultura tradicional, han venido expresando cada

vez menos una política de ámbito y propósitos nacionales, transformándose crecientemente en el instrumento de aplicación de las políticas promovidas por las asociaciones agrícolas que representan los intereses de los grandes terratenientes tradicionales. Se podría mencionar ejemplos semejantes en los sectores mineros; del transporte, y otros donde interviene el Gobierno. De esta manera, el Estado, el principal instrumento de poder político y económico, que creció y adquirió influencia gracias a la iniciativa de los partidos de izquierda, en vez de fomentar el cambio institucional y estructural se ha convertido cada vez más en un instrumento de conservación del statu quo.

El alto grado de concentración de poder económico y su influencia en el Gobierno, ha permitido que ciertos grupos privados adquirieran el control de los principales medios de información. La mayor parte de los periódicos, revistas, radios y agencias de noticias y de publicidad son de propiedad de intereses industriales, comerciales y financieros, y por lo tanto, están a su servicio. Cabe hacer notar por ejemplo, que Chile no tiene un solo periódico no-partidario que plantee con un mínimo de seriedad los puntos de vista de la izquierda; tampoco existe —como en casi cada país europeo— un periódico independiente, de posición centrista, moderadamente avanzado. La única excepción de alguna significación en este cuadro es el caso de la televisión, que, después de una ardua lucha política, fue puesta bajo el control de las universidades y aislada así, hasta cierto punto, de la influencia directa de los intereses económicos. Esto puede llegar a tener importancia en el futuro, pero la televisión es todavía un medio muy reciente y muy limitado de comunicación e información.

El prejuicio en la información y en el reportaje político se aprecia no solamente en la información y el comentario sobre la realidad nacional, sino que es aún más aparente en la información internacional. Las fuentes de información sobre la actualidad mundial están bajo el completo control de dos o tres agencias noticiosas extranjeras y los periódicos y revistas chilenos dependen exclusivamente de estas fuentes, inclusive para informar sobre los países latinoamericanos vecinos.

La educación ha sido considerada siempre como un instrumento importante para promover la movilidad y el cambio social. En consecuencia, la política educativa consistió durante largo tiempo en expandir el sistema educacional, con lo que ha aumentado considerablemente el número de estudiantes que tienen acceso a la educación primaria, secundaria, técnica y universitaria. Sin embargo, el sistema educacional sigue siendo discriminatorio y funciona como un mecanismo social selectivo, ya que facilita el acceso a la educación más adelantada casi únicamente a los hijos de familias relativamente adineradas. En consecuencia, el sistema educacional no ha podido desarrollar su papel fundamental de agente de democratización y equiparación social. En efecto, la deserción escolar es muy elevada, tanto que de cada 100 niños que empiezan el primer grado de primaria, apenas 30 alcanzan a la escuela secundaria

y de éstos, no más de 9 llegan a la Universidad. De estos últimos, menos de uno consigue finalizar normalmente sus estudios universitarios.

El sistema educacional está, por tanto, muy lejos de cumplir su función democrática de igualización de oportunidades de las diversas clases socioeconómicas. Se ha creado en cambio una estructura que segrega y discrimina seriamente contra las clases bajas y a favor de las clases media y alta, y de esta manera se ha llegado a constituir en otra institución que actúa en contra de cambios básicos en la estructura de la sociedad.

Hay otro aspecto relacionado con la educación y el empleo que merece ser mencionado. Como señalaba anteriormente, la economía chilena ha estado prácticamente estancada desde hace más de diez años. En virtud de esta situación, y de la modernización técnica que ha tenido lugar principalmente en el sector manufacturero, las oportunidades de empleo no han aumentado mayormente. Mientras tanto, el crecimiento demográfico se ha acelerado y los servicios educacionales se expandieron considerablemente, produciendo un incremento sustancial en la oferta de mano de obra capacitada y profesional. Por otra parte, como la educación intermedia se ha expandido más rápidamente que la capacidad de la educación superior para absorber el flujo de estudiantes secundarios, el sistema educacional ha producido también muchos jóvenes con una formación humanística general y sin ningún adiestramiento específico. La excesiva oferta de mano de obra en relación a las oportunidades de empleo que ha resultado de estas tendencias —testimoniada en forma indiscutible con el gran índice de expatriación de técnicos y profesionales chilenos— y el hecho de que las oportunidades de empleo en la industria, el comercio, los servicios de alta productividad, el Gobierno, etc., estén controlados por las élites económicas, sociales y políticas, ha tenido como efecto la creación de un sistema de reclutamiento de «clientela», donde el mérito tiene menos peso que el apoyo de personalidades influyentes. Este fenómeno se observa corrientemente en la administración pública, en la que los políticos juegan el papel de agentes de empleo, pero también existe en la misma forma en el sector privado, en donde igualmente se han creado enormes estructuras burocráticas en las empresas. Esta situación, antes que producir fuertes tensiones y presiones sociales, tiende a imponer una actitud de conformismo, que es el requisito principal para ser admitido en los círculos económicos, políticos y sociales tradicionales.

En el caso de los grupos profesionales también existe una aparente actitud conformista ya que ese es un requisito de sobrevivencia profesional y social. Pero como se trata de personas que tienen una educación universitaria y, en consecuencia, un enfoque más racionalista para abordar los fenómenos sociales, ha llegado a desarrollarse en estos grupos una profunda insatisfacción por el presente estado de cosas. Por consiguiente es en estos círculos donde se han hecho más populares los programas políticos progresistas y las ideas de cambio estructural.

De las observaciones anteriores se deduce claramente que las fuerzas que han obstaculizado el cambio en Chile contando con un fuerte apoyo ideológico externo, han demostrado capacidad no sólo para mantener sino inclusive para aumentar su poder económico, han adquirido un control prácticamente completo sobre el sistema financiero y sobre una maquinaria gubernamental con enormes funciones económicas y sociales, han desvirtuado el sistema educacional, y han controlado las oportunidades de empleo y los medios de información. En consecuencia, los grupos opuestos al cambio se han encontrado en una situación extraordinariamente privilegiada que les ha permitido controlar al propio proceso de cambio social, de manera que, a pesar de toda su amplitud e intensidad, éste no se ha podido traducir en una auténtica transformación de la estructura social e institucional de Chile.

En el análisis del proceso de cambio hay por lo menos tres factores adicionales de importancia que requieren estudio.

Primero, la influencia de la situación internacional, que tiene dos aspectos principales: el impacto local de la confrontación mundial entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, y la influencia directa de la política de los Estados Unidos en el Hemisferio. En varias partes de este ensayo se ha hecho referencia a la influencia decisiva de estos factores sobre algunos aspectos del proceso del cambio. No es posible hacer un estudio más profundo de estos aspectos ahora, sobre todo porque ya han sido discutidos en el trabajo de Aníbal Pinto sobre «Los aspectos políticos del desarrollo económico de América Latina», citado anteriormente.

El segundo factor es la influencia de la Iglesia, y el tercero es el papel que juegan las fuerzas armadas. Se hace muy difícil —dentro de los límites de este trabajo— examinar a fondo cada uno de estos elementos, pero parece estar claro que estos dos factores —así como el anterior— han constituido un apoyo adicional a las fuerzas que resisten el cambio y que han contribuido a debilitar los factores que estimulan el cambio.

Las fuerzas armadas y la Iglesia son por definición las dos principales instituciones sociales preocupadas del mantenimiento de los valores tradicionales de la sociedad. Ambos juegan una importante función educativa tanto al nivel de adultos como entre la juventud y la infancia, y ambos tienen también una vasta organización burocrática nacional a través de la que se realiza este culto de los valores tradicionales. Las fuerzas armadas tienen influencia particularmente sobre la población masculina, y alcanza incluso a la población rural analfabeta. La Iglesia tiene una fuerte influencia moral sobre todo en el ámbito femenino y esto ha tenido indudablemente gran significación política. Como se indicaba anteriormente, el número de votantes inscritos ha ido aumentando considerablemente durante la última década, debido principalmente a la inscripción de la población femenina. Este fenómeno ha tenido enorme importancia ya que en política al menos, la mujer chilena tiene la tendencia a ser más conservadora que el hombre. En efecto, en una de las últimas elecciones se observó en

los escrutinios que los votos en favor de los candidatos derechistas proveían en partes iguales de hombres y mujeres, mientras que en el caso de los candidatos izquierdistas la proporción era de 4 a 5 votos masculinos por un voto femenino.

Sin embargo, la Iglesia Católica de Chile, sobre todo en los últimos años, no ha sido la institución rígida y ultraconservadora que se encuentra con tanta frecuencia en otros países latinoamericanos. Por el contrario, ha tenido más bien una influencia reformista tratando de llevar a la práctica las doctrinas sociales de la Iglesia y ha mostrado en general la misma flexibilidad y adaptabilidad al cambio que ha caracterizado a la sociedad chilena en su totalidad. Aunque no ha llegado todavía el momento de tratar de evaluar el significado de la reorientación que ha venido experimentando la Iglesia durante los últimos años, es preciso reconocer que recientemente ha criticado abiertamente el sistema socioeconómico imperante.

Analizando el proceso de mudanza social que se ha llevado a cabo durante las últimas décadas, y el juego dialéctico de los diversos elementos en favor y en contra del cambio, parecería que las fuerzas dinámicas que han surgido de la industrialización, la urbanización y la extensión de la acción estatal han sido socavadas gradualmente por la acción persistente de las fuerzas e instituciones tradicionales de la sociedad chilena. Por otra parte, esas fuerzas nuevas se han ido incorporando en forma progresiva al orden de cosas existentes y, por tanto, se han tornado cada vez más conservadoras. No cabe duda de que ha habido cambio, pero este cambio, en lugar de romper la estructura tradicional de la sociedad chilena, ha sido reabsorbido por ésta. La estructura tradicional se ha ajustado a los nuevos requisitos funcionales de una sociedad semiindustrializada y urbana, y ha asimilado los grupos sociales nuevos y dinámicos.

En virtud de ello, el proceso de cambio lejos de debilitar la estructura tradicional la ha fortalecido. Lo que ha sucedido, en último término, es que los elementos fundamentales que determinan la estructura del poder y, por lo tanto, la orientación de la política económica y social, no han cambiado en absoluto. En consecuencia, no era posible que se dieran, ni que se den, los resultados que prometía el proceso de urbanización y de industrialización.

Materialismo neocapitalista, el actual »ídolo del foro«*

A pesar de que sociólogos e historiadores saben muy bien que la sociedad no es solamente un fenómeno de morfología y ecología, un cuerpo objetivamente dado, sino a la vez una realidad mental colectiva, las corrientes predominantes en la postguerra se caracterizan por el crudo predominio del objetivismo social y del materialismo económico mecanicista. Un historiador tan poco sospechoso de »espiritualismo« como Fernand Braudel, escribe, comentando la falta de preocupación de los constructores de la Europa actual por los hechos de civilización: »Sus discusiones razonables sobre las aduanas, los niveles de precios y la producción, inclusive las más generosas concesiones recíprocas, no hablan sino al espíritu de cálculo. No parecen jamás apartarse del nivel puramente técnico, altamente técnico, de especialistas hechos a las notables especulaciones de la economía dirigida y del *planning*. Nadie negará que ellas sean indispensables. Pero significa no conocer a los hombres el darles como único pasto estas cuentas prudentes, que hacen un triste papel al lado de los entusiasmos, de las locuras no desprovistas de sabiduría, que se suscitaron en la Europa de antaño, en la de ayer. . . Es inquietante constatar que Europa, ideal cultural por promover, está en el último lugar en los programas en elaboración. Nadie se preocupa de una mística, de una ideología, ni de las aguas sólo aparentemente calmas de la Revolución o del Socialismo, ni de las aguas vivas de la fe religiosa. Ahora bien, Europa no podrá ser si no se apoya en esas viejas fuerzas que la construyeron, que la trabajan aún profundamente, en una palabra si descuida sus humanismos vivientes«.

Aparentemente eso no ocurre en Hispanoamérica. Existe en este momento una mayor preocupación por los problemas de mentalidad e ideología, a causa de que los planes de lucha contra el subdesarrollo obligan a atender a la subjetividad colectiva. Pero con qué grado de acierto ello tiene lugar, hasta dónde se emplean métodos justos de conocimiento de esa realidad más intangible, hasta dónde se logra escapar a un esquema mecanicista y ahistórico en la comprensión del hombre y la sociedad, es algo muy discutible, y que conviene analizar profundamente.

La teoría del subdesarrollo suele plantear con insistencia la concepción de que los países que caen bajo su enfoque se caracterizan por una dual-

*Publicado en la revista *Dilemas*, N° 1, Santiago, agosto, 1966.

lidad entre estructuras arcaicas (latifundio y campesinado, burocracia, »pueblo«) y estructuras modernas (capitalismo nacional) (proletariado). El fomento de una burguesía industrial, de un sentido empresarial, de una mentalidad racionalista, parecen constituir el desiderátum de los ideólogos del desarrollo: o sea, tanto aspectos objetivos como subjetivos (actitudes, valores, estilos de vida), diferentes de los que ellos llaman »tradicionales«.

En Chile, la tendencia neocapitalista aparece aliada, debido a las vicisitudes políticas recientes, con el Socialcristianismo. Sin embargo, no sin la natural tensión entre ideologías tan diversas. El Socialcristianismo fue en su origen —en Alemania y Francia del siglo XIX, donde brotó primeramente, como una nueva forma de cristianismo secularizado— una reacción contra la burguesía liberal capitalista, erigiendo en su contra actitudes tradicionalistas y corporativistas, opuestas al racionalismo y al lucro. La adaptación paulatina a la sociedad contemporánea hizo que se esfumara primero el rasgo corporativo, y se aceptara plenamente el liberalismo político y la democracia, sobre todo a partir de la I Guerra Mundial. Incluso en algunos países el acercamiento al liberalismo económico es indiscutible, borrándose casi todo lo que restaba de la primitiva ideología del siglo XIX. En Chile se mantiene de ella, no obstante, la afirmación de lo social frente a lo técnico (reforma agraria en favor del campesinado, comunitarismo, etc.). Pero, a la vez, la coyuntura más general, la llamada lucha contra el subdesarrollo, incita a una alianza y parcial refundición con la ideología rival de la planificación, de la tecnocracia, del neocapitalismo, del racionalismo económico.

La aspiración de crear una clase capitalista nacional que dirija ese tipo de cambio social que se denomina hoy »desarrollo« no es cosa fácil en Hispanoamérica. No se trata solamente de crear un grupo que persiga el lucro a través de la empresa, de la racionalización y del contrato libre de trabajo, como existe en Occidente desde el siglo XVII. Habría que formar, además, una convicción de la legitimidad de su existencia y de su predominio respecto a la antigua aristocracia, una creencia en la eticidad y valor de su género de vida. Ahora bien, Hispanoamérica procede de Castilla, país fronterizo de guerras y de culturas, no plenamente participante de los giros culturales de Occidente hasta el siglo XVI y extraño, a pesar de sus comerciantes y banqueros, a la tradición burguesa. Resulta, pues, sumamente difícil que el elogio y propaganda de las virtudes burguesas y capitalistas penetren hasta el fondo ético colectivo. Se puede, en rigor, acelerar la emergencia de círculos capitalistas industriales; pero el que ellos superen el nivel de meros grupos de negocios, que sean la verdadera clase rectora de la sociedad y la cultura, ya es algo diverso. De las llamadas burguesías mexicana y brasileña dice el historiador mexicano Cossío Villegas (citado por Medina Echeverría) que se trata de empresarios de coyuntura política, más crudos y groseros que la antigua oligarquía, que presionan sobre los gobiernos, sin querer, no obstante, asumir la responsabilidad.

Estos capitanes de industria semejan más el viejo fenómeno del capitalismo aventurero, comercial y monopolista, que a la burguesía industrial europea que se quiere reproducir, pues ésta descansa en la convicción de ser un poder legítimo distinto del Estado.

¿Cómo han abordado en Chile este problema quienes se han interesado por la ideología del desarrollo? Refiriéndose al tema religioso, tan importante en cuanto complejo mental colectivo, en relación con el Desarrollo, un jesuita chileno ha escrito que la creencia en un Dios razonable puede contribuir al racionalismo económico. Parece una tesis verosímil, pero no es verdadera. La clásica investigación de Max Weber ha mostrado que la impulsión más fuerte al espíritu capitalista vino de la más rigurosa creencia en la Predestinación, propia del Calvinismo: es decir, de una noción irracional, voluntarista, de Dios y de la salvación. No fueron los jesuitas, defensores en los siglos de génesis del Capitalismo de una doctrina favorable al libre albedrío y a la interpretación mitigada del dogma de la Predestinación, los que más contribuyeron al racionalismo económico capitalista, sino los calvinistas, que estaban justamente en el polo opuesto. Es que la historia y la sociedad tienen una dialéctica propia, que no se puede aprehender con el puro sentido común.

Tocó también el tema del Desarrollo en relación a la mentalidad popular un economista planificador chileno, en un difundido libro. Siguiendo la aspiración tecnocrática a eliminar las ideologías, espera de la enseñanza de las Ciencias Sociales la formación de una conciencia cívica y de un conocimiento realista, que cancele el imperio —para él dañoso— de las filosofías sociales al estilo del marxismo o del tomismo. Preocupado por los «vicios» del carácter popular chileno, cree que la habitual desobediencia a las leyes procede de la convicción de que ellas fueron dictadas en beneficio de «los señores feudales», y por eso el pueblo las burla. Las opiniones sostenidas en ese libro han hecho escuela. Sin embargo, podemos decir que elucubraciones semejantes sobre la psicología popular son francamente postizas. Todo el mundo sabe que el verdadero motivo de la desobediencia es que en las sociedades hispánicas existe la tendencia, incluso en los rangos más humildes, a considerarse de alguna manera nobles, y exentos por ello de las leyes generales. Es evidente que el carácter indómito, el despego por el trabajo intensivo, metódico y sedentario (que depende en buena parte en el caso chileno, del género de vida ganadero y guerrero, originario de este pueblo), todo ello está lejos de la moral minuciosa y ahorrativa de tiempo y de dinero que predicara Benjamín Franklin, el supremo pontífice de la virtud burguesa. Vicios y virtudes, en los pueblos como en los individuos, son en el fondo solidarios; se corre el riesgo de extirpar éstas, en el empeño por suprimir aquéllas.

Parece ser que la consagración al trabajo y, más todavía, la innovación y el afán de perfeccionar las actividades e instituciones se dan, en Hispanoamérica, solamente cuando la laboriosidad va aliada al placer personal; existe un espíritu de empresa, pero no en el sentido burgués no generaliza-

ble en una clase sino espontáneamente en ciertos individuos. La transferencia fundamental de la religiosidad interior a la moral económica que realizara la burguesía nórdica, es algo impensable en Castilla y sus colonias. El sentimiento del mundo mediterráneo y castellano tiene, como uno de sus pilares, la dualidad de lo sacro y lo profano; ni los negocios económicos alcanzan dignidad ética superior, ni la religión se seculariza; existe religiosidad e irreligiosidad, pero no religión secularizada al modo nórdico. No se produce, en tal situación, una genuina »ética del capitalismo«. La Iglesia se adaptó al capitalismo, pero adaptarse no equivale a valorizar. Se trata de un auténtico »rechazo cultural« impasable de las nociones de la moral burguesa. Que esto lo lamenten muchos, no cambia la potencia de las fuerzas históricas más profundas.

Otro aspecto de la pauta cultural hispanoamericana, procedente de la tradición hispánica y mediterránea, es el respeto a la educación intelectual, al libro: por más que se trate tantas veces solamente de una convención, ésta da testimonio, aun en su forma decaída, de un elemento de cultura que estuvo en el fondo y que no se puede reemplazar. La educación se siente como formación del hombre en valores culturales, aunque éstos no superen el nivel escolar. Fue un gesto lleno de tradición y de generosidad la política de José Vasconcelos cuando, Ministro de Educación en tiempos de la Revolución Mexicana, difundió mediante traducciones castellanas los clásicos griegos y latinos. ¡Cuánta diferencia con los slogans economicistas que hoy circulan sobre las finalidades de la educación! Ellos podrían desvanecer lo que aún queda del patrón tradicional, pero no crear otro sentido que tenga arraigo y valor en la psique colectiva. Se puede destruir una tradición; pero es más difícil crear una nueva, salvo reinterpretao y confirmando la antigua.

Esta necesidad de reinterpretar la tradición es lo que no aceptó la ideología de desenfrenado materialismo económico de una buena parte de los que hablan contra el subdesarrollo. Su error capital es el mecanicismo: creen que para luchar contra un mal económico hay que impregnar la conciencia colectiva del culto por la prosperidad. No saben que la mente humana sigue caminos más indirectos; y confunden la noción de desarrollo con factores exteriores (por ejemplo con la prolongación del trabajo, etc.), sin atender a la espontaneidad y creatividad que aquella noción supone, a la capacidad de innovación respecto a cada resultado ya obtenido.

Es preciso mantener la diferencia entre técnica y tecnocracia. Las técnicas »esas manifestaciones eficaces, artificiales, subalternas, delimitadas, transmisibles, innovadoras« (Gurvich), tienden a veces a erigirse en tecnocracia, pasando de la escala reducida a la global, que requiere de nuevos conceptos; zafándose de ello (dice Nora Mitrani, citada por Jean Meynaud) »por una doble reducción de las diferencias de estructura a unas diferencias de escala, y de la noción de totalidad social a la de una cantidad máxima«. La planificación tecnocrática, que se instaura al nivel de los instrumentos, procura imponer fines y valores humanos. Es otro aspecto

de la confusión entre fines y medios, de que han hablado tantos pensadores contemporáneos. Resultado de ello es la crueldad insólita del planificacionismo. Sociólogos respetuosos de los valores (como, en Chile, José Medina Echeverría, Eduardo Hamuy) han señalado la ferocidad de esta expresión: »inversiones humanas«. Se dirá: son simples maneras de decir. Pero la palabra y el nombre deben ser adecuados, so pena de deterioro de los valores e imágenes de que un pueblo vive. No es sólo la miseria lo que viola la dignidad humana. El autorrebajamiento, marcado ya en la misma palabra »subdesarrollo«, tiene que dar sus frutos: un vocablo puramente funcional, indicador de cierto estado del proceso económico, tiende a invadir todos los campos, a convertirse en una ideología. Y una ideología intelectualmente colonializante, porque niega todo lo propio ya existente, para imitar a »los países más avanzados«, según la fórmula de rigor (reiteración literal de una expresión del progresismo vulgar del siglo XIX).

Como hecho de historia de las ideas, se trata del fenómeno bien conocido del utopismo. No es esto algo nuevo en Hispanoamérica, la tierra misma de la utopía, a partir de la noción de un »Nuevo Mundo« que le fue aplicada desde Europa. Las Misiones entre indios, la ilustración, la Independencia, la Revolución Mexicana, se fundaron en utopías. Pero eran utopías en cierto modo humanistas: confiaban en la libertad, en la ética, en el valor del hombre, aunque lo pensaran siempre de una manera racionalista, rasgo general de toda utopía. Mas lo que llamaremos el planificacionismo generalizado de hoy considera al hombre como objeto manipulable, como »cosa«. Por otra parte, su desprecio por la historia y la tradición de los pueblos es mucho mayor. En la Independencia, en que se produjo un desvío radical y explícito por la historia colonial, había una cierta compensación por la valoración del pasado indígena, o de las antiguas libertades españolas e indianas, o por el ejemplo de las repúblicas clásicas, que, después de todo, estaba contenido dentro del patrón cultural español. En cambio, se presenta ahora una arrasadora incompreensión de que los pueblos tienen algo así como una individualidad —o, por lo menos, en Hispanoamérica, una combinación singular de géneros de vida y acontecer histórico. No se medita en que un pueblo, como un individuo, es su pasado; que una revolución, cuando es genuina, se alimenta siempre de una tradición latente; que lo ético es el griego »sé lo que eres«.

Nadie podría sin insensatez negar que las tareas concretas requieren de planes. Pero la tendencia a la planificación generalizada puede muchas veces anular y recubrir programas concretos y próximos a la realidad. Particularmente dañosas resultan las planificaciones cuando se procede sin el conocimiento de la geografía, la historia, la sociedad, la psicología colectiva; cuando no son sino el fruto de recomendaciones de la burocracia internacional — ese fenómeno que es una de las más insípidas formas del mundo de la postguerra, llena de ritualismo vacío e ineficaz. Sólo los países comunistas logran, al parecer, escapar de este contagio; y en algu-

nos de ellos, en virtud de procesos de amalgamación histórica, parece haberse producido un mayor respeto por las tradiciones vernaculares que en Occidente actual y sobre todo en Hispanoamérica, han sido arrastrados por un internacionalismo alienador.

Un historiador mexicano, Edmundo O'Gorman, ha escrito agudamente sobre la propensión hispanoamericana a las utopías: »Tal parece que nuestro modo de ser histórico consiste en un apasionado deseo de llegar de un salto audaz a todas las perfecciones. Es clave de nuestra historia la impaciencia. Pero se trata siempre de una utopía que no lo parece y que, por lo tanto, jamás se confiesa como tal. Siempre la utopía que nos enajena es algo experimentado en cabeza ajena y respaldado por el éxito. Así aconteció en el federalismo norteamericano, así con el positivismo francés; así quizá acontecerá con el socialismo ruso. Nuestra tragedia está en que somos, contrario a lo que piensan los anglosajones, muy razonables, hereberos más directos, al fin, de la gran tradición clásica. Somos tan razonables que convertimos en utopía sólo lo experimentalmente comprobado. El día en que Hispanoamérica (y permítaseme incluir también a España) tenga su auténtica y propia utopía, que lo sea realmente, es decir, experimentalmente indemostrable y no totalmente realizable, ese día dejaremos de ser historia aplicada para ser historia de la libertad«.

Frente a la actual utopía: convertirnos en una sociedad capitalista imitada del mundo nórdico, convendría reflexionar con sentido humanista, relatividad histórica y respeto de los propios valores. En el siglo pasado, Bello, Domeyko, tantos otros extranjeros, renovaron las profesiones, la educación y la vida cultural, sin desquiciarlas y sin una extranjerización fundamental. Bello, que aportó un contacto más maduro que el anterior con la cultura francesa e inglesa, insistía a la vez en la necesidad de conocer la individualidad histórica chilena. Este íntimo equilibrio es el que deseáramos hoy día, a fin de que el economicismo y el moralismo —esos ídolos del foro baconianos a que todos rinden culto y que tienen un sentido complementario— no signifiquen destrucción de alma.

Hombres de gris*

Pululan en el centro de Santiago. Entre esos edificios monótonos que crecen apretujados a lo largo de simétricas calles sin árboles. Por dentro de ese nervio dorsal de todas las decisiones económicas, políticas y culturales del país que constituye ese apiñamiento de Direcciones Generales, Ministerios, Gerencias, Casas Matrices, Oficinas Centrales, Embajadas y Bancos.

Al interior de ese campo de concentración de poder, hecho de cemento, vidrio y humo. Ahí miles de hombres de terno gris, mirada gris, pensamiento gris, e imaginación gris circulan nerviosos, de oficina en oficina, moviendo facturas, decretos, billetes, conceptos, leyes, formularios, palabras y papeles. Muchas palabras y papeles.

Es la sombría austeridad que la oligarquía heredó de los vascos; el cansado conformismo que la clase media adoptó por rutina y la triste resignación que los pobres hicieron suya por carecer de oportunidades. Se revuelve durante décadas en legalismo junto a las casi 17.000 leyes e incontables reglamentos, decretos y estatutos del país que gangrenan toda acción e iniciativa determinando para cada paso y cada caso asfixiantes trámites, cientos de estampillas fiscales y miles de prohibiciones. Se deja enfriar en la antesala de un Notario Público con una declaración jurada en la mano. Se le viste con zapatos negros y terno oscuro. Se le agregan unas gotas de esperanzas frustradas. Se alinea dentro de una economía rentista que depende de los tributos que el fisco cobra a las compañías extranjeras que explotan nuestros minerales. Y resulta un ciudadano medio que en vez de la innovación prefiere lo conocido; que en vez de estimular lanza la «talla» destructiva; que en vez de admirar al que tiene éxito, lo «chaqueta»; y que en vez del color elige el gris.

MARCADOS POR EL ESPÍRITU BUROCRÁTICO

El rodaje de la máquina administrativa del centro desgasta a estos milares de pequeños engranajes, y más hondo que la silicosis del minero y más incurable que la ceguera del soldador al arco, les horada en su conciencia la marca imborrable del espíritu burocrático.

La mayoría pertenece a esa vasta clase media funcionaria constitui-

*Publicado en la Revista *Paula*, N° 16, agosto, 1968.

da por los empleados de la banca, comercio e industria; los técnicos y profesionales en empleos de nivel medio; y los 360.000 funcionarios de la administración pública y otros que ocupacionalmente tienen los mismos rasgos: empleos de nivel medio que no involucran trabajo manual, relativamente estable, en una organización de tipo burocrático y sueldo que permite un nivel de vida estrecho.

Internamente están marcados por la contradicción que se les plantea entre su cercanía al nivel popular y el temor de ser confundidos con la clase baja; entre los escasos medios que permite su sueldo y las aspiraciones de llevar un estilo de vida propio de gente "decente" que no se engrasa las manos ni carga cajones en la calle; entre el deseo de que las cosas cambien y el temor de que un cambio del sistema signifique perder el empleo o los privilegios previsionales; entre el hondo resentimiento que le tiene a las jerarquías dominantes y la arraigada tradición funcionaria de actuar suavemente sin demostrar rencor; entre el inconformismo y la paciente resignación ante las humillaciones cotidianas que comienzan con el viaje a la oficina en el atochado bus y terminan al prender la radio en la tarde y acordarse que aún deben la mitad; entre el deseo de libertad y la necesidad funcionaria de interiorizar todas las rígidas normas de la burocracia que van desde la manera de hablar hasta la impecable camisa blanca y el sombrío terno de lana, aunque hagan 30 grados de calor a la sombra; entre el anhelo de rebelión y la costumbre de agrandar usando diminutivos y derogar amablemente »si lo tiene a bien« que consideren su caso en su mundo de reajustes, montepíos, posibles ascensos por antigüedad, esperanza de jubilación, solicitudes en papel sellado al Honorable Consejo Directivo de la Caja y rutina.

EL INMOVILISMO DEL SISTEMA

La rutina del sistema es un ácido que corroe los bríos juveniles, desgasta las aspiraciones reales de cambio, socava el espíritu auténticamente renovador, carcome la tendencia modernizadora y diluye la capacidad de buscar nuevas alternativas que impliquen aceptar riesgos. Los que llegan a las posiciones más altas —los políticos profesionales, los que moviendo papeles acumulan dinero, los profesionales de altos ingresos, los comerciantes, los ejecutivos y profesionales al servicio de grandes compañías— han sabido usar el sistema para lograr su propio bienestar social y están por lo tanto, demasiado comprometidos con él como para querer cambiarlo. La historia de Chile muestra que muchos que parecían luchando por el *cambio* auténtico del sistema en el fondo querían reformas sólo para colocarse arriba. Una vez en lo alto prefirieron la seguridad al progreso.

Los que teniendo preparación y capacidad no aprenden las normas del sistema, no saben armar componendas ni formar camarillas ni hacer

promesas electorales ni obtener favores, tienen que decidir entre resignarse a marcar el paso o irse. Alrededor de cien profesionales y técnicos chilenos emigran anualmente.

Toda la educación parece querer conformar al chileno desde niño. En el colegio se le viste de adulto con cuello y corbata como tratando de que sea viejo luego; se le pide más conocimiento que deporte; se le exige más memoria que imaginación y los que supieron recordar fechas de batallas, fórmulas de geometría y pretéritos pluscuamperfectos del genuflectivo condicional, sacaron las mejores notas y tuvieron las mejores opciones para seguir a la Universidad. Ahí se encuentran con una organización académica que lleva años de crisis, que no aplica ideas sobre educación, que carece de objetivos claros y que se ha resistido a dar participación y posibilidades de acción a los científicos jóvenes y a los profesores con ideas novedosas.

Véanlos estudiando la profesión más tradicional y que más domina Chile. Cómo se les inculca, por medio de una clase magisterial, que hace un siglo estaba anticuada, el antiguo derecho romano, la veneración a las leyes, la gloria del trámite administrativo en papel sellado y la adoración a las formas jurídicas.

La juventud chilena enfrenta una sociedad muy humana en su trato, pero que permanece inmóvil, estagnada, sin ofrecer oportunidades atrayentes. Por lo tanto, su reacción al sistema social es menos pintoresca que la de los hippies, más difícil de notar, pero mucho más grave: es una conducta regresiva que se manifiesta en apatía, desinterés, quietud y conformismo.

LA ESPERANZA SON LOS JÓVENES

La esperanza son los jóvenes. Así lo dicen los vetustos libros y desgastados clisés.

Lo que no dicen es que lo fueron siempre y lo serán en cien años más. Este es un país de cuerpos muy jóvenes, en una población ligeramente superior a los 9.000.000 de personas, los menores de 35 años suman 7.458.000, o sea, más de las tres cuartas partes (77 por ciento) del total. Pero los verdaderamente jóvenes, los que buscan verdades y no posiciones, son muy pocos, y, por esto, el dinamismo, la innovación y el entusiasmo son mucho menores que en algunas sociedades de estructura demográfica más vieja.

Pero los jóvenes universitarios se están dando cuenta. Se están dando cuenta de que la renovación no va a surgir con la aplicación de las ideas desarrolladas por Marx hace cien años o los liberales hace doscientos. Se están dando cuenta de que hay que comenzar ahora por reformar lo que tienen más cerca y lo que debe ser el motor de una nueva cultura: La Universidad.

Pero esta inquietud de renovación no se ha cristalizado aún en un movimiento con metas claras; es su grandeza porque revela una búsqueda profunda y es su debilidad porque pueden lograr canalizarla los grupos de siempre que buscan el poder y no el saber.

Es sólo el comienzo. El verdadero progreso vendrá únicamente si este espíritu joven de renovación supera a los políticos y se extiende a todas las actividades —arte, empresa, investigación científica o política— y a todas las edades. Sólo ese espíritu nos motivará para que, en vez de adoptar la seguridad que el gris da al elefante, usemos colores; en vez de importar ideas, excedentes agrícolas y artefactos superfluos, pensemos, produzcamos e inventemos; en vez de hacer reformas que reemplacen lo arcaico de hoy por lo que será arcaico mañana, instauremos mecanismos de reforma y regeneración constante; en vez de esperar ascender por antigüedad y compadrazgo, respetemos el avance por mérito y logro profesional; y en vez de anhelar empleos estatales y medianos en una oficina de Santiago, salgamos a abrir nuevas fronteras, a colonizar la Patagonia, a fundar áreas de pionerismo, a descubrir otras fuentes de riqueza. Es sólo el comienzo.

Perspectivas y riesgos en la construcción de una nueva sociedad*

CRISIS DE TODOS LOS VALORES

No cabe duda de que la sociedad actual presenta características fundamentalmente diferentes a las que tuvimos que enfrentar nosotros, la generación anterior, hace 40 años. La crisis de todos los valores es evidentemente más profunda y su complejidad inmensamente mayor. Hemos visto desaparecer en el último decenio valores, ideas y estructuras que parecían inmovibles y sobre las cuales no sólo se sustentaba la vida social y personal, sino que eran datos para cualquiera tentativa futura. No hay certezas en qué apoyarse, no existen o están vitalmente cuestionadas. De hecho, nada permanece incólume. La profunda crisis por la que atraviesa el pensamiento cristiano y la Iglesia es, para algunos, crisis de depuración; pero trastorna a muchos ver el espectáculo de antiguas y veneradas tradiciones que, cumplido su papel y superado ya su rol secular, caen como una vieja piel.

A su vez, el marxismo, que como doctrina y realización aparecía como un hecho monolítico, presenta hoy grietas visibles.

Hay que construir en tierra arrasada. Nada es intocable. No hay dogmas.

Esto mismo nos exige hoy a todos, y en especial a la juventud, un enorme esfuerzo de análisis y de construcción intelectual. Hay que descubrir el pensamiento que engendre las nuevas estructuras y los nuevos juicios de valor. Es de preguntarse si la Universidad va a poder realizar esta tarea no sólo en el orden de la investigación científica, sino en el orden de las definiciones humanas. Si acaso ella va a ser un lugar de luchas partidistas o un lugar de reflexión, aunque sea apasionada. Si va a haber en ella lugar para el análisis y para un mínimo de racionalidad en la discusión y en el juicio, y un mínimo de respeto por los hechos y las personas para elaborar los nuevos modelos que organicen la vida, la sociedad y el Estado; o si los ideologismos van a ahogar la posibilidad de que nazcan nuevas ideas.

*Lección magistral del Presidente de la República, en la Universidad Católica de Chile, al recibir el título de doctor scientiae et honoris causa, el 30 de marzo de 1970.

Realmente el problema es ecuménico. Nunca una generación joven había estado enfrentada a interrogantes de más honda significación y alcance en medio de una negación y cuestionamiento de todos los valores conocidos.

Y no es sólo esto. En el mundo entero y en Chile la juventud sufre el impacto de la realidad con un sentimiento creciente de crítica y hasta de frustración y desesperanza. En muchos ese sentimiento se expresa por la posición exaltada de la violencia como método de la acción y como valor de la vida personal y política. En algunos también, por desgracia, ese sentimiento deriva hacia formas hasta hoy no conocidas de degradación personal y colectiva.

¿Podríamos decir que lo mejor de nuestra juventud no tiene razón en sus grandes inquietudes y que, incluso los que se desvían o los que caen en la propia destrucción de su ser no son, al menos, un testimonio dramático contra esta sociedad y este mundo?

Una sociedad y un mundo desfigurados, en tantos lugares, por la injusticia, el frío egoísmo, la desigualdad, las luchas sociales, las discriminaciones raciales, las guerras, la deshonestidad y el vicio organizado, que se explota hasta la degradación en ciertos medios publicitarios.

Esto es lo que hiere el alma de las generaciones que hoy están despertando a la conciencia de su desafío personal e histórico.

Nadie puede negar o disimular esa realidad. Por eso esta juventud merece más comprensión que crítica, y el respeto que se debe a quienes tendrán que enfrentar una batalla tan dura en medio de un mundo tan convulsionado.

UNA REALIDAD DIFERENTE

Por eso no pretendo un paralelo de la realidad de hoy con la que vivíamos en Chile entre 1928 y 1932. Creo, sí, que resulta útil recordar el hecho de que Chile estaba en vísperas de sufrir la devastación de la gran crisis económica mundial y de su terrible crisis particular del salitre. Vivíamos la amargura de una ruptura constitucional que se prolongó hasta 1932, con diversas alternativas, y en la cual se manifestaba, oscura y dolorosamente, la nueva dimensión social de nuestra vida económica y política.

En el mundo que nos rodeaba, Alemania e Italia se encaminaban hacia lo que veían como la gran alternativa histórica del totalitarismo nacionalista. España empezaba a despertar hacia el trágico proceso que culminó en su propia guerra. La ciencia, la tecnología y sus proyecciones industriales eran aún procesos incipientes, si se las mira con la perspectiva de hoy. El refrigerador o el automóvil no eran aún bienes necesarios del hogar norteamericano, mucho menos del europeo, y no digamos nada de nuestros países. La radio era un privilegio de minorías. La televisión no existía. Y la aviación comercial era una aventura.

Faltaban casi veinte años para la bomba atómica, el uso masivo de los antibióticos, y la genética moderna. Para miles de nuevos factores decisivos que hoy nos parecen simple rutina. Porque era el final de toda una estructura de la historia, que se caía en pedazos, y la nueva fisonomía del mundo no podría ser siquiera sospechada sino a través de la espantosa catástrofe de la Segunda Guerra Mundial.

La democracia y el régimen de libertad estaban cuestionados abiertamente en todas partes del mundo. Y muchos afirman que eran sólo un sistema formal y un signo de debilidad, dentro del fracaso final de toda una etapa histórica, o bien una excusa para la perpetuación de la injusticia.

Fue entonces, en torno a la vida de esta Universidad, que era la nuestra, que mi generación encontró algunas respuestas.

Aquí recibimos el gran llamado para la insobornable defensa de la dignidad de la persona humana, como un valor supremo del pensamiento y de la acción. La necesidad de su proyección en la justicia social, impuesta por el imperativo de la Redención, en la cual se organiza hacia el porvenir y hacia la eternidad, el significado del hombre, del mundo y de la historia.

Aquí, y en torno a la vida de esta Universidad, empezamos a comprender que el Evangelio no está atado por tradiciones accidentales ni por circunstancias ajenas a lo esencial de su mensaje.

Fue para nosotros luminosa la visión de Jacques Maritain sobre la democracia pluralista dirigida hacia un humanismo integral en una nueva forma de pensar la historia. Más adelante, José Lebreton y Gunnar Myrdal definirían las grandes interrogaciones planteadas a nuestro continente, a nuestro país y al mundo. ¿«Solidaridad o Desintegración»? ¿«Decadencia o Supervivencia del Occidente»? Arnold Toynbee ensancharía aún más el ámbito del pensamiento con su teoría de las civilizaciones en el «Estudio de la Historia». Teilhard de Chardin anunciaría las grandes visiones cósmicas del hombre y del mundo.

La afirmación de que la vida humana merece vivirse, y de que puede y debe ser hecha digna de vivirse, no fue sólo un postulado académico; fue un descubrimiento vivo, constantemente enriquecido.

Nuestra lucha también era para sobrevivir. Había que romper con un mundo que en ese entonces tenía una fuerza inmensamente mayor que ahora en que se han visto desaparecer muchos de sus principales baluartes. Al denunciarlo comprometíamos el pan de nuestras familias y hasta la permanencia en la propia casa universitaria, porque aún faltaba mucho tiempo para que se abrieran sus puertas a las nuevas ideas y posturas que tienen hoy en ella no sólo cabida, sino amparo.

En esa tarea quizás pudimos ignorar nuestras ataduras y obligaciones inmediatas, para postergar sin medida nuestro impulso vital de formar hogares, de comprometer nuestras almas en el amor conyugal y en el amor de los hijos. Quizás pudimos hacerlo, con toda la extensión que querrían ciertos fanáticos que llegan a hacerse ajenos al amor y a la

realidad de la vida, cuando creen luchar, en esterilidad y violencia, por algo que imaginan como una suprema consecuencia y pureza de ideales. Pero los años me han enseñado que tras su apariencia feroz; con frecuencia se quiebran en la prueba prolongada de la vida.

Lo más importante fue que tuviéramos la voluntad de entrega y realización como hombres, padres y fundadores de hogares vivos.

Quizás por eso tenemos hijos con quienes hablar; generaciones que sigan, no el ejemplo de nuestros hechos —lo que sería pretencioso—, sino el de nuestro amor y de nuestras angustias y voluntad de decisión. No de lo que hicimos, sino, lo más esencial y valioso, de las razones que teníamos para hacerlo.

Esta no es una defensa; pero sí es una advertencia no exenta de ternura ni de tristeza ni, sobre todo, de una alegre y poderosa esperanza. Ustedes vivirán y sus vidas merecerán vivirse; ustedes las harán dignas de ser vividas. No sólo en su vida universitaria, sino también en la del hogar, en la de la profesión, de la lucha general por la justicia y la del servicio eficiente a la comunidad.

Esto es, en un sentido muy profundo, la única experiencia que puede transmitirse de generación a generación. Una experiencia de comprensión recíproca y de compasión. Y perdónenme que me detenga en esto. Compasión, según entiendo, es compartir la pasión, no sólo el dolor, sino también el sentido profundo de la vida. Los padres pueden compadecerse con sus hijos, porque tienen antecedentes de juicio más o menos válidos para comprender y compartir, desde el fondo de su corazón, el sufrimiento y también las posibilidades de alegría y amor que vivirían. Los hijos pueden también comprender y compartir, al menos, lo más esencial y evidente del contenido de dolor, de alegría y de esperanza, en la vida de sus padres.

La vida merece ser vivida; la vida puede y debe ser hecha digna de ser vivida. Ese es nuestro imperativo y también nuestra responsabilidad.

Por estas mismas razones mi generación supo que nuestra sociedad chilena podía y debía ser transformada de tal modo que sus deformidades e injusticias dieran paso a nuevas posibilidades de mejorar la vida de todos los chilenos, hasta hacerla digna de ser vivida. Quizás no en términos absolutos e ideales, pero sí en términos verdaderamente humanos.

Y afirmamos tercamente eso: que Chile, como comunidad humana, podía hacerlo. Y por ello dedicamos una parte sustancial de nuestro pensamiento y actividad a la investigación y confirmación de los recursos materiales e intelectuales de Chile para esa gran tarea; para conocerlos y ponerlos al servicio de nuestra comunidad con el fin de hacer digna la vida humana y merecedora de ser vivida.

INVESTIGACIÓN DE LOS RECURSOS

Y debo decirles que esa tarea de investigación de recursos intelectuales y materiales fue y es amargamente discutida. Porque es sorprenden-

te que hoy la mayoría de las personas, sea en medios académicos, periodísticos o políticos, se sientan vitalmente amenazadas en sus posiciones sectarias cuando, de algún modo, se propone la posibilidad de una investigación objetiva, no partidista ni comprometida. La objetividad se plantea abiertamente como accidental y sometida a conveniencias partidistas. El objetivismo real, la única objetividad real en esta »averiguación«, es, denunciado, desde todos lados, como una mistificación.

Por eso, en la realidad de la vida personal y del país, »averiguar« no es fácil, es una empresa combativa y dura. Una empresa no siempre gloriosa ni siquiera en el medio del combate, porque muchas veces, enamorados inconsecuentes de ideales generales, acusan al que »averigua« de oportunismo y aun de regresión. Y en el fondo temen a la realidad, como opuesta a sus ilusiones fáciles.

En la investigación de nuestros recursos materiales descubrimos dos cosas que podrían parecer simples en las palabras; pero que en la realidad son profundas y complejas, y también decisivas:

Primero, el conocimiento y valorización de nuestros recursos materiales dependen fundamentalmente de nosotros, de nuestro esfuerzo y de nuestra voluntad. Pero cuando hablamos en este nivel de »nosotros« no podemos referirnos ni a una élite universitaria o política ni a clases sociales: tenemos que referirnos a toda la comunidad nacional.

Porque así como nadie podría reemplazar a los chilenos en la tarea del progreso de Chile, así tampoco, dentro de nuestro país, nadie, ninguna personalidad, ninguna élite, ningún grupo o clase social puede reemplazar a la energía de la comunidad entera en una tarea que sin ella no podrá jamás realizar íntegra y ordenadamente.

En esta perspectiva, la gran cuestión de la justicia es también la cuestión principal de la eficiencia. Algunos economistas, por la propia naturaleza de su disciplina y experiencia, son conducidos, por la objetividad de sus conocimientos, es decir, por los hechos concretos, a pensar y afirmar que el progreso económico es una condición del progreso social. Pero el conocimiento creciente de la realidad y naturaleza de los hechos sociales, en su relación con los económicos, nos ha enseñado, de una manera, cada vez más clara, que no es posible movilizar al máximo los recursos económicos ni distribuirlos en forma justa y eficiente, si toda la comunidad no está incorporada consciente y efectivamente a esa tarea. No se trata sólo de una incorporación o participación sentimental e ideológica; no se trata de una »mística«. Eso no tiene valor si no se trata al mismo tiempo de una incorporación material, de una participación concreta en la decisión y en los resultados del esfuerzo. Y por eso el progreso social se presenta también, cada día con mayor evidencia, como una condición del progreso económico.

Sería muy sencillo decir que ambas cosas deben intentarse al mismo tiempo. Tan sencillo que a la luz de la realidad resulta una simpleza. Cuando en un país falta alimentación adecuada; falta habitación digna;

falta salud y educación, no es ni siquiera posible, para los sectores mayoritarios de la comunidad, empezar a concebir la participación y la incorporación en la gran tarea nacional del progreso.

Por eso es indispensable una decisión sobre qué es lo que se pone primero. Y en mi experiencia, en la de mi generación, esa decisión fue poner primero el progreso social, en términos que no pueden ser satisfactorios desde un ángulo puramente económico y tampoco para el sociólogo, porque a éste su disciplina le enseña que dar alimento y casas, distribuir las tierras y las rentas, construir hospitales y escuelas, tiene un valor secundario, y aun precario, si no es la obra de toda la comunidad, realizada de acuerdo con su propia conciencia y con la participación organizada de sus energías insustituibles.

Una decisión así tal vez sea poco satisfactoria; pero nosotros pensamos que más constructivo y posible sería romper, en plena libertad, »el punto muerto« realmente existente entre el pensamiento económico y el pensamiento social, y crear así las bases para un verdadero e integral desarrollo y una efectiva participación, que no puede comenzar desde la nada.

En una decisión de esa categoría es siempre necesario asumir sus aspectos negativos: lo que algunos llaman »demagogia« y otros »desarrollismo«. Porque es siempre una »conciliación« inevitablemente imperfecta. Y muchos de los que ven nuevas perspectivas abiertas olvidan que ellas son posibles gracias a estas decisiones. En este campo, los puros y perfeccionistas, con una visión siempre catastrófica y total, terminan en lo de Pascal: »quieren hacer el ángel y hacen la bestia«. Lo que importa son los resultados. Es eso lo que importa medir y comprender cuando se pretende una experiencia válida. El juicio, por último, le pertenece al país entero.

RELACIÓN CON EL MUNDO EXTERIOR

Segundo, en una comunidad como la nuestra y en el mundo de hoy, no basta la adecuada valorización de los recursos materiales disponibles. Es necesario, además, comprender y actuar en la debida inteligencia de que esos recursos, en una proporción muy importante, no dependen sólo de nuestra voluntad y de nuestro esfuerzo, sino de una relación decisiva con el mundo exterior. O sea, que la averiguación de nuestros recursos materiales no es sólo un recuento científico y tecnológico de lo que tenemos para mejorar nuestras vidas. Es también la averiguación de las formas más eficientes en que tales recursos pueden ser valorizados en el mundo exterior.

No es cierto que en el mundo de hoy la soberanía y la independencia se conquisten sólo por actos espectaculares de voluntad nacional y política. Se conquistan por la voluntad y la decisión política si hay simultáneamente capacidad científica y tecnológica, por la inteligen-

cia ilustrada de que la ciencia y la técnica son un producto ordenado a las necesidades y a las dimensiones reales de la sociedad que las realiza. Hoy día esas dimensiones exigen, en la más simple teoría, pensar en comunidades de dimensión como la América Latina. Este es un hecho, no un postulado ideológico; es un problema de organización e imaginación creadora, de disciplina y de máquinas y elementos para operar las máquinas, y de las dimensiones económicas y humanas que ello exige.

Por ello ha surgido en todas partes, como una nueva evidencia histórica, la gran orientación de las integraciones y complementaciones subregionales y regionales. Esto, en la realidad, no puede limitarse a la ampliación de los mercados y a la complementación de nuestras capacidades agropecuarias e industriales. Porque esos objetivos muestran, cada vez con mayor evidencia, la necesidad de una complementación cultural, científica y tecnológica para marchar organizadamente al enfrentamiento eficiente con el enorme y acelerado proceso del crecimiento científico-tecnológico-industrial, que no sólo se mantiene a gran distancia por delante de nuestras capacidades, sino que, por su aceleración natural e incontrolable, aumenta constantemente el abismo que tiende a separarlos. Y esa distancia significa poder y superioridad crecientes para los más desarrollados, y configura el hecho dramático y central que no se camina hacia una igualdad, sino a una acelerada diferenciación. En consecuencia, las integraciones subregionales, regionales o entre diversas regiones del tercer mundo, para fines específicos, muestran una clara tendencia —que es inevitable— a crear formas supranacionales de acción y a adquirir, por lo tanto, un concepto y un propósito político. Y la conciencia de esta realidad se abre paso en toda nuestra América.

Pero en esa aceleración connatural al proceso científico tecnológico de nuestros días, no podríamos ver solamente un incentivo o una urgencia para las integraciones regionales, o siquiera en las dimensiones del tercer mundo. Es una urgencia para la integración de toda la comunidad humana. El único desafío realmente importante para las generaciones que harán la historia de los años finales de este siglo y de la primera mitad del próximo. Es decir, de los propios hijos y aun de los nietos de ustedes.

Es el desafío que significa la posibilidad de un mundo trágico o la de un mundo organizado para todos los hombres y también, aunque no tengamos los medios para comprenderlo adecuadamente, de un planeta Tierra iniciando la conquista de las estrellas, y en una medida que hoy nos parece fantasía, la conquista de ciertos dominios extensos del tiempo. Cuando empiecen a comprender, no en la ficción, cuyo valor ha crecido, sino en la proyección concreta del esfuerzo, que la única patria es la Tierra; la única comunidad, la humanidad misma; y que el exterior, el extranjero, es solamente el universo todo. Si esto fuera sólo fantasía no lo diría yo aquí.

Hay algo que está al alcance cotidiano de una gran parte de los chilenos: la televisión. Estamos ya habituados al sistema de canales y programas que tenemos. Sin embargo, ese sistema ya está sometido a una prueba que, si no es insuperable, exigirá una renovación completa de toda la estructura cultural, técnica, administrativa y económica, por la simple razón de que muy pronto será posible la fácil adquisición de un dispositivo para que nuestro actual y viejo televisor capte el satélite de televisión que más le acomode a sus dueños. La televisión salta de la tierra al espacio; se hace planetaria y aun extraplanetaria. Es una gran conquista. Pero es una conquista que nos plantea un gran problema. ¿Recibiremos la enorme influencia de la televisión desde estudios extranjeros, con potencialidades incomparablemente mayores a las de los nuestros? ¿Deberemos hacer el desproporcionado esfuerzo de comprar o arrendar parte de un satélite en órbita para uso exclusivo de Chile? ¿O bien asociarnos con otros países, con nuestros vecinos latinoamericanos para esa compra? ¿Y cómo lo distribuiremos y orientaremos? ¿Habrá una carrera latinoamericana para la »satelización« de las televisiones nacionales, o bien la práctica nacionalista de impedir el acceso de las televisiones nacionales a los satélites? ¿Y cómo será la competencia de las grandes naciones más desarrolladas del mundo por esa influencia planetaria?

Hasta hace sólo cien años la difusión del pensamiento y de la cultura no había recibido, desde el siglo xv, más impulso que el de la imprenta y los periódicos para cambiar su velocidad. Y ese cambio había transformado al mundo a través de la palabra escrita. Ya es una realidad, y pronto lo será en términos planetarios irreprimibles, que la difusión de la cultura se haga a través de la imagen real de la vida; simultáneamente al acontecimiento, al hombre que se expresa, con su gesto y su voz. ¿Cuál será el cambio en los próximos años?

Este es sólo un ejemplo que nos lleva a lo más esencial. ¿Seremos capaces de absorber las nuevas tecnologías en nuestras propias culturas, al ritmo que queremos darle a nuestro desarrollo industrial y económico, a la necesidad de dar ocupación a millones de personas? ¿Seremos capaces nosotros de dar al desarrollo científico y tecnológico una validez y un ámbito que posibiliten nuestro desarrollo? ¿Tenemos una respuesta para la pregunta tan quemante que surge: el para qué del desarrollo? ¿Seremos capaces de estructurar en nuestros países una sociedad en la cual el manejo de la ciencia y la tecnología estén en manos de los propios latinoamericanos? ¿O vamos a caer en un nuevo colonialismo en el momento en que creemos alcanzar la independencia por la recuperación de nuestros recursos básicos?

Estoy cierto de que comunidades de 10 ó 20 millones de habitantes no tienen respuesta para estas preguntas. Si los pueblos que conforman

Latinoamérica quieren participar como socios responsables en este esfuerzo universal y no vivir simplemente del subproducto o derrame de otros, será necesario construir comunidades de suficiente extensión humana y poder financiero que nos permita participar y sostener de una manera responsable y posible esta empresa de la cual dependen la vida, el trabajo y la dignidad de nuestros pueblos. Por eso la integración debe ser humana y no sólo económica o física.

El proceso del conocimiento ha estado adquiriendo, en estos últimos veinte o treinta años, características que lo definen como una crisis o alternativa de nuestro tiempo y del próximo futuro; el futuro que se decidirá antes del fin de este siglo, tal vez en esta década.

Una ciencia organizada masivamente, en la cual está superado el tiempo de los descubrimientos milagrosos y de las aplicaciones casuales de sus secuencias, está alimentando a una tecnología, también masivamente organizada, con las matrices innumerables y constantemente multiplicadas de nuevas ideas y descubrimientos sistemáticos.

Esta posibilidad tan profunda se está proyectando, en forma igualmente creciente y sistemática, sobre la construcción industrial y económica; sobre las ciencias biológicas, sociales y políticas; sobre la misma cultura. Y su impacto está presente en todas las alternativas del Espíritu en nuestros días.

La realidad entera, fecundada por este nuevo factor, responde entregándole nuevos y más poderosos instrumentos, con nuevas perspectivas y posibilidades.

No es un círculo, sino una espiral cada vez más amplia y elevada, poseída por una aceleración que no podemos medir, y que ejerce una atracción irresistiblemente fascinante sobre toda la realidad de nuestro tiempo; sobre la imagen misma de la vida del hombre y de su familia; sobre el medio social y económico; sobre la política, la cultura y aun la religión. Una realidad tan fuerte que arrolla a los mismos que la cuestionan.

Entre las grandes naciones de hoy la competencia verdaderamente válida ya no es solamente la formación de decenas o centenares de miles de científicos y técnicos; es la velocidad con que este proceso se desenvuelve.

Es necesario adquirir conciencia de que todo esto no es un »tema« de especulación histórica o intelectual. Es una realidad concreta; tan concreta, que no se ha producido realmente en una forma que pudiéramos llamar integral, sino en dos grandes comunidades humanas: los Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

UNA NUEVA FORMA DE PODER

Ha aparecido una nueva forma del poder mundial: una nueva estructura de la historia, tan real, tan »personificada«, por así decirlo, como lo eran, hace cien años, los imperios políticos declarados.

Esta nueva forma de poder se refiere a la vida de cada hombre y de su familia con la amenaza nuclear y con algo aún más grave: el dominio del propio conocimiento, la suprema razón de superioridad, no sólo por la capacidad propia para conocer más, sino por la capacidad, verdaderamente sombría, para controlar y dirigir el conocimiento de los otros, sea por métodos publicitarios, psicológicos, económicos y culturales.

Y tenemos el derecho a preguntarnos, ¿este proceso tecnológico va a conducir sólo a una sociedad de consumo destinada exclusivamente a abastecer los apetitos y a convertir a la sociedad humana en un vasto mercado cuyo único metro de medida sean los índices del producto?

¿O vamos a utilizar esta tecnología con un sentido verdaderamente humano para liberar a los hombres, a todos los hombres, de la servidumbre material y permitirles el uso del tiempo y de sus facultades en actividades más nobles y variadas que enriquezcan sus vidas?

Este es uno de los puntos más críticos que se nos presenta: el problema de la libertad y de la necesidad. Una vasta muchedumbre —la más vasta— aspira como un objetivo irreprimible a liberarse de supremas necesidades materiales. Ellos ven por primera vez después de muchos siglos la oportunidad concreta de derrotar la miseria y liberarse de las servidumbres materiales que les impiden su propio desarrollo personal.

Y aquí surge otra pregunta que creo está en la conciencia de todos los que reflexionan sobre estos problemas. ¿Van a imperar las exigencias de la necesidad de tal manera que, para satisfacerlas, será preciso sacrificar la libertad? ¿Será posible que para liberar al hombre de su servidumbre material haya que someterlo a un régimen de tal disciplina que signifique desconocer todos los valores y derechos de su persona? En una palabra, ¿son compatibles en cierto tipo de sociedades la democracia y el desarrollo?

Es tan hondo este problema que ya no sólo se presenta para las sociedades capitalistas, ya que escuchamos a hombres como Garaudy decir: »Por primera vez en la Historia las exigencias del desarrollo económico y técnico y las exigencias de la democracia y del desarrollo humano van en el mismo sentido, puesto que la plena expansión de lo que es específicamente humano en el hombre, la aptitud para crear, está siendo cada día más la condición primordial del desarrollo económico y técnico«. O sea, un pensador marxista plantea el problema de la personalización del sistema económico.

Y yo diría que es profundamente alentador para quienes siempre hemos creído en el humanismo cristiano, que en este instante en que el hombre aparece al borde del dominio de la materia y con todos los instrumentos para derrotar la miseria y hasta la pobreza, surja en la juventud una inquietud y un rechazo de un tipo de sociedad cuyo último fin sea en una u otra forma organizar la vida para el consumo. Esto no es una sorpresa.

Y podría ser, sin que fuera mezquina la expresión, hasta un consuelo. Ver cómo cuando se reniega de los valores morales y profundos que constituyen la esencia de la personalidad del hombre, se puede llegar a una insatisfacción aún más dolorosa que la misma miseria.

Por otra parte, no es un problema ideológico, sino un hecho insoslayable el que este proceso conduzca a cambios en la estructura misma del sistema de propiedad y organización de las empresas y del Estado. Resultará imposible sostener una organización social basada en una planificación que se imponga desde arriba o por decisiones de grupos particulares, impuesta sobre hombres a los cuales se les exige cada día un nivel más alto de responsabilidad y de conocimiento y que al mismo tiempo se les excluya en las decisiones que importan la creación o la dirección de la sociedad a que pertenecen. De allí que la democratización de la vida social y económica a través de la participación plena y real de sus integrantes sea un signo evidente del futuro.

DESARROLLO Y LIBERTAD

Pero este problema del desarrollo compatible con la libertad no se plantea sólo a nivel de las comunidades nacionales. El dilema de este proceso que permite afrontar el reino de la necesidad no lo pueden dirigir sólo algunas potencias que hayan logrado su pleno desarrollo y se hayan convertido, como se dice hoy, en superpotencias, ni mucho menos ignorar la plena participación del resto de las opiniones y de los intereses humanos.

La conquista, que reconocemos admirable, de esta nueva estructura de la ciencia, tecnología e industria, es tan importante hacia el futuro que no puede ser usada como un instrumento de poder. Sólo puede y debe ser utilizada como un instrumento de progreso verdaderamente universal, como una expresión de real y concreta solidaridad.

Se hace así evidente, cada día con mayor claridad, si no queremos provocar una catástrofe cósmica, la necesidad histórica de dominar este proceso. Es una necesidad que trasciende por entero los conceptos de ayuda y de cooperación internacionales, y más aún de los medios insuficientes creados hasta ahora para realizarla.

Es así como la afirmación de que la vida humana merece vivirse, o de que puede ser digna de ser vivida, y que existen los recursos materiales e intelectuales específicos para mejorar la vida del hombre, abre las perspectivas de la construcción de una nueva sociedad, tanto en el plano de la vida nacional y de la integración regional, como en el de la lucha histórica para la construcción de un régimen de solidaridad universal.

Y no me cabe duda de que, en estas perspectivas, se presentan con claridad a nuestra vista los grandes riesgos del futuro. Es en la confron-

tación de perspectivas y riesgos donde está el desafío de cada generación: el desafío de su espíritu.

Sólo en la confrontación de perspectivas y riesgos las grandes afirmaciones del pensamiento y de la voluntad de justicia pueden alcanzar la categoría de la creación, de la fe, de la liberación, de la esperanza, que son las categorías del espíritu.

Yo sé muy bien que esta nueva generación, o por lo menos sus sectores más valiosos y dedicados, están planteando sus estudios y sus vidas con una gran seriedad, más allá de ciertas apariencias. Con una seriedad mayor que la de varias generaciones anteriores.

Sin embargo, ella está enfrentada a una tentación tan destructiva que se plantea también con singular intensidad y urgencia, y hasta con brillo y prestigio, como si ella fuera una expresión del espíritu; como si el espíritu pudiera manifestarse en desesperanza, frustración, ineficiencia y violencia.

No me refiero, naturalmente, a las situaciones de fuerza y urgencia a las que algunos pueblos pueden estar enfrentados. Me refiero a las ideologías cuyo único fin y metodología es crear tales situaciones.

Y si he creído necesaria esta referencia es porque la hago ante universitarios, que son los más específicamente dotados por nuestra comunidad y, por lo tanto, los más responsables de abrir con eficiencia, con el «mínimo de miseria y sacrificio», las perspectivas de una nueva sociedad.

Porque estamos viendo que en algunos sectores esta tentación ya no se reviste siquiera con el manto de prestigio de la acción inmediata, sino que recurre a la desesperación afirmada como categoría humana y a la degradación directa buscada como liberación.

En el fondo, hay en todo eso una negación efectiva del propio valor de la vida humana; mejor dicho del valor de las propias vidas de los que asumen tales actitudes, de donde viene inevitablemente la negación del valor de toda la vida.

El «heroísmo», que es una imagen que se está agitando como una insignia ante muchas emociones, no es una excusa válida. El héroe no es el que hace una violencia, sino el que la enfrenta y la derrota, o intenta derrotarla incluso con el sacrificio de su vida.

Es cierto que la violencia a la que se debe hacer frente no es siempre un acto físico dirigido contra la propia comunidad o los propios derechos por los que la ejercen. Muchas veces puede ser y muchas veces es, de hecho, una situación injusta, aunque aparentemente pacífica. Es cierto que situaciones injustas hasta ser merecedoras de ser calificadas como violentas, señalan el deber de intentar cambiarlas, aunque sea por la fuerza. Pero la justificación de un movimiento así ya no se inscribe en los términos de un activismo inmediatista, ni tampoco en los de una afirmación puramente ideológica. Exige una afirmación de la dignidad de la vida humana; de los medios materiales e intelectuales para efectuar el cambio, y que éste no sea sólo posible y eficaz, sino que también se realice con

un »mínimo de miseria y sacrificio«. Cuando se actúa o se pretende actuar sobre la vida de una comunidad humana, estos valores señalan una verdadera responsabilidad moral; no es realmente posible una ideología que los niegue, sin negar al mismo tiempo la dignidad del hombre y de la comunidad.

Y Uds. saben que los ejemplos no faltan.

Intimamente asociado y, en el fondo, idéntico a este gran riesgo del presente y del porvenir, está el de las políticas de poder y el de las ideologías de poder.

Este es un riesgo aún más profundo y extenso en nuestro país y en el mundo. Un riesgo que se manifiesta hasta en el lenguaje corriente de la vida política. Una desviación que tiende a hacer, hasta de la conquista misma de la voluntad de un pueblo, en plena libertad, una »conquista del poder«.

Una visión de la vida política y social como una lucha de poderes y, en realidad, una aceptación moral de que así sea.

No hay duda de que, en la perspectiva de la construcción de una nueva sociedad, en el orden nacional e internacional, ésta es la amenaza más destructiva.

Es cierto que el poder y la conquista del poder ha sido una realidad en la historia del hombre; pero no es menos cierto que la gran lucha universal y su permanente progreso ha sido también el dominio del poder; su ordenación al bien común, a la ley y a la solidaridad, por el valor superior de la autoridad. Y no ha existido nunca ninguna forma de progreso auténtico y perdurable que no estuviera asociado naturalmente, en cualquier orden de actividad, al establecimiento de una autoridad que expresara en alto grado a la comunidad y su solidaridad básica.

CHILE Y LA CONSTRUCCION DE LA NUEVA SOCIEDAD

En gran manera ese ha sido el proceso histórico en Chile.

Si esto no hubiera sido así en nuestro país, las grandes conmociones de 1920 y 1931, así como las de 1891 y las anteriores del período de Montt, habrían sido permanentes y destructivas, moral y materialmente, en un grado del cual no faltan, por desgracia, innumerables ejemplos. La verdad es que nuestro país se ha diferenciado en condiciones semejantes, porque nuestra comunidad, de acuerdo con sus posibilidades materiales y culturales de cada período, ha ido reaccionando siempre en contra de una política de puro poder, sea en su vida interna o en sus realizaciones exteriores. Y ha hecho grandes sacrificios para oponerse a tal tipo de política. Tanto, que esa actitud ha traspasado los términos de una afirmación solamente ideológica, para encarnarse en una actitud individual y comunitaria en un alto grado. En el grado de un valor nacional vivo.

Porque Chile, más allá de todas las ideologías, siente esc gran valor humano que es la tarea y la lucha por la solidaridad, sin reservas, sin ex-

clusiones, lo cual algunos podrían ver como un exceso de bondad; pero que también puede ser causa de una gran severidad. Y consecuentemente, ha luchado por un sistema claro de autoridad libremente consentida, que expresa la voluntad de ser gobernados por autoridades responsables y obligadas a someterse periódicamente al juicio del pueblo mismo.

Es por eso que nuestro país, sin hacer consideraciones sobre la solidaridad universal, la vive a su medida, y los nacionalismos estrechos nunca han llegado a predominar en su alma, sino todo lo contrario, como lo atestigua nuestra historia. Y por eso también nunca será aceptada por el alma popular de Chile la posición suicida de los que quisieran proponerle su »enrolamiento« en una estrategia de poder que pretenda dividir al mundo fatalmente en posiciones irreconciliablemente contrapuestas.

Una gran esperanza nos alienta. Este país, tan digno de ser amado y tan hermoso, tiene una íntima vocación de justicia, de libertad y solidaridad nacional; una vocación histórica en verdad trascendente, que no está hecha de quiebras abismales, sino de decisiones oportunas. Si »averiguamos« con objetividad la realidad de sus recursos humanos y físicos debemos concluir que posee una importante infraestructura social y económica que le permitirá dar los pasos que lo conduzcan hacia la creación de una auténtica comunidad nacional y a las formas de una sociedad en que las oportunidades estén abiertas para todos.

Esta »averiguación« nos indicará que no podemos ser el reflejo servil de lo que otros están pensando; sino de buscar un modelo político, social y económico que responda a nuestro íntimo ser y que, por ello mismo, enriquezca la experiencia de todos los otros hombres.

Siempre existe la tentación de trasplantar otros ejemplos y siempre ha habido quienes tratan de »repetir« sin considerar los hábitos, el profundo sentido humano del chileno y los datos reales de su grado de evolución para así realizar con eficiencia los cambios más profundos y los impulsos más vigorosos que alientan los grandes sectores sociales.

Este es un país que tiene recursos humanos y materiales cada día más extensos y relevantes para llegar a las formas de una comunidad integrada con una plena participación popular. Por eso, Chile —yo espero— podrá afrontar la construcción de la nueva sociedad en función de los valores del humanismo en su sentido más cabal. Para ello tendremos que mirar dentro de nosotros mismos y así despertar la capacidad de creación que existe con poderoso impulso vital en nuestro pueblo.

Señor Rector, señores profesores, universitarios:

Recibo este magnífico honor en presencia de Uds., de mi familia, de mis viejos amigos, del país.

A Ud., señor Rector, que expresa con tanta limpidez el alma de esta Universidad, mi más profunda y personal gratitud.

Quisiera decirle que después de 40 años vuelvo a esta casa con alegría y con la profunda convicción de que podemos construir en Chile una nue-

va sociedad bajo el signo de la justicia y el progreso y así dar un ejemplo y un testimonio.

No vengo aquí como el hombre satisfecho con fáciles recetas para resolver problemas tan hondos y angustiosos que requieren un camino tan difícil por recorrer; pero sí vengo con el mismo entusiasmo de hace 40 años siguiendo en la búsqueda y en la lucha por encontrar las ideas y las respuestas que pueden trascender nuestras vidas y nuestros límites como nación.

Esto es lo que quería decir en esta Casa Universitaria, donde repercuten las inquietudes del mundo y de nuestra Patria.

Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular*

INTRODUCCIÓN

Los partidos y movimientos que integran el Comité Coordinador de la Unidad Popular, sin perjuicio de mantener cada cual su propia filosofía y sus propios perfiles políticos, coinciden plenamente en la caracterización de la realidad nacional expuesta a continuación y en las proposiciones programáticas que serán la base de nuestra acción común y que entregamos a consideración del pueblo.

1. Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud.

Los problemas de Chile se pueden resolver. Nuestro país cuenta con grandes riquezas como el cobre y otros minerales, un gran potencial hidroeléctrico, vastas extensiones de bosques, un largo litoral rico en especies marinas, una superficie agrícola más que suficiente, etc., cuenta, además, con la voluntad de trabajo y progreso de los chilenos, junto con su capacidad técnica y profesional. ¿Qué es entonces lo que ha fallado?

Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a las necesidades de nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente.

Más aún, como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia, su papel de socio menor del capital extranjero.

Para unos pocos, vender a diario un pedazo de Chile es un gran negocio. Decidir por los demás es lo que hacen todos los días.

*Aprobado el 17 de diciembre de 1969 por los partidos Comunista, Socialista, Radical y Socialdemócrata y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente (API).

Publicado en el diario «El Siglo» de Santiago, el día 23 de diciembre.

Para la gran mayoría en cambio vender a diario su esfuerzo, su inteligencia y su trabajo es un pésimo negocio, y decidir sobre su propio destino es un derecho del cual, en gran medida, aún están privados.

2. En Chile las recetas »reformistas« y »desarrollistas« que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el Gobierno de Frei no han logrado alterar nada importante. En lo fundamental ha sido un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero, cuyos débiles intentos de cambio social naufragaron sin pena ni gloria entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo. Con esto se ha demostrado una vez más que el reformismo es incapaz de resolver los problemas del pueblo.

3. El desarrollo del capitalismo monopolista niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia antipopular.

El aumento del nivel de lucha del pueblo, a medida que fracasa el reformismo, endurece la posición de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes que, en último término, no tienen otro recurso que la fuerza.

Las formas brutales de la violencia del Estado actual, tales como las acciones del Grupo Móvil, el apaleo de campesinos y estudiantes, las matanzas de pobladores y mineros, son inseparables de otras no menos brutales que afectan a todos los chilenos.

Porque violencia es, que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan siquiera de un sitio; violencia es que mientras algunos botan la comida, otros no tengan como alimentarse.

4. La explotación imperialista de las economías atrasadas se efectúa de muchas maneras: a través de las inversiones en la minería (cobre, hierro, etc.), y en la actividad industrial, bancaria y comercial; mediante el control tecnológico que nos obliga a pagar altísimas sumas en equipos, licencias y patentes; de los préstamos norteamericanos en condiciones usurarias que nos imponen gastar en Estados Unidos y con la obligación adicional de transportar en barcos norteamericanos los productos comprados, etc.

Para muestra un solo dato. Desde 1952 hasta hoy, los norteamericanos invirtieron en América Latina 7 mil 473 millones de dólares y se llevaron 16 mil millones de dólares.

De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia.

Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre. Controlan el comercio exterior y dictan la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos. Dominan importantes ramas industriales y de servicios; gozan de estatutos de privilegios, mientras imponen la devaluación monetaria, la reducción

de salarios y sueldos y distorsionan la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios.

Intervienen también en la educación, la cultura y los medios de comunicación. Valiéndose de convenios militares y políticos tratan de penetrar en las FF. AA.

Las clases dominantes, cómplices de esta situación e incapaces de valerse por ellas mismas, han intensificado en los últimos diez años el endeudamiento de Chile con el extranjero.

Dijeron que los préstamos y compromisos con los banqueros internacionales podrían producir un mayor desarrollo económico. Pero lo único que lograron es que hoy día Chile tenga el record de ser uno de los países más endeudados de la tierra en proporción a sus habitantes.

5. En Chile se gobierna y se legisla a favor de unos pocos, de los grandes capitalistas y sus secuaces, de las compañías que dominan nuestra economía, de los latifundios cuyo poder permanece casi intacto.

A los dueños del capital les interesa ganar siempre más dinero y no satisfacer las necesidades del pueblo chileno. Si producir e importar automóviles de alto precio, por ejemplo, es un buen negocio, se desvían hacia ese rubro valiosos recursos de nuestra economía, sin tener en cuenta que sólo un porcentaje ínfimo de chilenos está en condiciones de adquirirlos y que hay necesidades mucho más urgentes que atender, desde luego, en este mismo rubro, la de mejorar la locomoción colectiva, dotar de maquinaria a la agricultura, etc.

El grupo de empresarios que controla la economía, la prensa y otros medios de comunicación; el sistema político, y que amenaza al Estado cuando éste insinúa intervenir o se niega a favorecerlos, les cuesta muy caro a todos los chilenos.

Para que ellos se dignen seguir »trabajando«, pues sólo ellos pueden darse el lujo de poder trabajar o no, es preciso:

- darles toda clase de ayuda. Los grandes empresarios estrujan al Estado bajo la amenaza que no habrá inversión privada si las ayudas y garantías que piden no se les otorgan;
- permitirles producir lo que ellos quieran con el dinero de todos los chilenos, en lugar de elaborar lo que necesita la gran mayoría del país;
- dejarlos llevarse las ganancias que obtienen a sus cuentas bancarias en el extranjero;
- dejarlos despedir obreros si éstos piden mejores salarios;
- permitirles manipular la distribución de alimentos, acapararlos para provocar escasez y de esta manera subir los precios, a fin de continuar enriqueciéndose a costa del pueblo.

Mientras tanto, buena parte de los que efectivamente producen experimentan una difícil situación:

- medio millón de familias carecen de viviendas y otras tantas o más viven en pésimas condiciones en cuanto a alcantarillado, agua potable, luz, salubridad;

- las necesidades de la población en materia de educación y salud son insuficientemente atendidas;
- más de la mitad de los trabajadores chilenos reciben remuneraciones insuficientes para cubrir sus necesidades vitales mínimas. La desocupación y el trabajo inestable se sufre en cada familia. Para innumerables jóvenes la posibilidad de empleo se presenta muy difícil e incierta.

El capital imperialista y un grupo de privilegiados que no pasa del 10% de la población, acaparan la mitad de la renta nacional. Esto significa que de cada cien escudos que los chilenos producen, 50 van a parar a los bolsillos de 10 oligarcas y los otros 50 deben repartirse entre 90 chilenos, del pueblo y de la clase media.

6. El alza del costo de la vida es un infierno en los hogares del pueblo y, en especial, para la dueña de casa. En los últimos 10 años, según datos oficiales, el costo de la vida ha subido casi en un mil por ciento.

Esto significa que todos los días se les roba una parte de su salario o de su sueldo a los chilenos que viven de su trabajo. Igual como le ocurre a los jubilados y pensionados, al trabajador independiente, al artesano, al pequeño productor, cuyas exiguas rentas son recortadas a diario por la inflación.

Alessandri y Frei aseguraron que pondrían término a la inflación. Los resultados están a la vista. Los hechos demuestran que la inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad y no con las alzas de remuneraciones como han pretendido hacer creer los sucesivos gobiernos para justificar la mantención del sistema y recortar los ingresos de los trabajadores. El gran capitalista, en cambio, se defiende de la inflación y más aún se beneficia con ella. Sus propiedades y capitales se valorizan, sus contratos de construcción con el Fisco se reajustan, y los precios de sus productos suben llevando siempre la delantera a las alzas de remuneraciones.

7. Un alto número de chilenos están mal alimentados. Según estadísticas oficiales, el 50% de los menores de 15 años de edad están desnutridos. La desnutrición afecta su crecimiento y limita su capacidad de aprender, de instruirse.

Esto demuestra que la economía en general y el sistema agrícola en particular, son incapaces de alimentar a los chilenos, pese a que Chile podría sustentar ahora mismo una población de 30 millones de personas, el triple de la población actual.

Por el contrario, debemos importar cada año centenares de miles de dólares en alimentos de origen agropecuario.

El latifundio es el gran culpable de los problemas alimentarios de todos los chilenos y responsable de la situación de atraso y miseria que caracteriza al campo chileno. Los índices de mortalidad infantil y adulta, de analfabetismo, de falta de viviendas, de insalubridad son, en las zonas rurales, marcadamente superiores a los de las ciudades. Estos problemas

no los ha resuelto la insuficiente Reforma Agraria del gobierno demócratacristiano. Sólo la lucha del campesinado con el apoyo de todo el pueblo puede resolverlos. El actual desarrollo de sus combates por la tierra y la liquidación del latifundio abre nuevas perspectivas al movimiento popular chileno.

8. El crecimiento de nuestra economía es mínimo. En los últimos lustros hemos crecido, en promedio, apenas a razón de un 2% anual por persona; y desde 1967 no hemos crecido, más bien hemos retrocedido, según las cifras del propio Gobierno (ODEPLAN). Esto quiere decir que en 1966 cada chileno tenía una mayor cantidad de bienes de la que tiene hoy. Ello explica que la mayoría esté disconforme y busque una alternativa para nuestro país.

9. La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

LA UNIDAD Y LA ACCIÓN DEL PUEBLO ORGANIZADO

El crecimiento de las fuerzas trabajadoras en cuanto a su número, su organización, su lucha y la conciencia de su poder, refuerzan y propagan la voluntad de cambios profundos, la crítica del orden establecido y el choque con sus estructuras. En nuestro país son más de tres millones de trabajadores, cuyas fuerzas productivas y su enorme capacidad constructiva, no podrán sin embargo liberarse dentro del actual sistema que sólo puede explotarles y someterles.

Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizándolo a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, **MEDIANTE LA ACCIÓN UNITARIA Y COMBATIVA DE LA INMENSA MAYORÍA DE LOS CHILENOS, PODRÁN ROMPER LAS ACTUALES ESTRUCTURAS Y AVANZAR EN LA TAREA DE SU LIBERACIÓN.**

La unidad popular se hace para eso.

Los imperialistas y las clases dominantes del país combatirán la unidad popular y tratarán de engañar una vez más al pueblo. Dirán que la libertad está en peligro, que la violencia se adueñará del país, etc. Pero las masas populares creen cada vez menos en estas mentiras. Diariamente crece su movilización social que hoy se ve reforzada y alentada por la unificación de las fuerzas de izquierda.

Para estimular y orientar la movilización del pueblo de Chile hacia la conquista del poder, constituiremos por todas partes los Comités de la Unidad Popular, articulados en cada fábrica, fundo, población, oficina o escuela por los militantes de los movimientos y de los partidos de izquierda e integrados por esa multitud de chilenos que se definen por cambios fundamentales.

Los Comités de Unidad Popular no sólo serán organismos electorales. Serán intérpretes y combatientes de las reivindicaciones inmediatas de las masas y, sobre todo, se prepararán para ejercer el Poder Popular.

Así, pues, este nuevo poder QUE CHILE NECESITA debe empezar a gestarse desde ya, donde quiera que el pueblo se organice para luchar por sus problemas específicos y donde quiera que se desarrolle la conciencia de la necesidad de ejercerlo.

Este sistema de trabajo común será un método permanente y dinámico de desarrollo del Programa, una escuela activa para las masas y una forma concreta de profundizar el contenido político de la Unidad Popular en todos sus niveles.

En un momento dado de la campaña los contenidos esenciales de este Programa, enriquecidos por la discusión y el aporte del pueblo y una serie de medidas inmediatas de gobierno, serán señaladas en un Acta del Pueblo que se constituirá para el nuevo Gobierno Popular y el Frente que lo sustenta, en un mandato Irrenunciable.

Apoyar al candidato de la Unidad Popular no significa, por tanto, sólo votar por un hombre, sino también pronunciarse en favor del reemplazo urgente de la actual sociedad que se asienta en el dominio de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros.

EL PROGRAMA

El poder popular

Las transformaciones revolucionarias que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente.

El pueblo de Chile ha conquistado, a través de un largo proceso de lucha, determinadas libertades y garantías democráticas, por cuya continuidad debe mantenerse en actitud de alerta y combatir sin tregua. Pero el poder mismo le es ajeno.

Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un Presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otros en el Gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder, de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo.

El triunfo popular abrirá paso así al régimen político más democrático de la historia del país.

En materia de estructura política el Gobierno Popular tiene la doble tarea de:

— preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores; y

—transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder.

La profundización de la democracia y las conquistas de los trabajadores

El Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo. La libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de sindicalización y de organización regirán efectivamente sin las cortapisas con que los limitan actualmente las clases dominantes.

Para que esto sea efectivo, las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder. Por ejemplo, en las instituciones de previsión y de seguridad social, estableceremos la administración por sus propios imponentes, asegurando a ellos la elección democrática y en votación secreta de sus consejos directivos. Respecto de las empresas del sector público, sus consejos directivos y sus comités de producción deben contar con mandatarios directos de sus obreros y empleados.

En los organismos habitacionales correspondientes a su jurisdicción y nivel, las Juntas de Vecinos y demás organizaciones de pobladores dispondrán de mecanismos para fiscalizar sus operaciones e intervenir en múltiples aspectos de su funcionamiento. Pero, no se trata únicamente de estos ejemplos, sino de una nueva concepción en que el pueblo adquiera una intervención real y eficaz en los organismos del Estado.

Asimismo, el Gobierno Popular garantizará el derecho de los trabajadores al empleo y a la huelga y de todo el pueblo a la educación y a la cultura, con pleno respeto de todas las ideas y de las creencias religiosas, garantizando el ejercicio de su culto.

Se extenderán todos los derechos y garantías democráticas entregando a las organizaciones sociales los medios reales para ejercerlos y creando los mecanismos que les permitan actuar en los diferentes niveles del aparato del Estado.

El Gobierno Popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado. Esta es nuestra concepción de gobierno fuerte, opuesta por tanto a la que acuñan la oligarquía y el imperialismo que identifican la autoridad con la coerción ejercida contra el pueblo.

El Gobierno Popular será pluripartidista. Estará integrado por todos los partidos, movimientos y corrientes revolucionarios. Será así un ejecutivo verdaderamente democrático, representativo y cohesionado.

El Gobierno Popular respetará los derechos de la oposición que se ejerza dentro de los marcos legales.

El Gobierno Popular iniciará de inmediato una real descentralización administrativa, conjugada con una planificación democrática y eficiente que elimine el centralismo burocrático de todos los organismos estatales.

Se modernizará la estructura de las municipalidades, reconociéndoles la autoridad que les corresponde de acuerdo a los planes de coordinación de todo el Estado. Se tenderá a transformarlas en los órganos locales de la nueva organización política, dotándolas de financiamiento y atribuciones adecuadas, a fin de que puedan atender, en interacción con las Juntas de Vecinos y coordinadas entre sí, los problemas de interés local de sus comunas y de sus habitantes. Deben entrar en funciones con este mismo propósito las Asambleas Provinciales.

La policía debe ser reorganizada, a fin de que no pueda volver a emplearse como organismo de represión contra el pueblo y cumpla, en cambio, con el objetivo de defender a la población de las acciones antisociales. Se humanizará el procedimiento policial de manera de garantizar efectivamente el pleno respeto a la dignidad y a la integridad física del ser humano. El régimen carcelario, que constituye una de las peores lacras del actual sistema, debe ser transformado de raíz, con vista a la regeneración y recuperación de los que hayan delinquido.

UN NUEVO ORDEN INSTITUCIONAL: EL ESTADO POPULAR

La organización política

A través de un proceso de democratización en todos los niveles y de una movilización organizada de las masas se construirá desde la base la nueva estructura del poder.

Una nueva Constitución Política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal.

Se creará una organización única del Estado estructurada a nivel nacional, regional y local que tendrá a la Asamblea del Pueblo como órgano superior del poder.

La Asamblea del Pueblo será la Cámara Única que expresará nacionalmente la soberanía popular. En ella confluirán y se manifestarán las diversas corrientes de opinión.

Este sistema permitirá suprimir de raíz los vicios de que han adolecido en Chile tanto el presidencialismo dictatorial, como el parlamentarismo corrompido.

Normas específicas determinarán y coordinarán las atribuciones y responsabilidades del Presidente de la República, Ministros, Asamblea del Pueblo, organismos regionales y locales de poder y partidos políticos, con el fin de asegurar la operatividad legislativa, la eficiencia del gobierno y, sobre todo, el respeto a la voluntad mayoritaria.

A fin de establecer la debida armonía entre los poderes que emanan de la voluntad popular y de que ésta pueda expresarse de un modo coherente, todas las elecciones se efectuarán en un proceso conjunto dentro de un mismo lapso.

La generación de todo organismo de representación popular deberá realizarse por sufragio universal, secreto y directo, de los hombres y mujeres mayores de 18 años, civiles y militares, alfabetos y analfabetos.

Los integrantes de la Asamblea del Pueblo y de todo organismo de representación popular estarán sujetos al control de los electores, mediante mecanismos de consulta que podrán revocar sus mandatos.

Se establecerá un riguroso sistema de incompatibilidades que conduzca al término del mandato o de la privación de su cargo cuando un diputado o un funcionario de altas responsabilidades se desempeñe como gestor de intereses privados.

Los instrumentos de la política económica y social del Estado constituirán un sistema nacional de planificación, tendrán carácter ejecutivo y su misión será dirigir, coordinar y racionalizar la acción del Estado. Los planes con que opere deberán ser aprobados por la Asamblea del Pueblo. Los organismos de los trabajadores tendrán una intervención fundamental en el sistema de planificación.

Los organismos regionales y locales de poder del Estado Popular ejercerán autoridad en el radio geográfico que les corresponda y tendrán facultades económicas, políticas y sociales. Podrán, además, entregar iniciativas y ejercer la crítica a los organismos superiores.

Sin embargo, el ejercicio de las facultades de los organismos regionales y locales deberá ajustarse a los marcos fijados por las leyes nacionales y por los planes generales de desarrollo económico y social.

En cada uno de los niveles del Estado Popular se integrarán las organizaciones sociales con atribuciones específicas. A ellas les corresponderá compartir responsabilidades y desarrollar iniciativas en sus respectivos radios de acción, así como el examen y solución de los problemas de su competencia. Estas atribuciones no implicarán limitación alguna a la plena independencia y autonomía de las organizaciones.

Desde el día mismo que asuma el mando, el Gobierno Popular abrirá canales a fin de que se exprese la influencia de los trabajadores y del pueblo, por intermedio de las organizaciones sociales, en la adopción de decisiones y en la fiscalización del funcionamiento de la administración estatal.

Estos serán pasos decisivos para la liquidación del centralismo burocrático que caracteriza al sistema de administración actual.

La organización de la justicia

La organización y administración de la justicia debe estar basada en el principio de la autonomía, consagrada constitucionalmente y en una real independencia económica.

Concebimos la existencia de un Tribunal Supremo, cuyos componentes sean designados por la Asamblea del Pueblo sin otra limitación que la que emane de la natural idoneidad de sus miembros. Este tribunal generará libremente los poderes internos, unipersonales o colegiados del sistema judicial.

Entendemos que la nueva organización y administración de justicia devendrá en auxilio de las clases mayoritarias. Además será expedita y menos onerosa.

Para el Gobierno Popular una nueva concepción de la magistratura reemplazará a la actual, individualista y burguesa.

La Defensa Nacional

El Estado Popular prestará atención preferente a la preservación de la soberanía nacional, lo que concibe como un deber de todo el pueblo.

El Estado Popular mantendrá una actitud alerta frente a las amenazas a la integridad territorial y a la independencia del país alentadas por el imperialismo y por sectores oligárquicos que se entronizan en países vecinos y que junto con reprimir a sus pueblos alientan afanes expansionistas y revanchistas.

Definirá una concepción moderna patriótica y popular de la soberanía del país basada en los siguientes criterios:

- a) Afianzamiento del carácter nacional de todas las ramas de las Fuerzas Armadas. En este sentido el rechazo de cualquier empleo de ellas para reprimir al pueblo o participar en acciones que interesen a potencias extrañas;
- b) Formación técnica y abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna, y conforme a las conveniencias de Chile, de la independencia nacional, de la paz y de la amistad entre los pueblos; y
- c) Integración y aporte de las Fuerzas Armadas en diversos aspectos de la vida social. El Estado Popular se preocupará de posibilitar la contribución de las Fuerzas Armadas al desarrollo económico del país, sin perjuicio de su labor esencialmente de defensa de la soberanía.

Sobre estas bases, es necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender, atendiendo sólo a sus condiciones personales.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA NUEVA ECONOMÍA

Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo.

En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo. Sus órganos centrales estarán al más alto nivel administrativo; y sus decisiones, generadas democráticamente, tendrán carácter ejecutivo.

Area de Propiedad Social

El proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir una área estatal dominante, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropian. Como primera medida se nacionalizarán aquellas riquezas básicas que, como la gran minería del cobre, hierro, salitre y otras, están en poder de capitales extranjeros y de los monopolios internos. Así, quedarán integrando este sector de actividades nacionalizadas las siguientes:

- 1) La gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro, y carbón mineral;
- 2) El sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros;
- 3) El comercio exterior;
- 4) Las grandes empresas y monopolios de distribución;
- 5) Los monopolios industriales estratégicos;
- 6) En general, aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa, el papel. Todas estas expropiaciones se harán siempre con pleno resguardo del interés del pequeño accionista.

El área de Propiedad Privada

Esta área comprende aquellos sectores de la industria, la minería, la agricultura y los servicios en que permanece vigente la propiedad privada de los medios de producción.

Estas empresas en número serán la mayoría. Así por ejemplo, en 1967, de las 30.500 industrias (incluyendo la industria artesanal) sólo unas 150 controlaban monopolícamente todos los mercados, concentrando la ayuda del Estado, el crédito bancario y explotando al resto de los empresarios industriales del país vendiéndoles cara la materia prima y comprándoles baratos sus productos.

Las empresas que integran este sector serán beneficiadas con la planificación general de la economía nacional. El Estado procurará la asistencia financiera y técnica necesarias a las empresas de esta área, para que puedan cumplir con la importante función que desempeñan en la economía nacional, atendido el número de las personas que trabajan en ellas, como el volumen de la producción que generan.

Además, se simplificarán los sistemas de patentes, aranceles aduaneros, contribuciones y tributos para estas empresas y se les asegurará una adecuada y justa comercialización de sus productos.

En estas empresas se deberán garantizar los derechos de OBREROS Y EMPLEADOS a salarios y condiciones de trabajo justos. El respeto de estos derechos será cautelado por el Estado y los trabajadores de la empresa respectiva.

Area Mixta

Este sector será mixto porque se compondrá de empresas que combinen los capitales del Estado a los particulares.

Los préstamos o créditos concedidos por los organismos de fomento a las empresas de esta área podrán serlo en calidad de aportes para que el Estado sea socio y no acreedor. Lo mismo será válido para los casos en que dichas empresas obtengan créditos con el aval o garantía del Estado o de sus instituciones.

Profundización y extensión de la Reforma Agraria

La Reforma Agraria es concebida como un proceso simultáneo y complementario con las transformaciones generales que se desea promover en la estructura social, política y económica del país, de manera que su realización es inseparable del resto de la política general. La experiencia ya existente en esta materia y los vacíos o inconsecuencias que de ella se desprenden, conducen a reformular la política de distribución y organización de la propiedad de la tierra en base a las siguientes directivas:

1. Aceleración del proceso de Reforma Agraria expropiando los predios que excedan a la cabida máxima establecida, según las condiciones de las distintas zonas, incluso los frutales, vitivinícolas y forestales, sin que el dueño tenga derecho preferencial a elegir la reserva. La expropiación podrá incluir la totalidad o parte de los activos de los predios expropiados (maquinarias, herramientas, animales, etc.).

2. Incorporación inmediata al cultivo agrícola de las tierras abandonadas y mal explotadas de propiedad estatal.

3. Las tierras expropiadas se organizarán preferentemente en formas cooperativas de propiedad. Los campesinos tendrán títulos de dominio que acrediten su propiedad sobre la casa y el huerto que se les asigne y sobre los derechos correspondientes en el predio indivisible de la cooperativa.

Cuando las condiciones lo aconsejen, se asignarán tierras en propiedad personal a los campesinos, impulsando la organización del trabajo y de la comercialización sobre bases de cooperación mutua.

También se destinarán tierras para crear empresas agrícolas estatales con la tecnología moderna.

4. En casos calificados se asignarán tierras a los pequeños agricultores, arrendatarios, medieros y empleados agrícolas capacitados para el trabajo agropecuario.

5. Reorganización de la propiedad minifundiaria a través de formas progresivamente cooperativas de trabajo agrícola.

6. Incorporación de los pequeños y medianos campesinos a las ventajas y servicios de las cooperativas que operan en su área geográfica.

7. Defensa de la integridad y ampliación y asegurar la dirección democrática de las comunidades indígenas, amenazadas por la usurpación, y que al pueblo mapuche y demás indígenas se les asegure tierras suficientes y asistencia técnica y crediticia apropiadas.

Política de desarrollo económico

La política económica del Estado se llevará adelante a través del sistema nacional de planificación económica y de los mecanismos de control, orientación, crédito a la producción, asistencia técnica, política tributaria y de comercio exterior, como asimismo mediante la propia gestión del sector estatal de la economía. Tendrá como objetivos:

1. Resolver los problemas inmediatos de las grandes mayorías. Para esto se volcará la capacidad productiva del país de los artículos superfluos y caros destinados a satisfacer a los sectores de altos ingresos hacia la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad.

2. Garantizar ocupación a todos los chilenos en edad de trabajar con un nivel de remuneraciones adecuado. Esto significará diseñar una política que genere un gran empleo proponiéndose el uso adecuado de los recursos del país y la adaptación de la tecnología a las exigencias del desarrollo nacional.

3. Liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero. Esto lleva a expropiar el capital imperialista, a realizar una política de un creciente autofinanciamiento de nuestras actividades, a fijar las condiciones en que opera el capital extranjero que no sea expropiado, a lograr una mayor independencia en la tecnología, el transporte externo, etc.

4. Asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado que tienda a desarrollar al máximo las fuerzas productivas, procurando el óptimo aprovechamiento de los recursos humanos, naturales, financieros y técnicos disponibles, a fin de incrementar la productividad del trabajo y de satisfacer tanto a las exigencias del desarrollo independiente de la economía, como a las necesidades y aspiraciones de la población trabajadora, compatibles con una vida digna y humana.

5. Ejecutar una política de comercio exterior tendiente a desarrollar y diversificar nuestras exportaciones, abrir nuevos mercados, lograr una creciente independencia tecnológica y financiera y evitar las escandalosas devaluaciones de nuestra moneda.

6. Tomar todas las medidas conducentes a la estabilidad monetaria. La lucha contra la inflación se decide esencialmente con los cambios estructurales enunciados. Debe, además, incluir medidas que adecuen el flujo de circulante a las reales necesidades del mercado, controle y redistribuya el crédito y evite la usura en el comercio del dinero. Racionalice la distribución y el comercio. Estabilice los precios. Impida que la estructura de la demanda proveniente de las altas rentas incentive el alza de los precios.

La garantía del cumplimiento de estos objetivos reside en el control por el pueblo organizado del poder político y económico, expresado en el área estatal de la economía y en la planificación general de ésta. Es este poder popular el que asegurará el cumplimiento de las tareas señaladas.

TAREAS SOCIALES

Las aspiraciones sociales del pueblo chileno son legítimas y posibles de satisfacer. Quiere, por ejemplo, viviendas dignas sin reajustes que esquilmen sus ingresos; escuelas y universidades para sus hijos; salarios suficientes; que terminen de una vez las alzas de precios; trabajo estable; atención médica oportuna; alumbrado público, alcantarillado, agua potable, calles y aceras pavimentadas; una previsión social sin privilegios, justa y operante, sin pensiones de hambre; teléfonos, policías, jardines infantiles, canchas deportivas; turismo y balnearios populares.

La satisfacción de estos justos anhelos del pueblo —que en verdad constituyen derechos que la sociedad debe reconocerle— será preocupación preferente del Gobierno Popular.

Puntos básicos de esta acción de gobierno, serán:

a) Definición de una política de remuneraciones, procediendo a crear de inmediato los organismos que con participación de los trabajadores, determinarán cifras que efectivamente constituyan sueldos vitales y salarios mínimos en las diversas zonas del país.

Mientras subsista la inflación se procederá a establecer por ley reajustes automáticos, de acuerdo con el alza del costo de la vida. Estos operarán cada seis meses o cada vez que el costo de la vida supere un nivel de 5% de crecimiento.

En todos los organismos del Estado, y en primer lugar en los cargos de confianza del Ejecutivo, se limitarán los sueldos altos a una cifra compatible con la situación de nuestro país.

Se procederá, en un plazo que será definido técnicamente, a establecer un sistema de sueldos y salarios mínimos de niveles iguales para trabajos iguales, cualquiera sea la empresa donde estos trabajos se realicen. Esta política se iniciará en el área estatal para ir extendiendo a toda la econo-

mía, sin perjuicio de las diferencias derivadas de productividades dispares en distintas empresas. Del mismo modo se eliminará toda discriminación entre el hombre y la mujer o por edad en materia de sueldos y salarios.

b) Unificar, mejorar y extender el sistema de seguridad social, manteniendo todas las conquistas legítimas alcanzadas, eliminando los privilegios abusivos, la ineficiencia y el burocratismo, mejorando y haciendo expedita la atención de los interesados, extendiendo el sistema previsional a los sectores de trabajadores que aún no la tienen, y entregando a los imponentes la administración de las Cajas de Previsión, las que funcionarán dentro de las normas de la planificación.

c) Asegurar la atención médica y dental, preventiva y curativa a todos los chilenos, financiada por el Estado, los patrones y las instituciones de previsión. Se incorporará la población a la tarea de proteger la salud pública.

Los medicamentos, sobre la base de un estricto control de costos en los laboratorios y la racionalización de la producción, se entregarán en cantidad suficiente y a bajo precio.

d) Se destinarán fondos suficientes a fin de llevar a cabo un amplio plan de edificación de viviendas. Se desarrollará la industrialización de la construcción controlando sus precios, limitando el monto de las utilidades de las empresas privadas o mixtas que operan en este rubro. En situaciones de emergencia se asignarán terrenos a las familias que los necesiten, facilitándoles ayuda técnica y material para edificar sus viviendas.

El Gobierno Popular tendrá como objetivo de su política habitacional que cada familia llegue a ser propietaria de una casa habitación. Se eliminará el sistema de dividendos reajustables. Las cuotas o rentas mensuales que deban pagar los adquirentes de viviendas y arrendatarios, respectivamente, no excederán, por regla general, del 10% del ingreso familiar.

Llevar adelante la remodelación de ciudades y barrios, con el criterio de impedir el lanzamiento de los grupos modestos a la periferia, garantizando los intereses del habitante del sector remodelado, como del pequeño empresario que allí labore, asegurando a los ocupantes su ubicación futura.

e) Se establecerá la plena capacidad civil de la mujer casada y la igual condición jurídica de todos los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio así como una adecuada legislación de divorcio con disolución del vínculo, con pleno resguardo de los derechos de la mujer y los hijos.

f) La división legal entre obreros y empleados será suprimida, estableciendo para ambos la calidad común de trabajadores y extendiendo el derecho a sindicalizarse a todos aquellos que actualmente no lo tienen.

Una cultura nueva para la sociedad

El proceso social que se abre con el triunfo del pueblo irá conformando una nueva cultura orientada a considerar el trabajo humano como el más alto valor, a expresar la voluntad de afirmación e independencia nacional y a conformar una visión crítica de la realidad.

Las profundas transformaciones que se emprenderán requieren de un pueblo socialmente consciente y solidario, educado para ejercer y defender su poder político, apto científica y técnicamente para desarrollar la economía de transición al socialismo y abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto.

Si ya hoy la mayoría de los intelectuales y artistas luchan contra las deformaciones culturales propias de la sociedad capitalista y tratan de llevar los frutos de su creación a los trabajadores y vincularse a su destino histórico, en la nueva sociedad tendrán un lugar de vanguardia para continuar con su acción. Porque la cultura nueva no se creará por decreto; ella surgirá de la lucha por la fraternidad contra el individualismo; por la valoración del trabajo humano contra su desprecio; por los valores nacionales contra la colonización cultural; por el acceso de las masas populares al arte, la literatura y los medios de comunicación contra su comercialización.

El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado, como a través del establecimiento de un sistema nacional de cultura popular. Una extensa red de Centros Locales de Cultura Popular impulsará la organización de las masas para ejercer su derecho a la cultura.

El sistema de cultura popular estimulará la creación artística y literaria y multiplicará los canales de relación entre artistas o escritores con un público infinitamente más vasto que el actual.

Un sistema educacional democrático, único y planificado

La acción del nuevo Gobierno se orientará a entregar las más amplias y mejores oportunidades educacionales.

En el cumplimiento de estos propósitos influirá el mejoramiento general de las condiciones de vida de los trabajadores y la consideración en el nivel que corresponde, de las responsabilidades de los educadores. Además, se establecerá un Plan Nacional de Becas, lo suficientemente extenso como para asegurar la incorporación y la continuidad escolar a todos los niños de Chile, especialmente a los hijos de la clase obrera y del campesinado.

Por otra parte, el nuevo Estado desarrollará un plan extraordinario de construcción de establecimientos escolares, apoyado en recursos nacionales y locales movilizados por los órganos básicos de poder. Se expropiarán las edificaciones suntuarias que se requieran para habilitar nuevos establecimientos escolares e internados. Por estos medios se tenderá a crear por lo menos una escuela unificada (básica y media), en cada comuna rural, en cada barrio y en cada población de las ciudades de Chile.

Con el fin de atender a las necesidades de desarrollo propias de la edad preescolar, y para posibilitar la incorporación de la mujer al trabajo productivo, se extenderá rápidamente el sistema de salas-cuna y jardines infantiles, otorgando prioridad a los sectores más necesitados de nuestra sociedad. Por efecto de esta misma política, la niñez obrera y campesina estará más apta para ingresar y permanecer provechosamente en el sistema escolar regular.

Pará hacer efectiva una nueva enseñanza se requiere la aplicación de métodos que pongan énfasis en una participación activa y crítica de los estudiantes en su enseñanza en vez de la posición pasiva y receptiva que ahora deben mantener.

Para liquidar rápidamente los déficit culturales y educacionales heredados del actual sistema, se llevará a cabo una amplia movilización popular destinada a eliminar a breve plazo el analfabetismo, a elevar los niveles de escolaridad de la población adulta.

La educación de adultos se organizará principalmente en función de los centros laborales, hasta hacer posible el funcionamiento permanente de la educación general, tecnológica y social para los trabajadores.

La transformación del sistema educacional no será obra sólo de técnicos sino tarea estudiada, discutida, decidida y ejecutada por las organizaciones de maestros, trabajadores, estudiantes y padres y apoderados dentro de los marcos generales de la planificación nacional. Internamente, el sistema escolar se planificará respetando los principios de unidad, continuidad, correlación y diversificación de la enseñanza.

En la dirección ejecutiva del aparato educacional habrá efectiva representación de las organizaciones sociales ya señaladas, integradas en Consejos Locales, Regionales y Nacional de Educación.

Con el objeto de hacer realidad la planificación de la educación y la escuela única, nacional y democrática, el nuevo Estado tomará bajo su responsabilidad los establecimientos privados, empezando por aquellos planteles que seleccionan su alumnado por razones de clase social, origen nacional o confesión religiosa. Esto se realizará integrando al sistema educacional el personal y otros medios de la educación privada.

La Educación Física

La Educación Física y las prácticas de todos los deportes, desde los niveles básicos del sistema educacional y en todas las organizaciones sociales

de jóvenes y adultos serán la preocupación constante y metódica del Gobierno Popular.

Democracia, autonomía y orientación de la Universidad

El Gobierno de Unidad Popular prestará un amplio respaldo al proceso de la Reforma Universitaria, e impulsará resueltamente su desarrollo. La culminación democrática de este proceso se traducirá en importantes aportes de las universidades al desarrollo revolucionario chileno. Por otra parte, la reorientación de las funciones académicas de docencia, investigación y extensión en función de los problemas nacionales será alentada por las realizaciones del Gobierno Popular.

El Estado asignará a las universidades recursos suficientes para asegurar el cumplimiento de sus funciones y su efectiva estatización y democratización. Consecuentemente, el Gobierno Universitario corresponderá a sus respectivas comunidades.

A medida que en el conjunto del sistema educacional se eliminen los privilegios de clase se hará posible el ingreso de los hijos de los trabajadores a la Universidad y permitirá también a los adultos, ya sea mediante becas especiales o a través de sistemas de estudio y trabajo simultáneo, ingresar a cursos de nivel superior.

Los medios de comunicación masiva

Estos medios de comunicación (radio, editoriales, televisión, prensa, cine) son fundamentales para ayudar a la formación de una nueva cultura y un hombre nuevo. Por eso se deberá imprimirles una orientación educativa y liberarlos de su carácter comercial, adoptando las medidas para que las organizaciones sociales dispongan de estos medios eliminando en ellos la presencia nefasta de los monopolios.

El sistema nacional de cultura popular se preocupará especialmente del desarrollo de la industria cinematográfica y de la preparación de programas especiales para los medios de comunicación masiva.

POLÍTICA INTERNACIONAL DEL GOBIERNO POPULAR

OBJETIVOS

La política internacional del Gobierno Popular estará dirigida a:

Afirmar la plena autonomía política y económica de Chile.

Existirán relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política, sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo de Chile.

Se establecerán vínculos de amistad y solidaridad con los pueblos independientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia.

Se promoverá un fuerte sentido latinoamericanista y antiimperialista por medio de una política internacional de pueblos antes que de Cancillerías.

La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo Gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas.

Se reforzarán las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas.

Más independencia nacional

La posición de defensa activa de la independencia de Chile implica denunciar la actual OEA, como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esa organización. El Gobierno Popular tenderá a la creación de un organismo realmente representativo de los países latinoamericanos.

Se considera indispensable revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten nuestra soberanía y concretamente los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros pactos, que Chile ha suscrito con los EE.UU.

La ayuda foránea y empréstitos condicionados por razones políticas, o que impliquen la imposición de realizar las inversiones que deriven de los empréstitos en condiciones que vulneren nuestra soberanía y que vayan contra los intereses del pueblo, serán rechazados y denunciados por el Gobierno. Asimismo se rechazará todo tipo de imposiciones foráneas respecto a las materias primas latinoamericanas, como el cobre, y a las trabas impuestas al libre comercio que se han traducido durante largo tiempo en la imposibilidad de establecer relaciones comerciales colectivas con todos los países del mundo.

Solidaridad internacional

Las luchas que libran los pueblos por su liberación y por la construcción del socialismo recibirán la solidaridad efectiva y militante del Gobierno Popular.

Toda forma de colonialismo o neocolonialismo será condenada y se reconocerá el derecho a la rebelión de los pueblos sometidos a esos sistemas. Asimismo toda forma de agresión económica, política y/o militar provocada por las potencias imperialistas. La política internacional chilena debe mantener una posición de condena a la agresión norteamericana en Vietnam y de reconocimiento y solidaridad activa a la lucha heroica del pueblo vietnamita.

Del mismo modo se solidarizará en forma efectiva con la Revolución Cubana, avanzada de la revolución y de la construcción del socialismo en el continente latinoamericano.

La lucha antiimperialista de los pueblos del Medio Oriente contará con la solidaridad del Gobierno Popular, el que apoyará la búsqueda de una solución pacífica sobre la base del interés de los pueblos árabe y judío.

Se condenará a todos los regímenes reaccionarios que promueven o practican la segregación racial y el antisemitismo.

Política latinoamericana

En el plano latinoamericano el Gobierno Popular propugnará una política internacional de afirmación a la personalidad latinoamericana en el concierto mundial.

La integración latinoamericana deberá ser levantada sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación. No obstante, se mantendrá una activa política de acuerdos bilaterales en aquellas materias que sean de interés para el desarrollo chileno.

El Gobierno Popular actuará para resolver los problemas fronterizos pendientes en base a negociaciones que prevengan las intrigas del imperialismo y de los reaccionarios teniendo presente el interés chileno y el de los pueblos de los países limítrofes.

La política internacional chilena y su expresión diplomática deberá romper toda forma de burocratismo o anquilosamiento. Deberá buscarse a los pueblos con el doble fin de tomar de sus luchas lecciones para nuestra construcción socialista y de ofrecerles nuestras propias experiencias de manera que en la práctica se construya la solidaridad internacional que propugnamos.

Discurso en el Estadio Nacional

5 de noviembre de 1970

CONMEMORACIÓN DE UN TRIUNFO

Dijo el pueblo: venceremos y vencimos.

Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanos en la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru.

Hoy, aquí con nosotros, vence O'Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica.

Hoy, aquí con nosotros, vence Manuel Rodríguez, víctima de los que anteponen sus egoísmos de clase al progreso de la comunidad.

Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero.

Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los trabajadores organizados tras años de sacrificios.

Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la Población José María Caro, aquí con nosotros, vencen los muertos de El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigua por qué y para qué hemos llegado al poder.

De los trabajadores es la victoria.

Del pueblo sufrido, que soportó por siglo y medio, bajo el nombre de Independencia, la explotación de una clase dominante incapaz de asegurar el progreso, y de hecho, desentendida de él.

La verdad, lo sabemos todos, es que el atraso, la ignorancia, el hambre de nuestro pueblo y de todos los pueblos del Tercer Mundo, existen y persisten porque resultan lucrativos para unos pocos privilegiados.

EL CHILE QUE HEREDAMOS

Pero ha llegado por fin el día de decir basta. ¡Basta a la explotación económica!

¡Basta a la desigualdad social!

¡Basta a la opresión política!

Hoy, con la inspiración de los héroes de nuestra patria, nos reunimos aquí para conmemorar nuestra victoria, la victoria de Chile; y también para señalar el comienzo de la liberación. El pueblo, al fin hecho Gobierno, asume la dirección de los destinos nacionales.

¿Pero cuál es el Chile que heredamos?

Excúsenme, compañeros, que en esta tarde de fiesta y ante las delegaciones de tantos países que nos honran con su presencia, me refiera

a temas dolorosos. Es nuestra obligación y nuestro derecho denunciar sufrimientos seculares, como dijo el Presidente peruano, Velasco Alvarado:

»Una de las grandes tareas de la revolución es romper el cerco del engaño que a todos nos ha hecho vivir de espaldas a la realidad«.

Ya es tiempo de decir que nosotros los pueblos subdesarrollados fracasamos en la historia.

Fuimos colonias en la civilización agrario-mercantil.

Somos apenas naciones neocoloniales en la civilización urbano-industrial.

Y en la nueva civilización que emerge, amenaza continuar nuestra dependencia.

Hemos sido los pueblos explotados. Aquellos que no existen para sí, sino para contribuir a la prosperidad ajena.

¿Y cuál es la causa de nuestro atraso?

¿Quién es responsable del subdesarrollo en que estamos sumergidos?

Tras muchas deformaciones y engaños, el pueblo ha comprendido. Sabemos bien, por experiencia propia, que las causas reales de nuestro atraso están en el sistema.

En este sistema capitalista dependiente, que, en el plano interno, opone las mayorías necesitadas a minorías ricas; y en el plano internacional, opone los pueblos poderosos a los pobres; y los más costean la prosperidad de los menos.

Heredamos una sociedad lacerada por las desigualdades sociales.

Una sociedad dividida en clases antagónicas de explotadores y explotados.

Una sociedad en que la violencia está incorporada a las instituciones mismas, y que condena a los hombres a la codicia insaciable, a las más inhumanas formas de crueldad e indiferencia frente al sufrimiento ajeno.

Nuestra herencia es una sociedad sacrificada por el desempleo, flagelo que lanza a la cesantía forzosa y a la marginalidad a masas crecientes de la ciudadanía; masas que no son un fenómeno de superpoblación, como dicen algunos, sino las multitudes que testimonian, con su trágico destino, la incapacidad del régimen para asegurar a todos el derecho elemental al trabajo.

Nuestra herencia es una economía herida por la inflación, que mes tras mes va recortando el mísero salario de los trabajadores y reduciendo a casi nada —cuando llegan a los últimos años de su vida— el ingreso de una existencia de privaciones.

Por esta herida sangra el pueblo trabajador de Chile; costará cicatrizarla, pero estamos seguros de conseguirlo, porque la política económica del Gobierno será dictada desde ahora por los intereses populares.

Nuestra herencia es una sociedad dependiente, cuyas fuentes fundamentales de riqueza fueron enajenadas por los aliados internos de gran-

des empresas internacionales. Dependencia económica, tecnológica, cultural y política.

Nuestra herencia es una sociedad frustrada en sus aspiraciones más hondas de desarrollo autónomo. Una sociedad dividida, en que se niega a la mayoría de las familias los derechos fundamentales al trabajo, a la educación, a la salud, a la recreación, y hasta a la misma esperanza en un futuro mejor.

Contra todas estas formas de existencia se ha alzado el pueblo chileno. Nuestra victoria fue dada por la convicción, al fin alcanzada, de que sólo un gobierno auténticamente revolucionario podría enfrentar el poderío de la clase dominante, al mismo tiempo movilizar a todos los chilenos para edificar la República del Pueblo Trabajador.

LA GRAN TAREA HISTÓRICA

Esta es la gran tarea que la historia nos entrega. Para acometerla les convoco hoy, trabajadores de Chile. Sólo unidos hombro a hombro, todos los que amamos esta patria, los que creemos en ella, podremos romper el subdesarrollo y edificar la nueva sociedad.

Vivimos un momento histórico: la gran transformación de las instituciones políticas de Chile. El instante en que suben al poder, por la voluntad mayoritaria, los partidos y movimientos portavoces de los sectores sociales más negados.

Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista impercedera. En efecto, a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política.

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo más profundo de nuestras conciencias, las luchas fratricidas. Pero sin renunciar jamás a reivindicar los derechos del pueblo. Nuestro escudo lo dice: «Por la razón o la fuerza». Pero dice primero por la razón.

Esta paz cívica, esta continuidad del proceso político, no es la consecuencia fortuita de un azar. Es el resultado de nuestra estructura socioeconómica, de una relación peculiar de las fuerzas sociales que nuestro país ha ido construyendo de acuerdo con la realidad de nuestro desarrollo.

Ya en nuestros primeros pasos como país soberano, la decisión de los hombres de Chile y la habilidad de sus dirigentes nos permitieron evitar las guerras civiles.

Ya en 1845, Francisco Antonio Pinto escribía al General San Martín: «Me parece que nosotros vamos a solucionar el problema de saber cómo ser republicanos y continuar hablando la lengua española». Des-

de entonces, la estabilidad institucional de la República fue una de las más consistentes de Europa y América.

Esta tradición republicana y democrática llega así a formar parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos.

El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos.

Y, cuando dentro de esta continuidad institucional y en las normas políticas fundamentales surgen los antagonismos y contradicciones entre las clases, esto ocurre en forma esencialmente *política*. Nunca nuestro pueblo ha roto esta línea histórica.

Las pocas quiebras institucionales fueron siempre determinadas por las clases dominantes. Fueron siempre los poderosos quienes desencadenaron la violencia, los que vertieron la sangre de chilenos, interrumpiendo la normal evolución del país. Así ocurrió cuando Balmaceda, consciente de sus deudas y defensor de los intereses nacionales, actuó con la dignidad y el patriotismo que la posteridad ha reconocido.

Las persecuciones contra los sindicatos, los estudiantes, los intelectuales y los partidos obreros, son la respuesta violenta de quienes defienden privilegios. Sin embargo, el combate ininterrumpido de las clases populares organizadas ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles y sociales, públicas e individuales.

Esta evolución particular de las instituciones en nuestro contexto estructural es lo que ha hecho posible la emergencia de este momento histórico en que el pueblo asume la dirección política del país.

Las masas, en su lucha para superar el sistema capitalista que las explota, llegan a la Presidencia de la República integradas, fundidas en la Unidad Popular, y en lo que constituye la manifestación más relevante de nuestra historia: la vigencia y el respeto de los valores democráticos, el reconocimiento de la voluntad mayoritaria.

Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación.

NUESTRA MADUREZ POLÍTICA

Sin precedentes en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases.

Desde el punto de vista teórico-doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presente cuáles son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que:

»Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde, de acuerdo con la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación«.

Y éste es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels. Sin embargo, es importante recordar que en los sesenta días que han seguido a los comicios del 4 de septiembre, el vigor democrático de nuestro país ha sido sometido a la más dura prueba por la que jamás haya atravesado.

Tras una dramática sucesión de acontecimientos, ha prevalecido de nuevo nuestra característica dominante: la confrontación de las diferencias por la vía política.

El Partido Demócrata Cristiano ha sido consciente del momento histórico y de sus obligaciones para con el país, lo que merece ser destacado.

Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora.

La voluntad popular nos legitima en nuestra tarea. Mi Gobierno responderá a esta confianza haciendo real y concreta la tradición democrática de nuestro pueblo.

Pero en estos sesenta días decisivos que acabamos de vivir, Chile y el mundo entero han sido testigos, en forma inequívoca, de los intentos confesados para conculcar fraudulentamente el espíritu de nuestra Constitución; para burlar la voluntad del pueblo; para atentar contra la economía del país, y, sobre todo, en actos cobardes de desesperación, para provocar un choque sangriento, violento, entre nuestros conciudadanos.

Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado a nuestra patria de una guerra civil.

Permítaseme, en esta solemne ocasión, rendir en su persona el reconocimiento de nuestro pueblo a las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros, fieles a las normas constitucionales y al mandato de la Ley.

Este episodio increíble, que la historia registrará como una guerra civil larvada, que duró apenas un día, demostró, una vez más, la demencia criminal de los desesperados. Ellos son los representantes, los mercenarios de las minorías que, desde la Colonia, tienen la agobiante responsabilidad de haber explotado en su provecho egoísta a nuestro pueblo; de haber entregado nuestras riquezas al extranjero. Son estas minorías las que, en su desmedido afán de perpetuar sus privilegios, no vacila-

ron en 1891 y no han titubeado en 1970 en colocar a la nación ante una trágica disyuntiva.

¡Fracasaron en sus designios antipatrióticos! ¡Fracasaron frente a la solidez de las instituciones democráticas, ante la firmeza de la voluntad popular, resuelta a enfrentarlos y a desarmarlos, para asegurar la tranquilidad, la confianza y la paz de la nación, desde ahora bajo la responsabilidad del Poder Popular!

EL PODER POPULAR

Pero ¿qué es el Poder Popular?

Poder Popular significa que acabaremos con los pilares donde se afianzan las minorías que, desde siempre, condenaron a nuestro país al subdesarrollo.

Acabaremos con los monopolios, que entregan a unas pocas docenas de familias el control de la economía.

Acabaremos con un sistema fiscal puesto al servicio del lucro, y que siempre ha gravado más a los pobres que a los ricos; que ha concentrado el ahorro nacional en manos de los banqueros y su apetito de enriquecimiento.

Vamos a nacionalizar el crédito para ponerlo al servicio de la prosperidad nacional y popular.

Acabaremos con los latifundios, que siguen condenando a miles de campesinos a la sumisión, a la miseria, impidiendo que el país obtenga de sus tierras todos los alimentos que necesitamos. Una auténtica reforma agraria hará esto posible.

Terminaremos con el proceso de desnacionalización, cada vez mayor, de nuestras industrias y fuentes de trabajo, que nos somete a la explotación foránea.

Recuperaremos para Chile sus riquezas fundamentales. Vamos a devolver a nuestro pueblo las grandes minas de cobre, de carbón, de hierro, de salitre. Conseguirlo está en nuestras manos, en las manos de quienes ganan su vida con su trabajo y que están hoy en el centro del poder.

El resto del mundo podrá ser *espectador* de los cambios que se produzcan en nuestro país, pero los chilenos no podemos conformarnos con eso solamente, porque nosotros debemos ser protagonistas de la transformación de la sociedad.

Es importante que cada uno de nosotros se compenetre de la responsabilidad común.

Es tarea esencial del Gobierno Popular, o sea, de cada uno de nosotros, repito, crear un Estado justo, capaz de dar el máximo de oportunidades a todos los que convivimos en nuestro territorio.

Yo sé que esta palabra Estado infunde cierta aprensión. Se ha abusado mucho de ella, y en muchos casos se la usa para desprestigiar un sistema social justo.

No le tengan miedo a la palabra »Estado«, porque dentro del Estado en el Gobierno Popular, están ustedes, estamos todos. Juntos debemos perfeccionarlo, para hacerlo eficiente, moderno, revolucionario. Pero entiéndase bien que he dicho justo, y esto es precisamente lo que quiero recalcar.

LA PARTICIPACIÓN POPULAR

Se ha hablado mucho de la participación popular. Esta es la hora de que ella se haga efectiva. Cada habitante de Chile, de cualquier edad, tiene una tarea que cumplir. En ella se confundirá el interés personal con la generosa conducta del quehacer colectivo. No hay dinero suficiente en ningún Estado del mundo para atender todas las aspiraciones de sus componentes, si éstos no adquieren primero conciencia de que junto a los derechos están los deberes, y que *el éxito tiene más valor cuando ha surgido del propio esfuerzo*.

Como culminación del desarrollo de la conciencia del pueblo, surgirá espontáneamente el trabajo voluntario, el que ya ha sido propuesto por la juventud.

Con razón escriben en las murallas de París: »La revolución se hace primero en las personas y después en en las cosas«

LLAMADO A LA JUVENTUD

Justamente, en esta ocasión solemne, quiero hablar a los jóvenes:

No seré yo, como rebelde estudiante del pasado, quien critique su impaciencia, pero tengo la obligación de llamarlos a serena reflexión.

Tienen ustedes la hermosa edad en que el vigor físico y mental hacen posible prácticamente cualquier empresa.

Tienen por eso el deber de dar impulso a nuestro avance.

Conviertan el anhelo en más trabajo.

Conviertan la esperanza en más esfuerzo.

Conviertan el impulso en realidad concreta.

Miles y miles de jóvenes reclamaron un lugar en la lucha social. Ya lo tienen. Ha llegado el momento de que todos los jóvenes se incorporen.

A los que aún están marginados de este proceso les digo: vengan, hay un lugar para cada uno en la construcción de la nueva sociedad.

El escapismo, la decadencia, la futilidad, la droga, son el último recurso de muchachos que viven en países notoriamente opulentos, pero sin ninguna fortaleza moral. No es ése nuestro caso.

Sigan los mejores ejemplos. Los de aquellos que lo dejan todo por construir un futuro mejor.

¿Cuál será nuestra vía, nuestro camino chileno de acción para triunfar sobre el subdesarrollo?

Nuestro camino será aquel construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el Programa de la Unidad Popular:

El camino al socialismo en democracia.

Pluralismo y libertad.

Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural.

Chile, en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia, al desarrollo y a la autonomía, por la vía socialista. La Unidad Popular es constitutivamente el exponente de esta realidad.

Que nadie se llame a engaño. *Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una NECESIDAD en el proceso de transición hacia el Socialismo.*

Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación:

La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación, condena a la rigidez política.

La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del poder.

La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares.

En la medida que en Chile no se dan, o no se den estos factores, nuestro país, a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará los mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad.

Este hecho decisivo desafía a todos los chilenos, cualesquiera sean sus orientaciones ideológicas, a contribuir con su esfuerzo al desarrollo autónomo de nuestra patria. Como Presidente de la República, puedo afirmar, ante el recuerdo de quienes nos han precedido en la lucha y frente al futuro que nos ha de juzgar, que cada uno de mis actos será un esfuerzo por alcanzar la satisfacción de las aspiraciones populares dentro de nuestras tradiciones.

El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no

estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están ahora resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral.

LA NUEVA MORAL

Esta nueva moral, junto con el patriotismo y el sentido revolucionario, presidirán los actos de los hombres de Gobierno.

En el inicio de la jornada debo advertir que nuestra administración estará marcada por la absoluta responsabilidad, a tal punto, que lejos de sentirnos los prisioneros de organismos contralores, les pediremos que operen como la conciencia constante para corregir los errores y para denunciar a los que abusen dentro o fuera del Gobierno.

A cada uno de mis compatriotas que tienen sobre sus hombros una parte de la tarea para realizar, le digo que hago mía la frase de Fidel Castro:

»En este Gobierno se podrán meter los pies, pero jamás las manos«.

Seré inflexible en custodiar la moralidad del régimen.

Nuestro Programa de Gobierno, refrendado por el pueblo, es muy explícito en que nuestra democracia será tanto más real cuanto más popular, tanto más fortalecedora de las libertades humanas, cuanto más dirigida por el pueblo mismo.

El pueblo llega al control del Poder Ejecutivo en un régimen presidencial para iniciar la construcción del Socialismo en forma progresiva, a través de la lucha consciente y organizada en partidos y sindicatos libres.

NUESTRO CAMINO ES EL DE LA LIBERTAD

Libertad para la expansión de las fuerzas productivas, rompiendo las cadenas que hasta ahora han sofocado nuestro desarrollo.

Libertad para que cada ciudadano, de acuerdo con su conciencia y sus creencias, aporte su colaboración a la tarea colectiva.

Libertad para que los chilenos que viven de su esfuerzo obtengan el control y la propiedad social de sus centros de trabajo.

Simón Bolívar intuyó para nuestro país:

»Si alguna república permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de la libertad«.

LA VÍA CHILENA

Nuestra vía chilena será también la de la igualdad.

—Igualdad para superar progresivamente la división entre chilenos que explotan y chilenos que son explotados.

—Igualdad para que cada uno participe de la riqueza común de acuerdo con su trabajo y de modo suficiente para sus necesidades.

—Igualdad para reducir las enormes diferencias de remuneración por las mismas actividades laborales.

—La igualdad es imprescindible para reconocer a todo hombre la dignidad y el respeto que debe exigir.

Dentro de estas directrices, fieles a estos principios, avanzaremos hacia la construcción de un nuevo sistema:

La nueva economía que edificaremos tiene como objetivos rescatar los recursos de Chile para el pueblo chileno. Así como los monopolios serán expropiados porque lo exige el interés superior del país, por la misma razón aseguramos totales garantías para las empresas medianas y pequeñas que contarán con la íntegra colaboración del Estado para el buen desarrollo de sus actividades.

El Gobierno Popular tiene ya elaborados los proyectos de ley que permitirán el cumplimiento del Programa.

Los trabajadores, obreros, empleados, técnicos, profesionales e intelectuales tendrán la dirección económica del país y también la dirección política.

Por primera vez en nuestra historia, cuatro obreros forman parte del Gobierno como Ministros de Estado.

Sólo avanzando por esta vía de transformaciones esenciales, en el sistema económico y en el sistema político, nos acercaremos cada día más al ideal que orienta nuestra acción.

UNA NUEVA SOCIEDAD

Crear una nueva sociedad en que los hombres puedan satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, sin que ello signifique la explotación de otros hombres.

Crear una nueva sociedad que asegure a cada familia, a cada hombre o mujer, a cada joven y a cada niño: derechos, seguridades, libertades y esperanzas. Que a todos infunda un hondo sentimiento de que están siendo llamados a construir la nueva patria, que será también la construcción de vidas más bellas, más prósperas, más dignas y más libres para ellos mismos.

Crear una nueva sociedad capaz de progreso continuado en lo material, en lo técnico y en lo científico. Y también capaz de asegurar a sus intelectuales y sus artistas las condiciones para expresar en sus obras un verdadero renacer cultural.

Crear una nueva sociedad capaz de convivir con todos los pueblos: de convivir con las naciones avanzadas, cuya experiencia puede ser de gran utilidad en nuestro esfuerzo de autosuperación.

Crear, en fin, una nueva sociedad capaz de convivir con las naciones dependientes de todas las latitudes, hacia las cuales queremos volcar nuestra solidaridad fraternal.

Nuestra política internacional está hoy basada, como lo estuvo ayer, en el respeto a los compromisos internacionales libremente asumidos, en la autodeterminación y en la no intervención.

Colaboraremos resueltamente al fortalecimiento de la paz, a la coexistencia de los Estados.

Cada pueblo tiene el derecho a desarrollarse libremente, marchando por el camino que ha elegido.

Pero bien sabemos que, por desventura, como claramente denunció Indira Gandhi en las Naciones Unidas:

»El derecho de los pueblos a elegir su propia forma de gobierno se acepta sólo sobre el papel. En lo real —afirma Indira Gandhi— existe una considerable intromisión en los asuntos internos de muchos países. Los poderosos hacen sentir su influencia de mil maneras«.

Chile, que respeta la autodeterminación y practica la no intervención, puede legítimamente exigir de cualquier gobierno que actúe hacia él en la misma forma.

El pueblo de Chile reconoce en sí mismo al único dueño de su propio destino. Y el Gobierno de la Unidad Popular, sin la menor debilidad, velará para asegurar este derecho.

PALABRAS FINALES

Quiero saludar especialmente a todas las delegaciones oficiales que nos honran con su presencia.

Quiero, igualmente, saludar a las delegaciones de países con los que aún no tenemos relaciones diplomáticas. Chile les hará justicia al reconocer sus gobiernos.

Señores representantes de gobiernos, pueblos e instituciones:

Este acto de masas es un fraterno y emocionado homenaje a ustedes.

Soy un hombre de América Latina, que me confundo con los demás habitantes del continente, en los problemas, en los anhelos y en las inquietudes comunes. Por eso, en esta hora, entrego mi saludo de gobernante a los hermanos latinoamericanos, esperanzado en que algún día el mandato de nuestros próceres se cumpla y tengamos una sola y gran voz continental.

Aquí están, también, reunidos con nosotros, representantes de organizaciones obreras, venidos de todas partes del mundo; intelectuales y artistas de proyección universal, que han querido solidarizar con el pueblo de Chile y celebrar con él una victoria que, siendo nuestra, es sentida como propia por todos los hombres que luchan por la libertad y la dignidad.

A todos los que se encuentran aquí, embajadores, artistas, trabajadores, intelectuales, soldados, Chile les extiende la mano de su amistad.

Permítanme, huéspedes ilustres, decirles que ustedes son testigos de la madurez política que Chile está demostrando.

A ustedes, que han contemplado por sus propios ojos la miseria en que viven muchos de nuestros compatriotas.

A ustedes, que han visitado nuestras poblaciones marginales —las callampas— y han podido observar cómo se puede degradar la vida a un nivel infrahumano en una tierra fecunda y llena de riquezas potenciales, habrán recordado la reflexión de Lincoln:

»Este país no puede ser mitad esclavo y mitad libre«.

A ustedes, que han escuchado cómo la Unidad Popular llevará a cabo el Programa respaldado por nuestro pueblo.

A ustedes formulo una petición:

Lleven a sus patrias esa imagen del Chile que es, y esta segura esperanza del Chile que será.

Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro. Que aquí un pueblo entero alcanzó a tomar en sus manos la dirección de su destino para caminar por la vía democrática hacia el Socialismo.

Este Chile que empieza a renovarse, este Chile en primavera y en fiesta, siente, como una de sus aspiraciones más hondas, el deseo de que cada hombre del mundo sienta en nosotros a su hermano.

BIBLIOGRAFIA DE INTERES PARA EL ESTUDIO DE LA ESTRUCTURA SOCIAL DE CHILE

POBLACION Y FAMILIA

(Incluye estudios demográficos, componentes étnicos y censos de población; migración interna, inmigración y colonias extranjeras; organización y desorganización familiar, situación de la mujer).

I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO-SIGLO XVI

- De Ramón, José Armando*, LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE SANTIAGO DE CHILE ENTRE 1581-1596, Estudio de grupos, en *Revista Historia* N° 4, Instituto de Historia, U. Católica de Chile, Santiago, 1965, pp. 191-228.
- Guevara, Tomás*, HISTORIA DE CHILE. CHILE PREHISPÁNICO, Santiago, Establecimientos Balcello & Co., 1925-1927, 2 vols.
- Latcham, Ricardo*, PREHISTORIA CHILENA, Santiago, Oficina del Libro, 1936, 128 págs.
- Latcham E., Ricardo*, ORGANIZACIÓN SOCIAL Y CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS ANTIGUOS ARAUCANOS, Santiago, Imprenta Cervantes, 1924, 626 págs.
- Lipschutz, Alejandro*, LA COMUNIDAD INDÍGENA EN AMÉRICA Y EN CHILE, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, 205 págs.
- Medina, José Toribio*, LOS ABORÍGENES DE CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1952, 431 págs.
- Mellafe, Rolando*, LA INTRODUCCIÓN DE LA ESCLAVITUD NEGRA EN CHILE. TRÁFICO Y RUTAS, Santiago, Universidad de Chile, 1959, 293 págs.
- Meza Villalobos, Néstor*, POLÍTICA INDÍGENA EN LOS ORÍGENES DE LA SOCIEDAD CHILENA, Santiago, Universidad de Chile, 1951, 109 págs.
- Oliver Scheneider, Carlos*, LOS INDIOS DE CHILE. LO QUE ACTUALMENTE SE SABE DE ELLOS, Concepción, Talleres de El Sur, 1932, 103 págs.
- Oyarzún, Aureliano*, LOS ABORÍGENES DE CHILE, Santiago, Imprenta Chile, 1927, 28 págs.
- Palacios, Nicolás*, RAZA CHILENA, Valparaíso, Imprenta Alemana, 1904, 2 vols.
- Thayer Ojeda, Tomás*, FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA Y CENSO DE LA POBLACIÓN DE CHILE ENTRE LOS AÑOS 1540 Y 1565, CON DATOS ESTADÍSTICOS, BIOGRÁFICOS, ÉTNICOS Y LINGÜÍSTICOS, Santiago, Universidad de Chile, 1939, 3 vols.
- Thayer Ojeda, Luis*, ELEMENTOS ÉTNICOS QUE HAN INTERVENIDO EN LA POBLACIÓN DE CHILE, Santiago, Imprenta Litografía y Enc. »La Ilustración«, 1919, 240 págs.
- Thayer Ojeda, Tomás y Larraín, Carlos J.*, VALDIVIA Y SUS COMPAÑEROS. ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA, Santiago, Imprenta Universitaria, 1950, 119 págs.

II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750

- Amunátegui Solar, Domingo*, LA SOCIEDAD CHILENA DEL SIGLO XVIII. MAYORAZGOS Y TÍTULOS DE CASTILLA, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1901-1904, 3 vols.
- Behm, Gunther*, LOS JUDÍOS EN CHILE DURANTE LA COLONIA, Santiago, Imp. El Esfuerzo, 1948, 143 págs.
- Cuadra Gormaz, Guillermo*, ORIGEN Y DESARROLLO DE LAS FAMILIAS CHILENAS, Santiago, Editorial Zamorano y Caperán, 1948-1949, 2 vols.
- De Ramón F., Armando*, ASPECTO DEMOGRÁFICO DEL ANTIGUO CORREGIMIENTO DE SANTIAGO DE CHILE (1680-1695), Santiago, mimeo, 1971, 33 págs.
- Larraín, Carlos*, LOS JUDÍOS EN LA VIEJA ESPAÑA Y EN EL CHILE COLONIAL, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 1943.

Mellafe, Rolando, LA ESCLAVITUD NEGRA EN CHILE. ESTUDIOS DE HISTORIA ECONÓMICA AMERICANA. TRABAJO Y SALARIO EN EL PERÍODO COLONIAL N° 2, Santiago.

Silva Vargas, Fernando, TIERRAS Y PUEBLOS DE INDIOS EN EL REINO DE CHILE. ESQUEMA HISTÓRICO-JURÍDICO. ESTUDIOS DE HISTORIA DEL DERECHO CHILENO N° 7, Santiago, U. Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, 1962, 271 págs.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

Censo del Obispado de Concepción en 1812, NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo XIX, N° 23, 3^{er} trimestre de 1916, pp. 266-267.

Egaña, Juan, CENSO DE 1813 LEVANTADO POR DON... DE ORDEN DE LA JUNTA DE GOBIERNO FORMADA POR LOS SEÑORES PÉREZ INFANTE Y EYZAGUIRRE. ARCHIVO NACIONAL, Santiago, Imprenta Chile, 1953, XX, 372 págs.

Góngora, Mario, VAGABUNDAJE Y SOCIEDAD FRONTERIZA EN CHILE (SIGLOS XVIII A XIX), Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos N° 2, Santiago, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, 1966, 41 págs.

Hillman F., Carlos, OLD TIMERS, BRITISH AND AMERICAN IN CHILE, Santiago, Imprenta Moderna, 1900, 449 págs.

Klein, Herberts y Carmagnani, Marcelo, DEMOGRAFÍA HISTÓRICA: LA POBLACIÓN DEL OBISPADO DE SANTIAGO. 1777-1778, en *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, N° 72, 1965, pp. 57-74.

Pérez Rosales, Vicente, MEMORIA SOBRE EMIGRACIÓN, INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN DEDICADA AL SR. D. ANTONIO VARAS,

Thayer Ojeda, Luis, FAMILIAS CHILENAS, Santiago, Imprenta de E. Miranda, 1905, 225 págs.

Vial Correa, Gonzalo, EL AFRICANO EN EL REINO DE CHILE. ENSAYO HISTÓRICO-JURÍDICO, Santiago, U. Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Instituto de Investigaciones Históricas, 1957, 202 págs.

Santiago, Imprenta de Julio Belini, 1854, 172 págs.

Pérez Rosales, Vicente, LA COLONIZACIÓN DE VALDIVIA Y LLANQUIHUE, Valparaíso, Imprenta Universo, 1935, 128 págs.

Philippi, Rodolfo Armando, LOS ORÍGENES DE LA COLONIZACIÓN ALEMANA EN CHILE, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (año XIII), N° 35, 2° semestre de 1946, pp. 5-22.

Stuardo Ortiz, Carlos, VECINOS DE SANTIAGO EN 1808, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (año XXVII), N° 60, Santiago, 1959, pp. 205-220.

Urizar Garfias, Fernando, REPERTORIO CHILENO, AÑO 1835, Santiago, Imp. Araucana, s/f., 241 págs.

(*Urizar Garfias, Fernando*), ESTADÍSTICA DE LA REPÚBLICA DE CHILE PROVINCIA DE MAULE, T. 1, Santiago, Imprenta de los Tribunales, 1845, 179 págs.

Vicuña Mackenna, Benjamín, VALPARAÍSO Y LOS INGLESES EN TRES SIGLOS, Santiago, Imprenta Cervantes, 1910, 65 págs.

Vicuña Mackenna, Benjamín, THE FIRST BRITONS IN VALPARAISO (1817-1827), Valparaíso, Imprenta Gordon, Henderson y Cía., 1884, 45 págs.

IV. EL CICLO DE MODERNIZACION URBANA: 1850-1950

Album Gráfico y Biográfico de los Israelitas en Chile, 1ª Edición, Valparaíso, Imp. Londres, 1944, 95 págs.

Anuario Estadístico de la República de Chile, Movimiento de población de la República de 1848 a 1858 inclusive. Sus deducciones, Entrega primera, Santiago, Imprenta Nacional y del Mercurio, 1860-1876, 17 vols.

Aranda, Diego; Larena, José María; Tenajo, Rafael, LA COLONIA ALEMANA EN CHILE, Santiago, Imprenta Claret, 1920, 836 págs.

Beze, Francisco de, LA POBLACIÓN DE CHILE, Santiago, Imprenta Bellavista, 1911, 50 págs.

Bonacic Doric B., Lucas, HISTORIA DE LOS YUGOSLAVOS EN MAGALLANES. SU VIDA Y

- SU CULTURA, Punta Arenas, Imp. La Nacional, 1941-1946, 3 vols.
- Bórquez Scheuch, Alvaro*, EL PROBLEMA DE LA INMIGRACIÓN, Osorno, La Prensa, 1929, 83 págs.
- Carvalho Hederra, Sergio*, EL PROBLEMA DE LA INMIGRACIÓN EN CHILE Y ALGUNOS PAÍSES SUDAMERICANOS, Memoria de prueba, Santiago, Talleres gráficos Simiente, 1945, 142 págs.
- Colonia Arabe en Chile: Guía Social de la Colonia Arabe en Chile (Siria - Palestina - Libanesa)*, Recap. y Direc. Ahumad Hassan Mattar, Obra auspiciada por el "Club Palestino", Santiago, Imp. Ahues Hnos., 1941, 380 págs.
- Colonia Española (La)*, 1492-1917, Santiago, Imp. y Lit. Selecta, 152 págs.
- Dirección General de Estadística*, CENSO DE LA POBLACIÓN DE LA REPÚBLICA DE CHILE. LEVANTADO EL 15 DE DICIEMBRE DE 1920, Santiago, Litografía Universo, 1925, 610 págs.
- Dirección General de Estadística*, RESULTADO DEL X CENSO DE LA POBLACIÓN EFECTUADO EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1930, Y ESTADÍSTICAS COMPARATIVAS CON CENSOS ANTERIORES, Santiago, Imp. Universo, 1931, 3 vols.
- Dirección de Estadísticas y Censos*, CENSO GENERAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE. LEVANTADO EL 19 DE ABRIL DE 1875. Valparaíso, Imp. El Mercurio, 1876, LVIII, 674 págs.
- Dirección de Estadísticas y Censos*, CENSO GENERAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE. LEVANTADO EL 19 DE ABRIL DE 1854, Santiago, Imp. del Ferrocarril, 1858.
- Dorte, Louis*, EL PORVENIR EN CHILE DE LOS INMIGRANTES EXTRANJEROS, Traducido por A. Labin, Santiago, 1884, 321 págs.
- Domeyko, Ignacio*, ARAUCANÍA Y SUS HABITANTES (2ª edición), Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- Escobar V., Aníbal*, FRANCIA. LA COLONIA FRANCESA EN CHILE, 2ª ed., Santiago, Imp. La Ilustración, 1922, 526 págs.
- Eyzaguirre Rouse, Guillermo y Errázuriz Table, Jorge*, ESTUDIO SOCIAL, MONOGRAFÍA DE UNA FAMILIA CHILENA OBRERA. Santiago, Imprenta Barcelona, 1903, 140 págs.
- Guevara, Tomás*, LAS ÚLTIMAS FAMILIAS Y COSTUMBRES ARAUCANAS, Santiago, Chile, 328 págs.
- Henrrich, Bruce*, EFECTOS DEMOGRÁFICOS EN CHILE, 1940-1960, EN ECONOMÍA, Santiago de Chile, vol. CXII, N° 83-84, 1964, pp. 47-71.
- Herrera Jurado, Ligia*, TENDENCIAS DEL POBLAMIENTO EN CHILE DESDE 1940 A 1960, Santiago, Dirección Est. y Censos, 1970, 2 vols.
- Huneeus, Jorge 2º*, DERECHO PÚBLICO Y GENTES. CONDICIÓN DEL EXTRANJERO EN CHILE, en *Anales de la U. de Chile*, Santiago, 1858.
- Inspección General de Colonización e Inmigración*, MEMORIA CORRESPONDIENTE A LOS AÑOS: 1915, 1916, 1917 y 1918, Santiago, Imp. y Encuadernación Universidad, 1920, 392 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, LA MIGRACIÓN INTERNA EN CHILE EN EL PERÍODO 1940-1952, Publicaciones del Instituto de Economía N° 20, Santiago, Editorial Universitaria, 1959, 74 págs.
- Labarca Hubertson, Amanda*, FEMINISMO CONTEMPORÁNEO, Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, 1947, 250 págs.
- Liga Chileno - Alemana*, Los alemanes en Chile en su primer centenario, RESUMEN HISTÓRICO DE LA COLONIZACIÓN ALEMANA DE LAS PROVINCIAS DEL SUR DE CHILE, Santiago, 1950, 207 págs.
- Lira Urquieta, Pedro*, LA FAMILIA CHILENA Y LA FAMILIA ARGENTINA, Santiago, Imp. Universitaria, 1939, 27 págs.
- López Ureta, Luis*, EL ABANDONO DE FAMILIA, Santiago, Editorial Nascimento, 1933, 124 págs.
- Mackenna Subercaseaux, Alberto*, La inmigración: gran problema nacional (Recopilación de artículos publicados en El Mercurio), Santiago, Imprenta y Litografía Ilustración, 1929, 41 págs.
- Mariano, R. P.*, LA COLONIA ESPAÑOLA EN CHILE, Santiago, 1916.
- Oficina Central de Estadística*, SEXTO CENSO GENERAL DE LA POBLACIÓN DE CHILE, LEVANTADO EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1885, Valparaíso, Imp. La Patria, 1889-1890, 2 vols.
- Oficina Central de Estadística*, SÉPTIMO CENSO GENERAL DE LA POBLACIÓN DE CHILE. LEVANTADO EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1895, 4 vols., Valparaíso, Imp. Universo, 1900-1904.
- Oficina Central de Estadística*, CENSO DE LA REPÚBLICA DE CHILE. LEVANTADO EL

28 DE NOVIEMBRE DE 1907, Santiago, 1908, 320 págs.

Orellana, Egidio, IDEALES DE VIDA DE LOS ESTUDIANTES SECUNDARIOS, Santiago, U. de Chile, 1944, 139 págs.

Palacios, Nicolás, COLONIZACIÓN CHILENA. REPAROS Y REMEDIOS, Valparaíso, Imprenta y Litografía Alemana de Gustavo Schaffer, 1904, 223 págs.

Progreso Italiano en Chile (El), RESUMEN GENERAL DE LAS ACTIVIDADES QUE HA DESARROLLADO EN CHILE LA COLONIA ITALIANA, Santiago, 1921, 530 págs.

Rebora, Juan Carlos, LA FAMILIA CHILENA Y LA FAMILIA ARGENTINA, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, 191 págs.

Rossel Saavedra, Enrique, MANUAL DE DERECHO DE LA FAMILIA (CON LAS REFORMAS INTRODUCIDAS POR LA LEY N° 10.271), Ed. Jurídica de Chile, Manuales Jurídicos N° 50, Santiago, Ed. Universitaria, 1953, 546 págs.

Sociedad Científica Alemana de Chile, LOS ALEMANES EN CHILE. HOMENAJE DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ALEMANA A LA NACIÓN CHILENA EN EL CENTENARIO DE SU INDEPENDENCIA, Santiago, Imp. Universitaria, 1910, 366 págs.

Solberg, Carl, IMMIGRATION AND NATIONALISM. ARGENTINA AND CHILE, 1890-1914, University of Texas, 1970.

Somarriva Undurraga, Manuel, DERECHO DE FAMILIA, Santiago, Editorial Nascimento, 1946, 663 págs.

Varas, José Antonio, COLONIZACIÓN DE LLANQUIHUE, VALDIVIA Y ARAUCO COLECCIÓN DE LEYES Y DECRETOS SUPREMOS CONCERNIENTES A ESTAS MATERIAS, DESDE 1823 A 1871 INCLUSIVE, Santiago, Imprenta de la República, de Jacinto Núñez, 1872, 268 págs.

Vega, Nicolás, LA INMIGRACIÓN EUROPEA EN CHILE, 1882 A 1895, París, Agencia de Colonización del Gobierno de Chile, 1896, 195 págs, 3 mapas.

Vicuña Mackenna, Benjamín, BASES DEL INFORME PRESENTADO AL SUPREMO GOBIERNO SOBRE LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA, POR LA COMISIÓN ESPECIAL NOMBRADA CON ESE OBJETO REDACTADA POR EL SECRETARIO DE LA SOCIEDAD DE AGRICULTURA DE SANTIAGO, Santiago, Imprenta Nacional, 1865, 224 págs.

Villarino, Joaquín, ESTUDIO SOBRE LA COLONIZACIÓN Y EMIGRACIÓN EUROPEA A CHILE (Memoria premiada por el Gobierno de Chile en el certamen mandado abrir ante el Consejo de la Universidad, por decreto de 16 de diciembre de 1864), Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1867, 171 págs.

V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970

Alfaro, Teresa y otros, ESTUDIO DE ROLES EN FAMILIAS OBRERAS (Memoria), Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1965, 70 págs (mimeógrafo).

Alvarez, Oscar, EL PROBLEMA DE LA FAMILIA EN CHILE, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XX, N° 2 (1958), pp. 413-428.

Alvarez, Raquel y otros, ESTUDIO DE ALGUNOS ASPECTOS EN RELACIÓN A LA FAMILIA, Memoria, Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1962.

Centro para el Desarrollo de América Latina (DESAL), FECUNDIDAD Y ANTICONCEPCIÓN EN POBLACIONES MARGINALES, Santiago, Troquel, 1969, 368 págs.

Centro Latinoamericano de Demografía, CHILE, Santiago, 1969, 347 págs.

Crocco Ferrari, Juan, Volumen, distribución y composición de la población. Movimien-

to, actividades y standard de vida de la población en *Geografía económica de Chile* (CORFO), Santiago, Imprenta Universitaria, 1950, T. II.

Cubillos Espinoza, Raquel, LA NULIDAD DEL MATRIMONIO. REPERCUSIONES EN LA FAMILIA Y LABOR DE LA ASISTENTE SOCIAL FRENTE AL PROBLEMA, Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Valparaíso, 1962.

Descouvières, Carlos, ALCOHOLISMO Y FAMILIA, Santiago, CESO, 99 págs.

Farón, Louis C., MAPUCHE SOCIAL STRUCTURE: INSTITUTIONAL REINTEGRATION AND PATRILINEAL SOCIETY OF CENTRAL CHILE, Illinois Press, 1961.

Fernández Mateo, Francisco, LA FAMILIA EN CHILE CENTRAL. ESTUDIO SOCIOCULTURAL EN CUATRO COMUNIDADES, Memoria

- para optar al título de licenciado en sociología, U. de Chile, 1967.
- Flores, Elia y otros*, COMPRAZGO, ESTRUCTURA SOCIAL Y GRUPOS DE REFERENCIAS. Publicaciones de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Santiago, mimeógrafo, 1959, 30 págs.
- Fried, Jacob*, LA FAMILIA CHILENA DE LA CLASE OBRERA, en *Antropología*, Santiago, U. de Chile, Año IV-VI, vol. 4, 1966-1967.
- Hitschfeld, Alicia; Márquez, Marta; Sandoval, Laura*, CONDUCTA DE LA MUJER ABANDONADA (Memoria), Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1967.
- Hübner, Jorge*, EL MITO DE LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA, Buenos Aires, Ed. Almen-dros, 1968, 157 págs.
- Hurtado, Carlos*, CONCENTRACIÓN DE LA POBLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO; EL CASO CHILENO, Santiago, Imp. Instituto de Economía U. de Chile, 1966, 195 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, LA POBLACIÓN DEL GRAN SANTIAGO, FUERZA DE TRABAJO, EDUCACIÓN, INGRESOS, MIGRACIÓN, Santiago, 1959, 173 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, INGRESOS Y GASTOS DE FAMILIAS DEL GRAN SANTIAGO. ESTUDIO EXPERIMENTAL, Santiago, 1966, 257 págs.
- Lagos Valenzuela, Tulio*, EL GRUPO FAMILIAR EN LA REALIDAD CHILENA, en *Diez años de Sociología chilena*, Santiago, Arancibia Hnos., 1961, pp. 297-318.
- Losada, Josefina*, COMPORTAMIENTOS ANTI-CONCEPTIVOS EN LA FAMILIA MARGINAL, Santiago, DESAL, CELAP, 74 págs.
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michèle*, LA MUJER CHILENA EN UNA NUEVA SOCIEDAD, Santiago, Editorial del Pacífico, 1968, 231 págs.
- Mendelewski, Gioconda y Villarroel, Rosa-lía*, FAMILIA, RECOPIACIÓN Y SÍNTESIS DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES (Memoria), Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1968, 533 págs. (mecanografiado).
- Mendicoa L., Vicente*, ANTECEDENTES SOBRE LA EVALUACIÓN Y TENDENCIAS DE LA POBLACIÓN EN CHILE, Santiago, Ministerio de Obras Públicas, Dirección de Planeamiento, 1963, 275 págs.
- Ministerio de Obras Públicas. Programa Chile-California*, ENCUESTA DE ORIGEN Y DESTINO DEL MOVIMIENTO DE PERSONAS EN EL GRAN SANTIAGO, Primera parte, Santiago, 1966.
- Montero Moriarny, Ximena*, LA MENOR VAGA (ESTUDIO SOBRE LA VAGANCIA INFANTIL DE CHILE), Santiago, Ed. Jurídica de Chile, 1966, 100 págs.
- Montoya, Carlos*, LOS FACTORES FAMILIARES EN EL DESARROLLO DEL NIÑO, *Revista de Medicina Preventiva y Social* (Servicio Nacional de Salud), vol. II, N° 2 (abril-junio, 1962), pp. 31-35.
- Montt Rivadeneira, Elena*, LA FAMILIA Y EL DERECHO PÚBLICO CHILENO, Santiago, Editorial Universitaria, 1963, 75 págs. (Mem.).
- Morales Vergara, Julio*, ANÁLISIS DEMOGRÁFICO DE LA ILEGITIMIDAD EN CHILE, Trabajo presentado a la World Population Conference, Belgrado, 1965.
- Munizaga, Carlos*, ESTRUCTURAS TRANSICIONALES EN LA MIGRACIÓN DE LOS ARAUCANOS DE HOY A LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE, Santiago, Notas del Centro de Estudios Antropológicos Universidad de Chile, publicación N° 12, 1961.
- Pavez, Graciela y otros*, ESTUDIO DE RELACIONES EN FAMILIAS OBRERAS (Memoria), Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1965, 86 págs.
- Peña Muñoz, Julio*, MENORES EN SITUACIÓN IRREGULAR, U. de Chile, Memoria de Prueba, Santiago, Edit. Jurídica de Chile, s/f., 170 págs.
- Poblete, Moisés*, EL ÉXODO RURAL, SUS ORÍGENES, SUS REPERCUSIONES, *América Latina*, vol. V, N°s 1-2 (enero-junio, 1962), pp. 41-49.
- Requena, Mariano*, STUDY OF FAMILY PLANNING IN SANTIAGO, CHILE, 1963, Second Report of the Milkbank Memorial Foundation (Folleto).
- República de Chile, Dirección de Estadísticas y Censos*, CENSO DE POBLACIÓN 1960. RESUMEN PAÍS, Santiago, Imp. de la Dirección de Estadísticas y Censos, 448 págs.
- Richard, Patricia; Viveros, Ana María; Ortiz, Liana*, EL CONSUMO DE MARIHUANA: UN PROBLEMA SOCIAL EN CHILE, Santiago, Instituto de Sociología, Universidad Católica, 1971, 228 págs. (mimeo.).
- Romero, Hernán*, EL CONTROL DE LA NATALIDAD, Santiago, Editorial Universitaria, 1964, 82 págs.

- Romo, Waldo y Bruner, José Joaquín, PROCREACIÓN RESPONSABLE, Santiago, DESAL, 1965.
- Salinas Basso, Juan, EL FACTOR DEMOGRÁFICO, EL DESARROLLO ECONÓMICO Y LAS ACTITUDES RELATIVAS A LA FORMACIÓN DE LA FAMILIA EN SANTIAGO DE CHILE, en *Diez Años de Sociología chilena*, Santiago, Arancibia Hnos., 1961, pp. 319-338.
- Samuel, Raúl, QUELQUES DONNÉES, CONCERNANT A LA NATALITÉ AU CHILI, en *Population*, N° 1, Paris (1958), pp. 143-146.
- Tabah, León, Samuel, Raúl, PRELIMINARY FINDINGS OF A SURVEY ON FERTILITY AND ATTITUDES. TOWARD FAMILY FORMATION IN SANTIAGO, CHILE EN KISER CLYDE V. (ED), »Research in Family Planning«, Princeton University Press, 1962, pp. 263-304.
- Tabah, León, A STUDY OF FERTILITY IN SANTIAGO CHILE, en *Population Studies*, febrero, 1963.
- Talavera, Rubén, NIVELES DIFERENCIALES DE FECUNDIDAD EN CHILE, CELAP, Santiago, 1965.
- Vicencio Monsalves, Eliana, RESULTADOS DE UNA ENCUESTA BASADA EN MUESTREO ESTRATIFICADO SOBRE CONDICIONES SOCIO-ECONÓMICAS EN 452 FAMILIAS OBRERAS EN EL GRAN SANTIAGO EN EL AÑO 1958, Escuela de Servicio Social de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- Yáñez, Iván, CARACTERÍSTICAS DE LA MIGRACIÓN HACIA EL GRAN SANTIAGO, en *Panorama Económico* N° 204, Santiago, julio 1959, pp. 257-266.
- Zuleta Guerrero, Pedro, LA PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES FAMILIARES, en *Revista Servicio Social* N° 1, Santiago, Imprenta Central de talleres, 1953, pp. 3-13.

ECONOMÍA Y DESARROLLO

Incluye: historia económica y financiera; desarrollo industrial y agrícola; estructura ocupacional.

I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO- SIGLO XVI

- Assadourian, Carlos Sempat, CHILE Y TUCUMÁN EN EL SIGLO XVI. UNA CORRESPONDENCIA DE MERCADERES, en *Historia* 9, Instituto de Historia, U. C. de Chile, 1970, pp. 65-109.
- Glauser R., Kalki, ORÍGENES DEL RÉGIMEN DE PRODUCCIÓN VIGENTE EN CHILE, en *Cuadernos de la realidad nacional*, N° 8, Santiago, Univ. Católica, junio 1971, pp. 78-152.
- Jara, Alvaro, LOS ASIENTOS DEL TRABAJO Y LA PROVISIÓN DE MANO DE OBRA PARA LOS NO-ENCAMENDADOS EN LA CIUDAD DE SANTIAGO, 1586-1600. ESTUDIOS DE HISTORIA ECONÓMICA AMERICANA. TRABAJO Y SALARIO EN EL PERÍODO COLONIAL N° 1, Santiago, Enc. H. S. Ltda., 1959, 89 págs.
- Jara, Alvaro, EL SALARIO DE LOS INDIOS Y LOS SESMOS DEL ORO EN LA TASA DE SANTIALLÁN, Santiago, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones de Historia Araucana, 1961, 120 págs.
- Jara, Alvaro, FUENTES PARA LA HISTORIA DEL TRABAJO EN EL REINO DE CHILE, en *Boletín Academia Chilena de la Historia*, N°s 54, 55, 58, 61, Santiago, 1956-1957-1959.
- Sayous, André E., LA CIRCULACIÓN DEL ORO EN CHILE EN EL SIGLO XVI, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IX, N° 64, Ene-Mar., 1959, p. 44.
- Silva Vargas, Fernando, ESQUEMA DE LA HACIENDA REAL EN CHILE INDIANO (SIGLOS XVI Y XVII), en *Revista Chilena de Historia del Derecho* N° 4, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1965, pp. 208-250.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, LA EDAD DE ORO EN CHILE, Santiago, Imp. Carnet social, 1932, 2 vols.

II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750

- Amunátegui Solar, Domingo, ESTUDIOS HISTÓRICOS, Santiago, 1940, 154 págs.
- Carmagnani, Marcelo, EL SALARIADO MINERO EN CHILE COLONIAL. SU DESARROLLO EN UNA SOCIEDAD PROVINCIAL: EL NORTE CHICO, 1690-1800, Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, Santiago, Editorial Universitaria, 1963, 114 págs.

- Carmagnani, Marcelo*, ESTRUCTURA AGRARIA Y PRECIOS AGRÍCOLAS CHILENOS, 1680-1800, Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas IV, Madrid, 1967.
- Casa de Moneda de Santiago de Chile (1743-1943) (La)*, PUBL. POR LA SUPERINTENDENCIA DE LA CASA DE MONEDA Y ESPECIES VALORADAS, Santiago, Talleres de la Casa de Moneda y Especies Valoradas, 1945, 244 págs.
- Romano, Ruggiero*, UNA ECONOMÍA COLONIAL: CHILE EN EL SIGLO XVIII, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, 77 págs.
- Ross, Agustín*, RESEÑA HISTÓRICA SOBRE EL COMERCIO DE CHILE EN LA ERA COLONIAL, Santiago, Imprenta Cervantes, 1894, 483 págs.
- Ugarte, Carlos*, EL CABILDO DE SANTIAGO Y EL COMERCIO EXTERIOR DEL REINO DE CHILE DURANTE EL SIGLO XVII, en *Estudios de Historia de las instituciones políticas y sociales* N° 1, Santiago, 1966, pp. 5-41.
- Villalobos, Sergio*, COMERCIO Y CONTRABANDO EN EL RÍO DE LA PLATA Y CHILE, 1700-1811, Buenos Aires, Edit. Universitaria, 1965, 147 págs.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

- Centner, Charles*, RELACIONES COMERCIALES DE GRAN BRETAÑA CON CHILE, 1810-1830, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 103, 1943, pp. 96-107.
- Hernández, Roberto*, JUAN GODOY O EL DESCUBRIMIENTO DE CHAÑARCILLO, 16 DE MAYO DE 1832, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1932, 2 vols.
- Herrmann, Alberto*, LA PRODUCCIÓN EN CHILE DE LOS METALES Y MINERALES MÁS IMPORTANTES, DE LAS SALES NATURALES DEL AZUFRE Y DEL CUANO DESDE LA CONQUISTA HASTA FINES DEL AÑO 1902, Santiago, Imprenta Barcelona, 1903, 85 págs.
- Molina A., Evaristo*, BOSQUEJO DE LA HACIENDA PÚBLICA DE CHILE DESDE LA INDEPENDENCIA HASTA LA FECHA, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1898, 354 págs.
- Pereira Salas, Eugenio*, BUQUES NORTEAMERICANOS A FINES DE LA ERA COLONIAL, (1788-1810), Santiago, Prensas de la U. de Chile, 1936, 44 págs.
- Ramírez Necochea, Hernán*, ANTECEDENTES ECONÓMICOS DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1967, 167 págs.
- San Román, Francisco J.*, RESEÑA INDUSTRIAL E HISTÓRICA DE LA MINERÍA Y METALURGIA DE CHILE, Santiago, Imprenta Nacional, 1894, 501 págs.
- Sepúlveda G., Sergio*, EL TRIGO CHILENO EN EL MERCADO MUNDIAL. ENSAYO DE GEOGRAFÍA HISTÓRICA, Santiago, Editorial Universitaria, 1959, 135 págs.
- Vicuña Mackenna, Benjamín*, EL LIBRO DEL COBRE Y DEL CARBÓN DE PIEDRA EN CHILE, Santiago, Ed. del Pacífico, 1966, 476 págs.
- Vicuña Mackenna, Benjamín*, EL LIBRO DE LA PLATA, Santiago, Imp. Cervantes, 1882, 519 págs.
- Villalobos, Sergio*, EL COMERCIO Y LA CRISIS COLONIAL. UN MITO DE LA INDEPENDENCIA, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1968, 382 págs.
- Will, Robert M.*, ECONOMÍA CLÁSICA EN CHILE ANTES DE 1856, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 131, enero-diciembre, 1963, pp. 177-204.

IV. EL CICLO DE MODERNIZACION URBANA: 1850-1950

- Aguirre Cerda, Pedro*, EL PROBLEMA AGRARIO, PARÍS, IMPRIMERIE FRANCAISE, 1929, 510 págs.
- Aguirre Cerda, Pedro*, EL PROBLEMA INDUSTRIAL, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1933, 176 págs.
- Alvarez Andrews, Oscar*, HISTORIA DEL DESARROLLO INDUSTRIAL DE CHILE, Santiago, Imprenta y Litografía La Ilustración, 1936, 391 págs.
- Alvarez, Oscar*, EL PROBLEMA AGRARIO EN CHILE, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XX, N° 1 (1958), pp. 71-84.
- Araya Vergara, Efrén*, EL JUEGO Y SU PERCUSIÓN EN LA VIDA ECONÓMICA Y SOCIAL DEL PAÍS, Memoria de Prueba, U. de Chi-

- le, Santiago, Talleres Gráficos de la Casa Nacional del Niño, 1951, 52 págs.
- Astorquiza, Octavio y Galleguillos V., Oscar*, CIEN AÑOS DEL CARBÓN DE LOTA, 1852, SEPTIEMBRE 1952. ANTECEDENTES HISTÓRICOS, MONOGRAFÍA Y ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO INDUSTRIAL, ECONÓMICO Y SOCIAL DE LAS MINAS CARBONÍFERAS DE LOTA EN SU PRIMER SIGLO DE VIDA, Santiago, Zig-Zag, 1952, 270 págs.
- Ballesteros, Marco y Davis, Tom E.*, THE GROWTH OF OUTPUT AND EMPLOYMENT IN BASIC SECTORS OF THE CHILEAN ECONOMY, 1908-1957, en *Economic Development and Cultural Change*, vol. XI, N° 2, Chicago, 1963.
- Bauer, Arnold J.*, EXPANSIÓN ECONÓMICA EN UNA SOCIEDAD TRADICIONAL. CHILE CENTRAL EN EL SIGLO XIX, en *Historia 9*, Instituto de Historia, U. C. de Chile, 1970, pp. 137-235.
- Bermudez Miral, Oscar*, HISTORIA DEL SALITRE DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA GUERRA DEL PACÍFICO, Santiago, Editorial Universitaria, 1963, 459 págs.
- Brown, J. R.*, NITRATE CRISIS, COMBINATIONS AND THE CHILEAN GOVERNMENT IN THE NITRATE AGE, 1963.
- Carmagnani M., Hernández y Colodro M.*, EVOLUCIÓN DE LA INDUSTRIA EN CHILE, 1860-1940, Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos, N° 1, Santiago, 1967.
- Resumen de la Hacienda Pública de Chile desde la Independencia hasta 1900*, Editado en Castellano e Inglés por la Dirección General de Contabilidad, Santiago, 1901, 750 págs.
- Chaparro, Leoncio*: ANOTACIONES CRÍTICAS SOBRE EL TRABAJO DE LA TIERRA EN CHILE, Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1939, 81 págs.
- Chile. Economical and Social Progress of the Republic of Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1906, 342 págs.
- Chile. La Riqueza Mobiliaria de Chile, Decenio 1913-1922 y Primer Semestre de 1923*, Según datos tomadas del Archivo Oficial de la Bolsa de Comercio de Santiago de Chile, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1923, 539 págs.
- Cohen, Alvin*, ECONOMIC CHANGE IN CHILE, 1929-1959, Latin American Monographs Series, N° 11 (march, 1960), Gainesville, University of Florida Press.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL)*, ANTECEDENTES SOBRE EL DESARROLLO DE LA ECONOMÍA CHILENA, 1925-1952, Santiago, Editorial del Pacífico, 1954.
- Concha, Malaquías*, LA LUCIA ECONÓMICA (TRATADO DE ECONOMÍA SOCIAL PRESENTADO AL CUARTO CONGRESO CIENTÍFICO AMERICANO DE 1908), Santiago, Imprenta Cervantes, 1910, 119 págs.
- Concha, Juan Enrique*, CONFERENCIAS SOBRE ECONOMÍA SOCIAL, DICTADAS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTIAGO DE CHILE, Santiago, Imprenta Chile, 1918, 296 págs.
- Correa Vergara, Luis*, AGRICULTURA CHILENA, Santiago, Ed. Nascimento, 1938, 2 vols.
- Cruchaga Montt, Miguel*, ESTUDIO SOBRE LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA Y LA HACIENDA PÚBLICA DE CHILE, Madrid, Editorial Reuss, 1929, 3 vols.
- Davis, Tom E.*, EIGHT DECADES OF INFLATION IN CHILE, 1879-1959, A POLITICAL INTERPRETATION, en *The Journal of Political Economy*, Vol. LXXI, N° 4, 1963, pp. 389-397.
- Ellsworth, P. T.*, CHILE. AN ECONOMY IN TRANSITION, New York, The Macmillan Company, 1945, 183 págs.
- Encina, Francisco A.*, NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA, SUS CAUSAS, SUS CONSECUENCIAS, Nueva Edición, Santiago, Editorial Universitaria, 1955, 170 págs.
- Espech, Roman*, COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ENCAMINADOS A DEMOSTRAR LA NECESIDAD DE CREAR MANUFACTURA NACIONAL Y LOS MEDIOS DE CONSEGUIRLA, Santiago, Imprenta Victoria, 1887, 180 págs.
- Espinoza, Roberto*, CUESTIONES FINANCIERAS DE CHILE, Santiago, Imprenta Cervantes, 1909, 661 págs.
- Feder, Ernest*, EL CRÉDITO AGRÍCOLA EN CHILE, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Economía, 1960, xv, 135 págs.
- Fetter, Frank*, LA INFLACIÓN MONETARIA EN CHILE, Traducción de Guillermo Gandarillas M., Santiago, Universidad de Chile, 1937, 237 págs.
- Figueroa, Pedro Pablo*, HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DE LA INDUSTRIA DEL CARBÓN PIEDRA EN CHILE, Santiago, Imp. del Comercio, 1897, 84 págs.
- Fuentealba Hernández, Leonardo*, COURCELL-SENEUIL EN CHILE. ERRORES DEL

- LIBERALISMO ECONÓMICO, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1945, 108 págs.
- González, Pedro, LA SOCIEDAD DE FOMENTO FABRIL, SU LABOR DURANTE 25 AÑOS, Santiago, 1908.
- González, Marcial, ESTUDIOS ECONÓMICOS, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1889, 625 págs.
- Hardy, Osgood, LOS INTERESES SALITREROS Y LA REVOLUCIÓN DE 1891, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 113, enero-julio, 1949, pp. 60-81.
- Hernández, Roberto, EL SALITRE, Santiago, Imprenta Fisher Hnos., 1930, 201 págs.
- Hirart, Luis, BRADEN. HISTORIA DE UNA MINA, Santiago de Chile, Editorial Andes, 1964, 306 págs.
- Howard Rusell, William, A VISIT TO CHILE AND THE NITRATE FIELDS OF TARAPACÁ, London, J. S. and Co. Limited, 1890, 374 págs.
- Humud T., Carlos, EL SECTOR PÚBLICO CHILENO ENTRE 1830-1930, Facultad de Ciencias económicas, Universidad de Chile, Memoria, Santiago, 1969, 268 págs.
- Ibáñez, Adolfo, ECONOMÍA IMPUESTOS Y GASTOS, Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1934, 55 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile, DESARROLLO ECONÓMICO DE CHILE 1940-1956, Publicaciones del Instituto de Economía, Santiago, Editorial Universitaria, 1956, 250 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile, LA TRIBUTACIÓN AGRÍCOLA EN CHILE, 1940-1958: ALGUNAS IMPLICACIONES DEL SISTEMA TRIBUTARIO CHILENO, Santiago, Instituto de Economía, 1960.
- Ivovich, Esteban, LA PRODUCCIÓN EN CHILE Y LOS NUEVOS ÓRGANOS DE POLÍTICA ECONÓMICA DEL ESTADO, Santiago, Imp. Stanley, 1944, 113 págs.
- Kaempffer, Enrique, LA INDUSTRIA DEL SALITRE Y DEL YODO, 1907-1914, Santiago, Imprenta Cervantes, 1914.
- Keller R., Carlos, LA ETERNA CRISIS CHILENA, Santiago, Editorial Nascimento, 1931, 323 págs.
- Keller R., Carlos, UN PAÍS AL GARETE, Santiago, Editorial Nascimento, 1932, 166 págs.
- Leiva Lavalle, Jorge, EL SECTOR EXTERNO, LOS GRUPOS SOCIALES Y LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS DE CHILE, 1830-1940, Centro de Estudios socioeconómicos, Universidad de Chile, 1969, 43 págs.
- Machiavello Varas, Santiago, EL PROBLEMA DE LA INDUSTRIA DEL COBRE EN CHILE Y SUS PROYECCIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES (Seminario de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Chile, vol. 2), Santiago, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, 1923, 348 págs.
- Machiavello Varas, Santiago, POLÍTICA ECONÓMICA NACIONAL. ANTECEDENTES Y DIRECTIVA, Santiago, Establecimientos gráficos Balcells y Co., 1931, 2 vols.
- Martner, Daniel, HISTORIA DE CHILE. HISTORIA ECONÓMICA, Santiago, Establecimientos Gráficos de Balcells y Co., 1929, 646 págs.
- Martner, Daniel, ESTUDIO DE POLÍTICA COMERCIAL CHILENA E HISTORIA ECONÓMICA NACIONAL, Santiago, Imprenta Universitaria, 1923, 2 vols., 717 págs.
- Matthei, Adolfo, POLÍTICA AGRARIA CHILENA, P. Las Casas, Imprenta San Francisco, 1935, 120 págs.
- Miquel, Manuel, ESTUDIOS ECONÓMICOS ADMINISTRATIVOS SOBRE CHILE, DESDE 1856 HASTA 1863, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1863, 382 págs.
- Montenegro, Aurelio, ESTUDIO GENERAL DE LA HISTORIA FABRIL DE CHILE, Santiago, Memoria, 1947, 220 págs.
- Palacios, Nicolás, NACIONALIZACIÓN DE LA INDUSTRIA SALITRERA (Conferencia en el Salón Central de la U. de Chile), Santiago, 1908.
- Pérez Canto, Julio, ECONOMIC AND SOCIAL PROGRESS OF THE REPUBLIC OF CHILE, Santiago, Imprenta Barcelona, 1906, 342 págs.
- Pinochet Le-Brun, Tancredo, LA CONQUISTA DE CHILE EN EL SIGLO XX, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación "La Ilustración", 1909, 255 págs.
- Pinto Santa Cruz, Aníbal, CHILE UN CASO DE DESARROLLO FRUSTRADO, 2ª edición, Santiago, Editorial Universitaria, 1962, 198 págs.
- Poblete, Moisés, EL PROBLEMA DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA Y LA POLÍTICA AGRARIA NACIONAL, Santiago, Imprenta Universitaria, 1919, XXXIX y 281 págs.
- Ramírez Necochea, Hernán, HISTORIA DEL

- IMPERIALISMO EN CHILE, Santiago, Austral, 1960, 302 págs.
- Rippy, J. Fred and Pfeiffer, Jack, NOTES ON THE DAWN OF MANUFACTURING IN CHILE, 1948.
- Rippy, J. Fred, INICIATIVAS ECONÓMICAS DEL REY DEL SALITRE Y DE SUS SOCIOS EN CHILE, en »Revista Chilena de Historia y Geografía N° 113«, Santiago, 1948, pp. 82-94.
- Rippy, J. Fred, BRITISH INVESTMENT IN THE CHILEAN NITRATE INDUSTRY, 1954.
- Rivas Vicuña, Francisco, ECONOMÍA NACIONAL, Santiago, Imprenta Chile, 1914, 236 págs.
- Rodríguez, Zorobabel, ESTUDIOS ECONÓMICOS, Valparaíso, Imp. del Comercio, 1893, 201 págs.
- Ross, Agustín, CHILE 1851-1910. SESENTA AÑOS DE CUESTIONES MONETARIAS Y FINANCIERAS Y DE PROBLEMAS BANCARIOS, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1911, 265 págs.
- Ruffat, Adolfo, LA POLÍTICA MONETARIA Y EL SECTOR EXTERNO EN CHILE ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, Santiago, Memoria, 1969, 100 págs.
- Santelices E., Ramón, LOS BANCOS CHILENOS, Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1893, 467 págs.
- Schneider, Teodoro, LA AGRICULTURA EN CHILE EN LOS ÚLTIMOS CINCUENTA AÑOS, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1904, 219 págs.
- Segall, Marcelo, DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN CHILE (CINCO ENSAYOS DIALÉCTICOS), Santiago, Editorial del Pacífico, 1953, 359 págs.
- Segall, Marcelo, BIBLIOGRAFÍA SOCIAL DE LA FICHA SALARIO, en *Mapocho*, Tomo II, N° 2, Santiago, 1964, pp. 97-131.
- Serrano Palma, Horacio, ¿POR QUÉ SOMOS POBRES? Santiago, Imprenta Universitaria, 1958, 103 págs.
- Serrano, Horacio, ¿HAY MISERIA EN CHILE? UNA RESPUESTA, Santiago, 1938, 95 págs.
- UNA RESPUESTA, Santiago, Ed. Zig-Zag, 1938, 95 págs.
- Sewell Gana, Henry, BRITISH CAPITAL AND CHILEAN INDUSTRIES, Santiago, Imprenta Cervantes, 1887, 109 págs.
- Sociedad de Fomento Fabril, ESTADÍSTICA INDUSTRIAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE EN EL AÑO 1910, Santiago, Imprenta Universo, 1911, 272 págs.
- Sundt, F. A., MONOGRAFÍAS MINERAS Y METALÚRGICAS (SOCIEDAD NACIONAL DE MINERÍA), Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1910, 217 págs.
- Universidad de Chile, DESARROLLO DE CHILE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX, vol. 1, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1953.
- Valdés Cange, J., CARTAS AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PEDRO MONTT. SOBRE LA CRISIS MORAL DE CHILE EN SUS RELACIONES CON EL PROBLEMA ECONÓMICO DE LA CONVERSIÓN METÁLICA, Con un prólogo del señor Enrique Concha H. (Primera Parte, 2ª edición), Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1909, 104 págs.
- Valdés Vergara, Francisco, LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y FINANCIERA DE CHILE, Valparaíso, Imprenta Germania (A. Trautman), 1894, 204 págs.
- Valdés Vergara, Francisco, PROBLEMAS ECONÓMICOS DE CHILE, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1913, 368 págs.
- Véliz, Claudio, LA MESA DE TRES PATAS, Buenos Aires, en *Desarrollo Económico*, N° 1-2, abril-septiembre, 1963, pp. 231-247.
- Yrarrázaval, José Miguel, LA POLÍTICA ECONÓMICA DEL PRESIDENTE BALMACEDA, Santiago, Academia Chilena de la Historia, 1963, 115 págs.
- Zegers, Julio, ESTUDIOS ECONÓMICOS, Santiago, Imprenta Nacional, 1908.

V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970

- Ahumada, Jorge, EN VEZ DE LA MISERIA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, 188 págs.
- Aranda, Sergio y Alberto Martínez, INDUSTRIA Y AGRICULTURA EN EL DESARROLLO ECONÓMICO, Instituto de Economía de la U. de Chile, Santiago, 1970 (mimeo.).
- Aranda, Sergio y Alberto Martínez, ESTRUCTURA ECONÓMICA DE CHILE: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES, Santiago, Instituto de Economía de la U. de Chile, 1970 (mimeografiado).

- Banco Central de Chile*, EVOLUCIÓN DE LAS FINANZAS PÚBLICAS DE CHILE, 1950-1960, Santiago, 1963.
- Barraclough, Solon*, REFORMA AGRARIA, HISTORIA Y PERSPECTIVAS, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 7, Santiago, Univ. Católica, 1971, pp. 51-83.
- Becket, James*, LAND REFORM IN CHILE, en *Journal of Interamerican Studies*, vol. v, N° 2 (abril, 1963), pp. 177-211.
- Blitz, Rudolph C.*, ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE EDAD, EDUCACIÓN E INGRESO EN LA FUERZA DE TRABAJO: GRAN SANTIAGO, VALPARAÍSO, VIÑA DEL MAR, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Economía, 1962, 58 págs.
- Bray, James O.*, DILEMAS EN LA POLÍTICA AGRARIA, Santiago, Centro de Investigaciones Económicas de la Universidad de Católica de Chile, 1957.
- Bray, James O.*, ACERCA DEL PROBLEMA AGRARIO EN CHILE, en *Cuadernos de Economía*, Santiago, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Católica, vol. II (1964), pp. 53-90.
- Bray, James O.*, LA INTENSIDAD DEL USO DE LA TIERRA EN RELACIÓN CON EL TAMAÑO DE LOS PREDIOS EN EL VALLE CENTRAL DE CHILE, en *Finis Terrae*, Universidad Católica, Santiago, vol. XXIV (1960), pp. 26-62.
- Briones, Guillermo*, EL EMPRESARIO INDUSTRIAL EN AMÉRICA LATINA, CHILE, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, Santiago, 1963, 71 págs. (mimeo.).
- Brown, Robert T. y Hurtado, Carlos*, UNA POLÍTICA DE TRANSPORTE PARA CHILE, Santiago, Zamorano y Caperán, 1963, 99 págs.
- Cademartori, José*, LA ECONOMÍA CHILENA, UN ENFOQUE MARXISTA, Santiago, Ed. Universitaria, 1968.
- Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA)*, CHILE, TENENCIA DE LA TIERRA Y DESARROLLO SOCIOECONÓMICO DEL SECTOR AGRÍCOLA, 2ª edición, Santiago, Talleres Hispano-Suiza, 1966, 405 págs.
- CORFO*, PROGRAMA NACIONAL DE DESARROLLO ECONÓMICO, 1961-1970, Santiago, CORFO, s/f., 191 págs.
- Caputo, Orlando y Roberto Pizarro*, DESARROLLO Y CAPITAL EXTRANJERO, Santiago, Edit. Universidad Técnica del Estado, 1970, 118 págs.
- Caputo, Orlando y Roberto Pizarro*, DEPENDENCIA E INVERSIÓN EXTRANJERA EN CHILE, Santiago, Cesó, 31 págs.
- Corporación de Fomento de la Producción (CORFO)*, GEOGRAFÍA ECONÓMICA DE CHILE, Santiago, Edit. Universitaria, Talleres Gráficos La Nación, 1950-1962, 4 Vols.
- CORFO*, LA INVERSIÓN EXTRANJERA EN LA INDUSTRIA CHILENA, Santiago, 1970.
- CORFO*, COMPORTAMIENTO DE LAS PRINCIPALES EMPRESAS INDUSTRIALES ACOGIDAS AL D.F.L. 258, Santiago, 1970.
- Correa Prieto, Luis*, NUESTRA ECONOMÍA Y SUS FLAQUEZAS. ANÁLISIS NO COMPROMETIDO, Santiago, Orbe, 1963, 264 págs.
- Chonchol, Jacques*, PERSPECTIVAS COMUNITARIAS PARA UNA REFORMA DE NUESTRA ACTUAL ESTRUCTURA AGRARIA, Santiago, Galcol, 1948.
- Dorner, Peter and Collarte, Juan Carlos*, LAND REFORM IN CHILE: PROPOSAL FOR AN INSTITUTIONAL INNOVATION en *Inter-American Economic Affairs*, 1967, 19, 3-22.
- Durán Bernales, F.*, POBLACIÓN, ALIMENTOS Y REFORMA AGRARIA, Santiago, Talleres E. Universitaria, 1966, 355 págs.
- Félix, David*, DESEQUILIBRIOS ESTRUCTURALES Y CRECIMIENTO INDUSTRIAL. EL CASO CHILENO, Santiago, Instituto de Economía, Universidad de Chile, 1958, 60 págs.
- Frank, Andrew Gunther*, CHILE: EL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO, Santiago, *Monthly Review*, ene-febr., 1968, 135 págs.
- Galofré, Fernando*, ENTREPRENEURIAL AND GOVERNMENTAL ELITES IN CHILE DEVELOPMENT, Tesis Doctorado, Tulane University, 1970.
- García, Jorge y Hugo Freyhoffer*, LA TASA EFECTIVA DE LA INFLACIÓN EN CHILE ENTRE 1961 Y 1968 Y EL COMPORTAMIENTO DE LOS AGENTES ECONÓMICOS, Santiago, Univ. de Chile, Instituto de Economía, 122 págs.
- Gazmuri, Jaime*, ASENTAMIENTOS CAMPESINOS, Santiago, Desal-Troquel, 190 págs.
- González R., René*, CONTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS AL DESARROLLO ECONÓMICO NACIONAL, Memoria de Prueba (Univ.

- de Chile, Esc. de Derecho), Santiago, Imp. Universitaria, 1965, 218 págs.
- Guadagni, Alieto A.*, LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y EL DESARROLLO ECONÓMICO DE CHILE en *Journal of Inter-American Studies*, Vol. VI, N° 2 (abril, 1954).
- Guzmán Mira, Patricio*, ESTUDIO DE LA GRAN EMPRESA CHILENA ENTRE LOS AÑOS 1961-1965, Santiago, Univ. Católica, Instituto de Economía, 72 págs.
- Herrera, Felipe*, CHILE EN AMÉRICA LATINA, Santiago, Zig-Zag, 1969, 272 págs.
- Herrick, Bruce*, URBAN MIGRATION AND ECONOMIC DEVELOPMENT IN CHILE, MIT Press, Cambridge, 1965.
- Hirschman, Albert, O.*, INFLATION IN CHILE, en *Journeys Toward Progress. Studies of Economic Policy-Making in Latin America*, New York, Twentieth Century, Fund., 1963, pp. 159-223.
- Hoffmann, Rodolfo y Debuyst, F.*, CHILE, UNA INDUSTRIALIZACIÓN DESORDENADA, Santiago, DESAL, 1966, 111 págs.
- Hudiczek, Carl*, ECONOMÍA CHILENA: RUMBOS Y METAS, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, 264 págs.
- Huneeus, Pablo*, EL PROBLEMA DE EMPLEO Y RECURSOS HUMANOS: IDEAS PARA UNA POLÍTICA, SENDE (Servicio Nacional de Empleo), Santiago, 1969.
- Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria* (ICIRA), REFORMA AGRARIA CHILENA: SEIS ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN, Santiago, 128 págs.
- Instituto de Economía Universidad de Chile*, EL PROCESO PRESUPUESTARIO FISCAL CHILENO, Santiago, 1958, 50 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE EDAD, EDUCACIÓN E INGRESO DE LA FUERZA DE TRABAJO, Santiago, 1962, 56 págs.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, LA ECONOMÍA DE CHILE, 1950-1963, Santiago, Edit. Del Pacífico, 1963, 2 vols.
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, OCUPACIÓN Y DESOCUPACIÓN. GRAN SANTIAGO, diciembre 1966, Santiago, Instituto de Economía, 1967, 76 págs.
- Iversen Car. Leland E.; Simeon y Lindhal, Erick*, INFORME DE LA MISIÓN ECONÓMICA DE LAS N. U. PARA CHILE, 1949-1950, Publicaciones de la Administración de la Asistencia Técnica de las N. U., Nueva York, 1951, 155 págs.
- Jolly, Arthur; Omar Brevis y Oscar Le Feuvre*, ESTUDIO ECONÓMICO DE LOS ASENTAMIENTOS, Santiago, Imp. ICIRA, 1970, 151 págs.
- Kaldor, Nicholas*, ECONOMIC PROBLEMS OF CHILE (1956), *Ensayos en Economic Policies*, London, Gerald Dickworth and Co. Ltd., 1964, Vol. II, pp. 233-287.
- Keller R., Carlos*, REVOLUCIÓN EN LA AGRICULTURA, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1956, 541 págs.
- Lagos, Ricardo*, LA INDUSTRIA EN CHILE. ANTECEDENTES ESTRUCTURALES, Santiago, Universidad de Chile, 1966, 232 págs.
- Laherrere, Raymond*, REFLEXIONES SOBRE LA ECONOMÍA CHILENA, Santiago, Zig-Zag, 1953, 163 págs.
- Lauterbach, Albert*, MANAGERIAL ATTITUDES IN CHILE, Santiago, Instituto de Economía, Universidad de Chile, 1961, 196 págs.
- Mamalakis, Markos*, VEINTICINCO AÑOS DE ACTIVIDAD DE LA CORPORACIÓN DE FOMENTO DE LA PRODUCCIÓN, en *La planificación del desarrollo Económico*, Instituto de Economía (ed.), Santiago, 1967, pp. 400-464.
- Mamalakis, Markos and Reynolds, Clark W.*, ESSAYS ON THE CHILEAN ECONOMY, Homewood, Illinois, IRWIN, A publication of the Yale Economics Growth Center, 1965, 409 págs.
- Manteola, José*, GUÍA DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA DE CHILE Y DE LOS PRINCIPALES ORGANISMOS DEL SECTOR PRIVADO, 1966-1967, Santiago, Editorial Salesiana, 1966, 352 págs.
- Morales Retamal, Jorge*, ELEMENTOS SOCIO-ECONÓMICOS PARA UNA POLÍTICA DE DESARROLLO AGRARIO, Santiago, Editorial Universitaria, 1959, 318 págs.
- Muñoz G., Oscar*, CRECIMIENTO INDUSTRIAL DE CHILE, 1940-1965, Instituto de Economía, Universidad de Chile, Santiago, Imp. Instituto de Economía y Planificación, 1968, 232 págs.
- Naciones Unidas*, INFORME DE LA MISIÓN ECONÓMICA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA CHILE, 1949-1950, Nueva York, Ad-

- ministración de Asistencia Técnica, mimeógrafo, 1951, 155 págs.
- Nolff, Max; Felipe Herrera, et. al.*, LA INFLACIÓN: NATURALEZA Y PROBLEMAS, Santiago, 1954.
- Oviedo, Ramón; Sierra, Enrique*, ESTUDIO DE RECURSOS HUMANOS DE NIVEL UNIVERSITARIO EN CHILE. SEGUNDA PARTE: INGENIEROS COMERCIALES, Santiago, Instituto de Organización y Administración (INSORA), 1964.
- Peña H., Rubén*, EL TIPO DE TENENCIA Y ADMINISTRACIÓN EN RELACIÓN A LA UTILIZACIÓN DE LA TIERRA, en *Economía*, N° 67, Santiago, Segundo Trimestre, 1960, pp. 34-45.
- Pinto, Aníbal*, DESARROLLO ECONÓMICO Y RELACIONES SOCIALES EN CHILE, en *Trimestre Económico*, N° 120, XXX, 4, 1963, pp. 641-658.
- Pinto Sta. Cruz, Aníbal*, CHILE, UNA ECONOMÍA DIFÍCIL, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 184 págs.
- Pinto, Aníbal*, PROBLEMÁTICA DEL DESARROLLO DE CHILE, en *Revista de Economía Latinoamericana*, 11, julio-sept. 1963, 35-88.
- Pinto Santa Cruz, Aníbal*, HACIA NUESTRA INDEPENDENCIA ECONÓMICA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1963, 223 págs.
- Pinto Santa Cruz, Francisco Antonio*, LA ESTRUCTURA DE NUESTRA ECONOMÍA, Santiago, Edit. del Pacífico, 1947, 312 págs.
- Puga Vega, Mariano*, EL COBRE CHILENO, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965, 144 págs.
- Puga Vega, Mariano*, EL PETRÓLEO CHILENO, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964, 144 págs.
- Riquelme, Jorge*, ESTUDIO DE RECURSOS HUMANOS A NIVEL UNIVERSITARIO EN CHILE. PRIMERA PARTE, Santiago, Instituto de Organización y Administración. (INSORA), 1962.
- Reichmann, Tomás*, INFLACIÓN Y POLÍTICA MONETARIA EN CHILE, 1956-1969, Santiago, Instituto de Economía de la U. de Chile, 67 págs.
- Rogers Sotomayor, Jorge*, DOS CAMINOS PARA LA REFORMA AGRARIA EN CHILE, 1945-1965, Santiago, Ed. Orbe, 1966, 342 págs.
- Sáez, Raúl*, CHILE Y EL COBRE. PUBLICACIÓN OFICIAL DEL DEPARTAMENTO DEL COBRE, Santiago, Imp. Cóndor, 1965, 74 págs.
- Sociedad de Fomento Fabril*, ROL INDUSTRIAL DE CHILE, 1960, Santiago, Imp. El Imparcial, 1960, 399 págs.
- Sociedad Nacional de Agricultura*, SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL DE LA AGRICULTURA CHILENA (observaciones obtenidas en la Memoria de la Institución correspondiente al año 1954), Santiago, Editorial Universitaria, 1955.
- Sociedad Chilena de Planificación (PLANDES)*, CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL RECIENTE; UN INTENTO DE ANÁLISIS GLOBAL, Santiago, Plandes, 1969, 151 págs.
- Sternberg, Marvin J.*, EL DESARROLLO SOCIOECONÓMICO DEL SECTOR AGRÍCOLA EN CHILE, CIDA, 1966.
- Teitelboin Volosky, Sergio*, CHILE Y LA SOBERANÍA EN EL MAR, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966, 219 págs.
- Thiesenhusen, William C.*, CHILE'S EXPERIMENTS IN AGRARIAN REFORM, Madison, The University of Wisconsin Press, 1966, 230 págs., Land Economics Monographs, 1.
- Thiesenhusen, William*, REFORMA AGRARIA EN CHILE, EXPERIMENTO EN CUATRO FUNDOS DE LA IGLESIA, Santiago, Universidad Católica, Instituto de Economía, 152 págs.
- U. S. Department of Commerce*, INVESTMENT IN CHILE, Washington, U. S., Department of Commerce, 1960.
- Vera, Mario*, LA POLÍTICA ECONÓMICA DEL COBRE EN CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1961, 231 págs.
- Vera, Mario*, UNA POLÍTICA DEFINITIVA PARA NUESTRAS RIQUEZAS BÁSICAS, Santiago, P. Latinoamericana, 1964, 230 págs.
- Vuskovic Bravo, Aída*, PARTICIPACIÓN DEL CAPITAL EXTRANJERO EN LA ECONOMÍA CHILENA, Memoria de Prueba, Santiago, Editorial Universitaria, 1957, 120 págs.
- Winnie, William W.*, SISTEMA DE TENENCIA COMUNAL DE LA TIERRA EN CHILE. SEGUNDO SEMINARIO SOBRE REFORMA AGRARIA Y DESARROLLO ECONÓMICO, Santiago, Universidad de Chile, Escoltina, Vol. 1, 1962.

ESTRATIFICACION SOCIAL

Incluye estudios sobre clases y estratos sociales; descripciones de condiciones de vida de grupos obreros; análisis de la cuestión social y de la estructura rural.

I. CICLO URBANO ORIGINARIO: SIGLO XVI

- Amunátegui Solar, Domingo*, LAS ENCOMIENDAS DE INDÍGENAS EN CHILE, Santiago, 1909-1910, 2 vols.
- Fuenzalida Grandón, Alejandro*, LA EVOLUCIÓN SOCIAL DE CHILE (1541-1810), Santiago, Imprenta y Litografía Barcelona, 1906, 414 págs.
- Góngora, Mario*, LOS "HOMBRES RICOS" DE SANTIAGO Y LA SERENA A TRAVÉS DE LAS CUENTAS DEL QUINTO REAL, en *Revista Chilena de Historia y Geografía* N° 131, 1963, pp. 23-46.
- Jara, Alvaro*, GUERRE ET SOCIÉTÉ AN CHILI. ESSAI DE SOCIOLOGIE COLONIALE, Paris, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1961, 221 págs.
- Meza Villalobos, Néstor*, POLÍTICA INDÍGENA EN LOS ORÍGENES DE LA SOCIEDAD CHILENA, Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, Universidad de Chile, Santiago, Editorial Universitaria, 1951, 109 págs.
- Randolph, Jorge*, LA GUERRA DE ARAUCO Y LA ESCLAVITUD, Santiago, Imprenta Horizonte, 1966, 118 págs.
- Vial Correa, Gonzalo*, TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA IGUALDAD EN INDIAS, en *Historia*, N° 3, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, 1964, pp. 87-163.

II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750

- Amunátegui Solar, Domingo*, HISTORIA SOCIAL DE CHILE, Santiago, Editorial Nascimento, 1932, 345 págs.
- Bagú, Sergio*, ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA (ENSAYO DE HISTORIA COMPARADA DE AMÉRICA LATINA), Buenos Aires, Ateneo, 1952, 283 págs.
- De Ramón, José Armando*, UN TESTIMONIO SOBRE LA SITUACIÓN DE LOS INDÍGENAS DE ACONCAGUA, QUILLOTA Y CHIOAPA A COMIENZOS DEL SIGLO XVII, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (año XXVI) N° 60, Santiago, 1959, 168-192 págs.
- De Ramón, José Armando*, GRUPOS ELITARIOS CHILENOS Y SU VINCULACIÓN CON LA METRÓPOLI PERUANA A FINES DEL SIGLO XVII (1681-1695), Santiago, mimeógrafo, 1971, 42 págs.
- Encina, Francisco Antonio*, LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA SOCIAL, en *Atenea* N° 171, Santiago, Imprenta Nascimento, septiembre de 1939, pp. 422-463.
- Góngora, Mario*, ENCOMENDEROS Y ESTANCIEROS. ESTUDIOS ACERCA DE LA CONSTITUCIÓN SOCIAL ARISTOCRÁTICA DE CHILE DESPUÉS DE LA CONQUISTA, 1580-1660, Santiago, Editorial Universitaria, 1971, 243 págs.
- Meza Villalobos, Néstor*, LA FORMACIÓN DE LA FORTUNA MOBILIARIA Y EL RITMO DE LA CONQUISTA, Santiago, 1941.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

- Borde, Jean y Góngora, Mario*, EVOLUCIÓN DE LA PROPIEDAD RURAL EN EL VALLE DEL PUANGUE, Santiago, Publicación del Instituto de Sociología, Editorial Universitaria, 1956, 2 vols.
- Feliú Cruz, Guillermo*, LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD EN CHILE. ESTUDIO HISTÓRICO Y SOCIAL, Santiago, Editorial Universidad de Chile, 1942, 368 págs.
- Feliú Cruz, Guillermo*, UN ESQUEMA DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL EN CHILE EN EL SIGLO XIX, en *Atenea*, N° 194, Santiago, Imprenta Nascimento, agosto de 1941, pp. 340-365.
- Gay, Claudio*, AGRICULTURA, Paris, en casa del autor, Chile en el Museo de Historia Natural de Santiago, 1865, 2 vols.
- Góngora, Mario*, ORIGEN DE LOS INQUILINOS DE CHILE CENTRAL, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 168 págs.
- González Pomes, María Isabel*, LA ENCOMIENDA INDÍGENA EN CHILE DURANTE EL

SIGLO XVIII, en *Historia 5*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1966, pp. 7-103.
León, César A. de, LAS CAPAS MEDIAS EN LA SOCIEDAD CHILENA DEL SIGLO XIX, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 132, Oct-Dic. 1954, pp. 51-95.

IV. EL CICLO DE MODERNIZACIÓN URBANA: 1850-1950

- Abazolo, Jenaro*, POBRES Y RICOS, 1872.
Alarcón Pino, Raúl, LA CLASE MEDIA EN CHILE. ORIGEN, CARACTERÍSTICAS E INFLUENCIAS, Santiago, Editorial Tegalda, 1947, 118 págs.
Alvarez, Oscar, LAS CLASES SOCIALES EN CHILE, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XIII, N° 2, 1951, pp. 201-220.
Allende Gossens, Salvador, LA REALIDAD MÉDICO-SOCIAL CHILENA, Santiago, Imprenta Lautaro, 1939, 218 págs.
Aránguiz Donoso, Horacio, LA SITUACIÓN DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS EN EL SIGLO XIX, en *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*, N° 2, 1967, pp. 5-31.
Atropos, EL INQUILINO EN CHILE. SU VIDA. UN SIGLO SIN VARIACIONES 1816-1966, en *Mapocho*, Tomo V, N° 2 y 3, Santiago, 1966, pp. 195-218.
Avendaño F., Onofre, ORGANIZACIÓN SOCIAL OBRERA Y EXAMEN DE CONCIENCIA, CONFERENCIAS LEÍDAS EN LA SOCIEDAD DE CARPINTEROS Y EBANISTAS »FERMÍN VIVACETA« EL 29 DE MARZO Y EN LA FEDERACIÓN DE HERREROS, MECÁNICOS Y CALDEREROS EL 8 DE ABRIL DE 1908, Santiago, Imprenta Europea, 1908, 31 págs.
Barros, Lauro, ENSAYO SOBRE LA CONDICIÓN DE LAS CLASES RURALES EN CHILE, Santiago, Imprenta Aguada, 1875, 34 págs.
Barrera, Manuel, EL SINDICATO INDUSTRIAL: ANIELOS, MÉTODOS DE LUCHA, RELACIONES CON LA EMPRESA, Santiago, Aurora, 1969, 79 págs.
Blancpain, Jean Pierre, LA TRADICIÓN CAMPESINA ALEMANA EN CHILE, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año XXXVI, N° 81, Primer Semestre de 1969, pp. 81-139.
Concha, Juan Enrique, CUESTIONES OBRERAS (Tesis de prueba), Santiago, Imprenta Barcelona, 1899, 122 págs.
Dávila, Vicente, PROBLEMAS SOCIALES, San-
 tiago, Imprenta Universitaria, 1939, 246 págs.
Donoso, Ricardo y Fanor Velasco, LA PROPIEDAD AUSTRAL, 2ª edición, Santiago, ICIRA, 1970, 286 págs.
Dragoni, Carlo y Burnet, L'ALIMENTATION POPULAIRE AU CHILI. PREMIERE ENQUETE GENERALE DE 1935 (Texte complet présenté au Gouvernement du Chili) (En execution du plan de cooperation entre le Gouvernement du Chili et la section d'Hygiene de la société des Nations). Rapport rédigé par le Prof. avec la cooperation du Doct., Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1938, 207 págs.
Durán Bernales, Alberto, EL ESTADO LIBRE DE EL TENIENTE Y LA VIDA OBRERA DE LAS MINAS, Santiago, Imprenta Universitaria, 1919, 86 págs.
Emur (Eugenio Matte Hurtado), NUESTRA CUESTIÓN SOCIAL, Santiago, Imprenta Universidad, 1920, 16 págs.
Escobar C., Alejandro, EL PROBLEMA SOCIAL EN CHILE, Santiago, 1908.
Faron, Louis C., SYMBOLIC VALUES AND THE INTEGRATION OF SOCIETY AMONG THE MAPUCHE OF CHILE, en *American Anthropologist*, Vol. LXIV, N° 6 (diciembre 1962).
Feliú, Daniel, EL TRABAJO Y LAS HUELGAS DE OBREROS, Valparaíso, 1873.
Figueroa, Marcial, TRAS EL ESPEJISMO DE LA PAMPA, Santiago, Talleres Gráficos de Chile Film, 1931, 214 págs.
Fuenzalida Grandón, Alejandro, EL TRABAJO Y LA VIDA EN EL MINERAL DE EL TENIENTE, Santiago, Imprenta y Litografía Barcelona, 1919, 211 págs.
Galdames, Luis, LOS MOVIMIENTOS OBREROS EN CHILE, 4° CONGRESO CIENTÍFICO, Santiago, 1908-1909, Vol. X, Sección VII, Tomo III, Santiago, 1911, pp. 361-381.
García, Belisario, LA VERDAD SOBRE LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES DEL

- NORTE, Antofagasta, Imprenta Skarnic, 1921, 155 págs.
- González, Marcial*, CONDICIÓN DE LOS TRABAJADORES RURALES EN CHILE, Santiago, Imprenta de la República, 1876, 23 págs.
- González Von Marees, Jorge*, EL PROBLEMA OBRERO EN CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1923, 115 págs.
- González Von Marees, Jorge*, EL PROBLEMA DEL HAMBRE (SUS CAUSAS Y SU SOLUCIÓN), Santiago, Editorial Ercilla, 1937, 88 págs.
- González Von Marees, Jorge*, EL MAL DE CHILE (SUS CAUSAS Y SUS REMEDIOS), Santiago, Imprenta Portales, 1940, 263 págs.
- Hamilton Depassier, Eduardo*, TIENEN DERECHO A VIVIR. EL PROBLEMA DEL SALARIO, HABITACIÓN, PROPIEDAD OBRERA, INJUSTICIA SOCIAL, Santiago, Editorial Ercilla, 1938, 114 págs.
- Hernández C. Roberto*, EL ROTO CHILENO. BOSQUEJO HISTÓRICO DE ACTUALIDAD, Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1929, 656 págs.
- Iturriaga, Abelardo y Quezada, María*, CARACTERÍSTICAS PSICOSOCIALES DEL NIÑO CHILENO ABANDONADO Y DELINCUENTE, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1944, 112 págs.
- Jobet, Julio César*, MOVIMIENTO SOCIAL OBRERO EN »DESARROLLO DE CHILE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX«, Santiago, Editorial Universitaria, 1951, 289 págs., T. 1, pp. 51-106.
- Johnson, Dale L.*, INDUSTRIALIZATION, SOCIAL MOBILITY, AND CLASS FORMATION IN CHILE, St. Louis, Washington University Monograph Series, Studies in Comparative International Development, III, N° 7, 1967-68.
- Labarca Hubertson, Amanda*, APUNTES PARA ESTUDIAR LA CLASE MEDIA EN CHILE, en *Crevenna, Theo R.* (ed.). MATERIALES PARA EL ESTUDIO DE LA CLASE MEDIA EN LA AMÉRICA LATINA, Washington D.C.: Pan American, Vol. VI, 1951, pp. 68-89.
- Labarca H., Amanda*, MEJORAMIENTO DE LA VIDA CAMPESINA, Santiago, Imprenta Letras, 1936, 214 págs.
- Lagarrigue, Juan Enrique*, LA VERDADERA CUESTIÓN SOCIAL, Santiago, Imprenta Cervantes, 1888, 7 págs.
- Lagos Valenzuela, Tulio*, BOSQUEJO HISTÓRICO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE, Memoria de Prueba, Facultad de Derecho, Santiago, Imprenta »El Esfuerzo«, 1941, 72 págs.
- Landsberger, Henry A., and Canitrot M., Fernando*, IGLESIA, INTELLECTUALES Y CAMPESINOS: LA HUELGA CAMPESINA DE MOLINA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967, Departamento de Relaciones Industriales, Instituto de Administración (INSORA) de la Universidad de Chile, 385 págs.
- Letelier, Valentín*, LOS POBRES, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 105, Santiago, Editorial Universitaria, 1957, pp. 137-144.
- López, Osvaldo*, DICCIONARIO BIOGRÁFICO OBRERO. LIBRO PRECURSOR, Concepción, Imprenta Penquista, 1910, 353 págs.
- Lubetic V. Pedro I.; Ortiz, Marcia*, ESTUDIO SOBRE EL ORIGEN Y DESARROLLO DEL PROLETARIADO EN CHILE, Memoria, Santiago, 1954.
- Mc Bride, Jorge*, CHILE, SU TIERRA Y SU GENTE, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1938, 365 págs.
- Ministero de Agricultura (Chile). Departamento de Economía Agraria*, ASPECTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES DEL INQUILINAJE EN SAN VICENTE DE TAGUA-TAGUA, Santiago de Chile, 1960.
- Montero, René*, ORÍGENES DEL PROBLEMA SOCIAL EN CHILE. TEMA DE INVIERNO, Santiago, Imprenta Artes y Letras, 1926, 88 págs.
- Morris, James Oliver*, LAS ÉLITES, LOS INTELLECTUALES Y EL CONSENSO, INSORA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967, 239 págs.
- Novoa Valdés, N.*, PROBLEMAS SOCIALES, Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, 242 págs.
- Pike, Frederik B.*, ASPECTS OF CLASS RELATIONS IN CHILE, 1850-1960, en *Hispanic American Historical Review*, Vol. XLIII, N° 1 (February, 1963), pp. 14-33.
- Pinochet, Tancredo*, LOS INQUILINOS DE LA HACIENDA DE SU EXCELENCIA, Santiago, 1916.
- Poblete Troncoso, Moisés*, STANDARD DE VIDA Y DESARROLLO ECONÓMICO-SOCIAL, Santiago, Editorial Universitaria, 1956, 228 págs.
- Quezada Acharán, Armando*, LA CUESTIÓN SOCIAL EN CHILE, Santiago, 1908, 42 págs.
- Ramírez Necochea, Hernán*, HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE (SIGLO XIX), Santiago, Talleres Gráficos Lautaro, 1956, 332 págs.

- Recabarren, Luis E.*, LOS ALBORES DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN CHILE, Obras escogidas, Santiago, Editorial Recabarren, 1965, pp. 21-56.
- Riesco Larraín, José Luis*, LA CUESTIÓN SOCIAL. SU ASPECTO POLÍTICO-ECONÓMICO, Santiago, Imprenta Lagunas, 1922, 55 págs.
- Riesco Larraín, José Luis*, LA REVOLUCIÓN SOCIAL; DE SU GÉNESIS Y DE SU DESARROLLO, Santiago, Imprenta Lagunas, 1924, 693 págs.
- Ríos González, Tomás*, LA CUESTIÓN SOCIAL, Santiago, Imprenta Universitaria, 1917, 92 págs.
- Rodríguez Pérez, Manuel*, EL TRABAJO Y LA VIDA OBRERA EN TARAPACÁ, Santiago, Imprenta Santiago, 1913, 239 págs.
- Ruiz, Antonio; Zorbas, Alejandro; Donoso Luis*, ESTRATIFICACIÓN Y MOVILIDAD SOCIALES EN CHILE, Fuentes Bibliográficas: Río de Janeiro: Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1961, 157 págs.
- Salas, Irma*, THE SOCIAL ECONOMIC COMPOSITION OF THE SECONDARY SCHOOL POPULATION OF CHILE, Santiago, Imprenta Lagunas y Quevedo, 1930, xv, 144 págs.
- Silva, Jorge Gustavo*, NUESTRA EVOLUCIÓN POLÍTICO-SOCIAL (1900-1930). CONFERENCIAS, ARTÍCULOS, Santiago, Imprenta Nascimento, 1931, 166 págs.
- Silva, Jorge Gustavo*, LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA LEGISLACIÓN SOCIAL DE CHILE, Santiago, Imprenta La Nación, 1928, 32 págs.
- Sternberg, Marvin J.*, DISTRIBUCIÓN DE LOS INGRESOS EN LA AGRICULTURA CHILENA, *Panorama Económico*, Vol. xv (diciembre, 1961), pp. 324-328.
- Valdés Tagle, E.*, LA CUESTIÓN OBRERA Y EL CRÉDITO AGRÍCOLA EN CHILE, Santiago, Imprenta y Litografía Barcelona, 1911, p. 89.
- Varela Carmona, Helio*, ESTRATIFICACIÓN SOCIAL DE LA POBLACIÓN TRABAJADORA EN CHILE Y SU PARTICIPACIÓN EN EL INGRESO NACIONAL, 1940-1954, en *Revista de Economía*, Santiago, N° 62, 1959, pp. 75-80.
- Vega, Julio*, LA CLASE MEDIA EN CHILE, EN CREVENNA, THEO R. (Ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Washington, D.C.: Pan American Unions, Vol. III, 1950, pp. 60-92.
- Vicuña Subercaseaux, Benjamín*, EL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO Y LA CUESTIÓN SOCIAL EN EUROPA Y CHILE, Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1908, 280 págs.
- Vivaceta, Fermín*, UNIÓN Y FRATERNIDAD DE LOS TRABAJADORES SOSTENIDA POR LAS ASOCIACIONES COOPERATIVAS. CONFERENCIA, Valparaíso, Imprenta del Deber, 1877, 39 págs.
- Viviani Contreras, Guillermo*, SOCIOLOGÍA CHILENA. NUESTRO PROBLEMA SOCIAL, Santiago, Editorial Nascimento, 1926, 213 págs.
- Woscoboïnik Bassis, Betty*, INQUILINAJE EN EL MEDIO RURAL DE PUENTE ALTO (ESTUDIO ECONÓMICO-SOCIAL), Santiago, Imprenta y Litografía Leblanc, 1941, 115 págs.
- Zañartu Prieto, Enrique*, HAMBRE, MISERIA E IGNORANCIA, Santiago, Editorial Ercilla, 1938, 173 págs.

V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970

- Affonso, Almino y otros*, MOVIMIENTO CAMPESINO CHILENO, Santiago, ICIRA, 1970, 2 vol.
- Alexander, Robert J.*, LABOR RELATIONS IN ARGENTINA, BRAZIL AND CHILE, New York, Mc Graw Hill, 1962, 411 págs.
- Alvarado, Luis*, VIDA RURAL EN EL ALTIPLANO CHILENO, Santiago, ICIRA, 88 págs.
- Arriagada, Genaro*, LA OLIGARQUÍA PATRONAL CHILENA, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1970, 174 págs.
- Atria Benaprés, Raúl*, ACTITUDES Y VALORES DEL CAMPESINO EN RELACIÓN A LAS ALDEAS DE REFORMA AGRARIA, Santiago, Cuaderno de Sociología, N° 2, Universidad Católica (mimeógrafo), 1969, 59 págs.
- Baeza, Florencio y Juan C. Concha*, EL ADOLESCENTE URBANO POPULAR, en *Cuadernos de la realidad nacional*, Santiago, Universidad Católica, N° 1, septiembre 1969.
- Barahona, Rafael; Aranda, Ximena; Santana, Roberto*, VALLE DE PUTAENDO: ESTUDIO DE LA ESTRUCTURA AGRARIA, Santiago, Editorial Universitaria, 1961, 374 págs.

- Barrenechea, Ana María y Faletto, Enzo*, TRANSFORMACIONES EN LA IDEOLOGÍA Y LA ORIENTACIÓN OBRERA A PARTIR DEL DESARROLLO INDUSTRIAL, Santiago (FLACSO), 1959, 55 págs. (mimeo).
- Behm, Hugo*, MORTALIDAD INFANTIL Y NIVEL DE VIDA, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1962, 134 págs.
- Bray, Donald W.*, THE POLITICAL EMERGENCE OF ARAB-CHILEANS, 1952-1958, en *Journal of Inter-American Studies*, Vol. IV, 4, 1962, 557-562.
- Bunster, Ximena*, UNA EXPERIENCIA DE ANTROPOLOGÍA APLICADA ENTRE LOS ARAUCANOS, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile (abril-junio, 1964), pp. 94-128.
- Campos, V. Orlando*, LOS NÚCLEOS DE PEQUEÑA PROPIEDAD EN EL VALLE DE CACHAPOAL (SECTOR PUNTA CORTÉS-CUESTA IDAHUE), *Informaciones Geográficas*, Santiago de Chile, 1957, pp. 25-72.
- Carter Jr., Roy E.; Sepúlveda, Orlando*, OCCUPATIONAL PRESTIGE IN SANTIAGO DE CHILE, en *The American Behavioral Scientist*, Vol. VIII, N° 1 (September, 1964), pp. 20-24.
- Carter Jr., Roy E.; Sepúlveda, Orlando*, MASS COMMUNICATION, SOCIAL STRATIFICATION AND IMAGES OF OCCUPATIONAL PRESTIGE, Trabajo presentado al Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Bogotá (Colombia), 1964.
- Centro para el Desarrollo de América Latina (DESAL)*, TENENCIA DE LA TIERRA Y CAMPESINADO EN CHILE, Santiago, Troquel, 188 págs.
- Comisión económica para América Latina (CEPAL)*, DIVISIÓN DE ASUNTOS SOCIALES. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS EDUCACIONALES DE LA JUVENTUD DE UNA POBLACIÓN URBANA, MARGINAL, Santiago, Mimeo, 1961, 51 págs.
- Corporación de Fomento a la Producción (CORFO)*, OBREROS INDUSTRIALES CHILENOS, Santiago, 1970.
- Corvalán, Antonio*, ANTOLOGÍA CHILENA DE LA TIERRA, Santiago, ICIRA, 1971, 188 págs.
- Cox Balmaceda, Ricardo*, ESTRUCTURA AGRARIA EN CHILE, en *La tierra y el hombre*, IV Congreso Internacional Cristiano de la Vida Rural, Santiago de Chile, 1957, pp. 163-183.
- Chile - Consejería de Promoción Popular*, ENCUESTA NACIONAL SOCIOECONÓMICA EN POBLACIONES MARGINALES, Santiago, 1968, 2 vols.
- Chateau Herrera, Jorge*, LA REFORMA AGRARIA Y LOS VALORES DEL CAMPESINO, Santiago, Cuaderno de Sociología, N° 4, Universidad Católica, 1969, 109 págs. (mimeógrafo).
- Délano, Luis E. y Edmundo Palacios*, ANTOLOGÍA DE LA POESÍA SOCIAL DE CHILE, Santiago, Austral, 1962, 175 págs.
- Di Tella, Torcuato; Brams, Lucien; Reynaud, Jean-Daniel; Touraine, Alain*, HUACHIPATO ET LOTA. ETUDE SUR LA CONSCIENCE OUVRIERE DANS DEUX ENTREPRISES CHILIENNES, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1966, 295 págs.
- Domínguez Correa, Oscar*, UNA OPORTUNIDAD EN LA LIBERTAD. ESTUDIOS SOBRE EL MANEJO DE LA MANO DE OBRA Y LA SITUACIÓN SOCIAL DE LOS TRABAJADORES DE LOS FUNDOS DE MÁS DE 100 HECTÁREAS EN LA PROVINCIA DE O'HIGGINS, Santiago, Editorial del Pacífico, 1961, 80 págs.
- Domínguez C., Oscar*, SOCIOLOGÍA RURAL, Santiago, Editorial del Pacífico, 1965, 172 págs.
- Fichter, Joseph H.*, THE CAREER OF HOUSEMAIDS IN SANTIAGO, *American Catholic Sociological Review*, Vol. XXIV, N° 2 (1963).
- Fichter, Joseph, H.*, CAMBIO SOCIAL EN CHILE, Universidad Católica de Chile, Centro de Investigaciones Sociológicas, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1962, 230 págs.
- Gene Ellis, Marín*, LA DIVISIÓN DE LA TIERRA EN CHILE CENTRAL, Instituto de Geografía, Universidad de Chile, 1960, 143 págs.
- Gil, Clark C.*, EDUCATION AND SOCIAL CHANGE IN CHILE, Washington, G.P.O., Department of Health, Education and Welfare OE-14111, Bulletin 1966, N° 7, 143 págs.
- Gómez, Sergio*, EMPRESARIOS AGRÍCOLAS Y REFORMA AGRARIA, Santiago, ICIRA, 1970 (mimeografiado).
- Instituto de Economía de la Universidad de Chile*, SUBDIVISIÓN DE LA PROPIEDAD AGRÍCOLA EN UNA REGIÓN DE LA ZONA CENTRAL DE CHILE, Santiago, 1960, 36 págs.
- Jadue S., Roberto*, DISTRIBUCIÓN PROBABLE DEL INGRESO DE LAS PERSONAS, en *Economía*, N° 67, Santiago, segundo trimestre de 1960, pp. 20-45.

- Jadue, Roberto*, DISTRIBUCIÓN POR TRAMO DE RENTA DE LOS INGRESOS DE LAS PERSONAS EN CHILE, en *Panorama Económico*, N° 210, marzo, 1960, pp. 51-53.
- Lagos Escobar, Ricardo*, LA CONCENTRACIÓN DEL PODER ECONÓMICO. SU TEORÍA. LA REALIDAD CHILENA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960, 187 págs.
- Lautaro*, CRÍTICA DE UNA TESIS TRADICIONAL, Suplemento a la edición de *Punto Final*, N° 49, Santiago, 27 de febrero de 1968, 9 págs.
- Lehmann, David*, HACIA UN ANÁLISIS DE LA CONCIENCIA DE LOS CAMPESINOS, en *Cuadernos de la realidad nacional*, Santiago, Universidad Católica, enero 1970.
- Mattelart, Armand; Garretón, M. Antonio*, INTEGRACIÓN NACIONAL Y MARGINALIDAD, ENSAYO DE REGIONALIZACIÓN SOCIAL DE CHILE, Santiago, Editorial del Pacífico, 1965, 199 págs.
- Medina, Alberto; Reyes, Francisco*, SITUACIÓN ACTUAL DE LAS COMUNIDADES ARAUCANAS, en *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 13 (julio, 1960), pp. 4-19.
- Mercado, Olga*, DIAGNÓSTICO ECONÓMICO DE LAS POBLACIONES MARGINALES DEL GRAN SANTIAGO, Santiago, DESAL, 77 págs.
- Molina Urra, Silvestre*, CONDICIÓN ECONÓMICO-SOCIAL DE LOS MINEROS EN LA ZONA CARBONÍFERA, Concepción, Escuela Tipográfica Salesiana, 1948, 130 págs.
- Montoya, Carlos; Ipinza, Manuel*, PESO Y ESTATURA DE PREESCOLARES SANTIAGUINOS PERTENECIENTES A DOS ESTRATOS SOCIALES DIFERENTES, en *Revista Chilena de Pediatría*, Vol. xxxv, N° 3 (marzo, 1964), pp. 269-277.
- Munizaga A., Carlos*, VIDA DE UN ARAUCANO. EL ESTUDIANTE MAPUCHE L. A. EN SANTIAGO DE CHILE EN 1959, Publicación del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 77 págs.
- Munizaga, Gustavo y Clinton Bourdon*, POBLACIÓN MANUEL RODRÍGUEZ. ESTUDIO DE UN SECTOR HABITACIONAL POPULAR EN SANTIAGO DE CHILE, Santiago, CIDU, 120 págs. (mimeo).
- Núñez, Oscar*, CHILE VISTO POR LOS TRABAJADORES, Santiago, P. Latinoamericana, 1964, xv, 119 págs.
- Paredes, Manuel; Alonso Da Silva, Vera; Favela, Víctor; Meza Cuadra, Antonio*, LA DESNUTRICIÓN EN EL NIÑO Y SU RELACIÓN CON EL NIVEL ECONÓMICO-SOCIAL DE SU FAMILIA, Santiago, v Curso Internacional de Pediatría, Clínica y Social, 1966.
- Pinto de Puga, Ana María*, FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA RESISTENCIA AL CAMBIO, en *Revista Servicio Social*, Santiago, Imprenta Central de Talleres, 1959, pp. 15-28.
- Raczynski, Dagmar*, OCCUPATIONAL MOBILITY AND OCCUPATIONAL ACHIEVEMENT IN SANTIAGO DE CHILE, Unpublished Ph. D. Dissertation, University of California, Los Angeles, junio 1970, 369 págs.
- Raczynski, Dagmar*, TASAS Y PAUTAS DE MOVILIDAD OCUPACIONAL EN EL GRAN SANTIAGO, Santiago, Instituto de Sociología, Universidad Católica, 1970, 61 págs. (mimeografiado).
- Rosemblatt B., Enrique*, EL PROBLEMA DEL ALCOHOLISMO, Santiago, Editorial Universitaria, 1958, 130 págs.
- Saavedra, Alejandro*, LA CUESTIÓN MAPUCHE, Santiago, ICIRA, 1971, 214 págs.
- Schejtman Mishkin, Alexander*, EL INQUILINO DE CHILE CENTRAL, Santiago, ICIRA, 1971, 246 págs.
- Semanas Sociales de Chile*. LA COMUNIDAD NACIONAL, Santiago, Editorial Pacífico, 1964, 255 págs.
- Seminario de Investigaciones Sociales, Dirección General de las Escuelas de Servicio Social de la Universidad de Chile*, INVESTIGACIÓN SOBRE EL TRABAJO DE MENORES EN LAS INDUSTRIAS, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1961, 179 págs.
- Silva Fuenzalida, Ismael*, COMUNIDADES RURALES EN EL ÁREA DEL PLAN CHILLÁN, Santiago, Chile, 1954, 47 págs.
- Silva Fuenzalida, Ismael*, LA MARGINALIDAD INDÍGENA CHILENA, Santiago, DESAL, 27 págs. (mimeo).
- Silva Vargas, Fernando*, EL PENSAMIENTO SOCIAL CATÓLICO A FINES DEL SIGLO XIX, en *Historia*, N° 4, Instituto de Historia, Universidad Católica, Santiago, 1965, pp. 237-262.
- Silvert, H. K.*, AN ESSAY ON SOCIAL STRUCTURE. A LETTER FROM CHILE, American Universities Field Staff, New York, 1956, 12 págs.
- Sociedad Chilena de Sociología*, DIEZ AÑOS DE SOCIOLOGÍA CHILENA, Santiago, Talleres Arancibia, 1961, 350 págs.

Thiesenhusen, William C. and Bray, James O., MECHANIZATION AND THE CHILEAN INQUILINO SYSTEM: THE CASE OF FUNDO B. LAND ECONOMICS, 1967.

Urzúa Frademann, Raúl, APUNTES PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA CLASE MEDIA CHILENA, en *Finis Terrae*, Santiago, Vol. XI, N° 43 (mayo-junio, 1968), pp. 5-11.

Urzúa F., Raúl, LA DEMANDA CAMPESINA, Santiago, Editorial Nueva Universidad, 1969, 256 págs.

Urzúa, Hernán; Mardones, Francisco, ASPECTOS SOCIALES DE CHILE Y SU RELACIÓN CON LOS PROBLEMAS DE SALUD, en *Seminario de Formación Médica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1961, pp. 83-93.

Viel, Benjamín, LOS NUEVE PRIMEROS ME-

SES DE VIDA DE LACTANTE DEL MEDIO PROLETARIO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE, en *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, Vol. XLVI, N° 3 (septiembre, 1959), pp. 214-227.

Willems, Emilio, A CLASE ALTA CHILENA, en *América Latina*, abril-junio, 1967, Río de Janeiro, pp. 42-51.

Zemelman, Hugo, EL FUNDO Y SU IMPACTO EN EL SISTEMA DE INTERACCIONES DEL CAMPESINO, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), Documento N° 57 (Sin fecha).

Zuleta Guerrero, Pedro E., ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA ALIMENTACIÓN, en *Diez años de sociología chilena*, Santiago, Talleres Arancibia Hermanos, 1961, pp. 127-153.

POLITICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Incluye historia política y constitucional, partidos políticos e ideologías, sindicalismo.

I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO-SIGLO XVI

Alemparte, Julio, EL CABILDO EN CHILE COLONIAL, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966, 378 págs.

Barros Arana, Diego, HISTORIA JENERAL DE CHILE, Santiago, Rafael Jover, Editor, 1884-1902, 16 vols.

Góngora, Mario, EL ESTADO EN EL DERECHO INDIANO. EPOCA DE FUNDACIÓN (1492-1570), Santiago, Editorial Universitaria, 1951, 328 págs.

Korth, Eugene H., SPANISH POLICY IN COLO-

NIAL CHILE, THE STRUGGLE FOR SOCIAL JUSTICE, 1535-1700, Stanford University Press, 1968, 320 págs.

Ots Capdeguí, José María, EL ESTADO ESPAÑOL EN LAS INDIAS, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 184 págs.

Vitale, Luis, INTERPRETACIÓN MARXISTA DE LA HISTORIA DE CHILE, Tomo I, Las culturas primitivas, la conquista española, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1957, 203 págs.

II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750

Eyzaguirre, Jaime, HISTORIA DE CHILE, GÉNESIS DE LA NACIONALIDAD, Santiago, Zig-Zag, 1965, 432 págs.

Meza Villalobos, Néstor, LA CONCIENCIA POLÍTICA CHILENA DURANTE LA MONARQUÍA, Santiago, 1958, 322 págs.

Muñoz Feliú, Raúl, LA REAL AUDIENCIA DE CHILE, Memoria para Facultad de

Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Santiago, Escuela Tipográfica de la Gratitud Nacional, 1937, 263 págs.

Vitale, Luis, INTERPRETACIÓN MARXISTA DE LA HISTORIA DE CHILE, Tomo II, La Colonia y la revolución de 1810, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1969, 213 págs.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

Amunátegui, Miguel Luis, LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, 3 Vols., Santiago, Imprenta y Encuadernación, Barcelona, 1909-10.

Briseño, Ramón, MEMORIA HISTÓRICO-CRÍTICA DEL DERECHO PÚBLICO CHILENO DESDE 1810 HASTA NUESTROS DÍAS, Santiago, 1849.

Campos Harriet, Fernando, HISTORIA CONS-

- TITUCIONAL DE CHILE, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, Tercera edición, Santiago, 1963, 363 págs.
- CHILE. *El pasado Republicano de Chile, o sea colección de discursos pronunciados por los presidentes de la República ante el Congreso Nacional al inaugurar cada año el período legislativo, 1832-1900*, Concepción, Imprenta de El País, 1899, 2 vols.
- Collier, Simon, IDEAS AND POLITICS OF CHILEAN INDEPENDENCE, 1808-1833, Cambridge, at the University Press, 1967, 396 págs.
- Donoso, Ricardo, EL MARQUÉS DE OSORNO DON AMBROSIO O'HIGGINS, 1720-1801, Santiago, Imprenta Universitaria, 1941, xv, 562 págs.
- Edwards, Alberto, LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE CHILE, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, 139 págs.
- Encina, Francisco A., HISTORIA DE CHILE (DESDE LA PREHISTORIA HASTA 1891), Santiago, Editorial Nascimento, 1940-1952, 20 vols.
- Edwards Vives, Alberto, LA FRONDA ARISTOCRÁTICA EN CHILE, Santiago, Editorial Ercilla, 1936, 245 págs.
- Eyzaguirre, Jaime, HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 182 págs.
- Eyzaguirre, Jaime, LA CONDUCTA POLÍTICA DEL GRUPO DIRIGENTE CHILENO DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, en *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*, N° 2, 1967, pp. 227-269.
- Fehú Cruz, Guillermo, EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE O'HIGGINS, ESTUDIO HISTÓRICO, Santiago, Imprenta Universitaria, 1954, 64 págs.
- Galdames, Luis, EVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL DE CHILE (1810-1891), Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, Imprenta y Litografía Balcells, 1921, 979 págs.
- Gay, Claudio, HISTORIA Y FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE, SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA Y PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO POR..., París, en casa del autor, 1844-1865, 25 vols.
- Heise, Julio, HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CHILE, Santiago, Editorial Jurídica, 1954, 3, 176 págs.
- Meza Villalobos, Néstor, LA ACTIVIDAD POLÍTICA DEL REINO DE CHILE ENTRE 1806 Y 1810, Santiago, Editorial Universitaria, 1958, 160 págs.
- Pereira Salas, Eugenio, LA INFLUENCIA NORTEAMERICANA EN LAS PRIMERAS CONSTITUCIONES DE CHILE, Santiago, 1945
- Shaw, P. V., THE EARLY CONSTITUTIONS OF CHILE, 1810-1833, Nueva York, Chile Publishing Company, 1941.
- Sotomayor Valdés, Ramón, HISTORIA DE CHILE DURANTE 40 AÑOS. TRANSCURRIDOS DESDE 1831 HASTA 1871, Santiago, Imprenta de la «Estrella de Chile», 1875-1876, 4 vols.
- Villalobos R., Sergio, TRADICIÓN Y REFORMA EN 1810, Santiago, Universidad de Chile, 1961, 243 págs.
- Villalobos R., Sergio, EL BAJO PUEBLO EN EL PENSAMIENTO DE LOS PRECURSORES DE 1810, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 120, Santiago, 1960, pp. 36-49.

IV. EL CICLO DE MODERNIZACIÓN URBANA 1850-1950

- Alegría, Fernando, RECABARREN, Santiago, Editorial Antares, 1938, 162 págs.
- Alfonso, José A., LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE CHILE, Santiago, 1902.
- Amunátegui Solar, Domingo, LA DEMOCRACIA EN CHILE. TEATRO POLÍTICO 1810-1910, Santiago, Universidad de Chile, 1946, 467 págs.
- Amunátegui, Gabriel, PARTIDOS POLÍTICOS, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1952, 284 págs.
- Atria, Raúl, TENSIONES POLÍTICAS Y EL PROCESO DE CERRAMIENTO ECONÓMICO. UNA APLICACIÓN DEL MODELO DE SEERS AL CASO CHILENO: 1920-1938, Santiago, Instituto de Sociología de la Universidad Católica, 1970 (mimeo), 64 págs.
- Barría Cerón, Jorge, LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE CHILE DESDE 1910 HASTA 1926 (ASPECTO POLÍTICO Y SOCIAL), Memoria de Prueba, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 440 págs.
- Barría Cerón, Jorge, BREVE HISTORIA DEL

- SINDICALISMO CHILENO, Santiago, Publicación INSORA, 1967, 60 págs.
- Barría Soto, Francisco*, EL PARTIDO RADICAL, SU HISTORIA Y SUS OBRAS, Memoria de Prueba, Santiago, Editorial Universitaria, 1957, 368 págs.
- Bermúdez Miral, Oscar*, EL DRAMA POLÍTICO DE CHILE, Santiago, Editorial Tegalda, 1947, 182 págs.
- Bernaschina, Mario*, MANUAL DE DERECHO CONSTITUCIONAL, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1958, 2 vols.
- Boizard B., Ricardo*, LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN CHILE. UN MUNDO QUE NACE ENTRE DOS GUERRAS, Santiago, Orbe, 1963, 340 págs.
- Bonilla, Frank*, THE STUDENT FEDERATION OF CHILE: 50 YEARS OF POLITICAL ACTION, en *Journal of Inter-American Studies* (July, 1960).
- Bravo, Alfredo Guillermo*, EL PARTIDO RADICAL Y EL FRENTE POPULAR, Santiago, 1938.
- Bruit, Hernán*, DESARROLLO DEL NACIONALISMO EN CHILE, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, abril-junio, 1966.
- Burr, Robert N.*, BY REASON OR FORCE, CHILE AND THE BALANCING OF POWER IN SOUTH AMERICA, 1830-1905, Berkeley, University of California Press, 1965, 322 págs.
- Castillo, Leonardo; Arturo Sáez y Patricio Rogers*, NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 4, Santiago, Universidad Católica, junio de 1970, pp. 3-30.
- Corbalán, Salomón*, EL PARTIDO SOCIALISTA, Santiago, Imprenta Atenea, 1957, 24 págs.
- Cruchaga, Miguel*, DE LAS RELACIONES ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO EN CHILE, Santiago, 1883, 186 págs.
- Chacón, Jacinto*, LOS CONFLICTOS ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO, Santiago, Imprenta Victoria, 1884, VIII, 32 págs.
- De Petris, Héctor*, HISTORIA DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO, *Posición dentro de la evolución política nacional*, Santiago, 1942, 125 págs, Imprenta Dirección General de Prisiones.
- Domínguez, Eliodoro*, EL MOMENTO IDEOLÓGICO EN CHILE, Santiago, Imprenta Cónдор, 1935, 131 págs.
- Donoso, Ricardo*, DESARROLLO POLÍTICO Y SOCIAL DE CHILE. DESDE LA CONSTITUCIÓN DE 1833, Santiago, Imprenta Universitaria, 1942, 209 págs.
- Donoso Novoa, Ricardo*, LAS IDEAS POLÍTICAS EN CHILE, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 526 págs.
- Donoso, Ricardo*, ALESSANDRI, AGITADOR Y DEMOLEDOR: CINCUENTA AÑOS DE HISTORIA DE CHILE, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, 2 vols.
- Durán Bernaldes, Florencio*, EL PARTIDO RADICAL, Santiago, Editorial Nascimento, 1958, 622 págs.
- Edwards, Agustín*, CUATRO PRESIDENTES DE CHILE (1841-1876), Valparaíso, Imprenta Universo, 1932, 2 vols.
- Edwards, Alberto*, EL GOBIERNO DE DON MANUEL MONTT, 1851-1861, Santiago, Nascimento, 1932, 493 págs.
- Edwards, Alberto; Frei, Eduardo*, HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS, Santiago, Editorial del Pacífico, 1949, 262 págs.
- Eyzaguirre, Jaime*, HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 170 págs.
- Galdames, Luis*, HISTORIA DE CHILE, 13ª ed., Santiago, Zig-Zag, 1952, 662 págs.
- Guerra, José Guillermo*, LA CONSTITUCIÓN DE 1925, Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., 1929, 569 págs.
- Heise González, Julio*, LA CONSTITUCIÓN DE 1925, LAS NUEVAS TENDENCIAS POLÍTICO-SOCIALES, Santiago, 1951.
- Hurtado Cruchaga, Alberto*, SINDICALISMO (HISTORIA, TEORÍA Y PRÁCTICA), Santiago, Editorial del Pacífico, 1950, 270 págs.
- Iglesias, Augusto*, ALESSANDRI: UNA ETAPA DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1960.
- Izquierdo F., Gonzalo*, UN ESTUDIO DE LAS IDEOLOGÍAS CHILENAS. LA SOCIEDAD DE AGRICULTURA EN EL SIGLO XIX, Centro de Estudios Socioeconómicos, Facultad de Ciencias Económicas Universidad de Chile, Santiago, Imprenta Técnica Ltda., 1968, 199 págs.
- Jobet, Julio César*, LUIS EMILIO RECARBARRÉN. LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DEL SOCIALISMO CHILENO, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1955, 180 págs.
- Jobet, Julio César*, SIGNIFICADO DEL PARTIDO

- SOCIALISTA EN LA REALIDAD NACIONAL, Santiago, 1940.
- Johnson, John J.*, LA TRANSFORMACIÓN POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA: SURGIMIENTO DE LOS SECTORES MEDIOS, Buenos Aires, Hachette, 1961, 312 págs.
- León Echaiz, René*, EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS, Santiago, Editorial Ercilla, 1939, 312 págs.
- Letelier, Valentín*, GÉNESIS DEL ESTADO Y DE SUS INSTITUCIONES FUNDAMENTALES, Buenos Aires, Labatut y Cía., 1917, XIII, 804 págs.
- Mac-Iver, Enrique*, DISCURSO SOBRE LA CRISIS MORAL DE LA REPÚBLICA, Santiago, Imprenta Moderna, 1900, 29 págs.
- Nunn, Frederick, M.*, CIVIL MILITARY RELATIONS IN CHILE, 1891-1938, Albuquerque, Thesis, University of New México, 1963.
- Olavarría Bravo, Arturo*, CHILE ENTRE DOS ALESSANDRI, Santiago, Nascimento, 1962-1965, 4 vols.
- Pike, Frederick B.*, CHILE AND THE UNITED STATES, 1880-1962: THE EMERGENCE OF CHILE'S CRISIS AND THE CHALLENGES TO U.S. DIPLOMACY, South Bend (Indiana), University of Notre Dame Press, 1963, 466 págs.
- Pinto Lagarrigue, Fernando*, LA MASONERÍA: SU INFLUENCIA EN CHILE (ENSAYO HISTÓRICO, POLÍTICO Y SOCIAL), Santiago, Editorial Orbe, 1966, 331 págs.
- Poblete, Darío; Bravo, Alfredo*, HISTORIA DEL PARTIDO RADICAL Y DEL FRENTE POPULAR, Santiago, 1936.
- Poblete Troncoso, Moisés*, LA ORGANIZACIÓN SINDICAL EN CHILE Y OTROS ESTUDIOS SOCIALES, Santiago, Imprenta R. Brias, 1926, 191 págs., 80 págs.
- Poblete Troncoso, Moisés*, EL MOVIMIENTO DE ASOCIACIÓN PROFESIONAL OBRERA EN CHILE, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Ramírez Necochea, Hernán*, ORIGEN Y FORMACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE (ENSAYO DE HISTORIA DEL PARTIDO), Santiago, Editorial Austral, 1965, 319 págs.
- Reinsch, Paul*, PARLAMENTARY GOVERNMENT IN CHILE, en *American Political Science Review*, Vol. III, noviembre, 1909, pp. 507-538.
- Rivas Vicuña, Manuel*, HISTORIA POLÍTICA Y PARLAMENTARIA DE CHILE. I. LAS ADMINISTRACIONES DE 1891 Y 1910, II. LA ADMINISTRACIÓN DE RAMÓN BARROS LUCO (1910-1915), III. LA ADMINISTRACIÓN DE JUAN LUIS SANFUENTES (1915-1920), Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964, 3 vols.
- Salas Edwards, Ricardo*, BALMACEDA Y EL PARLAMENTARISMO EN CHILE. UN ESTUDIO DE PSICOLOGÍA POLÍTICA CHILENA, Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1914-1925, 2 vols., T. I. LA EVOLUCIÓN DE LAS LIBERTADES POLÍTICAS, 395 págs., T. II. LA LUCHA ARMADA Y EL TRIUNFO DEL CONGRESO, 385 págs.
- Sater, William Frederick*, ARTURO PRAT, SÍMBOLO DE IDEALES NACIONALES ANTE LA FRUSTRACIÓN CHILENA, en *Mapocho*, Tomo V, N° 4, 1966, pp. 249-259.
- Schnake, Oscar*, POLÍTICA SOCIALISTA, Santiago, 1937.
- Seplúveda Morales, Luis Armando*, HISTORIA SOCIAL DE LOS FERROVIARIOS, Santiago, Imprenta Siglo XX, 1959, 115 págs.
- Silva Bascuñán, Alejandro*, UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1949, 182 págs.
- Stevenson, John Reese*, THE CHILEAN POPULAR FRONT, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1942.
- Tarr, Terence S.*, MILITARY INTERVENTION AND CIVILIAN REACTION IN CHILE, 1924-1936, Gainesville, University of Florida, Thesis, 1960, 301 págs.
- Toro Garland, Fernando*, DESARROLLO INSTITUCIONAL Y POLÍTICO DE CHILE, 1965.
- Urzúa, Germán*, EL PARTIDO RADICAL, SU EVOLUCIÓN POLÍTICA, Santiago, 1961, 43 págs.
- Urzúa Valenzuela, Germán; García Barze-latto, Ana María*, DIAGNÓSTICO DE LA BUROCRACIA CHILENA, 1818-1969, Santiago, Editorial Jurídica, 1971, 258 págs.
- Valencia Avaria, Luis*, ANALES DE LA REPÚBLICA. TEXTOS CONSTITUCIONALES DE CHILE Y REGISTRO DE LOS CIUDADANOS QUE HAN INTEGRADO LOS PODERES EJECUTIVO Y LEGISLATIVO DESDE 1810, Santiago, Imprenta Universitaria, 1951, 2 Tomos, T. I, XX, 589 págs., lám., T. II. XII (2), 591 págs.
- Vicuña Fuentes, Carlos*, LA TIRANÍA EN CHILE. LIBRE ESCRITO EN EL DESTIERRO EN 1928, Tomo I, Imprenta O'Higgins, Santiago, 1945, 225 págs., Tomo II, Imprenta Universo, Santiago, 1939, 238 págs.
- Vitale, Luis*, HISTORIA DEL MOVIMIENTO

- OBRERO (ENSAYO), Santiago, P.O.R., 1962, 141 págs.
- Waiss, Oscar, PRESENCIA DEL SOCIALISMO EN CHILE, Santiago, Ediciones Espartaco, 1952, 31 págs.
- Whitaker, Arthur P., DESARROLLO POLÍTICO Y SOCIAL DE CHILE DESDE LA CONSTITUCIÓN DE 1833, en *Annals*, Vol. 225, enero 1943.
- Zeitlin, Maurice, LOS DETERMINANTES SOCIALES DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA EN CHILE, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 11, N° 2, Buenos Aires, (julio, 1966), pp. 233-236.
- Zúñiga, Luis, EL PARTIDO SOCIALISTA EN LA REALIDAD NACIONAL, Santiago, Editorial Cóndor, 1938, 43 págs.
- V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970
- Almeyda, Clodomiro, REFLEXIONES POLÍTICAS, Santiago, Pla, 135 págs.
- Ampuero D., Raúl, LA IZQUIERDA EN PUNTO MUERTO, Santiago, Editorial Orbe, 1969, 229 págs.
- Barrera, Manuel, ACERCA DE LOS SINDICATOS INDUSTRIALES CHILENOS, en *Economía*, Tercer y Cuarto trimestre de 1963, pp. 57-80; primer trimestre de 1964, pp. 51-76.
- Barría Cerón, Jorge, TRAYECTORIA Y ESTRUCTURA DEL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO, 1946-1962, Universidad de Chile, Instituto de Organización y Administración, Santiago, 1963.
- Beatty, Donald, MIDDLE CLASS GOVERNMENT IN CHILE, en *Current History*, Vol. XLII, N° 246 (February, 1962), pp. 106-113.
- Brays W., Donald, CHILEAN POLITICS DURING THE SECOND IBÁÑEZ GOVERNMENT, 1952-58, Tesis doctoral, Stanford University, 1961.
- Briones, Guillermo, LA ESTRUCTURA SOCIAL Y LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA: UN ESTUDIO DE SOCIOLOGÍA ELECTORAL EN SANTIAGO DE CHILE, en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, Unión Panamericana (Segunda época), Vol. II, N° 3, 1963, pp. 376-404.
- Correa, Luis, EL PRESIDENTE IBÁÑEZ. LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS, Apuntes para la historia, Santiago, Editorial Orbe, 1962, 280 págs.
- Cruz-Coke, Ricardo, GEOGRAFÍA ELECTORAL DE CHILE, Santiago, Editorial del Pacífico, 1952, 143 págs.
- Cumplido Cereceda, Francisco, CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE 1925: HOY, CRISIS DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS CHILENAS, en *Cuadernos de la Realidad Social*, N° 7, Santiago, septiembre de 1970, pp. 25-40.
- Chelén Rojas, Alejandro, TRAYECTORIA DEL SOCIALISMO, Buenos Aires, Astral, s/f., 193 págs.
- Chonchol, Jacques y Silva J., Julio, HACIA UN MUNDO COMUNITARIO. CONDICIONES DE UNA POLÍTICA SOCIAL CRISTIANA, Santiago, Editorial San Pancracio, 1951, 72 págs.
- Durán Bernales, Florencio, LA POLÍTICA Y LOS SINDICATOS, Santiago, Imprenta Zig-Zag, 1963, 273 págs.
- Faletto, Enzo, INCORPORACIÓN DE LOS SECTORES OBREROS AL PROCESO DE DESARROLLO, Santiago, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social de las Naciones Unidas, diciembre, 1964.
- Frei Montalva, Eduardo, SENTIDO Y FORMA DE UNA POLÍTICA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1951, 192 págs.
- Foxley, Alejandro y otros, CHILE: BÚSQUEDA DE UN NUEVO SOCIALISMO, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, 1971, 266 págs.
- Fuentealba Weber, Luis; Lagos Valenzuela, Tulio, SISTEMA ELECTORAL Y TENDENCIAS POLÍTICAS EN LA ACTUALIDAD DE CHILE, en «Diez años de Sociología Chilena», Santiago, Arancibia Hnos., 1961, pp. 59-79.
- Fuentes, Jordi y Lía, Cortés, DICCIONARIO POLÍTICO DE CHILE (1810-1966), Santiago, Orbe, 1967, 532 págs.
- Gil, Federico G., EL SISTEMA POLÍTICO DE CHILE, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969, 350 págs.
- Glazer, Myron, LAS ACTITUDES Y ACTIVIDADES POLÍTICAS DE LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, en *Aportes* N° 5, París, julio 1967, pp. 43-79.
- Grayson, George, EL PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO CHILENO, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1968.
- Guilistasti Tagle, Sergio, PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS, 2ª edición, Santiago, Nascimento, 1964, 363 págs.

- Gurrieri, Adolfo*, CONSIDERACIONES SOBRE LOS SINDICATOS CHILENOS, en *Aportes* N° 9, París, julio 1968, 77-114.
- Guzmán Dinator, Jorge*, NUEVA SOCIEDAD, VIEJA CONSTITUCION, Santiago, Editorial Orbe, 1964, 266 págs.
- Halperin, E.*, NATIONALISM AND COMMUNISM IN CHILE, Cambridge, 1965.
- Jiles Pizarro, Jorge*, PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, Santiago, Academia de Ciencias Políticas, 1957.
- Jobel, Julio César*, SOCIALISMO Y COMUNISMO, Santiago, Ediciones Espartaco, 1952, 47 págs.
- Landsberger, Henry A.; Barrera R., Manuel; Toro, Abel*, EL PENSAMIENTO DEL DIRIGENTE SINDICAL CHILENO. UN INFORME PRELIMINAR, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Organización y Administración (INSORA), 1964, 34 págs.
- Landsberger, Henry A.; Barrera R., Manuel; Toro, Abel; Dastres M., Raúl*, LA SITUACIÓN ACTUAL Y EL PENSAMIENTO DEL ADMINISTRADOR DEL PERSONAL CHILENO. UN INFORME PRELIMINAR, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Organización y Administración (INSORA), 1964.
- Lechner, Norbert*, LA DEMOCRACIA EN CHILE, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970, 173 págs.
- Mattelart, A., y otros*, LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 3, Santiago, Univ. Católica, 287 págs.
- Mattelart, A., Carmen Castillo y Leonardo Castillo*, LA IDEOLOGÍA DE LA DOMINACIÓN EN UNA SOCIEDAD DEPENDIENTE, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970, 315 págs.
- Meely, Carlos*, CAMBIOS POLÍTICOS PARA EL DESARROLLO. EL CASO DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1968, 135 págs.
- Millas, Orlando*, LOS COMUNISTAS, LOS CATÓLICOS Y LA LIBERTAD, Santiago, Austral, 1964, 215 págs.
- Moreno, Francisco José*, LEGITIMACY AND STABILITY IN LATIN AMERICA. A STUDY OF CHILEAN POLITICAL CULTURE, New York, University Press, 1969, 197 págs.
- Núñez, Carlos*, CHILE. LA ÚLTIMA OPCIÓN ELECTORAL, Santiago, Pla, 1970, 166 págs.
- Olavarría, Arturo*, CHILE BAJO LA DEMOCRACIA CRISTIANA, Santiago, Nascimento, 6 volúmenes, 1966-1971.
- Orrego Vicuña, Claudio*, SOLIDARIDAD O VIOLENCIA: EL DILEMA DE CHILE, Santiago, Zig-Zag, 1969, 317 págs.
- Pacheco Gómez, Máximo*, POLÍTICA, ECONOMÍA Y CRISTIANISMO, Santiago, Editorial del Pacífico, 1947, 239 págs.
- Petras, James y Zeilín, M.*, MINERS AND AGRARIAN RADICALISM, en *American Sociological Review*, 32, 1967, pp. 578-586.
- Petras, James*, POLITICS AND SOCIAL FORCES IN CHILEAN DEVELOPMENT, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 377 págs.
- Pinto, Aníbal*, TRES ENSAYOS SOBRE CHILE Y AMÉRICA LATINA, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1971, 154 págs.
- Poblete, Moisés*, EL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO, en *Combate*, San José (Costa Rica), Vol. IV, N° 23 (julio-agosto, 1962), pp. 25-34.
- Ramírez Necochea, Hernán*, HISTORIA DEL IMPERIALISMO EN CHILE, Santiago, Emp. Editora Austral Ltda., 1960, 304 págs.
- Schwartzman, Simon*, IDEOLOGÍA POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN OBRERA, en *Anales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Vol. 1, N° 1 (enero-diciembre, 1964), pp. 63-83.
- Stephens Freire, Alfonso*, EL IRRACIONALISMO POLÍTICO EN CHILE. (UN ENSAYO DE PSICOLOGÍA COLECTIVA), Santiago, Prensa Latinoamericana, 1957, 48 págs.
- Thayer Arteaga, William*, TRABAJO, EMPRESA Y REVOLUCIÓN, Santiago, Zig-Zag, 1968, 184 págs.
- Troncoso, Hernán*, PARTICIPACIÓN POPULAR Y GOBIERNO POPULAR, Santiago, Editorial Orbe, 1965, 268 págs.
- Undurraga, Joaquín*, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN EN LIBERTAD, Santiago, 1969.
- Urzúa, Germán*, LOS PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS. LAS FUERZAS POLÍTICAS. ENSAYOS DE INSURGENCIA POLÍTICA EN CHILE, Santiago, Editorial Jurídica, 1968, 222 págs.
- Varas, Augusto*, ANTECEDENTES Y CONDICIONES DE UNA ACCIÓN POLÍTICA DE CLASES EN CHILE, *Cuadernos de Sociología* N° 5, Centro de Investigaciones Sociológicas, U.C., Santiago, mimeografiado, 1969, 118 págs.
- Verdugo Marinkovic, Mario*, PROGRAMAS Y ESTATUTOS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS, *Boletín Chileno de Ciencias Políticas*, XII, 1963.
- Viera-Gallo, José Antonio y Hugo Vilella*,

CONSIDERACIONES PRELIMINARES PARA EL ESTUDIO DEL ESTADO EN CHILE, en *Cuadernos de la realidad nacional*, N° 5, Santiago, Universidad Católica, septiembre, 1970, pp. 3-24.

Vitale, Luis, Y DESPUÉS DEL 4, ¿QUÉ? PERSPECTIVAS DE CHILE DESPUÉS DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1970, 98 págs.

Vuskovic, Sergio, PROBLEMÁTICA DEMOCRÁTICA-CRISTIANA. PROPIEDAD, REVOLUCIÓN, ESTADO, Santiago, Austral, 1968, 120 págs.

Vuskovic, Sergio y Osvaldo Fernández, TEORÍA DE LA AMBIGÜEDAD, Santiago, Imprenta Horizonte, 1964, 284 págs.

Zapata, Francisco, ESTRUCTURA Y REPRESENTATIVIDAD DEL SINDICALISMO EN CHILE, Santiago, Ilpes, 1968, 156 págs.

EDUCACION Y CULTURA

Incluye: desenvolvimiento de la enseñanza; arte, literatura, ciencia, religión, comunicación: de masas y folklore.

I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO: SIGLO XVI

Alegría, Fernando, LA POESÍA CHILENA. ORÍGENES Y DESARROLLO DEL SIGLO XVI AL XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 314 págs.

Errázuriz, Crecente, LOS ORÍGENES DE LA IGLESIA CHILENA, 1540-1603, Santiago, Imprenta del Correo, 1873, 562 págs.

Medina, José Toribio, LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN CHILE DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1905, 2 vols.

Mostny, Greta, CULTURAS PRECOLOMBINAS

EN CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 166 págs.

Pereira Salas, Eugenio, LOS ORÍGENES DEL ARTE MUSICAL EN CHILE, Universidad de Chile, Santiago, 1941, 373 págs.

Pereira Salas, Eugenio, HISTORIA DEL ARTE EN EL REINO DE CHILE, 1541-1776, Universidad de Chile, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, 476 págs.

Thayer Ojeda, Tomás, LA INSTRUCCIÓN EN CHILE DURANTE EL SIGLO XVI, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 1, Vol. I (1911), p. 81.

II. EL CICLO RURAL CENTRADO EN LA HACIENDA: 1600-1750

Alvarez Urquieta, Luis, LA PINTURA EN CHILE, DURANTE EL PERÍODO COLONIAL, Santiago, 1933.

Benavides Rodríguez, Alfredo, LA ARQUITECTURA EN EL VIRREINATO DEL PERÚ Y EN LA CAPITANÍA GENERAL DE CHILE, 2ª edición, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1961, 483 págs.

Enrich, Francisco, HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN CHILE, Barcelona, Imprenta de Francisco Rosal, 1891, 2 vols.

Fuenzalida Grandón, Alejandro, HISTORIA DEL DESARROLLO INTELECTUAL DE CHILE, 1541-1810, ENSEÑANZA PÚBLICA Y CULTURA INTELECTUAL, Santiago, Imprenta Universitaria, 1903, 576 págs.

González Echeñique, Javier, LOS ESTUDIOS JURÍDICOS Y LA ABOGACÍA EN EL REINO DE CHILE, Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas

y Sociales, Santiago, Imprenta Universitaria, 1954, 369 págs.

Hanisch, Walter, DEL PRIMER COLEGIO DE LOS JESUITAS AL INSTITUTO NACIONAL, 1593-1813-1963, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año XXX, N° 68, 1ª Sem. de 1963, pp. 110-130.

Hanisch Espíndola, Walter, EN TORNO A LA FILOSOFÍA EN CHILE (1594-1810), en *Historia*, N° 2, Santiago, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, 1962-1963, pp. 7-117.

Medina, José Toribio, HISTORIA DE LA REAL UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE DE SANTIAGO DE CHILE, Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1928, 2 vols.

Medina, José Toribio, HISTORIA DE LA LITERATURA COLONIAL, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878, 3 vols.

Medina, José Toribio, HISTORIA DEL TRIBU-

- NAL DEL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN EN CHILE, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1952, 677 págs.
- Muñoz H., José M.*, HISTORIA ELEMENTAL DE LA PEDAGOGÍA CHILENA, Santiago, 1918.
- Pereira Salas, Eugenio*, JUEGOS Y ALECRÍAS COLONIALES EN CHILE, Santiago, Zig-Zag, 1947, 344 págs.
- Reccius E., Adolfo*, ESCULAPIO EN EL REINO DE CHILE, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1967, 224 págs.
- Roa Urzúa, Luis*, EL ARTE EN LA ÉPOCA COLONIAL DE CHILE, Santiago, 1929, 75 págs.
- Silva Cotapos, Carlos*, HISTORIA ECLESIASTICA DE CHILE, Santiago, Imprenta de San José, 1925, VIII, 327 págs.
- Thayer Ojeda, Tomás*, LAS BIBLIOTECAS COLONIALES EN CHILE, en *Revista de bibliografía chilena y extranjera*, año 1, N° 11, Santiago, 1943.
- Zinker, Eugenio Raúl*, LAS ARTES PLÁSTICAS DURANTE LA COLONIA EN CHILE, Memoria Escuela de Bellas Artes, Universidad de Chile, Santiago, 1965.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

- Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino*, ESTUDIO SOBRE LA IGLESIA EN CHILE DESDE LA INDEPENDENCIA, Santiago, 1887.
- Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio*, DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN CHILE. LO QUE ES LO QUE DEBERÍA SER (Obra premiada por el gobierno de Chile), Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856, 391 págs.
- Amunátegui, Miguel Luis*, LAS PRIMERAS REPRESENTACIONES DRAMÁTICAS EN CHILE, Santiago, Imprenta Nacional, 1888, 398 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, HISTORIA DE CHILE. LAS LETRAS CHILENAS, Universidad de Chile, Santiago, Balcells & Co., 1925, 259 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, EL INSTITUTO NACIONAL BAJO LOS RECTORADOS DE DON MANUEL MONTT, DON FRANCISCO PUENTE Y DON ANTONIO VARAS (1835-1845), Santiago, Imprenta Cervantes, 1891, XVIII, 753 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, LOS PRIMEROS AÑOS DEL INSTITUTO NACIONAL, 1813-1835, Santiago, Imprenta Cervantes, 1889, XVI, 724 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, RECUERDOS DEL INSTITUTO NACIONAL, Santiago, Imprenta Leblanc, 1941, 117 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, EL SISTEMA DE LANCASTER EN CHILE Y OTROS PAÍSES SUDAMERICANOS, Santiago, Imprenta Cervantes, 1895, 371 págs.
- Frontaura, José Manuel*, EL CONVICTORIO CAROLINO. APUNTE PARA LA HISTORIA DE LOS ANTIGUOS COLEGIOS DE CHILE, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, Tomo LXXV, 1889, pp. 255-334.
- Frontaura Arana, José Manuel*, NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE CHILE, A FINES DE LA ERA COLONIAL, Santiago, Imprenta Nacional, 1892, 268 págs.
- Galdames, Luis*, BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Santiago, 1934.
- Godoy, Pedro*, ESPÍRITU DE LA PRENSA CHILENA, O COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ESCOGIDOS DE LA MISMA DESDE EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCIÓN HASTA LA ÉPOCA PRESENTE, Santiago, Imprenta del Comercio, 1847, 2 vols.
- González, Guillermo*, MEMORIA HISTÓRICA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA, 1810-1900, Santiago, 1913, 134 págs.
- Hernández, Roberto*, LOS PRIMEROS TEATROS DE VALPARAÍSO Y EL DESARROLLO GENERAL DE NUESTROS ESPECTÁCULOS PÚBLICOS, Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1928, 663 págs.
- Jenschke, Francisco*, MONOGRAFÍA DE LA ESCUELA NORMAL "J. A. NÚÑEZ", Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1922, 175 págs.
- Lastarria, José Victorino*, RECUERDOS LITERARIOS. DATOS PARA LA HISTORIA LITERARIA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA Y DEL PROGRESO INTELECTUAL EN CHILE, Segunda edición, Santiago, Librería de M. Cervantes, 1885, 605 págs.
- Pereira Salas, Eugenio*, EL TEATRO EN SANTIAGO DEL NUEVO EXTREMO, 1709-1809, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*

- fia*, N° 98, Imprenta Universitaria, 1941, 56 págs.
- Pereira Salas, Eugenio*, LA ARQUITECTURA CHILENA EN EL SIGLO XIX, Santiago, Editorial Universitaria, 1956, 25 págs.
- Rojas Peña, Benjamín*, LA SOCIEDAD Y LA EDUCACIÓN DE CHILE SEGÚN LOS VIAJEROS DEL PERÍODO 1740-1850, en *Mapocho*, N° 2, octubre, 1963, pp. 154-193.
- Salas Olano, Eduardo*, HISTORIA DE LA MEDICINA EN CHILE, Santiago, Imprenta Vic. Mackenna, 1894, 333 págs.
- Sarmiento, Domingo F.*, DE LA EDUCACIÓN POPULAR, Santiago, Balin Cía., 1849, 542 págs.
- Stuardo Ortiz, Carlos*, EL LICEO DE CHILE. ANTECEDENTES PARA SU HISTORIA, Santiago, Imprenta Universitaria, 1950, 146 págs.
- Vargas, Moisés*, BOSQUEJO DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN CHILE, Santiago, Imprenta Barcelona, 1909, 454 págs.

IV. EL CICLO DE MODERNIZACIÓN URBANA: 1850-1950

- Abascal Brunet, Manuel*, APUNTES PARA LA HISTORIA DEL TEATRO EN CHILE. LA ZARZUELA GRANDE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1951, 194 págs.
- Alfonso, José*, LA SOCIEDAD DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, Santiago, Imprenta Casa Nacional del Niño, 1937, 378 págs.
- Alone (Díaz Arrieta Hernán)*, HISTORIA PERSONAL DE LA LITERATURA CHILENA (Segunda edición), Santiago, Zig-Zag, 1962, 669 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, EL PROGRESO INTELECTUAL Y POLÍTICO DE CHILE, Santiago, Editorial Nascimento, 1936, 175 págs.
- Amunátegui Solar, Domingo*, ENSEÑANZA DEL ESTADO, Santiago, Imprenta Cervantes, 1894, 364 págs.
- Amunátegui, Miguel Luis*, ESTUDIOS SOBRE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, Edición oficial, Santiago, Imprenta Nacional, 1897 y 1898, 3 vols.
- Anales Universidad de Chile*, N°s 119 y 120, HOMENAJE AL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, Santiago, Universidad de Chile, 1960, 2 vols.
- Ballesteros E., Manuel*, COMPILACIÓN DE LEYES Y DECRETOS VIGENTES EN MATERIA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, Santiago, Imprenta el Independiente, 446 págs.
- Campos Harriet, Fernando*, 150 AÑOS DE DESARROLLO EDUCACIONAL, 1810-1960, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1960, 210 págs.
- Cánepa Guzmán, Mario*, EL TEATRO EN CHILE DESDE LOS INDIOS HASTA LOS TEATROS UNIVERSITARIOS, Santiago, Taller Gráfico de Arancibia Hnos., 1966, 139 págs.
- Cruz, Pedro Nolasco*, ESTUDIOS SOBRE LITERATURA CHILENA, Santiago, Zamorano y Caperán y Nascimento, 1926-1940, 2 vols.
- Dannemann, Manuel*, LOS ESTUDIOS FOLKLÓRICOS EN NUESTROS 150 AÑOS DE VIDA INDEPENDIENTE, en *Anales de la Universidad de Chile*, Cuarto Trimestre, 1960, N° 120, pp. 203-217.
- Díaz Arrieta, Hernán (Alone)*, MEMORALISTAS CHILENOS. CRÓNICAS LITERARIAS, Santiago, Zig-Zag, 1960, 280 págs.
- Donoso, Ricardo*, LA SÁTIRA POLÍTICA EN CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1950, 223 págs.
- Donoso, Ricardo*, RECOPIACIÓN DE LEYES, REGLAMENTOS Y DECRETOS RELATIVOS A LOS SERVICIOS DE ENSEÑANZA PÚBLICA, Santiago, 1937, 782 págs.
- Durán Cerda, Julio*, PANORAMA DEL TEATRO CHILENO, 1842-1959, Santiago, Editorial del Pacífico, 1959, 370 págs.
- Dyson, John P.*, LA EVOLUCIÓN DE LA CRÍTICA LITERARIA EN CHILE. ENSAYO Y BIBLIOGRAFÍA, Santiago, Universitaria, 1965, 175 págs.
- Encina, Francisco*, LA EDUCACIÓN ECONÓMICA Y EL LICEO. LA REFORMA AGRARIA. EL MOMENTO SOCIOLÓGICO MUNDIAL Y DE LOS DESTINOS DE LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS, Santiago, Nascimento, 1962, 285 págs.
- Escudero, Alfonso*, APUNTES SOBRE EL TEATRO EN CHILE, Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Católica de

- Chile, Segunda edición, Santiago, Editorial Salesiana, 1966, 47 págs.
- Galdames, Luis*, EDUCACIÓN ECONÓMICA E INTELLECTUAL, Santiago, Imprenta Universitaria, 1912, 3 vols.
- Greve, Ernesto*, HISTORIA DE LA INGENIERÍA EN CHILE, Primer Congreso Sudamericano de Ingeniería, Publicaciones de la Comisión Organizadora, Santiago, 1928, 4 vols.
- Godoy Quezada, Mario*, HISTORIA DEL CINE CHILENO, Santiago, Imprenta Fantasía, 1966, 173 págs.
- Huneus Gana, Jorge*, PRODUCCIÓN INTELLECTUAL DE CHILE, Santiago, 1910, 880 págs.
- Iglesias, Augusto*, EL FEMINISMO INTELLECTUAL EN CHILE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX Y UNAS VELADAS INVOLVIDABLES, en *Atenea*, abril-junio, 1963, pp. 106-124.
- Illanes Adaro, Graciela*, LA NATURALEZA DE CHILE, EN SU ASPECTO TÍPICO Y REGIONAL A TRAVÉS DE SUS ESCRITORES, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1941, 152 págs.
- Jobet, Julio César*, LOS PRECURSORES DEL PENSAMIENTO SOCIAL DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1955-1956, 2 vols.
- Keller, Carlos*, MITOS Y LEYENDAS DE CHILE, Santiago, Orbe, 100 págs.
- Klimpel, Felicitas*, LA MUJER CHILENA, EL APORTE FEMENINO AL PROGRESO DE CHILE, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1962, 291 págs.
- Latorre, Mariano*, LA LITERATURA DE CHILE, Buenos Aires, 1941, 208 págs.
- Latorre, Mariano*, MEMORIAS Y OTRAS CONFIDENCIAS, Selección, prólogo y notas de Alfonso Calderón, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971, 546 págs.
- Lillo, Samuel*, LITERATURA CHILENA, Santiago, Editorial Minerva, 1920, 192 págs.
- Labarca H., Amanda*, HISTORIA DE LA ENSEÑANZA EN CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1939, 399 págs.
- Latcham, Ricardo; Montenegro, Ernesto; Rojas, Manuel*, EL CRIOLLISMO, Santiago, Editorial Universitaria, S. A., 1956, 125 págs.
- Letelier, Valentín*, FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN, Santiago, 1912, Imprenta Cervantes, 864 págs.
- Letelier, Valentín*, LA LUCIA POR LA CULTURA, Santiago, 1895, Imprenta Barcelona, 496 págs.
- McLean, J. H.*, HISTORIA DE LA IGLESIA PRESBITERIANA EN CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1932, 73 págs.
- Melfi, Domingo*, ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA, Santiago, Nascimento, 1938, 230 págs.
- Montes, Hugo y Julio Orlandi*, HISTORIA Y ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA CHILENA, Santiago, Zig-Zag, 576 págs.
- Molina, Enrique*, LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN GENERAL, Santiago, 1912, Imprenta Universitaria, 145 págs.
- Molina, Enrique*, EL LICEO Y LA FORMACIÓN DE LA ÉLITE, Santiago, 1933, Imprenta Universitaria, 16 págs.
- Molina, Enrique*, LA FILOSOFÍA EN CHILE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. NOTAS Y RECUERDOS. 2ª edición, Santiago, Editorial Nascimento, 1953, 164 págs.
- Mussa, Moisés*, NUESTRO PROBLEMA EDUCACIONAL, Santiago, Nascimento, 1932, 83 págs.
- Núñez, J. Abelardo*, ESTUDIO SOBRE EDUCACIÓN MODERNA. ORGANIZACIÓN DE ESCUELAS NORMALES, Santiago, 1883, 349 págs.
- Orrego Luco, Luis*, BOSQUEJO DEL DESARROLLO INTELLECTUAL DE CHILE, Santiago, 1889.
- Oyarzún, Luis*, EL PENSAMIENTO DE LASTARRIA, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1953, 168 págs.
- Pereira Salas, Eugenio*, HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE, 1850-1900, Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1957, 379 págs.
- Piga, Arturo*, CRISIS Y RECONSTRUCCIÓN DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA, Santiago, 1940, Editorial Ercilla, 190 págs.
- Plath, Oreste*, FOLKLORE RELIGIOSO CHILENO, Santiago, Imprenta Central de Talleres del SNS, 1966, 232 págs.
- Pinochet, Tancredo*, BASES PARA UNA POLÍTICA EDUCACIONAL, AL FRENTE DEL LIBRO DE AMANDA LABARCA, Santiago, Imprenta Asies, 1944, xxviii, 211 págs.
- Ponce, Manuel Antonio*, BIBLIOGRAFÍA PEDAGÓGICA CHILENA, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1902, 307 págs.
- Rodríguez F., Mario*, EL MODERNISMO EN CHILE Y EN HISPANOAMÉRICA, Santiago, Instituto de Literatura Chilena, 1967, 255 págs.

- Romera, Antonio*, HISTORIA DE LA PINTURA CHILENA, Santiago, Zig-Zag, 1960, 230 págs.
- Sandoval, Luis*, RESEÑA HISTÓRICA DEL CONSERVATORIO NACIONAL DE MÚSICA, Y DECLAMACIÓN, 1849-1911, Santiago, Imp. Gutenberg, 1911, 91 págs.
- Saavedra M., Julio*, UNIVERSIDADES MODERNAS, Santiago, 1935.
- Salas, Darío*, EL PROBLEMA NACIONAL (BASES PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE NUESTRO SISTEMA ESCOLAR PRIMARIO), Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1917, 362 págs.
- Salas Marchant, Maximiliano*, REFLEXIONES EDUCACIONALES EN TORNO A NUESTRA SITUACIÓN SOCIAL, Santiago, 1942.
- Sanhueza, Gabriel*, PANORAMA DE LA EVOLUCIÓN DE LAS CIENCIAS PEDAGÓGICAS Y LA INVESTIGACIÓN EDUCACIONAL, EN CHILE (1900-1960), en *Anales de la Universidad de Chile*, volumen CXX, N° 125 (Primer Trimestre de 1962), pp. 240-249.
- Seura Salvo, Carlos*, TIPOS CHILENOS EN LA NOVELA Y EN EL CUENTO NACIONAL, Santiago, 1938, Universidad de Chile, 85 págs.
- Sierra, Lucas*, 100 AÑOS DE MEDICINA EN CHILE, Santiago, 1936.
- Silva Castro, Raúl*, PRENSA Y PERIODISMO EN CHILE. 1812-1956, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1958, 415 págs.
- Silva Castro, Raúl*, PANORAMA LITERARIO DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1961, 570 págs.
- Solar Correa, E.*, LA MUERTE DEL HUMANISMO EN CHILE, Santiago, Editorial Nascimento, 1934, 102 págs.
- Terán, Luis*, NUESTRA ENSEÑANZA SECUNDARIA. LOS PROBLEMAS Y LAS SOLUCIONES, Santiago, Imprenta La Gratitude Nacional, 1938, 252 págs.
- Tornero, Santos*, REMINISCENCIAS DE UN VIEJO EDITOR, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1889, 231 págs.
- Universidad de Chile*, DESARROLLO DE CHILE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1953, volumen II, pp. 299-566.
- Vaïsse, Emilio (Omer Emeth)*, OMER EMETH. ESTUDIOS CRÍTICOS DE LITERATURA CHILENA, Santiago, Nascimento, 1941, 1961, 2 vols.
- Vega, Julio*, LA RACIONALIZACIÓN DE NUESTRA ENSEÑANZA, Santiago, Editorial Universitaria, 1954, 277 págs.
- Videla L., Héctor*, EVOLUCIÓN DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA EN LA SOCIEDAD Y EN LA LEGISLACIÓN CHILENA, Memoria de Prueba, Santiago, Imprenta Senda, 1942, 138 págs.
- Vilches, Roberto*, LAS REVISTAS LITERARIAS CHILENAS DEL SIGLO XIX, Santiago, Imprenta Universitaria, 1942, 78 págs.
- Williams Benavente, Jaime*, PANORAMA DE LA FILOSOFÍA JURÍDICA EN CHILE, Santiago, Editorial Jurídica, 1969, 108 págs.
- Yankas, Lautaro*, LITERATURA CHILENA DE CONTENIDO SOCIAL, en *Atenea*, N° 188, Santiago, Nascimento, febrero de 1941, pp. 114-132.
- Zamudio Z., José*, LA NOVELA HISTÓRICA EN CHILE, Santiago, Imprenta Tipográfica Chilena, 1949, 62 págs.

V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970

- Alegría, Fernando*, LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XX, Santiago, Zig-Zag, 1967, 287 págs.
- Alvarez, Oscar*, ASPECTOS SOCIOLÓGICOS DEL PROBLEMA EDUCACIONAL EN CHILE, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XX, N° 3, 1958, pp. 873-934.
- Barros Raquel y Dannemann, Manuel*, EL ROMANCIERO CHILENO, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 119 págs.
- Blitz, Rudolph C.*, SOME OBSERVATION ON THE CHILEAN EDUCATIONAL SYSTEM AND ITS RELATIONS TO ECONOMIC GROWTH, en *Education and Economic Development*, Anderson and Bowman (eds.), Chicago, Aldine Publishing Co., 1965, pp. 303-313.
- Briones, Guillermo y Waisaner, F. B.*, ASPIRACIONES EDUCACIONALES, MODERNIZACIÓN E INTEGRACIÓN URBANA, en *Economía*, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, Año XXIV, N° 92, tercer cuatrimestre, Santiago, 1966, pp. 3-20.
- Cartier Jr., Roy E.; Sepúlveda, Orlando*, SOME PATTERNS OF MASS MEDIA USE IN SANTIAGO DE CHILE, en *Journalism Quarterly*, Vol. XLI, N° 2 (spring, 1964), pp. 216-224.
- Centro de Investigaciones Estéticas de la*

- Universidad Católica de Chile*, EL TEATRO Y SUS PROBLEMAS EN CHILE, Revista *Aisthesis* N° 1, Santiago, 1966.
- Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad de Chile*, LA CRÍTICA DE ARTE Y SUS PROBLEMAS EN CHILE, Revista *Aisthesis*, N° 2, Santiago, 1967.
- Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Católica de Chile*, LA NOVELA Y SUS PROBLEMAS EN CHILE, Revista *Aisthesis*, N° 3, Santiago, 1968.
- Colegio Médico de Chile*, SEMINARIO DE FORMACIÓN PROFESIONAL MÉDICA (20-24 de septiembre de 1960), Santiago de Chile, 1961.
- Comité Permanente Obispos de Chile*, CHILE VOLUNTAD DE SER, Santiago, 1968.
- Cortés Pinto, Raúl*, BIBLIOGRAFÍA ANOTADA DE EDUCACIÓN SUPERIOR, (Universidad Técnica Federico Santa María), Santiago, Imprenta Roma, 1967, 31 págs.
- D'Épinay Lalive, Christian*, EL REFUGIO DE LAS MASAS: ESTUDIO SOCIOLÓGICO DEL PROTESTANTISMO CHILENO, Santiago, Editorial del Pacífico, 1968, 287 págs.
- Donoso, Luis; Zorbas, Alejandro*, ESTADO ACTUAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN CHILE, Río de Janeiro, Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1959, 87 págs.
- Escobar, Roberto*, MÚSICAS SIN PASADO, Edic. Nueva Universidad, Universidad Católica, Santiago, 1971, 267 págs.
- Ferrero, Mario*, PREMIOS NACIONALES DE LITERATURA, Santiago, Ercilla, 1965, 2 Vols., 279-416 págs.
- Gill, Clark G.*, EDUCATION AND SOCIAL CHANGE IN CHILE, USA. Department of Health Education and Welfare, Washington, Office of Education, 1966, 143 págs.
- Glazer, Myron*, EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN PROFESIONAL EN CUATRO CARRERAS CHILENAS, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, Vol. 2, N° 3, pp. 338-365.
- Goić, Cedomil*, LA NOVELA CHILENA, Santiago, Editorial Universitaria, 1968, 214 págs.
- Godoy Urzúa, Hernán*, ORIENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS EN CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 106 págs.
- Godoy Urzúa, Hernán*, EL OFICIO DE LAS LETRAS. ESTUDIO SOCIOLÓGICO DE LA VIDA LITERARIA, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 260 págs.
- Godoy Urzúa, Hernán*, LA SOCIOLOGÍA EN CHILE, en *Anuario de Sociología de los pueblos ibéricos*, Vol. II, Madrid, 1967, pp. 11-57.
- Gómez Millas, Juan*, TRADICIÓN Y TAREA UNIVERSITARIA, Santiago, Talleres de Impresos Planet, 1963, 160 págs.
- Hamuy, Eduardo*, EDUCACIÓN ELEMENTAL, ANALFABETISMO Y DESARROLLO ECONÓMICO, Santiago, Editorial Universitaria, 1960, 89 págs.
- Hamuy Berr, Eduardo*, EL PROBLEMA EDUCACIONAL DEL PUEBLO DE CHILE, Santiago, Editorial del Pacífico, 1961, 192 págs.
- Hurtado Cruchaga, Alberto*, ¿ES CHILE UN PAÍS CATÓLICO?, Padre las Casas, Imprenta San Francisco, 1941, 186 págs.
- Kibedi, Jorge*, INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y DESARROLLO NACIONAL, Santiago, Icare, 1959, 105 págs.
- Labarca Hubertson, Amanda*, REALIDADES Y PROBLEMAS DE NUESTRA ENSEÑANZA, Santiago, Editorial Universitaria, 1953, 118 págs.
- Lagos Valenzuela, Tulio y Pedro E., Zuleta Guerrero*, CAMINOS DE LA CULTURA, Santiago, Talleres Gráficos Arancibia Hnos., 1963, 187 págs.
- Latorre, Moisés; Briones, Guillermo; Leporati, Ariel; Porcell, Néstor*, LA UNIVERSIDAD TÉCNICA. TEORÍA Y PRÁCTICA, Santiago, 1961, 221 págs.
- Ministerio de Educación Pública*, BASES GENERALES PARA EL PLANEAMIENTO DE LA EDUCACIÓN CHILENA, Santiago, Escuela Nacional Artes Gráficas, 1961, 151 págs.
- Ministerio de Educación Pública*, ALGUNOS ANTECEDENTES PARA EL PLANEAMIENTO INTEGRAL DE LA EDUCACIÓN CHILENA, Editorial Universitaria, Santiago, 1964, 327 págs.
- Munizaga Aguirre, Roberto*, EL ESTADO Y LA EDUCACIÓN, Santiago, Imprenta Universitaria, 1953, 59 págs.
- Muñoz R., Eduardo*, LA ASINCRONÍA INSTITUCIONAL ECONOMÍA-EDUCACIÓN. ALGUNAS CONSECUENCIAS EN LAS ACTITUDES FRENTE A LA EDUCACIÓN, en *Anales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias*

- Sociales*, Vol. 1, N° 1 (enero-diciembre, 1964), pp. 13-36.
- Muñoz Ramírez, Humberto*, SOCIOLOGÍA RELIGIOSA DE CHILE, Santiago, Ediciones Paulinas, 1957, 80 págs.
- Oroz, Rodolfo*, LA LENGUA CASTELLANA EN CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1967, 541 págs.
- Oyarzún, Luis*, TEMAS DE CULTURA CHILENA, Santiago, Editorial Universitaria, 1967, 193 págs.
- Plath, Oreste*, FOLKLORE CHILENO, Ediciones Pla-Tur, Santiago, 1962, 376 págs.
- Poblete, Renato*, CRISIS SACERDOTAL, Santiago, Editorial del Pacífico, 1965, 205 págs.
- Poblete Renato y Alonso*, LA IGLESIA EN CHILE, FERES, Madrid, 1962, 220 págs.
- Poblete, Renato*, EL SACERDOTE EN CHILE, Santiago, 1971, mimeo, 190 págs.
- Saavedra, Enrique*, LA EDUCACIÓN EN UNA COMUNA DE SANTIAGO, Santiago, Instituto de Educación (Universidad de Chile), 1965, 246 págs.
- Salas S., Irma*, LA EDUCACIÓN EN UNA COMUNA DE SANTIAGO. 2ª PARTE. ORGANIZACIÓN Y EXTENSIÓN DEL SISTEMA ESCOLAR, Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Educación, Imprenta Universitaria, 1962, 181 págs.
- Scherz, Luis*, EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN UNIVERSITARIA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1968, 180 págs.
- Silvert, Kalman; Bonilla, Frank*, EDUCATION AND THE SOCIAL MEANING OF DEVELOPMENT; PRELIMINARY STATEMENTS, New York, American University, Field Staff, 1961.
- Sociedad Chilena de Sociología*, DIEZ AÑOS DE SOCIOLOGÍA CHILENA, Santiago, Talleres gráficos Arancibia Hnos., 1961, 350 págs.
- Tapia, Astolfo*, LA FORMACIÓN DEL PROFESORADO SECUNDARIO, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 133, Santiago, enero-mayo, 1965, pp. 241-247.
- Vasconi, Tomás e Inés Reca*, MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y CRISIS EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Santiago, CESO, 1970, 33 págs.
- Vera, Oscar*, LA SITUACIÓN EDUCATIVA EN AMÉRICA LATINA, Trabajo presentado a la Conferencia de la UNESCO sobre Aspectos Sociales del Desarrollo Económico en América Latina, México, 1960.
- Vergara, Ignacio*, EL PROTESTANTISMO EN CHILE, Santiago, Ediciones del Pacífico, 1962, 250 págs.
- Vial Larraín, Juan de Dios y otros*, LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE CAMBIO, Santiago, Editorial del Pacífico, 1965, 150 págs.
- Vita, Waldo*, UNA CAPITANÍA DE PINTORES, Santiago, Editorial del Pacífico, 1966, 191 págs.
- Willems, Emilio*, FOLLOWERS OF THE NEW FAITH: CULTURE CHANGE AND THE RISE OF PROTESTANTISM IN BRAZIL AND CHILE (Nasville, Tennessee: Vanderbilt University Press), 1967, 290 págs.

ENSAYISTAS, VIAJEROS Y MEMORIALISTAS

I. EL CICLO URBANO-ORIGINARIO-SIGLO XVI

- Eyzaguirre, Jaime*, FISONOMÍA HISTÓRICA DE CHILE, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 198 págs.
- Góngora Marmolejo, Alonso de*, HISTORIA DE CHILE DESDE EL DESCUBRIMIENTO HASTA EL AÑO 1575, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862, 315 págs., CHCH, t. II.
- Mariño de Lobera, Pedro*, CRÓNICA DEL REINO DE CHILE, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865, 456 págs., CHCH, t. VI.
- Ocaña, Fray Diego de*, RELACIÓN DEL VIAJE A CHILE, AÑO DE 1600, Introducción de Eugenio Pereira Salas, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 120, 4° trimestre de 1960, pp. 20-35.
- Valdivia, Pedro de*, CARTAS DE... QUE TRATAN DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE, Edición facsimilar dispuesta y anotada por José Toribio Medina, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1953, XXXIV, 339 págs.
- Vivar, Jerónimo de*, CRÓNICA DEL REINO DE CHILE, M. S. Biblioteca Newberry de Chicago, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1966, t. II.

- Edwards, Agustín*, GENTES DE ANTAÑO, Valparaíso, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1930, 305 págs.
- Gómez de Vidaurre, Felipe*, HISTORIA GEOGRÁFICA, NATURAL Y CIVIL DEL REINO DE CHILE, Santiago, Imprenta Ercilla, 1889, 2 Vols. CHCH ts. XIV y XV.
- González de Nájera, Alonso*, DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA DEL REINO DE CHILE, Santiago, Imprenta Ercilla, 1889, CHCH, Tomo XVI.
- Molina, Juan Ignacio*, COMPEDIO DELLA STORIA GEOGRÁFICA, NATURALE E CIVILE DEL REYNO DEL CHILE. BOLONIA 1776, (Traducción española de Narciso Cueto), Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878, CHCH, Tomo XI, pp. 185-304.
- Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco*, CAUTIVERIO FELIZ Y RAZÓN DE LAS GUERRAS DILATADAS DE CHILE, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1863, CHCH, Tomo III.
- Ohvares, Miguel de*, HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA DE LO ACAECIDO EN LA CONQUISTA Y PACIFICACIÓN DEL REINO DE CHILE, Imprenta del Ferrocarril, 1864, CHCH, Tomo IV, pp. 1-402.
- Ovalle, Alonso de*, HISTÓRICA RELACIÓN DEL REINO DE CHILE, por Francisco Carvallo, 1646, 437 págs.
- Rosales, Diego de*, HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE. FLANDES INDIANO, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878, 3 vols.
- Tesillo, Santiago de*, GUERRA DE CHILE. CAUSAS DE SU DURACIÓN. MEDIOS PARA SU FIN, Madrid, en la Imprenta Real, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864, II, 126 págs., CHCH, Tomo V.

III. EL CICLO DE TRANSICION RURAL-URBANA: 1750-1850

- Carrera, José Miguel*, DIARIO MILITAR DEL GENERAL DON... , CHDI, Tomo I, Santiago, 1900.
- Coffin, J. E.*, DIARIO DE UN JOVEN NORTEAMERICANO, 1817-1819, Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1967, 256 págs.
- Feliú Cruz, Guillermo*, CONVERSACIONES HISTÓRICAS DE D. CLAUDIO GAY CON ALGUNOS DE LOS TESTIGOS ACTORES DE LA INDEPENDENCIA, 1808-1826, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965, CXXXV, 340 págs.
- Feliú Cruz, Guillermo*, NOTAS PARA UNA BIBLIOGRAFÍA SOBRE VIAJEROS RELATIVOS A CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, 281 págs.
- Figuroa, Pedro Pablo*, DICCIONARIO BIOGRÁFICO GENERAL DE CHILE (1550-1887), Santiago, Imprenta Victoria, 1888, 211 págs.
- Gillis, J. M.*, THE U. S. NAVAL ASTRONOMICAL EXPEDITION TO THE SOUTHERN HEMISPHERE DURING THE YEAR: 1849 - 50 - 51 - 52, Philadelphia, Lippincott, 1856, 6 vols.
- Graham, María*, DIARIO DE MI RESIDENCIA EN CHILE EN 1822, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, 250 págs.
- Haigh, Samuel; Alejandro, Calteleugh y Max Radiguet*, VIAJEROS EN CHILE, 1817-1847, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, 254 págs.
- Haenke, Thaddaeus Perigrinus* (José de Espinoza y Felipe Bauzá?): DESCRIPCIÓN DEL REYNO DE CHILE, Santiago, Editorial Nascimento, 1942, 280 págs.
- Inostroza, Raúl Armando*, EL ENSAYO EN CHILE DESDE LA COLONIA, HASTA 1900, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969, 180 págs.
- Lafond de Lurcy, Gabriel*, VIAJE A CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 167 págs.
- León Echaiz, René*, INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DEL HUASO CHILENO, Santiago, Editorial Universitaria, 1955, 107 págs.
- Mellet, Julián*, VIAJES POR EL INTERIOR DE LA AMÉRICA MERIDIONAL, 1808-1820, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, 289 págs.
- Pérez Rosales, Vicente*, RECUERDOS DEL PASADO (1814-1816), Santiago, Imprenta Barcelona, 1910, 507 págs.
- Picón Salas, Mariano y Feliú Cruz, Guillermo*, IMÁGENES DE CHILE, Santiago, Nascimento, 1938, 336 págs.
- Poeppig, Eduard*, UN TESTIGO EN LA ALBORADA DE CHILE (1826-1829), Santiago, Zig-Zag, 1960, 507 págs.
- Ruschenberg, William*, NOTICIAS DE CHILE

- (1831-1832), Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, 120 págs.
- Sarmiento, Domingo F.*, CHILE, DESCRIPCIONES - VIAJES - EPISODIOS - COSTUMBRES. SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE NARCISO BINA-YÁN, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1961, 128 págs.
- IV. EL CICLO DE MODERNIZACIÓN URBANA: 1850-1950
- Aldunate Phillips, Arturo*, UN PUEBLO EN BUSCA DE SU DESTINO, Santiago, Nascimento, 1947, 224 págs.
- Alessandri, Arturo*, RECUERDOS DE GOBIERNO, Santiago, Editorial Nascimento, 3 vols.
- Barra, Eduardo de la*, LA VIDA NACIONAL. EL EMBRUJAMIENTO ALEMÁN, Santiago, Imprenta Roma, 1889, VIII, 244 págs.
- Bello Codesido, Emilio*, RECUERDOS POLÍTICOS, Santiago, Editorial Nascimento, 1954, 240 págs.
- Bowers, Claude*, MISIÓN EN CHILE (1939-1953), Santiago, Editorial del Pacífico, 1957, 389 págs.
- Cabero, Alberto*, CHILE Y LOS CHILENOS (2ª ed.), Conferencias dictadas en la Extensión Cultural de Antofagasta, Santiago, Imprenta Cervantes, 1949, 460 págs.
- Cifuentes, Abdón*, MEMORIAS (1836-1928), Santiago, Nascimento, 1936, 2 vols.
- Coddich, David*, THE REPUBLIC OF CHILE, London, 1912.
- Chuaqui, Benedicto*, MEMORIAS DE UN EMIGRANTE, Santiago, Nascimento, 1957, 254 págs.
- Díaz Ossa, Felipe* y otros, VISIÓN DE CHILE, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1951, 48 págs.
- Donoso, Armando*, RECUERDOS DE 50 AÑOS, Santiago, Editorial Nascimento, 1947, 446 págs.
- Durand, Luis*, PRESENCIA DE CHILE, Santiago, Editorial Nascimento, 1942, 235 págs.
- Durand, Luis*, ESCENARIO DEL HUASO, en *Atenea*, N° 267, Santiago, Imprenta Nascimento, septiembre de 1947, pp. 312-318.
- Dussuel, Francisco*, LITERATURA AGRARIA DE CHILE, en *Inter American Review of Bibliography*, 16 (3), 1966, 262-288.
- Edwards, Agustín*, MI TIERRA, Valparaíso, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1928, 411 págs.
- Edwards, Joaquín*, RECUERDOS DE UN CUARTO DE SIGLO, Santiago, Zig-Zag, 1966, 266 págs.
- Villalobos R., Sergio*, CHILE EN 1852, SEGÚN EL DIARIO DEL MARINO SUECO C. SKOGMANS, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*.
- Zapiola, José*, RECUERDOS DE TREINTA AÑOS, 1810-1840, Cuarta edición, Santiago, Imprenta Victoria, 1881-1882, 2 vols.
- Errázuriz, Crecente*, ALGO DE LO QUE HE VISTO, Santiago, Editorial Nascimento, 1934, 477 págs.
- Feliú Cruz, Guillermo*, PATRIA Y CHILENIDAD. ENSAYO HISTÓRICO Y SOCIOLOGICO SOBRE LOS ORÍGENES DE ESTOS SENTIMIENTOS NACIONALES AFECTIVOS, en *Mapocho*, N° 1, Vol. 5, Santiago, 1966, pp. 155-173.
- Fergusson, Erna*, CHILE, New York, Alfred A. Knopf, 1943, 341 págs.
- Fernández Pradel, Jorge*, LE CHILI APRÈS CENT ANS D'INDEPENDANCE, Paris, Beauchesne, 1912, 223 págs.
- Figueroa, Pedro Pablo*, DICCIONARIO BIOGRÁFICO DE EXTRANJEROS EN CHILE, Santiago, Imprenta Moderna, 1900, 258 págs.
- Figueroa, Virgilio (Virgilio Talquino)*, DICCIONARIO HISTÓRICO, BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO DE CHILE, 1800-1931, Santiago, Imprenta Balcells, 1925-1931, 5 vols.
- Frei Montalva, Eduardo*, CHILE DESCONOCIDO, Santiago, Prensas de la Editorial Ercilla, 1937, 165 págs.
- Guerra, Juvenal* (pseudónimo de *Carlos Contreras Puebla*), VERDAD. RÉPLICA A «SINCERIDAD» DEL DR. CANJE, Santiago, Editorial Universitaria, 1955-1956, 2 vols.
- Guevara, Tomás*, LA MENTALIDAD ARAUCANA, Santiago, Imprenta Barcelona, 1916, 257 págs.
- Guzmán, Galvarino*, MAÑAS CRIOLLAS, Santiago, Nascimento, 1945, 157 págs.
- Guzmán, Nicomedes*, AUTORRETRATO DE CHILE (Chile visto por escritores chilenos), Santiago, Zig-Zag, 1958, 490 págs.
- Hanson Earl, Parker*, CHILE, LAND OF PROGRESS, New York, The Cornwall Press, 1941, 201 págs.
- Hostos, Eugenio María*, CHILE EN SU EXPOSICIÓN DE SEPTIEMBRE, Santiago, Imprenta de la República, 1873, 96 págs.
- Hostos, Felipe L. de*, CHILE, TIERRA DE ESFUERZO Y ACCIÓN, San Juan, Puerto Rico, Mimeografiado, 1942, 63 págs.

- Jobet, Julio César*, ENSAYO CRÍTICO DEL DESARROLLO ECONÓMICO-SOCIAL DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1955, XIV, 233 págs.
- Jobet, Julio César*, LOS PRECURSORES DEL PENSAMIENTO SOCIAL DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1955-1956, 2 Vols.
- Koebel, W. H.*, MODERN CHILE, London, G. Bell & Sons Ltd., 1913, 278 págs.
- Lago, Tomás*, EL HUASO. ENSAYO DE ANTHROPOLOGÍA SOCIAL, Santiago, Universidad de Chile, 1953, 329 págs.
- Lastarria, José Victorino*, EL MANUSCRITO DEL DIABLO. DON GUILLERMO LIMA EN 1850, Santiago, Editorial Ercilla, 1941, 250 págs.
- Latham, Ricardo A.*, EL ENSAYO EN CHILE EN EL SIGLO XX, en *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Vol. II, Santiago, Universidad de Chile, 1953, pp. 343-384.
- Lathrop, Carlos Segundo*, LAS SANTIAGUINAS (ESTUDIO SOCIAL), Santiago, Imprenta y Librería Americana, 1883, 88 págs.
- Latorre, Mariano*, EL PAISAJE Y EL HOMBRE, Buenos Aires, 1941.
- Lavín, Carlos*, CHILE VISTO POR LOS EXTRANJEROS, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1949, 159 págs.
- León Echaiz, René*, EL COSTINO CHILENO (ENSAYO DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA), en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 133, Santiago, 1965, pp. 232-251.
- Lillo, Samuel*, ESPEJO DEL PASADO, Santiago, Editorial Nascimento, 1947, 424 págs.
- Lloyd, Reginald*, IMPRESIONES DE LA REPÚBLICA DE CHILE EN EL SIGLO XX, Londres, 1915, 568 págs.
- Maitland, Francis*, CHILE: ITS LAND AND PEOPLE, London, Francis Griffiths, 1941, 293 págs.
- Malsch, Albert*, LE DERNIER RECOIN DU MONDE, Geneve, 1907, 286 págs.
- Mann, Wilhelm*, CHILE LUCHANDO POR NUEVAS FORMAS DE VIDA, Santiago, Editorial Ercilla, 1936, 2 vols.
- Mansfield, Robert E.*, PROGRESSIVE CHILE, New York, 1913.
- Marco Figueroa, Joaquín*, CHILE MARCA UN CAMINO, Buenos Aires, Imprenta López, 1946, 95 págs.
- Méndez, Francisco*, CHILE, TIERRA Y DESTINO, Santiago, 1948, 720 págs.
- Melfi, Domingo*, SIN BRÚJULA, Santiago, Editorial Ercilla, 1932, 127 págs.
- Meulemans, Auguste*, LA REPÚBLIQUE DU CHILE, Bruxelles, 1875, 67 págs.
- Mistral, Gabriela*, REGADOS CONTANDO A CHILE, Santiago, Editorial del Pacífico, 1957, 275 págs.
- Orrego Barros, Carlos*, BOSQUEJOS Y PERFILES, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1961, 209 págs.
- Orrego Cortés, Augusto*, DESCRIPCIÓN FÍSICA, POLÍTICA, SOCIAL, INDUSTRIAL Y COMERCIAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE, ilustrada con numerosos grabados y mapas. Colaboración de los señores Augusto Orrego Cortés, Luis Orrego Luco, Carlos Silva Vildósola, Ricardo Montaner Bello, Juan Tornero, Santiago, editor Carlos Tornero, 1903, p. 312.
- Orrego Luco, Luis*, CHILE CONTEMPORÁNEO, en *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXIV, Santiago, Imprenta Cervantes, 1904, Parte primera, pp. 19-96. Parte segunda, pp. 257-338. Parte tercera, pp. 483-554.
- Ortúzar, Adolfo*, CHILE OF TODAY. US COMMERCE, ITS PRODUCTION AND ITS RESOURCES, National Yearly Publication of Reference (1907-1908), New York, 1907, 508 págs.
- Palacios, Nicolás*, DECADENCIA DEL ESPÍRITU DE NACIONALIDAD, Santiago, Universidad de Chile, 1908, 32 págs.
- Pan American Union*, CHILE, Washington, 1950.
- Pérez Canto, Julio*, CHILE AN ACCOUNT OF ITS WEALTH AND PROGRESS (Introduction by Robert P. Porter), London, George Routledge and sons, Ltd., 1912, 251 págs.
- Picón-Salas, Mariano*, INTUICIÓN DE CHILE Y OTROS ENSAYOS EN BUSCA DE UNA CONCIENCIA HISTÓRICA, Santiago, Editorial Ercilla, 1935, 139 págs.
- Pinochet, Tancredo*, ESTE CHILE QUE ES TU PATRIA, Santiago, Imprenta Asiés, 1945, 239 págs.
- Poirier, Eduardo*, CHILE EN 1910, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1910, 2 vols.
- Próspero, Coronel Soto M.*, VISIÓN ESPECTRAL DE CHILE, DIEZ PIEDRAS EN SU CAMINO, Santiago, Editorial Universitaria, 1955, 117 págs.
- Robles Rodríguez, Eulogio*, COSTUMBRES Y CREENCIAS ARAUCANAS, Santiago, Editorial El Esfuerzo, 1940, 578 págs.

- Rodríguez Mendoza, Emilio*, ANTE LA DECADENCIA (CONFERENCIA), Santiago, Imprenta Moderna, 1899, 21 págs.
- Ruiz Aldea, Pedro*, TIPOS Y COSTUMBRES DE CHILE, Santiago, Zig-Zag, 1947, 219 págs.
- Rumbold, Horace*, LE CHILI (Minister de la Grande Bretagne a Santiago). Traduit du libre présenté aux deux Chambres para ordre de sa Majesté, Paris, Typographie echure, 1877, 90 págs.
- Saade, Michel*, IMPRESIONES DE CHILE, Victoria (Brasil), mimeografiado, 1955, 20 págs.
- Sáez M., Carlos*, RECUERDOS DE UN SOLDADO, Santiago, Editorial Ercilla, 1934, 3 vols.
- Scott Elliot, G. F.*, CHILE, London, 1909, 363 págs.
- Subercaseaux, Benjamín*, CONTRIBUCIÓN A LA REALIDAD (Sexo - raza - literatura), Santiago, Editorial Letras, 1939, 277 págs.
- Silvert, Kalman*, CHILE, YESTERDAY AND TODAY, New York, Holt, Rinchart and Winston, 1965.
- Smith W., Anderson*, TEMPERATE CHILE. A PROGRESSIVE SPAIN, London. A. C. Black, 1899, 399 págs.
- Stewart, Watt*, HENRY MEIGGS, UN PIZARRO YANKEE, Santiago, Editorial Universitaria, 1954, 351 págs.
- Subercaseaux, Ramón*, MEMORIAS DE 80 AÑOS, Santiago, Imprenta Nascimento, 1936, 2 vols.
- Teutler, Paul*, ANDANZAS DE UN ALEMÁN EN CHILE, 1851-1863, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, 570 págs.
- Valdés Cange, Julio*, SINCERIDAD, CHILE ÍNTIMO EN 1910, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910, 355 págs.
- Vega, Julio*, ALGUNAS CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DEL PUEBLO CHILENO, Santiago, Instituto de Investigaciones Sociológicas, Universidad de Chile, 1950, 12 págs.
- Venturino, Agustín*, SOCIOLOGÍA CHILENA, Barcelona, Imprenta Cervantes, 1927-28, 3 vols.
- Vergara, Sergio*, DECADENCIA O RECUPERACIÓN (CHILE EN LA ENCRUCIJADA), Santiago, Imprenta Gutenberg, 1945, 341 págs.
- Vial Espantoso, Carlos*, CUADERNOS DE LA REALIDAD NACIONAL, Santiago, Editorial del Pacífico, 1952, 156 págs.
- Vicuña Subercaseaux, Benjamín*, CARTAS SOBRE CHILE, París, s/l, 1903, 280 págs.
- Wiener, Charles*, CHILI & CHILIENS, Paris, Librairie Leopold, Cerf, Dixième edition, 1888, 381 págs.
- Winter, Nevin*, CHILE AND HER PEOPLE TODAY, Boston, The Colonial Press, 1912, 411 págs.

V. EL CICLO CONTEMPORANEO DE DIFUSION URBANA: 1950-1970

- Ahumada, Jorge*, LA CRISIS INTEGRAL DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1966, 44 págs.
- Blasier, S. Cole*, CHILE IN TRANSITION, Washington, Public Affairs Press, 1966, 15 págs.
- Blanco, Amor Eduardo*, CHILE A LA VISTA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1957, 318 págs.
- Canthuate Toro, Gustavo*, LA REALIDAD CHILENA Y EL ACTUAL PROCESO DE CAMBIO, Santiago, Nascimento, 1971, 176 págs.
- Cruz C., Carlos Alberto*, PARA UNA MEDITACIÓN DE LO CHILENO, Santiago, Escuela de Arquitectura U. C., 1963, 95 págs.
- Frei Montalva, Eduardo*, LA VERDAD TIENE SU HORA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, 168 págs.
- Garrido Merino, Edgardo*, PERFIL DE CHILE, Madrid, Editorial Pueyo, 1956, 265 págs.
- Godoy Urzúa, Hernán*, EL ENSAYO SOCIAL. NOTAS SOBRE LA LITERATURA SOCIOLOGICA EN CHILE, en *Anales de la Universidad de Chile*, Vol. CXVIII, N° 120 (Cuarto Trimestre de 1960), pp. 76-110.
- Moulian, Tomás*, ESTUDIO SOBRE CHILE, Santiago, Orbe, 1965, 160 págs.
- Orrego Puelma, Héctor*, RETORNO (memorias), Santiago, Zig-Zag, 1966, 192 págs.
- Peralta, Ariel*, EL MITO DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1971, 236 págs.
- Pinto Anibal y otros*, CHILE HOY, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 407 págs.
- Ribeiro, Darcy*, LOS CHILENOS, en »Las Américas y la civilización«, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969, Vol. 2, pp. 261-289.
- Rojas Mix, Miguel*, LA IMAGEN ARTÍSTICA

DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1971, 156 págs.
San Martín, Hernán, NOSOTROS LOS CHILENOS (Tres ensayos antropológicos de in-

terpretación), Santiago, Editora Austral, 1970, 288 págs.
Silveri, K. H., CODA, Buenos Aires, American Universities Field Staff Letter, 21 de septiembre de 1957.

ESTRUCTURAS URBANAS

Incluye monografías de ciudades, estudios regionales y urbanísticos

Amesti, Luis, FUNDACIÓN DE LA VILLA DE SAN FERNANDO, en *Boletín Academia Chilena de la Historia*, Año III, N° 4, 1936, pp. 171-224.

Amunátegui Solar, Domingo, EL CABILDO DE LA SERENA, 1678-1800, Santiago, 1928.

Amunátegui Solar, Domingo, EL CABILDO DE CONCEPCIÓN, 1872-1818, en *Anales de la Universidad de Chile*, T. VIII, 1920.

Aguirre Echiburú, Luis, EL LIBRO DE VALPARAÍSO, 1536-1946, Valparaíso, Escuela Tipográfica Salesiana, 1946, 548 págs.

Bermudez Miral, Oscar, ORÍGENES HISTÓRICOS DE ANTOFAGASTA, Antofagasta, Ilustre Municipalidad de Antofagasta, 1966, 133 págs.

Blanco A., Arturo, VIDA Y OBRA DEL ARQUITECTO D. FERMÍN VIVACETA PRECURSOR DE LA SOCIABILIDAD OBRERA EN CHILE, Santiago, Talleres Gráficos, 1924, 40 págs.

Borgel, Reynaldo, LA CARRETERA PANAMERICANA NORTE, Instituto de Geografía de la Universidad de Chile, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, 52 págs.

Bose, Walter B. L., LOS ORÍGENES DEL CORREO TERRESTRE EN CHILE, Santiago, Imprenta Universitaria, 1936, 79 págs.

Braun Menéndez, Armando, PEQUEÑA HISTORIA MAGALLÁNICA, 2ª edición, Buenos Aires, Emecé Editores S. A., 1954, 273 págs.

Braun Menéndez, Armando, PEQUEÑA HISTORIA FUEGUINA, Buenos Aires, Emecé Editores, 1959, 334 págs.

Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Católica de Chile, LA ARQUITECTURA Y SUS PROBLEMAS EN CHILE, *Revista Aisthesis* N° 4, Santiago, 1969, 238 págs.

Centro para el Desarrollo Económico y Social de la América Latina (DESAL), POBLACIONES MARGINALES Y DESARROLLO URBANO, EL CASO CHILENO, Santiago de Chile, 1965.

Centro interdisciplinario de desarrollo urbano y regional (CIDO), ESTRATEGIA DE DESARROLLO PARA EL ÁREA INTERCOMUNAL SANTIAGO ORIENTE, Santiago, Universidad Católica, 3 vols., 1968 (mimeo).

Concha, Manuel, CRÓNICA DE LA SERENA DESDE SU FUNDACIÓN HASTA NUESTROS DÍAS, 1549-1870, La Serena, Imprenta de la Reforma, 1871, 576 págs.

Contreras Gómez, Domingo, LA CIUDAD DE SANTA MARÍA DE LOS ANGELES, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1942-44, 2 vols.

Cox y Méndez, Guillermo, HISTORIA DE CONCEPCIÓN, Santiago, 1822.

Cruz, Bernardo, SAN FELIPE DE ACONCAGUA, Santiago, Imprenta y Editorial San Felipe, 1949-1950, 2 vols.

Cunill, Pedro, GEOGRAFÍA DE CHILE, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, 465 págs.

Cunill, Pedro, CASTRO: CENTRO URBANO DE CHILOÉ INSULAR, en *Antropología*, Vol. II (Primer semestre, 1964), pp. 33-48.

Chouteau, Eugenio, INFORME SOBRE LA PROVINCIA DE COQUIMBO PRESENTADO AL SUPREMO GOBIERNO, Santiago, Imprenta Nacional, 1887, 262 págs.

Dorselaer, Jaques, ENSAYO DE ESTUDIO SOCIOECONÓMICO SOBRE LOS CENTROS URBANOS DE CHILE, Santiago, Corporación de la Vivienda, 1962 (mimeo).

Figueroa G., Julio, HISTORIA DE SAN FELIPE, San Felipe, Imprenta La Voz de Aconcagua, 1902, 156 págs.

Friedmann, John, UN PROGRAMA DE CIUDADES SATÉLITES PARA CHILE, en *Boletín Informativo de PLANDES*, Número especial, Santiago de Chile, 1966.

Friedmann, John, MODELO BUROCRÁTICO Y MODELO RENOVADOR DE VIDA URBANA, Santiago, 1969.

Geisse G., Guillermo, PROBLEMAS DEL DESARROLLO URBANO REGIONAL EN CHILE

- Santiago, Editorial Universitaria, 1968, 64 págs.
- Girard, Alain; Samuel, Raúl*, SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DE CHILE EN SEPTIEMBRE DE 1958, Santiago (Publicación del Instituto de Sociología), Editorial Universitaria, 1958, VII, 100 págs.
- Grez, Vicente*, LA VIDA SANTIAGUINA, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1879, 135 págs.
- Guarda O. S. B., Gabriel*, INFLUENCIA MILITAR EN LAS CIUDADES DEL REINO DE CHILE, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año XXXIII N° 75, 2° semestre 1966, pp. 5-55.
- Guarda, Gabriel*, EL URBANISMO IMPERIAL Y LAS PRIMITIVAS CIUDADES DE CHILE, en *Finis Terrae*, XV, 1957.
- Guarda, Gabriel*, LA CIUDAD CHILENA EN EL SIGLO XVIII, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, 91 págs.
- Guarda, Fernando*, HISTORIA DE VALDIVIA, 1552-1952, Santiago, Imprenta Cultura, 1953, 360 págs.
- Hanisch Espíndola, Walter*, PEUMO. HISTORIA DE UNA PARROQUIA. 1662-1962, Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, Santiago, 1963, 218 págs.
- Hardoy, Jorge E.* (editor), EL PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA, DESDE SUS ORÍGENES HASTA NUESTROS DÍAS, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969.
- Hernández C., Roberto*, VALPARAÍSO EN 1827, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1927, 428 págs.
- Hurtado C., Elba*, VALPARAÍSO Y SUS CIUDADES SATÉLITES, Seminario, Escuela de Arquitectura, U. de Chile, 207 págs.
- Ibáñez, Adolfo*, SANTIAGO Y LAS PROVINCIAS, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1936, 30 págs.
- Instituto de Vivienda, Urbanismo y Planeación*, INVESTIGACIONES COMPARATIVAS DEL USO DE CASAS Y DEPARTAMENTOS, Universidad de Chile, Facultad Arquitectura, Santiago, Imprenta Roma, 1960, 33 págs.
- Johnson, John J.*, PIONEER TELEGRAPHY IN CHILE, 1852-1876, Palo Alto, California, 1948.
- Keller, Carlos*, LOS ORÍGENES DE QUILLOTA, en *Boletín Academia Chilena de la Historia*, N° 61, 2° semestre de 1959, pp. 97-130.
- Larraín de Castro, Carlos J.*, LOS ORÍGENES DE ZAPALLAR. CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA PROPIEDAD TERRITORIAL, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 12, 1° trimestre de 1940, pp. 37-84.
- Larraín, Carlos J.*, VIÑA DEL MAR, Santiago, Editorial Nascimento, 1946, 302 págs.
- León Echaiz, René*, HISTORIA DE CURICÓ, Santiago, Editorial Neupert, 1952, 2 vols.
- Marín G., Fernando; Rosenblitt, B. Salomón*, LA VIVIENDA COLONIAL URBANA, Seminario, Escuela Arquitectura, Universidad de Chile, Santiago, 1956, 330 págs.
- Marín Vicuña, Santiago*, LOS FERROCARRILES DE CHILE, Santiago (Tercera edición), Imprenta Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912, 192 págs.
- Matus Benavente, Manuel*, EL DESARROLLO ECONÓMICO Y LOS PROBLEMAS DEL GRAN SANTIAGO, en Seminario sobre problemas del gran Santiago.
- Morales O., Joaquín L.*, HISTORIA DEL HUASCO, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1896, 317 págs.
- Muñoz Olave, Reinaldo*, CHILLÁN, SUS FUNDACIONES Y DESTRUCCIONES, 1580-1835, Santiago, Imp. de S. José, 1921, 328 págs.
- Peña Otaegui, Carlos*, SANTIAGO DE SIGLO EN SIGLO, Santiago, Zig-Zag, 1944, 533 págs.
- Peña Otaegui, Carlos*, SANTIAGO Y LA VIDA SANTIAGUINA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX (1820-1850), en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (año VIII), N° 16, 1° Trimestre de 1941, pp. 7-65.
- Pérez Canto, Julio*, LAS HABITACIONES PARA OBREROS (Ministerio de Industrias y obras públicas. Estudio presentado a la Sociedad de Fomento Fabril), Santiago, Imprenta y Librería Ercilla, 1898, 399 págs.
- Pino Zapata, Eduardo*, HISTORIA DE TEMUCO, Escuelas Universitarias de la Frontera, 1969, 112 págs.
- Pinochet de la Barra, C.*, LA ANTÁRTICA CHILENA, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, 229 págs.
- Revista AUCA*, N° 1: HABITACIÓN, Santiago, 1965; N° 2: SANTIAGO, UNA METRÓPOLI, Santiago, 1966; N° 6 y 7: PANORAMA DE LA ARQUITECTURA CHILENA ACTUAL; N° 11: VALPARAÍSO, Santiago, 1968; N° 13: CONCEPCIÓN, Santiago, 1968.
- Revista Geochile*, DEDICADO A AYSÉN, Vol. 1, N° 2, marzo, 1952.
- Sabella, Andrés*, SEMBLANZA DEL NORTE CHIL-

- LENO, Santiago, Editorial Universitaria, 1955, 99 págs.
- Sayago, C. M., HISTORIA DE COPIAPÓ, Copiapó, Imprenta de El Atacama, 1874, 450 págs.
- Secchi, Eduardo, ARQUITECTURA EN SANTIAGO, SIGLOS XVII-XIX, Santiago, Zig-Zag, 1941, 169 págs.
- Secchi, Eduardo, LA CASA CHILENA HASTA EL SIGLO XIX, Santiago, 1952.
- Sievers W., Hugo, LA EXPANSIÓN URBANA DE SANTIAGO Y SUS CONSECUENCIAS, 1541-1960, Revista Mapocho, octubre 1963, Tomo 1, N° 3.
- Silva, Jorge Gustavo, LA NUEVA ERA DE LAS MUNICIPALIDADES DE CHILE. RECOPIACIÓN HISTÓRICA DE LA VIDA COMUNAL DEL PAÍS QUE ABARCA DESDE LOS PRIMEROS CABILDOS EN LA ÉPOCA COLONIAL HASTA NUESTROS DÍAS, Y QUE SE COMPLEMENTA CON UNA INFORMACIÓN GRÁFICA Y MONOGRÁFICA DE LAS MUNICIPALIDADES DE LA REPÚBLICA, Santiago, Empresa editora Atenas, 1931, 879 págs.
- Sociedad Chilena de Historia, GEOGRAFÍA DE CHILE. FÍSICA, HUMANA Y ECONÓMICA, Santiago, Zig-Zag, 1968, 280 págs.
- Subercaseaux, Benjamín, TIERRA DE OCÉANO, 5ª ed., Santiago, Editorial Ercilla, 1961, 401 págs.
- Subercaseaux, Benjamín, CHILE, O UNA LOCA GEOGRAFÍA, 12ª Ed., Santiago, Editorial Ercilla, 1961, 325 págs.
- Tapia Moore, Astolfo, SOCIOLOGÍA DEL URBANISMO, Publicación del Instituto de Vivienda, Urbanismo y Planeación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, Santiago, 1957, 48 págs.
- Tapia Moore, Astolfo, LEGISLACIÓN URBANÍSTICA DE CHILE (1818-1959), Santiago, Editorial Universitaria, 1961, 91 págs.
- Thayer Ojeda, Tomás, SANTIAGO DURANTE EL SIGLO XVI. CONSTITUCIÓN DE LA PROPIEDAD URBANA Y NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE SUS PRIMEROS POBLADORES, Santiago, Imprenta Cervantes, 1905, 251 págs.
- Thayer Ojeda, Tomás, LAS ANTIGUAS CIUDADES DE CHILE, Apuntes históricos sobre su desarrollo y listas de los funcionarios que actuaron en ellas hasta 1565, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, 188 págs.
- Torero, Recaredo S., CHILE ILUSTRADO. GUÍA DESCRIPTIVA DEL TERRITORIO DE CHILE, DE LAS CAPITALES DE PROVINCIAS DE LOS PUERTOS PRINCIPALES, Valparaíso, Librería Agencias del Mercurio, 1872, 495 págs.
- Toro Toro, Roberto, TOESCA. ENSAYO SOBRE SU VIDA Y SUS OBRAS, Boletín Academia Chilena de la Historia, N° 3, 1934, pp. 129-182.
- Universidad de Chile, SEMINARIO DE PROBLEMAS Y DESARROLLOS REGIONALES DE COQUIMBO, Centro Universitario, La Serena, 1966.
- Universidad de Chile, SEMINARIO DE PROBLEMAS REGIONALES DE ATACAMA, Santiago, 1957.
- Universidad de Chile, SEMINARIO DE PROBLEMAS REGIONALES DE ANTOFAGASTA, Santiago, 1957.
- Universidad de Chile, SEMINARIO DE INVESTIGACIONES SOBRE EL DESARROLLO DE LA PROVINCIA DE CAUTÍN, Santiago, 1956.
- Universidad de Chile, SEMINARIO DE INVESTIGACIONES SOBRE EL DESARROLLO DE LA PROVINCIA DE AYSÉN, Santiago, 1959, 368 págs.
- Urzúa Urzúa, Luis, ARICA PUERTA NUEVA. HISTORIA - FOLKLORE, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1957, 238 págs.
- Valdés Valdés, J., LA TRANSFORMACIÓN DE SANTIAGO, Santiago, Editorial Barcelona, 1917.
- Véliz, Claudio, HISTORIA DE LA MARINA MERCANTE DE CHILE, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1961, 406 págs.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, HISTORIA DE VALPARAÍSO. CRÓNICA POLÍTICA, COMERCIAL Y PINTORESCA DE SU CIUDAD Y DE SU PUERTO DESDE SU DESCUBRIMIENTO HASTA NUESTROS DÍAS, Santiago, Ediciones de la Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1936, 2 vols.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, QUINTERO. SU ESTADO ACTUAL Y SU PORVENIR, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1874, 173 págs.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, HISTORIA CRÍTICA Y SOCIAL DE LA CIUDAD DE SANTIAGO, Ediciones de la Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1938, 2 vols.



El libro chileno de bolsillo de
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Chile

Hannes Alfvén

ATOMO, HOMBRE Y UNIVERSO

La larga cadena de complicaciones

Traducción de Eugenio Viejo García

Libros CORMORAN. Colección *El mundo de la ciencia*
(1971), 136 pp.

Premio Nobel de Física 1970, profesor de Física del Plasma en el Real Instituto Tecnológico de Estocolmo y autor de obras de fundamental importancia, Hannes Alfvén es uno de los mayores físicos de nuestros días. Mundialmente conocido por sus trabajos en el campo de las ondas hidromagnéticas —en particular de las llamadas *ondas Alfvén*—, puede ser considerado, como lo señalaba la prestigiosa revista científica *La Recherche*, uno de los físicos que más han contribuido a modificar las ideas que se tenían sobre el universo que nos rodea. Luego de *Mundos — Antimundos*, que publicamos en 1970, *Atomo, Hombre y Universo* es la segunda obra que ofrecemos a nuestros lectores de este gran físico del siglo XX. Destinada a un público más amplio que la anterior, aborda en lenguaje accesible los problemas e interrogantes esenciales que el desarrollo de la ciencia plantea al hombre contemporáneo.

Ambrosio Fornet

CUENTOS DE LA REVOLUCION CUBANA

Libros CORMORAN. Colección *Letras de América*

(1971), 200 pp.

El crítico cubano Ambrosio Fornet ha seleccionado, de la importante producción de la narrativa isleña durante la última década, catorce relatos de autores cuya madurez literaria es posterior al triunfo de la revolución socialista en Cuba. Esto diferencia a la presente antología de otras obras similares que, fieles a un criterio panorámico, han incluido a autores que, como Carpentier o Lezama Lima, eran conocidos y estimados antes de 1959. El material reunido constituye, de este modo —como dice Fornet—, una especie de *crónica imaginaria de diez años de revolución*, puesto que cada uno de los cuentos comprendidos refleja, de una manera u otra, los conflictos reales o posibles de la sociedad revolucionaria, vistos por escritores que, sin pertenecer a una misma promoción generacional, afrontaron responsablemente la tarea de redefinir la creación literaria a partir de la nueva situación histórica que tenían por delante.

Alberto Romero

LA MALA ESTRELLA DE PERUCHO GONZALEZ

Libros CORMORAN. Colección *Los Fundadores*

(1971), 264 pp.

La mala estrella de Perucho González ha logrado, como pocas novelas chilenas, trasponer la punzante realidad de las barriadas de Santiago.

Publicado en 1935, este libro constituye una de las obras maestras de la novela realista en Chile y es, al mismo tiempo, un extraordinario testimonio de las más secretas pulsaciones de la vida santiaguina. Alberto Romero (nacido en Santiago en 1896) es uno de los fundadores de la *novela proletaria* nacional; su obra presenta en lenguaje objetivo el drama cotidiano de los barrios populares que la buena conciencia burguesa había relegado al silencio o a la caricatura de lo pintoresco.

Al publicar nuevamente esta novela, después de treinta y seis años, *Editorial Universitaria* quiere dar a conocer a las nuevas generaciones a uno de nuestros grandes escritores, injustamente olvidado.

Edgar Morin

LA REVOLUCION DE LOS SABIOS

Traducción de Susana Urbina

Libros CORMORAN. Colección *El Mundo de la Ciencia*

(1971), 96 pp.

Este ensayo del sociólogo francés Edgar Morin no sólo comprende un agudo análisis de las principales tesis formuladas, en dos obras recientes, por los biólogos Jacques Monod y François Jacob —ambos premios Nobel de Medicina en 1965—, sino que, además, describe e interroga la *revolución* que ocurre hoy en la biología, particularmente en el campo de la genética.

Partiendo de una lectura atenta de *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod, y de *La lógica de lo vivo*, de François Jacob (que próximamente publicaremos), el autor de este ensayo advierte cómo los problemas que discute la ciencia biológica más avanzada coinciden, actualmente, con los problemas que, hasta ahora, sólo se había planteado la filosofía. *Sentimos* —concluye Morin— *que todas las grandes preguntas de este siglo, deberán referirse, cada vez más, a la revolución biológica que se está llevando a cabo.*

Gerold Stahl

AL EXPLORAR LO INFINITO

Libros CORMORAN. Colección *El Mundo de la Ciencia*

(1971), 104 pp.

Esta nueva obra del profesor Gerold Stahl, catedrático de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile e investigador en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la misma universidad, ofrece una

visión general de la teoría contemporánea de *lo infinito*, en un lenguaje preciso, claro y comprensible para todo lector. El autor, ampliamente conocido de nuestros lectores por sus obras anteriores y, en particular, por su *Introducción a la lógica simbólica* (Editorial Universitaria, 5a. ed., 1971), retoma, de este modo, uno de los problemas que más ha interesado y apasionado a los filósofos, pero lo hace desde su formulación científica moderna. Esto lo conduce a replantear los resultados de las principales investigaciones que, en base a los trabajos de Cantor (1845-1918), constituyen la *teoría de conjuntos*.

Giovanni Cecioni

ESQUEMA DE PALEOGEOGRAFIA CHILENA

Libros CORMORAN. Serie *Recursos Naturales de Chile* (1970), 144 pp.

Esta obra del profesor Giovanni Cecioni, catedrático en el Departamento de Geología de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, constituye el primer volumen de la nueva serie sobre *Recursos Naturales de Chile*, que ahora incorporamos a nuestra colección LIBROS CORMORAN a fin de difundir el conocimiento científico necesario para la valoración de las riquezas naturales de nuestro país. Con esta obra, el autor señala nuevos tipos de investigación que abarcan en conjunto a las mayores estructuras geológicas.

Nicanor Parra

OBRA GRUESA

Premio Nacional de Literatura 1969

Libros CORMORAN. Colección *Letras de América* (1971), 200 pp.

La obra de Nicanor Parra no precisa de presentaciones sino, más bien, de precisiones que permitan situarla en el lugar que le corresponde dentro de la poesía de nuestros días. Los críticos más exigentes han señalado, dentro y fuera de Chile, al autor de *Obra Gruesa* como una de las figuras claves de la poesía hispanoamericana actual y no faltan quienes lo sitúen entre los más importantes renovadores de la poesía de hoy.

La publicación, en 1969, de *Obra Gruesa* fue recibida como un verdadero acontecimiento por la crítica de todo el Continente. Los lectores, por su parte, agotaron dicha edición, atestiguando, de este modo, que el criterio de la crítica correspondía a la orientación del público lector más atento. Estamos seguros de que, al reeditarla en esta colección de bolsillo, cumplimos con una auténtica tarea de difusión de uno de los valores más genuinos de las letras chilenas e hispanoamericanas de la hora actual.

Fernando Alegria

AMERIKA, AMERIKKA, AMERIKKKA

Manifiestos del Vietnam

Libros CORMORAN. Serie *Letras de América*

(1970), 186 pp.

Esta nueva novela de Fernando Alegria sorprenderá a los conocedores de sus anteriores novelas, porque si bien prolonga ese sesgo *cómico e irónico* que, según Augusto Roa Bastos, caracteriza al autor, el mundo fragmentado de esta obra lo aproxima formalmente a algunos de los más representativos exponentes de la llamada antinovela contemporánea. Estamos seguros, que *Amerika*, ... será recibida como uno de los aportes más decisivos de F. Alegria a la novela hispanoamericana de hoy.

Jacques Derrida

TIEMPO Y PRESENCIA

Traducción e introducción de Patricio Marchant

Libros CORMORAN Colección *Ideas e Indagaciones*

(1971), 128 pp.

La posición excepcional que ocupa Jacques Derrida en la filosofía francesa actual deriva del hecho de haber unido en una misma problemática las investigaciones más actuales con una reflexión crítica de la gran tradición filosófica. Platón y Husserl, Saussure y Rousseau, Freud y Levi-Strauss, así como Artaud, Bataille y otros, están al servicio de un pensamiento que, con rigor y lucidez, pretende enfrentarse, para excederlo —en la medida y en el sentido en que ello es posible— el pensamiento filosófico como tal. TIEMPO Y PRESENCIA (*Ousia et grammé*) dentro de esta tarea, se ocupa de un problema fundamental —el ser y el tiempo— y de un filósofo fundamental: Heidegger. Se trata sólo de *una Nota sobre una nota de Sein und Zeit*, pero una *Nota* que hace vacilar el suelo mismo de la filosofía.

Alfonso Calderón

ANTOLOGIA DE LA POESIA CHILENA CONTEMPORANEA

Libros CORMORAN. Colección *Libros para el Estudiante*

(1971), 384 pp.

Esta nueva antología del crítico literario Alfonso Calderón no sólo constituye una apropiada selección de la producción poética chilena desde Diego Dublé Urrutia (1877-1967) hasta Gonzalo Millán (1946), sino, asimismo, traduce un *sistema de apreciación crítica* que la distingue de

otras obras similares. Su autor ha seleccionado el material de esta obra de acuerdo a un riguroso criterio poético que le ha permitido, entre otros aciertos, señalar una *constante* en las sucesivas rupturas de las convenciones retóricas que han llevado a cabo los poetas más significativos de Chile durante el siglo XX. La lectura de esta obra resulta, de este modo, no sólo indicada para los estudiantes, a los que está dirigida, sino, también, para todos los lectores no especializados que deseen conocer los textos más representativos de la poesía chilena contemporánea.

Gabriel Lafond de Lurcy

VIAJE A CHILE

Traducción de Federico Gana

Libros CORMORAN. Colección *Testimonios*

(1970), 167 pp., 7 ilustraciones de época,

Las páginas de este libro fueron extraídas de la relación de sus viajes alrededor del mundo que, en cinco volúmenes, publicó el marino francés Gabriel Lafond de Lurcy entre 1842-1845. Fue traducido y publicado por primera vez en Chile en 1883, por el diario *La Epoca*, y luego, en 1911, por el escritor Federico Gana, cuya versión ahora reeditamos. Lafond de Lurcy ofrece en este *Viaje a Chile* una penetrante y atractiva visión de la forma de vida, fiestas, usos y costumbres de la sociedad chilena durante los primeros años de existencia republicana, que hace de esta obra un valioso y ameno testimonio sobre la fisonomía de nuestro país a comienzos del siglo XIX.

Mario Benedetti - Emmanuel Carballo

Mario Vargas Llosa y otros

9 ASEDIOS A GARCÍA MÁRQUEZ

1ª reedición

Libros CORMORAN. Colección *Letras de América*

(1971), 190 pp.

Valoración e interpretación múltiple de la obra del novelista colombiano Gabriel García Márquez, considerado como uno de los principales renovadores de la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Los autores de los ensayos reunidos en este volumen se cuentan entre los críticos y escritores de mayor relieve en Hispanoamérica: Mario Benedetti, Emmanuel Carballo, Pedro Lastra, Juan Loveluck, Julio Ortega, José Miguel Oviedo, Ángel Rama, Mario Vargas Llosa y Ernesto Volkening. Completa el volumen una bibliografía sobre García Márquez establecida y comentada por Pedro Lastra.

EL CAPITAL: CONCEPTOS FUNDAMENTALES

2ª edición

Edición a cargo de Marta Harnecker

Libros CORMORAN. Colección *Manuales y Monografías*
(1971), 224 pp.

Este nuevo libro de la profesora Marta Harnecker, cuya obra *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (Siglo XXI Editores) ha sido adoptada como texto de estudio en numerosas universidades latinoamericanas, constituye una importante contribución a una lectura seria de *El Capital* de Carlos Marx. La autora, discípula y traductora del filósofo Louis Althusser, no sólo precisa cuál es la validez teórica actual de esta fundamental obra de Marx sino, asimismo, presenta un plan de lectura cuya finalidad es orientar un primer estudio de ella. Finalmente, en atención a su alta calidad pedagógica, recurre al *Manual de Economía Marxista* de los economistas soviéticos Lapidus y Ostrovitianov, publicado en la U.R.S.S. en 1929, y que constituye una novedad para los lectores de lengua española.

Augusto Salazar Bondy

PARA UNA FILOSOFÍA DEL VALOR

Libros "Cormorán". Colección "Ideas e Indagaciones"
(1971), 292 pp.

Augusto Salazar Bondy es una de las figuras más representativas de la nueva filosofía hispanoamericana de nuestros días. Su obra constituye uno de los esfuerzos más coherentes de un pensamiento auténticamente filosófico y, a la vez, profundamente enraizado en los problemas de Hispanoamérica.

Para una filosofía del valor resume el itinerario seguido por Salazar Bondy en el campo de la axiología, al reunir un valioso conjunto de trabajos que comprenden: una teoría general del valor; el análisis de algunas de las aplicaciones de la axiología en la estética y las ciencias humanas; y, finalmente, las exposiciones del pensamiento axiológico de algunos de los más importantes filósofos actuales.

Esta obra es una importante contribución al problema de la Filosofía del Valor y a la discusión de las perspectivas que ésta ofrece a la moral, el derecho, la estética, la religión, la pedagogía y las ciencias sociales en el mundo actual.

HN 293 .G64
Godoy Urzua, Hernan, comp
Estructura social de Chile; 010101 000



0 1163 0229657 3
TRENT UNIVERSITY

HN293 .G64
Godoy Urzúa, Hernán
Estructura social de Chile

DATE	ISSUED TO
	237854

237854



ESTRUCTURA SOCIAL DE CHILE es una antología que procura una visión cabal de los problemas relativos al desarrollo y a la estructura actual de la sociedad chilena. Su publicación obedece al propósito de difundir ampliamente un conjunto de artículos sobre los principales aspectos de nuestra sociedad, escritos por ensayistas nacionales y extranjeros del presente y del pasado, muchos de los cuales permanecían dispersos no obstante su interés y la innegable utilidad de su consulta para profesores, investigadores y estudiantes.

La obra consta de tres partes complementarias. La primera es un ensayo del profesor Hernán Godoy Urzúa, que consiste en una interpretación del proceso social de Chile; sigue a ese texto una antología, convenientemente anotada, de artículos fundamentales para la comprensión de nuestra sociedad; la última parte es una bibliografía de los principales libros y trabajos dedicados al análisis de la estructura social de este país, dispuesta por períodos y temas para facilitar su consulta a los lectores interesados en profundizar el estudio de algunos temas específicos

EDITORIAL UNIVERSITARIA